













# VARONES ILUSTRES

DE LA

# COMPAÑÍA DE JESUS

SEGUNDA EDICION



TOMO VI

ALEMANIA.—AUSTRIA.—POLONIA.—INGLATERRA.
CERDEÑA.—PORTUGAL.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

BILBAO
ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
1890



# VARONES ILUSTRES

TOMO SEXTO



# P. CLAUDIO JAYO

La vida de este siervo de Dios está escrita entre los santos de Baviera, en el último tomo, por ser grande la fama de santidad que dejó en aquella provincia.

Y es digno de consideracion, que el mismo año que murió el Apóstol de las Indias, S. Francisco Javier, en las últimas partes del mundo, igualando los doce años de tan grande apostolado, fué tambien en Viena de Austria la dichosa muerte del apostólico P. Claudio Jayo, saboyano de nacion, del obispado de Céneva, y uno de los diez primeros que fundaron nuestra Compañía.

Juntóse este ilustre varon en París á los siete primeros Padres teólogo ya y sacerdote. Despues de unos buenos ejercicios y de haber pasado en ellos tres dias enteros sin comer ni beber cosa alguna; hizo su viaje y peregrinacion de París á Italia con la edificacion y ejemplo que los demás.

Luego que se confirmó la Compañía, con ocasion de una grande discordia que habia trabada entre el pueblo y el clero de Balneo-Regio, villa dos jornadas de Roma, ilustre por haber nacido en ella S. Buenaventura, fué enviado allá el P. Claudio Jayo para que con su celo y prudencia sosegase aquella turbacion.

No fué muy bien recibido de ninguna de las partes, porque no trataban de otra cosa ménos que de paz. Pero despues que hizo juntar el pueblo y les predicó, dando razon de sus intentos y combatiendo con muchas razones dichas con grande fervor y espíritu, se llevó tras sí los corazones de todos, templándolos para todo lo bueno.

Finalmente, en pocos dias con su buena industria y celo quitó los encuentros y pesadumbres que no se esperaban componer sin muchas muertes y escándalos, haciendo, con mil bendiciones y parabienes de todos, que se juntasen los enemistados en un lugar público y se abrazasen tiernamente, pidiéndose y dándose perdon los unos á los otros; y luego, para confirmacion y seguro de la amistad, que recibiesen el cuerpo de Cristo nuestro Señor, símbolo y fuente de la paz, cosa que algunos en muchos años no habian recibido por ocasion de los odios y enemistades.

No sólo hizo el Padre este fruto, ántes con sus continuos sermones que la gente frecuentaba mucho, hizo en todos tanta mudanza, que no parecia el pueblo ser el que antes: acudian tantos y con tantas veras á confesarse, que no sólo le ocupaban todo el dia, sino le dejaban poco de la noche para descansar, porque habiendo durado las confesiones hasta mucha parte de la noche, despues, muy de mañana, antes de abrir la puerta de la posada, estaba ya cercada por todas partes de gente, deseando confesarse y procurando entrar por fuerza por la puerta, por la ventana, ó por cualquiera parte que se ofrecia á propósito para poder llegar á los piés del Padre.

Con todo eso, no le faltaba tiempo para enseñar la doctrina á los niños y gente ruda, cogiendo á todas manos prósperamente copiosos frutos, los cuales porque se extendiesen más y porque á la caridad y celo del fervoroso ministro del Evangelio nada satisfacia, pasó á Brigia á hacer rostro á unos herejes y arrancar con su trabajo é industria la cizaña que sembraban, que era tanta y crecia tanto, que llegaba á darse á conocer en Roma, y ahogaba en Brigia la buena semilla.

Trabajó el religioso varon todo el año, con admirable provecho de las almas, con el ayuda que despues le fué del H. Estrada, no sólo instruyéndolas y confirmándolas en la doctrina y costumbres de buenos cristianos, sino adelantando á muchos á abrazar la perfeccion. Más de cien mancebos de buenos talentos y esperanzas se entraron en diferentes Religiones, y algunos de ellos en la Compañía.

Pero despues de haber hecho los primeros Padres la profesion de cuatro votos, fué el P. Claudio Jayo enviado á la ciudad de Favencia, adonde, entre otras obras maravillosas de servicio de Dios y ayuda de los prójimos, resucitó la saludable costumbre de la primitiva Iglesia de recibir los Sacramentos de ocho á ocho dias.

Fundó para esto una Congregacion de personas pías y devotas, que fuesen con el ejemplo adelante, y con su industria y diligencia llevasen tras sí á los demás, con lo cual crecieron tanto las confesiones que apénas le dejaban al Padre respirar; fué tan grande la mudanza de vida de los faventinos, que ellos mismos no se conocian.

Instruyó tambien el Padre su Congregacion para que atendiese á las obras de piedad y misericordia, y hacíalo con grande loa y provecho de los necesitados.

Elegian de los mismos congregantes un médico (que era el mejor de la ciudad) un letrado y un procurador, que acudiesen de gracia á las enfermedades y pleitos de los pobres.

Otros se encargaban de pedirles limosna, y otros recogian los huérfanos pobres, y los vestian, y acomodaban, y todos se ocupaban en todas las obras

de misericordia, de manera que estaba hecha Favencia un retrato de la Iglesia primitiva por la industria, fervor y celo del P. Jayo.

Mas, cuando él andaba en más fervor y en medio de una fertilísima cosecha espiritual, le llegó obediencia del Sumo Pontífice para que con el P. Bobadilla fuese á Ratisbona á llenar el vacío que el P. Fabro dejaba en Alemania; y así, dejándolo todo, se fué de camino á Bolonia, adonde, como si estuviera de propósito, fué admirable el fruto que hizo.

Entró por Alemania discurriendo y trabajando en muchos lugares incansablemente, llevado del celo de la salud y remedio de las almas.

Principalmente hizo asiento insistiendo en el trabajo de Ratisbona, adonde á menudo visitaba al Obispo, advirtiéndole lo que debia hacer y exhortándole á que lo hiciese.

Trataba familiarmente con los Canónigos, promoviéndolos en todo género de virtudes, ya con pláticas particulares muy fervorosas, ya dándoles los ejercicios espirituales de la Compañía.

Predicaba al Senado con grande acepcion y aplauso; y adonde quiera que hallaba disposicion, no dejaba de sembrar la buena semilla del Evangelio; y para que no creciese la cizaña, procuró con su autoridad é industria que no se permitiese predicar á un hereje muy recibido y querido en la ciudad, lo cual fué causa que muchos se levantasen contra el Padre, y juntos con otros del clero que no le eran muy afectos por tenerle por autor de la reformacion, cosa que á ellos no les sonaba bien; le hicieron contradiccion y guerra.

Pero cuando más trabajos y peligros amenazaban y cercaban al verdadero discípulo de Cristo, entónces, como tal, más gozo sentia en su corazon, diciendo con gran valor y serenidad, cuando más le amenazaban que lo habian de echar en el Danubio, que no importaba nada, pues para el cielo tan bien se puede caminar por el agua como por la tierra.

Algunos hubo que, con efecto, trataron de matar con veneno ó castigar con destierro al contraveneno de sus errores y destierro de sus tinieblas; pero Dios nuestro Señor, para mucha gloria suya, lo guardaba con su providencia paternal.

Los verdaderos católicos, y especialmente el Obispo, lo traian sobre sus ojos, mirando por él, alegrándose mucho, significándolo con demostraciones exteriores, de ver el valor y celo con que se oponia al furor de los herejes y á la desenvoltura de los pecadores, y el fervor y espíritu con que á ellos les aprovechaba en virtud y los prevenia para defenderse de los asaltos de los enemigos, yendo delante con un ejemplo perfectísimo de vida.

Tomó á explicar la epístola de S. Pablo *ad Galatas,* con grande concurso de oyentes, entre los cuales eran los religiosos de casi todas las Religiones y

áun los mismos luteranos, y todos le oian con tanto gusto y perseverancia, que ni otros dos predicadores luteranos ni la grande ocupacion de las vendimias eran poderosas para disminuirle los auditorios, ni impedir la cosecha de copiosos frutos espirituales.

Fueron tan importantes en Alemania los trabajos y sudores así del Padre Jayo, como del P. Fabro y P. Bobadilla, que si la divina Providencia no los hubiera opuesto armados de su gracia al ímpetu furioso de la herejía, en breve llorara Alemania de verse luterana; porque los impíos ministros de la maldad discurrian por todas partes, derramando ponzoña y atosigando fácilmente los pueblos, sin hallar resistencia ni contradiccion en los ministros católicos, ántes grandes disposiciones para recibir la mala semilla de los errores, porque todos comunmente, así nobles como plebeyos, estaban poseidos de la codicia y del amor de una vida libre.

Sólos los Padres, sin perdonar trabajos ni temer peligros, hacian guerra animosamente á tantos y tan grandes enemigos en público y en secreto, desafiándolos á disputas, deshaciendo los embustes y mentiras con la fuerza de la verdad católica, y curando el tósigo de la mala doctrina con el antídoto de la verdadera religion, fortaleciendo á los príncipes y Prelados católicos con industrias y exhortaciones, para que, segun la obligacion, tomasen las armas en defensa de los suyos y de la verdad.

El P. Claudio Jayo estaba de presidio en Ratisbona, adonde, por ser ciudad libre, hacia más sangrienta guerra el enemigo con grande estrago de la religion católica, sin haber quien se le opusiese; porque el magistrado y demás superiores no curaban de ahuyentar los herejes, ántes el mismo Senado habia concedido dos iglesias de la ciudad á los ministros de la maldad, en una de las cuales vendian su falsa secta y ritos los luteranos, y en otra otros herejes que daban la comunion á los legos en ambas especies de pan y vino, sin ser poderoso á impedirlo por sí el Obispo sin el favor del emperador.

A los unos y á los otros hacia incansablemente guerra de dia y de noche el Padre, impidiendo que no se extendiese el fuego; de manera que la parte de la ciudad que no se quemó ni chamuscó, siempre reconoció haber sido por su industria, desvelos y trabajos; porque él, con sus lecciones sagradas, en las cuales admiraba y atraia á los mismos enemigos de la verdad, y con los demás ministerios continuos conservaba á los católicos, así religiosos como seglares.

Exhortaba eficazmente al Obispo á reformar las costumbres de sus súbditos, y dábale el modo cómo se hiciese con suavidad y con efecto, sin alboroto ni ofension; no cesaba en público y en secreto de amonestar al Senado que no favoreciese los impíos errores de los herejes.

Por lo cual no es de maravillar que se levantase otra tempestad mayor que la pasada. No pudieron llevar los herejes y gente desalmada que un hombre extranjero hiciese resistencia á su obstinacion y diese continua batería impugnando su falsa libertad; aunque no les dió licencia la divina Majestad para que pusiesen manos en su siervo, haciéndolo con su favor inexpugnable, por más que él fuese pobre y sin armas, triunfando su caridad del odio mortal de sus enemigos, la mansedumbre y paciencia de la insolencia y furia de los malos.

No dejaba de insistir en sus amonestaciones y consejos, haciendo bien y obligando á los más adversos y malévolos.

Habíase salido el Obispo de la ciudad; visitóle el Padre dándole cuenta del peligro en que estaba su Iglesia y persuadiéndole viniese á promulgar un grande jubileo, que Su Santidad habia concedido á toda la cristiandad.

Lo cual sucedió muy bien, porque, promulgando el jubileo y yendo algunos católicos adelante con su ejemplo, todos se animaron á hacer las diligencias y ganarlo, con grande provecho de las almas, y trabajo excesivo del Padre, é increible rabia de los herejes que estaban á la mira, á los cuales trataba con mucha blandura y amor á fin de curarlos.

Para hacerlo mejor y poder ser todo á todos, se puso muy de propósito á aprender la lengua natural, sin retraerle ni la aspereza de ella, ni el verse ya hombre docto en ciencias mayores y de mucha edad; y por este medio trajo muchos herejes á la luz de la verdad y santas costumbres.

A los que veia pertinaces en sus errores, despues de haberlos una y dos veces amonestado, evitaba su trato segun la doctrina del Apóstol; y nuestro Señor castigó severamente á algunos que no se quisieron aprovechar de la misericordia que por medio del Padre les hacia.

Entre ellos fueron dos muy principales: el uno un doctor seglar, que en grande perjuicio de la religion católica persuadió al Senado la Comunion sacramental para los legos debajo de ambas especies de pan y vino.

El otro, apóstata de la Religion del Seráfico Padre S. Francisco, tanto peor que el primero, cuanto de más perfecto estado de vida habia caido; el cual, aunque dias habia tenia en el pecho la ponzoña de la herejía luterana, no se atrevió á vomitarla mientras vió los senadores católicos.

Pero cuando entendió que el Senado estaba caido en el despeñadero de la herejía y tras él otros muchos católicos (porque ya comunmente corria este mal sin haber quien lo impidiese), él tambien se declaró, y, dejado el santo hábito, comenzó á predicar y confesarse maestro de los errores de Lutero, casándose conforme á ellos, juntando maldad á maldad, á la apostasía el sacrilegio.

Procuró el Padre muchas veces y con mucho cuidado recobrar estos dos pobres hombres, reduciéndolos al camino de la verdad que habian dejado; pero no fué en ellos de fruto este trabajo, porque estaba ya la ponzoña de los errores y vicios muy arraigada en el corazon y tenian cerrada la puerta á la luz.

Mas aquel justísimo Juez que tiene providencia de las cosas humanas, y no deja mucho tiempo sin castigo los pecados públicos, notorios y escandalosos, los castigó á entrambos de repente con una pena grande y manifiesta; y así, poco despues le dió al doctor seglar una cruel y repentina enfermedad, que atormentándole desapiadadamente, á fuerza de dolores le quitó la vida, arrojando su maldita ánima en los braseros eternos del infierno.

Al apóstata deshonesto, antes de pasar quince dias le embistieron unos dolores tan grandes, que con un horrible tormento dió su alma á otros mayores de duracion eterna.

A todos fueron notorios estos terribles castigos de la ira de Dios; mas aunque parecian tan eficaces para reprimir á los que iban por los mismos pasos y caminos de perdicion, pocos cayeron en la cuenta, castigando nuestro Señor á los demás con otro mayor castigo de ceguera y dureza de corazon, no sin lágrimas y suspiros del P. Claudio, a quien atravesaba el corazon de dolor ver casi toda la ciudad caida en la herejía luterana.

No se puede dejar de engrandecer y alabar aquí la constancia y celo del duque cristianísimo de Baviera, Guillermo, en defender la religion, el cual, luego que entendió el lamentable estrago que la herejía hacia en Ratisbona, mandó, so pena de la vida, que ninguno de sus vasallos fuese á ella mientras no dejase la herejía é hiciese penitencia de su apostasía, mirando juntamente por el bien de sus vasallos y de los de Ratisbona; de los suyos, reservándolos del contagio pestilencial de los vecinos; y de estos, porque viéndose privados de tan grande y tan necesario comercio como el del ducado de Baviera (en cuyo centro está Ratisbona) dejasen su obstinacion, y, compelidos de la necesidad, se volviesen á su antigua creencia.

Y aunque algunos con prudencia humana temian que este edicto habia de ser causa de algunas revueltas y guerras, el duque con grande valor y cristiandad decia: «Antes perderé el Estado y la vida, que entregue mis vasallos al impío Lutero,» juzgando muy bien que debia preferir la santidad de la religion católica y la salud espiritual y eterna de los suyos, á su propia comodidad temporal y á la paz y seguridad de su Estado.

Lo cual nuestro Señor le ha premiado tan liberalmente, que se ha visto con grande consuelo de los buenos cómo, por la cristiandad y celo de su príncipe y sucesores del Estado y virtud, se ha conservado entera aquella provincia, no sólo en paz y seguridad entre las turbaciones y guerras de Ale-

mania, sino en religion y piedad, hecha presidio de la fe católica contra las huestes de herejías que han destrozado á Alemania, para confusion y condenacion de toda ella, sin que tenga excusa en el juicio de Dios; pues ha tenido siempre y tiene en medio de sus entrañas tan grande número de pueblos fieles y constantes en la antigua y verdadera religion.

Dos años trabajó el P. Jayo en Ratisbona de noche y de dia con increible vigilancia y cuidado y con excesivo dolor de ver la facilidad con que iba entrando la herejía, sin bastar resistencia ni diligencia humana, porque ya nuestro Señor estaba indignado con aquella ciudad.

Para mostrar más su indignacion, le quitó el único reparo que tenia, dejando ya correr la herejía sin freno, sacado de allí el P. Claudio Jayo. Porque pasando por Ratisbona el Nuncio de Su Santidad y Obispo casertano, le mandó que luego le acompañase á Norimberga, adonde comenzó á trabajar como solia, estableciendo la fe y costumbres cristianas.

Esto duró poco, porque, saliendo el Nuncio de Norimberga, envió al Padre á Ingolstadio, adonde no obstante la buena diligencia del duque de Baviera en impedir el paso á la herejía luterana, ella habia comenzado á entrar, que como mal contagioso y pestilente, fácilmente se pega.

Aquí estuvo el Padre todo el verano reduciendo á muchos de la herejía al gremio de la Iglesia y dando grandes muestras de santidad y doctrina.

Por lo cual, para que fuese de más fruto, por los ruegos y grande instancia del Arzobispo Roberto Armacano y de los doctores de la Universidad que deseaban dar digno sucesor y llenar el vacío del ilustre doctor y defensor acérrimo de la Iglesia, Juan Equío, poco antes muerto; fué forzado á tomar una cátedra de Teología, en la cual dió admirables resplandores de sabiduría y virtud, y con ellos se comenzó á descubrir en aquella Universidad la Compañía y á deshacer las tinieblas de los errores.

Tenia ya en Alemania tanta autoridad el P. Jayo, tanta opinion de santidad y letras y tan grande valor y celo en resistir y hacer guerra á los herejes, que los Prelados católicos, deseosos de atajar tan grandes males como la herejía hacia en sus distritos, procuraron á porfía llevarlo para sí por triaca de la mortal ponzoña.

La ciudad de Ingolstadio sentia mucho el perderlo y hacia mucho esfuerzo para conservarlo, escribiendo sobre ello apretadamente á Roma, ofreciendo nuevos y crecidos salarios á la cátedra, y no dejando género ninguno de honra ni oficio alguno de benignidad y amistad que con él no usase.

En fin, entre todos los pretensores prevaleció el Obispo de Augusta Oton, persona de mucha autoridad y mano con Su Santidad, que despues fué Cardenal.

A la partida, la ciudad de Ingolstadio y Universidad, con las lágrim[illegible] los ojos, mostrando la estimacion y agradecimiento de los ilustres t[illegible] del Padre, le ofreció liberalmente muchas cosas de comodidad y reg[illegible] el camino; pero el verdadero amador de la pobreza, despues de habe[illegible] decido, todo lo desechó con grande constancia, superior á la liberali[illegible] dad de sus devotos.

En el camino le salió al encuentro el Obispo Aistitense, y con [illegible] que ya traia del de Augusta, le detuvo dos meses con grande [illegible] medra, así de su alma como de las de sus ovejas, que fué mayo[illegible] deseo con que lo habian procurado.

Pasado este tiempo, le envió á Dilinga á caballo y con bu[illegible] su persona, sin dejarse vencer de los humildes ruegos del Padr[illegible] des peligros de herejes y gente foragida, aunque no pudo con[illegible] nada para viático.

Llegado el Padre á Dilinga y comenzando á ejercitar sus m[illegible] cibió grandes esperanzas de reparar la religion y costumbre[illegible] del clero como de lo demás del pueblo; porque salia bien á to[illegible] y principalmente porque halló en su Obispo Oton unos ferv[illegible] didos deseos de agradar á nuestro Señor y de adelantarse á [illegible] en su santo servicio, que no se podia pedir más.

Para que comenzase la reformacion por la cabeza, él en pri[illegible] hacer unos ejercicios muy de propósito; y aunque ya otra v[illegible] cho dándoselos el P. Fabro, y habia salido muy aprovechad[illegible] á hacerlos con grande cuidado, sujetándose al P. Claudio como [illegible] nuevo é ignorante en la materia del espíritu, para poder él hacer [illegible] maestro despues con tanto más acierto y satisfaccion, cuanto con ma[illegible] dad y devocion se habia hecho discípulo diligente del Padre.

En este tiempo salió de Alemania su compañero en tratar las cosas [illegible] Dios y de su Iglesia, el P. Fabro, con mucho sentimiento del P. Jayo y con tanta razon de tenerle como pedia la necesidad y desamparo de Alemania y el trabajo grande que se le recrecia, viéndose obligado á hacer por muchos en continuo movimiento por diversas partes.

Así, dejando en breve á Dilinga muy lastimada de su ausencia, hubo de ir á Halisburgo por instancia del Arzobispo, hermano del duque de Baviera, porque se juntaba allí un Concilio provincial, á que venian el Obispo de Augusta y el Aistitense, y querian que el Padre se hallase en él, y con su parecer les alumbrase en lo que debian hacer.

El punto principal era, supuesto que en otro Concilio se habia tratado de concordia y union entre los católicos y herejes, y la resolucion se reservaba para

se habia de juntar en Vormacia, qué era bien hacer
bia de responder al emperador que lo solicitaba.
ficultad del negocio y los inconvenientes á que
ue no era razon que habiéndole á él Su San
cuenta, entrase en Concilio sin su autoridad
l y libertad santa, afirmó que no le era á
de religion, que estaban reservadas
que los herejes no sa
Señor dos muy grandes para que le tuviese por excusa-
te el emperador la maldad haber tiempo para poder es-
de Dios y descrédito de su la luz que el Padre los po-
fuerza de armas, como lo burgo todo el tiempo del
er lugar con el de nuestro los Obispos que le consul-
ociendo los Prelados católi
ejes, que con pieles de ovejas ajo; porque no se trató
r este rebaño del Señor, se pion él.
éndolas, especialmente siguie dre á la larga en este
porque estaban muy caidos l. El primero, que los
viltado y sin fuerzas, que apé de la religion se ven-
edicar y enseñar la fe y religi entre legos y gente
así, ellas se iban entrando
obviar estos daños, persu con los católicos en toda
en su distrito funda ntífice, se habian de tener y
sen las letras sa
atólicos
ara publicarlo, sino para tener á la mano las
las igles á los Prelados que le consultaban, pero, aunque
e poner a noticia del Arzobispo, pidió con grande instancia
traslado para sí, y despues prometió al Padre en su nom-
bre y de todos los demas Prelados que se ajustarian en aquella doctrina, y no
determinarian cosa alguna en juntas civiles sin autoridad del Sumo Pontífice.
Esta fué la suma y resolucion de aquel Concilio de comun parecer de to-
dos y con tanta constancia, que decia el Obispo de Augusta, imbuido en la
doctrina del Padre, que antes perderia diez obispados, su patrimonio y la mis-
ma vida, que consintiese en una mínima cosa con los luteranos, declarándose
en todo enemigo suyo, sin hacer caso de violencia, embustes ni asechanzas.
El Obispo salisburgense, persona de grande autoridad y valor, se mostró
tan firme y resuelto en contradecir ... con la doctrina y persuasion
del Padre, que ... y respetos humanos, en nada
... condescender con ellos.

Satisfecho el Padre con dejar tan buen presidio [illegible] las lágr[illegible]
con mucho consuelo á Dilinga, á procurar más e[illegible] los ilustres[illegible]
las almas, sin querer recibir ninguno de los m[illegible] de comodidad y [illegible]
los Prelados le ofrecian. [illegible]obreza, despues de ha

En Dilinga comenzó á trabajar fervoros[illegible]icia, superior á la liber[illegible]
mas no pudo perseverar allí mucho, por[illegible]
gusta le llevó tras sí á Vormacia, pa[illegible] el Obispo Aistitense, y c[illegible]
caida, y para luz del Concilio qu[illegible] detuvo dos meses con gran[illegible]
se esperaba; y juntamente, á [illegible]e las de sus ovejas, que fué m[illegible]
to Padre dando cuenta del [illegible]ocurado.
con Su Santidad de poner[illegible]nvió á Dilinga á caballo y co[illegible]
por medio del sagrado C[illegible]ncer de los humildes ruegos del P[illegible]

Visitaba y confirmaba [illegible]gente foragida, aunque no pudo [illegible]
viesen celosos y constante[illegible]
así á ellos como á los [illegible]linga y comenzando á ejercitar su[illegible]
cuentes sermones. [illegible]as de reparar la religion y costu[illegible]

Aquí se le juntó el [illegible]emás del pueblo; porque salia bien
fieles hijos de la Igles[illegible]que halló en su Obispo Oton unos[illegible]
mones, de palabra y [illegible]dar á nuestro Señor y de adelantar[illegible]
pretendian del empe[illegible]que no se podia pedir más.
príncipes y Prelados[illegible] la reformacion por la cabeza, él [illegible]
nacion alemana, que era[illegible] de propósito; y aunque ya [illegible]
Sede Apostólica; por cuya de[illegible] habia salido muy aprove[illegible]
des peligros, insistieron y acabaro[illegible]tándose al P. Claudio [illegible]
eficaces que ni el emperador, ni su herma[illegible] para poder él [illegible]
lados concediesen con los herejes. [illegible]cion, cuanto co[illegible]

Tenia el P. Jayo frecuentes lecciones de Escritura[illegible] Padre.
concurso, y admiracion y fruto. [illegible]tar las c[illegible]

Toda la cuaresma le oyó los sermones el rey de romanos con [illegible]
príncipes y señores de la córte y algunas veces el emperador, admirando todos la grandeza de doctrina, erudicion y elocuencia de los sermones, y mucho más la devocion, fervor y espíritu con que los predicaba, acompañando la admiracion y estimacion con grandes mudanzas de vida.

El que más aprecio y gusto mostraba de los sermones y eficacia divina del Padre era el rey de romanos, D. Fernando, que no contentándose con oirlos, le sacaba por fuerza al Padre los papeles, y trasladándolos, los comunicaba y repartia á otros, especialmente Prelados y príncipes, extendiéndolos de esta manera por casi toda Alemania.

Los Prelados católicos estimaron al Padre como á principal promotor de

on y costumbres católicas y martillo de los herejes, y por él hicieron
oncepto de la Compañía.
ado de Su Santidad, Alejandro Farnesio, le trató muy familiarmen-
ncia cosa de importancia sino con su consejo é industria.
nte, aunque en el Concilio Wormaciense no salió como el César y
católicos deseaban, por lo ménos por la industria del P. Claudio
ura que los herejes no saliesen con nada de lo que pretendian, y
tro Señor dos muy grandes provechos; el primero, que cono-
ente el emperador la maldad y obstinacion de los herejes en
e de Dios y descrédito de su corona, se determinó de ren-
os á fuerza de armas, como lo hizo con el favor del Sumo
rimer lugar con el de nuestro Señor.
conociendo los Prelados católicos de Alemania los engaños
herejes, que con pieles de ovejas pretendian á fuer de lobos
lazar este rebaño del Señor, se pusieron en cuidadosa vela
orriéndolas, especialmente siguiendo un saludable consejo
que porque estaban muy caidos los estudios de Teología
uy aviltado y sin fuerzas, que apénas habia cuál y cuál sa-
se predicar y enseñar la fe y religion, ni refutar las false-
jes, y así, ellas se iban entrando libremente por todas par-
para obviar estos daños, persuadió el Padre á los Prelados
a uno en su distrito fundase un colegio ó colegios, en los cua-
nseñasen las letras sagradas á mancebos escogidos en natural
de católicos pobres, que pudiesen despues con caudal de virtud
ernar las iglesias, enseñar los fieles y refutar y ahuyentar los he-
e fué poner un grande presidio de la fe y buenas costumbres en
nia.

ocuraron los Obispos del Concilio que el Padre diese una vuelta, visitan-
o y reparando sus Iglesias; pero no pudo corresponder á todos como queria,
orque con órden de Su Santidad estaba aplicado y determinado á la dispo-
cion del Obispo de Augusta.

Con él se partió á Dilinga, negociando entre tanto los demás su presencia
or vía de Roma; en especial el Obispo salisburgense que pedia con grande
stancia á nuestro Santo Padre que volviese á leer la cátedra en la ciudad
Ingolstadio.

En Dilinga y su comarca y en el ducado de Baviera discurrió y trabajó
n admirable provecho; en especial redujo á muchos de los errores de Lutero
gremio de la Iglesia católica, deshechos en dolor y lágrimas de su vida
scarriada; con lo cual crecia tanto cada dia la fama y estimacion de su per-

sona y hechos heróicos, que muchos príncipes hacian instancia y muchas diligencias por llevarlo á sus tierras.

Por entónces ninguno pudo alcanzar lo que deseaba, porque, juntándose en aquel tiempo el sacrosanto Concilio tridentino, le envió á él por teólogo suyo el Obispo de Augusta y Cardenal de la Santa Iglesia.

En Trento fué muy bien recibido del Cardenal tridentino; pero no quiso el Padre usar de su liberalidad ni tomar la posada que le estaba aparejada, sino, venciendo con el afecto de humildad y pobreza la grande resistencia y liberalidad de tan gran Prelado, se fué á posar al hospital.

De aquí lo acompañó, sin poderlo él impedir, toda la familia del Cardenal para que visitase á los Legados y presentase los poderes del Cardenal, en cuyo nombre venia.

Los Cardenales lo recibieron y honraron, así este dia como los siguientes, con grandes demostraciones públicas y secretas, no sólamente por las grandes y encarecidas recomendaciones y calificaciones del Obispo de Augusta, sino mucho más por la grande fama que ya tenian de sus grandes letras, religion y celo, y de las obras heróicas en remedio de las almas, que por tantas partes de Alemania habia hecho.

Estuvo en Trento el P. Claudio Jayo solo, aguardando á sus compañeros y el principio del Concilio desde el mes de diciembre hasta el de mayo; pero no estuvo ocioso, ántes por la grande estima que de su persona tenian, cargaban de él las causas más graves.

Llamábanle á todas las juntas, así particulares como públicas y comunes; consultábanle los Prelados, apreciando y estimando mucho su sabiduría y prudencia; y, como si esta no fuera bastante ocupacion, atendia con mucho cuidado á administrar los santos Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía con mucho provecho de las almas y grande gusto del Cardenal de Trento, así por el bien comun de sus ovejas, como porque era muy aficionado y devoto del Padre.

Trataba con él todas sus cosas con mucha confianza, tan familiarmente como un íntimo amigo con otro, aprovechándose mucho de su trato en el celo y salud de las almas y en la misericordia de los pobres.

No contento con la limosna que por manos de los suyos hacia, la quiso hacer tambien por las suyas, dando á todos ejemplo de humildad y caridad cristiana; y así, el Juéves Santo, juntando en una sala grande muchedumbre de pobres, se entró con ellos con solo el P. Claudio (que era el promotor de estas obras) haciéndolos sentar en una rica y regalada mesa: él mismo, descubierto, los sirvió la comida, y despues dió agua á manos, y vestidos todos de nuevo, con una buena limosna de dinero y otra mayor espiritual de un

bueno y fervoroso razonamiento, los envió edificados y remediados, quedándose despues á comer con el Padre con grande alegría y buena refeccion de pláticas espirituales.

Vinieron al Concilio el P. Diego Lainez y el P. Salmeron, y, dejadas otras posadas acomodadas y honradas que les ofrecieron, se fueron al hospital con el P. Jayo, y juntos los tres trabajaron tanto y con tanta edificacion y fruto como se dijo en la vida del P. Lainez, á que ayudó singularmente lo mucho que de antemano tenia merecido con su virtud y letras el P. Jayo.

Por lo cual, vacando en este tiempo el Obispado tergestino (que es en Italia) el rey de romanos, D. Fernando, determinó se diese al P. Claudio, cuyas letras y virtud admiraba y reverenciaba sobre manera el cristianísimo rey.

Y por tanto, conociendo los malos tiempos que corrian y el contagio pestilente de la herejía, que en todas partes prendia, y el grande peligro de aquella iglesia por la vecindad que tenia con Alemania; juzgaba por necesario encargarla á un tan grande, tan santo y tan vigilante pastor, que si no, se habia de perder.

Escribió al P. Claudio cartas muy apretadas, pidiéndole tomase aquella empresa propia de su vigilancia, caridad y celo, si Su Santidad se la encargase, cosa que el rey tenia por cierta; que no habria para él mayor contento ni de más provecho para aquella Iglesia.

El P. Claudio, muy de atrás aborrecia las prelacías y dignidades: siendo estudiante escribió en unas *Horas de nuestra Señora* algunas sentencias de S. Agustin, S. Gregorio y S. Bernardo de cuánto se habian de huir las honras y puestos honrosos, y siempre las tenia en la memoria y muy asentadas en su corazon, y se habia ido confirmando en esta doctrina, como habia ido creciendo en experiencia y letras, y especialmente mirando la vocacion é Instituto de la Compañía, que tanto extrañaban los puestos altos y dignidades.

Luego que entendió los intentos del rey, no sólo se armó de grande fortaleza y valor para resistirlos, sino que pidió con grande instancia socorro á nuestro Santo P. Ignacio, rogándole apretadamente que hiciese y mandase hacer oracion á nuestro Señor para que no permitiese que se le echase tan pesada carga, y lo mismo procurase negociar con Su Santidad y con todos los demás que conviniese, diciendo de sí que aborrecia tanto semejante eleccion, que si la obediencia no le tuviera atado en Trento, sin duda ninguna divirtiera el negocio huyendo y escondiéndose.

Con mucha razon el sapientísimo varon se temia de tomar dignidades, habiendo muchas veces leido cuánto las temieron y huyeron los santos, y visto lo que escribió S. Gregorio Nacianceno cuando rehusaba tomar el

obispado, que este miedo era el mayor de todos los miedos, y este peligro el sumo y último de todos los peligros.

Vino el Obispo lavacense, confesor del rey, á tratar en su nombre con el Padre aceptase el obispado. Oyó el Padre el recado del rey; y aunque ya tenia resolucion de lo que habia de responder, pero, porque no pareciese que arrojada y ciegamente se determinaba, pidió una hora de término para encomendar el negocio á Dios en la oracion, y despues respondió que, mirándolo delante de Dios nuestro Señor y conforme su conciencia, juzgaba que de ninguna manera debia ni podia recibir carga que era mucho mayor que sus fuerzas; que hacia al rey muchas gracias por la estimacion que tenia de su persona y mercedes que le hacia; mas le rogaba encarecida y humildemente, que para semejantes cargos buscase otra persona que no fuese de la Compañía; lo cual decia porque tambien habia hecho instancia poco antes el rey para que el P. Bobadilla tomase otro obispado.

Con esta resolucion despidió al Obispo procurador del rey, el cual, viendo que por este camino no negociaba nada, tomó otro, á su parecer, más fácil para salir con su intento.

Escribió á Su Santidad pidiéndole y rogándole con instancia que compela con su autoridad y precepto al P. Jayo á tomar el obispado, por ser persona dotada de rara virtud y admirable sabiduría y necesaria para conservar aquel rebaño del Señor sano y libre del ímpetu y atrocidad de los lobos carniceros de los herejes.

Escribió tambien á su embajador, para que solicitase este negocio con Su Santidad, instando diligentemente hasta salir con él. Lo cual él lo hacia tan cuidadosa y apretadamente, y Su Santidad estaba tan inclinado, que nuestro Santo P. Ignacio, despues de largas y fervorosas oraciones y diligencias, hallaba todas las puertas cerradas para impedirlo.

El embajador, para cumplir con su rey y darle gusto, daba de dia y de noche recia batería. Los Cardenales amigos y demás personas poderosas, devotas de la Compañía, estaban por el rey; á quien el Pontífice, juzgando que pedia una cosa muy ajustada y en beneficio de la Iglesia, queria dar gusto, sin dejarse persuadir de las muchas razones con que el Santo Patriarca probaba ser estas elecciones muy peligrosas y perjudiciales á la Compañía.

Pero en cosa al parecer tan desesperada, no desfalleció nuestro Santo Padre, ántes lleno de confianza en Dios y sustentado de oraciones, intentó otro medio que salió eficaz y como dado del cielo, y fué, que habiéndose de juntar el dia siguiente los Cardenales con el Pontífice á concluir aquella eleccion, negoció por medio de la señora D.ª Margarita de Austria, que era su penitenta, que la difiriesen algunos dias, y en el entretanto escribió al rey

D. Fernando una carta apretadísima, para que mudase de parecer y destejiese la tela que habia comenzado. La carta decia las razones siguientes:

«Muy conocida tengo, Señor, la voluntad que V. M. tiene de honrar nuestra Compañía y el cuidado y celo de socorrer las almas de sus vasallos, y por lo uno y por lo otro le hago las mayores y más cumplidas gracias que puede mi pequeñez, rogando á la suma Bondad y Sapiencia inspire á V. M. el modo cómo pueda conseguir cómodamente lo que con tan santo celo desea.

»En lo que toca á nuestra mínima Compañía, el mayor beneficio y el más singular favor que V. M. nos puede hacer es, si nos ayudare á caminar segun nuestra profesion, fiel y sinceramente; á la cual son tan contrarios los cargos y honras, que llanamente y segun la verdad de lo que siento, puedo afirmar que, pensando de qué manera se podria esta Religion destruir, no sé otra más eficaz para ello que el de admitir obispados.

»Porque los primeros fundadores de la Compañía se juntaron con un espíritu y propósito firme de discurrir por todas las partes del mundo á la voluntad de Su Santidad en busca de la salud de las almas; de manera que el principal y propio espíritu de esta Religion es discurrir con toda humildad y rectitud de intencion de una ciudad y de una provincia en otra por gloria de Dios y salud espiritual de los prójimos, sin encerrarse en region ó provincia alguna, como han de hacer los Obispos; el cual Instituto no sólo ha confirmado la Sede Apostólica, sino tambien Dios nuestro Señor desde el cielo ha dado claras muestras de que lo aprueba, con muchos y varios frutos que se ha dignado de hacer en las almas por medio de los nuestros.

»Pues como el ser y alma de las Religiones consista en conservar el primer espíritu de su vocacion, está claro que mientras nosotros conservemos este nuestro, se conservará nuestra Religion, y si él se perdiese, que ella se perderia.

»Tambien se puede entender cuán perniciosos son á la Compañía los obispados por esta razon: la hora de ahora no somos en la Compañía más de nueve profesos, y de estos á los cuatro ó cinco han ya querido hacer Obispos; á lo cual todos y cada uno de ellos ha resistido constantísimamente; pues si ahora uno lo admitiese, luego los demás entenderian que tambien á ellos les era lícito otro tanto y lo admitirian; y ya no sólo se desharia la Compañía por faltarle el primer espíritu de su vocacion, sino tambien por faltarle los miembros de que se compone.

»Finalmente, siendo así que esta mínima Compañía hasta ahora ha aprovechado y edificado mucho á los prójimos con los ejemplos de santa humildad y pobreza, si nos viesen ya honrados y hacendados, toda esa buena opi-

nion se oscureciera y seria de mucho estorbo para el ejercicio fructuoso de nuestros ministerios.

»Mas no hay para qué amontar razones; dejámonos á la clemencia y sabiduría de V. M.; ponémonos debajo de su proteccion y amparo, pidiendo y suplicando encarecidamente por la sangre de Jesucristo que, porque estamos ciertos que por aquí amenaza á nuestra Compañía su ruina y destruccion, V. M. por su benignidad y religion nos ataje y ahuyente tan graves males, y tome esta pequeña y nueva manadita por suya, y como tal la conserve sana y entera para la gloria de la eterna Majestad, que guarde á V. M. religiosísima y la enriquezca y colme continuamente de sus celestiales dones.»

Estas razones, y la autoridad de tan Santo Patriarca, y, principalmente, Dios nuestro Señor que se inclinó á los piadosos deseos de sus siervos, trocaron de tal manera el ánimo del rey cristianísimo, que al punto despachó á su embajador, mandándole que dejase aquel negocio que tenia comenzado y áun casi del todo acabado.

Apartado el rey de su pretension, Su Santidad, que principalmente se movia por su instancia, luego desistió de la eleccion del P. Claudio, especialmente ponderando las razones del Santo P. Ignacio, con que resistia á las honras y dignidades de los de la Compañía, que no eran solas las que escribió en su carta al rey, sino otras muchas muy eficaces, que me pareció poner aquí para que se entienda con cuán buen por qué se ha cerrado esta puerta en la Compañía.

La primera, porque de ordinario se eligen para las dignidades y obispados las personas más graves y lucidas de la Religion; y así, queda ella privada de los que la habian de ilustrar y como desustanciada, ni tiene vigor para conservarse y perfeccionarse á sí, ni para servir y ayudar á la Iglesia.

De más de esto, en siendo un religioso puesto en honra ó dignidad, muchas veces los otros que estaban quietos se desasosiegan, y los que no se acordaban de la prelacía por estar léjos, ahora que la ven delante de los ojos, engañados de su resplandor, la apetecen; que es muy natural en los hombres el deseo de la gloria, y muchos se van antes tras el aplauso y blasones de la virtud, que tras la misma virtud; y teniendo puesta la mira en la honra, no se hace cosa de provecho, porque de torcida intencion, como de mala raíz, no pueden ser buenas las obras, aunque en sí lo parezcan.

Piérdese la sencillez religiosa, porque, teniendo el ánimo con deseos de subir, procura llegar á lo que desea con artificios y tratos disimulados; y así, no hay lisura en las palabras ni en el modo de proceder, ántes todo es aparente y fingido, de manera que ya en las casas de Religion, desterrada la religion, vereis introducidas unas costumbres políticas, y que la córte ha hecho asiento en la escuela del espíritu.

Esta razon era de las que más fuerza hacian al Santo P. Ignacio, y él la ampliaba, sacando de aquí la destruccion de la Compañía. «Doscientos (decia) somos de la Compañía, poco más ó ménos, los cuales han entrado aficionados y atraidos de la humildad; y de estos muchos, si se introdujese el tomar y buscar honras, ofendidos de ver decaida la observancia del Instituto, lo dejaran, otros se inquietaran con el espíritu de la ambicion de los que han de entrar de nuevo; los que vinieren con buen pié, tocados del amor de la vida humilde y quieta, tenerse han afuera, viendo que no hallan lo que desean y buscan, y los otros entrarán movidos de ambicion, raíz de que nada bueno se puede esperar; y habiendo unos que aprueben las honras y dignidades, y otros que las reprueben, entre los demás males, no se puede evitar moralmente el encuentro y discordia de las voluntades, pestilencia grande de las comunidades.»

Finalmente. siendo verdad clara y experimentada que cualquiera buen religioso ama y desea la humildad y recogimiento; el que fuere ménos virtuoso y aprovechado será el que quiere salir á puestos lucidos y de inquietud y distraccion para subir de ahí á las dignidades; de donde se seguirá que los imperfectos se inquieten y aspiren á las ocupaciones de lucimiento para sacudir por ahí el yugo de la obediencia, y tambien que la Iglesia tome por ministros y Prelados los ménos idóneos y virtuosos, con grande detrimento suyo.

Estas y otras semejantes razones tenia y proponia nuestro Santo Padre para excúsar la eleccion de los de la Compañía en los obispados, y dejar para despues tan cerrada la puerta, que ellas en sí son muy eficaces y singularmente tienen fuerza respeto de los nuestros, cuyo particular Instituto profesa huir semejantes cargos, y con eso se ha de conservar y crecer.

Con esto, pues, sacó nuestro Santo Padre á su compañero el P. Jayo de la afliccion en que estaba.

Pero salió con nueva estimacion y fama, por haberse divulgado mucho la determinacion de hacerle Obispo y el valor y constancia con que resistió á la eleccion, quedándose en su humildad y pobreza.

El gran duque de Ferrara, que deseaba entablar un nuevo modo de vida y andaba para ello buscando maestro que le pudiese guiar, teniendo noticia del P. Claudio Jayo y de sus raras dotes, juzgando que era lo que podia desear, lo pidió instantemente á nuestro Santo Padre y á Su Santidad, para que con su virtud y letras le ayudase á perfeccionar su alma y á gobernar su Estado con provecho de sus súbditos; en lo cual tambien instaba mucho la duquesa con las mismas veras.

Nuestro Santo Padre escribió por órden de Su Santidad al Padre que, dejando á Trento, por haberse ya interrumpido el Concilio, fuese á Ferrara como lo pedia el duque, diciéndole cuánto deseaba servir con toda la Compa-

ñía al duque, para mostrarse agradecido al favor que hacia á la Compañía desde sus principios, y que estimaba esta ocasion que se ofrecia de darle gusto, y le encargaba que, así en leer como en predicar ó cualquier ministerio de nuestra profesion, estuviese á la voluntad y disposicion del duque, pues él lo merecia y Su Santidad se lo concedia para eso: de manera que el tiempo que en Ferrara estuviese, lo tuviese por Superior y le obedeciese en todas las cosas del servicio de Dios y provecho de su alma propia y las de los prójimos, y cuando el duque diese lugar entónces entendiese á ejercitar los demás ministerios de la Compañía.

Llegado el Padre á Ferrara, se fué derecho al hospital y comenzó á socorrer con mucha diligencia y fruto á las necesidades de los pobres, así corporales como espirituales.

Pretendió el duque acomodarle y regalarle con grande liberalidad, y aunque en muchas cosas no lo pudo el Padre impedir, en razon de mudar posada nunca vino en ello, diciendo que estaba con más gusto entre los andrajos y malos olores de los pobres, que entre los regalos y algalias de los cortesanos.

En el hospital de las huérfanas de Sta. María de Rosa hizo admirable fruto en las almas, predicando y administrando los Sacramentos á un grande número de personas que allí acudia.

En el de Sta. Ana tenia cada dia copiosas cosechas espirituales, con admiracion y edificacion de todos y grande consuelo y alegría del Cardenal Salviato, Obispo de aquella ciudad; el cual, para cooperar á sus gloriosos trabajos, le comunicó toda su potestad y autoridad para todo lo que quisiese.

Quien principalmente se pagaba de la persona del Padre y de sus fructuosos empleos era el duque, apreciando mucho y pregonando siempre su rara virtud y admirable sabiduría, ayudándose y guiándose por él en todo, aunque el Padre en todo se gobernaba por su voluntad, segun que tenia órden de nuestro Santo Padre y del Sumo Pontífice.

No hacia cosa el duque en el gobierno de su Estado sin el parecer del Padre; confesábase con él, y juntamente sus hijos y toda la nobleza, con grande reformacion de costumbres.

Pero siempre el Padre acudia con más gusto á los pobres enfermos y desvalidos, socorriéndolos en todo genero de necesidades.

Predicaba continuamente; hizo pláticas y leyó lecciones con mucho fruto por espacio de un año, cogiéndolo especialmente en continuas confesiones, que no le dejaban en todo el dia y gran parte de la noche, sin impedir el gran concurso ni de las confesiones ni de los sermones el rigor del frio y la mucha copia de nieve, que por oirle y tratarle por todo pasaban sin hacer caso.

Fueron admirables los efectos que de sus trabajos se siguieron en la reformacion de sus costumbres, que no los diremos en particular por ser muy semejantes á otros que en esta historia y en otras de nuestros primeros Padres quedan referidos.

Lo que no se puede dejar de especificar es que con la eficacia grande de su predicacion y fervoroso celo quitó un grande número de torpezas escandalosas, reduciendo muchas mujercillas perdidas á vida recogida, y muchas á monasterios, y otros tantos hombres, encenagados en este vicio abominable, á vida honesta, con admiracion y edificacion de todos.

Conservábase todavía fresca la memoria del P. Jayo en Ingolstadio, el sentimiento de haberlo perdido y el deseo grande de volverlo á recobrar; el cual crecia más cada dia al paso que crecia la opinion de santidad y letras del Padre; por lo cual, por medio del cristianísimo duque de Baviera, pretendieron con grande instancia, y alcanzaron con extraordinaria alegría, que volviese otra vez á aquella Universidad á alumbrarla con su doctrina, y juntamente otros dos de nuestra Compañía, á eleccion de nuestro Santo Padre; sólo insistian en particular por la persona del P. Jayo.

Mucha dificultad tuvo el sacar al Padre de Ferrara por la resistencia del duque, que no le parecia poder vivir sin él; pero entró de por medio el Cardenal Farnesio, su pariente, rogando, y, lo que apretó más, el Sumo Pontífice, mandando al Padre tomase esta empresa.

El lo hizo, llevando consigo al P. Salmeron y al P. Canisio, y para tener autoridad en aquella Universidad y en toda Alemania contra los herejes, se doctoraron de camino en Bolonia, dia de S. Francisco, despues de haber hecho sus ejecicios literarios con grande satisfaccion de todos.

Por el camino fueron tan honrados y deseados de los Prelados y príncipes, y en Ingolstadio recibidos con tantas demostraciones de amor y estimacion como se dijo en la vida del P. Salmeron, y no hay para qué repetir aquí.

Comenzó el P. Claudio á leer los Salmos de David con mucho aplauso, y todos tres lo tuvieron tan grande, que luego comenzaron los Prelados y príncipes y las cabezas de la Universidad á tratar de fundar un colegio de la Compañía, para asegurar y perpetuar los grandes frutos que de los Padres cogian.

Pero no pudieron gozar mucho tiempo de este bien, que lo muy bueno tiene muchos pretensores; y el Cardenal de Augusta, justo apreciador de los talentos del P. Jayo y solícito del bien de su iglesia, para repararla, y aprovecharla, y dar luz á un Concilio que presto habia de tener en Augusta, alcanzó de Su Santidad se lo diese con gusto de nuestro Santo P. Ignacio, mas con grande sentimiento y lágrimas de la Universidad y no poca ofension con el Cardenal que los privaba de tanto bien.

En Augusta comenzó luego el Padre á dar grandes resplandores de santidad y doctrina, alumbrando con ellos así á los Prelados que se juntaron al Concilio, dándoles consejo y resolucion en todo lo que trataban, como á los demás del pueblo, trabajando incansablemente en todo género de ministerios, dándoles fuerza y eficacia con un raro ejemplo de vida y continua y fervorosa oracion.

Redujo muchos herejes al gremio de la santa Iglesia. Otros de desbaratadas costumbres, por la industria del Padre se redujeron á vida concertada y virtuosa.

Entre estos fué muy ejemplar la mudanza de vida de un sacerdote: era persona muy noble y muy rica, mas de vida muy desbaratada y escandalosa; gastaba todo el tiempo en ruines conversaciones y juegos, teniendo las tablas en casa para tener cerca la ocasion y serla él á muchos de pecar.

Consumia su mucha hacienda en continuos convites y glotonerías, en regalar caballos y vano fausto de criados.

Habló el Padre á este sacerdote y movióle con sus buenas razones á hacer unos ejercicios; hizolos con mucho fervor, y en ellos le mudó nuestro Señor tanto el corazon, que salió otro hombre muy diferente del primero.

Quitó luego la tablajería y uso de jugar de todo punto, las parlerías, convites y fausto secular, viviendo con grande recogimiento y templanza, ocupado en leer los santos y en el trato con nuestro Señor.

Celebraba cada dia Misa con mucha devocion, gastando su hacienda en obras de piedad y misericordia con grande ejemplo de toda la ciudad.

Las cuales obras y otras de mucha edificacion, que nuestro Señor se dignó hacer por medio de su siervo el P. Claudio, dieron principio á las fundaciones de colegios que despues se fundaron en Alemania.

De aquí, a instancia del rey de romanos, D. Fernando, fué con otros doce de la Comprñia á Viena, para levantar aquella Universidad y en toda la Austria la fe.

Habia la herejía inficionado ya en gran parte la Universidad, y toda la Austria lo estaba tanto, que no habia de diez partes, y áun algunos dicen de treinta, una sin este pestilencial contagio.

Corrian los libros y doctrina de los herejes libremente, y andaban en las manos de todos, criándose con ellos los niños, y mamando los errores con la leche.

Los monasterios estaban desiertos, y los religiosos que habian quedado despreciados y aviltados; y así, no habia quien tomase este género de vida.

De la misma manera se despreciaban los sacerdotes, por donde ningun hombre de letras se queria ordenar; en tanto grado, que en veinte años no

habia salido sacerdote alguno de una Universidad tan insigne como la de Viena.

Muchos de los católicos se corrian de parecerlo, porque los herejes los llamaban por mofa *Papistas*. No se hallaban curas ni quien cuidase del culto divino; no habia uso de Sacramentos, y el que habia comunmente era sacrilego, no confesando los pecados en particular sino por mayor y en confuso.

Recibian los legos la Eucaristía en ambas á dos especies de pan y vino; los sermones todos se ordenaban á engrandecer la fe y los merecimientos de Cristo, sin acordarse de las obras de virtud, como si no importaran nada.

Este era el estado de Austria, sin haber quien intentase el remedio, sino el cristianísimo rey, en que para dárselo llevó al P. Claudio con sus compañeros.

Comenzaron luego á trabajar insignemente, como lo pedia la necesidad y su celo ardiente. El P. Jayo, para hacer rostro y confundir á los herejes, leia públicamente la epístola de S. Pablo á los romanos con admirable aplauso é igual fruto, alumbrando á los herejes y confirmando y mejorando en las costumbres á los católicos.

Ejercitaba los demás ministerios nuestros con extraordinario fervor é incansable trabajo, como lo pedia la gravedad de la necesidad, que era sobremanera grande, así por las guerras civiles y con los turcos, como por la insolencia grande de la herejía.

Pero el trabajo fué sobre sus fuerzas, y la pena del estrago de aquella Iglesia le cargó tanto, que áun con poca enfermedad lo acabó y consumió la vida, á los seis de agosto, llevándole nuestro Señor á premiar su santo celo y continuos trabajos tomados por su gloria y servicio de su Iglesia; castigando en esto Su Majestad acerbísimamente el desenfrenamiento y errores de Alemania, eclipsándole el sol que la alumbraba y calentaba, por no haberse aprovechado de él como debiera.

Su muerte fué muy sentida y llorada de los buenos como pérdida del Padre comun de los fieles, que así lo llamaban comunmente, y *Angel de Dios, Patron de católicos, Doctor esclarecido y muro inexpugnable de la Iglesia, terror y martillo de los herejes*, contra los cuales peleó valerosamente en Italia, Baviera, Suevia, y en las demás partes de Alemania, en los Concilios Augustano, Wormaciense y otros de Alemania, y en el Sacrosanto Tridentino, deshaciendo y refutando sus embustes y errores y confirmando á los fieles en la doctrina y costumbres católicas, alumbrándolos con la luz de la verdad, como Apóstol de Alemania, que así le llamó el ilustre doctor de ella, el P. Canisio.

Tuvo mucha autoridad con los católicos y los herejes por sus muchas letras humanas y divinas, facilidad y prudencia en el decir; y por esto y su rara vir-



tud, mucha estimacion y mando para todo lo bueno, dió á conocer la Compañía en Alemania, fundóla y dilatóla para mucha gloria de Dios, y ganóle amigos y protectores, en que tenia mucha mano.

Era de blanda condicion, apacible, mostrando siempre en el rostro grande agrado y alegría modesta, junta con religiosa gravedad; sólo le vieron triste y lloroso al tiempo que se vió á peligro de ser Obispo.

Fué siempre amador de la santa pobreza, conservando el vestido pobre y pobre la comida, sin que se la pudiese descantillar un punto el trato frecuente con los príncipes y Prelados grandes y su grande liberalidad, con la cual muchas veces le ofrecian dones y le hacian mucha instancia los admitiese.

El estudio y continuacion de su oracion fué admirable; despues de otra mucha oracion, no se le pasaba dia sin dos ratos largos, uno de la vida de Cristo nuestro Señor conforme la representa la Iglesia, y otro de su santísima Pasion.

Era grande endurador del tiempo, sin dejar pasar ninguno de balde, y para esto le tenia distribuido muy menudamente, y guardaba la distribucion con gran puntualidad.

Era modestísimo en todo su modo de proceder, y en sus palabras y trato muy mirado y moderado sin olor de arrogancia, altivez ó presuncion; y áun en las disputas con los herejes, poniendo mucha eficacia y fuerza para convencerlos y confirmar á los católicos; guardaba tanta modestia y comedimiento, que nunca se dieron de él por ofendidos, siendo ellos tan vidriosos y arrogantes.

Su modo de enseñar en las escuelas era muy claro y con grande distincion, pero con grande fundamento y firmeza; en especial leia y explicaba con grande claridad y fecundidad de ingenio las cuestiones gravísimas de la justificacion, predestinacion, de *fide et operibus*, y otras semejantes, segun que pedia el tiempo presente, para resistir y oponerse á los engaños y errores de los herejes.

Fué la muerte de este ilustre varon muy sentida y llorada de todos los buenos, mostrando en esto lo mucho que le estimaban.

La Universidad de Viena se juntó toda, graduados y estudiantes, con muchas lágrimas á hacerle honras y obsequias; y porque la iglesia que los nuestros entónces tenian, estaba cerca de los muros, y á peligro de que, sobreviniendo los enemigos (que andaban insolentes y cerca) la profanasen, quisieron enterrarlo con grande solemnidad en la iglesia de S. Nicolás, que era entónces de los Padres de S. Francisco, con mucho gusto de aquellos religiosos Padres, que amaban y estimaban mucho á nuestro P. Claudio.

La Universidad de Ingolstadio, luego que supo la muerte de su maestro,

no se contentó con hacer de presente sentimiento grande y honras, sino que quiso que quedase para siempre memoria de tan insigne varon y de su agradecimiento y estimacion que de él tenia; y así, le puso un epitafio y elogio que sirve bien á lo uno y á lo otro y se ve en el aula de Teología de esta manera, despues del nombre de Jesus, que está por armas.

«Claudio Jayo, saboyano, Doctor, Teólogo y Catedrático, de la Compañía de Jesus, varon de agradables costumbres y que siempre juntó en uno las letras con la virtud, alcanzó en esta Universidad opinion de santidad con las cabezas, con la gente mediana y con los más ínfimos; de todos era grandemente amado, y á todos igualmente provechoso. Fué uno de los diez primeros autores y fundadores de la santa Compañía de Jesus. Pasó de esta Universidad á la de Viena de Austria, y de allí á los gozos eternos que siempre tuvo en el corazon y delante de los ojos, el año 1552. Murió á seis de agosto el año trece de la fundacion de la Compañía, y el cuarto entre los diez primeros Padres sus fundadores.»

P. NIEREMBERG.



# P. LEONARDO KESELIO

Entre otros muchos que ganó para la Compañía en Lovaina el P. Francisco de Estrada con sus sermones, fué uno el P. Leonardo Keselio, á quien el P. Pedro Fabro recibió allí en la Compañía y le confesó generalmente.

Fué de los nueve primeros que llevaron consigo á Portugal desde Lovaina los PP. Andrés de Oviedo, y Juan Aragon, y Francisco de Estrada, año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro.

Despues fué enviado el P. Leonardo Keselio á Colonia con otros dos súbditos, que el P. Fabro quiso residiesen allí, con esperanza de que se fundaria colegio en aquella ciudad.

No se puede explicar el gran celo con que el P. Leonardo acudia á la salud de las almas, siendo juntamente Superior de catorce que ya tenia consigo el año de mil y quinientos y cincuenta, á los cuales sustentaba parte de limosna que el P. Canisio le enviaba, y parte con la caridad y liberalidad del P. Prior de la Cartuja.



Ayudábale nuestro Señor al P. Leonardo, adornándole con gracias datisdatas para ganar las almas y tratarlas, y para sanar tambien las enfermedades corporales.

Aconteció una vez que fué llamado de un Superior de un convento de religiosos, para que ayudase á morir á un religioso que ya estaba oleado y desahuciado: y en llegando el P. Leonardo al convento, le dió gana al enfermo de confesarse con él generalmente desde que era niño hasta entónces.

Apénas comenzó á confesarse, cuando la enfermedad se iba remitiendo, y cuando acabó de hacer la confesion quedó del todo sano y bueno, y se levantó como si no hubiera tenido enfermedad, andando por sus piés con el vigor con que andaba estando sano.

Otro á quien el demonio atormentaba en su cuerpo algunas veces, en confesándose con el P. Leonardo, salió el demonio de él y jamás volvió.

Otra matrona estaba muy afligida porque se le habia tornado loco un hijo mancebo á quien amaba mucho; y rogando ella al P. Leonardo Keselio que tuviese consigo este hijo algunos dias, quiso Dios que, estando con el Padre, volviese en su juicio por las oraciones de este siervo de Dios, el cual fué muy devoto de nuestro Padre S. Ignacio áun cuando vivia.

Por las muchas maravillas que habia oido decir de su santo Padre, y por la gran devocion que le tenia, eran tan vivos y ardientes los deseos de verle y tratarle, que no dudó escribirlos y proponerlos al Santo, pidiéndole que le diese licencia para ir á pié á Roma, que con sóla su vista se daria por satisfecho y por bien empleado el trabajo del camino, y ninguno más que por ver y tratar un santo tal y tan grande.

Es un género de bienaventuranza en esta vida saber estimar á quien Dios estima, y ver á los hombres á quien desean tener en su compañía los ángeles.

Recibió S. Ignacio la carta, y la respuesta fué que se estuviese quedo, porque su asistencia importaba para el divino servicio; que por ventura Dios nuestro Señor trazaria las cosas de manera que se viesen sin tomar trabajo de tan largo y peligroso camino.

Un *quizás* de los santos tiene más seguridad y certidumbre que todas las promesas de los reyes, porque va fundado en la divina confianza ó en la satisfaccion que les da Dios de condescender con sus peticiones; y parece que en la respuesta dió S. Ignacio á entender que ya sabia el modo con que Dios queria consolar al P. Leonardo, y para esto alcanzó de Su Majestad un medio que no fuese trabajoso á quien lo pedia.

Habíale parecido la respuesta de S. Ignacio enigmática, y esperaba la declaracion del suceso. Y, habiendo de distancia desde Roma á la ciudad de Colonia más de trescientas leguas, un dia, estando bien descuidado el P. Leo-

nardo, vió entrar por su aposento á su bienaventurado P. S. Ignacio: diósele a conocer, estuvo con él un grande espacio de tiempo hablando, mirándole Leonardo con curiosidad y con no ménos afecto y devocion que admiracion, y de repente se desapareció, dejándole con su visita consoladísimo, no cesando de dar gracias á Dios que por un modo tan admirable, ó poniendo al santo en un mismo tiempo en dos lugares, ó supliendo la distancia de tantas leguas con su poder, ó con el ministerio de algun ángel, le hubiese traido de tan léjos para que le viese, y le habia cumplido en esta vida sus deseos.

El año de mil y quinientos y cincuenta y cinco fué el P. Leonardo á Neomago ó Nimega, que dista de Colonia diez y nueve mil pasos, y allí hizo mision y cogió gran fruto.

Fué grande el concurso de gente que acudió á confesarse y á pedirle consejos; y aunque todo el dia y parte de la noche los oia, apénas podia satisfacer á la muchedumbre.

Era grande la abundancia de lágrimas que derramaban los que habian tratado con él, lo cual decia el Padre que jamás le habia sucedido como allí, y que no se sentia cansado de trabajar; ántes cuanto más trabajaba, sentia mayores fuerzas para trabajar más.

Un Canónigo, que le hospedó en su casa, decia que en cien años atrás no se habia visto tal fervor en la gente, ni oídose cosa semejante de lo que allí se habia visto este año.

El año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, deseaban mucho en un pueblo de Neomago un colegio de la Compañía; y una piísima doncella, que tenia en la Compañía dos sobrinos, hijos de su hermana, que eran el P. Pedro Canisio y P. Teodorico, habia deseado comprar á la Compañía unas casas que allí habia, con sitio bastante para colegio.

Dióle Dios una enfermedad grave, de la cual pensó se moria, y llamó á un hermano suyo, á quien dió ochocientos ducados en oro para comprar aquellas casas, y las compró (aunque repugnaba el hermano lo que la hermana hacia) y delante de un escribano y testigos hizo donacion de esta casa á la Compañía.

Publicóse esta manda, y uno de los principales de la ciudad, que por ser hereje aborrecia esta Religion tan contraria á su secta, y otros que se le juntaron, juzgando que la Compañía les seria dañosa, fuéronse al Senado y acusaron á la piadosa doncella con falsas imposiciones.

Temiendo el Senado que no hubiese mayores turbaciones, mandó al Padre Leonardo Keselio (que estaba ya allí, y habia venido llamado para ayudar á morir á esta señora) que se fuese luego de la ciudad.

Oido este mandato, fué el P. Leonardo, acompañado de muchos nobles, adonde el Senado se habia juntado, y quejóse de esta injusticia que se le hacia,

pidiendo la causa de este edicto: mostróles las Bulas Apostólicas de la confirmacion de la Compañía; mas el Senado no quiso verlas, sino darle por escrito las causas porque le mandaba salir de la ciudad, que eran las siguientes:

«La primera, porque habia entrado de noche en la ciudad; la segunda, que habia hecho juntas particulares ocultas; la tercera, que habian causado tumulto.»

Mas como eran causas ridículas y falsas, fácilmente deshizo el Padre estas calumnias; y viendo que no era ocasion entónces para desengañarlos, por estar apasionados é incapaces de percibir la verdad, tuvo por mejor irse él mismo que no ser echado de allí con infamia.

Pero por haberse ido el Padre no se enfriaron en sus deseos los que deseaban la Compañía, ántes les tenian aparejadas alhajas de casa que darles, y para la iglesia ornamentos, cálices, corporales y otras cosas.

Dios nuestro Señor castigó á los que se atrevieron á impedirlo, porque al cónsul, que fué el autor para que echasen de allí al P. Leonardo, se le mataron luego dos hijos el uno al otro; riñendo, ambos quedaron muertos, y poco despues murió el padre; y al que dió la sentencia del edicto le dió una calentura hética que le acabó la vida.

Lo que perdió entónces el P. Leonardo, ganó en Colonia, donde tuvo mucha miés de confesiones de enfermos, que quedaron milagrosamente sanos en sus cuerpos, confesándose con el siervo de Dios.

El año de mil y quinientos y cincuenta y siete, pasando el P. Pedro de Rivadeneira por Colonia con el P. Doctor Diego de Ledesma, conoció el P. Leonardo los pensamientos del P. Ledesma, y le habló á propósito de lo que pensaba, quitándole una tentacion; y otra vez le sucedió lo mismo, confirmándole en que Dios le daria castidad y perseverancia en la Compañía.

Este mismo año fué el P. Leonardo á Roma á la Congregacion general, y vuelto á Colonia, procuró instruir y guiar á toda virtud á los mancebos que estaban en los convictorios.

Lo que más admiró fué, que el P. Leonardo, sin ayuda de leyes ni reglas, con sola su oracion, caridad, simplicidad, obediencia y diligencia los trajese tan concertados en todo, que parecian seminarios de religiosós, los cuales fueron despues la sal de Alemania que la libraron de la corrupcion de la herejía.

En semejantes obras del servicio de Dios empleó su vida este grande varon, y en la muerte recibió copioso premio de ellas.

Más larga historia merecian las virtudes de este siervo de Dios; ahora contentarémonos con estas noticias.

P. Nieremberg.

# P. PEDRO MIGUEL

FUÉ el P. Pedro Miguel de nacion aleman y natural de Colonia.

Entró en la Compañía año de 1558, á los 19 de mayo. Pasado el tiempo de la probacion y habiendo estudiado la Filosofía, le enviaron á París á estudiar la Teología, y tuvo por maestro al P. Juan Maldonado, á quien él enseñó la lengua hebrea.

Profesó en la Compañía el estudio de la retórica y la lengua hebrea, porque en esta, en la latina y alemana estaba muy versado, y en la griega y francesa bastantemente erudito.

Juntó maravillosamente á su sabiduría mucha prudencia y grandeza de ánimo, por lo cual le amaron mucho algunos príncipes y señores de Alemania, teniéndole por familiar amigo, escribiéndole cartas con mucha llaneza.

Era el P. Pedro Miguel muy deseoso del bien de todos, así público como particular: fué Rector en Spira seis años, y ocho en Monasterio de Westphalia, donde empezó y acabó un suntuoso edificio para las escuelas, sin tener dineros ni rentas, sólo fiado de la liberalísima mano de Dios, y con la misma grandeza de ánimo puso los fundamentos primeros á la iglesia nueva.

Fué persona de grande humildad y caridad fervorosa, enemigo de pompas del mundo, ajeno de gravedades y lleno de cortesía agradable; y con estas gracias no sólo era querido de sus amigos, sino tambien de los poco afectos á la Compañía, y no ménos áun de los mismos herejes.

Procuró siempre que la Compañía fuese estimada de todos, y en la antigua Sajonia dilató mucho su nombre; y aunque tenia pocas fuerzas y débil la complexion, jamás cesaba de trabajar, buscando nuevos modos para destruir las herejías; y así, por su cuidado é industria se redujeron á la Iglesia católica muchos herejes.

Confutó con doctos escritos á Estéfano Isaac, que siendo judío, se hizo Cristiano perverso, pues se alistó por ministro y secuaz de Calvino, por lo cual decia mil errores contra el culto de las santas imágenes.

Escribió una *Apología* contra Juan de Munster, el cual estaba muy soberbio con la nobleza de su linaje y con un poco de gramática que sabia, con que provocaba y desafiaba al P. Pedro Miguel á que disputase; pero el siervo de Dios le hizo callar y humilló su arrogancia.

De modo que gastaba su vida en escribir libros, y sustentó en la fe á muchos católicos; lo cual, así como para con los buenos le hacia amable, así con

los enemigos de la católica religion le granjeaba odio y enemistad, porque los confundia con su vida ejemplar, con sus palabras y escritos.

Muchas veces le buscaron para prenderle y matarle, y otras le engañaban fingiéndose sus amigos: en una ocasion le convidaron á comer, y entre los manjares le dieron veneno sin que él lo pudiese sentir; pero luego que conoció haberlo comido, tomó algunos remedios, y finalmente lo echó, aunque con mucho dolor y trabajo, con que quedó al presente bueno.

Pero como el veneno hizo presa en el estómago, le dejó la salud muy flaca, porque en ciertos tiempos le molestaba aquel pestífero humor, dándole mucha pena; y así, siendo Superior del colegio monasteriense, tomó unos baños para curarse, y áun en ellos no estaba ocioso, teniendo tan poca salud.

Supo, pues, que tres mujeres herejes estaban tambien en los baños, y con sus palabras y persuasiones las convirtió á la católica religion.

El serenísimo duque de Baviera vino tambien á los mismos baños y visitó muchas veces al Padre, gastando muchas horas sólo con él y asentado en su cama en conversacion santa y piadosa, y encargaba á los médicos tuviesen sumo cuidado en curarle, por si pudiese cobrar la salud; pero ellos le dijeron que no tenian esperanza de que sanase, y que el mal se iba agravando más cada dia.

Su Alteza, con caridad fervorosa, hizo que en su propia litera le llevasen á la ciudad de Maguncia para curarle; mas no aprovechó, porque le acabó la vida el antiguo veneno á los 25 de agosto del año de 1595, á los cincuenta y tres de su edad y treinta y siete de Religion.

Las obras que escribió este santo Padre refiere el P. Felipe Alegambe. Cuentan á este siervo de Dios entre los mártires de la Compañía el mismo P. Alegambe y otros autores.

P. NIEREMBERG.

# P. MARTIN LATERNA

El P. Martin Laterna fué de nacion roxolano, y de patria Drohobitense; tuvo padres virtuosos y nobles, y desde sus primeros años fué inclinado á los estudios de letras: en las humanas salió tan docto por su feliz memoria y continuo trabajo, que se aventajó á todos sus condiscípulos.

Siendo mancebo, se le ofreció ocasion de ir á Braunsberga, ciudad de Prusia, donde habia plantado la Compañía el Cardenal Estanislao Hosio, y en-

tónces florecia allí muy próspera y admirable en virtud y doctrina, á pesar de los herejes.

Causóle mucha admiracion la vida tan religiosa que en ella se profesaba, y los seglares que frecuentaban la comunion por consejo y parecer de los Padres; y así, empezó luego á tener grandes deseos de entrar en ella.

Por esta causa escribió al Rector del colegio de Braunsberga algunas cartas en prosa y á los demás religiosos en verso, pidiéndoles se dignasen de recibirle por compañero; y habiéndose preparado con los ejercicios de nuestro P. S. Ignacio, fué admitido en la Compañía á 10 de mayo del año de 1571.

Despues de cumplido el noviciado, se entregó á los estudios de Filosofía y de Teología, en los cuales salió tan aprovechado, que mereció el lauro doctoral en la Universidad de Vilna.

En el estudio de las virtudes, y en especial en la reina de todas, la caridad, se adelantó tambien de tal modo, que no cesaba de dia y de noche de trabajar, oyendo confesiones ó predicando, porque sólo deseaba con todas sus fuerzas atraer á los pecadores á mejor modo de vida.

Ocupóse por mucho tiempo con increible trabajo en misiones apostólicas. Estuvo tres años en los ejércitos con admirable constancia, cuando traia guerra Estéban, rey de Polonia, contra el moscovita, acudiendo á los latinos á hacerles sermones, y juntamente en Polonia era predicador del rey.

Ilustró muchas ciudades de aquel reino con sus trabajos; estas fueron Cracovia, Vilna, Grodna y Leópolis. El año de 1586 fué á Roma por mandado del rey, y acabados los negocios á que habia ido, se volvió otra vez á proseguir y ejercer el oficio de predicador de la casa real.

En Cracovia le hicieron Procurador de la casa de Sta. Bárbara, y aunque era persona de tantas dotes, se ocupó en aquel ministerio con obediencia muy pronta.

Desde allí le hicieron Superior de la Residencia Leopoliense; y es cosa increible con cuánta benevolencia redujo á su amistad y de toda la Compañía al Arzobispo y los demás moradores de aquella ciudad. Allí predicó por espacio de siete años con gran aprobacion y concurso de todos.

Despues le mandaron fuese por predicador de Segismundo, rey de Suecia, y, al partirse, le fueron acompañando el Arzobispo y mucha parte de la ciudad, con lágrimas amorosas, causadas del dolor por su ausencia.

Llegó á Suecia con una enfermedad que le sobrevino de las molestias de la navegacion, y habiendo descansado un poco de tiempo, le aconsejaron los médicos que volviese á Polonia; y así, se volvió á embarcar á veinte y nueve de setiembre del año de mil y quinientos y noventa y ocho.

Un dia despues que empezó su navegacion le cautivaron unos soldados de

Cárlos, duque de Sudermania y tio del rey Segismundo, que todos son herejes y enemigos capitales de toda la Religion de la Compañía; á él y á todos los navegantes, que eran polacos, les despojaron de todo lo que llevaban y los llenaron de oprobios contra el Romano Pontífice y los llamaban *papistas*, que entre ellos se tiene por gran ignominia.

Pero el P. Martin, juzgando que en ocasion tan excelente le tocaba á él principalmente la confesion de la fe católica y ortodoxa, empezó con ponderosas razones á persuadir á sus compañeros la firme constancia.

Esto fué causa de que coligiesen sus enemigos que él no sólo era católico, sino tambien sacerdote; y sabiendo que era tambien de la Compañía, le afligieron con varias afrentas, y despues de muy mal tratado, le condenaron á muerte.

Metíanle en la boca un poco de pan, y por burla le decian que lo comiese con gusto, que despues le darian abundante y copiosa bebida; últimamente, le desnudaron todo el vestido y le metieron en un esquife, y haciéndose á la vela, puestos en alta mar, le echaron á pique, muriendo felizmente ahogado á 30 de setiembre del año de 1598, cumplidos cuarenta y cinco de edad y veinte y siete de Religion.

El Arzobispo Leopoliense, sabiendo su muerte, dijo sus alabanzas gloriosas en una pública oracion, y el año siguiente Estanislao Niegozzenio, secretario del rey, escribió otra latina, intitulándola: *Laterna Paloniae*, en que le daba lauro de mártir.

Pero quien mejor lo dió á entender fué la suma bondad de Dios, que es quien conoce las almas, y por cuya causa peleó nuestro fuerte soldado.

Sucedió, pues, que Laurencio Bieckowuski, noble polaco y varon piadoso, que acompañó al P. Martin en la jornada de Suecia, y le regaló en la enfermedad que tuvo, causada, como dijimos, de la navegacion del mar; fué preso y cautivo el año de 1602 por unos tártaros crueles; y para que de noche no se fuese de la cárcel oscura, le ataban las manos por las espaldas á los pies con mucho rigor, y venia á quedar en forma de globo, y luego le dejaban colgado en el aire, atado á una viga, que atravesaba sobre una cueva ó calabozo.

Estando, pues, así pendiente una noche, que fué á 7 de junio, empezó en aquel tormento á invocar fervoroso la ayuda de Dios, cuando de repente vió que un hombre rodeado de luces divinas se le acercaba: venia asentado en una carroza blanca de cuatro caballos, como si anduviera sobre las ondas del mar, el cual se declaró diciendo que era el P. Martin Laterna, y luego al punto desató al colgado, el cual se halló sin prisiones, y juntamente le puso el dichoso mártir en un campo de la ciudad de Leópolis, que distaba de la prision muchas leguas, lo cual se hizo en un momento.

Quedó con esta vision atónito y suspenso, dudando si aquel era verdadero suceso ó ilusion de la noche, hasta que con el dia conoció la verdad, hallándose libre y los cordeles hechos pedazos en tierra, y distante de sus contrarios cincuenta millas.

Este milagroso suceso se puso en estampa en la ciudad de Roma con pública autoridad y licencia, y se comunicó á todos, y alabaron al Señor por tan grande milagro

Las obras que en servicio de la Iglesia y bien de las almas escribió el siervo de Dios Martin Laterna, las refiere el P. Felipe Alegambe.

P. NIEREMBERG.

## P. TEODORICO CANISIO

EL P. Teodorico Canisio fué hermano de parte de padre del gran siervo de Dios y apostólico varon el P. Pedro Canisio, y natural de Nimega: nació año de 1531.

Siguió á su santo hermano en el estudio de las ciencias, principalmente Filosofía y Teología, en las cuales salió eminente, y de veinte y un años las profesó y fué graduado en ellas; ni en las buenas costumbres se aventajó ménos; fueron tan buenas y tan castas, que en toda su vida no perdió la flor de su virginidad, no sólo en el cuerpo, pero ni en el ánimo con algun torpe deseo.

No era su natural para el mundo; y así, le traia muy afligido y perplejo el estado que habia de tomar; no tenia sosiego ni descanso hasta que se determinó á seguir en todo á su hermano, entrándose con él en la Compañía de Jesus.

Cesaron con esto todas sus congojas y turbaciones, no ménos que cuando una nave, combatida de las furiosas olas de una recia tormenta, toma puerto seguro.

Pidió á su hermano le recibiese en la Compañía de Jesus y la suya. No fué tan fácil de alcanzarlo, porque le probó el P. Pedro Canisio con varias experiencias, y, como lo hizo con el bienaventurado S. Estanislao de Kostka, le mandó ir á Roma para que allí lo negociase y pidiese á S. Ignacio nuestro Padre que vivia entónces.

Temia el P. Pedro no le inclinase algun afecto de la carne y sangre, y para asegurarse mejor, le remitió al Padre de su espíritu. Holgóse S. Ignacio con el nuevo y tan fino pretendiente; y así por ser hermano del P. Pedro, cuya fama de santidad, letras y celo, despues de haber llenado á Alemania pasaba á Italia, como por las excelentes prendas del mismo Teodorico y sus vivos deseos; le recibió luego, y á pocos dias, por haber dado señaladas muestras de virtud, le hizo su compañero para que acudiese á su aposento y le asistiese á lo que era necesario ayudarle por su vejez y grandes ocupaciones de su cargo.

Estando tan cerca del fuego, no es mucho se encendiese el fervoroso mancebo, ni los rayos del sol tan vecino podian dejar de ilustrarle mucho; y así fué lo que se aprovechó de los heróicos ejemplos de virtudes de S. Ignacio, hasta que partió de esta vida á la eterna, para recibir los premios que merecian sus muchos trabajos y obras raras.

Dos años fueron los que asistió Teodorico al Santo Patriarca; en ellos (aunque tan pocos) aprovechó por muchos. Era muy caritativo, consolaba grandemente á los enfermos hablándoles de Dios altísimamente.

Una vez, estando hablando con el P. Teodorico Gerardo Absterodamio, que estaba enfermo, oyó el doliente entre la misma conversacion á los ángeles que le hacian música celestial, acompañando con sus voces acordadas las fervorosas razones de nuestro Teodorico Canisio, el cual, habiéndose graduado de doctor en Teología en la insigne Universidad de Bolonia, fué luego enviado á Alemania, donde vivió tan ejemplarmente como habia comenzado, y acabó prodigiosamente.

Su muerte correspondió á la vida, sino que la vida fué santa y la muerte santísima, como tambien los años que más se le acercaban.

Hizo casi por toda su vida oficio de Rector en los colegios más principales en Baviera y Suevia. Tenia gran cuidado del aprovechamiento espiritual de sus súbditos. Entre otros medios de que para esto se aprovechaba, era uno que, siempre que hablasen, fuese de cosas de Dios; y así, introdujo que el rato de descanso que hay despues de comer, fuese conferir lo que se habia leido en la leccion del refectorio, y sobre ello hablar de cosas santas. Con esto le parecia prevenir lo que por palabras inútiles podia dañar el demonio meridiano.

Buena prueba es de su acertado gobierno que treinta años gastó en ser Rector de Monachio, Dilinga é Ingolstadio, y aunque alcanzó tener algun alivio de esta carga del gobierno, pesadísima para su mucha humildad, concediéndole retirarse á Lucerna, donde trabajó mucho y ayudó grandemente al espíritu de los de casa y los de fuera; le tornaron presto á la Universidad de Ingolstadio para que gobernase á los que con tanta bondad y prudencia lo habia hecho antes.

Esto, y ser necesarios en aquella Universidad sus letras y ejemplos, le sacaron otra vez al campo siendo ya de sesenta y tres años; jubilóle últimamente la falta de salud, quebrantada de sus muchos trabajos, á los cuales sólo se rindió la edad, no el ánimo del siervo de Dios.

La instancia de lo médicos le hicieron volver á Lucerna año de 1597, el mismo que el apostólico varon Pedro Canisio trocó la vida mortal por la inmortal.

Sucedió un caso notable leyéndose en el refectorio la carta en que se daba aviso de la muerte y heróicas virtudes del P. Pedro Canisio; porque, estándolo oyendo su hermano Teodorico, se pasmó yerto y todo sin sentido, quedando de allí adelante tan lastimado su cuerpo y potencias, si no es el entendimiento y voluntad, que se olvidó de todas sus letras y áun de su propio nombre, lo mismo que sucedió á Messala y Alberto Magno.

Perdió tambien el uso de la lengua y de los otros miembros del cuerpo; solo para testimonio de su santidad y consuelo de su devocion, le quedó libre enteramente la lengua para pronunciar los dulcísimos nombres de Jesus y María, y los dedos de la mano para formar la señal de la cruz; otras cosas ni podia hablar como queria, ni formar como gustaba.

Tuvo otras circunstancias esta enfermedad que daba bien á entender no ser natural sino milagrosa y enviada del cielo, para ejercicio de paciencia del P. Teodorico y manifestacion de su virtud. Quien habia servido á nuestro Señor en muchas santas obras y tantos gobiernos, convenia que mereciese no sólo con hacer, sino con padecer; y así, aunque hizo obras muy dignas de memoria, no ha quedado mayor de otra cosa que de su paciencia y enfermedad milagrosa, que le purificó y ejercitó por espacio de muchos años, en que mereció más que en mucho mayor número de los de salud; entendióse haberle alcanzado de Dios el P. Pedro Canisio que tuviese en esta vida el purgatorio.

Lo cierto es que le habia profetizado mucho antes esta enfermedad nunca vista; porque, yéndole una vez á ver el P. Teodorico, le dijo su santo hermano Pedro: «Mirad, Teodorico, que os ha de suceder una cosa notable con la nueva de mi muerte;» y bien notable fué este accidente, como hemos dicho, en el cual de tal manera perdió el uso de la lengua y la memoria, que parece que ni uno ni otro perdió; porque, aunque él no sabia, ni podia leer, ni pronunciar lo que otros leian, entendia lo que leian y decian; y así, con señas, ó condescendia cuando era así lo que decian, ó repugnaba cuando era lo contrario.

Podia tambien algunas veces formar palabras, pero no las que queria, sino en lugar de una pronunciaba otra, ocurriéndosele diversas á la lengua y pronunciando muchas veces la que ménos queria; sólo le quedó entera libertad

para los nombres de Jesus y María, los cuales únicamente pronunciaba como y cuando queria clara y distintamente.

Siete años pasó con este trabajo, imposibilitado de tratar con otro sino con Dios, con el cual se estaba regalando; y su divina Bondad le comunicaba muchos sentimientos divinos y luz de lo por venir.

Túvole este accidente algunas veces en punto de muerte; una principalmente, llevándole á Augusta, le dieron la Extremauncion, y lo mismo fué recibirla que recobrar sentido y voz. Dijo á los Padres que le rodeaban la cama, que bien se podian ir, que no habia de morir entónces; fué claro milagro, y parece le sanó entónces S. Ignacio, cuyo compañero de aposento habia sido, porque le aplicaron una reliquia suya.

Prosiguió despues con el mismo estado su accidente, porque no le quiso quitar el Santo la materia de sus merecimientos, que con el trabajo de aquella penosa dolencia se le aumentaban mucho; y cierto, fué cosa trabajosísima estar tantos años como si estuviera en la soledad de un yermo, porque con ninguno podia hablar ni contar sus males, ni recibir el alivio que los enfermos suelen con las visitas.

Veníanle á ver muchos señores y príncipes; pero ni podia ni queria hablarlos. Su santo silencio y ejemplo servia por palabras y por sermones. No le quedaba ya amor á cosa del mundo; y así, como sólo tenia á Jesus y María en el corazon, sólo los tenia en la boca. Sentado y levantado, enfermo y muriéndose, todo era pronunciar, todo era invocar á Jesus y María.

Otra maravilla fué, que habiéndosele olvidado leer, sin conocer las letras del A, B, C, sólo estos santísimos nombres podia y sabia leer, conociéndolos donde estaban escritos.

Sentia mucho no poder rezar las Horas canónicas, y por sólo ellas quiso de nuevo aprender las letras y ponerse á deletrear como niño. Pero ni áun en esta disposicion estaba, y se hubo de contentar con la suave repeticion de estos suavísimos nombres de Jesus y María; y como no cesaba la boca muda de pronunciarlos, tampoco la mano, entorpecida para otras acciones, lo era para formar la cruz de nuestro Redentor: la cual no era más lerda ni ménos continua para señalar la insignia de Jesucristo, que la lengua para nombrarle.

Venian algunos á recibir salud de su mano, pues tenia en ella su señal, muy satisfechos, que con sólo bendecirles con tan vivífica señal, habian de cobrar la sanidad perdida.

De esta manera estuvo tantos años, no sólo sin gusto ni consuelo de esta vida, sino con muchas ocasiones de paciencia; porque, fuera de la penalidad de su mal, le sucedian muchas por no saber explicarse; porque, así como él solia decir unas cosas por otras, le daban tambien unas por otras; ni por se-

ñas de las manos se explicaba mejor, porque en ellas tenia tambien semejante torpeza y error al de la lengua, y sólo de formar la señal de la cruz tenia señorío de seguridad cierta.

Una vez, teniendo la garganta mala, señaló como pudo con la mano hacia la boca: entendió el enfermero que le dolian las muelas y hace que le saquen una, la que le pareció mejor; despues echó de ver su yerro por el mal de la garganta que se descubrió, quedando el siervo de Dios con su mal y con su muela ménos; pero con mucho merecimiento de su rara paciencia, que ni enfado mostró de aquel yerro de la cura. A este modo le sucedian otras cosas, en que el Señor le labraba primamente para su ciudad santa.

Llegó el tiempo en que tenia ya Dios á su siervo sazonado para el cielo y bien purificado. Púsole en lo último el mal, diéronle los Sacramentos, y en recibiendo el de la Extremauncion, exclamó á grandes voces cuanto él pudo, diciendo: «Al cielo, al cielo;» cosa que maravilló á todos. Luego prosiguió á pronunciar y repetir sus queridos nombres Jesus y María, sin cesar hasta que murió; y como le iba faltando el aliento y habla, que no podia pronunciar entrambos, pronunciaba el uno; y cuando ni á uno entero podia, pronunciaba la mitad.

Por esta maravilla de pronunciar con tanta constancia y libertad, y leer sólos estos dos nombres, olvidado de todas las demás letras y ciencias, fué celebrado este siervo de Cristo con este símbolo y epigrama.

### JESUS MARÍA

*Ingenium tristis delevit nobile casus,*
*Et rapuit quicquid legerat ante labor.*
*Nomina bina tamen morbus, quae salva reliquit,*
*Plus potuere, omnes quam docuere scholae.*

Vuelto en romance dice así:

*En este ingenio ninguna*
*Ciencia un caso dejó en pié,*
*Porque el ingenio áun no esté*
*Exento de la fortuna;*
*Mas no borró fuerza alguna,*
*De Jesus y de María*
*El nombre á su fantasía:*
*Porque en él la escuela vea,*
*Que el amor prendió en su idea*
*Más que la sabiduría.*

Aunque la lengua estaba tan puesta en Dios, no ménos estaba la ı formando siempre la cruz, clara señal de como tenia puesto el corazon alma en las cosas divinas, y que quisiera con el Profeta se regocijaran ı sus huesos y miembros en su Dios, pues los que tenia libertad, así emp en su memoria y servicio.

Estaba en aquella hora de la muerte figurando tantas veces la señal cruz con la mano derecha cuantas pronunciaba Jesus con la boca, qu siempre; y habiéndosele helado y amortecido esta mano, suplió sus con la izquierda, hasta que tambien desfalleció con el mismo conato.

Restituyó últimamente su dichosa alma á su Criador con gran paz y la misma serenidad y apacibilidad que cuando sano. Murió en Ingolst á 5 de setiembre del año 1606.

Teníanle todos por santo; y así, por la inocencia de su vida le llam ángel, y como de tal quedó su rostro, más semejante á vivo que á dif

Fué sepultado en nuestra iglesia de Sta. Cruz junto al altar de Todos tos, con los cuales celebrará en el cielo eternos triunfos de la cruz, que ı amó y abrazó en vida y muerte.

La vida de este siervo de Dios escribió y publicó el P. Mateo Radero primióse, fuera de eso, en los *Anales del colegio de Ingolstadio*, y anda bien junta con la vida del venerable Pedro Canisio, su hermano. Ultima te está impresa entre los *Santos de Baviera*, en el cuarto tomo, que se tula *Bavaria Pia Sancta*.

Escribió tambien de este religiosísimo varon el P. Francisco Sachin el segundo tomo de la *Historia de la Compañía de Jesus*.

P. NIEREMBERG.

## H. JACOBO BIRUVA

El devotísimo H. Jacobo Biruva fué flamenco de nacion y natura Verteria, donde nació el año de mil y quinientos y treinta y cuatı aunque vino tarde á la casa de Dios, estuvo en ella tanto y le sirvió cor grande diligencia, que llegó á tanta perfeccion como dias de vida, est no ménos lleno de merecimientos que de años.

Llegó hasta los ochenta y dos de edad: á los treinta y ocho le tocó e

ñor para que, dejando el mundo, se recogiese á servirle en la Compañía de Jesus. Era criado de un caballero holandés en tiempo que entró la herejía en aquellas provincias, y, por huir su pestilencia, vino á Roma, desterrándose de su misma patria.

Gastó dos años en aquella santa ciudad en visitar sus templos y santuarios, venerando las reliquias de los mártires, y ocupado todo en oracion y santas obras, con las cuales se dispuso para que le alumbrase el Padre de las lumbres y le diese la dádiva escogida y don perfecto de la gracia de la vocacion religiosa.

Fué recibido en la Compañía para Hermano Coadjutor el año de mil y quinientos y sesenta y dos, por su segundo General, el P. Diego Lainez.

Deseó grandemente pasar á las Indias para padecer más por Jesucristo; pero conmutósele este deseo en la Asistencia de Alemania, adonde fué enviado.

Hizo en Dilinga con el oficio de Sotoministro cuantos le mandaban con tanta puntualidad, que apénas le ordenaba la obediencia una cosa, cuando estaba hecha. Por su rara virtud fué enviado á Landsperga, donde estuvo veinte y tres años, ayudando al Rector del noviciado en el ejercicio y gobierno de los novicios, á los cuales no ménos edificaba que animaba con su ejemplo.

No le notaron todo el tiempo que le conocieron en la Compañía culpa venial ni que tuviese apariencia de ella. Fué señor de su lengua, y así, lo fué de sí, sin descubrirse en él afecto desordenado.

Su devocion y lágrimas eran muchas, principalmente cuando comulgaba, lo cual era por lo ménos dos dias en la semana. Nunca cesaba de rezar; traia siempre una imágen consigo para poder hacerlo mejor y á todos tiempos con su veneracion y vista. Cuando salia fuera, en entrando el Padre á quien acompañaba en alguna casa, él sacaba su imágen del seno, y, recogido en un rincon, se hincaba de rodillas, para tratar él con Dios mientras su compañero trataba con los hombres.

Era devotísimo del agua bendita, la cual echaba en la comida, bebida y en todas las cosas, y Dios le echaba á él sus bendiciones, favoreciéndole con algunas maravillas, multiplicando las cosas. Las trojes daban más trigo para más, y para más tiempo de lo que podian, y lo mismo era del vino y otras cosas necesarias.

No habia mal año en el colegio donde era Sotoministro: fué esto cosa muy sabida y admirada de todos, especialmente en una gran carestía, que dieron entónces las oraciones de este siervo de Dios lo que negaron los campos, y sobró en casa no sólo para más número de sujetos, sino tambien para más tiempo. Esta milagrosa gracia de este siervo del Señor fué muy celebrada de muchos, singularmente de Jacobo Bidermano, excelente poeta.

Padeció con la vejez este fervoroso Hermano, molestísimos achaques y agudos dolores. Una vez estaba tratando con otro Hermano de cuán terribles dolores eran los que padecia; el otro los disminuia y no lo queria creer; calló con grande humildad el H. Jacobo, pero nuestro Señor habló por él, porque á la noche siguiente le dieron tan grandes dolores al Hermano incrédulo, cuantos padecia el H. Jacobo, al cual envió á pedir perdon y juntamente sus oraciones, para que Dios se apiadase de él, porque no podia llevar tan intensos dolores, reconociendo que habia sido castigo de Dios por no haberle creido ni compadecídose de él.

Oyó nuestro Señor á su siervo, y libró al incrédulo, ya que habia conocido su culpa, de la pena de ella. Ni faltó el cielo en aliviar al que era ciudadano suyo acá en la tierra; porque sanó milagrosamente al H. Jacobo por intercesion de S. Bennon de unos grandes dolores de quebradura.

Al fin, con tanta paciencia como edad, fué libre de sus penalidades el pacientísimo Hermano y traspasado á reinar con Cristo, pues habia vivido padeciendo con él. Fué su dichoso tránsito á 27 de diciembre del año de 1606. Su vida está en los *Annales Landspergenses* de la Compañía; escribióla tambien el P. Mateo Radero, y anda entre los *Santos de Baviera*, en el cuarto tomo.

P. Nieremberg.

## P. PAULO HOFFEO

El P. Paulo Hoffeo fué de nacion aleman y natural de la ciudad de Binga en la diócesis de Maguncia, varon verdaderamente de la Compañía de Jesus, y luminar grande y de toda Alemania.

De él y de Pedro Canisio solia decir el sapientísimo duque de Baviera, Alberto, lo que la Iglesia de los dos príncipes de los Apostóles S. Pedro y S. Pablo: «Pedro Canisio y Paulo Hoffeo, ellos, Señor, nos enseñaron tu ley.»

En Binga, pues, patria suya, el P. Paulo cayó de una torre muy alta, y al caer hizo voto, si Dios le libraba de aquel peligro, de entrarse en nuestra Compañía, entónces recien fundada; y al mismo punto se levantó sano y bueno.

En Embrica, en Colonia y en Roma estudió divinas y humanas letras, y asignado entre los primeros al colegio de los alemanes, que entónces nuestro

P. S. Ignacio empezaba á instituir en Roma el año de 1552; tres años despues le recibió en la Compañía nuestro Santo Patriarca.

En el colegio Romano hizo oficio de Ministro, siendo Rector el P. Sebastian Romeo. El año de 1558, graduado en Bononia de Doctor en Teología, fué enviado á Alemania, y de ahí á tres años, á los diez y seis dias del mes de marzo, hizo en Praga la solemne profesion de los cuatro votos, y poco despues, mandado que sustituyese al P. Juan de Victoria en los estudios de Viena; interpretó allí la sagrada Escritura.

Pasados otros tres años, llamado á las escuelas de Ingolstadio, sucedió en el Rectorato del colegio al P. Pedro Lanoyo. Fué Prelado aceptísimo entre los nuestros en la ciudad de Monachio, y por trece años enteros gobernó toda la Alemania alta, venerado y respetado singularísimamente por la excelente opinion de su virtud y sabiduría de todos los príncipes de Bohemia y Austria.

Hallóse en cuatro Congregaciones generales, y tres veces á la eleccion de Prepósito general. El año de 1581, cuando el P. Claudio Aquaviva sucedió en el Generalato al P. Enerardo Mercuriano, habiendo venido á la eleccion como Provincial, señalado asistente por Alemania, se quedó en Roma; y habiendo ejercitado este ministerio por espacio de diez años, visitó toda la Alemania superior y toda la provincia del Rheno.

Y finalmente, en lo último de su vida, cuando muy viejo, volvió á Ingolstadio á regir aquel colegio, hasta que, quebrantadas las fuerzas de la naturaleza. sólo las tuvo para sustentar esta carga. Jubilado últimamente por su agravada ancianidad, los postreros años los consagró todos á Dios y al ejercicio de la paciencia, que en tan graves y acerbas enfermedades, como gota de manos, de pies y otras, insignemente calificó; y viendo la salud del cuerpo en aqueste estado, hizo muchas veces en aquel tiempo confesion general de todas sus culpas; y aunque la gota en los dedos era continua y casi siempre tal que le inhabilitaba para el uso de la pluma; como tenia por costumbre escribir sus confesiones, por todos aquellos dias le apretaba mucho ménos, como que con esta indulgencia cedia la enfermedad del cuerpo á la salud espiritual.

Acabada la última confesion, y habiendo pedido y dádole los extremos Sacramentos, quiso despedirse de los de la Compañía de Jesus y suya, porque seria, á su parecer, la vez postrera que les hablase.

Lo primero pidió perdon á todos y les rogó con humildad, que estuviesen todos en él como él estaba en todos y en cada uno. Y al fin, habiéndolos exhortado á que en el servicio de Dios fuesen liberales; despreciándose á sí sólo, consoló á los demás y los alentó á la esperanza de la eterna salud y coronó el acto dando las gracias porque, al recibir los Sacramentos, con tanta caridad le habian asistido.

Rogó tambien que le encomendasen al R. P. General y al P. Provincial quien habia servido segun sus fuerzas, que le supliesen las faltas y aceptas su voluntad con gratitud y benevolencia.

Dió á entender juntamente á los circunstantes, que los que hubiesen asistirle á lo poco de vida que le quedaba, le hablasen no más de lo nece rio, porque habia determinado en su corazon emplear aquel breve tiempo conversacion con Dios, con los santos sus patronos y con los demás mora res del cielo.

Hizo frecuentes actos de contricion, y manifestó con señales claras el do que en su alma sentia de cualquier yerro pasado, y entre otras fué esta bi singular. Teniendo cerca al Superior le solia decir repetidamente con p deraciones de ánimo verdaderamente humilde, que habia sido tan malo, c pudiera desesperar de su salvacion, si no fuera Dios tan misericordioso; y s tiendo de sí mismo tan bajamente, protestó que habia estudiado en todo discurso de su vida no querer, ni ejecutar nada, áun en el tiempo de tan gra y acerba enfermedad, ni áun hacer la confesion general que hizo, sin cons timiento de su Prelado.

Y esta tan exacta obediencia entre las otras virtudes fué la principal c en la Compañía le dió tan gran opinion de santo; y todos, revestidos de aque espíritu, y cada uno de por sí se le encomendaron como á patrono, de cu intercesion se prometian el remedio y la consolacion de sus particulares d cultades.

Así pasó casi un mes entero, hasta que, á 17 de diciembre, el año de 16 á los ochenta y cinco de su edad y cincuenta y cuatro de Religion, en los piadosos afectos y abrazos de sus hermanos y compañeros, dió el es ritu á su Criador en la ciudad de Ingolstadio.

Por aquellos mismos dias poco más ó ménos, antes que al P. Hoffeo hubi apretado esta gravísima enfermedad, habia muerto una religiosísima matro mujer del médico de nuestra Compañía, la cual en el dia último de su v habia destinado tres granadas que enviar al Padre, y luego en habiendo pirado, se le apareció visiblemente, convidando á nuestro enfermo á que fuese á gozar de las felicidades que ella gozaba.

Quedó su semblante despues de muerto hermoso, apacible y como ri dose, y tal que parecia que estaba vivo y que queria hablar á los que le vei

Algunos años antes, visitando la provincia y tratando ya de poner los p meros fundamentos al colegio de Lucerna, le salteó de repente una enfer dad con que le llevaron á Augusta, donde le dieron la Extremauncion; y llorado de todos, fueron tantas las oraciones, votos y promesas de los nu tros, que de los umbrales de la muerte le volvieron á la vida; porque

P. Juan Rastello, inglés, se fué á la iglesia del Salvador, que distaba ocho mil pasos, y ofreció su vida á nuestro Señor por la del P. Paulo Hoffeo, pidiéndole encarecidamente que aceptase este ofrecimiento.

Aceptóle Dios y manifestólo; porque no hizo más que venir el Padre á casa, acostarse en la cama y morirse, y levantarse sano el enfermo, por quien el difunto fué víctima particular.

Digno es de memoria lo que sucedió el año de 1600. Habíanle hecho al Padre un oratorio en que, como viejo, dijese Misa más acomodado: llamábale él su Belen. Estando aquí en oracion, se le apareció el demonio dando saltos y jactándose que emprendia una novedad no esperada. Atemorizado el Padre con tan triste nueva, le rogaba á Dios con afectuosas ansias que librase á aquel colegio de todo mal. Pasáronse apénas tres dias, cuando se vino al suelo una pared vieja, y cayéndose juntamente una puentecilla sobre la cual se hallaban entónces algunos religiosos de los nuestros, cayeron en una cueva que estaba debajo; pero no pudiendo ya con el grave peso sustentarse más la pared del muro, mató á dos y descalabró á otros; y el P. Hoffeo recogido á su Belen, huyendo las honras y aplausos públicos, repitió continuamente las gracias del beneficio.

Levantábase á las tres de la mañana y hasta las seis estaba en oracion; despues decia Misa, y dicha, gastaba en leer y escribir lo demás del tiempo. Sus palabras eran pocas y esas muy medidas y recatadas.

Tan severa fué y tan constante su abstinencia en la comida que, en virtud de esta dieta, pasó con una gota molestísima hasta más de los setenta años de su edad. Aborrecia los manjares regalados; áun cuando se hallaba enfermo, sólo gustaba de los que eran más fáciles de prevenir y eran comunes á todos.

Fué tan amante de la pobreza, que sin licencia del Superior no usaba de las cosas menudas.

Honraba á la Vírgen nuestra Señora con gran piedad, devocion y culto, y ayunaba todas sus vigilias religiosísimamente; y habiendo llegado á tan viejo sin haberle nadie oido cantar, pocos dias antes de su muerte compuso versos y entonó himnos á esta soberana Vírgen.

Averiguóse con atencion que muchas almas de los difuntos vinieron á las puertas de su aposento á pedirle limosna de sus sufragios; y, estando en Ingolstadio, se sabe que hablando alguna vez con los estudiantes de casa, les reprendió y avisó que no hiciesen cosa alguna sin preceder licencia de los mayores, no fuese que viniesen del purgatorio á pedirle socorro en aquellas penas.

Escribió este varon insigne el *Catecismo romano*, traducido de latin en

aleman, pero sin nombre suyo. Y en el de los Teólogos de Baviera otro lil de *Communione sub una tantum specie*. Y otro en que confutaba á los ( herejes Smidelino y Spangeborgio.

P. NIEREMBERG.

## P. JACOBO RHEM

NACIÓ el P. Jacobo Rhem el año de 1546 en Brigancia, junto al l: mayor de Helvecia, llamado Acronio.

Desde niño fué muy dado á la piedad, y de tan buenas costumbres co tuvo los deseos, que siempre fueron de servir á Dios, guardando por tod: vida gran entereza en ella y en todas sus acciones.

Estudió en Dilinga con grande diligencia. De allí pasó á Roma, doı á la edad de veinte años, entró en la Compañía de Jesus, siendo su G( ral el bienaventurado S. Francisco de Borja.

Apénas hubo puesto los pies en la casa de Dios, cuando dió admiral muestras de lo que deseaba servirle.

Entró á hacer la primera probacion, segun las constituciones de la Con ñía, apartado de los demás en un aposento retirado. Y para probar el S( á su nuevo soldado, trazó las cosas de manera que en tres dias no le di( de comer, olvidándose de él totalmente el Ministro.

El fervoroso novicio no habló palabra ni dió á entender nada, aunqu moria de hambre; hasta que preguntándole el P. Rector varias cosas ac del modo cómo se hallaba en la Religion, entre otras cosas le preguntó d comida, si le hacia mal ó parecia poca la comida religiosa.

Fuéle al novicio forzoso responder; y así, confesó la verdad, diciendo gran encogimiento que hasta entónces no habia probado bocado. Qued pantado el Rector no ménos del silencio del paciente mancebo, que del table descuido de su Ministro, y mandó que luego le diesen de comer.

Fué siempre abstinentísimo nuestro Jacobo Rhem, así el tiempo que ( vo en Roma como todo el resto de su vida, que pasó en Alemania ad( fué enviado.

Aborrecia todo regalo, ni le habia otro mayor para él que lo que se dal toda la comunidad, sobrándole siempre todo. Aun cuando estaba enfern

en su mayor vejez, no queria cosa particular, ni en ninguna cosa fué más singular que en lo poco que comia y mucho que ayunaba.

En la mesa le arrebataba tanto el pasto espiritual de su alma con la leccion sagrada, que no percibia gusto en el manjar ni en la bebida, ni sabia qué era lo que comia; sólo del pan de lágrimas gustaba, porque eran muchas las que derramaba en la mesa, y más copiosamente por la noche al tiempo que se leen los Santos del Martirologio; porque, encendiéndose en deseo de su imitacion, mientras se abrasaba su corazon en fuego de amor divino, se bañaban de agua los ojos y mejillas.

No habia para él cosa más gustosa que la mortificacion y afligimiento de su carne, y fuera de las disciplinas y cilicios que usaba ordinarios y rigurosos, fué invencible su paciencia en las cosas que se le ofrecian sufrir.

No mató ni se quitó ninguno de los animalillos y gusanos inmundos que crian los vestidos y cuerpos humanos; habian hecho ya morada entre cuero y carne en varias partes de su cuerpo; mas él, con un sufrimiento insuperable, nunca buscó alivio de esta plaga.

Por esta y otras mortificaciones penosísimas le llamaban los otros religiosos *peto* ó *cota* de paciencia.

No fué ménos heróica su modestia, con tal freno de los ojos, que no conocia de rostro á los religiosos con quien habitaba y cada dia trataba, aunque á todos conocia por hermanos en Cristo, y reconocia por Superiores, y amaba extrañamente; ni es mucho no alzase los ojos para ver cosas curiosas que nunca quiso mirar, pues áun para mirar á los siervos de Cristo que tanto veneraba, no los levantaba del suelo. No parece que le servian para otra cosa los ojos sino para llorar, teniendo un continuo don de lágrimas.

Despreciábase á sí como al más vil hombre del mundo. No consentia que nadie le sirviese en cosa alguna, ántes él en todas servia á todos, honraba á todos, y de nadie queria ser honrado, ni jamás hubo queja en su boca de persona nacida.

Jamás se vió tener el ánimo alterado, por mayores ocasiones que le dieron algunos convictores y estudiantes seglares, cuya cuenta y gobierno corria por él. Jamás porfiaba, porque, aunque tuviese razon, si otro le contradecia, luego callaba, cosa para él no muy pesada por el mucho amor que tenia al silencio, en que era extremado.

Llegó á tal pureza de alma y compostura de cuerpo, que no le notaban la menor falta del mundo.

Estaba muy afligido por la gran ceguedad, como él decia, de su alma, pues él no conocia sus faltas, y no era sino que no las hacia; y así, era menester buscar materia de absolucion [illegible]curriendo á [illegible] vida pasada, porque falta,

ni un pecado venial advertidamente cometido no le hallaba, con tener gran luz que abundantemente le comunicaba el Señor.

La pureza del cuerpo competia con la del espíritu; fué tan puro y casto en toda su vida, que guardó por toda ella la flor de su virginidad.

No usaba de cosa ninguna sin licencia de sus Superiores, la cual pedia para las cosas más mínimas. No proponia á cosa que le mandaban.

Cuarenta y nueve años vivió en los seminarios y convictorios de los seglares, teniendo cuenta con su crianza y espíritu, oficio bien molesto para el siervo de Dios, y nunca quiso pedir le aliviasen de aquel trabajo, que no le fué pequeño lidiar tan largo tiempo con muchachos de tan diversos ingenios y naciones como allí concurrian.

Deteníale en aquella ocupacion, muy contraria á su gusto, el serlo de los Superiores. Á lo que más se atrevió su modestia, por entender no faltaba en la obediencia, su querida virtud, fué pedir los últimos meses de su vida venir á nuestro Colegio más á menudo á comer, para consolarse y animarse á mayor fervor, como él decia, con el trato y ejemplo de los nuestros, á los cuales y á todos él lo daba de singular edificacion y virtud.

Amaba grandemente á sus colegiales, principalmente á los más humildes. No habia para él gusto como aprovechar á los más desvalidos y rudos. Cuando estaban malos, no se apartaba de la cabecera de su cama de dia y de noche, pasándosele en esta misericordiosa ocupacion muchas, casi sin pegar los ojos.

Tenia más cuidado del bien de sus almas que el de sus cuerpos; y junto con sus entrañas de piedad, en ocasiones mostraba gran resolucion.

Estaba malo un estudiante que llevaba impacientísimamente la enfermedad: llegó á decir de Dios algunas quejas injuriosas. Reprendióle el santo Padre algunas veces, avisóle de su pecado, amenazóle severamente sino se enmendaba.

No cesó por eso el impaciente doliente; mas el celoso Padre á media noche le despidió de casa y mandó que le llevasen á otra parte, queriendo con esta severidad corregir al enfermo, y advertir, y escarmentar á los demás, y que ántes pereciese uno que peligrasen todos.

Sus oraciones podian mucho con Dios; y fueron muchos los que sanó milagrosamente de sus enfermedades. Tenia el santo un altar, delante del cual solia orar, y componíale con algunas rosas y flores. Un enfermo que estaba con gravísimo dolor de cabeza, confiado en la santidad del P. Rhem, tomó algunas de ellas y púsoselas sobre la cabeza; luego quedó sin dolor y sanó totalmente.

Una abadesa del convento de los Ángeles, de la ciudad de Viena, estaba

muy gravemente enferma; pidió al siervo de Dios la encomendase á nuestro Señor, y lo mismo fué hacerlo él, que cobrar ella salud, por lo cual reconocida le envió á dar el debido agradecimiento.

Estaba un caballerito muy ilustre malo de una postema y desahuciado de los médicos; dijo Misa por él el P. Jacobo con tanta devocion y lágrimas, que por la copia de ellas le fué necesario pararse algunas veces. Llevóle luego el Viático; apénas se le hubo dado, cuando Dios le concedió la vida del enfermo, y, como amigo fiel, le reveló haber sido oida su peticion, con lo cual el santo Padre muy alegre dijo al Regente de aquel convictorio, cómo no se habia de morir aquel mancebo; dicho y hecho, cobró luego salud con admiracion de los médicos.

La devocion y amor que tenia con la Vírgen Santísima, fué aún más que de hijo para con su madre: deseaba la tuviesen todos impresa en su corazon; y las diligencias que para esto hacia eran testimonio de su deseo. Siempre traia en la boca aquellas palabras del Angel: *Ave María.*

Instituyó en la Universidad de Ingolstadio, donde vivió treinta y dos años, una Congregacion de la Madre de Dios, á la cual llamó *Coloquio de la benditísima Vírgen*, por ser su principal instituto hablar é introducir palabras y conversaciones de cosas santas.

Entre otras leyes de esta piadosa Congregacion, una era que no habian de cometer los que eran congregantes pecado mortal, y el que se atreviese á cometerle quedase *ipso facto* excluido de ella sin participar los frutos é indulgencias que la concedió Su Santidad, quedando privado de todo hasta que, habiéndose confesado, se reconciliase con Dios y con su Madre Santísima, diciendo devotamente el himno del *Ave maris Stella.*

Confirmó este piadoso instituto el Papa Paulo V, año 1614; pero así esta exclusion como su reconciliacion era siempre secreta. Fuera de esto, cada ocho dias se habian de confesar y juntarse los sábados y fiestas para orar, rezar, hablar de Dios ú oir alguna plática espiritual.

Los que se ausentaban, para participar los privilegios é indulgencias que gozaban presentes, habian de leer las reglas y direcciones de la Congregacion cada tres meses, y escribir cada año á los congregantes de Ingolstadio; en cesando de esto, quedaban excluidos, hasta que tornasen ó por cartas se disculpasen y enmendasen.

Tenia el siervo de Dios tan presentes áun á los ausentes de su Congregacion, que cuando alguno se moria, se lo revelaba Dios y luego avisaba á los congregantes para que le encomendasen al Señor.

Una vez dijo en público á todos los congregantes juntos que encomendasen á Dios á uno de ellos, nombrándole por su nombre, que habia muerto en

tierras muy lejas de allí. Notaron el dia y hora en que el Padre lo dijo, y hallaron despues cómo el siervo de Dios no se engañó en cosa, porque aquel mancebo murió en aquella misma sazon en España.

Era muy ordinario venir á visitarle las ánimas del purgatorio y pedirle sus oraciones; tocaban á la puerta del aposento, lo cual hacian tanto más recio cuanto tenian más necesidad de sus sufragios. Unas le pedian ayunos, otras disciplinas, otras otras penitencias, y Sacrificios sobre todo.

Solíanse tambien oir en un cementerio cercano muchos lamentos y voces de las ánimas de los difuntos que estaban clamando las ayudase, diciendo: «P. Jacobo, P. Jacobo, P. Rhem, ruega por nosotros.»

Aparecióselc una vez uno de los nuestros; preguntóle si estaba en el purgatorio, y como no le respondiese que sí, le tornó á preguntar que en qué estado estaba: respondióle que en gozo inenarrable, y le comunicó tan grande al P. Rhem, que no cabia en sí del alegría y dulzura espiritual que sentia; y no se acordaba vez de esto, que no derramase muchas lágrimas de ternura.

Otra vez, habiendo dicho Misa de difuntos, le preguntaron ¿por qué habia dicho aquella Misa? respondió con gran verdad el siervo de Dios: «Por uno de la Compañía que se ha ahogado en el rio Danubio.» Luego se supo que en aquel mismo tiempo el P. Ferdinando Melchiorio, que iba desde Ingolstadio á Ratisbona, se ahogó al pasar el Danubio por haberse hecho pedazos la barca en que pasaba.

Mientras decia Misa, derramaba de devocion copiosas lágrimas, elevábase con los altos sentimientos que nuestro Señor le comunicaba, y así, se paraba muchas veces é interpolaba aquel tremendo sacrificio.

Viéronle muchas veces en la Misa levantado en el aire y bien distante del suelo, porque el espíritu, que conversaba en los cielos, se llevaba tras sí al cuerpo.

Tuvo un tiempo gran deseo de saludar á su Madre, la Vírgen Santísima con un renombre que la fuese muy agradable y que comprendiese en sí muchas de sus grandezas y alabanzas. Tuvo revelacion que ese renombre y elogio seria llamarla *Madre admirable*, lo cual cifraba en breve sus excelencias soberanas.

Estaban diciendo un dia sus congregantes las letanías de la Madre de Dios con mucha música, y al decir aquellas palabras: *Mater admirabilis*, se le apareció la Vírgen al P. Jacobo rodeada de admirables resplandores y luces con una hermosura del cielo.

Fué tanto el gozo con que llenó el alma de su siervo, que saltando desde un rincon de la capilla donde estaba en oracion, pasó hasta la mitad de aquella devota Congregacion llevado de una fuerza divina, y allí prorrumpió á

voces diciendo y repitiendo tres veces: «Madre admirable, Madre admirable, Madre admirable,» estando espantados todos.

Jacobo Damiano escribe que oyó el P. Rhem una voz del cielo que repetia este renombre de la Vírgen de *Madre admirable*, y mandó á los estudiantes que de la misma manera lo hiciesen y venerasen este admirable nombre.

Decia que habia conocido cuán agradable era á la Vírgen Santísima aquella su Congregacion del Coloquio, y el decirle aquel breve elogio de sus grandezas.

Tuvo una vez contradiccion en este servicio que hacia á la Vírgen, aunque de personas de sana intencion; por lo cual, mal informado el P. Paulo Hoffeo, Visitador de la Compañía, le mandó que deshiciese aquel Coloquio; pero mudóle el corazon muy presto la misma Vírgen, imprimiéndole un tan gran temor de que le habia de castigar por aquello y porque podia mucho con ella el P. Jacobo, que revocó su mandamiento, ordenándole que prosiguiese en lo comenzado, sin que hiciese mudanza alguna en su Congregacion.

Fué admirable el don que tuvo de profecía, sucediendo todas las cosas como él las habia dicho. Señaladamente profetizó las rebeliones de los herejes contra el emperador Ferdinando II, y la insigne y milagrosa victoria que alcanzó el duque de Baviera junto á Praga, cuando deshizo el ejército del conde Palatino intruso por rey de Bohemia.

Las cuales cosas profetizó el año de 1614 y 1615, y las escribieron los que se las oyeron, é iban despues por sus memorias, escritas tanto tiempo antes; notando y mostrando las cosas tan notables que despues sucedian, habiéndolas previsto y anunciado con tanta verdad y puntualidad el P. Jacobo Rhem.

Refiriendo todo esto el P. Mateo Radero, añade de las profecías de este siervo de Dios estas palabras: «Conoció y dijo muchas cosas del estado de la república y del imperio, de los tumultos públicos y guerras civiles, muchas de las cuales cosas ya han sucedido, otras pasan ahora y otras se esperan, porque determinó los años en los cuales afirmó que habia de gozar Alemania de grande paz y serenidad, y nosotros, si vivimos algun tiempo, lo veremos.

«Hasta ahora no ha salido falso cosa que haya dicho, y no dudamos de las futuras. Señaladamente dijo las cosas que acontecieron año de mil y seiscientos y diez y nueve, y mil y seiscientos y veinte. Otras muchas cosas dijo.»

Ni obró ménos maravillas este siervo de Dios, pero él las disimuló y encubrió por su grande humildad y modestia; mas no pudo tanto que no le tuviesen todos por santo y varon admirable en palabras y obras: ni le llamaban con menor nombre que de *Santo* á boca llena; teníanse por muy dichosas personas insignes en sangre, letras y dignidad de poderle hablar ó ver.

Con esta veneracion y opinion de santidad, y, lo que más es, con la misma santidad aumentada con heróicos actos de virtud, perseveró hasta la muerte que fué como la vida, santísima una y otra.

Murió en Ingolstadio á doce de octubre, año de mil y seiscientos y diez y ocho, siendo de edad de setenta y dos años.

Tres dias antes que muriese, por temerse muy cercana su última hora, se apresuraban los de casa para darle la Extremauncion: él decia que no era aún tiempo; pero echando de ver que el Superior era de parecer que se la diesen luego, no habló más palabra, obedeciendo hasta la muerte tan perfectamente como lo habia hecho en vida.

Sus reliquias veneraron y veneran como de gran santo así los de casa como los de fuera.

Escribió su vida el P. Mateo Radero y anda en el último tomo de la *Bavaria sancta.*

Celebra la santidad de este siervo de Dios en unos excelentes faleucios Jacobo Bidermano, lib. I, Epigram. Escribió tambien de este mismo Padre el P. Juan Burgesio, libro de *Patrocinio Virginis.*

Jacobo Damiano, lib. VI, cap. IV, en su *Synopsi.* Felipe Alegambe en su *Biblioteca,* y Gaspar Lechnero en su *Parthenio,* lib. I, cap. IX.

P. NIEREMBERG.

## P. ERTMANNO TOLGSDORF

Fué el P. Ertmanno Tolgsdorf de nacion pruteno, del cual dijo con mucha razon el Obispo de Livonia, Otton Schen King, que era Padre y apóstol de aquella provincia; porque habiendo Estéban, rey de Polonia, ganado aquella tierra del moscovita, el Obispo Varmiense, Martin Cramero, envió allá algunos sacerdotes para que con todas sus fuerzas restaurasen en aquellas partes la fe católica, que habia más de cincuenta años que habia faltado de los corazones de aquella gente.

Uno de los de la mision fué Ertmanno, que á la sazon era canónigo gutstadiense: tenia insaciable sed de la salud de las almas, y habiéndole cabido por suerte en aquella provincia el curato volmariense, fué increible el cuidado que puso en cultivarlo, procurando en todo llevar almas á Cristo.

Despues que á costa de su trabajo aprendió en breve tiempo la lengua de

aquella gente, escribió en ella doctísimos libros para el aprovechamiento de aquellas almas.

Pero los herejes de la ciudad de Riga no quisieron admitir la Religion de la Compañía, aunque les compelia á ello Segismundo, rey de Polonia; y así, le pareció á S. M. no llevarlo con todo rigor, sino tener un poco de espera, y que en el ínterin les quitasen todos los bienes á los herejes y los depositasen en poder de algun sacerdote seglar.

Eligieron para este ministerio á Ertmanno, y los herejes le admitieron con mucho gusto, porque, como tenia un natural muy agradable y trato modesto, juzgaron que no les haria perjuicio ni daño alguno.

Fuése luego y tomó posesion de la casa que antes tenia la Compañía, y allí empezó á adornar con mucha curiosidad el templo; volvió á renovar y resucitar los sermones y todas las ceremonias eclesiásticas y católicas; dispuso que se cantase el canto Gregoriano, lo cual hacia él mismo con unos muchachos á quien él habia primero enseñado, y así cantaban todas las Horas canónicas.

Pero ninguno sabia las antífonas ni himnos de memoria, ni ménos tenian á mano libros en que leerlos; y así, el devoto sacerdote lo compuso todo de nuevo y lo asentó en diversas partes, para que se pudiesen cantar; y de este modo de antífonas é himnos usa hoy la iglesia de S. Jacome, y de allí lo tomaron las demás iglesias de toda Livonia.

Finalmente, el año de 1591 admitió la ciudad de Riga la Religion de la Compañía, y luego el siervo de Dios se entró en ella, entregándose á sí y á la casa juntamente á la disposicion de los Superiores, que le admitieron con mucho gusto.

Enviáronle luego á Cracovia á tener los años de probacion, y empezó el soldado valeroso de Cristo la nueva vida religiosa con increible humildad y obediencia.

Despues le enviaron á Riga, y allí se dedicó todo á la salud de las almas: acompañó al Obispo Vendense en la visita de toda aquella diócesis; y viendo el Padre que estaba muy falta toda aquella comarca de operarios de la viña de Cristo, hizo llamar de Prusia algunos mancebos, los cuales sustentaba él propio, pidiendo para ello limosna; y habiéndolos enseñado bastantemente, les encargó aquellas parroquias é iglesias para que las cultivasen.

Su principal ocupacion era andar en misiones, las cuales fueron muy penosas y llenas de muchos trabajos por las continuas guerras que duraron en Livonia por más de catorce años por las armas de los suecos.

A cada paso los lugares se despoblaban de sus moradores, y no se hallaba hospedaje; porque los enemigos no respetaban á los necesitados, viejos, ni enfermos; todo era ruido de guerra, todo crueldades y latrocinios; y así, al

siervo de Dios fuera imposible escapar de tantos peligros, si no hubier
con especial auxilio del cielo.

Era tanta la mortandad, que pisaban los difuntos cadáveres por las
sin tener quien los socorriese, pero el devoto Padre, con el gran celo c
nia de la salvacion de las almas, los ayudaba como podia.

Siguióse de aquí, que viendo la plebe su gran caridad y fervor, le en
ron á estimar sobre manera, y públicamente en su vulgar idioma le llai
*Anciano venerable, Señor, Padre comun y Obispo de Livonia*, y otros no
de agradecimiento y estimacion.

Era el siervo de Dios muy amador de la riquísima virtud de la po
Cuando rezaba de noche el Oficio divino, no tenia otra luz más costos
una tea de pino encendida, aunque estaba con los ojos muy tiernos
mucha edad y trabajos.

Nunca buscaba apetito en los manjares, sino la buena hambre y nec
del sustento, y procuraba fuese el más ordinario, y le solia guardar par
una semana calentándolo cada dia.

Los últimos diez y seis años de su vida, que los vivió en la ciudad d
da, estando lleno de años, y penosas enfermedades, y falta de los diente
comia ordinariamente manjares livianos, y no por eso aflojó en el fervor
tinuo trabajo, porque él, casi solo, sin otra ayuda, llevaba el peso de a
residencia.

En los dias de fiesta gastaba las primeras horas de la mañana en co
luego predicaba á los alemanes, despues decia las letanías y otros ofic
párroco, y despues de haber dicho Misa hacia una plática al pueblo,
quedaba algun tiempo, volvia de nuevo á oir confesiones.

Despues de comer enseñaba á los niños y rústicos la doctrina cri
luego cantaba las vísperas, y si habia necesidad, administraba los Sacr
tos á los enfermos, y siendo solo, y teniendo tan acabadas las fuerzas
multiplicados los años, á todo acudia sin hacer falta, causando en tod
tas admiraciones.

Finalmente, le apretaron más los dolores hasta quitarle la vida, la cual
felizmente, pronunciando el dulcísimo nombre de Jesus repetidas vec
de octubre, año de 1620, á los setenta de su edad y veinte y nueve de Re

Escribió este siervo de Dios en lengua livónica unos catecismos, serr
himnos y antífonas de la Iglesia, los cuales compuso por la falta que
de libros, y usan de ellos las iglesias de toda Livonia hasta ahora.

P. NIEREMBERG.

# P. NICOLAS CUSANO

El P. Nicolás Cusano fué aleman: nació en la ciudad de Cusa en el campo de Tréveris, á 6 de noviembre de 1574, y el de 1601 entró en nuestra Compañía de Jesus, ya docto en la Teología y graduado en ella, y la leyó á los religiosos en el colegio imperial de S. Maximino.

Hizo la profesion de los cuatro votos el año de 1614: fué varon verdaderamente insigne y perfecto alumno de la Compañía.

Pasados los dos años del noviciado, le enviaron á Luzemburgo, donde por tiempo de un año enseñó á los niños los principios de la gramática, y de allí fué enviado por aquellos pagos y lugares á enseñar y á instruir á los rudos, pobres y humildes lo conveniente y necesario para su salvacion, en cuyo ministerio constantísimamente se empleó todo y lo ejecutó con igual perseverancia.

Leyendo despues en el aula de medianos, antes de mediodia predicaba en la ciudad, y por la siesta se salia al campo mientras era hora de leccion, á ganar para Dios algunas almas.

Jamás le apartaron de este propósito ni las lluvias, ni los frios, ni peligros de ladrones, ni otros riesgos, por grandes y graves que fuesen, ni otras mil descomodidades y molestias que las más veces se le ofrecian; porque, á pesar de los mismos riesgos, se arrojaba intrépido á las empresas.

Confesóle tal vez al Superior que todas las que salia á este modo de batallas, le temblaba todo el cuerpo; pero que despues, reprimiendo el miedo con la fortaleza del ánimo, iba tan alegre y tan pronto como si fuera á las delicias de un regalado banquete.

Un dia antes de las misiones que hacia, se prevenia pidiendo en el refectorio perdon de sus faltas; fregaba las ollas y tomaba una disciplina.

Caminaba con una gran carga de librillos, de rosarios y de cosas semejantes, que no le agravaban poco y embarazaban; pero todo le era fácil por tener qué dar á los que le oian, para inclinarlos y reducirlos.

Entretenia con continua oracion todos sus caminos, si no es que se detuviese á enseñar á algun pastor ú otros hombres rústicos; y con lo que en esto se tardaba, solia esperar al compañero que venia léjos, porque no podia atener con él; tal era el aliento de este diligentísimo Padre.

No perdia del tiempo sólo un instante, y muchas veces, por redimirle, admitia un jumento para el compañero porque pudiese seguirle, que él casi

siempre iba á pié, sino es que en un mismo dia hubiese de predicar en diversos lugares, principalmente cuando llovia.

Si sucedia tal vez que, hospedado de la gente rica y noble, la comida era más que la ordinaria, él procuraba satisfacerse con los manjares más viles, y se levantaba de la mesa á sus sagrados ejercicios.

Muchas veces, con la priesa de caminar de un lugar á otro, faltándole las fuerzas naturales, se quedó atollado en medio del lodo.

Meses enteros (y esto muy ordinariamente) se sustentaba con unas puches de harina y agua fria ó con un pedazo de pan negro y una corteza de queso desabrido.

Su cama era el suelo y allí dormia cubierto con sólo el manteo; el invierno en algun lugar más templado, lo demás del año al sereno.

En todos treinta y tres años no usó de defensa del frio, como se acostumbra en Alemania por los grandes frios, si no es el postrer año de su vida, empezando á convalecer de una gravísima enfermedad.

Suele Dios con secretísima providencia ejercitar á sus mayores amigos. Obrando el Padre de esta manera y tolerando tantos trabajos por el bien de las almas, no pudo evitar las calumnias de los mal intencionados.

Atreviéronse algunos hombres perversos á poner dolo en su castidad y áun á acusarle de hereje; pero, aunque el inocentísimo siervo de Dios tuvo estos males por los mayores, todas estas avenidas de tribulaciones no pudieron extinguir su caridad, ni remitir el ardiente celo de la gloria del Señor y provecho de los prójimos.

Pareciéndole breve término la provincia en que asistia, se extendió á la Lotaringia y toda aquella comarca, con tan feliz cosecha y copioso fruto, que él mismo afirmaba, aunque modestísimo, que le habia hecho mayor en un pueblo sólo por espacio de ocho dias, que en todos los tiempos pasados todos los curas y religiosos que en toda aquella tierra habian trabajado.

Un clérigo Decano de aquellos campos no queria que entrase en su parroquia, pero vencido de la santa porfía del Padre, le permitió que predicase un sermon en ella, y habiéndole oido el Parroco antes rebelde, se echó humilde á sus piés y se confesó, siendo ejemplo grande á sus feligreses.

Componia felizmente los pleitos y discordias particulares, y castigaba severamente ó reprendia la mala costumbre de juramentos y maldiciones, y en muchos lugares enteros la extirpó de todo punto.

Amplificó grandemente la devocion de la Vírgen nuestra Señora, instituyendo en muchas partes, y en especial en todas las casas donde posaba, que rezasen su rosario y su letanía antes de acostarse.

En esto se ocupaba fuera de casa, pero no ménos dentro de ella era ejemplo universal de todas las virtudes.

Nunca le vieron orar sino de rodillas, sin buscar descanso ni arrimo alguno; y en la oracion era tanto su sentimiento y tan tierna su piedad, que parecia todo derretirse en lágrimas, y lo mismo le sucedia no pocas veces atendiendo á la leccion en la mesa.

Fué tan devoto venerador del nombre santísimo de Jesus, que no sólo cuando le pronunciaba, sino tambien cuando le escribia, se quitaba el bonete de la cabeza con afectuosísima reverencia.

Nunca permitió que en su presencia se murmurase del prójimo; excusaba sus faltas aligerándolas ó interpretándolas á mejor viso.

Nunca le vieron airado ni desabrido, siendo tan vivo y tan eficaz, que cuando predicaba era como un fuego en sus acciones y en sus palabras; pero todas eran centellas del que ardia dentro de su corazon.

Nunca dejó de acudir á nadie, ántes estuvo siempre prontísimo para favorecer y ayudar á todos.

Fué su observancia tan puntual en las ceremonias de la Misa, que llegó á ser pasmo y edificacion de todos los que le oian y ministraban.

¿Cuándo no estuvo diligentísimo al imperio de los Superiores que apénas insinuaban su voluntad, cuando él la obedecia y ejecutaba? ¿Cuál era su pobreza en todas las cosas? Usaba continuamente de los vestidos más viejos ó más traidos, y acababan con él con dificultad que se pusiese algo nuevo.

Con grandes muestras y estudio raro de humildad y sujecion, se aconsejaba en las dudas de los que sabia que en la ciencia le eran inferiores.

Ultimamente, este varon, grande en todas sus obras y ejercicios, fué singularísimo ejemplar y perfectísima norma de la religiosa disciplina, y por esto tan venerable y tan amado así de los propios como de los extraños, que nadie dudaba de compararle con los santos mayores que venera la Iglesia, proponiéndole á todos los nuestros, que se ejercitan en las misiones apostólicas, por dechado que imiten todos y espejo en que se miren y se compongan.

Entre estos oficios de caridad, y de ayudar á morir á muchos, y andar entre los cadáveres por todos los pagos de aquel país, le vino la enfermedad y la muerte, despues de recibidos todos los Sacramentos, en Luxemburgo, á veinte de abril del año de mil y seiscientos y treinta y seis.

Escribió el P. Nicolás Cusano un libro intitulado *Escuela cristiana,* en el cual se explican todas las cuestiones de nuestra fe. Fué aceptísima esta obra, y así, se imprimió muchas veces. Y el Reverendísimo Obispo de Madauro, despues de haberla leido, mandó que se leyese en todo su obispado en lugar de los sermones.

Escribió más otro volúmen que se intitula *Sapientia christiana,* que es como un compendio de toda la Teología escolástica.

Y otro cuyo título es *Dux viae,* en que se refutan los errores de los herejes y se prueba la verdad católica.

P. NIEREMBERG.

## P. JUAN FALCO

Quien fué en Alemania admirado por santo, razon es que en todas partes se sepa haber sido varon de Dios.

Fué el P. Juan Falco aleman de nacion y natural de Magdeburgo. Siendo de edad de veinte años, entró en la Compañía el de 1603, y habiendo vivido en ella ejemplarísimamente en todo género de virtudes hasta el de 1626, á 24 de setiembre murió en Maguncia con excelente opinion de santo.

Ardió en su alma, mientras vivió, celo tan fervoroso y tan incansable de la honra de Dios y provecho espiritual de los prójimos, que le sucedió muchas veces predicar seis y siete sermones en un dia en todos los templos y santuarios de la ciudad.

No se contenia su espiritu en estrechos límites; corria por todos los pagos y lugares de la comarca sin más prevencion para sustentarse que un poco de pan y queso, y con sólo este regalo predicaba, exhortaba, catequizaba, acomodándose en la doctrina a la capacidad de los oyentes.

Nunca su fervor se apagaba, ni se satisfacia la hambre de aprovechar y convertir almas: en los conventos de monjas y dentro de casa á los nuestros hablaba de esto sólo áun despues de mesa, si encontraba ocasion de coger algun fruto ó de sazonarle

Estos espíritus tan celosos sacaba el Padre de la oracion, á cuyo ejercicio y al de una mortificacion tan rigurosa como continua se daba todo.

En la oracion ardia tan encendido en amor de Dios, que solia decir: «¡Oh quién tuviera mil corazones para amarle con todos ellos!»

Tan afectuoso, tan dedicado al Sacrificio de la Misa, que por ninguna urgente necesidad dejó ni un dia de celebrarla ni de haberse confesado antes, porque no se mezclase con su pureza ni la más pequeña imperfeccion.

Y todo esto lo ejercitó en todas sus obras y acciones, con tan atenta circunspeccion, que ni la salud del cuerpo, ni la opinion de su nombre, ni otra razon humana pudo vencerle.

Habia hecho voto de no dar gusto al sentido en la comida ni bebida, más que lo preciso ó forzoso á la necesidad natural.

Era frecuentísimo en el cilicio y la disciplina, y nunca fué á predicar sin que hubiesen precedido estos ejercicios de la mortificacion de su carne; macerábala muchas veces con tan dilatados ayunos y con alimento tan desabrido, que parece que no quisiera vivir con más que con sólo espíritu.

Su urbanidad, su agrado, su afabilidad, paciencia y mansedumbre, fueron en él virtudes maravillosas; ni le detenian juicios humanos, ni le inquietaban conversaciones, ni hacia caso de chismes, ni las cosas de este género le impedian para que dejase ni por un punto de satisfacer á su ministerio con todas las circunstancias de fervoroso y evangélico ministro de la palabra de Dios, entregado todo al aprovechamiento de las almas con desprecio de sí mismo.

Y en medio de estos cuidados, atenciones y desvelos á ninguno era molesto, de ninguno se quejaba; tan sin curiosidad de los negocios ajenos y con tanto olvido de lo que no conducia al último fin, como si no viviera en este mundo; sólo cuidaba de corregirse y de castigarse, estudiosísimo en la observancia de las reglas.

En el principio de cada mes, hincadas las rodillas se ponia á los pies del Rector, renovando el voto de la obediencia y prometiéndole obedecerle muy puntual en todo lo que le mandase.

Cuentan de este Padre humildísimo que solia todas las noches poner los zapatos á la cabecera, queriendo significar con esta accion, que era indigno de poner él su cabeza donde otros pusiesen los pies.

Era su ingenio grave, agudo y prontísimo para el consejo; y con todo era admirable la religiosa simplicidad con que hablaba, comunicaba y se portaba con todos.

Tan desnudo su espíritu de ambicion y de intereses humanos, que nunca en su modo de obrar se notó acepcion de personas, ni en oir las confesiones hizo jamas diferencia del rico ni del pobre, del esclavo ni del señor, indiferente con todos siempre, y sólo inclinado adonde podia hacer mayor provecho.

Veíasele con frecuencia en las plazas y lugares públicos, y á los que hallaba en ellos vagos ú ociosos, con cierto linaje de fuerza los persuadia al Sacramento de la Penitencia, enseñándolos, doctrinándolos; y cantando en medio de todos sagrados himnos y letrillas de devocion, iba orando y dando gracias al Soberano Señor, en cuyo nombre los convocaba.

Era singular gracia la que tenia en cantar versos [illegible], con que le parecia que honraba á Dios y á los santos.

Escribió este santo varon en lengua vulgar, para mucho bien de las almas, un libro intitulado *Memorial del amor divino:* otra *Manuduccion á la fe católica*. Muchas canciones de Jesus, de María y de muchos santos. *Anillo espiritual. memorial dado del Esposo al alma. Excitatorio espiritual al amor de Dios* y otros muchos opúsculos, con que procuraba encaminar á todos á mejor vida.

P. NIEREMBERG.



# AUSTRIA





# H. MANUEL NIGRO

[N]o es justo que sepulte el olvido la constancia con que un religiosísimo Hermano y no ménos celoso de nuestra santa fe y culto divino, dió la gloriosamente por Cristo en Transilvania el año de mil y seiscientos y á seis de junio, lo cual sucedió de esta manera.

ndaba por aquella tierra un famoso hereje, enemigo capital de la Iglesia, on nombre de cristiano, perseguidor de Cristo y de cuantos seguian su a y católica fe.

ste ministro del infierno usó de todas cuantas artes pudo para desarrai- del mundo el culto de Dios y de sus santos, y con mayor rabia y conato ó todas sus huestes contra el Santísimo Sacramento del altar.

'ara tener mayores fuerzas y hacer más crecidos daños, hizo alianza con turcos que lindan con aquel reino, y, juntando sus armas, entraron con ɔólico furor en Claudiópoli, ciudad ilustre de Hungría, hiriendo y matan- quemando, derribando y destruyendo como unas furias infernales cuanto ontraban tocante al culto divino y á la religion católica.

como su más entrañable odio es siempre contra los jesuitas, á quien ıen por sus mayores enemigos, embistieron en nuestro colegio, capita- ındolos el hereje, y entraron como unas furias infernales en la casa y en la sia, ultrajando las imágenes y los altares, quebrando y pisando las cruces, ıstrando y baldonando las sagradas imágenes de Cristo y de la Santísima gen, haciendo fuego y abrasándolas, robando y despedazando los orna- ntos de la Misa, y los frontales, y aras de los altares, y, echando el sello ın horrendos sacrilegios un hereje maldito y descomulgado, con diabólica dia quebrantó el sagrario, y sacó el Santísimo Sacramento, y lo arrojó en uelo, y lo pisó una y muchas veces, echándolo á los perros como perro ioso.

Á este lamentable espectáculo se halló presente el H. Manuel Nigro, que sacristan del colegio, y el celo santo que tenia [illegible] divino le detuvo no irse y á mirar antes por él que por su vi[illegible] pudo fácilmente

guardar, poniéndose en salvo cuando entraron los enemigos; mas quiso ofrecerla por Cristo, guardando su templo y defendiendo la honra de sus imágenes lo mejor que pudiese.

Aunque por ser tantos y tan crueles los enemigos, no pudo impedir su entrada; cuando vió la crueldad con que ultrajaban las imágenes y acometian al Santísimo, con más ánimo que fuerzas y con más celo de la religion que poder de armas, se opuso á los sacrílegos, afeándoles sus maldades y amenazándoles con el castigo del Altísimo: de que muy ofendidos, indignados y rabiosos de verle tan constante en la fe católica y tan celoso de la honra del Santísimo Sacramento, embistieron contra él y descargaron un grande golpe con una hacha de acero sobre su cabeza, acuchillándole é hiriéndole, y uno de ellos le disparó un escopetazo que le pasó de parte á parte, y cayó su cuerpo muerto en el suelo, y su alma voló coronada de martirio gloriosamente al cielo.

Era este santo Hermano observantísimo religioso, humilde, obediente, fervoroso y ejemplo de devocion y de celo santo á todos, adornado de mucha piedad y caridad para con Dios y los hombres, y de otras muchas virtudes, las cuales esmaltó con el matiz de su sangre, vertiéndola animosamente por Cristo nuestro Señor y por defender su culto, y honra, y la reverencia que se debe á su santísimo Cuerpo Sacramentado y á las imágenes de sus santos.

Su martirio fué celebrado en todo el reino de Transilvania, y su cuerpo es venerado como de santo mártir.

Escriben de él, como de tal, Juan Argenta, *Epist. ad Sigismundun Regem Poloniae: Ann. Societatis Iesu, 1606.* Transyl. Gaulter, ó Ultreman, Felipe Alegambe, Juan Bautista Rho en su *Varia Historia,* lib. VI, cap. V, y con versos muy elegantes escribe su martirio el P. Gerardo Montano.

P. ANDRADE.

## PP. MELCHOR GRODECIO Y ESTEFANO PUNGRATZ

El P. Estéfano Pungratz fué húngaro, y el P. Melchor Grodecio aleman, de la provincia de Silecia.

Cuando el príncipe de Transilvania, Gabriel Berleemo, calvinista, ocupó la ciudad de Cassovia, fueron presos estos dos santos mártires, y tentados ya con promesas, ya con amenazas á que dejasen la fe.



Siendo todo en vano, los desnudaron, y con hachas encendidas les quemaron los costados, y con otros atrocísimos tormentos fueron atormentados, sufriéndolos con grande valor.

Finalmente, los tiranos metieron al P. Estéfano una lanza hasta las entrañas, y, medio agonizando y espirando, le echaron una soga al cuello, dejándole por muerto.

Despues al P. Melchor, dándole muchas heridas, le degollaron, y, atadas las manos, lo echaron en una necesaria, adonde habian echado medio vivo al P. Estéfano.

Fué cosa rara que la sangre de estos santos mártires, que estaba esparcida por las paredes y techo, no fué posible que con ninguna arte ni industria se pudiese borrar ni quitar.

Fué este glorioso martirio á 7 de setiembre de 1619. Escribe de ellos Juan. Argent. *Epist. ad Reg. Polon.*

## P. PEDRO JIMENEZ

El P. Pedro Jimenez fué español y natural de Toledo.

Acabados en Roma sus estudios y ordenado de sacerdote, fué enviado á Viena de Austria el año de mil y quinientos y ochenta y dos, donde luego empezó á leer la Teología y á predicar en italiano.

Pocos años despues, mudado á la nueva Universidad que se fundó en Gratz, fué el primero canciller de aquella recien nacida Academia, y profesor de las ciencias divinas.

Allí tuvo grandes disputas con los más principales herejes, en especial con Baltasar Fisquero, que era el caudillo de todos, en cuyas batallas demostró el Padre la valentía de su ingenio, letras y espíritu; y amilanó tanto á estos enemigos de nuestra fe, que estaban como niños en su presencia encogidos y temerosos, diciendo á voces, por disculparse, que temblaban de este español.

Llamábanle el *Patrono de los jesuitas;* y en públicas conclusiones presidió muchas veces á los nuestros con universal aplau[illegible]

Fué Rector de Clangensurto, de Olomucio, d[illegible] Gratz: en estas y en cualquier parte siempre semejante á sí mism[illegible]nerable á los demás.

Fué varon de excelente ingenio y de prudencia maravillosa, y de tan constante ánimo, que no sólo no se rendia á las adversidades, sino que cuanto estas eran mayores, tanto más crecia su fortaleza.

Habia un gravísimo pleito entre el serenísimo archiduque de Austria, Cárlos, y una de estas Academias, y el P. Pedro Jimenez con libertad religiosa le representó á este príncipe todos los privilegios que él habia concedido á esta Universidad, integérrimo defensor de su causa.

Sucedió en Olomucio el año de mil y seiscientos y diez y nueve que los comisarios de los herejes que hacian guerra á la Compañía vinieron á nuestro colegio, y habiendo publicado las causas de confiscarnos los bienes, mandaron que les entregasen las llaves del templo y del colegio, y que se saliesen de él los Padres si no quisiesen experimentar el extremo último del rigor. El P. Pedro Jimenez, que entónces era Rector, respondió en presencia de toda la multitud de aquella gente, levantando los ojos y las manos al cielo, que las causas de esta confiscacion no eran verdaderas, y que esto lo afirmaba delante de Dios, de los ángeles y de los hombres, y que esto lo protestaba una vez y otra: lo dijo á los enemigos en altas voces; y en cuanto á las llaves respondió así: «Las llaves del templo no puedo entregar, porque son de la casa de Dios, de cuyo alcázar soy el alcaide, y fuera traidor si las entregara, y tengo de serle leal aunque me cueste la vida; y si me la quitáredes tendré la muerte por beneficio; y porque no perdais tiempo cansándoos en esto tan vanamente, os hago saber que entregué las llaves al magistrado eclesiástico, porque entiendo que le pertenecen á él y no á vosotros.

»Las llaves del colegio en vano las pedís, teniendo ya el mismo colegio; y así, en lo que toca á estas llaves no tenemos dificultad.» Y últimamente concluyó en esta forma: «Los Padres obedecerán á la necesidad, sacudiendo el polvo de los zapatos, segun el precepto de Jesucristo, porque sólamente será su patria adonde tuvieren licencia de servir á la gloria del Señor.»

Y habiendo añadido algunas razones á esta sustancia con fortaleza maravillosa, los comisarios volvieron á porfiar que les diesen las llaves ó entregasen al que las tenia.

El Rector persistia negando ambas cosas: la primera, porque las llaves no estaban en su poder; la segunda, porque él no podia revelar el secreto en perjuicio de otro.

Así se hubo con los herejes, animoso, fuerte y constante; mas por defender la justicia y dignidad de la Compañía, nunca dudó oponerse como muro á los reyes y emperadores, y esta grandeza de ánimo la templaba con tan religiosa humildad, que se hacia amar de todos.

No habia en sus acciones qué censurarle, ni arrogancia en las palabras, ni

insolencia en las costumbres, ni curiosidad en el hábito, ni en su proceder cosa singular.

Diéronle licencia para hacer la profesion de los cuatro votos, y él no la quiso admitir hasta que la hubiesen hecho los más antiguos; porque los que le excedian en la edad le precediesen tambien en aquella honra.

Excusaba cuanto podia el trato y conversacion de los poderosos, y ya era comun reparo de los príncipes que iban á la Compañía, que nunca parecia el P. Jimenez.

Fué tan celoso y observante de la pureza, que estuviera por decir que fué nimio en este cuidado, si pudiera haber en ello nimiedad. No sufria que en su presencia ó que quien se hallaba con él pronunciase una palabra ó hiciese algun ademan que tuviese olor de ménos decente. Resplandecia en su rostro lleno de canas una virginal vergüenza y honestísima castidad.

Estando en Viena, vió que unos hombres con la licencia de mozos hablaban en el templo á unas mujeres; no se pudo contener; asiólos por el brazo y echólos fuera, diciendo que aquel lugar era casa de oracion, no teatro de impudicias.

Jamás en toda su vida, ni en los últimos años de su vejez, permitió que le ayudasen á vestir ni á desnudar.

Fué templadísimo en la comida, y de su porcion tomaba siempre lo más vil, y en la mesa de la comunidad nunca consintió que le prefiriesen en cosa alguna, hasta que, por la flaqueza y debilidad del cuerpo, le mandaron que aceptase algo particular.

Puso estudio singularísimo en la observancia de la pobreza y de la obediencia; y queriendo que la guardasen con toda exaccion los súbditos, se mostraba afable, benigno y fácil á las necesidades de todos.

No permitia que faltase á los suyos lo necesario ni conveniente, porque á todos amaba con tierna caridad y benevolencia.

A los que eran en algo reprehensibles, los argüia con severidad paterna y los advertia de los menores descuidos, porque no llegasen á ser disposicion para los mayores. Las razones humanas que dan los hombres segun el espíritu de la carne, con verdad simple y sincera las rechazaba y las deshacia.

No empezaba negocio alguno, aunque pareciese muy leve, que no lo meditase primero.

Era su celo tan increible, ó tan fervoroso su afecto en mirar por la honra de Dios y en aumentar la perfeccion religiosa en la Compañía, que parecia consumirse si veia que se hacia ó se toleraba cosa que estorbase á este aumento, y ponia grande solicitud en que con efecto se corrigiese.

Cuanto era fácil y blando con los dóciles y modestos, tanto era severo y

duro con los ménos cándidos y sencillos. Muchas veces solia afirmar que cuidaba poco de su muerte; pero que deseaba con todas ansias que toda la Compañía conservase despues de él muerto el espíritu de su Santo fundador.

Era atentísimo y frecuentísimo en el estudio de las letras divinas, y penetraba íntimamente en los secretos más escondidos de su más alta profundidad.

De aquí que en los coloquios públicos y privados era gran copia la que tenia de sentidos exquisitos y singulares, juntándose en su decir y reprender eficacia poderosa con suavidad admirable, una compasion ternísima y facilidad de lágrimas.

Daba gran parte del dia á la oracion y contemplacion, y principalmente en los años últimos. Su union con Dios llegó á ser tan íntima, que ya parecia que los sentidos se enajenaban de sus oficios. Allí concebia un ardor, que despues en suspiros y exclamaciones con ímpetu grande se desataba.

Muchas veces necesitaba de estarse parado en la Misa, porque no le dejaba ir adelante la vehemencia de las consolaciones divinas; y nunca dejó de decirla, ni en la edad más quebrantada, mientras en el altar pudo volverse al pueblo.

Y celebraba este Sacrificio con tan devota piedad, que una gran señora muy entendida, muy prudente y religiosa, fundadora del colegio novomedense, de una vez sola que oyó su Misa, le juzgó por varon de gran santidad.

Despues de haberla dicho, para dar gracias oia otras dos; verdaderamente diligentísimo en la continua veneracion de la Eucaristía.

Siempre que le era posible asistia en el templo á los Oficios divinos, y cuando por el rigor del invierno no podia, los celebraba á la misma hora espiritualmente en su aposento.

Recreábase de mil modos con la música de la iglesia, unas veces deshecho en lágrimas, otras veces arrebatado en profundo éxtasis. Pero los tonos que olian á vanidad ó á menor decencia que la que requiere el templo, por artificiosos que fuesen y las letras muy ingeniosas, vehementemente las detestaba.

Introducia muy á menudo conversaciones de Dios, y de las que obligaban á más cuidado se pasaba con gusto á hablar con otros con quien estos coloquios eran más libres.

Con grandes mociones del alma levantaba los ojos al cielo, y solia decir que con todo lo que habia trabajado en la Compañía comprara de buena gana el aspecto de su externa hermosura, áun sin el deseo de ver lo que es sobre toda imaginacion de su interior forma.

Pues si entre los cuidados del gobierno y tan varias ocupaciones, eran sus ardores tan fervorosos, fácil es de conjeturar con cuánto mayor incendio infla-

mado creceria en estos actos, despues de la tercera probacion que se acostumbra en la Compañía.

Era agudísimo en discernir la santidad comun de los religiosos, en que tambien entraba la de los nuestros, de la que es más extraordinaria, propia y singular de la Compañía; y á los profesores de esta se la solia señalar como con el dedo.

Fatigado de lo mucho que trabajaba, por cobrar nuevas fuerzas para el espíritu con el alivio del cuerpo, se retiró unos dias á Milestadio, que es un monasterio de la provincia de los grecenses, en los fines de Carintia.

Allí le empezó una pequeña calentura, pero, como le cogia tan debilitado y tan flaco, brevemente le acabó.

No se le oyó una queja en su enfermedad; todo era hablar de Dios, tomar muchas veces agua bendita y hacerse cruces en la frente y en el pecho; y recibidos todos los Sacramentos, se preparó como quien esperaba hacer aquel viaje á la eternidad.

Finalmente, los últimos tres dias, habiéndole ya faltado la habla, con señas respondia y continuaba lo que de Dios decian los circunstantes; y entre estos ejercicios y coloquios, con gran tranquilidad dió su espíritu este varon verdaderamente grande en ingenio, doctrina y prudencia, y en la santidad propia de la Compañía.

Murió á 29 de noviembre el año 1633, y de su edad ochenta y uno, de los cuales habia vivido los cincuenta y nueve en la Compañía, y antes de los cuarenta y tres habia hecho la solemne profesion de los cuatro votos.

Escribió el P. Pedro Jimenez una oracion que predicó en Gratz á las honras del serenísimo Cárlos, archiduque de Austria, el año de 1590.

Una disputacion que tuvo con Baltasar Fisquero, luterano, de *Fide iustificante*, en la Universidad de Gratz, el año de 1592.

Y con sólo el título de «Un religioso de la Compañía en la provincia de Austria» escribió un *Compendio ó perfectisimo Breviario de todas las meditaciones de los principales misterios de nuestra fe, de la Vida y Pasion de Cristo nuestro Señor y de la Virgen, Madre de Dios,* sacadas de los seis tomos de *Meditaciones* del P. Luis de la Puente.

P. NIEREMBERG.







# POLONIA



# P. BENEDICTO HERBESTO

El P. Benedicto Herbesto fué de nacion roxolano, provincia que pertenece al reino de Polonia.

Antes que entrara en la Compañía, se graduó de maestro en la Universidad de Cracovia, y fué catedrático en ella mucho tiempo.

Despues fué canónigo y predicador insigne en Posnania: con su autoridad y ejemplo de vida reprimió el ímpetu de los herejes que en aquellos tiempos infestaban la Iglesia, y obligaron á aquel gran Cardenal, Estanislao Hosio, á escribir á este insigne varon una carta, en que le aconseja no desampare aquella ciudad, porque en él sólo consistia todo su remedio.

Siendo ya de edad de cuarenta años, dejadas las dignidades que tenia y bienes que poseia, fué á Roma el año de mil y quinientos y setenta y uno, y se entró en la Compañía, donde fué varon admirable, y en quien resplandeció todo género de virtudes.

Con su ejemplo convirtió á nuestra santa fe católica á Isabel Radzivila, princesa Palatina, la cual habia sido primero calvinista, despues arriana, y á la postre profesó el judaismo, y con lo que sabia de la Escritura disputaba vanamente con los doctores católicos; mas la victoria de esta alma tan perdida se reservó para este bendito Padre é invicto vencedor de las herejías.

En las misiones de la Rusia, Podolia, Pocucia, Volhinia y las demás partes de aquel reino gastó la mayor parte de su vida, predicando y confesando, haciendo increible fruto en todas ellas, ayudando á sus Obispos y Prelados, de quienes alcanzó grande autoridad y respeto.

Disputaba acérrimamente con los herejes, saliendo siempre victorioso en las disputas que tuvo con ellos, con una rara modestia; y fué tanto el fruto que hizo, que le llamaban el *apóstol* de aquellas provincias.

En la humildad, obediencia y pobreza se aventajó á todos. En el trato familiar con Dios fué continuo, que parece era la oracion su principal sustento, porque ninguna ocupacion le divertia de ella; dos horas antes que los demás se levantaba á tenerla, en los veinte y dos años que vivió en la Compañía, sino es que lo impidiese alguna grave enfermedad.

Pedia este humilde Padre á los Superiores, estando ya impedido y enfermo que no podia hacer otra cosa, le encargasen á los Hermanos Estudiantes y Coadjutores, para que los instruyese en el espíritu y les señalase los puntos de la meditacion de cada dia.

Finalmente, viendo ya que se moria por la gran flaqueza que sentia en sí, se armó con los santos Sacramentos de la Iglesia. No queriendo hacer cama, avisó al enfermero se retirase, que queria orar un poco, y que antes de la hora no entrase.

Despues, cuando vino, halló al siervo de Dios en medio del aposento hincado de rodillas, que habia dado su espíritu al Señor.

Sucedió este felicísimo tránsito en Jaroslavia, á cuatro de marzo de mil y quinientos y noventa y tres.

Tuvo este apostólico varon en medio de los pueblos, con la ocupacion de la vida mixta, semejante muerte á la que tuvo S. Pablo ermitaño en el retiro del yermo con la quietud de la contemplacion.

No se contentó este siervo de Dios con lo que disputó, predicó y obró contra los herejes, sino tambien con la pluma les hizo guerra, escribiendo doctos y utilísimos libros, los cuales refiere Felipe Alegambe.

P. NIEREMBERG.

## P. BLAS PLOZZINIO

ERA el P. Blas Plozzinio del reino de Polonia, y nació en Lovicio de Masovia.

Siendo de diez y nueve años, entró en la Compañía, y estudió, y leyó en ella con gran aprobacion de todos Filosofía y Teología escolástica; mas no por los empleos de escuelas dejó los de la caridad y humildad.

Acudia á las cárceles y hospitales muy ordinariamente, y en casa ejercitaba los oficios más humildes de los Hermanos Coadjutores.

No hablaba sino de Dios, y donde él asistia, hacia que todos hablasen de lo mismo; todo era en él santidad y edificacion, y conforme á eso obró nuestro Señor por él cosas maravillosas, áun siendo de muy pocos años, y antes de ser religioso.

Reconociendo su gran virtud un amo á quien servia, en una gran falta de agua que hubo en Polonia con mucha afliccion de todos, le mandó á su criado que pidiese á Dios lluvia. Apartóse luego el virtuoso mancebo á hacer oracion y obedecer el mandato de su señor: ¡cosa maravillosa! estando el cielo muy sereno, empezó á llover luego.

Pidió á nuestro Señor que le diese una muerte de muchos dolores, por imitar á Cristo nuestro Redentor, pero breve para no ser cargoso á otros, lo cual le fué concedido, y oyó del Señor la concesion de entrambas peticiones, declarándole el dia de su muerte, como lo dijo él despues, determinando el dia en que habia de morir.

Sintieron algunos Padres despues de muerto, con particular experiencia, cuán agradable fué á Dios su bendita alma, por las mercedes que alcanzaron por su intercesion.

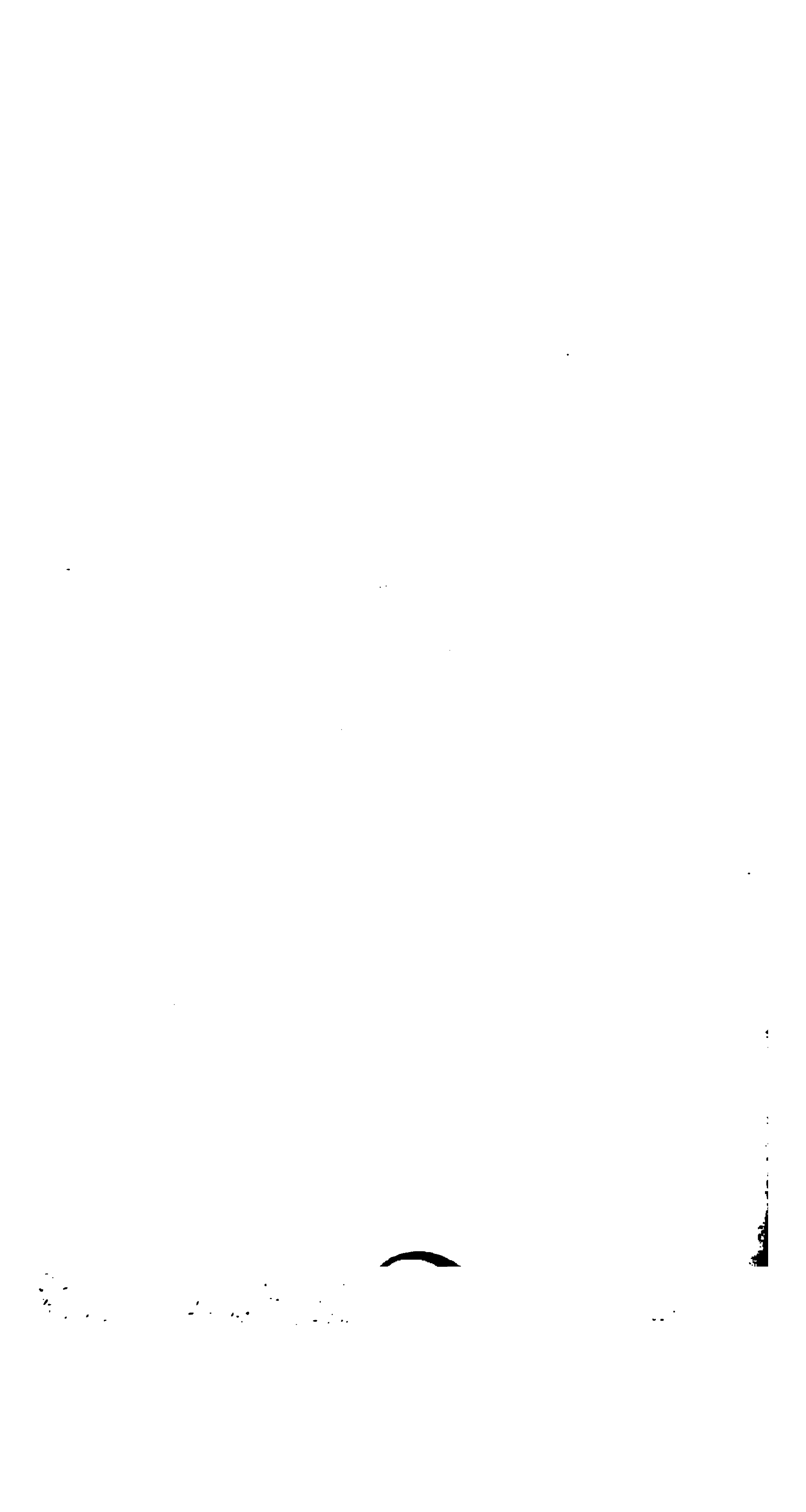
Dos de ellos en particular pidieron á nuestro Señor, cuando murió, por los méritos de su siervo, que les concediese grande dolor y verdadera contricion de sus pecados, con lo cual se sintieron tan contritos, con tanta abundancia de lágrimas, que eran sus ojos hechos dos fuentes de ellas.

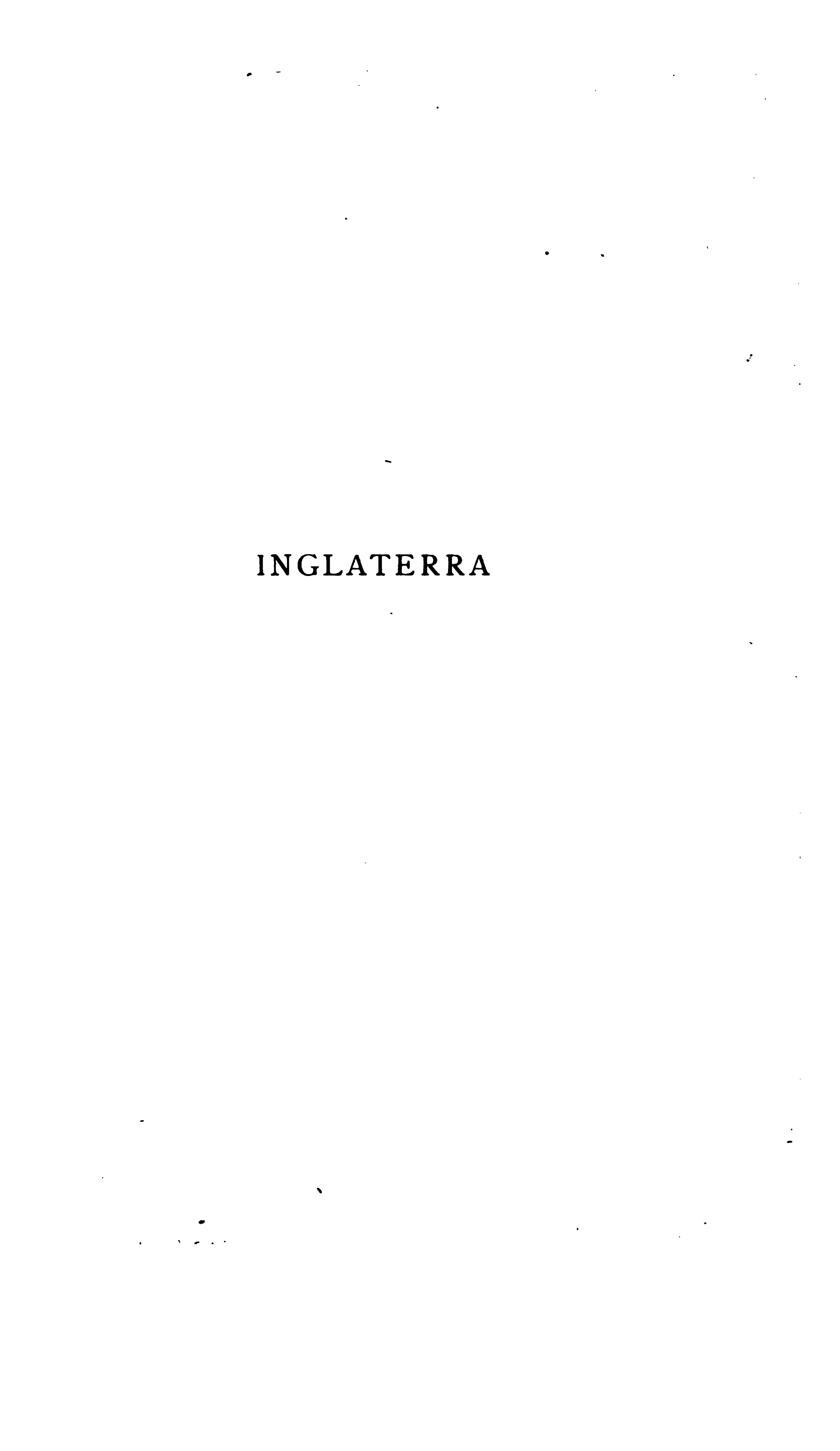
Murió en el colegio calisiense á veinte y dos de octubre, el año de mil y seiscientos y treinta y cuatro años, siendo él de treinta y cuatro años.

Los libros que escribió testifican la cordial devocion que tuvo con la Vírgen.

P. NIEREMBERG.







INGLATERRA



# P. JUAN CORNELIO

El martirio del ilustre confesor de Cristo, Juan Cornelio, escribió el Obispo de Tarazona, Fr. Diego de Yepes, y es de esta manera.

En la parte occidental de Inglaterra, en la provincia de Dorchestria, residia una señora viuda, hija del conde de Darby, que habia sido mujer de Juan Arundel, que comunmente se llamaba el gran Arundel; vivia en una casa de campo por estar más recogida.

El gobernador de aquella provincia, teniendo sospecha si esta señora recibia en su casa algun sacerdote católico (porque ella lo era y toda su familia, y vivia junto á la mar); enviaba frecuentemente algunos que espiasen la tierra, y cercasen la casa, y buscasen lo más secreto de ella.

Finalmente, un criado de malas costumbres, que andaba aficionado de una moza de la casa, pensando que por esta vía alcanzaria lo que deseaba, trató secretamente con algunos hombres enemigos de aquella señora, para que viniesen con el gobernador, y que él los mostraria dónde estaba escondido un sacerdote católico.

Vienen armados, entran en la casa y pasan hasta un aposento, donde, hallando los ornamentos de decir Misa y al sacerdote, échanle mano y le sacan con muchas risas y voces.

Este era el P. Juan Cornelio, que habia diez años que fué á Inglaterra del seminario de Roma y (como abajo diremos) le recibieron en la Compañía: hombre docto, de grandes virtudes y señalado en el oficio de predicador, que en estos años habia ejercitado con notable aprovechamiento de las almas.

Preguntáronle por qué huia de ellos, pues los Apóstoles nunca tal cosa habian enseñado. «Antes (dice él) S. Pablo Apóstol en Damasco fué descolgado por una ventana del muro por escapar de las manos de los que le buscaban:» y como á esto no tuviesen qué replicar, le preguntaron su nombre, patria y cuánto tiempo habia estado allí escondido; respondió que pocos dias antes habia venido á ver á su madre que allí tenia.

Entre tanto, la familia de aquella señora estaba atemorizada y de miedo

negaban conocerlo; mas, como esto no fuese verosimil, la hija mayor de aquella señora, que se llamaba Dorotea, que muchos dias antes habia con voto prometido á Dios castidad y ser religiosa de la Orden de Sta. Brígida; quiso tomar sobre sí todo el peligro por librar de él á los de su casa, y constantemente confesó que ella habia traido, escondido y sustentado aquel sacerdote.

Tomás Bosgravio, sobrino del señor Juan Arundel, viendo al sacerdote en pié, maltratado y sin sombrero, pareciéndole indigna cosa, se quitó el suyo y le cubrió con él, á quien reprendió mucho el gobernador porque favorecia y habia dado su sombrero á un traidor. «No es traidor» dijo Tomás. «Pues vos le acompañareis,» dijo el gobernador; y así, le echaron mano y le llevaron preso.

Partióse el gobernador con la presa, dejando guarda en la casa que velase de dia y de noche, para coger, si por ventura saliese, algun otro sacerdote.

Sacan al P. Cornelio á caballo con grande espanto del pueblo, que habia concurrido gran número de gente: llévanle á casa del gobernador, donde los ministros herejes disputaron fuertemente con él; mas nuestro Cornelio defendió la verdad católica con tanta eficacia, que fué á muchos de grande fruto.

El gobernador le atajó la plática, temiendo que, si duraba, habia de persuadir á muchos de su casa á ser católicos, y uno de ella, criado suyo, se salió de su servicio para serlo.

Unos caballeros principales que de esta disputa salieron muy contentos, deseaban oirle predicar; mas no lo osaban intentar por ser en aquella provincia desusado y peligroso.

Escribió el gobernador á Lóndres al Supremo Consejo para saber lo que se haria de aquel sacerdote. Responden que le procuren reducir á su opinion, y que, si no sucediese, le enviasen allá, y así se hizo, adonde presentado ante el tesorero, almirante y Arzobispo que llaman de Cantuaria y otros del Consejo, le dijeron muchos baldones y afrentosas palabras, imputándole que tenia mal trato con aquella noble y honesta doncella.

Respondió Cornelio, no haber hecho cosa indigna de su vocacion, sino sólo procurado escapar de las manos de los que le buscaban contra justicia, como la presente necesidad y ocasion lo pedia, y se escribe haberlo hecho S. Atanasio y otros santos.

Repregúntanle en qué otros lugares habia vivido y qué católicos le habian hospedado: responde que era cosa injusta lo que le preguntaban. «Pues á tormentos (dicen ellos) lo habeis de confesar; y así, le dieron tormento, pero no pudieron sacarle palabra que pudiese redundar en daño de tercero.

Despues del tormento mándanle volver á la cárcel y guardar diligentemen-

te, donde él se comenzó á prevenir con las armas espirituales contra los ímpetus de sus enemigos.

En este medio, el gobernador, para ganar reputacion de hombre celoso con el Consejo de la reina, escribió que no se podia satisfacer el pueblo sino quitando la vida á aquel enemigo de la república.

Con esto perdieron algunos secretos católicos la esperanza de poder con dineros redimir la vida de este siervo de Dios, que hasta entónces se tenia alguna de poderlo librar. Remítenle, pues, al dicho gobernador para que fuese sentenciado con otros hombres, que allí habian sido acusados de varios delitos, y católicos que estaban presos.

Llegó el bendito P. Cornelio á la cárcel del gobernador cargado de prisiones tres dias ántes que se juntasen los demás, los cuales, casi sin dormir ni comer, gastó en oracion y animando á los otros presos con santas palabras: llegó tambien allí la señora viuda, en cuya casa habia sido preso, con un hijo y yerno suyo y poco acompañamiento, porque los demás se habian huido á otras partes y estaban como gente que aguardaba ser en breve condenados á muerte.

Presentan al siervo de Dios ante el juez con otros tres seglares que habian sido de la misma familia; el uno era Tomás Bosgravio, que dió el sombrero al Padre; los otros se llamaban Patricio y Juan, que habian estado en la cárcel ya diez y seis meses por ser católicos.

Fué acusado el P. Juan Cornelio, porque, siendo sacerdote, habia estado en el reino más tiempo de lo que por las leyes de él está ordenado; y por aumentar el odio del vulgo, le opusieron algunas cosas que habian sacado de un libro, que le habian hallado en el aposento donde le prendieron, en respuesta de un edicto que contra los católicos y sacerdotes habia publicado la reina, para que todos entendiesen que era digno de muerte.

A Tomás le acusaron porque decia que no eran dignos de ella los que hacian el oficio de sacerdote en Inglaterra. A Patricio y Juan, porque en muchas cosas habian dado favor y ayuda al dicho sacerdote, los cuales de tal manera daban su descargo, que bien manifestaban no haber ellos hecho cosa digna de muerte; mas con todo eso, los doce jurados que, segun las costumbres de Inglaterra, fueron elegidos para sentenciar esta causa, en breve tiempo se resolvieron, con grande admiracion del pueblo, en que habian hecho contra las leyes y por ello merecido la muerte.

Sabida que fué la sentencia, los legos se echaron luego á los piés del sacerdote de Cristo para que les echase la bendicion. La ejecucion de la sentencia se difirió para el dia siguiente, y en el ínterin acudieron algunos á la cárcel para animar al P. Cornelio, diciendo que la ejecucion se habia de hacer en otro tiempo; mas él poco se fiaba de ellos, y pasaron la noche en oracion,

sin dormir, animándose aquellos santos confesores de Cristo unos á otros y hablando entre sí de Dios.

Entre las personas que habian entrado en la cárcel, una habia sido aquella noble doncella, Dorotea, con deseo de hablar con su Padre espiritual y recibir la última bendicion, pues se partia de esta vida; á la cual dijo Cornelio: «Pluguiera á Dios que yo tuviera aquí un confesor, porque temo que mis acostumbrados escrúpulos me han de seguir hasta á la cruz;» y parece que temia no hubiese dicho alguna cosa cuando le examinaron, por la cual acelerase su muerte.

Otro dia muy de mañana los tornaron al tribunal, y teniéndolos encerrados algunas horas entre unas rejas, parecia que el pastor habia de ser muerto en el aprisco con sus ovejas. Entre tanto que esperaban á los jueces, gastaban el tiempo en rezar y animarse unos á otros.

Los jueces, en fin, llegaron de camino, y el principal de ellos con mucha priesa y áun con lágrimas en sus ojos, pronunció la sentencia en que condenaba á todos á muerte..

Oida la sentencia, el bendito Padre deseaba hablar á los jueces, mas fuéle mandado callar. Ofreciéronles partido, el cual si aceptasen, serian libres de la muerte, conviene á saber, si quisiesen ir á las iglesias de los herejes; á lo cual contradiciendo ellos valerosamente, los volvieron á la cárcel, donde puestos en oracion esperaban la hora de su pelea.

Llegóse uno que quiso dar á los condenados esperanza de vida, mas el P. Cornelio le dijo: «No me querais cebar con esa falsa esperanza: yo leo ya el oficio de los santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo (en cuya octava esto pasaba) y de su dichosísima vista tengo confianza que presto gozaré.»

Pero despues, viendo que apénas le quedaba media hora de vida, tomando la pluma escribió en inglés á Dorotea de esta manera: «El que ama su vida en este mundo, perderla ha, y el que la aborrece, hallarla ha: si yo la hallare por la gracia é inmensa misericordia de Dios (aunque muy indigno y miserable) con grandísimo contento y perpetuo gusto me acordaré de ti; mientras el alma estuviere en este cuerpo, ruega por mí, porque tengo gran confianza que en el cielo nos veremos, si guardares la palabra dada primero á Dios y despues á Sta. Brígida, sin quebrantarla.

«Encomiéndote encarecidamente á mi pobre madre, y la promesa de tu voto, acerca de lo cual te he escrito tres ó cuatro veces, y me maravillo que no me hayas hecho mencion de ello. El demonio vela, pero tú no te descuides; escríbeme, para que lleve la carta á Sta. Brígida.

»No me olvido de aquellos que no nombro, Dios te guarde. Vuestro Juan que ahora muere, pero ha de vivir para siempre.»

Acabada la carta llamaron para la cruz al sacerdote de Cristo, y arrastráronle en un zarzo ó rastro de mimbres; los otros tres iban á pié muy contentos. En el camino los llamó el bendito Padre algunas veces y los animó á padecer la muerte con valor cristiano, lo cual ellos hicieron, porque mostraban ir no ménos alegres y contentos que si fueran llamados á un convite.

Ademas de estos tres llevaban á ajusticiar á un hombre por ladron; á éste habló el siervo de Dios, Cornelio, con la brevedad que el tiempo permitia, enseñándole las cosas pertenecientes á la fe católica y lo necesario para la verdadera penitencia, y aprovechó tanto, que luego el ladron públicamente dijo que le era grande alivio para su dolor morir con tales varones.

Llegóse tambien al P. Cornelio un hombre muy honrado y rico de aquella provincia, y le pidió su bendicion echándose á sus piés, y le prometió ser católico y apartarse de las juntas de los herejes.

Llegados á la horca, mandan á Juan, animoso varon, que suba primero la escalera, á lo cual obedeció con singular constancia, y besando el cordel, dijo: «¡Oh precioso collar!» Hizo protestacion de la fe católica, por la cual dijo que moria, y así colgado, acabó dichosamente.

Tras este fué Patricio, varon muy amado de todos por sus santas costumbres; y habiendo amonestado al pueblo que no habia esperanza ni remedio para la salvacion sino abrazando aquella fe por la cual él y sus compañeros morian, le dieron garrote.

Tras este subió Tomás, que era letrado, é hizo un sermon al pueblo de la certidumbre de la fe católica, el cual todos sin interrumpir oyeron, y los ministros herejes estaban mudos, espantados de su rara constancia.

Finalmente, llegó el sacerdote de Cristo, y, queriendo los verdugos quitarle los vestidos para hacerle despues cuartos más desembarazadamente, les dijo que seria cosa bárbara é inhumana ponerle desnudo, pues los vestidos los habia presto de dejar.

El verdugo quietándose con esto, le dejó con sus vestidos, y él orando un poco en el primer paso de la escalera, besó la tierra y los santos piés de sus compañeros que estaban colgados, y con las palabras del glorioso Apóstol S. Andrés saludó la cruz *¡Oh bona Cruz diu desiderata,* etc.!

Subido ya en la escalera, miró á todas partes, y con grande afecto dijo aquellas palabras del Salmo: *Posuerunt morticinia servorum tuorum escas volatilibus coeli, carnes sanctorum tuorum bestiis terrae,* y comenzando á hablar al pueblo acerca de esto, fuéle impedido por tres veces; pero lo poco que dijo bastó para enternecer á todos y á persuadirles que no se habia hallado en él otra culpa, sino haber procurado en su tierra traer las almas á la fe católica y servicio de nuestro Señor.

Al fin añadió: «Aunque hasta aquí no lo he declarado, yo soy sace
de la Compañía de Jesus, en la cual fuí recibido en Lóndres por el Sur
que de ella anda en Inglaterra, y deseaba ir con otros que habian de pa
noviciado de Flandes.»

Despues de esto, habiendo hecho oracion por sus perseguidores y p
conversion de la reina y los demás herejes, le echaron de la escalera, y
de acabar de espirar, cortó el verdugo la soga, y cayendo en tierra, le
el pecho y le sacó el corazon y entrañas.

El cuerpo partieron en cuatro cuartos, que pusieron en cuatro palos
cabeza enclavaron en la horca. Mas los católicos aquella misma noche
gieron los cuartos juntamente con los tres cuerpos que estaban ahorcad
les dieron sepultura.

Los jueces, despues de haber llevado mucha suma de dinero á la s
viuda, le dieron una grave reprension por haber acogido semejantes p
nas, y soltándola de la cárcel, se volvió á su casa bien afligida y con
acompañamiento, porque, herido el pastor, se habian esparcido las ove
con todo eso se alababan los herejes de haber procedido benignamen
este negocio.

Los ciudadanos de aquella ciudad donde esto pasó, pidieron al gob
dor quitase la cabeza enclavada en la horca, porque desde que se habi
cho esta injusticia, padecian muchos daños en sus mieses por las temp
des que se habian levantado, como otras veces les habia acontecid
semejantes ocasiones, y toda la gente de aquella comarca quedó sent
lastimada del suceso.

La vida de este dichoso mártir escribió, como hemos dicho, el P.
Diego de Yepes, en el libro 5.º de su *Historia de Inglaterra,* cap. IV,
cuenta in *Cathalogo Martyrum Societatis.* De él escribe tambien Ben
lib. 1, Jubil. cap. XI, y Gerardo Montano le celebra con un epigrama.

P. NIEREMBERG.

## P ROBERTO SUTHUELO

ERA el P. Roberto Suthuelo, de la Compañía de Jesus, hijo de un
llero principal de Inglaterra; fué enviado de sus padres á estud
la Universidad de Duay, en Flandes, donde llamado de Dios á la Com
de Jesus, fué á Roma en peregrinacion con otro mancebo noble de la n
edad, y fueron recibidos entrambos en ella.

Acabado su noviciado y estudios de Artes y Teología con mucha satisfaccion, fué Prefecto de los estudios en el seminario inglés de Roma, adonde tornó á estudiar con mucho cuidado su lengua natural (que ya habia casi olvidado por haber salido muy niño de Inglaterra) y aprendióla con tanta perfeccion, que escribió despues diversas obras en ella, y en particular un libro de consolacion para los católicos con estilo tan propio y elegante, que no hay cosa mejor en aquella lengua.

Fué enviado el año de 1584 á Inglaterra, donde hizo notable fruto en las almas y convirtió á nuestra santa fe muchas personas principales.

Estuvo algunos años en Inglaterra tragando la muerte y la prision cada dia, sin desistir un punto de su fervor, celo y trabajo. Estaba á vista de tantas calamidades como pasaban los católicos, como lo significa en esta carta que escribió á un su amigo:

«Hasta ahora vivimos, y con salud, indignos como parece de prisiones. Más veces hemos enviado que de allá recibido carta, aunque no se envian sin dificultad, y de algunas sabemos que se perdieron.

»El estado de los católicos recusantes es el mismo que suele, lastimoso y lleno de temores y peligros, mayormente despues que los adversarios esperan guerras. Los nuestros, que están en cadenas, se gozan y consuelan con sus prisiones, y los que están libres, ni cuidan mucho ni piensan que su libertad les ha de durar.

»Todos, por la bondad y misericordia de Dios, se arman para sufrir cualquier cosa que les pueda venir, por dura que sea, con que nuestro Señor sea servido, de cuya gloria y salud de las almas son más solícitos que de sus daños temporales.

»Poco ha prendieron á dos sacerdotes que padecieron tales tormentos en la cárcel de Briduel, que apénas se puede creer; su sustento era muy ténue y tan asqueroso, que de verlo les causaba aborrecimiento; los trabajos continuos y sin moderacion, y no menores en enfermedad que en salud, porque á palos y azotes les hacian cumplir su tarea, por flacos que fuesen; sus camas de paja sucia, su prision hedionda.

»A algunos cuelgan dias enteros por las manos, tocando el suelo sólo con las puntas de los piés: finalmente, los que en aquella cárcel están detenidos, viven *in lacu miseriae et luto faecis*.

»Este purgatorio tambien estamos aguardando nosotros de hora en hora, en el cual Teopliso y Yongo, verdugos de los católicos, ejercitan todos géneros de tormentos; pero venga lo que Dios fuere servido; tenemos esperanza que podremos llevarlo todo con Él, que nos conforta. Entre tanto sean confundidos los que hacen mal, y hable el Señor paz á su pue-



blo, para que (como dice el profeta David) more su gloria en nuestra tierra.

»En los santos sacrificios de V. R. y de todos los amigos humildemente me encomiendo. A 16 de enero 1590.»

En otra escribe, cómo guardaba en Inglaterra los ejercicios religiosos con otros de la Compañía, y esperaba el martirio por premio de sus trabajos; la carta es esta:

«Andamos en medio de estas tempestuosas olas, y no con poco peligro, del cual con todo eso ha sido nuestro Señor servido de librarnos hasta ahora.

»Todos con mucho consuelo renovamos los votos de la Compañía nuestra, segun costumbre, y gastando algunos dias en exhortaciones y espirituales coloquios, *aperuimus ora, et spiritum attraximus*. Paréceme que veo los principios de vida religiosa comenzados en Inglaterra, de la cual nosotros vamos con llanto echando las semillas, para que otros despues con gozo recojan los manojos para el cielo.

»Hemos cantado los cantares del Señor en tierra ajena y en este desierto chupado miel de la piedra y aceite del pedernal; pero estos nuestros gozos se acabaron en tristeza, y súbitos temores nos desparcieron en diversas partes. Pero en fin, con mayor peligro que daño escapamos de la tormenta.

»Yo con otro de los nuestros, pensando evitar á Scila, caimos en Caribdis; pero entrambos pasamos por la misericordia de Dios sin naufragio, y ahora navegamos con seguro puerto. En otra mia escribí los postreros martirios de Bailes y Honero y la edificacion que recibió el pueblo con su santo fin. Con estos rocíos se riega la Iglesia, *ut in stillicidiis huiusmodi laetetur germinans*.

»Aguardamos tambien nosotros (sino somos indignos de tanta gloria) cuando vendrá, como del mercenario, nuestro dia; en el ínterin me encomiendo mucho á las oraciones de V. R. para que el Padre de las lumbres nos alumbre y confirme con su espíritu principal. Fecha á 8 de marzo de 1890.»

Al fin llegó á este operario de Cristo la hora de su descanso, y el año de 1592 fué preso por traicion en casa de un caballero, siete millas de Lóndres, adonde lo llevaron y pusieron en un calabozo del castillo, tan hediondo y sucio, que sacándole de él para el tribunal de allí á un mes, salió tan lleno de piojos, que cubrian sus vestidos y ponian lástima á cuantos le veian, y á su padre mucho más, el cual suplicó á la reina que, si su hijo habia cometido algun delito por el cual, segun las leyes, mereciese la muerte, se la diesen; mas que si no, S. M. tuviese por bien que fuese tratado como quien era, pues era caballero, ya que fuese jesuita, y á él como á padre le diesen licencia de enviarle lo que hubiese menester para sustentar la vida; lo cual se le concedió; y así, le visitaron y enviaron de allí adelante de comer, y una Biblia, y unas obras de S. Bernardo que él mismo pidió para su consuelo.

Al cabo de tres años, con ocasion, como se piensa, de unos estudiantes que prendieron en la mar en un navío de Cales, pasando del seminario de San-Omer al de Sevilla; se resolvieron súbitamente en el Consejo de Estado de quitar al dicho P. Suthuelo la vida, de cuyo martirio escribe el P. Enrique Garneto, su compañero (que fué con él á Inglaterra), lo siguiente á los 4 de marzo de 1595.

«Con esta me ha parecido ofrecer á Vm. una preciosísima fruta de este nuestro jardin, que es el martirio del P. Roberto Suthuelo, mi compañero en un tiempo, y ahora mi señor y abogado, que reina con Cristo en el cielo.

»Estuvo casi tres años en una estrechísima cárcel sin hablar con ningun católico, y fué atormentado diez veces con los más atroces tormentos que esta gente acostumbra dar á ningun delincuente, y el mismo Padre afirmó que le fueron más atroces que los que padecen en el ecúleo, ni los dolores de la misma muerte.

»Y aunque en todo este tiempo no tuvo humano socorro, no le faltaron los divinos; porque, no habiendo podido decir Misa, ni confesarse, ni hablar con persona alguna, nuestro Señor le habia de tal manera consolado y visitado, que salió de la cárcel á morir con ánimo tan constante y quieto como si saliera de una congregacion de personas religiosas á cosa de mucho gusto.

»Algunos dias antes de su muerte le pasaron del castillo de Lóndres á la puerta nueva, que es cárcel de ladrones y homicidas, y estuvo en aquella famosa mazmorra que llaman el *limbo.*

»El dia que fué martirizado no avisaron como suelen el dia antes, porque no fuese gente, y para el mismo efecto justiciaron aquel dia al mismo tiempo en otro lugar á un famoso ladron; mas los católicos dejaron al ladron y se fueron tras el mártir de Cristo, y contáronme todo el suceso que despues escribiré, teniendo lugar, y por ahora brevemente diré lo que pasó en su martirio.

»Luego que llegó al lugar del suplicio, levantándose en pié en el carro, hizo con las manos atadas lo mejor que pudo la señal de la cruz, y comenzó á hablar de esta manera: *Sive vivimus, Domino vivimus, sive morimur, Domino morimur, sive ergo vivimus, sive morimur, Domini sumus.*

»Queriendo hablar algo sobre estas palabras, fué interrumpido por la justicia; mas suplicó le diesen licencia para hablar, afirmando que con sus palabras no ofenderia á persona ninguna; y así, otra vez comenzó á decir: «Yo he venido á este lugar para acabar el postrer trance de esta miserable vida, y ruego á Jesucristo, mi Señor, en cuya preciosísima Pasion y Sangre tengo la esperanza de mi salvacion, que haya misericordia de mi ánima: confieso y

protesto que soy sacerdote católico de la Santa Romana Iglesia y religioso la Compañía de Jesus, por todo lo cual doy infinitas é inmortales gracia alabanzas á mi Dios y Señor.»

»Diciendo esto, uno de aquellos ministros predicadores salió con un d parate y le dijo: «Señor Suthuelo, declaraos, porque si entendeis estas pa bras vuestras segun el Concilio de Trento, es cosa perjudicial.»

»El pueblo que estaba presente, mandó á aquel insolente ministro q callase y el Padre le dijo: «Señor ministro, ruégoos no me seais molesto este poco tiempo que me queda; yo soy católico, y en cualquier modo q interpreteis mis palabras confío de salvarme por los merecimientos de nu tro Señor Jesucristo: cuanto á la reina, yo jamás he intentado ni pensa mal alguno contra ella, antes siempre he suplicado á nuestro Señor (con áun en esto poquito de vida que me queda hago) que por su infinita mise cordia se digne de darla aquellos dones y gracias que su divina sabiduría ser más convenientes para la salud de su alma y cuerpo en esta y en la ot vida, y encomiendo tambien á la misma misericordia de Dios mi miserab patria, y suplico á su divina Bondad que la llene de aquella luz y conocimie to de la verdad, que sea para mayor provecho y salvacion de las almas para gloria eterna de su divina Majestad.»

»Entre tanto que esto decia, volviéndose á uno de los nuestros que a estaba, le echó el pañizuelo que tenia en la mano, y prosiguiendo su raz namiento dijo: «Finalmente, suplico al eterno y omnipotente Dios, que e muerte sea para provecho mio y de mi patria y para consuelo de mis he manos los católicos.»

»Y aguardando que se moviese el carro, hizo otra vez la señal de la cru y fijos los ojos en el cielo, con grande serenidad dijo: *In manus tuas, Dom ne, commendo spiritum meum.*

»Habiéndole dado un poco de más tiempo, pronunció con grande devoci y ternura algunos otros versos de los salmos: *Benedictus Deus, qui non am vit misericordiam suam a me. Me expectant iusti donec retribuas mihi. C mundum crea in me Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis. Sa cta Maria, et omnes sancti intercedite pro me,* etc. Y tornándose á san guar repitió: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

»Estando colgado en la horca, hizo muchas veces la señal de la cruz p haber el verdugo por descuido puesto la soga de suerte que no le pod ahogar tan presto, y, habiendo tenido abiertos los ojos todo aquel tiemp los cerró cuando le tiró las piernas para ahogarle, lo cual se hizo por par cular favor, para sacarle más presto de pena.

»Uno de los verdugos procuró algunas veces cortarle la soga, mas e

ronselo los caballeros, que estaban allí presentes, y todo el pueblo que
veces dió gritos: «Dejadlo, dejadlo.»
l mismo verdugo lo quitó de la horca con grande reverencia, y junta-
e con sus compañeros lo llevaron en brazos al lugar donde habian de
le cuartos, siendo costumbre llevarlo arrastrando por tierra; y uno de
afirmó que jamás habia visto morir otro hombre con tanta piedad, y
os de los mismos herejes, volviendo de este espectáculo, decian públi-
nte que deseaban cupiese á sus almas tan buena suerte como hallarse
a del mártir.
m. suplique á nuestro Señor me haga digno de semejante empresa,
no sé cómo pueda mucho tiempo escapar de las manos de estos ene-
s.»
sta aquí son las palabras de la carta.
spues que el bendito Padre habia ya recibido la sentencia de muerte,
e á él en la cárcel un señor de título de Inglaterra, y le pidió con gran-
erza, y conjurándole por el trance que habia de pasar, que dijese si era
d lo que le habian imputado, que venia para apartar los súbditos de la
encia de la reina.
spondió el siervo de Dios que jamás habia tenido tal voluntad ni pro-
de hacer ó procurar mal alguno á la reina ó á otra persona de aquel
antes que su intencion siempre habia sido de procurar cuanto en él
la salvacion de todos, y que por esto habia vuelto á Inglaterra á ayu-
con los ministerios de su profesion, enseñándoles la verdadera fe y ad-
rándoles los santos Sacramentos de la Iglesia católica, para bien eter-
sus almas; y que por esto sólo habia venido de Roma, y pasado la
vivido algunos años en Inglaterra con harto trabajo y peligro, y des-
ufrido de buena gana las prisiones y tormentos que le habian dado, y
aparejado para sufrir mucho más y de dar la vida por la misma
y tan léjos estaba de arrepentirse de lo hecho, que si estuviera por
lo mismo haria, y vendria una y más veces, no sólo desde Roma, sino
parte más remota del mundo, para procurar la salvacion de la reina,
deseaba como á su propia alma, y que siempre habia rogado á Dios
o Señor por ella, como entónces lo hacia, y por su Consejo, que el Se-
diese gracia y luz de conocer el error en que estaban, y por los mis-
ue le daban la muerte, que no se les imputase.
antado el caballero con esta respuesta, fué y contó á la reina todo lo
abia pasado en la muerte del Padre, alabándole mucho y las raras
s que tenia: lo cual sabido, respondió la reina que le habian engañado
sas relaciones, diciéndola que aquel Padre habia venido para alboro-

tar el reino; y mostró dolerse de su muerte, y mucho más despues de haber visto un libro que habia compuesto el mismo Padre de diversos y muy devotos argumentos, en lengua inglesa, por su entretenimiento y para enseñar á los poetas que tuviesen talento á emplearlo como conviene en honra de Dios y de la virtud, y no usar mal de la poesía; y acertó á hacerlo con tanta gracia, que los mismos herejes han impreso y venden públicamente diversas obras suyas, como son *El llanto de S. Pedro*, *Las lágrimas de la Magdalena* y otras muy leidas y estimadas de todos por la agudeza de los conceptos y elegancia del estilo con que están escritas.

Escribió la vida y martirio de este siervo de Dios el Obispo de Tarazona, Fr. Diego de Yepes, lib. V de la *Historia de Inglaterra*, cap. VI.

Hace mencion de él el *Catálogo de los Mártires de la Compañía*. Felipe Alegambe en su *Biblioteca*. Benzonio, lib. I, jubil. cap. XI.

P. NIEREMBERG.

# P. ENRIQUE VALPOLO

## I

Entre los muchos y muy esclarecidos mártires que Dios nuestro Señor ha dado estos años pasados para el aumento de su santa Iglesia católica en el reino de Inglaterra, muy señalado ha sido el P. Enrique Valpolo, sacerdote inglés, de la Compañía de Jesus.

Siendo enviado de España por la obediencia en el mes de agosto del año de 1593 para predicar la palabra de Dios en los reinos de Inglaterra, Irlanda y Escocia; fué Dios servido, para mayor gloria suya y más breve corona de su mártir, que cayese en las manos de los herejes dentro de cuatro meses que partió del seminario inglés, que está en la ciudad de Valladolid de España, donde él residia, y dentro de veinte y cuatro horas que puso los piés en Inglaterra.

Habiendo despues pasado diez y seis meses de dura y rigurosa prision y en ella muchos exámenes, probado muchas cárceles en diferentes partes del reino, dando razon de sí y de sus cosas á varios jueces, teniendo muchas disputas y conferencias con los ministros y predicadores herejes, y sufrido ca

veces tormentos crueles; al fin, tras estas y otras pruebas que Dios
ro Señor permitió á este su siervo para mayor gloria suya, fué senten-
á muerte y hecho cuartos en Eboraco, ciudad arzobispal de aquel rei-
|ue en la lengua propia se llama York) en presencia de infinita gente
oncurrió á tal espectáculo, causándoles la vista de él tan grande lásti-
dolor, que en la mayor parte de los circunstantes se vieron correr abun-
s lágrimas de sentimiento y compasion.
é este dichoso varon, Enrique Valpolo, hijo mayor de un caballero ca-
, natural de la provincia de Norfolcia en Inglaterra.
no sus padres eran personas nobles y siervos de Dios, criaron á todos
jos en esta misma piedad y virtud, ayudando mucho á ello Enrique
hermano mayor de todos; y así, procuró sacar de Inglaterra á cuatro
ınos suyos por librarlos del peligro que podian correr quedando en
fuego de herejías y libertades, de los cuales los tres, movidos de su
lo, entraron en la Compañía de Jesus, y el cuarto, determinado de se-
ıs armas, sirvió á S. M. Católica en las guerras de Flandes.
ıíase criado Enrique por algunos años en los estudios de la Universi-
: Cantabrigia, y despues vino á Lóndres por mandado de su padre,
studiar las leyes municipales del reino; pero sintiendo gran deseo de
las controversias, para defender la religion católica y convencer á los
s; las estudió con tantas veras, que en muy poco tiempo alcanzó mu-
ticia de ellas; con la cual y con la agudeza del ingenio natural que te-
con la mucha suavidad y blandura de costumbres, acompañada de un
ervor de espíritu y devocion, convirtió más de veinte personas de im-
cia, de los cuales algunos, salidos de Inglaterra, entraron en Religion,
; despues de haberse criado y ordenado de sacerdotes en los semina
abajaron fructuosamente en la conversion de sus naturales en Ingla-

e otros que convirtió, fué un mancebo pariente suyo, mayorazgo de su
muy inficionado con la secta de los puritanos, en cuya conversion tra-
ás de dos años, y fué tan notable y tantas las quejas del padre del
tido, que llegó el negocio á los oidos de los del Consejo de la reina, los
para pervertirle otra vez, mandaron que muchos teólogos y predica-
uyos le hablasen.
lo hicieron primero en Norfolcia y despues en Lóndres, adonde le lle-
ɔara este efecto; pero él estuvo muy constante, y salió despues huyen-
Inglaterra, y entró en Religion, y despues fué sacerdote y provecho-
ero en su patria.
estas y otras cosas semejantes se hizo tan odioso nuestro Enrique á

los del Consejo, que le mandaron buscar por todo el reino, y le fué forzoso, finalmente, salir de él, como adelante se dirá.

Habia sido Enrique hombre de grande ánimo y valor siendo seglar y viviendo en Inglaterra, como lo mostró en diferentes ocasiones, estudiando las leyes municipales de su patria en el colegio llamado Grayesin, en Lóndres, donde teniendo varias pendencias con herejes, á quienes se mostraba enemigo en todas las ocasiones, salió siempre con feliz suceso de ellas.

Pero habiendo despues llegado á Inglaterra el P. Edmundo Campiano el año de 1580, y padecido glorioso martirio por la defensa de nuestra santa fe catolica, hallándose nuestro Enrique en las disputas que el P. Campiano tuvo con los herejes y en su muerte, y habiendo escrito la historia de todo lo que en aquel glorioso martirio pasó, aprendió otro camino y espíritu de pelear con herejes, no con armas de hierro ni con valentía corporal, sino con la fuerza y eficacia de la palabra de Dios.

Así, se determinó de dejar á Inglaterra y entrar en la misma Religion del P. Campiano y seguir sus pisadas en todo, como lo hizo en su vida, queriendo Dios nuestro Señor con su maravillosa providencia que tambien le siguiese en la muerte con el mismo género de martirio.

Salido que fué de Inglaterra, fué al seminario de Rems, en Francia, donde estudió Teología por algun tiempo, y de allí fué á Roma y entró en la Compañía de Jesus en el año 1584.

Despues de algunos años, faltándole salud, fué enviado á la Pont-de-Musson, Universidad de Lorena, y algunos meses despues á Flandes, donde nuestro Señor comenzó luego á ejercitarle en padecer por su causa.

Andando un dia á pié de un colegio á otro por órden de la obediencia, fué preso por los soldados del enemigo y llevado á la villa de Fregelingas, en Celandia, que estaba en poder de los rebeldes y tenia presidio de soldados ingleses, los cuales le detuvieron más de un año tratándole muy mal; y porque no pudieron matarle como deseaban, por estar la cárcel en poder de los magistrados naturales de la tierra; ofrecieron á unos ladrones, que estaban presos con él, vida y libertad, si de noche le matasen: lo cual supo el Padre, y para escaparse de esta muerte le fué necesario por muchos meses velar casi todas las noches, que le fué un tormento perpetuo.

Padeció tambien grandemente de frio por no tener en la cárcel más vestido que una sotana vieja; de lo cual movido un capitan hereje, llamado Rusel, que le habia conocido en Inglaterra, se quitó un jubon de raso que traia y se lo dió para abrigarle.

De esta manera pasó este siervo de Dios su prision, hasta que nuestro Señor le remedió por otra vía, que fué moviendo á un hermano suyo, que es-

en Inglaterra, á venir á Fregelingas, donde, trocando su nombre propio, á servir al mismo capitan que tenia preso á su hermano: con esto tuvo »didad de verle y tratar con él, y le proveyó de todo lo necesario, y pro- que los católicos ingleses en Flandes le rescatasen, como lo hicieron. ılvieron á Bruselas, y fué tanta la devocion que cobró este mancebo, su ano, de ver la virtud y paciencia del P. Enrique, que determinó desde dejar al mundo é irse á Roma á entrar en Religion, como con efecto o.

bia tenido siempre el P. Enrique grandes deseos de ser enviado á In- ra despues que entró en la Compañía de Jesus, y especialmente desde : vió ya sacerdote y acabados sus estudios de Teología, y así lo habia dido muchas veces y con gran instancia á sus Superiores; pero mucho espues que tornó de Fregelingas donde le dió nuestro Señor grandes vos deseos de ir á Inglaterra para padecer martirio.

, luego que fué rescatado y libre de la prision, lo tornó á procurar con · instancia, cebado de los regalos que nuestro Señor le habia dado en ı prision.

) como no se concede esta merced á todos, ni por los tiempos que ı convenia que muchos fuesen juntos, iban los Superiores dilatándoselo. :ual viendo el P. Enrique y habiendo sabido que en España se habian o de nuevo dos seminarios ingleses con la grande piedad y liberali- la majestad del rey Católico, el uno en Valladolid y el otro en Sevi- ue por aquella vía se comenzaban á hacer misiones en Inglaterra con facilidad; escribió una carta al P. Roberto Personio, pidiéndole que ızase licencia del Padre General para ir á España.

se hizo, y fué primero al seminario de Sevilla, y estando allí algun , pasó despues con el mismo P. Personio al colegio de Valladolid, fué Ministro ó Vice Rector, hasta que alcanzó su deseada mision de rra, que sucedió de esta manera.

ase dado principio, poco antes que esto sucediese, á otro seminario de ıtud anglicana, por órden tambien de S. M. Católica, en una ciudad Estados de Flandes llamada San-Omer, cerca de Inglaterra, para que acogiesen los hijos de los católicos de aquel reino en su tierna edad, así se librasen de las manos de los herejes que los querian quitar á res llegando á cierta edad, para pervertirlos y criarlos en su per- :cta y tenerlos más guardados, que no saliesen de Inglaterra á los se- s.

o cual, para obviar este tan grande inconveniente, se propuso á la d del rey D. Felipe II, que seria de grande servicio á nuestro Se-

ñor se fundase un seminario particular para este efecto en aquellos Estados, cerca de Inglaterra.

Su majestad, con aquel católico y real pecho y amor singular que siempre á esta nacion mostró, mandó luego que así se hiciese, lo cual se tuvo por singularísima merced, como lo era; y así, mandó S. M. señalar dos mil ducados de renta para el sustento de los que habian ya venido.

Pero habiendo los ministros de Flandes detenídose en ejecutar este mandamiento de S. M. y no acudido tan puntualmente con la paga, fué forzoso, por haber venido ya á Flandes y á la villa de San-Omer muchos hijos de gente principal y católica de Inglaterra con el aviso del nuevo seminario, que se enviase una persona de España, de propósito, para dar calor en el negocio.

Poniéndose los ojos para ello en el P. Enrique Valpolo, aceptó él la jornada de buena gana, pero con condicion que luego, en dando sus recaudos en Flandes y asentando las cosas del colegio de San-Omer, pudiese pasar á Inglaterra: lo cual le fué concedido, y él contentísimo con esto (llevando unos prenuncios grandes de su martirio) fué primero desde Valladolid, donde estaba, á S. Lorenzo el real el mes de agosto del año 1593, á suplicar á S. M. fuese servido de mandar se le diesen nuevas cartas para el efecto dicho.

Habiéndole despachado con grande brevedad, y besado á S. M. las manos por las mercedes continuas y favores grandes que á la nacion inglesa hacia, se despidió y con grande consuelo suyo dió la vuelta al colegio de Valladolid, de donde se partió luego para Vizcaya; y hallando en Portugalete un navío que estaba aprestado para partirse á Cales, se metió en él para hacer su jornada.

En esta sazon escribió una carta al P. Rodrigo de Cabredo, Rector que era del colegio de los ingleses de Valladolid, de donde se habia partido, que porque muestra bien el ánimo con que iba y esperanzas grandes que llevaba de la merced que nuestro Señor despues le hizo en Inglaterra, me pareció poner aquí un capítulo de ella, que dice así:

«En Flandes tendré cuidado de hacer todo lo que V. R. me ha mandado, y tambien en Inglaterra, si Dios me concede libertad y vida; y sino, no dejaré entónces de tener memoria de V. R. delante de Dios, á cuya divina Majestad me encomiende en sus sacrificios y oraciones y de los demás de su colegio, del cual yo indigno siendo hijo, todo lo que de mí fuere será reputado ser del seminario de Valladolid.

»Plega á Dios que salga de manera, que su divina Majestad sea glorificado, y V. R. y todo el colegio consolado.

»A los Padres, y Hermanos, y algunos nuestros muy queridos, mis humildes é íntimas encomiendas; V. R. por amor de Dios me perdone las faltas y

me tenga en su alma y corazon como hijo, porque así tengo de ser siempre. Nuestro Señor more en su alma de V. R. siempre. Amen. De Portugalete á 3 de setiembre de 1593.»

Esto escribió de allí á la lengua del agua, y haciéndose á la vela, partió de España.

Hubo despues grandes sospechas que se habia anegado el navío en que iba, que fueron nuevas de grande dolor para los Padres del seminario de Valladolid; y quedando por ellas muy afligidos, escribieron cartas de mucha lástima y congoja á Flandes por tal pérdida.

Pero el P. Enrique, llegando despues con el favor de Dios en salvo á Flandes, aunque con grandes tempestades que habia pasado en el navío, sabiendo el sentimiento de los Padres de España; dando gracias al Señor, los volvió á escribir agradeciendo el cuidado que de su salud habian tenido; pero que él habia llegado bueno, y con una santa gracia, añadió que tenia esperanza que su suerte seria no morir ahogado en la mar, sino en tierra colgado de una horca de Inglaterra por amor y servicio de Jesucristo su Dios y Señor.

Acabados sus negocios en la córte de Flandes (lo cual hizo con grande presteza) encomendando á otros lo que él no podia negociar, por el intenso deseo que tenia de partirse presto á Inglaterra fuése de camino á San-Omer, y ayudó á los Padres que estaban ocupados en aquella obra, para asentar el colegio lo mejor que se pudo, porque venian ya muchos niños huyendo de Inglaterra.

Desde entónces ha ido creciendo aquel seminario, de manera que es uno de los más bien puestos y de más fruto que la nacion inglesa tiene.

Del estado y progreso de este seminario y de los fervorosos deseos de su corazon, escribió desde aquí al P. Roberto Personio las cartas siguientes:

«Habiendo escrito largamente á V. R. de Amberes, y pensando hacerlo otra vez dentro de quince dias con la mision de estudiantes que (placiendo á Dios) irán á España en un navío de Cales, que está ya concertado; pudiera pasar ahora con silencio, sino que la obligacion que á V. R. tengo, y el deseo de manifestarle todas las cosas, no me dejan perder ocasion de escribirle.

»Confío en nuestro Señor que dejaremos este nuevo seminario en algun estado razonable. El gobernador no parece contrario; el secretario Ibarra muy inclinado á favorecernos; los oficiales inferiores, aunque en materia de dineros y para gente extranjera sean difíciles, todavía, por saber que es tan á gusto de S. M. y favorecido del príncipe, espero que al fin acudirán á ello.

»Ya tenemos una libranza para la paga de tres meses; V. R. lo haga en-

comendar mucho á Dios, que sin duda lo ha de socorrer, pues es de tant servicio suyo.

»La juventud comienza á venir de Inglaterra en grande número y de l mejor, y ningun seminario ha de ser mayor ni más provechoso que este.

»En cuanto á mí, se me ofrecen cosas en las cuales deseara mucho el pa recer particular de V. R.; pero, pues por ahora esto no se puede haber, pid oraciones y santos sacrificios á nuestro Señor, para que yo emplee mis acci nes, mi vida y muerte fielmente en su mayor servicio.

»Por el poco secreto de algunos en estas partes, mi viaje está descubiert con no poco peligro de perdida, ó por mejor decir, de ganancia mia, qu ando empleado en esta dichosa mision. *Fungens legatione pro Christo ut pe eumdem reconcilier Deo.* En la cual si Su Divina Majestad fuese servido qu yo perdiese la vida, cuánta felicidad seria la mia!

»Y por esto, mi amantísimo Padre, doy mil gracias de rodillas á V. R. pc tan alto favor que me ha hecho en emplearme en esta empresa, y le pid por amor del mismo Señor, que me pida gracia para ser agradecido á tan alt beneficio, *et digne ambulare tanta vocatione,* delante de su divino acat miento.

»Al Sr. Francisco Inglesilde escribiré despues con la mision de los e tudiantes, y al P. Cresuelo y los dos Rectores de esos seminarios de España para que me encomienden á Dios. Oraciones, Padre mio, y Sacrificios he m nester por ahora y no otra cosa.

»Yo soy vuestro *in saecula saeculorum.* El amor eterno de Jesucristo se con V. R. y con todos, y su santo espíritu encamine todas nuestras acci nes á su mayor gloria. De San-Omer á 13 de noviembre de 1593.»

En otra de 19, que fué cinco ó seis dias antes que se embarcase, dice as

«Tres ó cuatro cartas tengo escritas á V. R. despues que llegué aquí, po las cuales habrá entendido haber sido sin fundamento su miedo de haberm yo anegado en el camino.

»Confío en nuestro Señor me ha ordenado otra suerte de muerte, para s mayor gloria: plegue á Su Divina Majestad que yo dé consuelo á V. R. e toda mi vida y gloria á mi Dios en la muerte, y que sea causa de algun bie á mi patria.

»Aquí se trata de comprar una casa muy cómoda para el seminario; que la vende es Mr. de la Croyx, caballero muy piadoso y católico, y favor cerá al seminario en todo lo que pudiere.

»Lo que me ha lastimado es ver la necesidad temporal que aquí hay, po la cual se han despedido cinco ó seis muchachos, los más lindos que he vist

»Yo he dicho á los Padres que no pierdan ánimo, porque no podrá falta

Dios á tal obra. Mucho nos favorece el buen secretario; Dios se lo pague.

»Por causa de la pestilencia en Lóndres, no hay comodidad de pasaje para allá; pero yo tomaré cualquier otro que se ofreciere.

»Mucho me he holgado entender que está el P. Cresuelo con V. R., será grande consuelo y ayuda; lo mismo he recibido yo por acá del buen P. Holto, y voy muy animado y confiado en las oraciones y santos Sacrificios de V. R. y de los demás Padres y amigos.

»Yo con esto me despido; la gracia y bendicion de Jesucristo quede con VV. RR. siempre. De San-Omer, á 19 de noviembre de 1593.

## II

### *Su partida á Inglaterra y prision.*

Hecho esto, y temiendo, lo que despues sucedió, que no le viniese algun órden contrario de España, para que se quedase por algun tiempo más largo en San-Omer, por ser ya casi en medio del invierno y estar los pasos cerrados para entrar en Inglaterra, por causa de la grande pestilencia que apunta con su carta; fué tanta la ansia que tuvo el fervoroso Padre de alcanzar presto la corona del martirio que Dios le tenia aparejada, que rompiendo con todas las dificultades dichas, se metió en uno de tres navíos de guerra que salian del puerto de Dunquerque, para correr la costa de Inglaterra y Escocia, habiéndole prometido el capitan de ellos que á él y á otros dos compañeros, que iban con él, los pondria en Inglaterra lo más presto y más secretamente que fuese posible.

De Dunquerque escribió otra carta en que significaba el mismo deseo de pasar á Inglaterra, y, aunque se le representaban todas las razones que se podian ofrecer, rompió por todas, y con su valeroso ánimo venia á parar en esfuerzo y deseo de padecer, de tal manera, que él mismo no se conoció, como dice en la carta, y se espantaba cómo ninguna cosa era bastante á poner temor en su corazon.

Partió, pues, de Dunquerque, y dado á la vela, tuvieron tiempo muy contrario por espacio de diez ó doce dias, de manera que no pudieron tomar puerto hasta los cuatro de diciembre de aquel año de noventa y tres, que echando una barquilla tomaron tierra en una playa llamada Cabo de Ilambero, hacia la parte septentrional de Inglaterra, diez y seis leguas de la ciudad de Eboraco, donde reside el presidente de aquella Chancillería, el cual tambien es gobernador y general de todas aquellas partes del reino.

Entónces lo era el conde de Hingtington, sobrino del buen Cardenal Polo,



pero grandísimo hereje y cruelísimo perseguidor de los católicos; y parece que el demonio habia enviado un mensajero delante para avisar al conde que venia este siervo de Dios á sus manos.

Porque, habiéndose desembarcado una persona que venia en los mismos navíos no se sabe con qué ocasion, y siendo preso; confesó que allí venian otros algunos con intencion de entrar secretamente en Inglaterra, lo cual entendiendo el conde, envió luego dos criados suyos que mirasen en los puertos de la mar qué gente venia.

Toparon con el Padre y sus dos compañeros en un meson, cuatro ó cinco leguas la tierra adentro, en una villa llamada Killam el mismo dia que habian desembarcado; dieron noticia á la justicia, y así, fueron presos y puesto en guarda con mucho cuidado en el mismo lugar donde estuvieron tres dias, hasta que el presidente los mandó llevar presos á la ciudad de Eboraco.

En llegando, fueron llevados delante de él y de los de su Consejo, y haciéndoles algunas preguntas confesaron presto quiénes eran, y así, fueron luego presos en tres diferentes cárceles, y al Padre en particular le pusieron estrechísima guarda, con la cual estuvo preso en aquella ciudad por espacio de dos meses y medio, hasta los 25 de febrero del año siguiente de 1594, en que por mandado de la reina y de su Consejo, fué llevado preso á la ciudad de Lóndres, que dista ochenta leguas de Eboraco.

Estando el P. Enrique preso en esta cárcel de Eboraco, vinieron á disputar con él de las cosas de nuestra religion algunos ministros y predicadores herejes, molestándole, como suelen, más con palabras injuriosas que con argumentos, como el mismo Padre escribió desde la cárcel á otro Padre de la Compañía, llamado Ricardo, el cual, con particular providencia de nuestro Señor, andaba por entónces en aquellas partes, ordenándolo así Su Divina Majestad para dar algun consuelo á este siervo suyo, dándoles á los dos modo de comunicarse por cartas el uno al otro.

Habiendo el P. Ricardo, que estaba libre, escrito una carta al P. Enrique, sin firma para que no se descubriese, respondióle el P. Enrique otra que me pareció poner aquí, que dice de esta manera:

«Aunque en la de V. R. no viene nombre ninguno, con todo eso veo bien que es de amigo y amigo en armas; y así, he recibido grandísima consolacion con sus palabras. Si pudiese conferir con V. R. algunas cosas mias, me seria de grandísimo contento, mas por cartas puedo decir muy poco.

»Encomiéndome, Padre carísimo, en las santas oraciones de V. R. y en las de los demás Hermanos nuestros y amigos en Jesucristo nuestro Señor.

»Lo que se ha de hacer de mí no lo sé hasta ahora. Mas todo es uno, ayudándome Dios con su divina gracia, que está en todas partes y lugares sep-

tentrionales, australes, orientales y occidentales, y las alas de su proteccion y amparo se extienden á todos los lugares donde están los que le sirven, y reverencian, y hacen profesion de glorificar y honrar á su santísimo y precio-sisimo nombre.

»Así, confío que será glorificado en mí, así en la vida como en la muerte. *Qui coepit perficiet; vivere mihi Christus est, et mori lucrum.*

»Vienen algunos á disputar conmigo, más con gritos y voces que con pa-abras y argumentos. No puedo pasar más adelante, *custos adest.* Al Angel ustodio nuestro, y á toda la córte celestial, y á nuestro Señor Jesucristo ncomiendo á V. R.; *memento mei.*»

Esto pasó en la cárcel de Eboraco al principio de la prision del Padre; pero endo avisado el Consejo real de Lóndres de esta prision y de la importan-a del preso, y que era hombre docto, noble y de grande juicio, y jesuita, que habia venido de España, y visto al rey, y vivido con Personio, y que itaba fuerte y determinado en la defensa de su religion, y que no descu-ia cosas de Estado, como ellos deseaban; dieron parte del negocio á la ina que vivia con grandes sospechas y miedos de los sacerdotes que salen : los seminarios, y particularmente de los jesuitas, y así, se determinó de viar á Eboraco un hombre de propósito para examinar al Padre con más tificio y cuidado.

Este era el Prefecto de los tormentos, llamado Toplifo, hombre bárbaro :ruelísimo, el cual algunos meses antes en los exámenes y tormentos del Roberto Suthuelo, habia excedido tanto la comision que tenia del Conse-en atormentar y calumniar al mártir, que, averiguadas despues las cosas r los deudos del Padre, que eran gente de autoridad y algunos siguen á nisma reina, fué Toplifo echado en la cárcel y privado del oficio de comi-io y juez; pero con esta ocasion de la nueva prision del P. Enrique fué sa-lo y enviado otra vez con comision de examinarle, aunque no con tanta oridad como de primero habia tenido, sino con título sólamente de síndi-y descubridor.

## III

### *Exámenes que le hicieron en la cárcel.*

legado Toplifo á la ciudad de Eboraco, trató con el conde Huntington, era presidente y gobernador (como se ha dicho), la manera que se habia ener en el exámen del P. Valpolo.

arecióles que seria bien primero tratar el negocio por vía de blandura y

persuasion, y así, le aconsejaron que él mismo escribiese una confesion general de toda su vida, y le dieron papel y tinta para ello.

Tambien enviaron algunos teólogos suyos á disputar con él áun más apretadamente; pero mostrando grande ignorancia y quedando confusos, animóse el Padre á escribir un tratado dirigido al mismo presidente y á los de su Consejo sobre las palabras de Cristo: *Cavete vobis á falsis prophetis*, amonestando á ellos y á todos que se guardasen de sus teólogos y profetas herejes, pues no sabian lo que enseñaban.

De todas estas y otras cosas que pasaban da cuenta el mismo Padre en una carta suya que escribió al P. Ricardo, de quien arriba hicimos mencion, el cual de cuándo en cuándo le iba tambien escribiendo, que fué grandísimo consuelo para el preso, porque por este medio venia á entender algo del estado de las cosas de Inglaterra y de los católicos, aunque mucho más le importara (como le escribió el Padre) si hubiera podido hablarle, para guiarse mejor en los exámenes y conferencias con los herejes; pero, no pudiendo ser aquello, agradeció mucho á nuestro Señor este otro consuelo, reconociendo los muchos beneficios que recibia de su bendita mano; y así, en una carta escribió al P. Ricardo las palabras siguientes:

«Las de V. R. me son de gratísima consolacion, y la presencia suya de una hora seria de más momento de lo que puedo escribir, para mejor tratar con estos adversarios; mas lo que es imposible á los hombres es muy fácil á nuestro Señor, y así, espero que lo que en esto me falta, suplirá mi dulce Jesus y Señor por otros medios, cuya celestial consolacion y asistencia he hasta ahora hallado prontísima en las mayores necesidades, y lo mismo estoy bien seguro que será siempre, pues el amor con que nos ama es sempiterno.

»Querer escribir todo lo que me ha pasado por acá con los contrarios, seria nunca acabar y era necesario mucho tiempo.

»En mi exámen he dado por escrito un largo discurso de toda mi vida en los reinos de esotra parte del mar y tierras donde he estado y de todas mis acciones é intenciones, afirmando que todas eran para glorificar sólamente á Dios y aumentar la santa fe católica, con el cual ánimo dije que me determiné de tornar á mi patria, deseando grandemente de volver católicos, no sólo á todo el pueblo y reino, pero áun mucho más á la misma reina y á toda la nobleza de Inglaterra; y así, hice protestacion pública que me esforzaria de hacerlo en todas ocasiones con la gracia del Señor.

»A las cuestiones y preguntas que tocaban á otros, me excusé de responder, aunque me dijo Toplifo que, cuando estuviese en sus cárceles de Briduelo y la torre de Lóndres, donde tiene sus tormentos aparejados, haria que yo lo dijese y respondiese á todo.



Yo le respondí que no permitiria Dios nuestro Señor que yo por ningun
iento hiciese cosa alguna contra Su Divina Majestad, ó contra mi concien-
ó contra la justicia é inocencia de otros.
He tenido muchas cuestiones y argumentos con muchos herejes; y cre-
lo que habia de ser juzgado y sentenciado en las Córtes pasadas de esta
ad, envié todas las conferencias y disputas, que tuve con los ministros,
esidente, por cuya comision se me ha dado papel para escribirlas.
Envié tambien con ellas un largo discurso, por el cual avisaba á todos
se guardasen de falsos profetas y comenzasen á oir de veras á la santa
ia, á la Esposa del Rey, á la Casa, á la Heredad y á la Ciudad de Cristo
ador nuestro.
Uno de los ministros se quejó de mí al presidente, porque me atreví á
semejantes razones por escrito; pero no las supo refutar, y verdadera-
e me parece que quedan muy confusos. Bendito sea Jesus: *Qui dat os
ienti, cui non possunt resistere sapientes.*
Deseo mucho tener algun libro ó un par de ellos por algunas horas, mas,
los pudiera haber, Jesus nuestro Dios y Señor está presente, que es eter-
ibiduría; suplíquele V. R. que me ayude siempre y que todo sea para su
ı.
n gran manera me espanto que mi bajeza se avecina tanto á la corona
iartirio, como me dicen; mas estoy cierto que la sangre de mi bendití-
Redentor y Salvador, y su dulcísimo amor me puede hacer digno de
*t omnia possum in eo, qui me confortat.*
. R., Padre amantísimo, es el que está en la batalla, y yo estoy ocioso
ando el real; mas, con todo eso, el santo rey David nos hace las ganan
guales; y el amor, caridad y conjuncion que en Jesucristo nuestro Se-
os junta, nos hace participantes á unos de los méritos de los otros, y
es podrán ser más unidos y hermanados entre sí, que nosotros dos,
*gregati sumus in hoc ministerium simul,* como V. R. ve?
eguntóme el presidente quién era Superior de los de la Compañía en
eino, si era éste ó el otro ó quién; mas Toplifo respondió que sabia
uién era Superior, y lo nombró.
iego mucho á V. R. que haga de manera que esta carta sea comun á
igos, que á cada uno de ellos deseo dar á mí mismo, y muy en parti-
i todos los carísimos Padres y Hermanos nuestros de la Compañía de
sto Jesus, en cuyas oraciones, trabajos y sacrificios tengo parte y
esperanza.
ra mediada cuaresma espero que se resolverá de mí *in vitam, vel in
n;* pues volverán á tener aquí córtes, y entre tanto tengo tiempo muy

aparejado para ayudarme y con buen ánimo esperar todo lo que la Majestad de nuestro Señor será servido que se haga de mí.

»Ruego á V. R. que junte sus oraciones santas con las pobres flacas mias, para que pueda yo caminar dignamente conforme á la santa y alta profesion y nombre que tengo, como confío en la misericordia de nuestro Señor que me lo concederá, y no mirará tanto á mis muchas imperfecciones, cuanto á los fervorosos trabajos, oraciones y santos sacrificios de tantos Padres y Hermanos mios, siervos suyos, que se emplean en el mundo en su santo servicio.

»Espero en los merecimientos de mi dulcísimo Salvador y Señor que, vivo ó muerto, estaré siempre aparejado para glorificarle, de donde me vendrá á mi eterno bien.

»Si mi indignidad y poco merecimiento detiene mi corona por ahora, me esforzaré de servirle con más cuidado para ganarla despues; y si su misericordia en este tiempo me la dá, lavaré mis vestiduras *in sanguine agni*, y así, espero le seguiré vestido de blanco.

»Deseo el consejo de V. R. y sus cartas, cuando se pudiere, y en particular oraciones siempre; y así, encomiendo á V. R., mi dulcísimo Padre, á la proteccion de toda la córte celestial, y á los ángeles, y santos, y á la gloriosísima Vírgen, y á nuestro Señor Jesucristo, el cual bendiga á V. R. y á todos los trabajos que toma á gloria de la Santísima Trinidad.

»He confesado en mi exámen que he trabajado por el aumento de los seminarios de España y por el de San-Omer, y lo haria ahora con más diligencia y cuidado, si tuviera tiempo opurtuno; y que dí muchas gracias á la majestad del piadosísimo rey Católico por la grande merced y favor que ha hecho al seminario de San-Omer; y que truje carta al gobernador de Flandes y al seminario, para este efecto; todo esto confesé llanamente.

»Por la gracia de Dios he confesado tambien que mis oraciones han sido todas enderezadas siempre á hacer bien á todos y mal á ninguno, á procurar paz entre todos, á dilatar nuestra santa fe católica y el reino de Cristo con todas mis fuerzas.

»Esta es la suma de mi confesion general que al presidente y á Toplifo dí por escrito y firmada de mi mano.

»Preguntáronme, entre otras preguntas, si por ventura el Papa se resolviese de hacer guerra á Inglaterra, qué haria yo; respondí que las circunstancias que entónces ocurriesen me darian más luz, y que en tal caso recurriria á Dios nuestro Señor y le pediria consejo, y que pensaria bien en el negocio antes que me metiese en cosas de guerra. *Haec et huiusmodi de quibus postea.* Jesus sea con V. R. siempre. *Oremus inuicem.*»

ɔues que el mártir habia enviado esta carta al P. Ricardo, le vino un
ero con cartas de unos amigos católicos, por las cuales le daban á
er por cosa cierta que tenian suficientes medios para secretamente li-
de la prision, y que no faltaba más, para ponerlo en ejecucion, que sólo
sentimiento, el cual el Padre no quiso en modo ninguno dar; pues, fuera
gusto que mostraba de que le quitasen por esta vía la ocasion del mar-
eia tambien muchos y grandes inconvenientes que de ello se seguirian.
todo esto, por no parecer que hacia poco caso del ofrecimiento de ta-
gos, y por satisfacer á la importunidad de alguna gente principal que
:dio proponia, se resolvió de remitir la determinacion del caso al
rdo, pues no tenia lugar de consultarlo con otro Superior.
ó luego el mismo mensajero con las cartas que traia al dicho P. Ri-
el cual, aunque angustiado algo con la priesa que le daban en una cosa
a importancia; todavía, habiendo bien considerado el negocio y enco-
lole á Dios nuestro Señor, se resolvió que en ninguna manera con-
acer ni intentar tal cosa, alegando para esto las razones siguientes.
imera, que aunque la cosa en sí era lícita, con todo eso el quedarse
ı de gran virtud y merecimiento y manifiestamente de grande gloria
; y no viéndose igual gloria suya en huir, ántes la huida pareceria se-
olver las espaldas al Señor y á la corona del martirio, y podia ser de
scándalo á otros y ejemplo para que en semejantes trances las ove-
sen grande temor á la muerte, é hiciesen lo mismo, viendo á su Pas-
sarla y huir estando tan cerca de ella.
de esto, decia que no se podia creer que le saldria cierta y segura
y que podria ser que de nuevo fuese con muy grande ignominia
cual era más cierto que el poderse salvar.
ıente, lo que era de mayor momento y consideracion, era dar oca-
con su huida hiciesen los herejes grandísima inquisicion y diligen-
ɔdo el reino, por lo cual podria suceder que en lugar de uno mu-
esta vía viniesen á manos de los ministros, y estos, por ventura, más
nénos esforzados que él.
azones las escribió el P. Ricardo, á las cuales el P. Valpolo respon-
guientes: «Recibí la de V. R. y el consejo que por ella me da tomo
uena gana como de mano de Dios nuestro Señor.
antes razones se me habian á mí ofrecido, pero propuse la cosa á
ımente para dar satisfaccion á otros, conociendo muy bien el es-
ıuestra Compañía en semejantes consultas, cuya direccion procuro
*ım in manifestis,* cuando puedo, aunque no haya mucha duda, sien-
ɔráculo de nuestro Cristo Jesus.

mente que me mande dar algun tiempo quieto para poderlo hacer, y qu
me inquieten ni me interrumpan.»

Con esta carta se movió el presidente á tratarlo áun más cortésmente
algunos dias, y permitirle algunos libros, y papel, y tinta; y así, escribió
tratados, el uno intitulado: *Attendite a falsis Prophetis*, y el otro *De la
racion é invocacion de los Santos;* este postrero tratado agradó y cont
mucho al presidente.

De los otros tratados que prometió no se sabe cosa alguna hasta al
puede ser que fuese impedido en proseguir, por haberle enviado á Lón
como luego se dirá.

Algunos dias despues, oyendo el conde y Toplifo que el Padre iba ga
do opinion de hombre prudente y letrado con los tratados que escribia y
las disputas y conferencias que habia tenido con los ministros, y más,
muchos eran ya de parecer que estaba inocente de las cosas que solian h
cargo á otros sacerdotes, de que revuelven la república y tratan materia
estudio; parecióles que seria bien usar del mismo artificio que usaron
fariseos con Cristo nuestro Señor, que es cogerle en las palabras.

Por esto, fuera de todo lo que antes le habian preguntado de palabra a
ca de cosas que le podian perjudicar, á las cuales él habia respondido c
mente con toda verdad y sinceridad, le enviaron de nuevo siete artíc
mandándole que respondiese á ellos y diese firmado de su nombre lo
respondia, y así lo hizo, que fueron los que se siguen con sus respuestas:

«Decid cuándo os partísteis de este reino y si para esto tuvísteis lice
Habrá doce años que me partí del reino, y la causa fué para gozar y ten
uso de los Sacramentos y libertad de mi conciencia para vivir cristiana y
tólicamente; y estando ya yo persuadido de la verdad y sinceridad de
católica, no me curé de pedir licencia para usar de ella.

»¿Dónde fuistes primeramente y hasta dónde llegaste, y quiénes fueron
vuestra compañía? Fuíme sin compañía ninguna, haciendo mi viaje con
sonas desconocidas, las cuales encontré yendo á la villa de Castelnneno
esta misma provincia eboracense, y allí me embarqué para Averdegracia
Francia, no habiendo en el navío más que marineros, á los cuales no m
festé que era católico hasta que llegué á Francia.

»¿Dónde habeis vivido despues que llegastes de esa otra parte del ma
mayor parte del tiempo, hasta vuestra vuelta á este reino, y adónde os
beis empleado cada mes y año, despues que estais fuera de Inglaterra?
tuve muy poco en Roan y en París de Francia, de donde me partí á R
adonde estudié cerca de un año Teología, y despues en Roma casi
tanto, hasta que entré en la Compañía de Jesus, en la cual por espacio d

ıdí totalmente á la oracion mental y á los ejercicios humildes de la ıcion debajo del gobierno de mi Maestro espiritual.
I fin de año caí en una enfermedad de estómago y mal de pecho, por ıí de mi General, el P. Claudio Aquaviva, enviado fuera de Roma á : un colegio de nuestra Compañía que hay en Pont-Muson, del cual do á Verdun, adonde en una casa de probacion (como nosotros la s) que allí hay, estuve otro año con los novicios, debajo de la disci- otro Maestro espiritual.
ıte tiempo recobré la salud y me tornó á enviar la santa obediencia uson, adonde estudié Teología otros dos ó tres años; despues de lo iéndome ordenado de Epístola en Metz, fuí enviado á Flandes, y en ›, en París me ordenaron de Evangelio y de Misa.
é á la córte de Bruselas de Flandes, donde la obediencia me envia- ›ir confesiones en italiano, inglés, español y francés; y estando en acion, fuí llamado de mi Provincial á Tornay, adonde tuve otro ter- e probacion, atendiendo al recogimiento de mi alma y á la oracion ;gun el uso y costumbre de nuestra Compañía.
ıdo este año, me señalaron por confesor de nuestro colegio de Bru- ues, por órden de nuestro R. P. General, á instancia del P. Perso- enviado á España.
: en Sevilla en la Casa Profesa de nuestra Compañía y en el semi- ės, que allí hay, como dos meses, de donde me enviaron á Vallado- l colegio inglés de aquella villa fuí Ministro seis ó siete meses.
es de esto, fuí enviado á la córte á procurar algunas cartas de favor eccion y fundacion del seminario de San-Omer, y con cartas del o que llevaba para uno de los del Consejo de Estado del rey Ca- ra otros personajes.
ıudiencia muy grata de S. M., y habiéndole dado las gracias por es que al dicho seminario hacia, con su licencia y con cartas su- Flandes, donde las dí al gobernador y magistrados y solicité la del dicho seminario juntamente con la ayuda de otros Padres de mpañía, y de allí, finalmente, he venido á Inglaterra.
:on quién habeis tratado todo este tiempo y cómo se llamaban, así la nacion inglesa como de cualquiera otra, sean hombres ó mu-

ʻersacion con personas fuera de mi religion durante el tiempo de on y estudios fué muy poca ó ninguna, sino sólamente con los de npañía; despues conversé un poco más, principalmente con los nuestros colegios ingleses.

»Cuanto á los seglares, la mayor conversacion era con aquellos que se co-
fesaban conmigo, aunque eran pocos los que hallé de nuestra nacion, per
esto todo brevemente, porque las reglas, órdenes y ejercicios de nuestros co-
legios nos permiten poco tiempo para poder hablar, y, por lo ordinario, m
son salutaciones ó breves visitas, que largas pláticas.

»Cuanto á forasteros de otras naciones, no he tenido con ellos familiarid
alguna ni ordinaria comunicacion, sino algunas veces que he sido intérpre
por algunos que no sabian la lengua; fuera de esto, he ido á visitar los enc
celados y enfermos de diferentes naciones.

»¿A qué fin y propósito han sido enderezadas las pláticas y consultas vue
tras en las partes de allende el mar y con qué personas?

»Mis pláticas y consultas han sido enderezas al mismo fin á que toda
vida, que es á buscar en todo la mayor gloria de Dios nuestro Señor y bie
de los prójimos, para lo cual he usado de todos los medios que se me h
ofrecido, buscando oportunidad de dar á todos cuanto podia de consuelo
bien y todo el socorro que me era posible; de tal manera, que á los protesta
tes de la nueva religion me esforzaba de enderezarlos y encaminarlos á la
católica; á los discordes procuraba de unir siempre y hacer paces con tod
con todas mis fuerzas, teniendo por una gran misericordia de Dios nue
Señor para mi alma poder hacer bien á todo género de gente.

»Finalmente, aunque yo haya sido siempre malo y flaco y lleno de imp
fecciones, pero con mis oraciones, deseos, propósitos y ejercicios he desea
inclinar y atraer á todos los hombres, por todas las maneras que me han sid
posibles, al conocimiento, amor y servicio de Dios nuestro Criador y Seño
último fin y bien de todos.

»Por lo cual he juzgado y tenido siempre por mejores aquellos medios qu
son más espírituales, suaves y conformes á la vocacion á que Dios me h
llamado, y segun ellos me he empleado siempre de buena gana y me empl
ria toda mi vida por el mayor bien espiritual y temporal de mi amada y du
patria, de la cual no soy enemigo ni contrario, sino que la amo con el af
to y amor natural que debe un fidelísimo hijo y ciudadano suyo, prefirié
dola en este amor á todos los demás reinos del mundo en todas las cosas
las cuales no se mezcla ofensa ó deshonra de Dios nuestro Señor.

»¿De quién, y por qué medio, y de qué personas particulares habeis to
do avisos, mensajes ó direcciones para tratar de cosa alguna en este rei
despues que entrásteis en él?

»Mi direccion fué principal y casi sólamente del P. Personio. En lo q
toca á mis idas á las córtes de España y Flandes y venir aquí á Inglate
como ya tengo dicho, no he tenido mensajero para cosa alguna de mom

ıinguna parte, sino sólamente algunas encomiendas que los amigos de
í me han enviado.
quién veníades enderezado, á qué personas, hombres ó mujeres, y cómo
ıan? ¿á qué lugares veníades y por qué causa érades enviado despues
trástes?
:rando yo en el reino, habia de preguntar en las cárceles por algunos
ıstra Compañía, por medio de los cuales me habia de juntar con mi
ır, del cual habia de tomar direccion y órden para quedarme y ocu-
porque nuestro intento y deseo es procurar hacer bien á todos por
dios que Dios nos inspirare, preguntando y tomando el consejo de
Superior en las cosas y negocios dudosos.
ıombrar aquí personas particulares para descubrirlas y ponerlas en pe-
ɔ puedo hacerlo con buena conciencia, ni es justo que mis hermanos
licos, que viven conmigo en la union de la Iglesia católica, padezcan
causa.
esto, así como estoy prontísimo para hacer por mi patria todo el be-
buen oficio y servicio que me fuere posible hacer, salva mi concien-
ɔ debe un católico y religioso sacerdote; así tambien, por otra parte,
suelto con la gracia de Dios nuestro Señor, de no hacer jamás lo
ɔ de esto, sino preferir y anteponer siempre la obligacion que se debe
todos cuantos respetos hay en el mundo.»

## IV

*llevado á Lóndres y en las córtes de Eboraco le hacen cargos.*

fueron las respuestas del siervo de Dios, llenas de santidad y piedad
, como se ve por ellas; pero no por eso satisficieron á la malicia de
inadores, y así, procuraron que la reina mandase llevarlo preso á
como fué, y lo llevó Toplifo, tratándole en el camino con grande
dad.
ɔase mucho este Toplifo de llamarse cazador de sacerdotes, dicien-
unque habia sido toda su vida amigo de caza, pero nunca tanto
ónces lo era de caza de sacerdotes romanos.
ambien que era instrumento de la seguridad de la reina, y debia de
ıe volveria por este camino á su gracia.
vado á Lóndres el fervoroso P. Valpolo como famoso traidor; y
r más odioso su negocio y más justificados los tormentos que le
dar, sobornaron algunas personas diabólicas que afirmasen que

por su instigacion se habia de matar á la reina, lo cual era artificio muy orc nario de los herejes, y era tan notoriamente falso, que los mismos enemig suyos no se atrevieron á hacerle cargo de ello despues en su juicio y proces

Llegado el siervo de Dios á Lóndres, le echaron en el castillo que lla man la *torre*, y, fuera de los tormentos crueles que le dieron, en todo lo de más le trataron sin género de piedad, como lo testifica en una carta de veint y tres de octubre del año de mil y quinientos y noventa y cinco, de Lón dres, el Superior de los Padres de la Compañía de Jesus en Inglaterra, en la cual entre otras cosas dice así:

«Fué tratado en la torre de Lóndres el bendito P. Valpolo con grandísima miseria y pobreza, tanto, que el mismo alcaide, con ser un hombre fiero y bárbaro, se movió á preguntar por algunos de los parientes del Padre, y, ha- llándoles, les dijo que estaba en grande y extraordinaria necesidad, sin cama, sin vestidos y sin abrigo ninguno en tiempo de grandísimos y cruelísimos frios, de manera que el mismo enemigo, por sola compasion, le dió un poco de paja para en que durmiese.

»Fuera de esto, dijo una vez el Padre, estando delante del tribunal y Con- sejo, con ocasion de responder á lo que le preguntaban, que habia sido ator- mentado catorce veces, y sábese bien cuán cruel sea un tormento de los que ahora se usan, pues ordinariamente es tenerlos suspensos en el aire seis ó siete horas por las manos, y por causa de ciertos hierros que tienen alrede- dor de ellas, que es como casi un hilo que corta, vienen á derramar en el tormento mucha sangre.

»Colegiráse bien la fuerza de este tormento de lo que esta cuaresma pa- sada aconteció á un lego, llamado Jacome Atkinsono, al cual pusieron en este cruelísimo tormento, para que acusase á su propio amo y á otros católicos y sacerdotes, y tuviéronle tanto en él, que le sacaron por muerto al cabo de muchas horas que lo habia padecido, y dentro de dos murió.

»Este tormento se entiende dieron al buen P. Valpolo, porque le hallaron despues de muerto los dos dedos gruesos mancos y heridos, de manera que no podia usar de ellos de ninguna suerte.

»Son estos crueles hombres ingeniosísimos en hallar nuevos géneros d tormentos jamás usados en aquel reino; y así, con extraordinaria crueldа ejercitan la rabia que contra los católicos tienen, particularmente contra k de la Compañía de Jesus, haciéndoles padecer estos y otros más duros ‹ sufrir que la misma muerte, pero muy propios para mayor corona.»

Hasta aquí son palabras de aquel P. Superior de la Compañía de Jesu que estaba en Inglaterra.

Detuvieron al P. Valpolo en estos ejercicios de suma paciencia en el ca

ɛ Lóndres casi un año; y no pudiendo sacar nada de él á su gusto, se ıeron de volverle á Eboraco, para que en el tiempo de unas Córtes que habian de hacer, fuese en ellas con mayor solemnidad condenado á e, como hicieron á nuestro Salvador los judíos en las grandes fiestas de cua del cordero en Jerusalen.

descansó más el fervoroso Padre en esta vuelta que habia descansado ida y detenimiento en Lóndres; y parece que le era ya de tanto gusto lecer por su Señor, que no queria otro regalo: así lo escribió el mismo Superior que habemos dicho, en aquella carta de los 23 de octubre, do así:

ɔlvieron, pues, á nuestro Padre á Eboraco, para que fuese presentado ıella universal junta y Córtes que allí se habian de tener mediada cua-, y no quiso jamás en todo el camino acostarse en cama, ni áun repo-ɔre ella para alivio del trabajo del camino; así, su reposo era sobre la la tierra.

:gado, pues, á Eboraco, fué puesto en la prision, donde estuvo mu-ias hasta que los jueces vinieron á las Córtes.

nia en la cárcel sola una pobre estera de tres piés de largo, sobre la ıcia oracion de rodillas gran parte de la noche, y, cuando dormia, era :l suelo: fuera de la larga oracion que de noche tenia, y en que gas-mayor parte de ella, se ocupaba no poco en hacer versos en lengua, en que tenia particular talento y gracia; y así, habia hecho an-se partiese de este reino una obra en verso sobre el martirio del piano, la cual agradó tanto á todos, que no sabiéndose el autor, ) el Consejo á un gentil hombre que la publicó, á que le cortasen ıs y á cárcel perpetua, en la cual murió devotamente al cabo de algu-s.»

ı aquí son palabras de aquel Padre.

ɔe tambien el mismo que, estándose aguardando la venida de los ara sentenciarlo, vinieron unos herejes letrados para disputar con él, ellos vino el hijo del Arzobispo de Eboraco, llamado Sandes, que tudiado su Teología al modo de ellos, y con grande ostentacion oró cio de hora y cuarto en alabanzas de sus herejías y reprobacion de ın católica, al cual el Padre escuchó con mucha paciencia hasta aca-ego con maravilloso método, y grande elocuencia, y eficacia de pa-fué refutando punto por punto todo cuanto habia dicho, tanto, que :ro, admirado de lo que oia, dijo con juramento que aquel hombre te-ofundo entendimiento, y que no se ganaba nada en disputar con despues de haber gastado un dia entero con él, se fueron.

Siguiéronse luego las Córtes, á tres de abril, en las cuales fué condenado á muerte el P. Valpolo de la manera que aquí se dirá.

Los jueces que habian sido enviados por la reina para presidir en estas Córtes eran tres, que se llamaban Beamonte, Hillardo y Elvino, los cuales, viniendo con grande autoridad vestidos de sus ropas parlamentales de grana, conforme á la costumbre del reino, se sentaron en el tablado que para esto estaba hecho, acompañados del conde de Huntington, que, como habemos dicho, era el presidente y gobernador general, y del vizconde gobernador particular de aquella provincia, y de todos los señores de título, y de los que llaman justiciarios, y de mucho número de letrados, y de los oficiales de la justicia y de la corona.

Sentados todos, estando grande multitud de gente á la vista, mandaron que se les presentasen al P. Valpolo, el cual fué llevado á este juicio cargado de grillos y cadenas en medio de muchos ladrones y malhechores para mayor deshonra y confusion suya, y sentenciado á muerte con ellos, como se hizo con su Dios y Señor Jesucristo.

Luego que pareció el Padre delante de este tribunal, le llamó por su nombre propio con voz alta el secretario de las Córtes, diciendo: «Enrique Valpolo, alzad la mano,» que es principio ordinario de la forma del juicio público en Inglaterra, para que todos los presentes lo vean, y particularmente los jueces, y asesores, y los doce jurados, los cuales, conforme á la usanza de aquel reino, han de juzgar y sentenciar el hecho de que es acusado el reo, dejando á los jueces, que son letrados, el mirar el derecho: por esta causa están los dichos doce gentiles hombres señalados y juramentados presentes, para que oigan todo el proceso y vean los testigos y otras probanzas que hay contra el acusado, para que luego despues juntándose, pronuncien la sentencia de si es culpado ó no en lo que se le opone. El siervo de Dios obedeció luego el mandado del secretario, y hecha primero la señal de la santa cruz, con que los herejes se ofendieron algo, alzó la mano.

Entónces el secretario, callando todos por un pregon que para ello se dió, declaró la acusacion del Padre con estas palabras: «Sois acusado, Enrique Valpolo, de que, siendo inglés de nacion, nacido en la provincia de Norfolcia de este reino, vasallo de la majestad excelentísima y soberana de la nuestra reina y señora Isabela, hijo mayor heredero de vuestro padre; os partísteis de este reino allende el mar, y allí fuísteis ordenado de sacerdote por autoridad de la Sede romana, y despues, como traidor y enemigo del reino y de la majestad de la reina, tornastes á Inglaterra contra las leyes del reino y fuistes á la villa de Killan, donde os prendieron. Decid si sois culpado de estas traiciones y delitos de lesa majestad.»

espondió el Padre que de ninguna traicion ó delito de lesa majestad era
ado: replicó el secretario conforme á la usanza y forma de aquel tribu-
«¿A quién os remitís en esto?» aguardando á que respondiese el Padre
o suelen los demás reos, que se remitia á Dios y á la patria, es á saber,
ellos doce jurados, cuanto á la averiguacion del hecho, y á los jueces y
ores para determinar el derecho, como se dijo.
ero el Padre, sabiendo bien la injusticia que le habian de hacer los unos
s otros, díjoles que él no veia allí juez ninguno competente para deter-
ar su causa, pues todos eran legos, y por ser él sacerdote no habia de ser
ado conforme á todo derecho, sino por jueces eclesiásticos.
esto respondió uno de los jueces, llamado Beamonte, y le dijo: «Valpolo,
s conviene refutar esta forma de juicio, pues estais en Inglaterra, sino
os remitais á la patria segun la costumbre de ella, y hallareis equidad
uestro negocio.»
uego el Padre se remitió á Dios y á la patria, y con esto el secretario
á repetir con voz alta la acusacion ya dicha, y luego hizo pregonar con-
e á la costumbre, que si alguna persona tenia que decir contra Enrique
olo, cuya causa se trataba, viniese.
esto salieron dos ó tres letrados del Consejo de la reina, que fueron el
ado, el solicitador y el fiscal, y comenzó el abogado, llamado Sabelo, á
r al Padre en nombre de todos los que eran de la parte de la reina, y
endose á los doce jurados que habian de sentenciar la causa, dijo así:
ste hombre, señores, cuya causa se trata, es sacerdote romano y tam-
s jesuita; y conviene mucho que entiendan bien todos los fieles súbdi-
e este reino y vosotros, señores jurados, para el caso presente esteis
idos que esta secta de jesuitas es una nueva Religion de papistas re-
dos que tienen diversas casas en Italia, Francia y España.
eseo asimismo que se sepa que la Iglesia por muchos años fué gober-
or sacerdotes seglares y despues se levantaron en ella cuatro Religio-
frailes, y últimamente fué instituida ésta de jesuitas, la cual es esti-
mucho de los papistas por los hombres de doctrina y gobierno que
porque, antes de llegar á la profesion, son primero escolares y despues
otes, despues aprobados y últimamente son admitidos por jesuitas
os, siendo ya hombres de grande doctrina y gobierno; y así, como tie-
ucha experiencia, tienen tambien uso en cosas políticas y traiciones.»
ste razonamiento quiso responder el siervo de Dios, mas no le deja-
ometiéndole que despues le escucharian, con lo cual prosiguió Sabe-
jo:
nos por experiencia qué estos hombres han sido escogidos para la

exaltacion del rey de España, y para que se haga monarca del mundo, y traiga todos los reinos y tierras á la religion del Papa; porque ¿quién ha sido causa de los grandes trabajos y calamidades de Irlanda sino los jesuitas? ¿y quién lo ha sido de los domésticos y particulares daños de este reino sino estos hombres de esta Religion? ¿Quién ha instigado al rey de España contra nosotros sino Personio y otros de esta Compañía? ¿Quién ha metido tantas discordias en Flandes sino Holto y otros algunos de estos?

»En Francia se han descubierto muchos de ellos que conspiraban contra el rey, y áun el reino de Escocia no está libre de sus impíos y malvados tratos.

»Habemos sabido tambien cómo, poco ha, estos enemigos y traidores jesuitas procuraban la muerte de nuestra serenísima reina; á la cual Dios guarde y libre. Amen.» Y el pueblo con gritos y aclamaciones dijo: Amen.

»¿La rebelion de las tierras septentrionales, la conspiracion del sacerdote Bailardo, y de sus compañeros, y de la reina de Escocia, ¿no se han comenzado por estos Padres (como los llaman) de la Compañía? ¡Buena Compañía, cierto, instituida á lindo fin de urdir traiciones!

»De esta santa Compañía sois vos, Valpolo, uno; pues, conforme á vuestras confesiones, despues que tomastes cierto grado de letras en nuestra Universidad de Oxonio, fuistes á Francia y despues á Roma, y os hicistes sacerdote y jesuita.

»Habeis tratado en España y en Flandes con hombres de grande fama, con el rey de España, con los de su Consejo, con Personio y otros traidores ingleses, los cuales no habeis querido nombrar.

«En particular fuísteis enviado á Inglaterra á un Padre (como vos le llamais) que está acá y se dice Valleio, mas no habeis querido decir dónde mora.

»De manera, señores jurados, que se puede claramente ver y entender que es un escolar jesuita de importancia, hábil, muy apto para la ejecucion de cualquiera grande empresa de traicion, y no puede negar lo que tengo dicho.

»El mismo ha escrito de su propia mano la mayor parte de ello y confesádolo en diversos tiempos, y para prueba de esto, pido que se lean públicamente sus confesiones.»

Con esto, el secretario leyo las confesiones del siervo de Dios arriba dichas, en las cuales confesó que era sacerdote de la Compañía de Jesus y que habia estado en Francia, Italia y España, y visto al Papa, y hablado con el rey Católico, y que fué enviado de Valladolid por el P. Personio, y que negoció en Flandes por el seminario de San-Omer, y que trató con el P. Holto, inglés, de la Compañía en los Estados de Flandes.

Todas las cuales cosas interpretaban los letrados de la reina en mal senti-

é iban haciendo comentarios sobre cada cosa, para hacer sospechoso y
oso al P. Valpolo con todos, como si todos estos caminos, viajes y tra-
os del Padre hubieran sido para tratar de algunas grandes traiciones.
Consumióse grande parte del dia en esto, sin dejar hablar nada al mártir
Cristo en su descargo ni que otro hablase por él.
Y habiendo muchas veces el siervo de Dios suplicádoles con grande ins-
cia y reverencia que lo oyesen, le interrumpió el juez Hillardo diciéndole:
o es razon, Valpolo, que un traidor tan insigne como vos sois, sea admi-
o á hablar en este auditorio, pues vuestra confesion, que ya hemos oido,
bastante testigo para condenaros del crímen de lesa majestad, pues habeis
fesado esto, y esto, y esto,» y repitió con grande enojo todos los capítu-
que el abogado Sabelo habia tocado del Papa, del rey de España, de
sonio, de Holto, de los seminarios, de las malas intenciones y obras de
jesuitas; concluyendo su razonamiento con decir, que sin más prueba ni
cargo podia ser condenado.
Replicó el siervo de Dios que á ningun ladron ó malhechor, por gravísi-
que fuese, se negaba audiencia cuando se trataba de quitarle la vida y
e la muerte, y que mucho ménos á él se la podian negar no habiendo
no delito ninguno.
A esto respondió el juez Beamonte, que bien podia dar su descargo, pero
fuese con mucha brevedad, pues no podian detenerse mucho en su ne-
o habiendo de sentenciar á otros tambien aquel mismo dia.
Véome acusado, señores (dijo el Padre), de dos ó tres cosas: lo primero
ue soy sacerdote, ordenado por autoridad de la Sede Romana; lo segun-
ue soy jesuita, ó de la Compañía de Jesus; lo tercero que he tornado á
patria para ejercitar los ministerios ordinarios de estas dos vocaciones,
es ganar almas para Dios.
Yo mostraré que ninguna de estas tres cosas puede ser traicion ni crímen
*e maiestatis;* no el sacerdocio, que es una dignidad y oficio instituido de
o nuestro Señor y dado á sus Apóstoles, que fueron sacerdotes, y asi-
no lo fueron los santos Padres y Doctores de la Iglesia, que convirtieron
truyeron el mundo.
Los que convirtieron nuestra patria á la ley de Cristo fueron tambien
dotes, ni hubiera entre nosotros el dia de hoy cristiano alguno, sino hu-
sido por haber Dios enviado sacerdotes para que trajesen á este reino
: del Evangelio; luego el ser sacerdote no es ser traidor.»
Es verdad (dijo el juez Beamonte) que ser sacerdote ó jesuita no es trai-
mas haber vos venido al reino contra las leyes de él, os hace traidor.»
Ningun sacerdote (dijo el bendito mártir) por hacer su oficio puede ser

traidor, si el ser sacerdote no lo es,» y con esto gritó y exclamó el pueblo, como si hubiera dicho que repugnaba á un sacerdote ser traidor.

Añadió Beamonte: «Si un sacerdote hiciese alguna maldad contra la persona del príncipe, ¿no seria traidor?» «Su sacerdocio (respondió el Padre) ni seguir los ministerios de su vocacion no le hace traidor; pero si cometiese algun delito ó traicion contraria á su sacerdocio, eso seria otra cosa; mas esto en mi causa no tiene lugar.»

«Vos habeis estado con el rey de España (dijo Beamonte) y habeis tratado y conferido con Personio y otros rebeldes y traidores de este reino, y lo mismo habeis hecho en Flandes con Holto y otros, y habeis tornado á este reino contra las leyes de él, ¿y quereis negar que sois traidor?»

«El conferir ó tratar con alguna persona fuera del reino (dijo el Padre) no puede hacerme traidor mientras no se prueba que tratamos de traiciones; ni tornar á mi patria natural puede imputárseme por crímen de lesa majestad si la causa de mi venida no es para hacer mal ni al reino ni al príncipe.»

«Nuestra ley ordena (dijo Beamonte) que el sacerdote que volviere de esotra parte de la mar y no se presentase á la justicia dentro de tres dias, para hacer la sumision acostumbrada á la majestad de la reina en cosas de la religion, sea tenido por traidor.»

«Luego yo soy libre (dijo el Padre), pues la justicia me prendió dentro de un dia natural despues que llegué á Inglaterra.»

Con esto, hubo ruido entre la gente, porque algunos se reian, otros se enojaban, y parece que Beamonte quedaba algo confuso, de manera que el tercero juez Elbino quiso sacar al compañero del lodo y acabar el negocio, diciendo que todo esto era rodeo, y que lo más breve era preguntar al traidor si estaba aparejado para hacer la sumision á la reina en cosas de la religion que la ley de Inglaterra manda, que es abjurar al Papa y reconocer por cabeza á la reina; y así, le preguntó si queria hacerlo.

Respondió el Padre que no conocia las leyes que habian hecho en Inglaterra en el tiempo que él habia estado ausente, ni qué sumision era aquella que le pedian; que lo que él bien sabia era, que ninguna ley que no es conforme á la ley de Dios, obliga á nadie, y que las sumisiones á los príncipes, si no miraban en primer lugar la sumision verdadera á Dios nuestro Señor, no eran sino lisonjas, y que así, era menester ver y examinar lo que habia de prometer, y añadió:

«Vosotros, señores, estais al presente asentados en juicio como hombres, y juzgais como tales, siendo sujetos á yerro y pasion; mas entended ciertamente que hay un Juez soberano, el cual juzgará rectamente, al cual en todo

›or todo debemos obedecer en primer lugar, y despues á los legítimos ıcipes en todas las cosas lícitas y no más.»
ı esto dijo el presidente: «Grande favor se os hace, Valpolo, pues tenien- :ontra vos cosas tan graves y claras de traicion, pláticas y conspiracio- con las personas sobredichas, las dejamos todas y tratamos con vos tan rablemente, que os ofrecemos el beneficio de la ley, si quereis hacer la ision que manda la misma ley, la cual si no quereis aceptar, conviene se proceda contra vos, dándoos el castigo que señala la dicha ley.»
l mártir respondió: «No hay cosa en la cual muy de buena gana no me :e, señores, como no sea contraria á Dios. Mas Su Divina Majestad no ıita que yo haga acto, por mínimo que sea, en su deshonor, ni V. S. me ıada á hacerlo.
:uanto á la reina todos los dias suplico á Dios nuestro Señor que la eche :ndicion con su santo espíritu; que la conceda gracia para hacer aque ıe debe en este mundo para que despues en la otra vida goce tambien gloria eterna del paraíso; y Dios sabe que á todos los que están aquí :ntes, y particularmentr á los que me acusan y me desean dar la muer- seo como á mí mismo la salud de sus almas y que vivan la verdadera ólica fe, que es el único medio para alcanzar la salvacion.»
:iendo esto el siervo de Dios con grandes veras y con esfuerzo maravi- de espíritu, parecia que enternecia ya á muchos; y así, fué luego inter- ido con varias voces, principalmente del presidente y del juez Beamon- de los letrados de la reina, los cuales, no teniendo ya más que decir y o que era perder tiempo tratar más con él de la submision dicha, te- lo tambien que el pueblo no se le aficionase demasiado con oir estas ras de tan cristiana caridad y ver su paciencia, y que todos los cargos ı traiciones y delitos que tantò sonaban al principio contra él, se redu- . una simple sumision sólamente, en no querer ir á las iglesias de los ıtantes, la cual si él quisiera aceptar le perdonaran de buena gana todo nás (por lo cual se ve tambien evidentemente la verdadera causa de los ıos de todos los demás sacerdotes que en Inglaterra han muerto y :n de esta manera); por estos respetos, pues, dieron priesa á los letrados es para acabar con él; y así, le hicieron una breve recapitulacion de o que habia pasado, haciendo grande fuerza en las cosas que él mismo confesado de su voluntad, que arriba quedan referidas y diciendo:
ı fin, Valpolo, no podeis negar que sois sacerdote y jesuita; que habeis ı con el rey de España; que habeis tratado con nuestros fugitivos y re- ·, como Personio, Holto y otros muchos conocidos por nuestros gran- ıemigos; que habeis venido á Inglaterra con ánimo, como decís, de ha-

cer bien á vuestra patria, que es en realidad de verdad para sacar los súbditos de la religion establecida en este reino y atraerlos á la Sede Romana, que es como vosotros llamais la Iglesia católica, lo cual conforme á nuestras leyes es traicion y crímen de lesa majestad,» y, volviéndose á los doce, dijo:

»Y así, vosotros, señores jurados, habeis en este negocio de considerar estos puntos y no teneis necesidad de otros testimonios para determinar la causa.»

En esto, volviéndose el Padre á los mismos doce jurados, les dijo así: «Caballeros, yo confieso de buena gana que soy sacerdote y que soy de la Compañía de Jesus ó jesuita, como aquí me llaman; que he venido á convertir á mi patria á la fe católica, y atraer los hombres que están en pecado á que hagan penitencia, y esto no lo negaré jamás: estos son oficios propios de mi profesion, y si halláredes otra cosa en mí que no sea oficio de esta vocacion, no quiero favor ninguno; en lo demás haced conforme á vuestras conciencias, de las cuales habeis de dar cuenta á Dios.»

Con esto se partieron los jurados á consultar la sentencia en una sala, pero duró poco la consulta; y así, volviendo presto, pronunciaron que era culpado y reo: lo cual oyendo el mártir, mostró grande contento, dando muchísimas gracias á nuestro Señor y aguardando la última sentencia de los jueces, los cuales no quisieron darla por entónces, sino mandaron volverle á la cárcel; y así, fué llevado con los brazos atados atrás, como suelen hacer con los condenados. Esto sucedió juéves, á tres de abril, y por ser ya tarde, no se hizo más aquel dia.

## V

### *Es sentenciado á muerte y padece martirio.*

El dia siguiente, que fué viérnes, sacaron al mismo tribunal otro sacerdote de los seminarios, llamado Alejandro Realino, natural de la ciudad y Universidad de Oxonio, al cual habian prendido aquellos dias, y usaron con él las mismas ceremonias y circunstancias que habian usado en condenar al Padre Valpolo, leyéndole primero el secretario en voz alta su acusacion de que era sacerdote de los seminarios y que se habia ordenado por autoridad del Obispo romano y no de la reina, y que habia tornado á su patria á pervertir la gente con falsa doctrina, contra las leyes del reino.

En todo respondió el buen sacerdote como habia hecho el P. Valpolo, sino que tardó más en rendirse á ser juzgado por la patria, que es por aquellos doce hombres, instando mucho que los legos no podian juzgar á sacerdotes; y á lo último, viendo que no aprovechaba nada, dijo que, si por fuerza habia

mitir este agravio, á lo ménos no se rçmitia á los doce jurados, pues por la mayor parte hombres ignorantes y no sabian el mal que hacian, que se remitia á la conciencia de los mismos letrados y jueces presen que entendian bien la grande injusticia y agravio que se hacia á los sates de Dios en condenarlos por traidores; pero que querian como Pilavar sus manos y echar los pecados sobre los jurados, instigándoles á nar hombres inocentes, y que no queria que hiciesen esto con él, sino u sangre cayese sobre ellos mismos y no sobre los doce.

esto hubo tantos dares y tomares, que no se pudo acabar el negocio de comer, y pareció que los jueces querian consultar el caso entre sí, lo hicieron.

lviendo al tribunal despues de comer, aunque no pudieron sacar otra esta del sacerdote Alejandro, con todo esto le condenaron á la pena ria, que es á ser ahorcado y hecho cuartos. Esto fué viérnes, á cuatro il, y no se puede decir con cuánta alegría recibió la sentencia.

lia siguiente sacaron otra vez al tablado al P. Valpolo, habiéndole tenrimero en la cárcel si fuese posible que ablandase algo: y, no hallando icion, pronunciaron la última sentencia y se la leyeron: la cual era, que se á la cárcel y se dispusiese para morir, porque el lúnes siguiente haser ahorcado y, antes que espirase, hecho cuartos vivo.

pondió el mártir que de muy buena gana aguardaria aquella dichosa agradeció á los jueces la merced que le habian hecho.

a aquella noche y el dia siguiente se dispuso para morir, con tanto lo de su alma, que los que le venian á ver, que eran muchísimos (poros que están ya condenados á muerte en Inglaterra no se niega esto), ntaban en gran manera de verlo.

e todo se consolaron sumamente entre sí los dos corderos que haser sacrificados por su buen Señor, y se abrazaban estrechamente, y in tanto acabar ya este sacrificio, que les parecia largo el tiempo hasllegase el lúnes de mañana.

), pues, y á buena hora vino la justicia á sacarlos, y el sacerdote Alese ofreció primero para ir y ponerse sobre la rastra ó zarzo sobre el habian de arrastrar hasta la horca, y llegando á la rastra, se echó á la quierda, diciendo: «La derecha se quede para el que es mejor que yo.» o de esta manera echado más de dos horas aguardando la venida alpolo al cual detuvieron, parte por la gran multitud que le venia á parte por algunos ministros y predicadores de los herejes que áun cababan de preguntarle cosas y disputar con él.

lo los ministros su constancia y modestia, y que hablaba de la reina

con mucha humildad y caridad, deseándola bien y rogando á Dios nuestro Señor por ella; uno de ellos fué corriendo á la casa del presidente y le suplicó que detuviese la justicia á lo ménos por aquel dia, quedando los otros con el Padre para persuadirle que aceptase el perdon ó dilacion de la muerte, si se la ofreciesen.

Aunque se entiende que el presidente de buena gana hubiera concedido lo que le se pedia, si hubiera alguna esperanza, por mínima que fuese, de que el mártir aflojaria en algo; pero como no la tenia por lo que con él habia pasado, y tambien porque no estaba en su mano dilatar la ejecucion de la sentencia dada por los jueces, si no fuese con alguna causa ó motivo importante; hizo proponer al Padre esta pregunta: ¿Qué haria él ó aconsejaria que hiciesen otros en Inglaterra, ó por qué rogaria en sus Misas en caso que el Papa descomulgase á la reina, y qué, si la hiciese guerra por la ejecucion de esta sentencia?

A la cual pregunta y á otras semejantes, no queriendo el Padre satisfacerlos en particular, sino decir sólamente que nunca haria cosa ilícita ni contraria á su conciencia, mandó el presidente que se prosiguiese la justicia.

Fué sacado de la cárcel y llevado á la rastra donde estaba, como dijimos, echado ya el buen Alejandro, que más de dos horas le habia aguardado rogando á Dios por él, y edificando al pueblo con sus palabras.

Cuando vió llegar al P. Valpolo, hólgose infinitamente: la tardanza le habia dado alguna pena; pero, llegando el bendito Padre y abrazándose con él, fué el consuelo de entrambos muy grande y comenzaban á darse la enhorabuena el uno al otro.

Los crueles ministros de la justicia, envidiosos de este consuelo que los dos mártires recibian, se lo estorbaron mandándoles que callasen: y, para que no pudiesen proseguir en secreto la santa plática, pusieron al uno al revés del otro, cabeza con piés, poniendo la cabeza del P. Valpolo á los piés del caballo que los arrastraba, donde iban los piés del buen Alejandro, y así los llevaron arrastrando por la ciudad.

Llegados á la horca, hicieron subir primero al sacerdote Alejandro, para causar algun espanto al P. Valpolo.

Viendo el pueblo que besaba Alejandro la horca, y la escalera, y soga con grande devocion, comenzaron á burlar de él; y, sin permitirle decir casi nada, le echaron abajo, y así acabó su vida con el nombre dulcísimo de Jesus en la boca, dándola por su Señor, que primero habia dado la suya por él.

Muerto que fué Alejandro, se le mostraron al P. Valpolo, exhortándole y persuadiéndole que no le siguiese, sino que salvase su vida, pues estaba en su mano; pero, viendo que el mártir atendia poco á lo que decian, sino que

imosamente por la escalera, dieron grandes voces y gritos diciéndo
n cualquier tiempo (antes de la muerte) que quisiese acomodarse en
la voluntad de la reina, ó aceptar el conferir con sus predicadores,
la vida.
pondió que le seria mal acomodamiento ofender á Dios y hacer cosa
ı conciencia; y cuanto á los ministros y predicadores, ya habia con·
disputado con ellos largamente y muchas veces, y sabia bien lo que
ı decir; y así, les rogaba que no le molestasen más en estas cosas,
ıprovechaban.
odo esto no dejaban de entretenerle con muchas preguntas, mostran-
de oirle, porque respondia con gravedad y brevedad y muy á pro·
las cosas que le proponian.
iéndole deseoso de acabar, para mostrar que tenian algun achaque
e muerte, le mandaron que dijese lo que sentia del primado de la
cosas eclesiásticas.
ıdió que ella se lo atribuia á sí misma, pero que él ni lo creia ni lo
buena conciencia conceder.
ndo esto, dijeron que era crímen de lesa majestad, pero todavía le
ue pues habia de morir, muriese en paz y caridad con ellos é hi·
ımente con ellos oracion por su salvacion.
al respondió que, por la gracia y misericordia de Dios, él tenia paz
el mundo y rogaba á Dios por todos, y particularmente por los que
ı la vida; pero que no podia juntarse con ellos á hacer oracion, si
llí algun católico, pues los demás no eran de su comunion; y así
os Sacramentos no le era lícito juntarse con ellos, tampoco en la
ero que él rogaba á nuestro Señor de su parte que los alumbra-
ese á la union de la Iglesia católica, y que viesen el mal estado en
aban y que, volviendo á la verdad, se aprovechasen de la miseri-
Dios mientras tenian tiempo.
e efecto pidió las oraciones de todos los católicos que estaban pre·
a que se juntasen con las suyas en aquel postrero y último fin de
con grandísimo fervor de espíritu levantó los ojos al cielo, y le-
ıntamente las manos como podia, por estar atadas, comenzó el
r y le oyeron con paciencia hasta comenzar el Ave María.
nzándola, por el aborrecimiento que tienen los herejes de esta
ıcion, le interrumpieron á gritos, y le echaron de la escalera abajo,
olgado, y cortando despues la soga, le hicieron cuartos, ejecutan-
ıcia.
nto este espectáculo á los presentes, que no pudieron contener

las lágrimas; y se entiende que ninguna cosa ha sucedido en Inglaterra por muchos años, que haya sido para más gloria de Dios nuestro Señor y estima de la religion católica, que este martirio, particularmente en todas las partes septentrionales de aquel reino.

Esto es lo que del P. Enrique Valpolo escribió el Obispo de Tarazona, Fr. Diego de Yepes, libro V de la *Historia de Inglaterra.* Y conforma con él Felipe Alegambe, en su *Biblioteca.*

P. NIEREMBERG.

## P. FRANCISCO PAGIO

Fué este glorioso Padre inglés de nacion, hijo de padres honrados y ricos de los bienes temporales; criaron á su hijo en la falsa religion que profesaban.

Era de buen natural, despierto, ingenioso, hábil para cualquier negocio, bien apersonado y de tal gracia en todo, que robaba los ojos y el corazon de los que le trataban.

Aprendió las primeras letras con facilidad y salió excelente escribano; y sus padres con designio de que valiese en el siglo y alcanzase puestos de honra y hacienda, le acomodaron con un caballero principal, á quien sirvió de secretario con mucha fidelidad y satisfaccion de su señor, el cual tenia una hija católica y muy devota de la religion cristiana.

Esta se aficionó del secretario, pagada de su buena gracia, habilidad y expediente en los negocios que trataba, y él de la misma manera se aficionó de ella, por ser de muy buenas prendas, así de hermosura como de entendimiento y gracia.

Como vivian de unas puertas adentro, tuvieron ocasion de hablarse, y trataron entre sí de casarse; pero, como ella era tan católica, estaba resuelta de no casarse con persona que no lo fuese; y así, se declaró con él diciéndole: «Yo estimo en mucho vuestra persona y estoy muy pagada de vuestras buenas dotes y gustosa en recibiros por marido; pero hágoos saber que soy católica y tan devota de la fe romana, que estoy certísima es la verdadera y santa fuera de la cual no hay salvacion para el alma; que por ningun caso tomaré por esposo á quien no la profesare. Y por tanto, si quereis casaros con-

lo os falta el ser católico, y si abrazais la fe santa, desde luego me
)r vuestra esposa, y con esta condicion os daré como tal la mano.»
ıs discretas razones respondió con pocas palabras, diciendo: «Yo,
ıunque nací y me crié en la religion anglicana, estimo en tanto vues-
ına, que por ser merecedor de ella, la renunciaré por la romana, y
:go digo que la abrazo, y con esta condicion os doy mano de es-
o resta que me enseñeis esta fe ó me deis maestro de quien pueda
la, en que os ofrezco de poner todo cuidado, para que abreviemos e
»

se holgó la católica doncella de haber ganado para Dios y para sí
e corazon amaba; y, para cumplir su deseo, despues de haberle dado
que tenia de nuesta santa fe católica romana, le envió al P. Juan
Tomsonio, de nuestra Compañía, que andaba encubierto en Lón-
ı que le enseñase.
:e le recibió con grande amor y caricias y le admitió por su discí-
ıландole las horas en que habia de venir á aprender la doctrina ver-
ıe es la luz para caminar al cielo.
le en primer lugar los dogmas de nuestra santa fe; descubrióle los
: que vivian los herejes de toda Inglaterra; instruyóle en las verda-
fe católica; persuadióle el valor de los consejos evangélicos, el ca-
ı perfeccion, que enseña Cristo en ellos, el precio de la margarita
e la virgidad, el mérito de la castidad y la penitencia corporal y
on de la carne con que se guarda.
s de esto pasó al deprecio de las riquezas y dignidades del mundo,
le su inconstancia y vanidad; instruyóle en la oracion y medita-
ole los ejercicios de S. Ignacio nuestro Padre; y con santa sagaci-
á trasladar algunos tratados espirituales, para que con la misma
ebiese el espíritu que contenian y se persuadiese á despreciar todo
y aspirar sólamente á lo celestial y eterno.
mudanza hicieron en el nuevo soldado de Cristo las lecciones que
perimentado maestro; y, como tenia tan buen entendimiento, obran-
a divina, fácilmente se convenció de las verdades católicas, y jun-
movió á ponerlas en ejecucion, despreciando el mundo y todos
sensuales.
ando el premio y valor de la virginidad y la pureza de los santos,
en un ardiente deseo de imitarlos; y el que vino á diligenciar su
, en primer lugar renunció el casamiento, y por consejo del P. Ge-
de la casa en que estaba, no sin voluntad de la doncella que le
do, y, como tan católica, no quiso impedir sus buenos intentos.

Dió de mano asimismo á todas las pretensiones del siglo, así de honra como de hacienda; y trocado en otro hombre, de hereje perseguidor de la Iglesia se convirtió en ministro fidelísimo de Cristo, gastando su vida y su hacienda en sustentar á los católicos, en amparar á los sacerdotes, defender á los encarcelados, servir y consolar á todos: tanto puede un buen maestro con la luz de su buena doctrina y la destreza en enseñarla.

Ejercitándose en estas y semejantes obras nuestro nuevo soldado de Cristo y su maestro el P. Juan Gerardo en confortar y enseñar á los católicos y administrarles los Sacramentos de la Iglesia; como habia tantos con quien ejercitaba en Lóndres estos ministerios, tenian noticia los herejes de lo mucho que obraba en servicio de la Iglesia y de cómo era jesuita, y no cesaban de dia y de noche de hacer diligencias para prenderle.

Al fin, por medio de un criado suyo, á quien sobornaron con dineros, fué descubierto y preso.

Diéronle cruelísimos tormentos para que descubriese los católicos, y despues de penosa cárcel y malos tratamientos, con que no pudieron vencer su constancia, le encerraron en la torre de Lóndres, para ajusticiarle á su tiempo.

Grande fué el dolor y sentimiento de nuestro Francisco con la prision de su santo maestro, y no menor el que tuvo por no poder librarle ó siquiera visitarle, y regalarle, y darle algun consuelo; y como las guardas eran muchas, y era tanto su recelo y el ansia de descubrir á los demás católicos, ni hallaba puerta, ni medio para cumplir su deseo; llevado del amor que tenia á su maestro, andaba á vista de la torre adonde le tenian preso, paseándose cada dia á las orillas del rio, á la parte donde caia la ventana de su aposento.

Miraba de cuándo en cuándo disimuladamente á ella, y cuando se asomaba el Padre, le quitaba el sombrero haciéndole reverencia, á que correspondia su maestro, gustando de ver á su discípulo, estimando las finezas de su amor y las muestras de su obsequio.

Como estas fueron tan continuas, las guardas que estaban en centinela entraron en sospecha, y movidos de los indicios, le prendieron.

Hicieron grandes averiguaciones de quién era, y dónde vivia, y con quién trataba; y como no hallaron la probanza que buscaban y que preguntado negó, y lo mismo hizo su maestro; le dieron por libre y salió de la prision en que habia tenido tanto riesgo, si bien no dejó de costarle su dinero, redimiendo su vejacion á costa de oro y plata, conforme á la costumbre de los herejes, que como no guardan ley con Dios, no la guardan con los hombres.

Habiendo, pues, salido de este riesgo nuestro santo mártir, no por eso se acobardó ni perdió el ánimo ni la devocion que tenia de ayudar y servir á los católicos; ántes, como cuando sueltan un rio detenido corre con mayor

, así, cuando le soltaron, de la prision corrió con mayor fervor á con-
. los católicos y confundir á los herejes.
siderando que, siendo lego y sin letras, no podia disputar con ellos, ni
o ayudar á los fieles en la administracion de los Sacramentos, habien-
ado consejo con los más cuerdos, determinó de pasar á Flandes, y es-
as controversias, y ordenarse de sacerdote para volver á su tierra á pro-
sus intentos.
este tan santo pasó el mar océano, desterrándose de su tierra y pere-
o por la ajena.
landes comunicó con los de la Compañía, refiriéndoles el discurso de
y los intentos con que habia venido, y cómo el P. Juan Gerardo ha-
su maestro y sacádole de las tinieblas de la herejía con la luz de su
, y la prision en que le dejaba con sumo dolor suyo, por no poder
le ella.
'adres le recibieron con mucho amor y le ayudaron y esforzaron en
os propósitos, enseñándole las ciencias y juntamente la virtud, de
sitaba gran caudal para su empresa; y no es menester poco para
á la muerte por el amor de sus hermanos, pues, como dice Cristo,
remo grado de caridad que se puede tener con ellos.
ndo, pues, estudiado con mucho cuidado y diligencia todo lo que sus
juzgaron necesitaba saber para lograr sus intentos, se ordenó de
, y con grande gozo de su alma volvió disimulado á Inglaterra.
en Lóndres y comenzó á confortar á los católicos con admirable fer-
menor elocuencia, declarándoles las verdades católicas y mostrán-
evidencia los errores de las herejías que profesaban.
aba y bautizaba los niños de los católicos; decia Misa en secreto y
a sagrada Comunion y el Viático á los enfermos y la Extremauncion
ritos de la Iglesia, con igual gozo de su alma y consuelo de los
quien era como Padre espiritual y maestro, no reparando en el pe-
manifiesto en que andaba de la vida, ejercitando en medio de la
tanto número de personas estos santos ministerios; pero la caridad
odo lo vence, y á quien escoge para semejantes obras da el caudal
para hacerlas, poniendo en una balanza el oficio y en otra el espí-
fuerzas para cumplirle.
en Lóndres una noble matrona que se llamaba Lina, muy rica de
temporales y mucho más de los espirituales, porque era católica y
e los católicos, de tan grande piedad, que gastaba la mayor parte
enda en sustentarlos, y hacia gruesas limosnas á los de la Compañía.
votísima del P. Gerardo, á quien favoreció en la prision cuanto

pudo, y el Padre la habia encomendado á nuestro Francisco Pagio como á querido hijo suyo, y al mismo Francisco encargado que la sirviese y acudiese con mucho cuidado, como siempre lo hizo; y cuando le vió sacerdote fué grande el gozo que tuvo, y mucho más oyéndole decir Misa en su casa y comulgando de su mano.

Pues como se llegase el dia de la Purificacion de la Santísima Vírgen María, deseando Lina celebrarle con mucha solemnidad, compuso su oratorio rica y curiosamente, previno á nuestro sacerdote para que dijese Misa, convocó muchos católicos para que la oyesen y comulgasen en ella, lo cual hizo con más devocion que cautela; porque, reparando los vecinos en el concurso de la gente, entraron en sospecha y dieron cuenta á la justicia, la cual vino con presteza con grande muchedumbre de gente, y entraron en la casa de repente al tiempo que, revestido el sacerdote, comenzaba la Misa.

Desnudóse de las vestiduras sacerdotales con gran presteza, y disimulándose con el hábito seglar que traia, no fué conocido por sacerdote; ultrajaron el altar y las imágenes, pisaron el ara, robaron los ornamentos y el cáliz, quebraron las cruces y las imágenes.

Prendieron á Lina y á los que pudieron coger de los católicos; el sacerdote se escapó con tal diligencia, que no pudieron hallarle los alguaciles, aunque hicieron las diligencias posibles para ello.

Mas no por esto flaqueó en su santo ejercicio el esforzado soldado de la milicia de Cristo, ántes prosiguió con más fervor, esforzando y consolando á los católicos, en cuya demanda padeció muchos riesgos de la vida, haciendo perpetuamente mortales diligencias los herejes para prenderle.

Como tenia tan en el corazon el amor y doctrina de su primero maestro, el P. Juan Gerardo, con deseo de imitarle en todo, pidió á los Superiores de la Compañía que le recibiesen en ella para seguir las pisadas de su santo maestro.

El Superior le recibió con grande júbilo de su alma por verse religioso de la Compañía de Jesus, á quien confesaba deber el ser de cristiano que tenia.

Trataron luego de enviarle á Flandes, para que tuviese allí su noviciado, y se enterase de las cosas de la Religion, y bebiese su espíritu; pero Dios le conmutó el noviciado de la Compañía de la tierra en el de la Compañía del cielo; porque fué preso de los herejes por católico, y sacerdote, y jesuita, á quien de corazon aborrecen, y condenado por tal á padecer afrentosa muerte.

Sacáronle en un carro con pregones alguaciles y verdugos; y llevado al lugar del suplicio, predicó á todos la verdad católica, persuadiéndoles que no habia salvacion sino en la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, cuya Cabeza es el Papa, Vicario de Cristo.

áronle el razonamiento tirando el carro, y quedando colgado de la le abrió el verdugo el pecho y le sacó el corazon, y luego, hecho cuarpusieron en varias partes, y Dios coronó su alma con el lauro de los :s en el cielo.

istoria trae el P. Alegambe en la segunda parte de su *Martirologio,* y :z autores que la refieren; y despues la escribió el P. Enrique Moro en *'oria de la provincia de Inglaterra*, lib. VI, números 13 y 16.

su dichosa muerte á 29 de abril de 1602.

P. ANDRADE.

## H. DOMINGO COLIN

H. Domingo Colano ó Colin fué irlandés, natural de la villa de Yoroel, puerto de mar en la provincia de Momonia.

el año de 1567. Su padre se llamó Juan Colin y su madre Felícitas nbos nobles, señores de su pueblo, llamado la Branche, y muy señatólicos.

n á su hijo en la fe romana, y pasada la niñez, pasó él, siendo ya , á Francia, en el tiempo de aquella liga que los príncipes y católicos reino hicieron contra los herejes hugonotes y calvinistas. Esto fué 1584 hasta el de 1589.

a guerra fué Domingo Colin no sólo valiente soldado, sino muy se.pitan, no teniendo más de veinte y dos años de edad.

la esta guerra, pasó á España con cartas de recomendacion de lel Aguila, que gobernaba las armas de España en las fronteras de

ıaña se le señaló sueldo competente y digno de su persona, con típitan de la Armada real y con asistencia en la ciudad de la Coruña, noso de Galicia.

uvo ocho años, en que le fué disponiendo nuestro Señor para otra ior milicia, en vida religiosa y en la Compañía de Jesus.

ı este tiempo con raro ejemplo de vida, ejercicios de todas las virtunas y frecuencia de sacramentos; soldado sólo en el nombre, en las en vida perfecta ejemplo y dechado á los muy santos.

Llegó en este tiempo, en que andaba movido por Dios, al Ferrol, el P. T más Vitus, de nuestra Compañía de Jesus, y de su nacion irlandés, varon celo ardiente, y cuya vida y virtudes pide larga historia.

Dióle cuenta de sus deseos y juntamente de haberlos comunicado con gunos religiosos doctos de Sto. Domingo y S. Francisco, y que todos l aprobaron, y cada uno le ofrecia su Religion áun para ser sacerdote, sabiendo él entónces palabra de latin, pero que él se inclinaba con todo afec á la Compañía.

Alabóle el discreto Padre sus deseos, y aconsejóle que entrase para sac dote en alguna de aquellas dos Religiones; porque, como el prudente Pad veia la nobleza del capitan, sus empleos conocidos, sus galas y bizarro tal en que fué sin duda de los más señalados que en aquel tiempo se hallaban España, juzgaba que con dificultad se acomodaria al humilde y trabajoso tado de los legos.

Pero el santo mancebo le satisfizo de manera, que le aseguró que todo deseo era el de la humildad y desprecio.

Representóle el Padre las dificultades de aquel estado muy vivamente, que alentado se ofreció nuestro Domingo.

Detuviéronle un año para probarle más, y viendo su constancia, le avisar que viniese al colegio que tiene en Santiago la Compañía.

Despidióse en la Coruña del Adelantado de Castilla, que estaba allí p general de la armada que iba á Inglaterra, el cual amaba y estimaba muc á nuestro capitan.

Lo mismo hizo de los demás señores y caballeros que iban con el Adela tado, de quien el capitan Colin era muy amigo.

Admiráronse todos de su resolucion.

En fin, acompañado de algunos amigos principales y de sus criados, compuesto con los mejores vestidos y galas que tenia, partió de la Coruña llegó á Santiago.

Allí fué admitido á la Compañía, un mártes á 8 de diciembre de 1598, te niendo de edad treinta y un años.

Antes de vestirle él hábito religioso, estuvo algunos meses en casa con el propio suyo de seglar, sirviendo á los enfermos, que habia entónces muchos heridos de aquella grave pestilencia que afligió á España los años de 1598 y 1599.

Servíales con la humildad, caridad y puntualidad, áun siendo seglar, que si fuera muy antiguo y perfecto religioso.

En este tiempo frecuentaba mucho los Sacramentos, y el dia que comulgaba, no tomaba ninguna recreacion ó alivio, gastándole todo y á sólas con Dios.

l tiempo que entró en casa para ser admitido, repararon los de ella en lo
no que habia reparado el P. Tomás Vitus; porque, viendo su talle, bizar-
galas, nobleza y puestos, temieron que podria ser esto asidero para sa-
: el demonio de la Religion, ó, por lo ménos, de hacer que viviese ménos
ento en aquel humilde estado.
onoció el santo mozo sus pensamientos en sus semblantes, y dijo á to-
estas formales palabras: «Podrá ser que se tema de mí la perseverancia
el estado humilde de Hermano que deseo; pues aseguro á vuestras Pa-
dades que, cuando me viera con las letras que el mejor doctor de la tier-
o escogiera otro, porque para él me llama Dios con eficacia.»
sí lo dijo y cumpliólo tan bien, que no dejó el hábito sino es con la vida,
ta sino por los filos de la espada.
só los dos años de su noviciado en los oficios de su estado con raro
olo de vida y de virtudes. Hizo los votos á 4 de febrero de 1601.
eciόse en este tiempo la jornada en que Felipe III enviaba á Irlanda
de guerra á los afligidos católicos contra los herejes.
ı general D. Juan del Águila; llevó consigo al P. Jacobo Archero, hom-
e todas maneras fervoroso y apostólico, y este por su compañero al
H. Domingo Colin.
ió de Santiago con mucho sentimiento de todos los del colegio, que le
ın tiernamente. Díjoles á la partida que esperaba en Dios padecer mu-
or su causa.
barcóse en la Coruña y llegó á Irlanda. Anduvo siempre en el ejército,
on el concierto en sus ejercicios espirituales y quietud de su alma, como
viera en el más retirado colegio. Era rigurosa su penitencia y mortifi-
; su oracion continua.
aron los enemigos una fortaleza que se llama Dumbuy, en el condado
ey. Halláronse los católicos con poca defensa.
ıba dentro el H. Domingo animándoles, pero, no pudiendo defenderse,
rminaron entregar con algun buen partido.
ıbraron al Hermano para que saliese á tratarlo, y, habiendo los here-
trarios dado palabra de seguridad, cuando le vieron en su poder, como
cosa que más deseaban, echáronle mano faltando á la fe y promesa.
ıella manera, preso y maniatado, le llevaron á una fortaleza de la ciu-
Corke.
lla le tuvieron tres meses, y él hizo allí una vida del cielo, orando, cas-
ı su cuerpo con grandes penitencias, predicando á los herejes.
ó el tiempo de las Córtes, en que se examinan las causas de los pre-
cáronle á la pública audiencia con su hábito religioso, porque lo pidió

así con instancia, para confesar no sólo con palabras, sino tambien con el hábito exterior que era católico, religioso y jesuita, y que aquellas eran las únicas causas de su prision y habian de ser de su muerte.

Era el juez de la causa el general del ejército inglés, virrey de Irlanda, llamado Montioy, de profesion hereje. Procuróle reducir con promesas: ofrecióle la gracia de la reina, una capitanía de caballos y dos de infantes y otros muchos acrecentamientos.

De todo hizo poca cuenta el santo Hermano. Tentáronle por medio de sus parientes, representándole el daño grave que se le seguiria en honra y hacienda si no se rendia. Tampoco tuvieron efecto.

Sentencióle el juez á ahorcar y sacar las entrañas medio vivo, castigo ordinario que usan contra los sacerdotes y religiosos católicos. Aceptó el siervo de Dios la sentencia con sumo gozo de su alma.

Afligiéronle primero en la cárcel, con todo género de penalidades y malos tratamientos; salió de ella para el suplicio con su mismo hábito religioso, atadas atrás las manos y con una soga á la garganta.

En llegando á la horca, puso las rodillas en el suelo é hizo un rato oracion; luego predicó con gran espíritu y fervor á los católicos y á los herejes.

Acabado el sermon, le derribó el verdugo de la horca, y estando medio vivo, abrió por medio el pecho y le sacó las entrañas y el corazon palpitando, con que dió á Dios su santa alma, para ser coronada en el cielo con diadema de mártir.

Fué el dia de su martirio un juéves á treinta y uno de octubre de mil y seiscientos y dos, teniendo de edad treinta y cuatro años y de religion aún no tres cumplidos.

El lugar de su martirio fué la ciudad de Corke, que dista siete leguas no más de la villa de Yorohell, de donde era natural, para que así naciese á Dios casi en el mismo lugar en que habia nacido al mundo.

La noche siguiente tomaron los católicos su santo cuerpo y le enterraron en una ermita fuera de los muros de la ciudad, junto á la puente donde fué ahorcado.

Allí fué reverenciado de los católicos, que afirman haber hecho nuestro Señor por su intercesion muchos milagros.

Escriben de este santo mártir las *Annuas* de nuestra Compañía del año de mil y seiscientos y dos, pág. 143. Felipe Alegambe en el *Catálogo de los Mártires de la Compañía*, núm. 128. Padre Enrique Fiz-Simon *Brittanomachia et in Catalogo praecipuorum Sanctorum Hiberniae*. Don Felipe Osullevan en su *Historia*, tom. II, lib. II, cap. IV, fólio 71.

P. Nieremberg.

# P. ENRIQUE GARNETO

NACIÓ en Notingam, lugar de Inglaterra, el valeroso soldado de Cristo P. Enrique Garneto.
e Inglaterra pasó á Roma, y, siendo de veinte años, entró el de mil y quitos y setenta y cinco en la Compañía.
uvo por Maestro de su noviciado al P. Fabio de Fabiis, varon esclarecin sangre y mucho más en virtud.
yó Teología del gran Dr. Francisco Suarez, Escritura del P. Benedicto ra, Controversias del Cardenal Belarmino y Matemáticas al P. Cristóbal o, todos tan grandes y excelentes maestros, que eran los mayores del lo en aquellas facultades.
lió tan bien aventajado en ellas el P. Garneto, que leyó en el Colegio ano Hebreo, Metafísicas y Matemática; mas el deseo de aprovechar á : su nacion le hizo dejar las cátedras.
lvió para esto á Inglaterra año de mil y quinientos y ochenta y seis. Su prudencia era tan grande, que le hicieron dentro de dos años Superior dos los de la Compañía que estaban en aquel reino.
usó á todos admiracion y reverencia la prudencia con que procedió en la santidad con que resplandeció, el trabajo en que se empleó y el fruto izo.
odos era amable, á todos venerable y á todos admirable. Su trato era imo, su corazon muy sosegado, su ingenio agudo, su rostro honestísin un semblante de ángel, por lo cual los mismos herejes lo amaban, y emigos ménos le aborrecian que le respetaban, y no acababan de encer tantos dones de naturaleza y gracia como en él resplandecian.
fué el P. Garneto, que, con ser templado en encarecer las cosas el Car-Belarmino, le llama varon incomparable en la santidad de la vida y en énero de doctrina.
edió en aquel tiempo que unos caballeros de Inglaterra, cansados del on que se perseguia á los católicos, determinaron volar con pólvora en ialado al rey y á las Córtes que habia juntado.
oues de dos meses que se descubrió esta conjuracion, deseando los heribuirla á los de la Compañía, procuraron prender algunos de ella, almente al P. Garneto, como más señalado en ella, y al P. Eduardo no y otros.

Comenzaron á proceder contra ellos con un bando ó proclamacion para haberlos á las manos, tan llena de premios y amenazas, que se tenia por caso milagroso podérseles escapar. De la sangre de los dos Padres habia años que estaban sedientos los magistrados.

Dióles noticia de la casa donde estaban escondidos un católico, preso por haber tenido en la suya dos caballeros culpados, pensando por aquí librarse.

La casa era hermosísima y muy fuerte, especialmente la parte donde estaban escondidos los dos PP. Garneto y Eduardo. Por algunos dias, más de diez carpinteros la iban minando por hileras, por suelos y paredes, con grandes agujeros, tanto que temieron no se les cayese á cuestas, con ser tan fuerte y tan grande.

Estaba gente de guarda de dia y de noche, sin dejar salir á nadie, áun para la comida necesaria. Y porque estos santos religiosos no estuviesen sin el forzoso sustento de la vida, por un pequeño resquicio de una pared les daban unas doncellas piadosas algunas cosas con que pudiesen sustentarse.

Finalmente, abrieron de manera las paredes, que era imposible dejar de topar el lugar en que estaban escondidos, aunque tan secreto; y como el rostro del P. Garneto era de un ángel, hermoso y venerable, halláronse los ministros, con ser tales, obligados á tratarle con respeto.

Trajéronlos á Lóndres con el caballero en cuya casa los hallaron, que era de los más principales del reino, y muy rico, y más religioso en su trato y proceder, que seglar, aunque casado: la mujer era semejante á su marido.

Redundó de la prision de estos Padres gran edificacion en los católicos y herejes. De todos les hablaron muchos, y con el trato descubrieron en el P. Garneto las grandes prendas que le adornaban de santidad y prudencia, con una apacibilidad muy rara que atraia los corazones de todos.

Tratáronle al principio con blandura y cortesía, y fuera de la torre de la prision, sin atarle, como solian, para ganarle con favores y alabanzas, y dándole lo necesario.

A pocos dias le metieron en la torre y estrecharon la prision con un rigor muy grande, levantándole increibles testimonios.

Publicaron los herejes que, del miedo del tormento, habia dicho algunas cosas indignas de su virtud y constante ánimo y entendimiento, y que habia revelado cosas de confesion y otras muchas semejantes calumnias; que instaba con el consejo para que le matasen secretamente en la cárcel, por la confusion que le seria salir á morir en público, y que, lleno de miedo, pedia perdon de la vida.

Esto decian tan astutamente, que áun á los católicos más bien intencionados ponian en perplejidad.

ecian otros que le tenian destemplado el cerebro porque le habian teni-
eis dias y seis noches sin dejarle cerrar los ojos ni con un momento de
o, y que respondia desordenadamente á cuanto le preguntaban.
ɔ le podia hablar ningun católico, con que desparciendo estas voces los
ıigos de la fe y suyos, lo creian muchos, aunque ninguna persona de buen
› daba fácil crédito á estas nuevas; ántes no se podian persuadir que hu-
desdicho en tan breve tiempo aquel grande entendimiento, aquella vir-
ara y experiencia grande de cosas; y así, decian que siempre que se ha-
en su juicio no diria ni haria cosa que desdijese de su religion y su pru-
a.
shiciéronse estos rumores el dia de las sesiones, en que vieron y oye-
ablar al Padre.
ra averiguacion de lo que le imputaban, usaron de una cautela notable.
ıdo en la torre, pusiéronle como acaso en un aposento junto al del
luardo, que tambien murió mártir.
bia en medio una puerta por donde se podian hablar y no ver, y junto
una pared gruesa, donde metieron dos ó tres oficiales de justicia que
n lo que los Padres hablasen, pensando estaban seguros. Llegáronse á
rta y se confesaron el uno con el otro.
o el P. Garneto: «Entre otras cosas que me cargan, de las dos es fácil
cargo: en la tercera, que es lo de la pólvora, un solo hombre en esta
uede decir que yo lo supe y ser en eso contra mí.»
emparedados lo iban escribiendo todo, y luego en la confesion fué
ıiado á decir que era aquello de la pólvora.
buen Padre le pareció en caso tan intrincado y dificultoso, era ménos
eniente decirles la verdad, y que conociesen en él llaneza y no pensa-
ıbia más contra él y la Compañía de lo que en la verdad era, pues es-
lla inocente en la materia.
ɔ juzgó por más servicio de nuestro Señor, y díjoles: «Con tanta nube
tigos descubriré la verdad:» y era que el P. Grienvello le habia dicho
encia del penitente, cómo habian trazado algunos caballeros volar con
a el Parlamento, lo cual él habia afeado, y detestado, y encargado que
das veras se procurase el evitarlo é impedirlo de todas maneras; que
dieron licencia para decirlo, porque pasó debajo del sigilo de la con-
en caso que fuese apretado sobre ello, y no de otra manera, y que así
a negado cuando sin pecado no podia decirlo; mas llegado el caso que
pecado, con llaneza se lo decia, descubriéndoles lo que habia en ello
ente, y que en aquel tiempo, cuando lo entendió, hizo lo posible para
irlo, aunque los que fueron en ello jamás le descubrieron su intento.»

En todos los actos judiciales procuró ablandar cristianamente la gran dureza congelada en el pecho del rey y del consejo contra todos los de la Compañía, usando con ellos de palabras blandas, persuadiéndoles que la Compañía no los aborrecia, como ellos decian, ni los tienen por enemigos, ántes los desean su verdadero bien, y así, los vino á ablandar en muchas cosas más de lo que esperaba.

En todo este tiempo ejercitaron su paciencia extrañamente, no atormentando su cuerpo, sino su ánimo y entendimiento con invenciones, quimeras sútiles y calumnias, disfamándole en todo género de materias, en su fidelidad, en la fe, en su castidad, en su templanza, en el comer y beber, que era rara, en su verdad, en su entendimiento y su prudencia y cosas semejantes.

Llegó el dia de las sesiones, cuando se habia de ver en definitiva el pleito. Hubo mucha curiosidad sobre el oirle, y mucha gente pagó con tiempo los lugares, y entre ellos, no pocos ministros.

Lleváronle en un coche, cosa muy desusada, hablándole con cortesía los jueces, que fueron seis, Cecilio y el almirante, y el camarero mayor, y Nortanton y otros grandes señores, que reputaron por dicha bañar las manos en la sangre inocente de los sacerdotes de Cristo.

Dijo el Padre que tenia cuatro puntos de que hablar: el primero de la verdad de su católica religion, y comenzó á discurrir muy bien y doctamente.

Interrumpiéronle los jueces, diciendo: «¿Venís aquí á persuadir al pueblo, Señor Garneto? Mas él prosiguió cuanto le fué posible.

En lo poco que le dejaron hablar, mostró su constancia y muy religioso ánimo, acompañado de su acostumbrada humildad y mansedumbre: conocióse haber sido calumnia cuanto de él se habia dicho.

Estuvo el rey y la reina detrás de una ventana, y dijo el rey: «Sobre mi alma, que le hacen agravio en no dejarle hablar.»

Preguntáronle entre otras cosas, la primera, si la Iglesia de Inglaterra era herética, teniendo los dos Credos, cuatro Concilios y Escritura sagrada. Dijo que era herética, porque no estaba á las definiciones del Pontífice Romano.

La segunda, si se podia adorar á Dios en el demonio. Respondió que era cuestion muy metafísica y que no se podia proponer al pueblo, y que así, no se queria cansar en tratar de ella.

La tercera, si habia ahora en la Iglesia cosas de fe, que no lo hubiesen sido en tiempo de los Apóstoles. Dijo que todo lo que ahora hay de fe lo tuvieron por de fe los Apóstoles y la Iglesia entónces, aunque en el tiempo y sucesos varios de cosas del mundo, se habian muchos olvidado é ido perdiendo de la noticia de los hombres.

ıarta, si se podia dar noticia de una traicion contra el rey y el Esta-
iéndose sólo por confesion. Respondió que de ninguna manera.
rráronse á votar los jueces, y habiendo tardado en el juicio desde las
: la mañana hasta las seis de la tarde, le condenaron á muerte porque
ubrió el suceso de la pólvora, habiéndose sabido en confesion, y jun-
: por ser sacerdote y de la Compañía, que por sus leyes le hacian dos
aidor por esas dos profesiones.
l tiempo que estuvo preso fueron muchos ministros, esto es, los maes-
redicantes de la herejía, á disputar con él, á los cuales decia que si
ıba curiosidad ó malicia para urdir algo contra él, que no le ocupa-
empo corto que tenia para vacar á Dios y aparejarse para la muerte.
todo eso, disputaba con ellos con espíritu y eficacia.
do el dia de su glorioso martirio, salió con su pobre vestido ne-
pa larga hasta los piés, y pusiéronle en el carro que tiraban tres ca-

ıle innumerable gente: fué llevado hasta S. Pablo, distancia larguí-
ı en oracion puestas las manos.
tro era muy proporcionado, hermoso y rubio, muy blanco y modes-
así, por la mayor parte el pueblo se compadecia de él y hablaban
ɡnidad y los católicos con devocion.
ɔn á una principalísima calle donde estaba una muy alta cruz dora-
que le dejasen parar, hiciéronlo, estuvo allí algun espacio haciendo
evotísimamente: llegado á la horca habló con el pueblo con apaci-
ɛgado semblante muy sustancialmente.
la fe católica; detestó las herejías de Inglaterra; exhortó á los ca-
e estaban presentes que fuesen pacíficos y no intentasen tumultos
es, que la causa de Dios se habia de remitir á su divina providen-
acer cosa contra la mansedumbre cristiana.
nente les pidió que hiciesen por él oracion para que Dios le perdo-
r el rey y reino de Inglaterra, para que el Señor le alumbrase.
ɔ, habiendo adorado la cruz (era aquel dia en que se celebraba su
y cruzando las manos en el pecho le echaron de la escalera abajo.
do cortarle el verdugo la soga muy presto, clamó el pueblo que le
ɔrir primero, y algunos arremetieron y le tiraron de los piés; y así,
totalmente muerto cuando le abrieron el pecho: colgaron luego
por la ciudad.
erte y esta sangre fué produciendo bonísimos efectos, porque con
ıjeron muchos en persecucion tan dura. Fué su martirio á 3 de
506.

Cuando el Padre fué hecho cuartos, los católicos que se hallaron presentes tomaron disimuladamente por reliquias cuantas menudencias pudieron.

Uno de ellos tomó una espiga de la paja en que quemaron el corazon del siervo de Dios, porque tenia una gota de sangre del mártir, y haciéndola una como guirnaldita, la puso en un cerco con un viril y guardóla bien en una arca.

Sacándola de allí á pocos dias, halló en lugar de la gota de sangre un rostro muy bien proporcionado, con su frente, cejas y narices, boca y barba un poco larga y rubia, y su cuello. La cabeza estaba coronada y en medio de la frente tenia una estrella, inserta en ella una cruz. Debajo de la barba le servia como de ornato un rostro de querubin, como se suelen pintar. Los ojos no estaban abiertos, sino como figura muerta.

Don Pedro de Zúñiga, embajador de España, la tuvo algunos dias é hizo que la viesen muchos del Consejo, y entre ellos el gran Camarlengo dijo era milagro.

Tambien afirmó la venerable vírgen doña Luisa de Carvajal haberla visto, y que es más parecida al Padre despues de muerto. Con semejantes milagros declaró el cielo la inocencia de los mártires.

El P. Eduardo Oldocorno, inglés de nacion, despues de haber gastado diez y ocho años en servicio de la Iglesia y de su patria, sustentando los católicos y convirtiendo muchos herejes con inmensos trabajos que pasó, grandes y continuos peligros de la vida que corrió, y penitencias que por el bien de las almas ejecutó en sí mismo voluntariamente; tuvo la dicha de ser preso juntamente con el P. Garneto, con la ocasion de la conjuracion de la pólvora; y en Vigornia á los siete de abril del año de mil y seiscientos y seis fué por la fe católica ahorcado y descuartizado. Dió tambien el Señor un evidente testimonio de su inocencia, porque el fuego en que quemaron sus entrañas no hubo remedio de apagarle por más agua que le echaron encima. Estuvo seis dias enteros en medio de las lluvias ardiendo en sus cenizas, y últimamente, á vista de todo el pueblo, prorrumpió en una grande llama.

Muchos han escrito de estos insignes varones, como son Andrés Eudaemon *in Apol. pro Garnett. Annuae Soc. Iesu 1606 et 1607. Prov. Velg. Coll. Angl.* Bombin. *in Vit. Campiani,* cap. II. Argentus cap. XXV. *Epist. ad Sigism. Reg. Polon.* Gaulter. *in Chronol.* Gardon. *in Chronogr.* Oultreman. *in Tab. vir. illust. Soc. Iesu.* Laurencio Beyerlinck en el tom. II de su *Cronografía,* año de 1606.

P. NIEREMBERG.

# H. NICOLAS ODOENO

: santo y glorioso Hermano, aunque se llamó en el bautismo Nicolás,
ır razon de encubrirse á los herejes los muchos años que anduvo en
ı ayudando á los católicos en hábito secular, se mudó el nombre de
n Juan, y por ser pequeño de cuerpo, le llamaron Juan el *párvulo* ó
*o*, si bien en la virtud, en el ánimo y el valor fué de los mayores que
aquella provincia, y dignísimo por su santidad, y celo, y por la indus-
xtraña con que defendió y conservó á los predicadores católicos en
, de ser celebrado entre los varones esclarecidos de nuestra Religion,
ente por haber rematado su santa vida con glorioso martirio.
:icias que se tienen de su vida son cortas, porque entró en la Com-
á los principios de ella, que no estaba fundada aquella provincia;
ıe fuese religioso, sirvió como si lo fuera muchos años á los PP. Ed-
mpiano, Henrico Garneto y Juan Gerardo Tonsonio, y por sus
éritos le admitió en la Religion el santo P. Garneto.
ıos su patria, sus padres y su edad; pero no el tiempo de su muer-
espues diremos.
› fué de arquitecto, ó maestro de obras, pero tan perito, tan dies-
trioso, que parecia tener en las manos entendimiento, segun salian
:rtadas, curiosas y firmes las obras que hacia.
›lico desde su nacimiento, y celosísimo de la gloria de Cristo y de
ın de su Iglesia y ruina de la herejía, por lo cual se dedicó todo
:uanto pudiese en ayudar á los predicadores de Cristo en Ingla-

a tan extremado en su arte, les fabricó muchos lugares secretos,
:iesen esconderse, con tal industria y arte, que toda la maña y di-
los exploradores y alguaciles no podian hallarlos.
se valian de ellos juzgaban que Dios le habia comunicado don
: para fabricarlos, como le dió antiguamente á Beseleel y Ooliab
r el Arca y el Tabernáculo, porque más parecian obras de las
›ios que de hombre humano.
comenzarlas, confesaba, comulgaba y hacia larga oracion acom-
ayunos y penitencia, suplicando á la Divina Majestad, que le
› en lo que obraba para su gloria y servicio.
iempo que duraba la obra, perseveraba en la oracion y peniten-

cia, y, como su intencion era tan buena, Dios le ayudaba de manera que t
das salian perfectas.

Por este medio libró innumerables veces á los predicadores y á los otr
católicos de las manos de los herejes, que si no fuera por él hubieran acal
do con toda aquella cristiandad; y así, decian que tenia más parte en la
de Inglaterra el H. Juan Pequeño que todos los predicadores grandes, pu
que si no fuera por su industria y por la diligencia que puso en guardarlos
ocultarlos de los herejes, que con rabiosa solicitud los buscaban, los hubi
ran consumido en aquel tiempo.

Juntó con esta industria de su buen entendimiento un grande caudal
virtudes religiosas, en que parece que le formó Dios desde el vientre
su madre.

Era más humilde que la tierra, empleándose continuamente en los ofici
mas abatidos de la Religion, sirviendo en todos á los siervos del Señor.

El los curaba cuando estaban enfermos; y cuando sanos, les servia de co
nero y despensero; compraba y guisaba lo que habian de comer; cosíales l
vestidos; lavabales la ropa; acompañabales por los caminos; guardabalos en l
ciudades; visitabalos en las carceles y tenia maña é industria para regalarl

Si no podia por su mano, por el recelo de no ser conocido, lo hacia por l
de otros, a quien labraba las casas y tenia modo para todo; acomodaba
posada a los recien venidos.

Traia a los catolicos a oir Misa y a confesar a lugares tan ocultos, q
toda la sagacidad de los herejes no podia impedirlos.

Era manso, afable, obedientisimo a cuanto le mandaban, de una castid
angelica, resplandeciendo como un angel en medio de tantos vicios.

Su fortaleza, su constancia y su paciencia fue invencible, porque no se
escondian a los herejes las obras que hacia, y que por él vivian en su ti
los catolicos, y asi, hacian todas las diligencias imaginables para cogerle.

Por huir de sus manos, le era forzoso muchas veces vivir en las selvas y
montes sujeto a las inclemencias del cielo, a riesgo de ser despedazado y
mido de las fieras, sustentandose de las yerbas del campo.

Otras veces se disimulaba labrador, otras pescador, otras tendero, y
esta manera acudia a los fieles y burlaba a los herejes, ofreciendo con ale
a Dios estas penalidades por el aumento de su Iglesia.

Con la fineza de esta caridad para con los prójimos juntaba un amor
dentísimo para con Dios, pareciéndole todo poco y malo cuanto hacia y
decia en su servicio, y una conciencia tan pura de su inculpable vida,
ninguno le oyó palabra airada ni enojosa, ni injuriosa, ni decir mal de
que le perseguian.

stia componia á los que le miraban, y su silencio y paciencia los
su caridad les robaba los corazones; y así, decia el santo P. Gar-
: recibió en la Compañía, que era un perfecto dechado de un santo
que sin maestro era maestro, y que sin haber tenido noviciado
laestro de novicios, dado en tiempo de tantas calamidades y per-
á la Compañía para defensa, alivio y honra suya.
), pues, nuestro santo mártir una vida más angélica que humana
se dedicó con particular estudio á servir al P. Edmundo Campia-
acompañó hasta la muerte que padeció por Cristo; pero con tal
jue no pudieron los herejes entenderlo.
ın dia hablando con otros de su martirio el H. Juan, que no era
ımpañía, movido así de su santidad como del amor que le tenia,
virtudes y de la gran modestia, paciencia y fortaleza con que
), de que tomaron indicio los herejes para sospechar que era ca-
:lataron á los jueces, los cuales le prendieron y le metieron en
triste calabozo cargado de grillos, de esposas y cadenas pe-

ó carcelero, con el celo de su falsa religion, mirándole como á
lla, le hacia terribles tratamientos, diciéndole muchos oprobios
chas coces, bofetadas y golpes: dejábale sin comer muchos dias;
aia algo, era tal y tan malo, que más era para acelerar la muer-
ıstentar la vida.
) con estas injurias, le encerró en otro calabozo más oscuro, y
penoso con otros tres facinerosos, adonde dobló las injurias y
ımientos con tal rigor, que uno de los tres compañeros dió en
onsumido de la hambre y del hedor.
n Hermano se vió tan apurado y consumido, que estuvo á las
ıuerte cerca de acabar la vida; porque no le quedó más que la
a de los huesos, cubierto de piojos, sin aliento y sin fuerzas.
que le halló y visitó el P. Juan Gerardo Tomsonio, comprando
) la licencia para verle; y dice que le halló tal que no podia
ıiés, y estaba tendido sobre una rueda que acaso hubo en
que esta era la cama regalada en que pasaba su miseria.
ɔo tan consumido vivia un espíritu robusto y un ingenio tan
ıza y modo al P. Gerardo para salir de aquella cárcel, como

lo con los tormentos pasados, en habiendo convalecido, volvió
ento que antes á servir á los católicos, y en particular á los

Asentó plaza de siervo más que de compañero con el P. Henrico Garneto, el cual, pagado de sus buenas prendas, le recibió en la Compañía para Coadjutor temporal, por no haber estudiado; pero su humildad era tanta, que no recibiera otro grado aunque se le ofrecieran.

Viéndose religioso, se puso nuevas leyes de mortificacion, penitencia, oracion y silencio, y se dió con gran fervor al estudio de la pobreza y obediencia y de todas las virtudes religiosas.

Por este tiempo, acompañando al P. Gerardo Tomsonio, fué preso con él y con otro sacerdote que se llamaba Gerardo Fuyubodo, que le acompañaba como criado suyo.

Fueron los tres encerrados en la torre de Lóndres y atormentados cruelísimamente, porque descubriesen á los católicos.

Tres horas los tuvieron colgados de las muñecas con argollas de hierro y pesadísimas cadenas en los piés, y padecieron otros tormentos; pero su constante paciencia los venció todos, y salieron victoriosos de esta guerra.

El santo Hermano con su buen entendimiento dió industria para librarlos de la cárcel, y los sacó y los llevó á una casa que tenia labrada al muro de la ciudad con tal arte, que podian salir al campo y estar ocultos de dia, sin que nadie pudiese hallarlos.

Allí los puso, y regaló, y les trajo caballos, en que salieron al amanecer sin ser sentidos, y los llevó al P. Henrico Garneto, que andaba oculto por los campos, con quien se consolaron grandemente y trataron de lo que convenia para el buen progreso de aquella cristiandad y gobierno de la Compañía.

Veinte años asistió al P. Garneto, sirviéndole fidelísimamente ya de criado, ya de compañero, hasta que quiso Dios premiar sus santos trabajos, prendiéndole en compañía de su santo maestro y del P. Eduardo Oldcorno.

Fué grande el alborozo de los herejes, juzgando que habian echado el mayor lance que podian tener para lograr sus intentos y quitar el mayor valimiento y defensa á los católicos, encarcelando al insigne artífice de labrar guaridas y escondrijos á los *papistas*, y que ninguno los conocia, ni podia descubrirlos mejor que él.

Determinaron de usar de todas sus mañas para vencerle y hacer que manifestase los católicos; y usando de toda maña, le pusieron al principio en una cárcel segura, pero muy ancha y fácil de ser visitado y regalado de sus amigos, para conocer por esta pinta los que eran de su bando.

Pero el santo mártir, con más prudencia que ellos sagacidad, avisó á todos con secreto que ninguno le visitase ni escribiese, con que dejó burladas sus ardides con igual rabia y sentimiento de verse vencidos de él.

Armaron contra él todos los géneros de tormentos que pudo inventar el

ι malicia; pasáronle á la torre de Lóndres, adonde le atormentaron : dias continuos, teniéndole en el tormento cada dia siete horas, sin leyes del reino, ni términos, ni humanidad alguna, hasta que con la : los tormentos se le arrancaron las entrañas y con ellas el alma, que mismo tormento subió al cielo, quedando vencedor de sus enemi- ıfando de su malicia, sin haber podido desquiciarle un punto de su ia.

:rejes, corridos ya de verse vencidos de un hombre pequeño, aunque le en el ánimo, ya de haber usado tan estraña crueldad con el san- ; para cubrir su maldad, publicaron que él mismo con un cuchillo rompido las entrañas, y le pintaron hiriéndose el vientre con su :ro no pudieron paliar su mentira, porque en el tormento tenia las npedidas, y de los pasados tales que no podia tomar una pluma en y tambien porque el verdugo declaró públicamente la verdad de bia pasado.

gracias á Dios que le dió tan grande esfuerzo para sufrir tres mar- :uerpo tan flaco, y ser tres veces mártir por la caridad de sus her- ando la vida por guardarles la suya, que es el último y supremo esta virtud.

ι y martirio escribió el P. Garneto como testigo de vista, y la trae rique Moro, con nombre de Nicolás Harte, en su *Historia* lib. VII, 5. Y los PP. Juan Nadaso y Alegambe, en sus *Martirologios.*

[2 de noviembre de 1606.

P. ANDRADE.

# P. TOMAS GARNETO

P. Tomás Garneto sobrino del invicto mártir Henrique Garneto de ıtra sagrada Religion, á quien imitó así en las virtudes y santidad omo en el celo de las almas y de la gloria de Cristo.

do los pasos de su santo tio, dió gloriosamente la vida en la misma Lóndres y en el mismo lugar, aunque no en el mismo dia, coro- santa vida con el lauro del martirio.

ste glorioso mártir en Lóndres, córte de los reyes de Inglaterra, de

padres nobles y católicos, piadosos y ejemplares en todo género de virtudes.

Su padre se llamó Ricardo Garneto, varon dignísimo de estar escrito entre los esclarecidos de aquel reino por el valor y constancia con que defendió la fe católica romana, por la cual fué preso, aherrojado y maltratado muchas veces, y padeció otros muchos tormentos con igual ánimo y valor, confesando siempre la verdad, sin apartarse un punto de nuestra santa fe, en la cual crió á su hijo Tomás, exhortándole á morir por ella con sus palabras y ejemplos.

Mas, considerando los riesgos que padecia su hijo en su tierna edad, ya de juntarse con malas compañías tocadas de la herejía, que le pervirtiesen, ya de los magistrados y ministros del Parlamento, que con tan viva sed buscaban á los católicos para prenderlos y derribarlos de su constancia, haciendo sacrificio á Dios del amor que le tenia y el dolor que padecia en apartarle de su vista y privarse de su compañía, le envió á Flandes al colegio inglés que tenemos en Audomaro, para que allí estudiase letras humanas y se criase en toda virtud debajo de la tutela y educacion de la Compañía.

Tenia á esta sazon diez y seis años, y en breve tiempo, aprovechándose de su buen ingenio, salió aventajado estudiante; y con deseo de estudiar ciencias mayores, con que pudiese despues aprovechar á sus contemporáneos cuando volviese á su tierra, pasó á España el año de 1595.

Asentó plaza de colegial en el colegio inglés de Valladolid que la Compañía tiene á su cargo.

Aquí estuvo cuatro años estudiando Filosofía, Teología y Controversias, para poder argüir y responder á los herejes; pero, siéndole contrario el temperamento de la tierra, hallándose falto de salud, se resolvió de volver á Inglaterra á recobrarla con los aires naturales.

Antes de partirse, se ordenó de sacerdote, para poder mejor ayudar en el negocio de su salvacion á los ingleses, y en particular á los católicos, predicándoles y administrándoles los santos Sacramentos de la Iglesia.

Corria el año de 1599, cuando nuestro santo mártir entró en Inglaterra en hábito disfrazado, como andan los sacerdotes católicos.

Luego se vió con su amado tio y verdadero Padre, Henrico Garneto, á quien dió cuenta de su viaje y tambien de sus intentos, que eran más de mirar por la salud espiritual de las almas que de la temporal de su cuerpo.

Confirió con él, como tan sabio maestro, los medios que habia de usar, el porte que habia de guardar y el tenor de vida que habia de tener para lograr sus intentos.

Habiendo tomado sus buenos consejos, comenzó su predicacion y á trabajar en la viña del Señor así en las juntas secretas de los católicos, como en

y conversaciones particulares, hablando con tanta energía y espí-
materias espirituales, que causaba admiracion.
ι suavidad y retórica celestial movia los ánimos y encendia las vo-
n el amor de la virtud, que todos los que le oian no sólo detesta-
:ios, sino que abrazaban las virtudes con tan grande fervor, que en
rofesion de seglares vivian vida religiosa, macerando sus cuerpos
sas penitencias, mortificando sus apetitos, entregándose al silencio
y gastando la vida en obras de misericordia y piedad.
os casados, de comun conformidad hicieron voto de castidad, vi-
no hermanos en santa continencia, que es cosa rara en aquel reino,
la disoluta licencia que les permite la herejía.
ba á los católicos, decíales Misa y comulgábalos, ayudábalos á bien
solábalos y esforzábalos en las persecuciones que padecian.
ıbras eran llamas que encendian sus corazones en el amor de Dios
le los bienes eternos, y juntamente lograba las ocasiones que se le
: convertir á los herejes, mostrándoles con vivas razones y eficaces
s las verdades de nuestra santa fe católica, con que redujo á mu-
:mio de la Iglesia.
s discurrió por Inglaterra, haciendo oficio de apóstol con admira-
consuelo de los católicos; y quiso Dios premiarle su santo celo y
trabajos, llamándole á vida más perfecta en la Religion de su san-
el P. Henrico Garneto, á quien con repetidas instancias pidió que
en la Compañía, pues lo podia hacer como Superior de ella en

vista su perseverancia, le recibió el año de 1605 con igual gozo
io y sobrino: del tio, por verle religioso; y del sobrino, por verse
añía, de quien habia recibido el espíritu y aprendió las letras

ȝo el P. Enrique de enviarle á Flandes, á tener su noviciado y á
la vida y estado religioso; pero no logró su intento, porque suce-
año descubrirse la conjuracion de algunos católicos más celosos
es, para volar con pólvora el Parlamento, sobre que se hicieron
s pesquisas para descubrir los conjurados, prendiendo con leví-
ıs á gran multitud de gente.
s fueron presos el P. Enrique y su sobrino el P. Tomás Gar-

pues de larga prision y muchos tormentos, fué martirizado en
ıo se dijo en su vida.
, despues de largos exámenes y averiguaciones, fué acusado por

el fiscal de ser católico, y papista, y sacerdote, y haber entrado en Inglaterra contra las leyes del reino, sin licencia del magistrado.

Pero no habiendo prueba bastante para condenarle á muerte, hallándole inocente en el crímen de la conjuracion, que era la principal causa que se trataba; por decreto del rey fué desterrado del reino, y, cumpliendo la voluntad de su tio, vino á Lovayna á tener su noviciado.

Era extremado su silencio, continua su oracion, rigurosa su mortificacion, martirizando su cuerpo con ayunos, cilicios, disciplinas, vigilias y penitencias, juzgando todos que aquel riguroso tratamiento era pronóstico y como principio de su martirio; y así, le miraban y veneraban como á un mártir vivo de Cristo.

Un año estuvo en el noviciado, en el cual aprovechó tanto como si hubiera estado muchos; lo cual considerando los Superiores y la necesidad que habia en Inglaterra de su persona, para confortar á los católicos en el fuego que se habia encendido de la persecucion ocasionada de la conjuracion dicha, le enviaron disimulado á aquel reino; pero no tanto que pudiese encubrirse á un expulso ó apóstata de la Religion, llamado Rous, el cual, como apóstata de la fe, le siguió los pasos, y en llegando á la primera ciudad, dió cuenta de su venida al magistrado, por el cual fué luego preso.

Examinado rigurosamente, mandáronle hacer el juramento execrable de obediencia y lealtad al rey, y de tenerle y confesarle por Cabeza de la Iglesia de Inglaterra.

Respondió como católico y religioso con valor y con modestia, que en cuanto á obedecer al rey y respetarle como á señor temporal, siempre lo habia hecho y haria; pero jurarle por Cabeza de la Iglesia contra la autoridad del Sumo Pontífice de ella, que por ningun caso lo haria, aunque fuese necesario dar la vida en la demanda.

Airáronse grandemente contra él los magistrados, oyendo esta respuesta, como Anás y Caifás contra Cristo, por las que les dió estando preso; que no fué mucho que los imitasen en las pasiones los que los imitaban en la vida y la doctrina.

Dijéronle mil oprobios y enviáronle preso á la cárcel de los malhechores.

Pasados cuatro dias, le sacaron á audiencia pública y le acusaron de cuatro crímenes; el primero que era católico; el segundo que era jesuita; el tercero que pervertia los vasallos de la obediencia del rey; el cuarto que no hacia el juramento de fidelidad que hacian todos los leales.

A los dos primeros confesó llanamente que era católico y jesuita y que se preciaba de ello. A los dos segundos, que siempre habia sido leal y lo se-

ın lo que no contradijese á la ley de Cristo y á su Vicario, el Sumo

a confesion y respuesta tan santa y tan ajustada á la ley de Dios,
condenado á muerte y llevado á la cárcel.
visitaron muchos católicos disimuladamente, y uno de ellos le ofre-
ɔga y su favor para escaparse de la muerte, si se queria descolgar
de la torre.
o mártir le respondió que agradecia el favor, pero que no le podia
ɔrque más deseaba la soga para estar colgado de ella por Cristo,
descolgarse de la torre y perder la corona del martirio: respuesta
un S. Sixto ó S. Lorenzo, y de aquellos santos antiguos, que tan
se mostraron del martirio; y no es de ménos estima por haber sido
gioso en la flor de su edad, que pospuso la libertad y la vida á la
entosa padecida por Cristo.
ıron su muerte á 23 de junio de 1608 años, y, cumplido el plazo, le
rastrando en un seron, con públicos pregones, llevándole por las
a de la ciudad.
: innumerable gente y más de trescientos caballeros de la primera
la córte, entre los cuales, el conde de Essexia con muestras de
le persuadió que hiciese el juramento al rey que le pedia el Par-
escaparia de la muerte.
ɔso mártir respondió con voz alta y clara que, si le importara mil
iciera tal ofensa á Dios y á su Iglesia.
constancia, le mandaron subir en el carro que estaba prevenido
a horca.
ːgo con admirable alegría, y tomando con la mano la soga con
le morir, hizo sobre ella la señal de la cruz y la besó, como si
son ó collar de oro que Dios le enviaba en premio de sus servicios.
ɔ el verdugo le riñó diciendo: «Dejémonos de gestos y burlerías,»
le respondió: «Amigo, no perdamos la amistad á la partida.»
› pedido silencio á la inmensa multitud de gente que le oia, dijo
: y clara: «Yo soy sacerdote católico de la Compañía de Jesus,
gnísimo de ser de ella; este es el dia para mí más feliz y di-
los los de mi vida, y pongo á Dios por testigo, que hablo de todo
›
o le replicó, si hablaba con equivocacion, ó sincera y llanamente.
dijo: «Si no hablara de todo corazon, no habia para qué jurar,
o me forzaba.
i al reino jamás ofendí en cosa alguna, ni me pasó por el pensa-

miento, y lo mismo exhorto que hagan á todos los católicos que me oye hago juramento de serle leal y obedecerle en todo lo que no se opusie la ley de Dios y de su Iglesia.

»Yo perdono al apóstata, que me entregó con traicion á la justicia, a nistro que me prendió y al Obispo de Lóndres, que me aprisionó, y á sı cretario, que me persiguió, y al alcaide de la torre, que solicitó mi muerı y al abogado real, que tanto hizo contra mí, y á todos los que han tenido te en mi condenacion, y pido y suplico á la Majestad de Dios que los pe ne y les haga mucho bien.»

A esta sazon llegó el verdugo á desnudarle, y el mártir con mayor pre za se quitó los vestidos, quedándose en la túnica interior.

Entónces pidió á todos los católicos que le encomendasen á Dios, c ciéndoles pagarlos con sus oraciones en el cielo.

Hincóse de rodillas y, los ojos en el cielo, dijo en alta voz el *Padre nue* el *Ave María,* el *Credo* y el *Veni Creator Spiritus.*

Llegando á las últimas palabras, tiraron el carro, y clamó el pueblo, y qu colgado de la horca, hasta que, rematando esta frágil vida, voló á gozar d eterna al cielo, dejándonos insignes ejemplos de virtudes, y celo de las aln y de invencible constancia en la confesion de Cristo y defensa de la Igle

El rey (segun publicó la fama) sintió mal de su sentencia, reprendie de imprudentes y mal considerados á los que condenaron á un varon de les costumbres y que en la muerte se habia mostrado tan fiel vasallo su

Su vida escribió el P. Felipe Alegambe entre los mártires de la Com ñía en la segunda parte de su *Martirologio,* y la trae el P. Enrique Morc su *Historia,* libro núm. 8.

Murió de treinta y tres años no cumplidos, el de 1608 á 23 de junio.

P. ANDRADE.

---

## P. ROBERTO PERSONIO

FUÉ el P. Roberto Personio de nacion inglés, de patria somersetense. Entró en la Compañía en Roma á 4 de julio del año de 1575, ten do veinte y ocho de edad: allí profesó los cuatro votos á 1.º de mayo año de 1587.

Fué varon no ménos prudente que docto, digno de toda alabanza pc pureza de vida.

chos que en Inglaterra iban errados en las verdades católicas, él con
ina redujo al camino seguro; y á otros cristianos católicos confirmó
la fe, en que pasó increibles trabajos, experimentando por instantes
os peligros de la vida.
as veces le buscaron para matarle, inquiriéndole con sumo cuidado,
idole las posadas, y otras veces con fraudulentos engaños, con que
ó en manos de los herejes; pero siempre salió libre, amparado de la
vina; de modo que se puede casi decir que no una vez, sino toda
estuvo padeciendo un dilatado martirio.
ien se puede llamar Padre de muchos mártires, porque resucitó en
a la fe católica que estaba ya casi muerta, y, estando para caerse
piritual edificio, le fortaleció con sus hombros.
yó para esto muchos seminarios de mancebos ingleses católicos en
en Rhemis, y trabajó sumamente para que las astucias y furor de
s ó la falta de lo necesario no fuesen causa que aquellas casas se
n.
ó asimismo que en España, en Sevilla y Valladolid, se erigiesen otros
s mediante la liberalidad del rey Felipe II, y en la Alemania inferior.
os seminarios entran escogidos mancebos nobles ingleses, donde se
con más fuertes raíces en las verdades católicas y estudian bas-
e, para que, en siendo de edad suficiente, ordenados de sacerdotes
do su espíritu, vuelvan á su patria á disputar con los herejes y pro-
acer sus errores, con que alcanzan siempre victoria, ó con su con-
su martirio.
ual nuestro Personio con sólo esta obra ha hecho en Inglaterra co-
fruto.
e esto, en el mismo reino ofreció la vida á muchos peligros por la
del nombre de nuestro Señor Jesucristo y dilatacion de la fe ca-

veces publicaba con los escritos ó las palabras que sólo á eso ha-
á Inglaterra, con que se puede decir de él lo que S. Pablo dijo
frodito, Apóstol de los filipenses: *Quod propter opus Christi in ad mortem accesit*, que quiere decir, que el Santo habia estado con
la muerte, sólo por hacer el negocio de Cristo; y con no menor
o que el mismo Apóstol de las gentes escribió de sí mismo, ha-
celo de la salud de las almas de los corintios, diciendo que con
nto gastaba aquel tiempo, aunque se detuviese mucho en procu-
vechos, aunque por amarlos á ellos con tanto cuidado fuera él
do.

Fué, pues, el P. Roberto desde el principio escogido de Dios para luz de toda Inglaterra, y dióle para tal ministerio muchos dones divinos y humanos.

El amor de Dios y del prójimo era en él ardiente y activo; la magnanimidad increible, junta con una humildad profunda.

Era su prudencia admirable no sólo para regir las almas, sino para atraer voluntades, á que acompañaba una sinceridad muy amable en todos sus tratos.

Tenia un ingenio muy á propósito para ser Superior; pero fué súbdito de tanta obediencia, que hacia ventajas á todos.

Aunque estudiaba con grande cuidado las letras divinas, se desvelaba con mayor vigilancia en las materias que tratan de reducir á las reglas de los Padres sagrados y preceptos divinos los controversos lugares de los herejes.

Era capital enemigo de la herejía, y deseando que en ningun lugar persistiese, escribió en breve tiempo muchos libros llenos de aguda elocuencia, los cuales leian los mismos herejes sus enemigos, para sacar de ellos elegancia y doctrina, y aprovecharán á muchos de ellos para dejar de ser tan crueles.

Acompañaba á este ánimo generoso tan buena disposicion y estatura de cuerpo, que muchas veces en Inglaterra espantó con su presencia los enemigos que le buscaban.

Tenia tanta eficacia para persuadir todo lo que queria, que los mismos del pueblo alababan el modo de su persuasion.

Ultimamente, él fué soldado tan diestro en las batallas de Cristo y proteccion de la fe contra los herejes, que aunque en la idea se pudiera imaginar otro más apto, pero en la realidad apénas se podrá hallar otro más apropósito.

Todos estos singulares ornatos le dieron facílisima entrada (no sin gran sentimiento suyo) con todos los príncipes y reyes cristianos, con cuya proteccion y dineros sustentó más de treinta años la sagrada mision contra los pecados y crueldad de su patria, á cuya heróica conquista él fué el primero que de los de la Compañía dió honroso principio, á quien acompañó juntamente el P. Edmundo Campiano, mártir de Cristo clarísimo, el año de 1580.

Estuvo en materia tan árdua falto de todo consejo, autoridad y gobierno, porque el P. Claudio Aquaviva, Prepósito general, le cometió en aquella obra divina plenísima potestad.

En medio de tanta benevolencia que le tenian los reyes, nunca pedia cosa particular para sí ni sus deudos; tanto que á un hermano suyo no le quiso dar una carta para el rey D. Felipe II (aunque este monarca le queria mucho por sus heróicas virtudes) para que le amparase en la milicia, porque iba á ser su soldado.

›ciendo que el mismo rey queria alcanzarle una púrpura, con mucha ora-
:opiosas lágrimas (antes que el rey declarase su intento) le suplicó á
te VIII no le diese tal dignidad, lo cual admiró mucho al Sumo Pon-
orque decia que nunca habia pensado tal cosa.
esta hazaña del P. Roberto es necesario que la regulen los sabios con
prudente y humano, porque dirán quizá algunos que no se habia de
r, sino aguardar á que le ofrecieran la púrpura, para luego excusarse,
no pareciese que él mismo se ofrecia al Sumo Pontífice sin buscarle,
ɔn anticipada ambicion se jactaba del buen juicio que de él habia el
:ebido. Lo cierto es que fué impulso divino y que se rigió por razon
y prudente.
:ia el varon cuidadoso, experimentado por otros semejantes sucesos,
› prevenia al Sumo Pontífice con esta anticipada diligencia para cerrar
ı la gracia, fuera casi imposible excusarse despues que el rey lo hu-
dido.
ı magnanimidad tan heróica correspondieron las demás virtudes en
:rfecto.
idad con los prójimos fué indefensa hasta dar el espíritu.
cuidadoso desvelo para socorrer como pudiese á todas las partes;
. paciencia alegre en todas las cosas adversas.
› de la piedad y el cuidado de la religiosa observancia iba cada dia
› con el uso continuo.
das estas virtudes, que le servian de consuelo en la vida presente y
ıs de la eterna futura, últimamente, estando en Roma, murió feliz-
n más de sesenta años de edad.
ıado de todos los nuestros, aborrecido de los herejes, ejemplo de
que por su persona ó escritos procuran vencer la herejía.
tóse en la iglesia del colegio anglicano.

P. NIEREMBERG.

## P. JUAN OGILBEO

ngular valor y fortaleza cristiana que tuvo el P. Juan Ogilbeo, el
mo con que estuvo en las prisiones, la superioridad con que habló
ıos, la resolucion con que confesó su fe, la libertad con que trató
jes, el gusto y fiesta con que padeció los tormentos, y, por decirlo
la que hacia de ellos, le han dado nombre tan ilustre, que merece

ser comparado con los más señalados mártires que en tiempo de Diocleciano padecieron.

Era este invicto mártir escocés de nacion, muy noble por su sangre y descendencia, y el mayorazgo de su ilustre casa.

Pero, para ser más ilustre con la pobreza de Cristo y con el derramamiento de su sangre por su fe y amor, renunciando el siglo se entró en la Compañía de Jesus el año de 1597, habiendo sido primero alumno en el seminario de Duay.

Fué enviado á Gratz de Estiria, donde estudió Filosofía y Teología. Tenia un ingenio muy vivo y agudo y adornado de hermosísimas virtudes.

Era grandemente obediente, humilde, amable á todos y muy caritativo.

Ardia en gran celo de la salvacion de las almas con una insaciable sed del martirio.

Cumplióle el Señor sus deseos; porque, despues de muy aprovechado en letras y en virtud, volvió á su patria para hacer rostro á la herejía y sustentar el partido de la verdad católica, que estaba muy caido en aquella tierra.

Discurrió por algun tiempo con admirable fervor y celo, alentando y confirmando á los católicos, confundiendo á los herejes y reconciliando muchos á la verdad y union de la Iglesia romana.

Anduvo á pié con gran fervor la mayor parte de Escocia. Y porque no faltase á los ejercicios de su mortificacion y penitencia, madrugaba mucho, y en las huertas y campos solos tomaba recias disciplinas.

Yendo á Glasgonia ó Glasqua á peticion de muchos que deseaban oir su doctrina y reducirse por su medio á su antigua religion y creencia, le descubrió y entregó á los ministros herejes, que con grande cuidado le buscaban, un falso amigo, de quien el Padre se habia fiado por las muestras de amistad y benevolencia que le habia mostrado, hasta darle muchas veces ósculo de paz á la usanza de la tierra, entregándole por eso como otro Judas.

Prendiéronle en la plaza de Glasgonia con varios denuestos, golpes y escarnios, concurriendo á su prision grande tropel de gente, la cual le llevó levantado en el aire á la casa del corregidor, donde pasó aquella noche en perpetuas controversias y disputas.

Fué luego á la misma casa el arzobispo hereje: llama al siervo de Dios: no le saludó más blandamente que dándole un recio bofeton, diciendo: «Muy atrevido has sido en decir tus Misas en esta ciudad reformada;» así llaman los herejes á las que han pervertido y reducido á su falsa secta.

El invicto mártir, muy sereno y animoso le dijo: «No has hecho en esto oficio de Obispo, sino de verdugo.»

No lo hubo acabado de decir, cuando, como si se hubiera dado señal, llo-

sobre él de todas partes bofetones, golpes y puñadas; otros le araña-
n las uñas, otros le arrancaban las barbas que traia crecidas para disi-
:, otros el cabello: y acabaran con él, si el conde Flemingo, movido
trocidad del caso, con su autoridad y persona no hubiera detenido á
: le maltrataban tan bárbaramente.
nas volvió en sí el siervo de Dios despues de tantos golpes como le
dado en la cabeza, cuando le mandan desnudar.
ron luego á hacerlo los ministros, y en un momento le despojaron de
stidos, unos quitándole las cintas, otros los botones, hasta dejarle
o.
íronle el Breviario y un compendio de todas las controversias de reli-
lo demás que tenia consigo, y al dia siguiente le tomaron en su posa-
rnamentos, cartas y papeles.
nazaban al santo varon con la muerte y grandes tormentos; pero él
a riendo de sus amenazas y de los fieros que le hacian y semblantes
que le mostraban.
anle que le habian de meter en el cepo: el mártir les decia que fue-
bres de su palabra, pidiéndoles que cumpliesen lo que prometian.
n ellos que no querian usar de tanto rigor, sino de mayor cortesía y
d con él; mas el santo confesor les replicaba: «Sabed que no es cor-
nentir y faltar á la palabra, porque prometeis lo que no haceis.»
illaba á todos la constancia y libertad del Padre: díjole el alcaide de
que era extraño, porque los presos no solian aterrar, sino rogar á
strados para que no les castiguen.
ndele el santo mártir con risa: «Cuerdamente por cierto; pero así lo
presos que tienen vergüenza y afrenta del delito que han cometi
pesa de su prision, temiendo ser castigados por sus maldades; pero
stoy regocijando y gloriando de la causa de mi pena y prision, la
ra mi triunfo.»
como hablais,» respondió el alcaide. A lo cual replicó el mártir:
ngo mirado, y vos mirad por vuestra cárcel, guardad bien las puer-
á dormir hasta mañana.»
sa maravillosa la grandeza de ánimo y el señorío con que trataba
rejes y enemigos de Cristo, no haciendo más caso de ellos que si
s criados, tratándolos con la santa libertad que la justicia de la
aba, como ellos merecian.
iguiente le llevaron al palacio del Arzobispo, adonde habian con-
an número de predicantes herejes, de señores y varones, y habian
dos del Consejo real.

Iba el siervo de Dios muy indispuesto con los golpes del dia antes; con todo eso, comenzando á disputar con él, les respondió con tal viveza y picante, que quedaron corridos y bien pesarosos de haberse metido en cosas que no podian defender.

Juzgaba este siervo de Dios que era bien de todas maneras confundir á los predicantes y ministros de la herejía, y él lo hacia por una parte con fuertes razones, por otra con tal picante y mordacidad, que quedaban confusos y abrasados.

Preguntáronle luego si era noble; respondió «que sí, pero que antes de él lo habian sido sus padres.»

Pídenle juramento de si habia dicho Misa en los Estados y Señoríos del rey de Inglaterra: respondióles el Padre «que si era eso delito, lo habian de averiguar con testigos, y no con tomarle á él juramento.» «Probarémoslo, dijeron, con el testimonio de muchos que lo vieron.»

No queria hacer mal á otros el siervo de Dios; y así, no quiso declararse totalmente, por lo cual respondió: «Si teneis testigos de satisfaccion, sea enhorabuena y contentaos con ellos, que yo con negar no quitaré la fuerza de su testimonio ni lo confirmaré con mi confesion hasta que me esté bien.»

Preguntáronle más, si acaso era sacerdote, díjoles: «Con los mismos testigos con que me probáredes haber dicho Misa, probareis que soy sacerdote.»

Pregúntanle cómo se llama: «Si me teneis, dice, por sospechoso, ¿para qué me preguntais esas cosas? sacad á luz y probad algun delito, probándole con testigos; porque no me teneis tan obligado que por daros gusto diga cosa ninguna. Yo sólo diré y os daré lo que sólo conforme á las leyes debo, y más no.»

Pregúntanle si reconoce al rey: «Jacobo es, responde él, que es ahora rey de Escocia.»

Mándanle que jure. Pregunta qué ha de jurar. Dicen ellos. «Porque los jueces por mandado y autoridad del rey conozcan si maquinais algo contra el Estado público y os purgueis con el juramento, y si no, sereis tenido por culpado.»

No lo quiso hacer, respondiendo: «El jurar en balde es pecado contra el segundo mandamiento que dice: *No jurarás el nombre de Dios en vano*, y yo hiciera esto, si invocara á Dios por testigo de mi inocencia, sabiendo que por las leyes no me aprovecha nada semejante juramento; las cuales en causas criminales no admiten juramento, y con grande razon, porque muchas veces el amor propio hiciera á muchos jurar falso con daño grande de sus almas sólo por la vida del cuerpo, y así, examinan estas causas con testigos.

»Por lo cual, pues no tengo obligacion de jurar en vano quebrantando

ndamiento, tampoco tengo obligacion de purgarme con juramento de
itos que me acusais; pero si teneis algo contra mí, probadlo con testi-
si esto no podeis, ¿por qué molestais y afligís á un inocente?»
licaron los tiranos: «¿De manera que del todo os cerrais en no querer
or mandado del rey?» «En lo que se manda que no es contra la ley de
dice el Padre, justo es que se obedezca al rey; decidme qué quereis
'e.»
ponden los herejes: «Que direis sin equivocacion, ni reservacion men-
o lo que os preguntáremos.»
pondió el Padre: «Aunque no estoy obligado por ley alguna, con todo
aré que diré todo lo que me pareciere. Y si fuere preguntado de otra
iré que no lo quiero decir.»
úntanle. ¿Y qué es lo que no quereis decir? Respondió: «Todo lo que en
manera me pudiere perjudicar á mí ó al prójimo inocente descubrien-
católicos que favorecen la obediencia del Pontífice Romano, cuyas
enen en este reino evidente peligro por la malicia de los predicantes.»
or qué (dicen) no quereis decir eso? Respondió: «Porque ni estoy
), ni quiero ofender á Dios.
ieramente, no estoy obligado á pecar, lo cual hiciera si lastimara al
inocente.
egundo, la raíz de todas las leyes es el derecho natural, y la natura-
tende su conservacion y no su ruina. Y yo hiciera contra ese dere-
ıral, y en él contra todo otro derecho, si me descubriera á mí mis-
e hiciese daño, y á los que me hubiesen asistido.
r eso, ni contra mí ni contra ningun inocente quiero decir cosa nin-
jurar alguna cosa mala ó dañosa.»
iente, despues de largas contiendas, y para librarse de preguntas
is y llenas de envidia y engaño, habiéndole mandado que jurase
e lo que quisiese, juró y dijo su nombre, familia, patria, parientes,
dónde habia estudiado, orden y Religion.
egando á preguntarle si habia dicho Misas en los Estados y Seño-
ey, respondió con gran libertad:
por los edictos del rey y decretos del Parlamento me perjudica á
rójimo, y no toca al fuero del rey; y así, no estoy obligado á decir-
e por ninguna ley estoy obligado á echarme á perder á mí y á
centes.
ieces han de inquerir de los delitos, si los hay, y no de los sacrifi-
iero del rey pertenecen hurtos, traiciones, homicidios, hechizos y
cramentos de la religion.»

No tuvieron qué decir los tiranos, sino que el rey no era lego. Respondió el mártir con mayor resolucion, «que no era sacerdote, ni áun tenia grados ó corona.»

Con lo cual pasaron á preguntarle por qué habia entrado en Escocia. Respondió claramente: «Yo entré para hacer guerra á la herejía.»

Preguntáronle: «¿Quién os ha dado jurisdiccion; pues no la teneis del rey, ni de Obispo ninguno?» Respondió el valeroso soldado de Cristo, riéndose, «que el rey y todos ellos no eran más que legos y sin órden alguna, y que así, no tenian jurisdiccion espiritual ninguna.

»Que las ovejas de Cristo fueron encomendadas á S. Pedro, y quien las quisiere apacentar en cualquiera parte del mundo, ha de pedir la jurisdiccion á la Sede Apostólica, á donde, conforme á la promesa de Cristo, con la asistencia infalible del Espíritu Santo y continua sucesion de personas, se conserva y conservará hasta el fin del mundo la autoridad y potestad concedida al Príncipe de los Apóstoles, con la cual Pedro fué establecido para piedra fundamental de la Iglesia, para que fuese Cefas, y se llamase Pedro.

»De aquí (dice) es mi jurisdiccion, la cual por vía ordinaria, contando por todos los Pontífices pasados, puedo reducir al mismo Cristo.»

Dícenle que es crímen *laesae maiestatis* afirmar que el Papa tiene jurisdiccion espiritual en los Estados y Señoríos del rey. Respondió el santo mártir: «Pues sabed que es de fe que la tiene.»

Cuando oyeron esto los herejes, salian de sí de puro furor y saña.

Pregúntanle si se atrevia á firmarlo de su nombre; respondió: «Y con la sangre, si fuere menester;» y así lo firmó.

Tórnanle á preguntar, si el Papa puede deponer al rey. Respondió «que al rey legítimo é hijo obediente de la Iglesia como á tal, no puede:» y preguntándole, si podrá siendo hereje, añadió «que es opinion de muchos doctores que puede.»

Apretándole más, ¿qué era lo que él sentia? respondió: «Cuando se defina que es de fe, moriré por ello; y cuando fuere juez del rey y del Papa, diré lo que el Papa puede y el rey merece.

»Ahora no estoy obligado á decir lo que siento, mientras no fuere preguntado jurídicamente del juez de las controversias de la religion, que es el Papa ó quien de él tuviere autoridad.»

Preguntándole luego de aquella tan nombrada conjuracion de la pólvora, dijo que aborrecia los parricidios, y que no le parecia bien.

Replicáronle los herejes: «Pues los jesuitas y papistas enseñan esa doctrina.» A lo cual respondió, «que leyesen los que quisiesen los Actos del Concilio Constanciense, y verian cómo los herejes son los que la enseñan, y los

condenan los católicos, porque Wiclef enseña que los súbditos pue-
ıtar á sus señores, cuando pecan, porque entónces pierden su sacer-
lo cual todo condenó el Concilio.»
nás: «La conjuracion de la pólvora sólo fué de unos pocos caballe-
la córte, pero no fué así la vuestra de 15 de setiembre, cuando
ıcha gente armada quisisteis en el mismo palacio matar al rey con los
Consejo, lo cual pusiérades por obra, si la guarda, ayudada con el con-
le los oficiales, no le librara de vuestras manos.
s mil hombres hay el dia de hoy en Edimburgo que tomaron aquel
armas, y otros tantos me pueden ser testigos que tres predicantes
ıban al pueblo á pelear valerosamente, apellidando Dios y la Iglesia,
otra parte Dios y el rey, y por este hecho la ciudad de Edimburgo
ı ser quemada.
verdad es que la sentenciaron y condenaron en gran suma de dinero;
ntentos con eso vuestro Aquíles, el mayor de los predicantes, que
léjos de aquí, Roberto Brusio, escribió al padre del marqués de
n que viniese para quitar la corona al rey, que no la merecia, pues
a á los *papistas;* que él y los suyos le favorecerian; pero el marqués
cartas al rey, y algunos predicantes fueron desterrados.
ı conjuracion ha sido, no de unos pocos de la córte, sino de los pre-
s que públicamente en la plaza levantaron los vasallos contra su rey.
tra los jesuitas no podeis traer cosa ninguna, sino sólo unas sospe-
ntirosas inventadas por la envidia. De lo que he dicho el mismo rey
;o de vista, y otros muchos.»
sta ocasion le preguntaron muchas cosas del P. Enrique Garneto; á
s respondió, que murió sin culpa, y que por todo el mundo no po-
ıbrir el nombre del que se habia confesado sacramentalmente con él.
ntónces el Arzobispo: «Si alguno me confesara algo contra la vida
sin duda descubriera el nombre del penitente.»
ndióle el mártir que nadie se podia confesar con él. Dijeron tam-
e por eso habia canonizado el Papa al P. Garneto. Preguntóles el
mo lo sabian: dijeron: «Porque está pintado en Roma entre vues-
tires.»
flaco argumento es (dijo) el que se toma de los pintores y poetas;
eso, digo que es mártir, si le mataron por no descubrir el sigilo de
ion, y si el Papa le ha declarado por mártir, yo daré la vida en de-
que lo es.»
ntónces el Arzobispo: «Quitaos de ahí con vuestras hipóteses y su
es; decid claramente lo que sentís.»

Respondió el Padre: «Si es verdad lo que escribió desde la cárcel, y fueron testigos los embajadores de dos reyes, que lo dieron por escrito, y otros muchos caballeros, y yo pasando por Inglaterra lo leí; él murió bien, y santamente, y sin culpa de la conjuracion de la pólvora.»

Contra esto alegaron los autos públicos. Díjoles el mártir que siendo, como eran, de enemigos, no se les habia de dar crédito; y que no sabia por qué no le habia de dar á sus autores, dignos de toda fe. «Pero sea lo que fuere (dijo) nadie me ha hecho juez de estas cosas; y así, no tengo de responder más. Yo he venido á mi patria para predicar á Cristo y no á Garneto; yo cuido ahora de mis cosas, como él cuidaba de las suyas, cada uno por sí, y Cristo por todos.»

Habia ya veinte y seis horas que ni comia ni bebia el confesor de Cristo, y tenia calentura; y aunque estaba muy caluroso con el fervor de la disputa, pero con un paroxismo que le sobrevino, comenzó á temblar de frio; y así, le mandaron ir á la lumbre, donde un escocés de cerca de su misma tierra le llenó de injurias, llamándole mal hombre, perjuro, mentiroso y que paliaba su profesion malvada é infame con un apellido honroso; que él haria antes de poco tiempo que el noble apellido de los Ogilbeos no fuese más afrentado con la infame mancha de los jesuitas; y que si no tuviera cuenta con tantos caballeros que estaban presentes, y en el palacio del Arzobispo, luego le echara en un horno ardiendo.

Estas palabras tan injuriosas oyó el mártir con gran paciencia y serenidad con la cual le respondió que si estaba resuelto á echarle en la lumbre, que no lo podia hacer en ningun tiempo más á propósito que entónces, porque estaba muerto de frio; pero que tuviese cuenta no se esparciesen sus cenizas y carbones por la casa, porque tendria necesidad de barrerla, pues la habia ensuciado.

Con estas y otras gracias hacia burla de las amenazas de aquel hombre de manera que los mismos que estaban presentes y deseaban ver al Padre en otra parte, para dejarle hecho una criba á puñaladas, hacian burla de hombre; y él mismo, conociendo la verdad, le prometió todo favor y ayuda.

Tambien el cónsul de la ciudad afirmó delante de todos que no era el P. Ogilbeo, sino Estuardo y natural de su tierra; que su hermana era predicante y no vivia léjos de la ciudad, y que en ella vivia aún su madre.

No faltaron luego falsos testigos vecinos de la ciudad que lo juraban, y por más señas contaban algunos hurtillos que habia hecho siendo muchacho travesuras y entradas de huertas.

El siervo de Dios lo negaba y ellos afirmaban; todos le condenaban por perjuro.

ı siguiente lo preguntaron á la que decian ser su madre, que no le ió por hijo, porque no tenia pegados los dedos y no parecia bobo, ı hijo, sino demasiado agudo; y así, tornó el Padre á hacer burla de la hacian de él, y con mucha gracia les abrasaba con sus dichos; que darse entre los términos de modestia les picaba mucho, porque era s ortigas, que no con púas, ni con espinas, sino con su vello blan- ı.

ɜron al mártir á la cárcel, donde le ataron con dos argollas á una hierro labrada á modo de pértiga, que pesaba doscientas libras, de que podia sólamente estar sentado y echado de espaldas, pero no ıuerte, ni estar en pié sino muy poco, ni áun para las necesidades es.

varias disputas tuvieron con el siervo de Dios, que siempre alcanzó le los enemigos de la fe, confundiéndolos con sus razones y agudeza, ra que quedaban corridos y muy pesarosos.

ımo Padre en una carta que escribió á nuestro P. General Claudio ı dice de las disputas estas palabras: «Las disputas han sido casi particularmente tres que han sido con los más doctos, y lo mismo on otros diferentes casi cada dia.

os doctos argüimos con silogismos, con los otros con discursos. Y ɜ han quejado que arguyo con demasiada viveza y picante, dos ve- ıtado con ellos por escrito; pero aunque me prometieron la respues- he podido alcanzar.

ı ya no me ve nadie de los que solian disputar; ántes hay mucho me visite nadie, sino es á hurtadillas y pocas veces.

isputas han sido principalmente de la Misa, de S. Pedro, del juez ıtroversias. De la Misa traté, así por escrito como de repente, en for- ɔgismos; de manera que los mismos predicantes comenzaron á de- e sí, y despues nadie me respondia ni acometia.»

ı carta que escribió á un amigo suyo, dice: «Como lo echaban todo me vi forzado á vencer con voces sus voces, no de uno, sino de mu- ›n fervoroso celo y apretar los dientes ha sido necesario reprimir rabia y violencia de los calumniadores.

ınera que, viendo que les daba en rostro con sus vicios verdaderos ı á todo el mundo, comparándolos con las fingidas calumnias y s sospechas contra los católicos, les pesó y tuvieron vergüenza de ıenzado el juego.

ado propuesto el primer silogismo y no sabiendo probar con el se- ɔroposicion que les habia negado, les dije que no podian probar lo

que decian; hice instancia que lo probasen si podian, y si no que defendian una causa mala y falsa, porque quien calla otorga.

»Y añadí que todo lo que yo diria, se lo daria probado y por escrito, para que lo examinasen en su colegio. Quejábanse que distinguia muy á menudo, y que con mis distinciones no les daba lugar para proseguir la disputa.»

Todo esto escribe el fervoroso mártir de lo que le pasaba con los predicantes.

Entre tanto vinieron cartas de Lóndres, mandándole examinar y dar tormento con el quebrantapiernas, que es un género de tormento muy riguroso, para que descubriese los lugares en que habia estado y las personas que eran católicas.

Vinieron tambien comisarios del rey, que condenaron á diez católicos que estaban presos con el santo varon; los cuatro á muerte, unos á la horca, otros á la rueda; y mientras consultaban al rey sobre la sentencia, encerraron los sentenciados en diferentes lugares.

Al P. Ogilbeo llevaron á Edimburgo: en el camino le tiraban pelladas de nieve, arrojaban lodo, echaban á la cara lo que topaban y mil maldiciones, incitándolos el mismo juez provincial, y estándolo mirando los ministros de justicia; y como el siervo de Dios, lleno de contento, picase el caballo por las calles, haciéndole saltar como quien hacia burla de ellos, se espantaban cómo no le derribaba.

Entónces dijo en alta voz un refran escocés, que *es tiempo de caer cuando se corta la cabeza.* «¿Queréis, por ventura, decirme otra cosa ó hacer más de lo hecho?»

Tan de fiesta estaba el valeroso mártir en medio de sus contumelias y escarnios, á imitacion de los Apóstoles, que iban gozándose de haberlos padecido por Cristo.

Cierta mujer le echaba muchas maldiciones, y especialmente hacia burla del rostro maltratado y afligido del santo confesor, á la cual él echaba bendiciones y decia: «Dios bendiga tu buena cara.» La cual luego, compungida, dijo que le pesaba haberle maldecido y que de allí adelante no diria mal de él.

Maravillábanse grandemente los herejes que por las maldiciones echaba el siervo de Dios bendiciones, y se mostraba más alegre y contento á los más enojados con él.

Para que en Edimburgo no fuese conocido por la capa, la trocó con un balandran de camino; pero fué sin provecho alguno, porque cada dia metian dentro de la cárcel cuantos podian, preguntándolos si le habian visto antes y con quién.

a suerte descubrieron que muchos habian estado con el santo varon
y publicaron que secretamente habia sido el traidor que habia
i todos los que ellos descubrieron ó hicieron con amenazas que, por
›sos, se descubriesen á sí y á otros.
o en Edimburgo en las casas del Obispo, trajeron aquel género de
de las botas con que quebrantaban las piernas.
lia le amenazaban con cruelísimos tormentos, si no descubria los lu-
ıs personas con quien habia tratado; y si los descubria, le prometian
lones y la libertad, y si se quisiese volver hereje, le prometian la pre-
de Mefete con un casamiento muy principal, fuera de lo que el rey
nerced.
ıdia el siervo de Dios, riéndose, que por la semejanza del nombre
de ofrecer esta prepositura al P. Mufeto, y no á él, que se llamaba

le que el Padre era muy sencillo. Respondió que era más docto y
él, y que si el Padre no era á propósito, que él tampoco lo seria.
l dia en que se juntaron los del Consejo; llaman al siervo de Cris-
ıtanle á qué posada habia ido recien llegado á aquella ciudad. Res-
e no tenia obligacion de descubrir los lugares ni las personas; que
si es que ya se los habian señalado, habian de inquirir de los de-
de las personas.
le que el rey podia inquirir de las posadas que habia tenido, para
ar si habia maquinado algo contra el estado de la república.
dió que, si la pretension del rey fuera meramente civil, le res-
pero como no le reconocia por juez de lo espiritual, que en esta
espiritual no le podia responder con buena conciencia.
que la querella era meramente civil. Negó el Padre que fuese así,
accion (dice) y potestad moral, como es la del rey, se especifica
ser del fin y circunstancias; el fin del rey es espiritual, porque las
que hace son por odio de la fe, para coger y castigar á los papis-
o atestiguan los encarcelados de Glasgonia y los caballeros cató-
prendieron; porque, si yo descubriera mi posada, los amedrentá-
imiérades de manera, que á los medrosos hiciérades descubrir á
r á otros que han andado conmigo, y así los castigáredes, y yo
de todo el daño y con mi desacierto matara á los inocentes ó los
peligro de negar la fe por el rigor de vuestra persecucion, todo
ı contra Dios y el prójimo, y por el consiguiente grande pecado.
ndo así que nadie está obligado á pecar contra Dios y el prójimo,
acer, no tengo obligacion de responder á esa pregunta, porque,

concediéndoos una proposicion, seria tambien forzoso conceder la consecuencia con perjuicio de mi alma, ofensa de Dios y daño del prójimo.»

Segun eso, dicen los herejes, ¿no quereis obedecer al rey? «Yo daré al rey todo lo que le debo,» responde el siervo de Dios: «pues el rey, replican ellos, veda las Misas y vos las decís.»

A esto con grande brío respondió el mártir: «Juzgad vosotros si tengo de obedecer á Cristo ó al rey. El rey veda las Misas y Cristo las instituyó y mandó decir, como lo probaré si quereis. Y si el rey condena lo que instituyó Cristo, ¿cómo no quiere ser llamado perseguidor de Cristo?»

Alegaron los tiranos que el rey de Francia habia desterrado á los protestantes, y el de España los quemaba por causa de la religion.

«No es así, responde el invicto confesor de Cristo, porque ni Francisco desterró de Francia, ni Felipe quema en España por la religion, sino por la herejía, la cual no es religion sino rebelion.»

No sabian los herejes qué decir ni qué hacer, viendo la santa libertad del soldado de Cristo y la resolucion con que calificaba su secta, haciendo burla de ella y dándola el nombre que verdaderamente merecia; porque, así como los alquimistas prometiendo hacer oro no hacen más que resolver en humo y vapores los metales que para eso juntan, así los herejes queriendo reformar la verdadera religion, no hacen más que dertruir sus verdades y misterios.

Acusaron luego al siervo de Dios que no habia podido entrar en el reino contra la voluntad del rey, á lo cual respondió: «El rey no podia sin causa legítima vedarme mi patria, pues yo soy tan natural súbdito, como él es rey.»

Pero con razon (dicen los herejes) se recela de vosotros, jesuitas, así para resguardo y seguridad de su persona como de sus Estados.

A esto replicó el Padre: «Haga sólamente lo que ha hecho su madre y todos los reyes de Escocia sus antecesores, y no tendrá por qué temer á los jesuitas más que el rey de España; ¿qué más debemos al rey que nuestros antepasados á sus antepasados?, y si todo el derecho que tiene al reino lo tiene de ellos, ¿por qué pide más de lo que ellos por derecho de herencia le han dejado? Ellos ni tuvieron jamás jurisdiccion espiritual, ni la usurparon, ni tuvieron otra fe si no es la romana.»

Enojáronse grandemente con esta respuesta, y uno de los consejeros más airado dijo que aquella junta no era para disputar.

Respodió el Padre: «Ni yo tampoco disputo, sólo muestro que no debo ser privado de mi patria y que no toca al rey lo que pedís, pues no he cometido ningun delito; y, si algo he hecho, prueben con testigos en qué he ofendido á la república ó alguna parte de ella, y pues no podeis probar nada de eso, ¿por qué me molestais?»

entónces uno de ellos: «Vos no os podeis librar mejor de la sospecha
njuracion que diciendo: Aquí estuve con fulano y fulano; esto y esto
Escocia. Preguntadles, y si me convencieren, yo me daré por culpa-
sí lo hiciéredes no nos dejáredes de qué asir, pero como callais y no
descubrir á nadie, os haceis sospechoso que lo haceis, porque vues-
nplices no os descubran.»
ded cuidado (respondió el Padre) que yo tomaré ese consejo cuando
ıviere bien, ahora no me cumple; lo primero, porque, ofendiendo á
· siendo traidor y causa de la perdicion de mi prójimo, mataria mi

segundo, porque ahora no aprovechara, ántes hiciera daño, porque
ser que vuestros espantos y amenazas por una parte, y por otra los
entos del rey, me hicieran inconstante, y que algunos por daros gus-
ı alguna conjuracion, para gozar de la liberalidad del rey, con que en
te tuviérades alguna capa para encubrir vuestra crueldad, y ahora
reveis á castigarme como quisiérades por miedo de la infamia.»
le que el rey no mata á nadie por la religion. Preguntó entónces,
habian sentenciado á los de Glasgonia á ruedas y horcas.
le que no les obligue atormentarle á él conforme al órden del rey.
dió que no diria otra cosa, que hiciesen lo que quisiesen.»
ntáronle más, si defendia la doctrina del P. Suarez. Respondió que
leido su libro; que si algo tiene que no sea de fe, él defienda su
que no era guarda ni defensor de Suarez, pero que si alguno
futar lo que dice, que escriba otro libro mejor que el suyo.
to porque era muy tarde, le dijeron: «Ya es de noche y nosotros te-
ras cosas en qué entender; mirad entre tanto que otra vez nos tor-
juntar, si quereis dar gusto al rey ó poneros á peligro de padecer
ero de tormentos.»
ıdió que ya habia tomado resolucion, de lo que habia de hacer, y
e les habia dicho.
o, habiéndole mandado que se fuese, consultaron entre sí con qué
le harian decir todo lo que quisiesen, y resolvieron que con hacer-
n dejarle tomar reposo alguno, y así, le tuvieron ocho dias y nueve
teras sin sueño, picándole continuamente con punzones, alfileres,
llizcos, bañando con sangre todos sus miembros, amenazándole
ntos terribles y prometiéndole maravillas; de manera que por toda
oló la fama de su extraña vela, indignándose muchos contra los
npadeciéndose y admirándose de la constancia del siervo de Dios.
condes y barones vinieron á persuadirle que diese gusto al rey;

pero como por sus razones no alcanzasen otra cosa sino razones, estando ya sin esperanza de hacer mella en aquel pecho fuerte, dijo el Arzobispo que de buena gana daria una grande suma de dinero á trueque de no haberse metido con el P. Ogilbeo.

Como cierto caballero á cuyo cargo estaba el darle el tormento de la vela, dijese delante de mucha gente que él y los suyos le harian dar atrocísimos tormentos, y que no dejaria de importunar al Consejo hasta que despues de muerto con muchos tormentos fuese su cabeza colgada en la puerta occidental de la ciudad, para ejemplo de su pertinacia y obstinacion; respondió el Padre:

«Señores verdugos honrados, yo no os temo nada en este negocio, ni se me da nada de todos vosotros: haced lo que quisiéredes segun el dictámen de vuestra maldad y herejía. Jamás he rogado, ni rogaré á ninguno. Siempre os he menospreciado; yo puedo y quiero padecer más y de mejor gana por esta causa, que vosotros con todas vuestras fuerzas me podeis atormentar.

»Dejad ya de darme en rostro con esas cosas; decidlas á las mujeres delicadas, porque á mi no me derriba, ni desmaya eso; ántes me enciende y anima más, y no se me da más de las amenazas de todos vosotros, que del graznar de otros tantos gansos.»

Esta respuesta tan varonil causó silencio y admiracion en los circunstantes, y aquel caballero se fué callando, dejando al Padre con las guardas.

Pero de ahí á poco volvió, preguntándole blanda y amorosamente si le faltaba algo. Respondió con gracia, que cama para dormir. Díjole más humano, que lo que habia dicho lo habia hecho por razon de estado, por respeto de los circunstantes.

Pero el Padre conocia el ánimo bárbaro y cruel del hombre, y así, le dijo que no se le daba nada, y que no queria revocar nada, ni desdecirse de cosa de las que habia dicho; que bien sabia lo que se hacia y con quién y cómo trataba.

Al cabo de diez dias volvieron los del Consejo á llamarle. Estaba el Padre muy flaco, porque el velar tantas noches y dias le habia debilitado de manera que apénas sabia lo que decia ó hacia, ó adónde estaba, ó en qué ciudad; y con todo eso, con la buena ocasion venian entónces muchas veces los predicantes á importunarle.

Llamado, pues, del Consejo, comienzan á blasonar su clemencia, diciendo que le habian querido dar un tiento con el tormento de la vela, y no quebrantarle las piernas.

Respondió con igual ánimo el siervo de Dios, que si se las hubieran que-

do, pudiera ganar la vida, haciéndose llevar á las escuelas ó á la igle
señando ó ejercitando los ministerios de sacerdote en algun confesio-
pero habiéndosele casi acabado la parte sensitiva, ¿qué otra cosa peor
an haber hecho, sino es dándole la muerte? supuesto que, segun su vo-
habia de servir á Cristo y á su Iglesia con el uso y ejercicio de su
miento y no de las piernas; que si ponian todas sus fuerzas para con-
, fuera su conversion de predicantes, que es, de hombre de juicio ha-
n juicio y de jesuita, necio.»
nle, que si no obedece al rey, que habian de ejecutar en él cosas más
respondió: «Aunque hubiera tenido voluntad de decíroslo todo, ahora
jera, porque no parezca que lo digo forzado, y que me dejo mover y
or el sentido como bestia, y no como hombre por la razon.
pad, dice, este tormento de las botas y quebrantapiernas: yo mostraré
avor de Dios, que en este negocio no estimo en más mis piernas, que
; vuestras ligas.
ne estimo en más, y entiendo que nací para mayores cosas que para
llevar de mis sentidos; pero no confío en mí, sino en la gracia de
así, respondo que no quiero añadir ni quitar nada de lo dicho: si que-
er algo, sea presto.»
entónces el Arzobispo: «Vos hablais con pasion; ninguno hay que
norir presto, pudiendo fácilmente conservar su vida como vos po-
ptando lo que se os ofrece con la gracia del rey.»
ndió el varon esforzado, que no hablaba con pasion, sino con un
suelto y deliberado, y que guardaria su vida, si podia, como no se
zado á perderla por Cristo; pero no pudiendo lo uno y lo otro, que
buena gana perderia lo que vale ménos por lo que vale más.
sto, cansado de velar y estar en pié, le volvieron al aposento adonde
conde de la provincia de Glasgonia le recibió con muchas injurias
s.
nzó á dar voces y afearle la dureza de su corazon, que siendo esco-
reviese á no querer dar gusto al rey en cosa ninguna, diciendo que
ey le hiciera cocer en cera.
que no le podia aplacar con buen término, el mártir se reia de todo,
ó á fisgar de él, diciendo que si Dios le quisiera hacer rey, le hicie-
screto; y como le brindase sobre mesa y el vizconde no le quisiese
azon, comenzó á entretenerse más con él, de manera que le vino á
orrer, riéndose los demás, y el Arzobispo más que nadie, diciendo
habíale pintado tan vivamente, como si desde niño le hubiera co-

El dia siguiente, á la vuelta de Glasgonia, le convidó amigablemente, para que viese sus jardines y casa, y regaló mucho.

Antes que prendiesen al Padre, solia en casa de los herejes rezar las Horas de noche cuando estaban durmiendo: uno de ellos tuvo cuenta, y vió que hablaba entre dientes y que encendia una vela de cera: parecióle que debia de ser hechicero, y así lo dijo despues que lo prendieron; y por esta vía se publicó por todo el reino con risa de los más cuerdos.

Puso mucho de su casa mintiendo aquel hombre; porque decia, que alrededor del Padre andaban muchos animalejos negros, á quien daba cierto género de comida y que hablaba con ellos.

Reíase el siervo de Dios de los predicantes que se lo contaban, y no quiso responder á esta calumnia con otra cosa sino con decir la verdad, que rezaba las Horas canónicas de la Iglesia Romana.

Diciendo el Obispo de las islas, Andrés Knonio, que tambien podia decir Misa como él, preguntóle el Padre si era sacerdote: dijo que no, y replicó el mártir: «Luego no sois Obispo, ni podeis decir Misa.»

Respondió que, como él quisiera dejar invenciones de hombres y seguir la religion que predicaron los Apóstoles y ellos profesaban, no le faltaria nada, porque tenia grande ánimo y agudo entendimiento.

«Buena religion es la vuestra (le dice el mártir) pues áun no tiene diez años; porque, cuando yo era niño, teníades por artículo de fe que ni habia ni se debia llamar otro Cabeza de la Iglesia, sino sólo Cristo, y ahora todos jurais y firmais que el rey es cabeza de la Iglesia en sus Estados y Señoríos: vosotros mismos en otro tiempo jurastes y firmastes lo contrario.»

Esa no es doctrina Apóstolica. San Pablo dice: «Si destruyere lo que he reedificado, yo mismo me hago prevaricador; como quien dice, trastueco el el órden y verdad de las cosas.»

Volviéndose á hablar con el Obispo de las islas, le dijo: «Vos predicastes en Palesto contra los obispados y dijistes públicamente que lo diríades á cualquiera, que era demonio y que merecia que le escupiesen en la cara el que quisiese ser Obispo; y quince dias despues lo venistes á ser, y no contento con el obispado de las islas, habeis aceptado otro mejor de Irlanda.

»Guillermo Andrés Coupeto ha sacado un libro contra el grado de los obispos, y ahora es Obispo de Galovidia. ¿Y, por ventura, todos los predicantes de Escocia no habeis jurado y firmado en una junta pública que el nombre y oficio del Obispo era una cosa abominable, y que en ninguna manera se habia de sufrir en la Iglesia de Dios, y ahora enseñais todo lo contrario? Decidme, os ruego, ¿no sois, por ventura, prevaricadores, segun el Apóstol?»

e el Obispo que no; pero que estaban más alumbrados con la ver-
|ue veian más que antes. Replicó con gracia el Padre: «Bien está eso;
iiendo obispos, teneis vista para contar mil de vuestras rentas, no la
› siendo predicantes, para contar ciento.
' decidme, si los artículos eran entónces verdaderos, ¿por qué son
ıora? y si entónces eran falsos, ¿quién ahora los hizo verdaderos?
:ntónces era palabra de Dios lo que enseñábades, y lo es tambien
que enseñais de nuevo?
prevaricadora doctrina es esta que destruye lo que ha edificado;
ıbra mentirosa es esta, qué Dios contradictorio es este cuya palabra
.?
ıdes entónces que era la luz de la verdad; pues si entónces teniamos
ın de creeros, ¿por qué hemos de creer ahora á unos perjuros? Y si
hemos de creer, ¿por qué autoridad ó razon os debiamos creer
? porque, así ahora como entónces, alegábades la sagrada Escritura.
:ngaño, ó vuestra doctrina es aquella maldad é iniquidad que se
sí misma.»
ıtónces el Obispo: «Señor Ogilbeo, verdaderamente vos teneis es-
andemente me holgara que muchos como vos me siguieran, que
ıtara bien.»
ıdió el mártir: «Más quisiera seguir al verdugo á la horca; porque
is derecho al infierno con el demonio.»
falso Obispo: «¿Pues cómo me hablais de esa suerte?» Respondió
«Perdonadme, señor, que yo no sé el estilo de palacio: nosotros, je-
:imos lo que sentimos, no os quiero lisonjear; yo os honro por la
:ivil, y respeto vuestras canas, y cedo á la edad; pero por lo que
eligion y obispado, no os estimo en nada.
sois, y no teneis más jurisdiccion espiritual que vuestro báculo. Si
que os diga lo que siento de vos, mandadme callar y no hablaré
si quereis que hable, diré lo que siento, y no al sabor de vues-
r.»
ónces el obispo: «Pésame que la pobreza de protestante os ha he
*a.*» Respondió el mártir: «Vos me quereis medir con vuestro pié,
e por lo que ha pasado por vos, que por dos obispados habeis re-
otros tantos artículos de la fe.
mayorazgo de mi padre; y aunque no supiera letras, pudiera con
›nio llenar el lugar de un caballero principal; y si quisiera mudar
mo vos, pudiera tener no poca renta con la gracia del rey.» Con
el hereje enojado, y el mártir se quedó riendo.

Dijo despues el Arzobispo en el Consejo del Canciller, estando ausente e P. Ogilbeo, que en aquel reino no habia entrado otro como él.

Otra vez en un convite dijo que si Ogilbeo escapaba, él queria ser ahor cado en su lugar; porque si se escapara, *metiera pólvora en las ollas:* es est un refran de Escocia muy significativo.

Con todo eso, cuando estaba con el mártir, hablaba con mucha cortesía Todo su negocio era preguntarle los lugares y personas con quien habia tra tado para castigarlos.

Espantábanse mucho los tiranos que no se entristeciese el siervo de Dio sino por las molestias que hacian á otros, y que se holgaba con su propia cruz

Guardaban con todos los modos posibles que nadie le dijese una sóla pa labra, sino es estando presente su guarda, ni le diese papel ó pluma.

Raras veces entraba á verle alguno, si no es para hacer escarnio y burl de él; y si alguno entraba, le tenian por sospechoso ó le maltrataban, si n escarnecia del santo varon.

Llegó á Glasgonia la víspera del Nacimiento del Señor, y atáronle co entrambos pies á la pértiga de hierro, aunque despues le dejaron el uno libr asegurando al hierro con un candado y dos cuñas de hierro, para que no ca yese en alguna grave enfermedad de estar siempre echado de espaldas.

En esta sazon volvieron las cartas de Lóndres, con las cuales fué llamad á la junta de los Grandes: mandáronle responder.

En la mesa estaban los libros del P. Suarez y el Cardenal Belarmino Pregúntanle si el Papa puede deponer á un rey hereje. Respondió: «Senten cia es de muchos hombres doctos que puede, y es doctrina muy probable; y cuando fuere definido ser de fe, daré por ella la vida: mientras eso no se hi ciere, no estoy obligado á decir lo que siento, si no fuere preguntado jurídi camente del juez de las controversias de la religion, que es el Papa ó el que de él tuviere autoridad.»

Lo segundo le preguntaron si es lícito matar á un rey descomulgado por órden del Papa. A esta pregunta dijo el Padre:

«Vosotros no teneis jurisdiccion espiritual ninguna; y así, porque no pa rezca que reconozco en el rey alguna jurisdiccion espiritual, no quiero res ponder á pregunta ninguna que toque á la doctrina cristiana.

»Pero si me preguntásedes para aprender, respondiera; mas, pues me pr guntais como jueces, no puedo con buena conciencia decir lo que siento.

Condenó luego el santo mártir los dos juramentos que se piden á los i gleses; es á saber, que el rey es Cabeza de la Iglesia y que en todo y p todo tienen sus vasallos obligacion de darle la obediencia.

Preguntándole si el Papa tiene jurisdiccion sobre el rey, respondió que

es cristiano bautizado. ¿Si puede descomulgar al rey? respondió, ıede. Y preguntando: ¿cómo le puede descomulgar no siendo de ı? respondió:
reje es de la Iglesia en órden á poderle castigar, no en cuanto á la ıcion de los dones y carismas de la salvacion. Porque, así como el e prender y castigar los ladrones, así el Papa puede y debe castierejes rebeldes y fugitivos de la santa Madre Iglesia; porque el Papa derecho sobre un hombre en el punto que se bautiza, porque enıtra en la Iglesia y viene á ser miembro del cuerpo místico y oveja y de Cristo, cuyo Pastor es el Papa.»
ıtónces el Arzobispo: «Esto será causa que muchos aborrezcan el .» Respondió el Padre que bien podria ser que así lo hiciesen los que menosprecian el humilde yugo de Cristo, y con su príncipe el ɔuscan su gloria y honra, y no la de Cristo; pero otros no lo ha-

ɔbispo, de quien muchas veces se ha hecho mencion, envió al rey :ion de las disputas y de todo lo que habia pasado, añadiendo alumnias y echando muchas cosas á mala parte, porque habia juıcerle morir; la cual relacion firmó él y todos los caballeros que se lado presentes.
ıo Arzobispo quitó el oficio al alcaide de la cárcel, porque parecia tan riguroso y cruel con el preso; y en su lugar puso á su mayorıbre feroz y bárbaro, que le dejaba cargado de hierro y en conad, y, no fiándose de los candados que apretaban aquellos grillos s de los pies, encajaba en los remates cuñas de hierro remachadas a.
ıde era el miedo no se les escapase, siendo así que el mártir solia ıo quebrantaria las prisiones aunque fuesen de cera, ni saldria lara las puertas de la cárcel de par en par abiertas, por no desam:ausa tan justa, hasta que la Providencia divina tuviese por bien a cosa.
e allegaron algunas extraordinarias velas, sucediéndose por su ciudadanos á otros que le metiesen por las carnes punzones, ındolas todas, y de todas maneras le molestasen para que no

:l Arzobispo en Edimburgo, y sabiendo que su mujer trataba meı al preso (y sucedia esto sólamente cuando habia brindado más ario, que así lo suelen usar aquellas arzobispas) la mandó llamar, al mártir de este consuelo.

Finalmente, llegaron las cartas del rey en que mandaba que muriese Og beo, si no revocaba los artículos que habia firmado.

Como esto se publicase, y llegase á su noticia, y le preguntasen las gua das cómo estaba, respondió que atado en el suelo y cargado de hierro. l les preguntó si tenian algo de nuevo, y diciendo que no, les dijo: «Pues y os quiero dar una buena nueva, y es que un sacerdote morirá mañana esotro dia.»

Entre tanto volvió el Arzobispo de Edimburgo acompañado de mucho caballeros y otros enemigos mortales de la fe católica, para dar sentencia ca pital contra el mártir. El cual la noche antes de su muerte se lavó los pie y convidó á todos los presentes á que el dia siguiente asistiesen á sus bodas

Habiendo pasado aquella noche con mucho desasosiego por el grande al boroto y ruido de las guardas, luego que amaneció, pidió un poco de luga para encomendarse á Dios; y habiéndolo alcanzado, los echó á todos fuera, hasta que vino la justicia acompañada con gente del lugar armada, diciendo que aguardaba al preso.

Preguntóle si estaba aparejado: y respondiendo que habia mucho tiempo que lo estaba y deseaba aquella hora, le sacaron de la cárcel cubierto y ce ñido debajo de los brazos con una capa corta y vieja, que apénas le cubria el cuerpo, porque el mayordomo del Arzobispo le habia tomado la suya.

Como fuesen caminando para el suplicio, concurrió al espectáculo de todas partes mucha gente, así hombres como mujeres de toda suerte, particularmente las mujeres y parientes de los que habian estado presos con él y ya estaban sentenciados, los cuales pocos dias antes le habian dicho muchas injurias y tirado pellas de nieve, pensando que habia sido causa de todas sus desgracias.

Pero ahora, estando mejor informados y viendo su inocencia, constancia y fidelidad, y que no habia querido descubrir un católico tan sólo; le echaban mil bendiciones deshaciéndose en lágrimas, y lo mismo hacian todos los demás, aunque herejes.

Llegando, pues, á los estrados adonde estaban sentados los jueces de la maldad en el lugar diputado para examinar los malhechores, le presentaron con la cabeza descubierta, y habiendo nombrado los jueces asesores, le pre guntaron si tenia alguna excepcion ó tacha que les oponer, ó si queria po ner su causa en sus manos y ser de ellos juzgado.

Respondió el mártir: «O son amigos ó enemigos: si amigos, tenemos u mismo negocio, y así, tienen obligacion de ser compañeros de mi trabajo; s enemigos, no me pueden ser justos jueces.»

Respondieron: «Luego será menester traeros jueces de Roma ó llama

ue oyeron vuestras Misas.» A lo cual respondió el mártir: «Estos
nejor sabian proveer sus casas y familias con sus tratos y merca-
e residir en el juicio de causas criminales.»
tónces el Arzobispo que él los habia hecho pobres. Respondió el
'os sois el que habeis hecho eso, debilitándolos con la hediondez
de la cárcel, y chupándoles sus haciendas, por verse forzados á
obispo lo que les sobraba para redimir su vejacion. Pero yo á nin-
do cargoso; sólo he procurado alentar á los mios con consuelos
s y conservarlos enteros en la fe contra las herejías.»
ıdo á eso el Arzobispo que mentia, le dijo: «Decid, os ruego, si
definicion de la mentira. Yo digo lo que siento y lo que sé que
»
ıdo si queria admitir entre los jueces á cierto caballero de quién
ıecha que era católico, y no sólamente estaba indiciado, pero acu-
l P. Ogilbeo habia dicho Misa en su casa; respondió, para librar-
·o, que le tenia por sospechoso; «porque habiendo sido acusado
reto mártir) por mi respeto, podrá ser que, acordándose de la in
elva contra mí.»
siendo examinado como antes delante de estos jueces asesores,
todo en la forma que muchas veces lo habia hecho. Y siendo pre-
mo otras veces, acerca de aquellas dos preguntas, si el Papa pue-
reino al rey descomulgado, y si puede dar licencia para que le
, que no respondia nada.
los jueces instancia, diciendo que el silencio en este negocio
onfesion, respondió: «Juzgadme por mis palabras y obras, y á
:s este oficio) dejad el juicio de los pensamientos.»
a, replicaron, que ¿no quereis obedecer al rey en este particu-
o lo que estoy obligado (dijo el mártir) seré obedientísimo al rey;
guno acometiera su Estado temporal, yo diera de buena gana la
a de mi sangre para defenderle.
las cosas espirituales, en las cuales el rey se usurpa la jurisdic-
lo, ni debo obedecerle. Pero mire el rey que, usurpando el dere-
) pierda el propio.
no tengo de responder á nada de eso, porque no parezca que
ı el rey la jurisdiccion espiritual que no tiene. Podria ser que
de otra suerte, si alguno por vía de consejo me pusiera esas pre-

dijo uno de los asesores, os pregunto eso por vía de consejo y·
ándoos sobre estas dificultades.»

»Cosa ridícula me parece, dijo el mártir, que siendo juez y yo reo acusado criminalmente, me pidais consejo sobre estos artículos; y así, no diré nada delante de los jueces acerca de estas cosas, mientras la Iglesia no determinare alguna cosa cierta; porque sólamente pretendeis cogerme en mis palabras, y buscar alguna capa para encubrir vuestra crueldad, con que me deseais la muerte.

»Paréceme que sois como un enjambre de moscas, que tienen cercado un plato lleno de grasa, ó como los pescadores que en el estanque tienen cercados los pececillos con redes por todas partes.»

Preguntado despues si le parecian bien los parricidios, dijo, que abominaba de ellos. Juntándose luego los jueces para dar sus votos en la sentencia de su muerte, les dijo que se acordasen del estrecho juicio de Dios, dándoles en rostro con sus injustas sentencias, que habian pronunciado contra los católicos.

Entre tanto le preguntó el Arzobispo que, si le perdonaran la vida y sólamente le sentenciaran á destierro, si volveria otra vez á su patria. «Si por algun delito, dijo el mártir, me desterraran, yo tendria cuidado de no volver; pero desterrado por esta causa que defiendo, no dejaria de volver: y ojalá cada uno de mis cabellos pudiese convertir mil almas á la fe católica, y en primer lugar á vos, Arzobispo.

»Entiendo, que estos vuestros estatutos, hechos sin ley y sin autoridad contra los que guardan la verdadera religion, no obligan en conciencia, particularmente teniendo yo de mi parte todos los estatutos y leyes de todos los reyes y reinas de los siglos pasados.

»Si el rey os ahorcara á todos vosotros los ministros, cuando le contradijisteis en la junta y Consejo que se juntó en Taidun y Abendonia, cuando decretasteis que ninguno en la tierra debia ser reconocido por Cabeza de la Iglesia; en tal caso me recelara volver del destierro á mi patria.

»Pero, habiéndoos perdonado en una causa tan injusta como la que tiene derechamente contra su persona, que se dice Cabeza de la Iglesia; ¿por qué no tengo yo de obedecer antes á Cristo que al rey? ¿Por qué no habia de esperar que se mostraria liberal conmigo en negocio tan justificado, pues áun ahora os sufre en una causa tan injusta?»

En esta sazon, vueltos los jueces de su consulta, pronunciaron contra él sentencia de muerte en esta forma: Que fuese llevado á la horca que para él se habia plantado en la plaza, y ahorcado en ella, y despues le fuese cortada la cabeza, y el cuerpo descuartizado, y los cuartos puestos en cuatro partes de la ciudad á vista de todos.

Entónces el mártir muy contento dió gracias, echó su bendicion y abrazó

al que le habia leido la sentencia; y, haciendo tambien gracias al Arzobispo y á todos los demás, y dándoles la mano, dijo que perdonaba á todos de corazon, como deseaba que Dios le perdonase sus pecados.

Habiéndose encomendado en las oraciones de los católicos, si acaso estaba allí alguno encubierto, se volvió á la pared para encomendarse á Dios y tener un rato de oracion.

El Arzobispo mandó que no hablase palabra al pueblo que estuviese presente á su muerte, pues estaba sentenciado y condenado por el crímen de lesa majestad.

Mientras el mártir estaba en oracion, todos los demás se fueron á comer, y, en acabando, vino un criado del Arzobispo con el vizconde y con el verdugo, á quien el mártir abrazó y dijo que tuviese buen ánimo, que él le perdonaba de buena gana.

Con esto le entregan al verdugo y le mandan atar y llevar al lugar señalado para el martirio.

En llegando, quiso hablar al pueblo, que de todas partes habia concurrido; pero como no le dieron lugar, abrazó y besó la horca y se puso en oracion.

Entre tanto, uno de los ministros dijo al pueblo que el preso no moria por la religion, sino por el crímen de lesa majestad; pero el valeroso mártir, con menear la cabeza, porque no le daban lugar para hablar, dió á entender que no era así.

Como un pariente suyo le animase á llevar este trabajo con paciencia, uno de los criados del Arzobisqo le echó del cadalso, que estaba debajo de la horca, y se quebrara la cabeza y acabara allí, si no cayera sobre la mucha gente que habia.

Daban voces los criados del Arzobispo, diciendo: «¿Cómo, traidor, os atreveis á defender á otro traidor como vos?» lo cual viendo el mártir que estaba en oracion, dijo:

«Maravíllome de vuestro modo de proceder: no quereis que hable en mi defensa, y entre tanto me poneis mal á mí y á mi causa con el pueblo con vuestras mentiras, porque me levantais que he hablado contra el rey no siendo ello así.

»Enseñado he, que el Papa tiene jurisdiccion espiritual en las tierras del rey y de todo el mundo, entre los cristianos, y que puede descomulgar á un rey hereje. Si otra cosa hubiere dicho, muéstrese al pueblo, porque todo lo que he dicho lo he firmado de mi nombre, y estoy aparejado á morir sobre ello.

»Pero vosotros habeis escrito al rey mil mentiras, y ahora quereis las mismas persuadir al pueblo. Yo, y otro escocés, el cual era el P. Crichtonio, hemos hecho más cosas en servicio de la real majestad para con las naciones

extranjeras, que pudiérades hacer todos vosotros y todos los ministros de Escocia juntos, y estoy aparejado á morir por el rey; pero ahora muero por sóla la religion.

Preguntado del ministro si temia la muerte, dijo que no la temia más que él las viandas cuando queria cenar.

Entónces, habiéndole atado de nuevo las manos atrás tan apretadamente que le temblaban los dedos, le hicieron subir la escalera, y en subiendo, se puso en oracion, encomendándose á la Vírgen nuestra Señora, y llamándola en su ayuda, y á todos los santos del cielo, y pidiendo las oraciones y sufragios de los católicos que estuviesen presentes, diciendo que tenia puesta su esperanza en los merecimientos de la sangre de Cristo, en voz alta que le pudiesen oir todos, primero en latin y despues en inglés.

Con esto el verdugo, despues de muy importunado con órdenes del vizconde que le acabase de despachar; finalmente, de mala gana y con mucha compasion, le echó la escalera abajo.

Cuando esto se hizo, se levantó un alboroto grande y un mormullo de todo el pueblo, compadeciéndose toda suerte de gente, hombres y mujeres de todas edades, de su muerte, y detestando la crueldad de los ministros y particularmente del Arzobispo, y pidiendo á Dios que castigase en los culpados la sangre del inocente, guardando libre al pueblo.

Hay testimonio y certificacion, cómo despues de la muerte del mártir la persona que le traia rabió y perdió el juicio.

Con todo eso, reprendieron los predicantes aquellas querellas y plegarias y se las dieron en rostro en los sermones siguientes, diciendo que parecia mal que se quejasen de la muerte de un embaucador y alevoso; pero no por eso dejaba de murmurar la gente y repetir entre sí las calumnias de los ministros é injustas acusaciones, refutadas tan eficazmente del mártir; y cómo le habian ofrecido la prepositura, la esposa, las mercedes y gracias del rey y todo lo demás, que eran señales evidentes de su inocencia.

Desatada, pues, la santísima alma del mártir de la cárcel de su cuerpo, cortaron la soga, y luego el cuerpo sagrado cayó con grande ímpetu sobre las tablas que estaban puestas debajo.

No se ejecutó el hacerle cuartos; y así, fué encerrado en un arca por manos del verdugo y de aquellos á cuyo cargo está entre los herejes de enterrar los muertos, porque ninguno de los católicos se atrevió á llegar á él.

Despues de enterrado en un lugar diputado para sepultar á los ajusticiados fuera de la ciudad, en anocheciendo, se vió un hombre á caballo, el cual habiendo sabido la muerte del mártir, volvió á grande priesa á los suyos, y siendo ya muy de noche, se vieron cerca de la sepultura cuarenta hombres de

›, los cuales eran católicos, que venian para llevar las dichosas reli-

ındo informado el magistrado de lo que habia pasado, luego por la se fué con grande acompañamiento al lugar del entierro, y hallando algo revuelta, mandaron atentar con picas si acaso habian llevado ›ero hallaron resistencia, y así mandaron que no se hiciese pesquisa, doles que esto bastaba para entender que no se habian llevado el

·eso el dichoso mártir por los 14 de octubre del año de 1614 y mar- ι 10 de marzo del año de 1615.

›sta relacion se ha sacado de lo que escribió desde la cárcel el mis- r y otros católicos presos con él, y los que fueron testigos de vista erte, cuya historia se imprimió en latin en Duay el mismo año en ció.

·la tambien Jacobo Damiano en el lib. VI de su *Synopsi,* y Felipe ː en su *Biblioteca.* Celebra á este valeroso confesor de Cristo en su Gerardo Montano con un epigrama.

P. NIEREMBERG.

---

# P. EDMUNDO AROUSMITHEO

mero y capitan de los mártires de la Compañía en Inglaterra fué el roso y esforzado mártir Edmundo Campiano, ejemplo de santidad ia en defensa de la fe santa de Cristo, y la autoridad de la Iglesia Romana; y porque no fuese solo de su nombre, le dió otro Ed- sólo semejante en el apellido, sino tambien en el espíritu y fervor y en la muerte, que padeció en todo semejante á la suya por la ›, para que fuesen como dos arracadas ó dos perlas esmaltadas con que hermoseasen el rostro de la Iglesia de Cristo.

invicto mártir Edmundo en Lancastria el año de mil y quinientos y cinco, tan adornado de dotes naturales, cuales se pudieron de- varon perfecto, de ingenio, habilidad, esfuerzo, valor, prudencia clinaciones.

Era liberal, y afable, y magnánimo para emprender cosas grandes, y, lo que más importa, grande católico desde que tuvo uso de razon.

De sus primeros estudios tenemos poca noticia; pero hay la de su ciencia y sabiduría, que fué grande, muy estimada de los católicos y muy temida de los herejes, con los cuales disputaba y convencia públicamente, defendiendo la autoridad del Papa, sin hacer caso de las leyes del reino, fulminadas contra los católicos, y exponiendo su vida á cada paso por defender la verdad públicamente, por la cual fué preso algunas veces y muchas amenazado con la muerte.

Pero él, despreciador de la vida por exaltar la fe santa de Cristo, no haciendo caso de las amenazas y las cárceles, prosiguió siempre en la predicacion y disputas públicas contra los herejes, de los cuales alcanzó gloriosísimas victorias, defendiendo la potestad universal de Sumo Pontífice en toda la Iglesia.

Entre ellas fué celebérrima la que consiguió del Arzobispo de Lancastria, persona muy estimada en toda Inglaterra por sus letras y sabiduría, con quien nuestro Edmundo disputó varias veces delante de todo el pueblo, y le convenció de manera, que no tuvo que responder á sus argumentos.

Corrido y avergonzado salió de la disputa, y tan indignado de esto, que no cesó de maquinarle la muerte para vengar su afrenta, hasta salir con su intento.

Conocida la persecucion del Arzobispo y de los otros herejes que le miraban como á su capital enemigo, sus deudos y conocidos le aconsejaron que hiciese ausencia de aquella tierra y diese lugar á la ira de los que le perseguian, porque el tiempo, que todo lo cura, apagaria aquel fuego, y podria volver con más quietud y seguridad á su tierra.

Pero el valeroso soldado de Cristo tuvo por caso de ménos valer volver las espaldas á la lid que traia con los enemigos de la Iglesia, y desamparar el campo de la batalla en que habia alcanzado las victorias, recelándose que los enemigos dirian, como lo acostumbran en semejantes ocasiones, que le habian convencido y que se iba avergonzado, para hacer flaquear á otros católicos con esta mentira.

Así por esto, como porque con su ausencia no pervirtiesen á los fieles, y por el ansia que tenia de morir por Cristo, perseveró en su tierra y en la predicacion y las disputas públicas contra los herejes, los cuales le prendieron por católico y defensor de la potestad del Papa, y le echaron en la cárcel adonde estaban los hombres facinerosos.

No por esto acobardaron su valeroso ánimo; porque, imitando á S. Pedro y S. Pablo, que presos en Roma no cesaron de predicar á Cristo y de con-

s fieles en su santa fe, de la misma manera nuestro santo mártir
Arousmitheo, preso en Lancastria, no cesó de predicar la verda-
: Cristo y confundir á los herejes, manifestando á todos sus menti-
edades y los engaños con que despeñaban á los ignorantes en el

ınto con su predicacion, que convencidos algunos de los mismos
ırazaron la fe católica y detestaron la herejía en que habian vivido,
ndose con la Iglesia.
·on, especialmente, que estaba preso por un insigne hurto, se con-
manera con las razones de Edmundo, que abjuró públicamente la
confesó que era católico con tan grande fortaleza, que ni los pre-
ɔs tormentos, ni la misma muerte pudieron hacerle flaquear en su
ı; y así, murió en compañía de su maestro, llevándole consigo, como
ɩimas, desde el suplicio este mártir al cielo.
: tiempo en que estaba preso Edmundo, se renovaron los edictos
tra los católicos, y levantó furiosas llamas la persecucion de Ingla-
·a la Iglesia, avivándola los herejes, enemigos de nuestra santa fe
de la anchura y de los vicios.
ı de Lóndres varios jueces á hacer pesquisa y justicia de los católi-
ȿ las provincias del reino, y á la de Lancastria vino un hombre
.no, sediento de la sangre y hacienda de los católicos.
ındo á la ciudad, mandó en primero lugar sacar á Edmundo á
, adonde le preguntó de su fe, y religion, y de la doctrina que

mártir respondió con el valor y esfuerzo que siempre: «Yo soy
ıtólico y profeso y enseño la santa fe Católica romana, que es la
y la contraria falsa; esto predico, y esto enseño, y defiendo, y man-
uí á cuantos quisieren disputar conmigo, que á todos espero y á
no, y sé de cierto que los convenceré claramente, como muchas
: convencido, y estoy apercibido á dar la vida por la verdad que
ño.»
. respuesta, exclamó el juez furioso, dando voces hasta el cielo,
atrevido, desvergonzado, traidor al rey y enemigo de su reino,
ador y sedicioso; y concluyó sus injurias jurando no salir de la
ı verle hecho pedazos: y «tú (dijo) has de ver vivo tus entrañas
·o fuego.»
ındó retirarle á un oscuro calabozo, y traer su proceso, y sustan-
ı, atropellando los términos de la ley y la justicia; y sin guardar-
condenó á muerte por ser jesuita, y sacerdote sedicioso, y trai-

dor á la potestad real, y porque enseñaba que no habia salvacion sino fe romana que profesaban los papistas.

La sentencia fué que le sacasen arrastrando, y le ahorcasen, y sacase entrañas, y le hiciesen cuartos, y repartidos por varias partes públicas, viesen allí hasta que se consumiesen con el tiempo, para escarmiento de t

Notificáronle la cruel sentencia al santo mártir, y habiéndola oid semblante alegre, como quien la recibia de la mano de Dios, respondió tin: *Deo gratias*, y repitió en lengua inglesa la misma palabra, dando gı á Dios porque le hacia digno de morir por su amor y en defensa de su sar

Los ministros le aprisionaron más rigurosamente, cargándole de t grillos y cadenas, que no podia menearse.

No satisfecha su saña con esto, le pusieron en un calabozo tan est que no podia estar en pié ni echado, y siempre á vista de alguaciles y v gos que de dia y de noche se iban remudando.

Tenia tan ganadas las voluntades de todos los presos con su afab santa y discreta conversacion, que, en oyendo la sentencia, todos juntos pieron en clamoroso llanto que se oyó en grande parte de la ciudad; s no lloraba, consolando á todos con la esperanza de su corona, que esti en más que todos los tesoros humanos.

La rabiosa sed que el impío juez tenia de beber la sangre del val mártir, le hizo no guardar los términos que la ley concede á los ajustici y así, atropellando con todo, le mandó sacar un juéves, siete de setier por la mañana, y juró de no comer bocado aquel dia hasta verle hecho cu

Convocaron toda la ciudad y sacáronle en una estera arrastrando, at colas de caballos, cercado de alguaciles y verdugos, pregonándole por neroso, y traidor, y sedicioso, y predicador de falsa doctrina.

Así le llevaron por las calles públicas; sus ojos y corazon en el meditando las calles y pregones que pasó Cristo con la cruz por nuest dencion, gozándose de imitar á su Salvador en algo.

En llegando al lugar del suplicio, pidió un cuarto de hora de tiempo orar á Dios nuestro Señor, y estando de rodillas al pié de la horca, di esta manera con voz que le oian todos:

«Dulcísimo Jesus mio, yo os ofrezco mi vida de toda voluntad y de mi corazon en satisfaccion de mis pecados; vida y gloria mia, yo os rest con toda mi alma la vida que me disteis, que si vos no me la diérades la hubiérades conservado, no pudiera yo ahora dárosla.

»Siempre, Señor mio, he deseado dar por vos la vida que ahora os of y reconozco que es singular merced vuestra y suma ganancia mia pasa muerte por vos; vivir sin vos, es perderla, y morir con vos es ganarla.

› muero por vuestro amor, por vuestra santa fe, por defender vuestra Iglesia Apostólica Romana, por defender la autoridad y potestad del Pontífice, sucesor de S. Pedro y Vicario de Cristo, verdadera Cabeza glesia que fundaste.
s pecados, ¡oh dulce Jesus! fueron causa de tu muerte; pero en esta ólo á ti deseo, y pido que no me desampares ni permitas que me perlos tormentos la muerte sin ti, porque no hay vida sin ti, ni yo la . Dame, Señor y Dios mio, constancia para morir por ti, porque no un sólo instante de vida sin ti, porque siendo, como eres, la verdada, no puede tenerla un momento mi corazon, si tú no le animas.
yor dolor me causa haberte ofendido ó que alguno te ofenda, que la , que espero, me puede causar. ¡Oh vida de mi vida! aunque tantas veofendí, de que te pido perdon y de que me aparté de ti, ahora me vueli y te suplico que perdones á los que me dan la muerte, pues por ella mi vida á ti.»
le interrumpieron los ministros, y, levantándose del suelo, clamó el diciéndole: «Edmundo, Edmundo, vive, vive, y no marchites la flor ıños; obedece al rey y haz el juramento de fidelidad.»
ártir respondió: «Ya le tengo hecho á Dios y á su Iglesia, no me mon esta hora.» Luego pidió á los católicos que allí estaban que le enasen á Dios y perseverasen en la fe romana.
no respondiese un ministro: «Aquí no hay católico alguno,» replicó: ıertes como esta padeceria yo porque lo fuesen todos.»
amente, le ofrecieron de parte del rey la vida si hacia el juramento ıan de fidelidad y no es sino de infidelidad; á que respondió con la ia que siempre detestando tal maldad y añadió: «Yo espero en Dios s de mucho tiempo han de abrazar la verdadera fe los que ahora la n en Inglaterra.»
esto subió la escalera con el verdugo, y en un librico de oraciones ıba rezó algunas de su devocion; luego se cubrió la cabeza y el rosın velo negro y estuvo un rato hablando á solas con Dios.
dugo hizo su oficio y le arrojó de la escalera con grande clamor del el santo mártir voló al cielo á recibir la corona de su martirio, y ısticiaron al ladron que habia convertido, llevándole, como Cristo á n su compañía al paraíso como despojo de su victoria.
uo juez, ufano de su maldad, se fué á comer cumpliendo lo que hao, que no habia de comer hasta verle hecho cuartos; y, como á otro le llevaron la cabeza del mártir á la mesa, que para su inhumana le católicos, fué el plato más regalado.

Luego la mandó poner en la torre en una lanza más alta que las demás, para que fuese señalada y vista de todos.

Murió el santo mártir de cuarenta y tres años, habiendo vivido los cinco en la Compañía y los demás en el siglo como uno de ella, á siete de setiembre de mil y seiscientos y veinte y ocho años.

Escriben de él los PP. Juan Nadaso y Felipe Alegambe, que cita las *Annuas* de la provincia anglicana de mil y seiscientos y ocho; y Jacobo Damiano *in Sypnosi Societatis Iesu*, lib. V, cap. XII, y el *Menologio* de la Compañía manuscrito y otras cartas y relaciones de personas que se hallaron presentes a su martirio, de donde se ha sacado lo aquí referido.

Ultimamente el P. Enrique Moro en la *Historia de la provincia de Inglaterra*, impresa el año de mil y seiscientos y sesenta, en el lib. X, núm. 11, dice grandes elogios de este santo mártir, gloria de su patria y honra de la Compañía.

P. ANDRADE.

## P. TOMAS HOLANDO

EL P. Tomás Holando fué inglés de nacion, y nació en la provincia lancastrense el año de 1600.

Siendo de muy pocos años, pasó de Inglaterra á Flandes, y en el seminario de ingleses de San-Omer gastó casi seis años estudiando letras humanas, dando claros ejemplos de su perspicaz ingenio y loables costumbres.

Era tanto lo que su fama en la virtud sobresalia entre todos, que le hicieron Prefecto de la Congregacion de nuestra Señora la Vírgen Santísima, y en este oficio no sólo era el primero en el buen ejemplo, sino que estaba dotado de una singular gracia y prudencia para amonestar á los congregantes á todo género de virtud.

Si acaso, como de ordinario sucedia, se habia de decir algo en público en lugar eminente, ó representar algun coloquio en el teatro, él era quien mejor lo hacia y ocupaba el primer lugar, cumpliendo con todo con gran aprobacion y comun aplauso de todos.

Despues que felizmente dió fin al estudio de la retórica, vino á España á la ciudad de Valladolid por el mes de agosto del año de 1621, para acabar allí los estudios.

el tiempo que se ocupaba en aprender la Filosofía, llegó á Madrid el
ucesor del rey de Inglaterra, Cárlos, que entónces era príncipe de Wa-
ıhora rey de la Gran-Bretaña, y fué recibido con suma alegría y mues-
e regocijo de toda España, porque venia con intento de casarse con la
a María.
esta ocasion pareció conveniente que la juventud inglesa, que con la
idad del Católico rey de España se criaba en ella en toda virtud, diese
ıs muestras de su mucha alegría por la próspera venida de su príncipe,
jue, segun se esperaba, el matrimonio futuro habia de ser para grande
d de toda Bretaña, de que especialmente debia regocijarse esta florida
ud inglesa.
: tan gran empresa fué escogido nuestro Tomás Holando.
), pues, á Madrid, y en nombre de todos sus compañeros llegó á dar
ıbien con sumisiones corteses y humildes á su serenísimo príncipe
en cuya presencia dijo una elegante oracion latina llena de encomios,
, segun el príncipe significó, le fué muy agradable, y toda la florida
de próceres y señores que á ella asistieron la celebró con singulares
ıs.
endo pasado casi el trienio de Filosofía, dió la vuelta á Flandes, don-
ıdmitido en la Compañía en la Casa de probacion de Waten.
ues estudió la Teología, mientras sus achaques le daban lugar, en
colegio de Lieja, donde tambien recibió el sacerdocio.
h fué al seminario de San-Omer, donde con singular estudio y utili-
todos se ocupó en confesar á los que allí estaban y ser su Prefecto
itu, procurando siempre mejorar sus costumbres y vida.
andeció su religiosa virtud especialmente en tres cosas, segun se ob-
ɔn que movia no poco los ánimos de aquellos con quien trataba.
ıe, primeramente, aunque estaba muy atento en procurar la observan-
.s virtudes, pero templaba la severa atencion con una perpetua ale-
rostro, agradables costumbres y suaves palabras, y tenia rara pru-
:n las faltas de los ménos observantes de la disciplina doméstica,
éndoles con mucha modestia, ó, si el caso lo requeria, disimulando
;, cumpliendo exactamente con su oficio y obligacion, y juntamente
ınjeados los ánimos y la benevolencia de todos.
ɔ se añadia una eficaz vigilancia para persuadir á la juventud el ca-
'dadero de la perfeccion evangélica, porque no dejaba perder ocasion
ıudiese en las pláticas mezclar palabras devotas y santas.
ɔa muy de ordinario del fin de todas las cosas y de la diferencia que
la salvacion ó condenacion, porque de aquella se seguia una eterni-

dad feliz y de esta una infelicidad eterna; y hacia esto con tanta eficacia y constante firmeza, que siempre que llegaba á las conversaciones de la juventud más florida, todos al mismo punto se prevenian gustosos para oir sus saludables consejos.

No sólo conocieron esta divina industria suya en las cosas de espíritu cuando asistió en Flandes, sino muchos de los que le trataron despues en Inglaterra; y no faltaron algunos seglares que por esta causa decian que estaba como fabricado y compuesto de cosas espirituales; otros le llamaban *librería de virtuosos y santos libros.*

Pero nunca hablaba de estas materias intempestivamente, sino que aguardaba ocasion y tiempo á propósito, segun la calidad de los oyentes que le asistian.

Tambien se mostraba benigno y agradable con los que confesaba, que eran muchos, y como verdadero Padre los consolaba.

Si algunos rehusaban descubrir sus pecados, como suele acontecer por vergüenza ó cualquiera otra causa, usaba con ellos de singular artificio para que se confesasen enteramente, y les prometia, si le obedecian fielmente, su ayuda espiritual y que tomaria á su cuenta el cumplimiento de alguna parte de la penitencia que les daria, lo cual hacia de ordinario castigando su cuerpo con ásperas disciplinas y otras asperezas semejantes; y esto no sólamente lo hacia por sus hijos de confesion, sino tambien por otras personas que sabia cumplian mal con sus obligaciones.

Con estas heróicas virtudes, apénas es creible cuán amable se hizo de toda la juventud del seminario y cuán dulce memoria dejó despues de su ausencia; porque áun los que nunca le habian visto, movidos de las repetidas alabanzas de los que le trataron, le veneraban como á varon de religion admirable y santidad conocida.

Despues que en este oficio de Prefecto se ejercitó algun tiempo haciendo copioso fruto en las almas con increible trabajo; le hicieron Ministro de la tercera probacion en Gante, y, siéndolo, hizo los votos públicos de Coadjutor espiritual el año de 1634, á 28 de mayo.

El año siguiente le señalaron para ir á Inglaterra por ocasion de su poca salud y otras cosas; pero no se halló allá mejor de salud, si bien fué grande el provecho que hizo en las almas, porque á todos los que trataba movia á la virtud con su religiosa observancia, santas costumbres y caridad fervorosa.

Su habitacion en Inglaterra fué siempre muy poco á propósito para su alivio y mucha flaqueza de cuerpo; pero muy acomodada para coronarle de méritos por medio de una heróica paciencia.

rdinario estaba necesitado á vivir escondido, porque las circunstancias
ıbitacion apénas le dejaban salir en público.
ı casi perdidas las ganas de comer, sin poder arrostrar manjar alguno,
a el estómago tan debilitado, que á mediodia no podia comer sino
co, y á la noche casi no le daba lugar su flaqueza á tomar refeccion

ןuí se le siguieron dos graves daños; el uno, no poder apénas dormir
la noche, y el otro, que no podia acudir de dia á las ocupaciones for-
ı un penosísimo dolor de cabeza.
de esto padeció algunos años tantos trabajos, que se le pasaban los
ıteros sin poder salir un paso de su habitacion escondida, ni salir á
se á la huerta de la casa, ni áun poder libremente abrir las ventanas
ar siquiera del aire y el cielo.
a que este trabajoso retiro y la incomodidad de su poca salud no ca-
de fruto copioso, tenia distribuidas con mucho órden todas las horas
de la noche.
veces gastaba el tiempo en varias ocupaciones y en oraciones devo-
as se juntaba á tener santos coloquios con los que vivian en su com-
n que hacia tolerable la penosa batalla de su paciencia.
ןue le estimulaba la ardiente caridad de Cristo y se desvelaba en
azas para ayudar á los prójimos, salia unas veces de noche cuando
ɔscuro y otras al amanecer cuando todos estaban entregados al sue-
taba con mucho fervor á los católicos que no se atrevian ó no po-
entar á los sacerdotes, y lo mejor que podia los consolaba, y los
en sus santos propósitos y administraba los Sacramentos.
extremadas trazas para afectar que era otro, porque con gran artifi-
ba el cabello, la barba y el traje, y con suma destreza usaba las len-
cesa, flamenca y española, segun la ocasion lo pedia, porque estaba
astantemente versado; y, lo que más es, su misma lengua materna
ıblar toscamente al modo que lo suelen hacer los extranjeros, que
amente la saben; y casi siempre que fingia otra persona lo hacia
propiedad, que áun sus más familiares amigos no le conocian hasta
smo decia quién era.
e usó de este santo artificio con mucha utilidad, pero especialmente
timos años de su vida, por estar notablemente necesitados de ayuda
cos de Lóndres por las graves aflicciones que padecen en estos
pero siempre acudia con más valor y puntualidad á los más desti-
socorro espiritual.
cho tiempo se ocupó en este apostólico ejercicio muy felizmente,

de que resultaba en las almas grandísimo consuelo y copiosísimo fruto, y á él le preparó inmortal corona.

Jamás rehusó el trabajo ni temió el manifiesto peligro de su vida, movido del celo de su caridad ardentísima, hasta que, finalmente, no pudo huir de las manos de las maliciosas espías que con vigilante astucia le seguian los pasos.

A los 14 de octubre del año 1642 le prendió uno de los lobos sangrientos que turbaban el rebaño de Cristo, y lo primero que hizo fué llevarle á las casas del alguacil mayor, y de allí le llevaron á la cárcel que llaman *Nueva*, que está en Lóndres fuera de la ciudad.

Alegaba luego aquella cruel canalla que el Padre era sacerdote, y que así, debia morir ahorcado como los demás sacerdotes; pero, como no sabian de cierto ni lo podian probar, prosiguió el Padre afectando ser seglar católico, y para encubrir el sacerdocio, tuvo mucho ardiz para acomodar al modo de los seglares sus palabras y acciones en lo que lícitamente podia.

Huia las disputas de las cosas controversas, y con estudio especial ocultaba sus letras y demás dotes.

Juzgó ser conveniente esta afectacion, porque, aunque estaba muy pront á perder la vida por tan gloriosa causa, entendió era esta la voluntad de l Superiores, y los católicos se lo habian tambien pedido, para lo cual le a gaban dos razones muy bastantes. La una, porque no se impidiese por muerte el fruto que hacia en los católicos tan necesitados de maestros, con sores y Padres espirituales.

La otra, porque no hiciese daño á las personas con quien habia tratado le habian buscado.

Alguna de estas dos causas nunca suele faltar, y en este siervo de Di hacia más fuerza la primera, porque el recato con que anduvo excusó el conveniente de la segunda.

Vivia, pues, el siervo de Dios en la cárcel como si fuera seglar, mas c tan insigne moderacion en la comida, sueño y demás cosas, y con tan sing lar agrado y santas costumbres, que en breve tiempo granjeó los corazon de todos los que estaban en la cárcel con él, aunque muchos de ellos det taban la doctrina católica y religiosa observancia.

Muy raras veces dormia en cama; pasaba las noches descansando un po en una silla ó paseándose con mucho sosiego en el aposento, ocupándose rezar ó meditar en los sagrados libros, y esto hacia quitados los zapatos p no despertar á los demás; y la razon que daba de sus prolijas vigilias porque no podia dormir.

Algunas veces buscaba oportuno tiempo para recogerse, y, retirado en o

.o ó en lo escondido del huerto, rezaba el Oficio divino, si podia ha-
n nota.
ue entre dia le sobraba de tiempo gastaba en provechosas pláticas,
ɜnia de costumbre; y, para decirlo en una palabra, hacia una vida tan
ɔle á todos, que los católicos afirmaron que nunca notaron en él algu-
bra ú obra que no conviniese á un varon verdaderamente santo.
ɔrotestantes hicieron gran sentimiento cuando supieron su muerte, y
de ellos confesaron que jamás habian tratado alma más pura y más
.a de virtudes é inculpables costumbres, y decian tambien que, si todos
itas fueran como él, no podian entender con qué razon decian mal

ıbia pasado casi dos meses en aquella prision, cuando, acercándose
tiempo determinado para la sentencia, le pasaron á otra cárcel que
ı *Puerta nueva*, de donde le sacaron á 17 de diciembre para que pú-
ıte pareciese en juicio, y allí le acusaron de sacerdote.
ɔ fueron los acusadores: entre ellos habia uno que siendo de noble
ıacerdote y religioso, degeneró de su dignidad y nobleza con esta
porque habia muy poco que con torpe y mísera apostasía negó la
nia y los votos de religion á que estaba obligado.
ıien será que veamos lo que estos testigos opusieron contra el P. Ho-
ra convencerle de que era sacerdote, que era sólo lo que se trataba.
de las mentiras que alegaron y otras causas que, á dicho de to-
impertinentes y de ninguna prueba, sólo le opusieron dos cosas.
nero dijeron, que sabian de cierto que habia vivido conforme al ins-
ostumbre de un cierto señor, el cual decian que habia sido sacerdote

undo, que ellos le conocian muy bien, y que le habian visto ocupar-
estudios en los seminarios transmarinos, donde se tiene costumbre
ɹes se ordenen de sacerdotes.
ɪdió á esto el Padre, que aquellos fundamentos eran muy leves y
les testimonios en materia tan grave; y que, si fueran sólidas las pro-
ɜrian tambien culpados los mismos acusadores, porque algunos de
ɾon juntamente familiar trato con aquel mismo señor, y los demás
studiaron en los mismos seminarios. Y no porque haya uno gasta-
ıpo en el estudio en las partes transmarinas, se ha de tener por
es sacerdote; pues ¿quién ignora que han salido muchos de los se-
ıue se han quedado seglares? Porque muchas veces se ofrecen no
rbos, que obligan á interrumpir largo tiempo los estudios ó á de-
todo.

Finalmente, dijo que era verdad que habia estudiado dos años ó más en España; pero que siempre habia tenido muy poca salud, y que si le daban crédito, juraria que no se habia ordenado allá de sacerdote, y si se pudiese probar lo contrario, no rehusaria la muerte.

Preguntóle entónces el juez si estaba pronto á jurar que ahora tampoco era sacerdote: á lo cual respondió el Padre, que no era costumbre en Inglaterra que el que es acusado de algun delito, se purgue de él con un juramento, sino que se ha de probar el delito con ciertos indicios, ó el reo ha de quedar libre.

Toda esta defensa del Padre fué muy justa y probable, la cual prosiguió con gran aprobacion de los oyentes, porque tenia mucha gracia en hablar.

Pero los doce varones (cuyo oficio es en Inglaterra decretar públicamente la calidad de los delitos y dejar al juez la imposicion de la pena) habiéndose levantado, como suelen, de las sillas, y entrado en secreto conclave solos á consultar esta causa, salieron despues y le declararon por convicto de sacerdote, de que se admiraron mucho los presentes, y el mismo pretor de Lóndres, confesando todos que, si fueran del número de los doce varones, no votaran de aquella manera por ser las probanzas tan leves y sin fundamento.

Habiéndose, pues, decretado esto el miércoles, se dió fin al tribunal, y el sábado siguiente, que se contaron veinte del mismo mes, mandaron parecer en juicio otra vez al Padre casi á las ocho de la mañana, y le preguntaron si tenia algunas razones que alegar en su defensa para evitar la sentencia de muerte que le esperaba.

El siervo de Dios, aunque deseaba sumamente no se hallase excusa de su muerte, con todo eso le pareció ser gloria de Dios manifestar al juez la injusticia de su condenacion, para que se declarase más el odio que tienen aquellos herejes á la fe católica, y constase más manifiestamente la causa gloriosa de su muerte, que fué un entrañable odio contra la religion verdadera.

Así lo hizo con breves palabras, pero tales, que el mismo juez reconoció la injusticia y casi la confesó, diciendo: «Yo confieso que no hallo cosa en tu vida y costumbres digna de reprension; pero los doce varones te han declarado por reo, por haber recibido el sacerdocio contra nuestras leyes, sólo por presuncion, segun dicen, la cual es legítima y bastante probanza; y así, á mí no me queda otra cosa que hacer sino pronunciar *pro tribunali*, segun el oficio que tengo, la sentencia penal que segun nuestras leyes se impone contra los sacerdotes como traidores.

»Por lo cual mando que te vuelvan á la cárcel de donde ahora viniste; que desde allí seas llevado al lugar del suplicio, donde serás ahorcado; y que, medio vivo, te saquen las entrañas y sean quemadas en el fuego; que te corten la cabeza, y que, hecho cuatro partes el cuerpo, se fijen en los cuatro

rados lugares de la ciudad, y con esto Dios tenga misericordia de ti.»
ibiendo el Padre esta sentencia de muerte, dijo con ánimo muy ale-
ıilde: *Gracias á Dios.*
le volvieron á la cárcel de la *Puerta nueva* con los demás sus com-
resos, á los cuales convidó amorosamente á que juntos dijesen el
*laudamus,* agradeciendo á la suavísima providencia de Dios que
ıdo tan dichoso fin á sus cosas.
ıale ya poco tiempo de vida, y por eso era más estimable; pero el
Dios gastó todos los instantes en obras de caridad y piedad, para
ecido con estas principales virtudes, llegase más valeroso al último

ınle muy á menudo muchas personas de todos estados y diversas
ingleses, españoles, franceses y flamencos, recibiéndolos á todos
ɜifica un Padre Capuchino, que con mucho agrado le asistió casi
ɔn una religiosa modestia, mezclada con admirable alegría y cons-

á cada uno en su maternal lengua con mucha destreza, siendo to-
abras llenas de piadosos afectos, y teniendo el rostro tan agrada-
admiraban los que le veian, porque era más de lo que se podia
ı que causaba en todos singular alegría y consuelo.
ɜ Vendomio, que entónces estaba en Lóndres, le prometió con
to y voluntad su favor para librarle del suplicio; pero el Padre,
mildemente las gracias, le respondió que no era bien que hiciesen
encias por un hombre tan indigno.
ɹe le prendieron escribió cartas muy encarecidas á los Superiores,
pedia apretadamente que para su libertad no hiciesen gasto al-
adie pidiesen su intercesion y favor.
: portugués, que decia ser descendiente de la familia de los Ho-
ió con mucha cautela un pintor que le retratase; pero el Padre,
nesta vergüenza, lo rehusó con toda modestia y constancia; mas
de sus amigos dispuso que la noche más cercana á su dichosa
ɜtratase el rostro mientras dormia con mucho sosiego.
Padre gastado casi todo el sábado ocupado con las muchas perso-
/enian á visitar, asistiendo á todos con mucha atencion y no me-
ɔ de los que le hablaban; pero deseoso de recogerse para vacar á
ɜnte, dijo á los presentes estas palabras:
y amigos mios, dejadme, os pido, recogerme un poco y negociar
ır medio de la oracion, rogándole por mí y por vosotros, y tam-
ico le pidais paciencia y perseverancia para esta última batalla.

»No os espante la insolente y maliciosa soberbia de estos hombres, po que no sólo desean quitar la vida á los siervos de Dios, sino que, si pudiera quisieran al mismo eterno Dios verle privado de su infinita gloria y supre trono.

»Tened por cierto que este furor le ha de templar la sangre de los már res. En el ínterin os pido no me olvideis en vuestras oraciones, que yo acordaré de vosotros.» Aquí puso fin á sus prudentes razones.

El dia siguiente por la mañana, que era domingo cuarto de adviento, oy de penitencia á muchas personas, y habiendo dicho Misa con gran devoci les dió Comunion sagrada; y despues de haber gastado con Dios todo el tie po que pudo, pasó lo restante del dia en obras de caridad con los prójimo

Aunque llegaban muchos á hablarle, no gastaba muchas palabras, sino co gran espíritu respondia lo que habia de hacer más impresion y eficacia.

Puso mucho cuidado en amonestar á algunos de los compañeros que esta ban presos y eran sus amigos, que no hiciesen el juramento que llaman de fi delidad, el cual se pide á los católicos en Inglaterra, siendo ilícito y contr razon.

A uno de ellos le dió á entender que con toda la eficacia posible habia d tener este cargo de amonestarlos, y que sin duda sus avisos no serian inútile por ser de un hombre condenado á muerte y ya cercano á ella por la defen de la fe de Cristo.

Con uno, por lo ménos, de los presos declaró su sentir al mismo tiemp que le sacaban de la cárcel para el lugar del suplicio; porque, antes que s liese, le habló aparte, amonestándole con mucha fuerza y severidad.

Este mismo dia envió el embajador de España una persona noble de la que estaban en su casa para que visitase al Padre, encomendándole en s oraciones al rey Católico y las cosas del reino de España, y avisándole cóm se habian hecho muchas oraciones en su oratorio para que Dios le diese con tancia y valor en su postrero certámen.

Respondióle el Padre brevemente con todas las muestras de agradecimien to que pudo estas palabras: «Que los beneficios del rey de España y su em bajador, hechos á él en particular y á toda la Compañía de Jesus en la pro vincia anglicana, merecian que estuviesen eternamente en su memoria; qu prometia encomendarlos á Dios; que sólo con esto podia satisfacer sus obli gaciones, y que el dia siguiente diria la última Misa por el rey y reino de España.»

Llegóse la noche ocupado en estos y otros ejercicios piadosos: sus ami gos habian hecho de cenar en la cárcel, y luego le convidaron á que cenase juntos.

›n mucha afabilidad y se sentó con ellos, pero no pudieron hacer
:se otra cosa más que un huevo.
o probar el vino, pero, á instancia grande de los presentes, bebió
ıezclado con cerveza, y dijo estas palabras: «Con esto tendré más
mis venas para derramarla mañana por la causa de Cristo.»
iguiente, que fué lúnes, veinte y dos de diciembre (en que la Igle-
ι habia transferido aquel año la fiesta de Sto. Tomás, Apóstol),
Tomás Holando fué puesto, como es costumbre, en una como
evado á las horcas de Tiburno, poco distante de Lóndres, lugar
ılecido con la sangre de tantos y tan ilustres mártires de Cristo.
eron á este espectáculo los vizcondes de Lóndres y Middelseria
e fuera de la ciudad al condado restante) y lo mismo han hecho
e allí han padecido los sacerdotes desde que el Parlamento tiene
dad y gobierno.
encia interpretaron variamente muchas personas; lo que más ve-
aron algunos fué que no quisieron estos caballeros asistir á la
ın hombre cuya condenacion no era ajustada, mirado todo el ri-
eyes.
ue se sabe de cierto es que el vizconde de Lóndres habia ido al
muchos dias antes, para que se suspendiese la ejecucion de esta
ıas no quisieron admitir sus avisos.
ro de justicia, el cual por oficio iba acompañando al Padre hasta
suplicio, cuando le preguntaban por las calles la causa de aque-
espondia claramente que moria contra las leyes y contra justicia.
que el Padre llegó á las horcas, donde se habian juntado casi in-
ɔ de personas de todos estados y condiciones, y el mismo em-
spaña con toda su casa á ver este espetáculo; se llegó otro sa-
uestra Compañía que le habia ayudado en la cárcel á los ejerci-
ales y le asistió en esta batalla, el cual apretando al Padre la
a, le dijo: «Ea, no hay sino buen ánimo y tener mucho valor.»
espondió: «No hay que temer, que con la gracia de Dios no me
ni firmeza,» y luego se puso en pié sobre la carreta, y vien-
eblo estaba muy sosegado y atento, hizo con la cabeza una cor-
ıs partes y dijo aquestas palabras:
cha atencion y silencio vuestro, me parece me concedeis licen-
ır. Estad ciertos que no diré cosa que pueda ofender los oidos
ro si acaso se me deslizare alguna palabra, que no lo espero,
ıtencion, os suplico que no la echeis á la peor parte, porque no
eo, sino que se tenga por no dicha ni hablada. Pero ¿qué es lo

que hago? cuando era bien haber empezado estas razones con la feliz s
con que los cristianos han de vencer al infernal enemigo.»

Entónces se persignó con la señal de la cruz con la fórmula acostumbr
diciendo: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo,» y
apoyar en medio de tantas herejías los ritos y usos de la Iglesia cató
añadió: «Espero que nadie me ha de culpar esta accion, pues es muy pr
de un hombre cristiano.»

Y viendo que el pueblo duraba atento y en sumo silencio, levantand
poco más la voz, prosiguió el siguiente razonamiento, si bien interrumpie
alguna vez las palabras.

«Vengo á este lugar á morir sólo porque se presume que soy sacerdo
jesuita, si bien puedo afirmar que hasta ahora no ha habido firme proba
ni argumento para ser convencido.

»Opusiéronme mis contrarios que habia tenido familiar trato con un Es
theo, hombre católico, sacerdote y jesuita, y que algun espacio de tie
estuve estudiando en España; fuera de esto no han dicho cosa que imp
ni tenga fuerza.

»Yo hablo claramente, y pido á mis acusadores, si acaso se hallan
presentes, que libremente me redarguyan si no digo la verdad.

»Ya yo declaré en la actuacion de mi causa cuán leves y poco eficaces
estos fundamentos, y no pocos lo conocen bastantemente; y así, conv
que se probase el tiempo y lugar cierto en que habia recibido yo el sace
cio ó ejercité sus ministerios, y nada de esto han señalado mis contrarios.

»Por lo cual no habia necesidad de confesar otra cosa más de que soy
tólico romano, por haber usado frecuentemente de costumbres y trato c
lico, y que en algun tiempo me ocupé en los estudios, y esto sólo me pa
se ha averiguado segun el rigor del derecho y las leyes.

»Pero pues ya todo está hecho y acabado y pronunciada la sentencia
mi muerte, pido en primer lugar á Dios todopoderoso que perdone mi
cordiosamente al juez, á los doce varones y á mis acusadores, que yo vo
tariamente les perdono toda la injuria que me han hecho.

»Si bien siento mucho que establezcan como derecho cierto que cual
ra que no jurare que no es sacerdote, sea condenado (como conmigo lo
hecho) por leve sospecha, por meras conjeturas y opinion poco firme, y l
de padecer las penas que en este reino se han promulgado contra los s
dotes. Confieso que los hombres seglares pueden jurar que no son sacerd
pero, para que esto no se haga ley general y cause perjuicio á otros, y
aconsejara que no lo jurasen tampoco, sino que lo dejasen á las proba
jurídicas.

), para que el silencio que hasta ahora he guardado no le parezca á
culpable si fuera más dilatado, y para que, finalmente, queden satis-
nuchos de los presentes que desean saber la verdad; declararé espon-
ente ahora delante de todos, lo que no se ha podido probar con só-
ndamentos; porque esta declaracion, acabado ya el juicio, no puede
irme peligro ni á otros justa alabanza, ni puede ratificar lo pasado ni
futuro.
í, confieso en presencia de esta numerosa multitud de gente, que soy
y sacerdote, y por la infinita bondad de Dios, religioso de la Com-
Jesus, y el primero de ella que ha sido condenado á muerte des-
los principios de este Parlamento.
r todos estos beneficios que Dios me ha hecho, aunque indigno de
s, le doy infinitas gracias con todo el agradecimiento y amor que

zó luego con muchas razones á enseñar al pueblo que no habia es-
de verdadera salud sino en la Iglesia romana; que no habia sino una
l era necesario que estuviese acompañada de amor de Dios y del

rohibiéronle que pasase adelante con su enseñanza, porque el minis-
, que, como es costumbre, estaba presente, le estorbó para hablar
s ladrones que habian traido juntos con el Padre y habian de ser
os con el mismo suplicio.
nterin que el ministro hablaba con los malhechores, predicándoles
ado espacio de tiempo y cantando en lengua inglesa uno ó dos sal-
adre se apartó de ellos un poco para tratar interiormente sus cosas
y estuvo en todo este rato con todo el rostro y postura de cuerpo
y sereno, que á los que le miraban les parecia despedir de sí un
de santidad.
á su plática el ministro y luego le dijo el Padre: «Cuando tú ora-
labas no te estorbé, déjame ahora hablar con Dios en voz alta, de
lo que dijere lo entiendan todos.»
leciále el ministro diciendo que era supérfluo, pues ya él habia he-
n por él y por los otros dos condenados á muerte; pero con todo
Holando hincó las rodillas con suma veneracion y volvió á persig-
endo la fórmula en lengua latina, y empezó en la inglesa su oracion
rden:
prorrumpió en ardientes afectos de fe, esperanza y caridad; des-
humildemente perdon de sus culpas con muy íntimo y tierno do-
ente, se ofreció todo entero en víctima y sacrificio, diciendo: «Re-

cibid, oh Padre de las misericordias, á este indigno siervo vuestro; recibid estas pocas angustias que con sumo gusto os ofrezco, unidas con la santísima Pasion de vuestro Unigénito Hijo y Redentor nuestro, y espero las aceptareis por sus méritos infinitos y los de todos los que en la ley natural escrita y de gracia, han sido, son y serán más agradables á vuestra soberana y altísima Majestad.»

Despues de esto perdonó de nuevo á sus contrarios, diciendo: «Perdono al juez y á sus asesores que me han condenado; perdono á los doce varones que me declararon por reo de muerte, y perdono á mis acusadores y á todos los que en algun modo han sido causa de mi muerte.»

Ultimamente hizo fervorosa oracion con particular afecto por el rey, por la reina, por el príncipe, por el Parlamento y por todo el reino, por cuyo bien público, por su conversion á la católica fe y por su salud eterna, dijo aquestas palabras: «Si tuviera tantas vidas como cabellos en la cabeza, como gotas de agua el océano, como estrellas el cielo y perfecciones el Señor de todos los cielos, todas las perdiera de muy buena gana sólo por este fin.»

Estas últimas palabras del Padre aplaudió mucho todo el numeroso concurso del pueblo que estaba presente.

Volvióse luego al verdugo, y le dijo: «Haz tu oficio, que tambien te perdono el ser ministro de mi muerte: y yo con interpretativa licencia de aquellos á quien segun Dios obedezco, te doy los dineros que me han quedado; y dióle dos reales de plata.

Abriendo un poco los ojos, que los tenia cerrados, los fijó en aquel sacerdote de nuestra Compañía, que (como ya hemos dicho) le estaba asistiendo; el cual entendiendo esta seña, segun lo que habian los dos concertado, le dió la absolucion de sus pecados de tal manera que el Padre oyese las últimas palabras de la fórmula.

Luego apartaron el carro y quedó, como es costumbre, en el aire, pendiente una soga del cuello, y estando en este trance tan apretado, llegó un hombre católico y le quitó el bonete que cubria la cabeza y la frente del Padre, con intento de que todos viesen el semblante con que padecia tal muerte.

Era el espectáculo muy digno de verse, porque tenia las manos juntas al pecho y levantadas en alto, los ojos fijos en el cielo; y aunque despues uno de los soldados procuró dos ó tres veces cerrárselos, no tuvo efecto su intento.

Su rostro estuvo al principio colorado, pero en breve tiempo se volvió á su natural y nativo color.

No hacia con el rostro feas acciones, como de ordinario sucede á los ahorcados, ni tampoco hizo movimiento ménos compuesto con los brazos, piés y

ıs miembros, sino que, pendiendo inmóvil su cuerpo, dejó su espíritu arle en la tierra, cuando estaban esperando los ángeles para trasla- cielo.

e advirtió el ministro que el Padre estaba acabando, avisó al verdu- que habia de hacer, que era sacarle las entrañas antes de morir to- ; pero él fué más piadoso que el ministro, porque de industria dejó ›ase de espirar y entónces cortó la soga.

ió el P. Holando á los cuarenta y dos años de su vida, y estuvo diez siete meses en la Compañía, haciendo vida ejemplar en todo géne- tudes.

ın estimacion que de él hacian los católicos se puede conjeturar de :spues hicieron; porque, estando dividiendo en cuartos su cuerpo, sa- mero los intestinos, á cuyo espectáculo asistia gran número de he- obstante que los ministros de la justicia y los soldados del Parla- taban con alabardas y picas deteniendo el concurso de gente, no on todo eso muchos que mojaban los pañuelos en su sangre y re- ; pajas que hallaban en el suelo teñidas con ella; y venciendo la de- temor, se acercaban para tomar unos los pedazos de su carne y de la soga ó alguna cosa que le hubiese tocado.

stidos que entónces tenia, con los cuales usó de santo disfraz por la as almas, ejercitando en forma servil y abatida nobilísimos actos de rvorosa, los compró un católico en treinta florines para tenerlos en eneracion, aunque eran tan viles y viejos, que aún no valian la ter-

elogios de diversas personas se podian traer con mucha razon en e este varon ilustre; y su muerte tan llena de santidad y constan- vió grandemente á muchas personas de diversos Estados.

jador de España, que casi con toda su casa se halló presente, dió nio muy cumplido de la muerte y mucha virtud del Padre.

e católico, en cuya casa habia el Padre vivido, dijo con lágrimas os sacerdotes que él habia conocido, á este siervo de Dios hallaba de la corona que ya poseia.

ios protestantes habló mucho del Padre, diciendo que cuándo en ı se veria otro hombre morir por la religion tan loablemente.

ɔre, que era guarda de la cárcel donde el Padre estaba, cuando le a el suplicio, mirando partido en cuartos el cuerpo, cogió en las ırganta del siervo de Dios separada de la cabeza, y levantándola : «Este es el instrumento con que se pronunciaron tantas buenas divinos consejos.»

Dichosa el alma cuyas muchas virtudes merecieron áun de sus enemigos tan verdaderos elogios.

El martirio de este siervo de Dios escribió el P. Ambrosio Corbeo, y se imprimió en Amberes año de mil y seiscientos y cuarenta y cinco.

P. NIEREMBERG.

# P. RODULFO CORBEO

NACIÓ el P. Rodulfo Corbeo cerca de Dublinio, en Irlanda, el año de 1598, juéves 25 de marzo.

Sus padres fueron ingleses, del condado Dunelmense en Inglaterra, los cuales tenian mediana hacienda, pero fueron muy ricos de los verdaderos bienes del alma.

Despues que, detestados los falsos errores de la herejía, en que ciegos vivieron hasta la edad varonil, les amaneció por la divina Bondad la luz verdadera; la abrazaron con tanto afecto y constante ánimo, que aunque sus enemigos y amigos intentaron diversas máquinas, jamás pudieron apartarlos un punto de la católica religion y fidelidad que habian ya profesado.

No son creibles las incomodidades que por esta causa padecieron, porque anduvieron mucho tiempo peregrinando de una provincia á otra y de un reino á otro, hasta que, finalmente, á los últimos años de su vida, tomaron seguro puerto en Flandes donde estuvieron algun tiempo en pacífico sosiego, gozando el fruto de sus trabajos padecidos por la religion católica, los cuales no me detengo á contar por no dilatarme y por no ser necesario en esta ocasion.

Sólo me parece decir que, habiendo huido primero á Irlanda, donde las más nobles señoras se ponian á servir por poder más libremente servir y agradar á Dios, padecieron semejantes humillaciones.

Allí tuvieron, entre otros hijos, á nuestro P. Rodulfo, que fué antes que nacido desterrado por la religion verdadera.

Siendo de cinco años, fué en compañía de sus padres, que se volvieron á Inglaterra, donde pasó lo restante de la puericia con tanta inocencia como su edad requeria, y con tanta virtud, que vencia mucho sus años.

ba pocas palabras, y estas muy prudentes, segun la ocasion lo pedia, osas, ya de honesta recreacion.
an amigo de hablar siempre verdad, que los de su edad que le trata- nuy niño familiarmente, afirmaron con toda certeza que jamás se abar con él que dijese una leve mentira, y lo que le hace no ménos alabanza, es la aversion grande que tenia á todo género de porfía, iso se ofrecia alguna con su compañero, como si no supiese porfiar, impre estas palabras: «Sea así por cierto y no gastemos más tiempo te negocio.»
ı tuvo amor al dinero, ni lo poseia de buena gana, sino luego que le guno, se lo entregaba á su hermano menor.
qué diré de la gran obediencia que tuvo á sus padres? Siempre se á su voluntad en todas las cosas sin repugnancia alguna, y procuró has veras que los otros hijos hiciesen lo mismo.
mamente devoto de la Vírgen Santísima Señora nuestra, y rezaba menor todos los domingos y fiestas, y tambien aconsejaba muchas na hermana suya, llamada María, tuviese devocion de rezar su santo y con ejercicios tan devotos, se puede entender cómo la Madre de ı Santísimo Hijo prosperarian todas sus cosas.
a manera dió principio el P. Rodulfo al ejercicio de las virtudes; pero restante de toda su vida no sé cómo se manifestará mejor que con declaracion.
o, pues, cercano á la muerte, le mandó el Superior que le escribiese suma de toda su vida: obedeció el Padre, y desde la cárcel, donde estaba, escribió lo siguiente:
o tenia ya poco más ó ménos de quince años, pasé de Inglaterra á lo restante de mi vida he pasado subordinado á los Padres de la , ó siendo ya religioso en ella.
ños estudié letras humanas en el seminario Audomarense. Cinco en España en los estudios de Filosofía y parte de la Teología; el villa con mi poca salud, y los cuatro en Valladolid.
e tiempo recibí el sacerdocio y volví á Flandes, donde fuí admitido pañía y tuve el noviciado en Watenas.
es estudié en Lieja lo restante de Teología que me faltaba. Luego s años en Gante, y uno de ellos en la tercera probacion.
me mandaron los Superiores pasar á Inglaterra, donde he estado ocupado en la salud de las almas, y me parece que pasé todo este fácilmente y sin género de impedimentos graves, que es fuerza zca con mucho afecto el singular amor de la divina Bondad, la mu-

cha amistad que me tenian todos y otros diversos auxilios, especialmente considerando mi corto talento y la poca salud que siempre he tenido.

»Desde el tiempo que volví á Inglaterra, puse gran cuidado y vigilancia, segun mi vocacion y mis fuerzas (sea para gloria de Dios) en ser de consuelo y alivio á muchos.

»Unas veces administré los Sacramentos, otras ocultamente los instruia en las verdades católicas, y otras les amonestaba siguiesen el camino de la virtud, porque nunca pude predicar en público, lo cual me solia dar mucha pena, si bien me causaba siempre mucha humildad; por lo cual me determiné con mucho gusto y facilidad á seguir un modo de vida muy moderada y pobre entre gente de inferior condicion y fortuna, y casi siempre visitaba todo el contorno caminando á pié.

»Lo que toca al estado de mi alma, me parece, por la misericordia de Dios, que me va bien.

»He deseado con todas veras caminar adelante cada dia en la virtud, y he traido entre los ojos la incertidumbre de la vida, y principalmente mi flaqueza y poca salud; porque ha más de ocho años que suelo tener flujos copiosos de sangre por el otoño y la primavera, lo cual no me ha causado aún notable daño á la salud principal.

»Si bien tengo muy debilitada la cabeza, de modo que no puedo durar mucho tiempo en la oracion ni leccion; pero gasto mucha parte del tiempo pensando algunas cosas devotas, diciendo jaculatorias, rezando el Oficio divino y el Rosario de la Vírgen nuestra Señora.

»Y tambien ha pocos dias que, por no poder ya andar á pié, es fuerza usar de cabalgadura no sin mucha incomodidad y molestia, principalmente en estos tiempos tan apretados y peligrosos.

»Todas estas cosas me han sido causa de aumentar en mí el deseo de que se ofrezca ocasion de derramar mi sangre y perder mi vida por la causa de Cristo, lo cual le suplico por su infinita bondad se digne de concederme. Fecha en la cárcel, á trece de setiembre de mil y seiscientos y cuarenta y cuatro.»

Esto dice con toda llaneza y sencillez este siervo de Dios á su Superior. En las cuales palabras, como parece, aunque forzado de la obediencia, dice algunas cosas propias muy dignas de alabanza; pero el cuidado que tenia de aniquilarse las ofusca y sirve de densa nube para que no resplandezcan; porque el propio menosprecio era el principal fundamento de las demás virtudes que le adornaban.

De aquí le procedia desear en todas sus palabras y obras una genuina claridad y pureza; de aquí la propension tan discreta en rendir su voluntad al

ajeno sin valerse del suyo; de aquí el vigilante desvelo en inquirir las
ínimas faltas suyas; de aquí no sólo la natural aversion á cualquier gé-
: detraccion, sino tambien un señorío tan grande sobre todos los mo-
os propios del ánimo, que los que le trataron con más frecuencia,
ron que nunca vieron su rostro ménos compuesto, sino lleno de una
ranquilidad; de aquí, finalmente, un odio perpetuo con su cuerpo
on un esclavo, el cual, aunque estaba flaco y enfermo naturalmente,
eso le regalaba ni excusaba de los trabajos y ocupaciones, sino le
braba á los más ásperos ejercicios, oprimiéndole con las penosas fa-
cansancios que traen consigo las obras de caridad, porque así lo pe-
lud de las almas y la honra de Cristo.
en los lugares donde asistia muchos católicos de humilde y pobre
los cuales ni podian sustentar en sus casas á los sacerdotes por su
ecesidad, ni les era seguro irlos á ver en las ajenas por el gran peli-
ue estaban.
on todo eso, el P. Rodulfo se determinó á consolarlos, ayudándoles
s sus fuerzas.
istrábales los Sacramentos y discurria de unos lugares en otros visi-
casas, lo cual hacia sin temor alguno, caminando no sólo de dia,
oche, en el más profundo silencio de las tinieblas, ya con excesivos
a con penosas lluvias y rigurosos frios.
a en estas ocasiones á pié con un bordon en la mano, al cual por
risa llamaba su caballo; y en llegando á cualquier parte, tomaba á
el aprovechamiento de todos los de la casa donde se hospedaba.
poder con más libertad frecuentar los pobres albergues de los más
s, andaba sin capa ni ropilla, con un traje vilísimo, que más pare-
esclavo ó correo, que predicador evangélico.
odidad del hospedaje y sustento se podrá conocer cuál seria entre
pobre y desprevenida, pero siempre mostraba un rostro agrabable
gradecido, señales del gozo interior que tenia con los trabajos; por
or los ejercicios verdaderamente apostólicos, continuados por es-
oce años enteros, no es maravilla que los católicos de aquella re-
nasen *amantísimo padre y apóstol de aquella tierra.*
spues de tantos y tan santos trabajos padecidos con tanta constan-
nuacion, ¿qué se podia esperar, sino lo que suele seguirse despues
jo y trabajoso camino, que es una sed insaciable?
e aquella sed que muchos dias habia abrasaba su corazon de su-
condenado á muerte por Cristo, y derramar su sangre por la cau-
habia puesto tanto desvelo.

A diez y ocho, pues, de julio del año de mil y seiscientos y cuarenta y cuatro, el P. Rodulfo, ignorante de la felicidad que le esperaba, estaba diciendo Misa en un lugar llamado Hampsterleo, que está en el condado de Dunelmense, y mira á Neocastro, y es una casa solitaria en medio de un bosque.

Aquí, estando ofreciendo este santísimo Sacrificio, y habiendo dicho ya la epístola, le acometieron violentamente unos soldados herejes calvinistas, hallándole áun no bien desnudo de los vestidos sagrados, por la gran priesa con que llegaron, con que el suceso manifestó la causa de su prision y él la confesó claramente.

Lleváronle luego á Sunderlandia, un lugar que está á orillas del mar, y le presentaron ante los comisarios del Parlamento que entónces estaban allí para conocer de las causas.

Empezaron á preguntar del delito por que venia preso, y se informaron de uno de los soldados que le traian de quién era y lo que por su boca habia ya confesado, y mandaron que se escribiese y se les entregase.

Hízolo el Padre, y con su mano propia escribió lo siguiente: «Yo, Rodulfo Corbeo, sacerdote, estando asistente en el obispado Dunelmense, fuí preso hoy en Hampsterleo por los ministros del Parlamento, cerca de las nueve de la mañana, estando diciendo Misa, y cogieron tambien los ornamentos sacerdotales y otras cosas.»

Preguntáronle dónde habia recibido el sacerdocio, y respondió que en España; tambien si era jesuita, y dijo, que por gran beneficio de Dios era de la Compañía de Jesus.

Mandáronle que lo escribiese, y él lo hizo con gran gusto. En este papel que escribió, hizo primero la señal de la cruz, como es costumbre á los católicos, lo cual sus enemigos interpretaron supersticiosamente y lo llevaron muy á mal, porque son hombres de secta tan perversa, que detestan sacrílegamente de la señal de la cruz de cualquier manera que sea, y desean desterrarla totalmente de la memoria de los mortales.

Finalmente, despues que le examinaron cuanto quisieron, le llevaron á embarcar, cerca de las once de la noche, para que sin detencion llegase á Lóndres.

Metiéronle en la nave y le pusieron en una secreta cárcel, donde estuvo un dia; pero despues, como él de sí testifica, le permitieron mayor libertad y le trataron más humanamente.

Lo que le fué de mayor consuelo fué hallar en el mismo navío por singular providencia de Dios á Juan Ducheto, sacerdote seglar, que habia pocos dias le habian preso en un lugar vecino, y le llevaban por la misma caus

no suplicio; varon verdaderamente heróico, y constante, y dotado de
ıtes virtudes, y digno de particulares y propios encomios.
le que se encontraron en esta nave, vivieron como dos hermanos ca-
y eran almas muy parecidas, llenos de inefable consuelo; juntos des-
ıs encarcelaron, juntos los citaron á juicio y juntos acabaron feliz-
a vida.
o que llegaron á Lóndres, los presentaron ante los comisarios del
:nto; volvieron á pedirles la misma confesion de sacerdotes, hecha en
andia, la cual de nuevo confesaron y ratificaron con admirable cons-

›perar más exámen, mandaron que al punto los llevasen á la cárcel
ıan la *Puerta nueva,* y lo ejecutaron con gran injuria y afrenta de los
s, porque vino una cohorte no ménos que de cuarenta soldados ar-
on su capitan.
. pues, con militar pero ignominioso aparato, sonando cajas, encen-
ıogueras y disparando escopetas, llevaron á la prision á los confeso-
:risto, como si fueran alborotadores del reino ó cautivos de algun
ejército (donde nunca habian estado), pero á la verdad no lo hacian
›dio del sacerdocio y católica religion.
ué en el dia en que la católica Iglesia celebra la fiesta de S. Pedro
ıla.
este dia hasta trece de setiembre, que entónces habian de ser pre-
en juicio solemne, gastaron el tiempo con grandes demostraciones
ad, religion y constancia, causando en los que lo veian mucha edifi-
:onsuelo, de que pudiera referir muchos ejemplos.
ya habian dejado todos los cuidados humanos, y entregádose todos
›r vigilancia á mirar por sí y agradar á Dios, preparaban sus almas
ımo certámen que ya les amenazaba.
que estos siervos de Dios tenian una santa emulacion y fervorosa
entre sí, procurando cada uno adelantarse en humildad, caridad,
deseo de la gloria de Dios y las demás virtudes; pero siempre
do (que es lo que principalmente pretende el noble ejercicio de la
a union muy estrecha de voluntades y admirable concordia en to-
sas.
base cada dia el rumor de que estos dos varones ilustres habian de
:ro de pocos dias, como sucedió, por la confesion de la católica fe y

ual venian muchos á que les administrasen los Sacramentos, entre
recibió la Eucaristía de mano del P. Rodulfo, que decia Misa, un

hombre particular, de quien se supo por dicho de muchos que habia he(
el perverso juramento de fidelidad, que llaman, pero á la verdad es de infi
lidad contra Dios y la Iglesia, y que áun perseveraba pertinaz en defendei

Pero, luego que los fieles sacerdotes tuvieron de esto noticia, determinai
de comun consentimiento poner algun remedio, porque no sucediera con
minarse con alguna falsedad las verdades católicas, y que pareciese que el
asentian al juramento, y, movidos de su ejemplo, peligrase la salud de
almas.

Por lo cual se resolvieron los dos á que el P. Rodulfo le hablase, el cual
hizo, y amonestándole con mucha amistad y mansedumbre, le dijo que,
era verdad lo que de él se afirmaba, y no estaba arrepentido de veras de l
berlo hecho, se abstuviese de allí adelante de la comunion sacrosanta, porq
él y su compañero estaban muy determinados á no admitir á la Mesa sag
da á los defensores ó fautores de este juramento tantas veces condenado p
la Sede Apóstolica.

Porque muchas veces habian los dos unánimes declarado lo mucho q
detestaban el juramento dicho, y que era ya cosa indubitable que no se p
dia defender con buena conciencia, y que los que enseñasen ó hiciesen lo co
trario, debian ser repelidos totalmente de los Sacramentos divinos.

Esta piadosa reprension fué de gran edificacion y provecho á los fieles,
dieron los siervos de Dios grandes muestras del celo de la gloria divina q
ardia en su pecho.

Aunque hubo muchos indicios que declaraban las ansias ardientes del m
tirio que estos dos soldados de Cristo experimentaban, especialmente
muestran aquel gozo grande que tenian y la admirable serenidad de ros
que traian continuamente en la cárcel: todo lo cual notaban los mismos
rejes, y despues lo contaban con graves palabras á los demás, atestiguar
esta verdad con gran admiracion y copiosas lágrimas de alegría de los ca
licos.

Por lo cual los dos fieles amigos andaban con mucho cuidado, previnier
todas las ocasiones para no menoscabar su constancia y poner en algun ri
go la preciosa corona que por instantes esperaban alcanzar felizmente.

Y aunque pensaban algunos que, si se pudieran traer á tiempo papele
testimonios auténticos de que el P. Rodulfo habia nacido en Irlanda, estor
ran su muerte; pero él oia con poco gusto que se tratase de este negocio,
en cuanto le daba lugar el cumplimiento de la obediencia, procuraba que
tuviese efecto esta traza.

Verdaderamente la providencia divina favoreció sus ardientes deseos
fervorosos suspiros; porque de tal manera dispuso que sus amigos deseosos

a hiciesen esta diligencia, que no se firmó el instrumento público de su
ento en la tierra sino el mismo dia y casi á la misma hora en que, de-
la vida temporal en Lóndres á manos del verdugo, empezó á nacer di-
nente en el cielo á la eterna. Pero no sé si lo que ahora diré dará me-
ndicios de sus deseos de padecer.
edió, pues, que se empezó á tratar con el embajador del emperador,
sidia en Lóndres, de rescatar un caballero que era sargento y le habian
en Alemania. El embajador procuró con urgentes instancias que le
en lugar de aquel prisionero al P. Rodulfo.
ose el Padre atajado con esta no pensada ocasion de su libertad, y
lo huirla, no hallaba otra salida mejor que pedir para su fidelísimo
iero aquella gracia que á él le querian hacer.
aba una razon que á él le parecia muy fuerte, y era que no tenia tan-
sidad de tan grande favor, por haber nacido en Irlanda; pero sí su
ero, que, por ser inglés, no se podia librar sino por alguna merced ó
que se le hiciese.
bien añadia que D. Juan Ducheto era muy mozo y de buena salud,
de excelentes calidades y muy útil para poder gastar aún mucho tiem-
rocurar la salud de las almas; pero él tenia más años y muy poca sa-
ue estaba tan falto de fuerzas que no podria trabajar demasiado en la
Cristo.
os argumentos añadió humildísimos ruegos, con que pidió aquesta
á sus Superiores y á la gran benevolencia del embajador, á quien
uchas gracias por la que le ofrecia.
ó que, si el haber nacido en Irlanda no hiciera bastante fuerza para
la sentencia de muerte, se hallaba con tales alientos, por la gracia
que de mejor gana moriria por tan gloriosa causa que quedar con
que los últimos cuatro años de su vida (poco despues de haber sido
con el grado de Coadjutor espiritual formado) habian ardido estas
rvorosas en su pecho, por lo cual nunca habia cesado de suplicar á
Bondad que dispusiese en algun tiempo las cosas de modo que
ntes deseos se pusiesen en ejecucion.
e echaba de ver por todas estas cosas, que su alma se movia á pro-
ilustre muerte por un impulso celestial y divino.
a ocasion el embajador se determinó á no tratar este negocio ya
ajeros, sino ir en persona á la cárcel, y que en su presencia resol-
tos dos valerosos soldados de Cristo lo que se habia de hacer,
s tuvieron una humilde y amorosa contienda, procurando cada uno
o se aprovechase de la promesa de la libertad ofrecida, alegando

por su parte muchas razones, con que causaron mucha admiracion á los que estaban presentes, mirando tan nuevo y prodigioso suceso.

Uno, que era religioso y persona muy grave, dijo que en este santo certámen se representaba muy al vivo el gran fervor y humildad de los primeros mártires de la iglesia; y el suceso mostró que gustaba Dios que estos dos siervos suyos se ofreciesen en sacrificio, y que no era bien se estorbase tan agradable holocausto, porque ninguno de ellos quiso aceptar la gracia del embajador.

Finalmente, fué llamado á tribunal con su compañero, á cuatro de setiembre, y habiendo leido la fórmula de la acusacion de que Rodulfo Corbeo se habia hecho sacerdote y jesuita en transmarinas regiones, y vuelto despues á Inglaterra contra las leyes del reino (conviene saber, contra las leyes que la reina Isabel estableció, contrarias á las divinas, con las cuales procuró desterrar la fe católica de las provincias sujetas á su jurisdiccion) preguntóle el juez, segun es costumbre, si se hallaba culpado de lo dicho ó no.

Respondió el Padre ser verdad que era sacerdote y religioso de la Compañía de Jesus, y que no tenia esto por delito, sino ántes por mucha honra suya.

Como el juez no pudiese sacarle otra respuesta alguna, preguntóle si tenia otra cosa fuera de lo dicho para defenderse. El Padre, para satisfacer á los Superiores, que así se lo mandaron, sólo dijo que él era nacido en Irlanda.

El juez dió salida á este inconveniente con alegar un decreto de Isabel, el cual, al parecer, comprendia tambien á Irlanda como Inglaterra.

Despues, por parecer de doce varones, que (segun el estilo de aquel reino) suele preceder á la última sentencia, fueron ambos declarados por dignos de muerte, y luego remitidos á la cárcel.

El dia siguiente, como fuesen de nuevo presentados delante del tribunal y acusados otra vez de los mismos puntos que antes, y ellos tambien respondido de la misma manera que el dia precedente; el juez dió contra ellos sentencia de muerte, segun el estilo que se observa en Inglaterra contra sacerdotes; y el tenor de ella fué de esta manera: Que habian de ser vueltos á la cárcel y llevados desde allí en unos carros á la horca de Tiburno, lugar algo distante de Lóndres, adonde, despues de ahorcados, estando áun medio vivos, les habian de sacar las entrañas, y los cuerpos, descuartizados en cuatro partes y vueltos á Lóndres, fuesen fijados públicamente en los lugares que despues se señalarian.

Así lo escribió brevemente el P. Rodulfo en una para su Superior, en la cual, entre otras palabras que manifiestan claramente sus muchas y muy señaladas virtudes, añadió:

«Regocijado yo con esta sentencia, he vuelto al lugar de mi prision, que

ıa Nuevo Porto, adonde espero aquel dichoso sábado, el cual es víspe-
Nacimiento de la Vírgen Santísima, por cuya favorable intercesion
que tengo de renacer á la nueva é inmortal vida para siempre.»
ılmente, habiendo como dicho en aquella carta el último vale así al
í quien escribió, como á toda la Compañía, puso estas palabras: «Y así,
mi Padre amantísimo, para poner remate á esta carta juntamente y á
a, pido humildemente por el amor que debemos á Dios, perdon
. y á la Compañía universal de todos mis descuidos, defectos, ocasio-
enfado y de cualquiera negligencia de mi oficio en la vida pasada.»
ıas fueron apartados del tribunal estos dos constantes confesores de
cuando empezaron á sentir la bárbara inhumanidad de uno de los
; de la cárcel, porque los encerró en un aposentillo muy malo y oscu-
e gente facinerosa, como ladrones, homicidas y otros malhechores.
hizo casi desnudarlos y cargarlos de pesadas cadenas y grillos, y los
dignísimamente con otros modos muy injuriosos, hasta que el mismo
de la cárcel lo supo, y, reprendiendo tan inhumana crueldad, hizo que
se adelante.
con todo eso los forzaron, antes de sacarlos de allí, á redimir por la
le los católicos con dinero aquel no acostumbrado rigor.
ıvictos siervos de Dios padecieron todas estas penalidades y afrentas
ro alegre y gran sosiego de corazon y sin dar muestras de queja
inguno; ántes era tanta la alegría del P. Rodulfo, que la grandeza
ozo interior redundaba en los ojos, derramando algunas veces lágri-
devocion y alegría.
les quedaba de vida más que un dia y una noche, y así, determina-
ar todo este tiempo en oracion, ayuno y vigilias, sin permitir un
scanso de sueño á sus ojos, lo uno para hallarse más prontos y dis-
para salir en aquella última hora á recibir al celestial Esposo, y lo
ra tener más tiempo de consolar á algunas personas y ejercitar con
aridad; porque los iban á visitar frecuentemente de dia y de noche
atólicos naturales y extranjeros, y, fuera de ellos, muchos predicado-
s príncipes católicos que estaban entónces en Lóndres.
se admiraban de su santidad llenos de una devota veneracion, con
renciaban á los dos valerosos soldados de Cristo, estimándoles ya
inos y ciudadanos del cielo.
los no faltaron á nada, porque acudian á todos con saludables con-
rudentes avisos, procurando siempre, cuanto les era posible, ya con
odesta, ya con muestras de voluntad que todos quedasen conten-
sfechos.

Especialmente el P. Rodulfo, conociendo que habia estudiado en los seminarios de San-Omer, Sevilla y Valladolid, fundados por el Católico rey D. Felipe II, y que habia acabado los estudios de Teología en el colegio de Lieja, fundado por la piadosa liberalidad del duque de Baviera, no quiso olvidarse en esta ocasion de tantos beneficios; y así, procuró dar á entender humildemente con palabras, escritos y otras muestras de agradecimiento, que los tenia muy impresos en su memoria.

Prometió rogar muy particularmente á Dios por la majestad del Católico rey de España y por el serenísimo elector de Baviera, y que esto lo haria no sólo en vida, sino en la patria eterna del cielo, adonde con pasos apresurados se iba ya acercando.

El embajador de Francia no sólo quiso en persona ir á visitar aquella tarde postrera á los mártires de Cristo y pedirles sus santas oraciones con ruegos devotos y afectuosos, sino tambien se confesó con el P. Rodulfo (lo cual hicieron tambien los que le iban acompañando), y recibió con mucho agrado un rosario y una medalla bendita que el Padre le dió, para enviar este rico presente á Francia á la reina, y juntamente una cédula en que decia estas palabras en lengua latina: «Yo, Rodulfo Corbeo, sacerdote de la Compañía de Jesus, prometo de rogar á Dios por la salud del rey de Francia cristianísimo, por la serenísima reina y todo el Palacio, etc.»

Despues que se apartó de ellos el embajador, dijo de los dos valerosos soldados de Cristo que nunca habia visto semejante ejemplo de fortaleza cristiana, y cómo no sólo los admiró visitándolos, sino tambien gozó de sus saludables consejos, causándole particular alegría: prometió tenerlos siempre en su memoria para engrandecer su mucho valor en todas las ocasiones que se ofreciesen.

Tampoco es digno de pasarse en silencio el devoto afecto de la duquesa de Guisa, digna de eterna memoria, la cual, siendo extranjera y hallándose en esta ocasion en Lóndres, en la cual á vista de todos se habia de manifestar este espectáculo tan agradable á Dios y á los ángeles, se alegró sumamente por habérsele ofrecido, sin pensarlo, tan buena ocasion de hallarse en alguna manera presente; por lo cual quiso ver á estas dos víctimas santas antes que se ofreciesen en sacrificio, engrandeciendo la causa de la fe católica porque padecian.

Y no quiso ser sola en esta accion tan devota, sino persuadió á otros que la acompañasen; y así, vino á la cárcel con el marqués de Brossa y todos los criados y gente de acompañamiento de ambas familias, sin rehusar esta diligencia por las incomodidades del tiempo y el lugar tan abatido donde iba.

Pasó toda aquella noche, que era la última que les quedaba de vida á lo

sacerdotes de Cristo, acompañándolos en sus fervorosas vigilias, y es-
resente á los Sacrificios sagrados que los dos celebraron.
fesóse con el P. Rodulfo, y con suma veneracion recibió el Santísi-
cramento de la Eucaristía, y luego compró con dinero presente el cáliz
e habian dicho las Misas, y le guardó con suma veneracion.
ıbien asistieron otros muchos católicos que, confesados y prevenidos
mente, recibieron el divino Pan de los ángeles de sus manos, y afir-
haber sentido en sus almas admirable consuelo.
ıse con particular atencion que el P. Rodulfo, despues de recibida la
:ia de muerte, segun hemos dicho, quedó como antes, con mucho
y alegre semblante, sin padecer mudanza alguna.
to más se acercaba la partida á la patria que deseaba, eran mayores
stras de su contento, derramando algunas veces con suavidad amoro-
imas, no indicios de dolor ó temor, sino testigos muy ciertos del ad-
gozo que bañaba su alma, tanto más abundante, cuanto más vecina
a posesion de la eterna felicidad.
› confesó él mismo á otro religioso de la Compañía, que siempre le
n la prision, diciéndole que jamás habia sentido temor alguno.
en la última Misa que dijo, parece que aquella alegría y serenidad
se oscureció un poco como con alguna pequeña nube; porque, cuan-
a ofreciendo este altísimo Sacrificio, hacia muy tardos los movimien-
:uerpo y pronunciaba las palabras con ménos presteza que solia, y
veces se detenia, apretados los brazos, y entónces le faltaba tanto la
causaba admiracion á los circunstantes.
ıtándole despues qué era la causa de aquella novedad, dijo que le
currido algunos pensamientos de pena y tristeza demasiada, y que
Dios le librase de ellos, y luego se lo concedió apartándolos de su
y restituyéndole á su primera alegría; y aún se observó que, hasta
a vida, tuvo una más que natural alegría y valor.
ɔ salia de la cárcel para el suplicio, viendo que algunos lloraban y
ras muestras de sentimiento, decia á todos que estuviesen gustosos
; y mostrando un rostro grave y risueño, afirmaba que no habia
llanto, ántes muy buena ocasion de gloriarse por la suma dicha que
iunfo glorioso que le esperaba.
e, pues, el deseado dia, é instaba ya la hora de salir de la cárcel á
:a muestra de su valor y constancia estos dos insignes varones, dan-
confesion de la fe animosamente las vidas.
ı con mucha alegría y fortaleza de ánimo, como quien eran y como
› requeria. Por la cual no temieron salir á vista de aquel público y

numeroso concurso en traje muy nuevo y nunca visto en los condenados á muerte en aquella ciudad; porque iban, no ya fingiendo ser otras personas, sino manifestando las propias.

Llevaba Juan Ducheto una vestidura que le llegaba á los piés, como suelen andar los sacerdotes seglares en los reinos católicos, y el P. Rodulfo el vestido religioso de la Compañía, y ambos abiertas con mucha decencia las coronas en la cabeza.

Pusiéronlos juntos en la carreta, sentados, como es costumbre, en unas pajas. A mano derecha iba el P. Rodulfo, que era mayor de edad, y por su poca salud llevaba el rostro aunque agradable, descolorido. Al otro lado iba Ducheto, de ménos años y más robusto, con un semblante risueño y amable.

De esta manera iban al lugar del suplicio por medio de innumerable gente que habia acudido á tan insigne espectáculo, y tan unidos en recíproca caridad y consuelo, tan alegres y tan pacientes, que áun los mismos herejes los veneraban.

Maravillados decian públicamente que era cosa digna de admiracion ver á estos dos varones tan constantes, entregarse tan intrépidos y valerosos á semejante modo de muerte por defender la religion que profesaban.

Pero los católicos, viendo que iban al suplicio en sus hábitos propios, segun su estado, sin ser uso ni costumbre en aquel reino, llenos de gozo y veneracion les pedian la bendicion por señas, y ellos la iban echando con mucho amor y semblante risueño y alegre.

Y fué cosa digna de reparo que ninguna persona del vulgo hiciese burla del hábito que llevaban, tan extraño en aquel reino y tan odiado de los herejes.

Cuando llegaron al lugar destinado y comun del suplicio, primeramente besaron devotísimamente la horca y la saludaron dándole á Dios muchas gracias, y luego subieron en el carro fatal y les echaron al cuello las sogas, hallándose los dos inocentes reos en medio de otros cinco delincuentes y malhechores que venian tambien á ser ajusticiados.

En esta ocasion Juan Ducheto se resolvió á no hablar palabra al pueblo, sino se quedó con el rostro derecho y levantado decentemente y fijos los ojos en el cielo.

Y cierto que parece que esta muda elocuencia de este insigne varon, indicio grande de la interior alegría y tranquilo sosiego que poseia, fué muy á propósito en aquel tiempo y que tuvo vehemente eficacia para conmover los ánimos de los que estaban presentes; mas el P. Rodulfo declaró ser la causa de su muerte bastantemente notoria, y que esta era sóla la fe católica y el gran deseo de dilatarla.

› cual añadió el juez de la sentencia: «Por esto habeis de ser condena-
y á muerte, porque, ordenados de sacerdotes en tierras extrañas ha-
ıelto á Inglaterra y habeis, contra las leyes de Dios y de los reyes, per-
· los ánimos de los vasallos de su majestad.»
5 el Padre ser lo que habian hecho contrario á las leyes divinas; por-
ué pecado habian cometido contra las leyes de Dios en haber obede-
la ley de la caridad para con el mismo Dios, la cual es fin y comple-
de las divinas leyes?
:l haber procurado el remedio y salud eterna de otros, añadió, el ha-
ıbido legítimamente los Ordenes sacros instituidos por el mismo Cris
haber desengañado á los que andan descaminados de sus errores, si
to es contravenir á los decretos é institutos del reino, por lo cual así
ımos ser castigados; todos entiendan que no tememos la muerte que
: título se nos da, ántes la deseamos con los brazos abiertos.»
, detenerse en más palabras, luego se volvió á exhortar y á animar á
cuente que habia de morir con ellos.
se llamaba Habardo, y antes que fuese sacado al suplicio, dejó la
y estando ya para morir, confesó públicamente con gran cons-
ι fe católica, doliéndose mucho á vista de todos de haberla cono-
ι tarde.
ıan algunos sacerdotes prevenidos en secreto cerca de la horca, los
iesen á cierta señal la sacramental absolucion á los mártires, la cual
ɔn con mucho gusto; y abrazándose recíprocamente con caridad fer-
quedaron pendientes en el aire, apartado por abajo el carro.
ituvieron un poco hasta que dichosamente perdieron la vida, porque
:to de la justicia quiso con ellos mitigar el rigor de la ley, mandando
les sacasen las entrañas, como es costumbre, hasta que hubiesen
lel todo.
usó con ellos tambien de nueva clemencia, porque mandó que les
á ambos los pulsos para saber de cierto si habian ya muerto.
n oscureció esta benigna accion con el rigor que ejecutó despues;
ıl instante mandó quemar todas las cosas que estuviesen teñidas ó
ıs con la sangre de estos dos siervos de Dios; y áun las toallas y
le lienzo que los verdugos tenian puestas, mandó lavarlas, diciendo
o tendrian los *perros papistas* (¡insolente vocablo!) cosa alguna para
. ó guardarla por reliquia.
ɔdo eso no faltaron algunos que alcanzaron con astucia, dinero ó
:nto devoto algunos pedazos rotos del vestido de Juan Ducheto, y
ɔ suya y tambien otras cosas, y llevaron la sotana entera del P. Ro-

dulfo á los Padres de nuestra Compañía, que está en Lóndres como prenda de mucha estimacion.

Así vivió el P. Rodulfo, así triunfó de la muerte y con su ilustre victoria ha dado nuevo ánimo á nuestros Padres, que están en Inglaterra, para padecer semejante muerte por la propagacion de nuestra fe y la salud de las almas, entre tantos y tan continuos peligros como cada dia experimentan.

Ultimamente quiero advertir, que como ya dijimos, fué su dichosa muerte el año de 1644, casi de edad de cuarenta y siete, de los cuales estuvo los últimos veinte en la Compañía, y á siete de setiembre, segun el órden antiguo; pero segun el calendario reformado, á diez y siete del dicho mes de setiembre.

En este mismo dia fué cuando, siete años antes, murió felizmente su padre Gerardo Corbeo, el cual, despues de haber dado á la Compañía de Jesus tres hijos, y á la venerable Orden de S. Benito dos hijas (en Bruselas en el monasterio de Vírgenes inglesas) y ya no tenia vivos más hijos, se determinó á dejar el mundo del todo, con unánime consentimiento de su mujer, y siguió la vocacion de sus tres hijos, entrando en la Compañía, y en ella murió santamente en Waten; y ella la de sus hijas, tomando el hábito de S. Benito en Gante. Con lo cual toda esta devota familia se dedicó felizmente al servicio de la Majestad suprema de Dios.

Este martirio del P. Rodulfo escribió el P. Ambrosio Corbeo juntamente con el de otros dos mártires de Inglaterra, y se imprimieron en Flandes.

P. NIEREMBERG.

## P. ENRIQUE MORSEO

El P. Enrique Morseo fué de nacion inglés y de patria suflolciense. Los primeros años de su vida estuvo engañado, siguiendo la cieg herejía por haberse criado en ella; pero en llegando á la edad varonil, guiad de la divina luz, mejoró de costumbres y se inclinó á la fe católica.

Despues de haber estudiado bastantemente las letras humanas, se ocup en los estudios de la jurisprudencia y leyes de la patria; pero cada dia ten nuevas inquietudes por las muchas dudas que por momentos se le ofreci en materia de la religion.

Para satisfacerlas y tratar un negocio de tanto peso con la madurez y pr



dencia que requeria, se fué á Flandes, y allí con mucho espacio y atento estudio sacó razones muy sólidas y se fundamentó en la luz de la fe, con ánimo de ser tan constante en profesar la verdad, cuanto más advertidamente la habia procurado saber, poniendo siempre la mira en la salvacion de su alma.

Y parece que Dios no quiso tardarse mucho en probar su resolucion y constancia, porque, luego que dió la vuelta á su patria, le mandaron hacer el detestable juramento con que de ordinario suelen los herejes probar la fe de los católicos; pero él no quiso admitirle, segun estaba obligado, por lo cual le prendieron y despues le desterraron.

Para cumplir esta sentencia, se fué á Roma, donde estuvo en el colegio de ingleses estudiando la Filosofía y Teología sagrada con mucha aprobacion, y dando claros ejemplos de piedad y amor para con Dios, obediencia á los Superiores, caridad muy fraterna con los compañeros, y aprovechó mucho en estas y las demás virtudes.

Despues de recibidas las órdenes y fortalecido de las armas espirituales necesarias para pelear las batallas de Dios, volvió de nuevo á su patria, para tener las cárceles por morada de su descanso.

Apénas, pues, llegó á Neocastro, que es la principal ciudad de los northumbros, cuando á la misma entrada de la isla le prendieron, y le examinaron, y luego le pusieron en la cárcel pública sólo porque profesaba la fe católica.

Allí padeció por espacio de tres años muy graves incomodidades, y tenia tan poca salud y las fuerzas ya tan exhaustas, que parecia retrato de la misma muerte.

Tenia licencia de nuestro P. General P. Mucio Viteleschi, para que, en volviendo á Inglaterra, fuese admitido en la Compañía, y así empezó este insigne soldado de Cristo su noviciado en la rigurosa prision.

Esta fué la palestra donde se probó su virtud y valor, y esta la escuela famosa donde aprendió fervoroso los ejercicios de todo género de virtudes.

Y no le faltó Maestro que le enseñase esta divina ciencia, porque fué juntamente preso y puesto en la misma prision otro sacerdote de la Compañía, varon muy ejercitado en este admirable estudio.

A este Padre tomó por su guía en todo, para que le adiestrase y declarase las cosas divinas y celestiales; fuera de que el Espíritu Santo, verdadero y propio Maestro, le infundia su divino rocío tanto más familiarmente cuanto el lugar era más solo y apartado del bullicio humano.

Como el oyente era dócil y deseoso de su aprovechamiento, eran más abundantes las luces divinas con que se ilustraba su entendimiento; por lo

cual fué siempre su principal estudio y cuidadoso desvelo el caminar cada dia con nuevos alientos á la perfeccion y procurar la salud de las almas.

A cerca de lo cual es digno de eterna memoria que en todo el tiempo que estuvo en la cárcel, apénas murió uno de los delincuentes que estaban presos, sin que á costa del mucho cuidado del Padre se dejase de reconciliar y volver al gremio de la Iglesia.

Despues de una larga prision, le permitieron que saliese desterrado; y así, se embarcó y llegó á Flandes, y en nuestra casa de Waten estuvo algun tiempo viviendo con los novicios y edificando á todos con vida muy ejemplar.

Luego fué enviado adonde estaban los soldados ingleses que entónces invernaban en los lugares vecinos, y allí, deseoso de la salud de sus almas, á unos explicaba los artículos de la fe; á otros los procuraba reducir con sagaz industria y grande espíritu; á otros administraba los Sacramentos, y así ayudaba y asistia á todos con mucha puntualidad.

Añadia otros trabajos y vigilias extraordinarias, con que de nuevo vino á perder la salud y se sintió tan debilitado, que juzgó que sin remedio perderia la vida.

Pero la caridad y mucho cuidado de los Padres flamencos del colegio Caste letano, donde estuvo enfermo, le libraron de los umbrales de la muerte que le amenazaba, y el doliente se mostró tan agradecido, que dándoles muchas gracias por lo que con él habian hecho, decia que, despues de Dios, tenia vida por ellos.

En estando bueno, volvió de nuevo á Waten, y despues fué á Lieja, y en ambas casas fué Ministro, y ejerció este oficio con gran aprobacion y religiosa observancia, procurando cuanto le era posible ser de provecho y utilidad á cada uno y á todos juntos.

Y en lo que siempre se mostró vigilante, fué en observar él primero con todo rigor las reglas de la religion y mandatos de los Superiores, para que con su ejemplo no tuviesen excusa los demás si faltasen en algo, y tambien se animasen á cumplirlos perfectamente.

Ardia en su pecho una sed insaciable de la salud de las almas; pero no podia satisfacerla encerrado entre las paredes de su colegio; por lo cual tuvo dicha de que le cupiese la suerte de ser enviado á Inglaterra por operario de la viña de Cristo, cosa que aceptó con mucho gusto porque lo deseaba.

Pero fueron tantos los trabajos que en esta mision padeció, tanto su desvelo y solicitud en procurar coger abundante fruto, que, si lo refiriera todo, fuera cosa muy larga.

El año 1636 y 1637 sobrevino en Lóndres una mortífera peste, donde el P. Enrique no sólo tomó trabajo incansable, sino arriesgó su misma vida p

uelo de los desamparados católicos, ayudando con sumo gusto á todos
esitados é inficionados del pestilencial contagio.
raros ejemplos que dió en esta ocasion de religiosa y cristiana piedad,
:hos trabajos que padeció, el fruto copioso que hizo y las muchas al-
e por su medio alcanzaron la vida eterna, le hicieron venerar como á
ıpostólico.
muy cuidadoso el desvelo que el Padre puso en procurar la salud de
as, y tan á su costa, que como andaba siempre con los apestados sin
su daño, se le entró en las venas la misma enfermedad, y sin duda mu-
: ella, si el Dr. Turnero con caridad heróica y aventajada ciencia no
e una horrenda llaga que se le hizo, con que le sacó del manifiesto
de muerte en que estaba.
apénas se vió libre de él, cuando cayó en otro no ménos manifiesto;
en viéndose convaleciente, volvió con nuevo valor á ejercitarse en los
ios de caridad que solia, y en esta ocupacion le prendieron los ini-
ıistros de justicia, y luego le empezaron á tratar muy mal.
iéronle ignominiosamente, y desde la cárcel le llevaron al público tri-
allí le pusieron dos cargos ó acusaciones. La primera, que se habia
› de sacerdote por autoridad de la Sede Apostólica Romana deri-
la otra, que habia engañado á los súbditos de la real majestad, per-
oles á seguir la fe y religion romana.
son los dos horrendos delitos por los cuales este y otros muchos
soldados de Cristo han perdido animosamente las vidas en aquel
lleno de miserias é inficionado con la más pestilente, que es la

unque le opusieron al Padre estos dos delitos, con todo eso los jue-
condenaron mucho en el segundo, diciendo que no lo habia hecho
:vada intencion ni con deseo de apartar á los súbditos del rey de
obediencia.
el primero del sacerdocio le instaban con gran fuerza para sacarle
sa y convencerle con su confesion propia.
ente Padre, por no hacer mal á otros que podian correr peligro por
ɔn, ni afirmaba, ni negaba en lo que decia; sólo confesaba que era
o de poseer tan alto y divino estado, y remitia toda la probanza del
testigos acusadores.
lo que alegaron no tenia fundamento bastante, con todo eso, los
ıes (cuyo oficio es declarar si el delincuente es culpado, pero no
encia) dieron unánimes sus votos, pronunciando que el Padre era
erdocio, de cuyo delito habia sido acusado.

Sin duda se hubiera seguido la sentencia de muerte, como siempre sucede si no intercediera la serenísima reina de Inglaterra (de cuya liberalidad habia recibido el Padre varios socorros y muchas limosnas, para ayudar en el tiempo que hubo la peste los necesitados) la cual con piadosos ruegos hizo que el rey mandase suspender la sentencia, lo cual sucedió el año de 1637 á 4 de mayo.

Aquel dia le volvieron á la cárcel sin sentencia, y de allí salió pocos dias despues, porque unos nobles católicos salieron por fiadores de que el Padre pareceria en juicio dentro del plazo que quisiesen ponerle, y si no, pagarian una gran suma de dinero.

Dióles el Padre, como era razon, muchas gracias por el beneficio que le habian hecho, y siempre usó de la libertad que tenia con tanta cautela, que no pudiese venirles detrimento alguno por su ocasion.

Para asegurarlos más, aceptó de buena gana el destierro, obedeciendo el decreto del rey, en que, á los principios del Parlamento presente, se mandaba precisamente á todos los sacerdotes papistas que no parasen en todo el reino antes que llegase el dia séptimo de abril del año de mil y seiscientos y cuarenta y uno, y que, si no obedeciesen, serian castigados con todo rigor y severidad.

Vino en esto el Padre, no por miedo de las penas, porque por la causa de Cristo las abrazara gustoso, sino movido por la causa dicha y por otras razones de piedad.

Volvió, pues, otra vez á Flandes, donde en la mision castrense trabajó infatigablemente procurando con gran vigilancia la salud de las almas de los soldados ingleses que habia en el ejército.

En breve tiempo cobró tanta fama el P. Morseo con el Maestre de campo de aquella gente, que casi siempre le nombraba con el título honroso de santo Padre.

Pero convenia que esta santidad se manifestase en mayor teatro, y que se trasladase de la estrechura de un limitado ejército á los dilatados espacios de un reino entero.

Y como los mayores deseos que tenia el siervo de Dios eran que le fuese permitido de nuevo volver á su patria á socorrerla, despues que con mucha instancia se lo pidió á los Superiores, les pareció, finalmente, satisfacer sus ardientes deseos; y así, le dieron las nuevas de que le daban licencia para volver á Inglaterra, estando en Gante el año de mil y seiscientos y cuarenta y tres.

Alegróse sumamente el Padre, y, puestas las rodillas en tierra, dió muchas gracias á Dios y á sus Superiores por tan grande beneficio, y, sin poder d

e, se levantó luego y fué visitando los aposentos de todos los Padres y
más de la casa para hacerlos sabedores y partícipes de su alegría.
ıia concebido grande esperanza y casi certeza de que iba á padeerte gloriosa; y así, cuando se despidió de sus amigos, les prometió
erlos en su memoria cuando se viese en el lugar del suplicio para pervida.
este ánimo, pues, y firme confianza, volvió á Inglaterra con deseo de
r todos los trabajos que por la salud de las almas se le ofreciesen.
¿qué nos admira? Ya estaban pidiendo premio los méritos tan colmaeste fervoroso Padre, y ya se llegaba el tiempo de coger los frutos
s de tantas calamidades con tanto amor de Dios padecidas.
ues de haber estado año y medio ejercitando los trabajosos ministeceloso operario de Cristo, cayó en las manos de sus enemigos áun sin
ado; porque, andando en busca de otra presa y no pudiendo dar con
eron de la más presente y hallada sin pensar.
lieron al Padre que iba á visitar á un enfermo, diciendo que era sosdel sacerdocio; luego le pusieron en la cárcel Dunelmense, para que
e más diligente inquisicion sobre el caso.
banle rodeado de guardas, y despues de haber caminado un largo
ué necesario parar por ser ya de noche; por lo cual le pusieron en
n la casa del constabulario, el cual es un hombre que tienen puesto
odos los lugares como pública guarda y conservador de la paz.
pues, no estaba á la sazon en su casa; pero su mujer, cuando supo
que le traian, le recibió con mucha benignidad y agasajo.
le en un acomodado aposento y en él un brasero de lumbre, y ella
aparejó la cena, y esto sin haber podido hablarse los dos palabra
iber ocasion.
lla fué desembarazando de industria el aposento de sus hijos y criaedando sola con el Padre, le descubrió la verdad diciendo que era
prometiéndole todo secreto; le dijo no le negase si era sacerdote,
i lo fuese, le daba palabra de librarle antes que su marido viniese.
endo el Padre que hablaba sencillamente, le confesó la verdad; pero
nia en la fuga porque á ella le seria muy dañoso; mas ella, más anisu fragilidad requeria, le replicó que no temia el peligro, ántes
y pronta á perder la hacienda y la vida antes que entregar á los
un sacerdote inocente; y que así, comiese alguna cosa mientras
eguridad se dispusiese la huida; que mirase por sí y no le diese
peligro que le quedaba á ella.
nte, despues de haber resistido á su intento muchas veces, fueron

tantas las persuasiones y ruegos de la mujer, representándole el provecho que podia hacer en los católicos estando libre, que le pareció poner en ejecucion el consejo de tan valerosa mujer.

Por lo cual, despues de haber pedido á Dios con muchos ruegos remunerase liberalmente tan impensado agasajo y caridad como recibia, le dijo á la misma mujer que avisase á algunos católicos de aquella ciudad conocidos suyos, para que le esperasen en un lugar que les señalaba.

Saliéndose de la casa muy escondido, caminó en aquella noche por rumbos torcidos y no trillados, acompañado de estos amigos, cerca de trece ó catorce leguas, y en una parte oculta estuvo seguramente escondido cinco ó seis semanas enteras.

Imitó en esta fuga el P. Morseo á S. Apolinar, Obispo de Ravena, á quien los idólatras entregaron para que le guardase preso un centurion, el cual era ocultamente cristiano, y persuadió al santo que se huyese.

Mas como los juicios de los hombres son muy distintos de los de Dios, así como dispuso que no aprovechase á S. Apolinar su huida para que gozase de la corona de mártir; así tambien maravillosamente ordenó que no le aprovechase al P. Morseo su fuga para que viniese á alcanzar la palma del martirio.

Porque despues determinó salir de allí donde estaba y pasar á otra parte acompañado de un hombre muy fiel y diestro en los caminos, y apénas habian andado una ó dos millas, cuando cortó las esperanzas de mejores sucesos una cosa maravillosa.

El hombre que le guiaba, por providencia divina erró tanto los caminos que cada dia trillaba, perdiendo casi del todo la memoria de ellos, que no supo ni pudo determinarse á conocer dónde estaba, ni el camino que tomaria sólo hallaba un remedio, que fué llegarse á una pequeña casilla que estaba cerca, á preguntar el camino.

Iba con él el Padre, y en llegando á la puerta, encontraron un hombre que volviéndose al Padre, le preguntó si era el mismo que, yendo preso á Dunelmo, se huyó de la prision dejando burladas las guardas.

El Padre, como iba tan poco contento de la huida, como muy deseoso de morir por Cristo, y por otra parte era muy amigo de la verdad, no quiso negarlo; y así, le asieron y le llevaron preso á aquella pequeña choza.

Habíase llegado ya el tiempo en que Dios tenia dispuesto que este valeroso soldado suyo, tan ejercitado en continuos trabajos, tan diestro en las batallas y tan probado en peligros, saliese al último combate á la palestra para ser coronado por victorioso; porque, si no fuera así, no desvaneciera tan buena ocasion de librarse.

pues de pasados muchos dias metido en una oscura y horrible cárcel
ıelmo, le llevaron de allí á Novo Castro primero, y luego en una nave
lres.

sta navegacion padeció una tempestad rigurosa, y delante de sus ojos
: á pique otro navío, y, fuera de esto, le sucedió con los marineros lo
e de sí el santísimo mártir Ignacio (en cuyo dia padeció tambien nues-
lorseo) en la navegacion que hizo á Roma, cuando le llevaban preso;
que los crueles ministros se mostraban más crueles cuanto más bien
a.

ıron, pues, á un puerto que dista de la principal ciudad de la provin-
olciense cosa de cinco leguas, y vulgarmente le llaman Yarmouth.

, pues, luego que un hermano del P. Morseo, hombre muy rico en
gar y de mucha estimacion entre los jurisperitos, supo su llegada,
detenerse á verle.

aunque por la malicia de los tiempos estaba inficionado con la secta
rotestantes, con todo eso siempre tuvo mucho amor á su hermano el
eo; y cuando llegó á su noticia que estaba preso, dió grandes mues-
entimiento y se determinó alzanzarle la libertad sin perdonar á tra-
gastos.

despues que le hizo aliviar de las incomodidades que estaba pade-
de haberle proveido de lo necesario para lo que se le ofreciese de
ınte (si bien el Padre, como tan lleno de caridad, lo repartió con los
ıego) se apartaron los dos hermanos para volverse á Lóndres, el uno
y el otro por tierra.

neros tambien á los marineros y guardas para obligarlos á que desde
en más benignamente á su hermano; ellos lo prometieron, aunque
: que lo hicieron así. Lo cierto es, que cuando en Lóndres entrega-
so á los ministros de allí, les dijeron: «Ya nosotros hemos cumpli-
on nuestros oficios, ahora haced vosotros el vuestro, y, si quisiére-
eis ahorcar al reo.»

ɔnle á la cárcel llamada *Puerta nueva*, y en el camino pasó por
del conde Egmoncio, que estaba en Lóndres, y pidió cortésmente
los ministros que le llevaban, le dejasen parar un poco para ver
or.

iéronsela, y el conde estimó mucho tener en su casa tal huésped, y
guardas que aguardasen un poco, y luego llevó al Padre á su mis-
io, y allí dijo Misa y le ayudó el conde, y despues le pidió la ben-
e encomendó varias cosas, y el Padre le prometió tenerlas todas
ı memoria.

Despues le dieron tambien licencia de visitar á otras personas, porque salió por su fiador el conde, prometiéndoles que no se iria.

Volvió el Padre despues de algunas horas á la cárcel, y á los veinte y siete de enero de mil y seiscientos y cuarenta y cinco fué llevado al tribunal; pero entónces no se determinó cosa alguna, sino se dilató el juicio para adelante.

En este ínterin llegó con suma presteza á Lóndres el Dr. Morseo, su hermano, y empezó á hacer muy apretadas diligencias ya con favores, ya con dinero, por alcanzar la libertad de su hermano, por la cual ofreció tres mil florines; pero en la presencia de Dios era más preciosa la muerte de este su santo, que todo el precio que se pudiera dar porque se evitase.

Solicitaba el doctor que, ya siquiera le desterrasen, que él haria escritura, obligándose á pagar veinte mil florines, si en algun tiempo volviese su hermano á Inglaterra.

Cuando el Padre supo lo que se trataba, aunque no pudo ser cosa más ajena de sus fervorosos deseos, pero con todo eso, por no atreverse á regir por su parecer propio (costumbre antigua suya) acudió al seguro oráculo de la obediencia, escribiendo al Superior lo siguiente:

«Deseo saber de V. R. lo que siente: si permitiré que por mi causa se hagan diligencias tan apretadas y tantos gastos, ó si lo dejaré todo al curso ordinario de las cosas y á la providencia de Dios. Lo que de mi sé decir es, que deseo ser desatado y verme con Cristo; pero, si todavía soy necesario al pueblo, no rehusaré el trabajo.»

Pero toda esta duda la resolvió y allanó lo que de allí á poco tiempo vino á suceder; porque el dia siguiente que el Padre escribió esta carta, que fué treinta de enero, fué llevado otra vez á juicio y allí se le oyó la acusacion que era en esta forma: «Que Enrique Morseo, habiendo los años pasados sido convicto de sacerdote, por cuya causa le desterraron del reino, volvió de nuevo á asistir en él.»

Respondió él que, aunque le habian entónces condenado, pero que juzgaba haber sido con débiles fundamentos y testigos poco fidedignos.

Dijéronle los jueces: «¿Qué determinas? ¿Acaso no eres sacerdote ó piensas que no ha de valer la conviccion primera?» «De mí, dijo el Padre, no determino nada; todo lo remito á la probanza jurídica.»

Por lo cual concluyeron brevemente los jueces; y, atentos á la primera conviccion le condenaron sólamente por reo del sacerdocio, que en su estimacion es como crímen *laesae maiestatis*, y digno de ser castigado en breve con la pena determinada á semejantes delitos; y así, luego le llevaron otra vez á la cárcel

La cual podia muy bien llamarse mercado público, porque habia ya acu-

un copioso número de personas de todos estados á ver al Padre, á pe-
sus oraciones, á que les dijera algunas palabras de consuelo, y, final-
:, á ver si á costa de mucho peligro y dinero podian alcanzar alguna
del siervo de Dios, por pequeña que fuese, para guardarla por reliquia.
o especialmente el dia antes que le sacasen al suplicio fué cosa digna
se cómo desde que amaneció hasta que fué de noche no se vaciaba
:el de gente, no obstante el peligro que á todos amenazaba, unos para
Padre el parabien de la felicidad que ya le esperaba, y otros que ve-
ara pedirle oraciones, cuando se viese en la Jerusalen celestial.
ieron tambien algunos de los herejes, los cuales pidieron al Padre les
:iese á dos preguntas. La primera, si pudiera uno alcanzar la vida eter-
los méritos de Cristo, sin la invocacion de los Santos. La segunda, si
: estaba tan resuelto á morir por su religion, creia que sin duda se
aria si muriese fuera del gremio de la Iglesia Católica Romana.
nas se puede decir cuán arraigadas están en los corazones de muchos
protestantes estas dos calumnias que ponen á los católicos; conviene á
el persuadirse que no hay bastantes merecimientos en Cristo sin la
:ion de los Santos para salvarse uno; y que no habrá alguno de los ca-
que pierda la vida tan espontáneamente por la religion, como si ella
:ra la necesaria, como lo es, para conseguir la eterna felicidad.
ondió el Padre á estas dos preguntas separadamente; y á la primera
: puede uno irse al cielo confiando en los méritos de Cristo, por ser
dad infinitos, aunque suceda que no invoque á los santos con tal que
mo debe y manda la Iglesia creer, que es lícito invocar á los santos
sta costumbre es santa y loable, y de que se sigue copioso fruto.
segunda dijo que él moria principalmente sólo por la causa de la
religion, sin la cual estaba muy cierto y seguro que nadie podia sal-
orque la verdad de la Iglesia Romana la probaban, fuera de otras
s cuotidianos milagros que cada dia suceden, los cuales no se harán
glesia. En ella se veian aún resucitar muertos, hablar los mudos, co-
a los ciegos, expelerse los demonios y otros prodigios sobrenatura-
inos; y finalmente, que estaba muy pronto á derramar toda su san-
:stimonio de esta infalible verdad.
nció estas palabras últimas con gran fervor y esfuerzo, siendo así
todo aquel dia no habia tomado refeccion alguna de comida ó

la noche, que fué la última porque el dia siguiente habia de morir,
tambien muchos hombres y mujeres no ménos virtuosos que no-
a oir de la boca del Padre los últimos consejos y asistir al amanecer

á la postrera Misa, con que se habia de prevenir al sacrificio cruento que luego le esperaba.

Pero no les fué lícito gozar este consuelo con entero sosiego, porque los ministros inicuos de la justicia, viniendo á la media noche por mandado, segun decian, del Parlamento, prendieron á muchos de los que habian venido, hasta que á la tarde del dia siguiente compraron su libertad con dinero.

No sé si afligió este suceso más á los mismos que padecian que al Padre Morseo, porque se dolia tiernamente de los males ajenos y más padecidos por causa suya; y despues los habló á parte, amonestándoles tuviesen gran confianza en la bondad y providencia divina, y ya que no pudo aliviar su trabajo, aunque se lo rogó á los crueles ministros con mucha instancia, les prometia rogar por ellos á la divina misericordia y esperaba les sucederia todo muy bien.

Ya daban más libre entrada á los que venian á verle, entre los cuales ocuparon el principal lugar los embajadores ó agentes de los Católicos reyes y príncipes, los cuales, para que en medio de la pertinaz herejía triunfase con mayor gloria la profesion católica, le honraron y veneraron mucho hasta el último instante.

El embajador de España, estando impedido con urgentes negocios con harta pena suya para ir á verle personalmente, envió algunos de su casa que cumpliesen con obligacion tan piadosa y visitasen al Padre de su parte.

No hizo ménos el embajador del Cristianísimo rey, preguntándole al Padre por medio de mensajeros nobles á qué hora podria ir á verle, que fuese más cómoda y sin estorbo.

Y sucediendo despues que un huésped de mucho cumplimiento le estorbase impensadamente la visita, volvió á enviar otras personas al Padre diciéndole le tuviese por excusado, porque se le habia ofrecido aquella forzosa ocupacion.

Conoció muy bien el humilde Padre esta benigna humanidad, y para mostrar en algo su agradecimiento, le presentó un Crucifijo de plata y le envió á suplicar con instancia que prosiguiese en tener cuidado con la defensa de la católica religion en Inglaterra, y que procurase amparar á los católicos tan afligidos en estos tiempos tan trabajosos y turbulentos.

Por estar ausente el residente del embajador, le fué á visitar tres veces con mucha benignidad la persona que ocupa su lugar, y despues de haber estado con él una hora antes que le sacaran al lugar del suplicio, afirmó con mucha admiracion que siempre le habia hallado alegre y muy dueño de sus acciones.

Y más dijo: «En toda mi vida he visto mayor constancia, rostro más sere-

s alegre modestia y más benigna afabilidad; porque parecia que estaba
ida para celebrar algunas alegres bodas.»
róse este caballero afable con el Padre y quiso oir su Misa postrera,
ıes de haberse tambien confesado con él, recibió de sus manos el ve-
Sacramento de la Eucaristía.
aballero portugués vino disfrazado con su mujer á ver al Padre en la
y cumplieron su deseo, viniendo á pié por medio de la calles y plazas
lo y con mucho lodo.
ı aquella noche la pasó el P. Morseo sin dormir ni tomar descanso;
cudiendo con mucha caridad al consuelo de los que venian á verle, sa-
ıdo á todos sin cansarse, con prudentes consejos; y esto con tal vigi·
que parecia no tener otro negocio á que acudir más que al de cada
particular.
to se llegaba el cuidado que tenia consigo y la frecuente y viva pre-
le Dios, con la cual se puede decir que casi pudo más de lo que podia.
ya las cuatro de la mañana y queria rayar el alba, cuando empezó
: á disponerse para decir Misa, habiendo rezado primero por la con-
del reino de Inglaterra las letanías de nuestra Señora de Loreto y
ɔdos los santos.
isa dijo votiva de la Santísima Trinidad en accion de gracias por la
ıble felicidad de morir por Cristo.
ıes que la acabó, hizo una breve plática á los circunstantes: le pareció
ente, por la mucha necesidad que tenia, tomar un breve rato de sueño,
asado, se levantó.
ndo rezado el Oficio divino, fué visitando todos los aposentos de los
ıdos, y se despidió de todos con tan alegre semblante, que justamen-
ısó admiracion tan invencible constancia.
) luego, y acompañado de otro sacerdote de nuestra Compañía, se
n un retirado aposento distinto del suyo.
ó larga rienda á sus amorosos afectos y empezó á hacer nobilísimos
todas las virtudes, y en especial de ardentísima caridad, y perseveró
rdor fervoroso, hasta que le trujeron la nueva dichosa de que le que-
· para ser felizmente laureado con el martirio.
que recibió esta alegre embajada, se hincó de rodillas con mucha
fijando los ojos en la celeste patria, dió á Dios muchísimas gracias;
on exquisitas palabras la infinita misericordia que usaba con él, ofre·
ɔ en vivo holocausto, y esto con tanto afecto y vehemencia, que
cha ternura y mocion en los circunstantes.
ıia el P. Morseo, diciendo: «Venid, mi dulce Jesus, para que unido

contigo con nudo indisoluble, no pueda apartarme de tal compañía la violencia ni el tiempo, sino que yo la goce en felices eternidades. Venid prisiones, venid tormentos y venid todas las cosas que habeis de cooperar á mi muerte, porque me sois muy agradables y dulces, recibidos por la causa de mi amado Redentor Jesucristo.»

Despues de haber dicho esto, se fué á despedir del P. Fr. Cristóbal Ultano, de la familia de S. Francisco, y muy eminente en virtud y letras, al cual habian traido los herejes de Irlanda, que era su patria, y despues de haberle perseguido de muchos modos sólo por materias de religion, le tenian aprisionado injustísimamente.

A este religioso llegó nuestro P. Morseo á darle el último vale con admirable serenidad de rostro y con extraordinarias muestras del poco temor que tenia á la muerte; y mirándole con sumo agrado, le abrazó estrechísimamente, de que le resultó al P. Ultano tan grande alegría y tan nuevos deseos de padecer martirio, cuales jamás habia experimentado.

Todo lo cual solia contar el mismo Padre despues derramando copiosas lágrimas, indicios del gozo que sentia con aquella memoria, y con muestras de admiracion solia decir entre otras palabras: «¡Oh buen Jesus, y qué semblante era aquel!

Y más afirmaba, que si estuviera enlazado en los ciegos errores de la herejía ó en las supersticiones vanas de la gentilidad, sólo aquel aspecto del P. Morseo, tan lleno de alegría y la interior suavidad que habia sentido en aquel último abrazo, le bastaran por bastante razon para abrazar y confesar la misma religion que profesaba el P. Morseo, mucho más que otra cualquiera; porque aquello le parecia habia sido cosa más que humana y sobre las fuerzas de la mortalidad.

Y afirmaba tambien que no habian sido aquellos efectos breves y momentáneos, sino que le duraban siempre y duraron continuamente.

Despues de haber sucedido todo lo que se ha dicho, á las nueve de la mañana vino el prefecto de la justicia, que es el vizconde de Lóndres, y sacó por su propia mano al dicho preso de la cárcel.

Mandóle poner en el carro, que le tiraban cuatro caballos, y de esta manera fué por toda la ciudad al lugar del suplicio, y antes de llegar allá, encontraron con la carroza del embajador del rey de Francia, el cual fué siguiendo al Padre, y llegándose cerca del carro, le pidió con mucha veneracion le bendijese á vista de todo el concurso de gente que los estaba mirando y luego le saludó.

En llegando á las horcas, hizo el vizconde con nuevo agasajo que nadie se interpusiese entre la carroza del embajador y el carro del Padre, y junta-

envió á decir al embajador que, si no era aquel lugar á su gusto, se lle-
ıás cerca con toda su gente, para que pudiese hablar más cómoda-
al siervo de Dios.
óse con esto de su carroza y llegó á pié adonde estaba la carreta, y pi-
Padre muy apretadamente encomendase á Dios la comun paz de toda
iandad, al reino de Francia, al rey y á la reina.
prometió con mucha humildad tenerlos á todos muy en la memoria,
ıl de la cual le dió algunas prendas de su pobreza para él y algunos
ros que le acompañaban, que ellos estimaron como reliquia de santo.
nzó tambien el Padre á ver al conde Egmoncio que estaba en su car-
lejos de él, y así le dijo en latin estas palabras: «Señor ilustrísimo,
acordaré de cumplir mi promesa, porque no seré ingrato en la presen-
Dios á tantos beneficios como me ha hecho V. S.»
ondióle el conde en latin que se alegraba sumamente de la gloria tan
sta que se le seguia á Dios en aquella accion tan heróica, y que, lleno
, le daba mil parabienes por la gran felicidad que alcanzaba.
ues de haberse dicho otras cosas, se despidieron últimamente el con-
ıbajador.
úmbrase en Inglaterra, como varias veces se ha significado en las vi-
ıtros mártires ingleses, que los que han de ser ahorcados suban en
que se pone debajo de la horca, y allí les echan el lazo, y luego, qui-
carro, quedan en el aire colgados.
ues, el valeroso soldado de Cristo habia subido en él y tenia tambien
chado al cuello, cuando el vizconde le dió licencia de hablar; y así,
lta y distinta, empezó diciendo:
e venido á este puesto, por si alguno de los presentes lo ignora, á
r causa de la religion; de aquella religion, digo, que profesa la Iglesia
Romana, la cual fué fundada por Cristo, establecida por los Apósto-
pagada felizmente hasta ahora: esta es la que estriba en las autori-
stres de la sagrada Escritura, la que está adornada con tantas razo-
grados Concilios y Santos Padres, fuera de cuyo gremio y firme obe-
o puede haber esperanza alguna de alcanzar la salud eterna.»
ces le dijo el vizconde: «No digas, Morseo, esas cosas con tanto
pueblo; ántes te ruego que, si tienes noticia de alguna traicion hecha
rey ó el Parlamento, la declares ahora que estás cercano á la muerte.»
está (dijo el Padre) oidme, pues: sucedió que viviendo yo en esta
Lóndres y profesando entónces el bando de los protestantes y es-
las leyes del reino en el colegio de los jurisperitos, en este tiempo
zaron muchos escrúpulos acerca de la religion. Pasé por esta causa

á Flandes, donde fuí enseñado de la infalible verdad de la católica fe, por lo cual detesté firmemente los errores antiguos y me resolví á seguir de allí adelante la Iglesia romana, que es Metrópoli insigne de todas las Iglesias.

»No pasó mucho tiempo sin dar otra vez á Inglaterra la vuelta; y habiendo rehusado hacer el juramento de fidelidad que mandan á los católicos, me prendieron, y de allí, aunque no era áun sacerdote, me condenaron á salir desterrado.

»Fuíme á Roma, donde gasté siete años en los estudios. Luego volví á mi patria movido del celo de la salud de las almas, y en ella, entre los otros ejercicios provechosos para los prójimos en que me ocupé, no fué el menor el sumo trabajo que tomé voluntariamente, cuando los años pasados padeció esta ciudad la miserable calamidad de la peste, ayudando cuanto podia con mucho gusto á los pobres necesitados é inficionados con el pestilente contagio; y segun creo, no dejé pasar ocasion alguna de su mayor aprovechamiento espiritual.»

Dijo á esta sazon el vizconde y el ministro calvinista que le asistia: «No te conviene gloriar de eso que hiciste.»

«Antes, respondió el Padre, de buena gana me gloriaré en todas mis flaquezas (aludiendo al dicho de S. Pablo) todo lo refiero á Dios y á su mayor alabanza, pues quiso dignarse de tomar tan flaco instrumento, como yo soy, para ministerio tan piadoso; y en este dichoso dia me concede que dé testimonio ilustre con mi sangre de la verdadera y católica religion, porque este singular beneficio ha más de treinta años que con oraciones continuas se le estoy pidiendo á la divina bondad.»

«Ya tienes, replicaron el vizconde y el ministro, presente lo que has deseado.»

«Así es, respondió el Padre, y por ello doy infinitas gracias á Dios, y le ruego que mi muerte sirva de satisfacer en alguna cosa por los pecados de todo este reino; porque de verdad digo, que si tuviera más vidas que arenas el mar, todas las ofreciera pródigamente por este fin y por la defensa de la fe católica, porque esta sóla fe es sóla la verdadera, sóla la cierta.»

Aquí se encendió en más fervoroso celo, y no dejó que le interrumpiesen, añadiendo: «Sóla la confirmada con continuos milagros; porque los ciegos ven, los mudos hablan y los muertos resucitan. ¿Qué diria V. S., señor vizconde, si viera resucitar los muertos? ¿No creyera? ¿No afirmara que era la verdadera Iglesia, donde se hacen estas maravillas tan prodigiosas? Pues escrito está que los testimonios de Dios son creibles.

»Pero, porque me han preguntado si sé de cierto de alguno que haya conspirado contra el rey ó el Parlamento, ruego á V. S. esté muy atento á

: ahora diré, porque es de mucha importancia, y lo declararé delante de con toda verdad.
n toda mi vida he tenido noticia de traicion alguna, ni he sido cómpli- ella. Sóla una cosa tengo por muy cierta, y es, que la causa de tantas idades y discordias como en Inglaterra suceden, es sóla la herejía y ud de diversas sectas, las cuales mientras contaminaren con su serpen- onzoña el cuerpo de todo el reino, no se verá pacífico ni libre de tan- iles.»
pudo en llegando aquí sufrir el vizconde que pasase adelante con sus as, y así, le advirtió que rezase y se preparase para morir.
ıré lo que V. S. me dice, respondió el Padre, y segun alcanzare, me dré para salir de esta vida, lo cual he procurado hacer siempre, des- ue me determiné firmemente á profesar la católica religion, que ha más nta años.»
ınces se recogió un poco, y levantando los ojos y las manos al cielo, n voz clara y alta la siguiente oracion: «Dios Todopoderoso y eterno Hijo y Espíritu Santo, humildemente os pido perdon de todas mis porque de verdad me reconozco por muy gran pecador, pues por mi ı flaqueza he ofendido tanto á vuestra divina bondad, especialmente ısion de la ira y en la poca atencion que he tenido cuando rezaba el ivino.
ame de todo corazon, y juntamente perdono á todos los que en algo ieren ofendido, y á aquellos particularmente que han tenido parte en rte.
nismo pido humildemente perdon á todos los que yo hubiere en algu- ɜra ofendido.»
ues de haber dicho otras cosas concernientes á estas, hizo especial por Alemania, España, Francia y por todos los reinos cristianos de orbe, y principalmente por Inglaterra, su patria, y tan oprimida ya as miserias; y por todos, decia, presentaba su vida ante el acatamien- ), y que rogaria por todos cuando le estuviese gozando.
ciendo esto, buscaba un bonete que traia de noche, para taparse, co- ɔstumbre, los ojos; y no pudiendo entónces hallarle tan presto, le na persona noble del acompañamiento del conde Egmoncio el suyo; dió doce reales al verdugo, para que, despues de muerto el Padre, se se, deseando guardarle con mucha veneracion, por haberle tocado able cabeza.
ımente, levantando las manos en alto, pronunció con gran devocion palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, y lue-

go se dió golpes en el pecho, en señal de penitencia, y le absolvió un sacerdote que allí asistia oculto, segun estaban ya concertados.

Despues quitaron el carro por debajo, y quedó el Padre pendiente en el aire, sin hacer movimiento alguno desordenado, hasta que con mucho sosiego pasó á mejor vida.

Entónces, como es costumbre, le dividieron el cuerpo en cuatro partes, le sacaron y quemaron las entrañas y pusieron los cuartos en cuatro distintas puertas de la ciudad, y la cabeza en la puente de Lóndres clavada en alto.

Los embajadores y el conde Egmoncio que asistieron á este espectáculo, tuvieron cuidado de mandar teñir algunos pañuelos, sin que nadie se atreviese á estorbarlo, en la sangre del insigne soldado de Cristo, y que tambien los tocasen en su pecho.

De esta manera salió de este mundo á 1.º de febrero del año 1645, victorioso el P. Enrique Morseo, de edad de cincuenta años, valeroso defensor de la católica religion, y ya poseedor de eternas coronas, á vista de casi infinito concurso de gente, que con sumo silencio y notable mocion de sus ánimos asistieron á tan ilustre certámen.

Fué este varon insigne, para decirlo en breve, el que verdaderamente anduvo siempre en la presencia de Dios, para salir perfecto; el que daba, donde quiera que iba, suavísimo olor de Cristo, con el cual redujo á nueva y espiritual vida á muchos; el que amó tan estrechamente la observancia de la religiosa disciplina; el que perpetuamente estaba abrazado con la cruz y continuos trabajos; el que estaba tan lleno del celo de la salud de las almas; el que estando los pobres inficionados de peste, les sirvió con caridad igual á los mártires; el que tres veces fué desterrado por causa de la fe, cuatro cargado de prisiones por la misma causa, y muchas veces llevado á los públicos tribunales, sin tener más delitos que insignes virtudes y hacer beneficios.

Y, finalmente, despues de haber tenido varios y peligrosos encuentros con sus enemigos, disposiciones heróicas de mayor batalla, llegó á alcanzar la presente victoria y dichosa palma que acabamos de ver; y despues de una vida tan llena de méritos y perfectas virtudes, salió vencedor de sí mismo; y triunfando de la misma muerte está poseyendo la vida inmortal y eterna. *Utinam moriatur anima mea mortem iusti huius, et fiant novissima mea illius similia.* Amen.

Este martirio del P. Morseo escribió el P. Ambrosio Corbeo y se imprimió en Antuerpia.

P. NIEREMBERG.

# P. PEDRO URICTO

L P. Pedro Uricto fué inglés de nacion, natural de Esliptonio, de la pro-
vincia Northontonia, tan conocida en Inglaterra cuanto ignorada en el
le la Europa.
padres fueron católicos y le criaron como tales en la fe santa de

de su infancia dió muestras de su buen ingenio y aplicacion á la vir-
por las buenas inclinaciones que experimentó en él su padre, cobró es-
a de que habia de ser sacerdote y servir mucho á la Iglesia, como en
ad sucedió.
le á estudiar letras humanas, y cuando iba descollando con grandes
os en el estudio, murió, dejándole de trece años.
partida de esta vida no le encomendó otra cosa sino que perseverase
vida en la confesion de la fe católica romana, sin dar lugar en su
los errores y herejías, que tanto habian cundido en aquel desdichado
ie tan católico habia sido.
to su padre, viendo á su madre pobre, y con muchos hijos, y en edad
podia ayudarlos; por no serles de carga, buscando algun modo de vida
oder sustentarse, asentó plaza con un letrado ó agente procurador de
en cuya casa estuvo diez años, ayudándole en su oficio, haciendo pe-
solicitando pleitos y revolviendo libros.
ganar la voluntad del letrado de manera con su buen proceder y el
y habilidad que mostró en la solicitud de los negocios, que de escri-
pasante determinó hacerle hijo, casándole con una hija suya.
omo Dios le habia escogido para mayores empleos, no tuvo efec-
ntento, porque Pedro con otros designios dejó su casa y renunció

siempre conversaba con los herejes, y su ocupacion y pocos años
ian dado lugar á sus estudios, bebió con la comunicacion sus erro-
icido del amor de la vida ancha y libre que profesa la herejía, esti-
lel fuego de la juventud, siguió á sus iguales y amigos, y dentro de
npo se halló preso de los vicios.
uvo mucho en este cautiverio, porque, mirándole Dios con ojos de
omenzó á meditar en la vanidad del mundo, la brevedad de la vida,
mbre de la muerte, el fin de todas las cosas, la poca sustancia del

estruendo judicial y la inquietud de las causas forenses, cuán al principio se hallaba despues de tantos años como habia gastado en ellas.

Acordóse vivamente de las palabras que su padre le habia dicho en la hora de la muerte, que no se apartase un punto de la fe católica.

Remordióle la conciencia de lo que habia hecho, y, reprendido de una hermana suya católica, fué por consejo suyo en casa de un sacerdote oculto, y descubriéndole la llaga de su alma, halló la medicina á su dolencia.

Confesándose con él, detestó la herejía en que habia caido, y se reconcilió con la Iglesia católica con grande consuelo de su alma, cual le tienen todos los que salen de la cautividad de Satanás á la libertad de hijos de Dios y herederos de su gloria.

Veinte y tres años tenia á esta sazon, cuando, mal aconsejado ó sin otro consejo más que el de su libertad y su gusto, de las letras se pasó á las armas y del estrépito judicial al estrépito militar, trocando la pluma por la espada y la guerra de los pleitos por la guerra de las armas.

Para hacerlo más libremente, pasó de Inglaterra á Holanda y asentó plaza de soldado para militar contra España; pero duró tan poco en esta milicia, que lo mismo fué comenzarla que acabarla; porque le dió tan en rostro la vida de los holandeses, y el modo de gobernarse, y la compañía de los soldados, que dentro de un mes de milicia determinó dejarla, y retirándose con sagacidad tomó el camino para el ejército de España.

Los holandeses le siguieron, y, no pudiendo alcanzarle, le dispararon escopetas para matarle, mas quiso Dios, que le guardaba para otra milicia mayor, que ninguno le acertase.

Los españoles le recibieron con mucha humanidad y gusto, y le trataron cortésmente, agasajándole y regalándole como á católico, que venia huyendo de los herejes, y como á amigo que dejaba á sus enemigos, de que siempre quedó agradecido.

Cuanto le habia desagradado el trato de los holandeses, tanto le agradó el de los españoles, pagándose mucho de su nobleza y cortesía y del honrado proceder con que todos se trataban, junto con su liberalidad y franqueza.

En particular le cautivó el corazon el culto divino y la majestad con que se celebraban las fiestas de los santos, el adorno de las iglesias, la magnificencia de los templos y la asistencia en ellos; cosa para él muy nueva y como católico muy estimada, con que se confirmó en la fe, y ordenó otro modo de vivir más concertado, y quedó igualmente afecto y agradecido á la nacion española, á la cual decia siempre que debia dos vidas, la del cuerpo, por haberle amparado, y la del alma, por haberle sacado de las herejías de Holanda.

Habiéndose reparado en los reales del ejército, salió de la primera ciudad á la córte de Bruselas.

En el camino cayó en manos de ladrones, los cuales le desnudaron y le quitaron cuanto llevaba; lances que padecen ordinariamente los que, dejando su patria, peregrinan por las extrañas.

Hallóse pobre, desnudo, solo y desconocido, y obligado á caminar descal-zo, hiriéndose en las piedras y espinándose en los campos.

De esta manera entró en Bruselas, y en los primeros umbrales se encontró con un inglés católico, el cual le preguntó en su lengua cuánto dinero traia, ó ese haciendo burla de él ó lastimándose de su pobreza.

Nuestro Pedro le respondió en la lengua de su patria cómo le habian ro-bado en el camino y dejádole pobre y maltratado.

Apénas le oyó el inglés, cuando, movido á compasion con dolor de su desgracia, le echó los brazos al cuello, y preguntándole de su patria, padres y parientes, le llevó á su casa, y le vistió, y regaló, y le aconsejó que, pues era católico, no dejase de ir á Roma á ver la córte del Papa y la grandeza de la Iglesia católica, como él lo habia hecho, porque, fuera del gusto que tendria, le importaria mucho para confirmarse más en la santa fe.

Tomó su consejo Pedro, y un hábito de peregrino que le dió, y algun dine-ro para el camino, y comenzó su viaje; que los peregrinos toman con gusto caminar á varios reinos, como si fuera este su instituto principal.

La primera ciudad en que entró fué la de Leodio, no léjos de Bru-selas; fuese luego al colegio inglés que allí tenemos, como si entrara en su patria; que hablar la misma lengua en tierra extraña es género de parentesco.

Habló con el portero, el cual le preguntó de qué tierra era, quién eran sus padres y parientes, y en nombrándolos Pedro, los conoció porque los habia visto y comunicado en Inglaterra.

Preguntóle por sus intentos y camino, y, habiéndole oido, le disuadió de ellos, dándole muchas razones para no ir á Roma en aquel tiempo, sino que, pues habia comenzado á estudiar en Inglaterra, prosiguiese en Flandes antes que entrase en mayor edad.

Pedro aprobó su consejo, y el portero le llevó al Rector, el cual hizo va-rias experiencias de su habilidad y entendimiento, y, hallándole bien capaz, le desnudó el hábito de peregrino y le vistió de estudiante, y dándole cartas y dinero, le envió al colegio de Gante á estudiar en nuestro colegio.

Antes de partirse, le hizo hacer una confesion general, y abjurar de nuevo la herejía, y jurar la fe católica, para purificarse más de los errores pasados y fortificarse en la fe católica romana.

Hecho esto, fué á Gante, adonde fué recibido con mucha caridad de los P dres del colegio.

Estudió allí dos años letras humanas y lenguas, y se adelantó de manei que los maestros le preferian á todos sus condiscípulos, y pagados de sı buenas prendas, trataron de enviarle á Roma con otros seminaristas á esti diar Filosofía y Teología.

Estando cerca de partir, le tocó Dios el corazon y le llamó á la Compañí y como eran conocidos sus buenos talentos, examinada su vocacion y apr bada por de Dios, fué recibido en la Compañía el año de 1629, siendo d veinte y cuatro años.

El gozo espiritual que tuvo el siervo de Dios cuando se vió en la Religioı faltan palabras con que poderle explicar; y por el mismo tenor el aliento resolucion con que se consagró á Dios y comenzó á correr en el camino d la perfeccion.

Mirábase como en el puerto seguro despues de un arriesgado naufragic consideraba los combates que habia padecido en el mar de la herejía de In glaterra y cuán á riesgo se habia visto de anegarse; los errores que habia b bido; cuán á pique estuvo de ahogarse en ellos; la merced que Dios le hab hecho en sacarle con vida de tales y tan terribles peligros, trayéndole á tie ra de católicos, alumbrándole con la luz de la fe católica, y, últimamente, col cándole en el seguro puerto de la Religion en compañía de tanto siervo suyc

No cesaba de darle gracias por tan crecidas mercedes, pensando con e profeta David qué servicios retornaria á Dios por tantos y tan repetidos fa vores como siempre le hacia; y, no hallando de su parte cosa digna que ofre cerle, retornaba en satisfaccion con el Profeta su sangre y la infinidad de su merecimientos que supliesen su insuficiencia; que los méritos de Cristo so la satisfaccion cumplida de todas nuestras obras.

Humillándose á sus piés, le pedia una gota de su preciosa sangre para sa tisfacer por las suyas, ofreciéndola á su Eterno Padre, y juntamente ofrecia l de sus venas para derramarla por su amor, y su vida en sacrificio agradabl á su divina Majestad.

Desde luego comenzó á sacrificarse en el ara de la Religion, degollando con el cuchillo de la mortificacion todos sus deseos y apetitos sensuales, y con el de la obediencia su voluntad y libertad, haciendo total renunciacion de ella en la de su Superior, y la aficion de todo cuanto el mundo estima co el cuchillo de la pobreza, cortando de su corazon la aficion de todas las cosa criadas por ponerla toda en sólo su Criador.

De tal suerte se entregó al estudio de las virtudes religiosas, que más pa recian innatas que adquiridas; tan mortificado, como si no hubiera nacid

›asiones de hombre, y tan humilde y sujeto á la obediencia del Prela-
omo si nunca hubiera tenido libertad, sin verse jamás en él accion ó
miento contrario á lo que le ordenaba el Superior.
rriendo con tan ligeros pasos en el camino de la Religion, llegó presto
umbre de la perfeccion, y trocado en otro hombre, era el ejemplo de
lo demás.
:hos los primeros votos é incorporado en la Religion, entró en los es-

no el suyo no era de honras ni de puestos, sino sólo del mayor servicio
›s, con designio de volver á Inglaterra á defender la fe católica y des-
la herejía de los corazones de sus conterráneos; juzgando por larga de-
ı el estudio dilatado de la Filosofía y la escolástica Teología, tomó el
·eve de las Controversias y casos de conciencia, en que salió en poco
con suficiente caudal para su intento.
ıo su virtud era tan relevante y su prudencia y habilidad tan conoci-
ando pensó pasar á Inglaterra, le ordenó la obediencia que fuese por
›r al seminario audomarense, para gobernar la juventud que allí se
ıe es el fundamento de la Religion.
umildad le tenia tan despreciado en su concepto, que nunca se le ofre-
podia ser Superior; que los verdaderos humildes piensan esto siem-
sí.
sto se le hizo tan nuevo oirse elegido para esta corta dignidad, que
o le venia muy ancho este vestido y no cortado á su corta capacidad,
y no sabia qué consejo tomar, porque, sino la admitia, hacia contra
encia que se lo mandaba; y si la admitia, juzgaba que no la habia de
como convenia.
›atido de ambas partes sin saberse determinar, tomó el mejor conse-
fué comunicarlo con Dios en la oracion, en la cual recibió luz del
:a elegir lo mejor, que fué obedecer á sus Prelados, que es el camino
ar, y tener fime confianza en la divina Bondad, que le daria fuerzas y
ı para hacer lo que le mandaba.
sta resolucion rindió el cuello al yugo de la obediencia, y tomó el
rector del seminario; pero no le ejercitó, porque no quiso Dios más
:ndimiento de su voluntad, sin darle la ejecucion, como lo hizo con
cuando le mandó sacrificar á su hijo Isaac, y en su lugar le mandó
una res del ganado.
sucedió al P. Pedro Uricto; porque, cuando queria partir á la ejecucion
bediencia, le mandó el Provincial que la dejase, y que en su lugar la
›e por la mision castrense, asignándole para militar con los demás

en el ejército del rey, ayudando á los soldados con los ministerios espirituale en el negocio de su salvacion.

Recibió esta obediencia el obediente Padre con el mismo rendimiento qu Abrahan la suya, y, sin detenerse ni alterarse, partió luego al ejército á pelea contra el infierno en defensa de las almas de sus prójimos.

La guerra de los soldados decia S. Antonio que era breve, porque, aunque estén en campaña, no siempre están peleando; pero la de los religiosos continúa desde que entran en la Religion hasta que acaban la vida.

Así podemos decir que fué la de nuestro mártir, porque entró con tal denuedo y fervor en esta guerra, que ni de dia ni de noche dejaba la espada de la mano, haciendo guerra al infierno, mortificándose á sí con rigurosas penitencias, largas vigilias y religiosa observancia, oracion y mortificacion, que era su primer cuidado, y el que debemos tener todos, y aprovechando á los prójimos y procurando la salud de las almas.

Visitaba todos los cuarteles, predicando y enseñando la doctrina cristiana.

Predicaba contra las herejías, persuadido que en ejército tan copioso era de mucha importancia, por componerse de muchas naciones, las cuales suelen tener muchos tocados de este lacre con la vecindad y comunicacion de los herejes. No fué vano su recelo y sin fruto su trabajo, porque redujo grande número á la fe católica y los reconcilió con la Iglesia romana: hizo insignes conversiones de pecadores obstinados en sus vicios.

Compuso muchas enemistades; desterró el abuso de los juramentos; entabló algunas santas costumbres, en particular de la frecuencia de los Sacramentos, que en los ejércitos suele estar más olvidada; afervorizó la devocion de nuestra Señora y de su santo Rosario.

Visitaba los enfermos, consolándolos y curándolos sus cuerpos con medicinas y con la confesion sus almas; y él era la de todo el ejército, porque estaba todo en todo, y todo en cualquiera parte, con tan rara presteza, que ninguno le habia menester que no le hallase luego á su lado.

A todos asistia y de todos era buscado para tomar su consejo y desenmarañar sus almas; y así, era amado y estimado como Padre universal de todos; sólo de sí era desestimado, humillándose y despreciándose más, cuanto más obraba.

Siete años perseveró en esta mision con el trabajo y fruto que se ha visto en los cuales se vió muchas veces en medio de una lluvia de balas, con manifiesto riesgo de la vida, cayendo muertos unos á sus piés y otros á su lado animando intrépido á los sanos y absolviendo á los heridos de muerte, para que no perdiesen el alma con la vida, ofreciendo la suya á Dios con alegr por el bien de sus hermanos.

—

ama de su santidad y predicacion y de sus admirables trabajos vola-
r la tierra, y, penetrando su patria, llegó á los oidos del marqués de
n y de su mujer la marquesa, ambos católicos y grandes señores en
rra, los cuales, deseando tenerle consigo así para su consuelo como
l de muchos perseguidos católicos, le enviaron á llamar con encareci-
rtas, pidiéndole que fuese á recoger y defender aquellas ovejas descar-
del rebaño del Señor.
láronle muy al corazon, porque era lo que más deseaba; y así, con la
ion de su Provincial, partió á Lóndres el año de 1641, adonde fué reci-
e aquellos señores con grandísimo consuelo de sus almas y no menor
católicos que le deseaban.
nismo tiempo le envió nuestro General el grado de Coadjutor espiri-
mado en la Compañía, que recibió, é hizo sus votos con igual agra-
nto y júbilo de su alma.
: años anduvo por Lóndres y su comarca disimulado en hábito seglar,
da la vida á cada paso, confortando á los católicos y consolándolos,
ndo y confesando á los que venian en casa del marqués, adonde les
lisa y comulgaba, y otras veces en sus casas, cuando habia comodidad
inistrarles los Sacramentos.
zaba á los recien nacidos y asistia á los moribundos, dándoles el sa-
'iático y la Extremauncion, haciendo oficio de pastor y de padre de
s, hasta que llegó el año de 1648, en que, á 9 de febrerero, ejecutó
ino la mayor atrocidad que se lee haber sucedido en las historias di-
humanas, prendiendo, juzgando, sentenciando y ajusticiando sin jus-
licamente por mano del verdugo ordinario á su propio rey señor
Cárlos.
endo maldades á maldades, renovaron cuantas leyes y decretos ha-
glaterra contra los católicos, señalando rigurosos ministros que los
, y atormentasen, y quitasen las vidas, y confiscasen sus haciendas,
crueldad, que vencieron á todos los tiranos antiguos que persiguie-
lesia.
ve tiempo llenaron las cárceles de católicos, y, no cabiendo en ellas,
on en las torres y palacios reales, confiscáronles las haciendas, ha-
de ricos pobres y necesitados.
e huyeron del reino, otros se desterraron de los poblados á los pá-
iendo en las selvas y montes sujetos á las inclemencias del cielo,
rder el cielo entre aquellos tiranos.
s acudió nuestro P. Pedro Uricto con admirable caridad, visitando
te á los encarcelados, confortándoles para padecer por Cristo, so-

corriendo á los desterrados con las limosnas que allegaba y animando á to
en aquella tempestad que combatia la nave de la Iglesia católica de
glaterra.

Pero no quiso Dios que quien diligenciaba la corona á los demás con
esfuerzo que les daba, se quedase sin ella; y así, se la labró por los med
siguientes.

Habia un apóstata en Inglaterra que, vencido con las promesas y ame
zas, habia dejado la fe católica y abrazado la herejía anglicana; el cual se
maba Tomás Gagio, hombre astuto, hablador, muy presumido y bachill
que se preciaba de docto sin serlo, y era gran lazo de Satanás.

Habló nuestro Pedro con él, como S. Pedro en Roma con Simon Ma
procurando reducirle al camino verdadero de la Iglesia romana.

Aunque no se declaró del todo, le dijo que mirase cuán presto habia
morir y el juicio de Dios que le esperaba, la cuenta que le habia de pedir
su modo de vivir y de las obras que hacia, y cuánto le iba en salir con bue
sentencia ó con mala, pues la una y la otra habian de ser para siempre, s
réplica, ni apelacion, ni mudanza.

Más fueron estas flechas que palabras que pasaron el corazon del apóst
ta, de que tomó sospecha de que Pedro era católico, y le anduvo á los alca
ces, observando á dónde entraba.

Como le vió frecuentar la casa del marqués y vió juntamente que los dia
de fiesta señalados muchos la frecuentaban, confirmado en su sospech
dió cuenta á la justicia, y el dia de la Purificacion de Nuestra Señora, en qu
se habian juntado muchos católicos á celebrarla en el oratorio del marqués
despues de haberlos confesado, vistiéndose para decir Misa, cercaron la cas
magistrados y alguaciles, y entraron de improviso con grande ímpetu, y lo
cogieron descuidados.

El marqués salió á detenerlos, y en el ínterin el Padre se desnudó el alb
que tenia vestida, y huyó por una ventana á un tejado, y se escondió en un
boarda.

Pero, como entrando los ministros vieron el aparato de la Misa y la vent
na abierta por donde habia salido, conocieron que allí estaba, y echaron
muchacho que le buscase, el cual le halló luego y fué preso por Cristo, y l
vado por las calles con gran ruido y alboroto, y puesto en dura cárcel.

El marqués y los demás fueron maltratados y presos, pero no con tar
rigor como el sacerdote, por ser el caudillo de todos.

Habia en la cárcel otros cinco sacerdotes presos por la misma causa,
despues prendieron otros dos, porque la diligencia y la sagacidad de los n
nistros no se descuidaba un punto, buscando á los católicos en todas part

ıdiendo á cuantos sospechaban que lo eran, y no pocas veces con indi- nuy ligeros.

:odos consoló mucho la compañía de nuestro santo mártir que, como ›nfortaba á todos y los aliviaba sus penas con sus dulces palabras y san- ıversacion.

católicos seglares le visitaban disimuladamente, recibiendo saludables os de su boca, y edificándose grandemente de su admirable constan- le la alegría que mostraba en su prision, haciendo la estimacion de sus ıs, que hizo S. Pablo de las suyas cuando se vió preso por Cristo. ianle algunos regalos, los cuales repartia entre los presos necesitados ꝫ los sacerdotes y católicos, tomando sólo para sí el cuidado de repar-

e olvidó en la cárcel de darles tambien el pasto de sus almas, hacién- láticas espirituales, confortándolos, animándolos y confesándolos con uto y consuelo de sus almas; porque, como el fuego en todas partes ı, así el fuego espiritual, que arde en los corazones de los varones icos, en todas partes calienta y afervoriza las almas.

aron grandemente los católicos, y en particular el marqués referido y ꝫr, librar á nuestro mártir de la cárcel, para lo cual hicieron apretadí- iligencias, ofreciendo grande suma de oro y plata en su rescate, y tu- ꝫn buen punto su libertad; pero la infidelidad de los ministros, que no plieron su palabra, frustró los buenos intentos; que quien es infiel para ›s, no es fiel para con los hombres, y quien lo es para con Dios, lo es ı para con todos.

ya que no pudieron conseguir su libertad, alcanzaron á precio de di- ıe se la diesen, con seguras fianzas y mucho secreto, para salir algu ꝫs en fiestas principales en casa de los embajadores de España y Por- londe dijo Misa, y confesó, y comulgó á los católicos, y les hizo plá- ›irituales con júbilo y fruto de sus almas; y, despidiéndose de todos ıas lágrimas, se volvió á la cárcel, adonde sabia de cierto que se le la corona deseada.

descuidaba en este tiempo el malvado apóstata Tomás Gagio, que ꝫ católico se habia trocado en perseguidor de los católicos.

ego cuenta al prefecto de Lóndres, que se llamaba Rolesio, de la in- ision que por su medio se habia hecho, acriminando el delito, y al aso levantando hasta las nubes el servicio que habia hecho á la re- le Lóndres y á todo el reino, poniendo en sus manos un hombre eroso y tan pernicioso á todos.

alir más con su intento y ganar la gracia de los senadores y del pue-

blo, se halló con otros dos, á quien llevó bien industriados, en el tribunal de
prefecto, cuando sacó al mártir á su audiencia, y atestiguó con ellos que
habia visto decir Misa en Flandes, y oido predicar á los católicos, y que e
jesuita, y habia venido á destruir la religion anglicana y fomentar la de l
papistas á Inglaterra.

Preguntando el santo mártir si eran verdaderas estas acusaciones, aunq
pudiera desvanecerlas por no tener más probanza, que los dichos de sus e
migos; pero, como no deseaba la vida sino la muerte por Cristo, confesó
plano que todo era verdad, y que se preciaba de ello, y era su mayor blas
y que como tal confirmaria.

No fué necesaria más probanza, porque con sola esta confesion le conde
luego á muerte de horca, y hacerle cuartos, y ponerlos en lugares públic
para escarmiento de todos.

Cuando le notificaron esta cruel sentencia, estuvo con sereno semblant
los ojos clavados en el cielo, y respondió estas palabras: *Nunc ergo, Omnip
tens Deus, sit Sanctissimum nomen tuum benedictum in aeternum.* Sea, Omr
potente Dios, bendito tu santísimo nombre para siempre; y sin hablar m
palabra con los hombres, se quedó á sólas con Dios, dándole muchas gr
cias por la merced que le hacia, ofreciéndole su vida y pidiéndole gracia p
ra morir santamente.

Aunque su vida era tan inculpable y apostólica como se ha referido, tom
los dias que le dieron de treguas para disponerse despacio para la muert

Preparóse con mucha oracion, silencio, mortificacion y penitencia, y co
una confesion general de toda su vida, que hizo con uno de los sacerdot
que estaban presos.

Era Provincial de la Compañía en aquel reino el P. Francisco Forstero,
cual, deseando ayudarle y consolarle en la manera que pudiese, le envió u
Padre muy sagaz é inteligente para que le hablase de su parte y le esforzas
en su muerte.

El Padre tuvo modo para entrar en la cárcel y estar con él á solas, que fu
para el P. Pedro de grandísimo consuelo y no de menor para el Padre Pro
vincial, por verle no sólo conforme con la voluntad de Dios, sino tan esfor
zado y alegre, que repetia sin cesar las palabras de San Pablo: *Repletus sum
consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra:* Hállome conso
ladísimo y bañado en un mar de gozo y de consuelo en toda mi tribulacion
que así consuela Dios á los que de corazon padecen por su amor.

Por los ojos y boca vertia el que tenia en el corazon, de tal suerte, que llo
rando el compañero y los católicos su muerte, él los consolaba á todos, porqu
tenia gozo para sí y consuelo que repartir á todos del que vertia su corazon

;óse el dia de Pentecostés, que fué el 29 de mayo, en que habia de ser
zado, y dió muchas gracias á Dios, porque, estando presos en la cárcel
acerdotes, él era el preferido entre todos para ofrecerle aquel dia en
:io su vida en tan gran festividad.
licó á Dios afectuosamente que, pues en tal dia como aquel habia en-
su Santo Espíritu sobre los Apóstoles, le enviase tambien sobre él y
toda la Iglesia, y en particular sobre los fieles de Inglaterra, que los
nase y fortaleciese en la fe, y sobre los infieles, y los que le daban la
:, para que les diese luz y sabiduría para conocer sus errores y abrazar
'adera fe.
:ronle en la forma ordinaria sobre una estera, y por diligencia de al-
católicos devotos, le pusieron una como almohada en que reclinase la
y parte del cuerpo.
)an de la estera los caballos á la voz del pregonero, y, para mayor
sacaron con él dos reos facinerosos condenados á muerte, como lo
ı los judíos con Jesucristo, para que le pareciese en esto como en la
d de ofrecerse á Dios en agradable sacrificio.
s de pasar adelante, no quiero dejar en olvido lo que le sucedió á una
natrona católica, que tuvo órden para visitarle en la cárcel y recibir
icion dias antes de su muerte, á quien dió el santo mártir una estam-
Nacimiento de Cristo, que recibió y guardó como preciosa reliquia.
s los dias rezaba á Cristo y á su Santísima Madre delante de ella por
; y acercándose el dia de su muerte la vió matizada con gotas de san-
quella parte, á cuyas espaldas estaba escrito el nombre del P. Pedro.
rada de este prodigio, llamó á su familia, y todos vieron lo mismo y
ron que sin duda se llegaba el dia de su santa muerte, la cual publi-
:ielo con esta maravilla.
ir de la cárcel, llegó un sacerdote amigo suyo en hábito de hombre.
los que ganan su vida á llevar cargas en el pueblo, y le tomó la
ı recelo de las guardas y alguaciles, y, como diciéndole otra cosa, le
ó al oido y le absolvió con grande gozo suyo.
le todo el camino, estando siempre á la mira; y cuando llegaron á la
dió la mano para levantarse de la estera, y le habló amigablemente
secreto, y dió señas para que mirase á muchos católicos que se ha-
esentes para encomendarle á Dios, que era levantar las manos al
a que les diese su bendicion.
ra el P. Odoardo Lactomo, íntimo amigo y compañero suyo, que lo
la muerte, y se hablaron y despidieron caritativamente con los ojos
ızones en aquel artículo, en que volvió á reconciliarse.

Subió luego al carro que le tenian prevenido, y delante de todo el pu
que su historiador afirma pasaba de veinte mil personas, le habló en vo
el prefecto, y le dijo:

«¿Por qué, Pedro Uricto, quereis malograr vuestra vida en la flor de
tra edad? Aún teneis tiempo para lograrla y no deshonrar vuestro linaj
ofrezco de parte del Senado que, si abjurais la religion de los papistas
ceis el juramento de fidelidad al rey de Inglaterra y á su Senado, que
gobierna, como le hacen todos los leales; os perdonarán los crímenes qu
beis cometido, y os concederán la vida, y os honrarán como á fiel va
suyo.»

«¿Decíslo de veras? respondió el mártir: y el ministro: «De veras y mu
veras lo digo, y pongo á todo el mundo por testigo.»

«Pues yo le pongo tambien, dijo el fidelísimo predicador de Cristo, q
mil vidas tuviera, las ofreciera gustosísimamente, como ofrezco la que te
por la santa fe católica romana, que es la cierta y verdadera, sin la cual
guno puede salvarse; y renuncio cuantas honras me puede dar el Senado
esta honra, que es la firme y verdadera.»

Oido esto, se retiró el ministro, y el mártir vuelto al pueblo le habl
esta manera:

«Sabed, varones que me oís, que el crímen porque soy condenado
muerte que mirais, no es otro más que por ser sacerdote católico, relig
de la Compañía de Jesus, que comunmente llamais jesuitas, y por habe
nido á Inglaterra á enseñar y predicar la verdadera fe católica romana, s
cual no hay salvacion, de que siempre me he preciado y me precio al

»Doy mil gracias á la divina Majestad, que me ha hecho esta merce
que muera por defender esta verdad.

»A todos los católicos que me oyen pido que me encomienden á Dios,
yo les ofrezco de pagarles con mis oraciones, cuando me vea, como esp
en su santa gloria.

»Tambien ruego á Dios por este reino y por los que me han conden
que les dé luz para conocer y confesar esta verdad, y les perdone como
los perdono de todo mi corazon.»

En diciendo esto alzaron las manos los católicos, y el mártir como p
les dió su bendicion.

Pusiéronle al cuello la soga que pendia de la horca, y de esta maner
tuvo media hora en oracion cerrados los ojos.

En el ínterin que ahorcaban á los dos malhechores y á tres mujeres
atroces delitos, echó á su amigo el sacerdote que le habia reconciliado, un
con que se limpió el sudor, el cual recibió como preciosa reliquia.

nbien guardó las ligaduras con que habia ido atado en la estera, y las
ió despues entre los católicos con grande estimacion.
aron el carro, y el santo mártir quedó pendiente de la horca, el rostro
› y sin alguna fealdad; y aunque á los demás, en cayendo, medio vivos,
rian el pecho y les sacaban el corazon, diciendo el verdugo que era de
idor, y con las entrañas lo echaban en el fuego; tuvieron tal respeto á
ervo de Dios, que no llegó á él en casi media hora, hasta pasado tiem-
pues que espiró.
ıcedió una cosa muy notada de todos y estimada de los católicos, y
e vino una ave hermosa, á vista de toda aquella muchedumbre de gente
halló presente, y, revoloteando, se puso sobre la cabeza del mártir, le-
dose y volando varias veces por lo alto y lo bajo alrededor, sin hacer
i otro de los ajusticiados, la cual tuvieron por símbolo de su dichosa
que como paloma sin hiel, en saliendo del cuerpo, habia volado al cielo.
nariscal de Lóndres dijo en alta voz que, si los católicos querian su
, viniesen por él antes que le hiciesen cuartos y le pusiesen en
públicas, porque se le daria francamente; pero recelándose con razon
e traza para cogerlos en el lazo con el cebo de aquella reliquia, como
tumbran los herejes, ninguno se movió á pedirle.
el marqués en cuya casa le prendieron, que le amaba tiernamente y
ó presente, tuvo traza como comprar del verdugo su cuerpo hecho
y llevarle con los otros católicos á decente sepultura.
iláronse con aquella santa reliquia, derramando tiernas lágrimas y be-
ı con grandísimo amor y reverencia.
nuerte fué en domingo, dia de Pascua del Espíritu Santo, á veinte y nue-
nayo de mil y seiscientos y cincuenta y un años, teniendo cuarenta y
edad y veinte y dos de Compañía.
ınas cosas sucedieron despues de su gloriosa muerte que no es justo
r en silencio.
fué, que echando el verdugo las entrañas en el fuego, quedó en medio
lamas el corazon entero, aunque herido y maltratado, el cual sacaron
laron los católicos como cosa milagrosa y obra de la mano del Altísi-
e no permitió consumiese el fuego material el corazon prevenido con
› del Espíritu divino.
fué, que sus reliquias exhalaron por mucho tiempo un olor celestial,
reaba á los fieles y admiraba á los infieles que se acercaban á su se-
dando Dios á entender la grandeza de sus merecimientos, el estado
loria y que aquel olor fragante era sellado testimonio de que habia
su vida suave olor de Cristo con su doctrina y virtudes.

Júntese á estas dos maravillas otro hecho, en que el Redentor del mundo le hizo semejante á sí, no sólo (como dijimos) sacándole á ajusticiar entre dos ladrones, sino ahorcándose tambien, como Judas, el mozo que le buscó y le entregó á la justicia, el cual, como Judas, hurtó á su señor cantidad de dineros, y hallándose, buscado y perseguido, sin consejo ni remedio humano, se echó un lazo al cuello, y acabó desesperado su miserable vida, para comenzar la eterna en el infierno.

La cuarta y de mayor estimacion es que, así como Cristo con el ejemplo de su muerte no sólo convirtió á uno de los ladrones crucificado en su compañía, sino á otros muchos, de quien dice S. Lúcas, cap. XXIII: *Revertebantur percutientes pectora sua,* que volvian á sus casas compungidos y contritos, hiriendo sus pechos, como personas convertidas al amor y fe de Cristo; de la misma manera sucedió en la muerte de este siervo de Dios, que muchos infieles herejes y enemigos de la fe católica que se hallaron presentes, vista su admirable constancia y el valor y alegría con que dió la vida por la fe de Cristo, se persuadieron que sin duda era la verdadera la que varon tan santo profesaba, y falsa la de Inglaterra; y abjurando esta, abrazaron la nuestra, y se convirtieron y reconciliaron con la Iglesia.

Entre los cuales fueron un varon de alta sangre, muy rico y poderoso, y otra señora de igual nobleza que habia muchos dias vacilaba en su vocacion, y viendo la constancia y alegría del santo mártir, desechó todas sus dudas y abrazó la fe católica.

Lo mismo y con el mismo motivo hicieron diez y siete varones ingleses, los cuales se desterraron voluntariamente de su tierra y se vinieron á Amberes á vivir católicos entre católicos con seguridad de sus almas, envidiosos de la dicha de nuestro mártir y movidos con su ejemplo á mudar de religion y de vida.

La opinion que tuvo de santidad, de sabiduría, de prudencia, de valor y constancia, de paciencia y sufrimiento, y celo de la salvacion de las almas, fué tal en todo el reino, que no sólo los católicos, sino tambien los mismos herejes la ensalzaban hasta el cielo, llamándole varon pio, modesto, celoso de la gloria de Dios, incansable en su servicio, caritativo para con todos, magnánimo, pacífico y abrasado en el amor divino.

Entre ellos, un hereje que tiene opinion de sabio, ha sacado en Lóndres un libro cuyo título es: *Moderator christianus*, el Gobernador cristiano, adonde pone un largo elogio de nuestro mártir, que trae á la letra el P. Juan Nadaso al fin de su vida.

En él cuenta su martirio y la constancia y alegría con que dió la vida por Cristo, ponderando su inculpable vida, sus heróicas obras y santas costum-

que, por ser de contraria religion, es de mayor estima y testimonio ma-
o de su santidad, pues la confiesan y publican sus propios enemigos.
sacerdote católico inglés de mucha autoridad, que se llamaba D. Che-
scribió una larga carta al P. Francisco Forstero, Provincial nuestro de
erra, en que refiere con mucha puntualidad y algunos elogios su vida y
io, como testigo de vista, la cual trae tambien el sobredicho autor, y la
dicho Provincial escribió al P. Prepósito General de la Compañía, las
se podrán ver en el dicho autor, de quien se ha sacado lo aquí referido.
ios gracias á Dios por la merced que hizo á este su siervo en darle va-
onstancia para padecer tan glorioso martirio por su amor, y por las
virtudes de que le dotó; y pidamos á su divina Majestad que nos
cia para imitarle hasta llegar en su compañía á gozar de su eterna
Amen.

P. ANDRADE.



# CERDEÑA



# P. PEDRO ESPIGA

## I

A vida del caritativo P. Pedro Espiga escribió el P. Antioco Carta, Rector del colegio de Cáller, y es de esta manera.

ació este gran Padre de pobres el año del Señor de mil y quinientos y te y siete en la ciudad de Cáller, del reino de Cerdeña, de padres honra- y de mucha cristiandad, llamados Antiogo Espiga y Antioga Félix, la lo fué en todos sus hijos, y mucho más en el P. Pedro, que desde niño, o el buen dia desde la mañana, dió muestra clara de lo que habia de ser, mo buena fruta, comenzó á declarar de cuán buenos árboles habia nacido. : su padre en particular se sabe por cosa cierta que era hombre muy ado y muy dado á toda piedad y devocion cristiana.

:nia por costumbre cada dia ponerse de rodillas delante de alguna devota en de Cristo nuestro Bien ó de su Santísima Madre luego que volvia de egocios, porque era mercader, y antes de ponerse á comer, rezaba el Ofi- e la Vírgen muy despacio y con tanto gusto espiritual, que se olvidaba comida corporal, de modo que era menester llamarle de ordinario una y as veces; y así, le solia decir su mujer que aquella vida más era de reli- que de padre de familias, y que para hacerla se podia entrar en alguna ion.

vieron estos dos buenos casados dos hijas y cinco hijos: el postrero fué o Pedro, el cual salió á luz de las entrañas de su madre tan flaco y des- ido, que hasta los siete años no pudo asentar el pié en tierra para andar s; y así, fué flaco, menudo y de pequeño cuerpo toda su vida, aunque o y fervoroso natural.

ados los siete años de la niñez, viéndole sus padres con más salud y s, comenzaron de propósito á cuidar de su buena educacion en toda ndad y virtud, y diéronle maestro que le enseñase á leer y escribir. ndole capaz para estudiar la grámatica, le aplicaron á ella, y en breve

tiempo se vió en él el provecho que sus padres deseaban, para lo cual ayuda ba mucho la grande aplicacion que tenia al estudio y ser de bueno y vivo in genio, y, sobre todo, muy apartado de todas las cosas que suelen distraer ; los mozos.

Aborrecia grandemente la familiaridad de compañeros y amigos distraidos huyendo de ellos como de gente apestada, con tanto recogimiento y silen cio, que admiraba á todos, dando bien á entender desde entónces lo que des pues fué.

Habiendo aprovechado bien en las letras humanas, le pareció á su padr que le podia ayudar en sus tratos y negocios de mercader; y así, le quitó de estudio y le puso en una tienda suya, enseñándole cómo habia de vender la cosas y el precio de ellas.

Comenzó este ejercicio nuestro Pedro obedeciendo á su padre; pero, com la Majestad divina le tenia escogido para otro ejercicio más alto y emple más noble; con su eterna providencia y consejo no permitió que gastase mu cho tiempo en la tienda, y la causa fué una que declara bien la bondad y pie dad de nuestro Pedro.

Habíale señalado su padre en la tienda el precio de cada cosa de por sí, porque los compradores le decian que era muy subido y que no valia tant dábaselo al precio que ellos decian.

Mas riñéndole su padre porque contra su voluntad y en daño de su hacien da hacia aquello, respondia que por compasion que tenia de los compradore: que ordinariamente solian ser pobres, bajaba el precio del punto señalado.

Viendo esto su padre le quitó de la tienda y le volvió á los estudios co determinacion de hacerle proseguir hasta la sagrada Teología, y de llevarl por la Iglesia segun su buena inclinacion.

Para poder oir un curso de Artes, le embarcó para España, donde en l Universidad de Valencia oyó la Filosofía con satisfaccion y provecho.

Determinó despues irse á París de Francia, para oir en aquella insign Universidad la sagrada Teología y hacerse doctor en ella.

De esta su determinacion dió cuenta á los suyos por cartas, en las cuale daba bien á entender cómo Dios nuestro Señor le tenia desde entónces preve nido con las bendiciones de sus dulzuras, exhortando á los de su casa co grande afecto á la leccion de los libros espirituales, enviándoles juntament semejantes libros, como fueron las *Confesiones del glorioso P. S. Agustin*, d quien fué siempre devotísimo, como tambien lo fué mucho del seráfico Padr S. Francisco en aquel su grande desprecio del mundo y de sí mismo.

Y aunque es verdad que la causa principal que movió á Pedro á dejar l Universidad de Valencia é irse á estudiar la Teología á París fué que entó

ƨs era la Universidad más célebre del mundo; pero más fué traza y consejo e Dios que le tenia escogido para la Compañía de Jesus, y así, le llevó priıero á París, para de allí llevarle con mayor facilidad á Lovayna, donde tuese la ocasion que tuvo de tratar con los de la Compañía y aficionarse á su stituto, hasta que, menospreciando cuanto el mundo le ofrecia, se consagró Dios en él.

Llegó, pues, á París el año de mil y quinientos y cincuenta y uno. Apénas ıbo comenzado á oir la sagrada Teología en la Sorbona, cuando le fué forso salir de todas las tierras sujetas á la corona de Francia por edicto que blicó el rey Francisco, que á la sazon rompió guerra con el emperador ırlos V, mandando que los vasallos del emperador saliesen de su reino. Así parece le llevó Dios apriesa al lugar donde habia determinado llaırle para sí, comenzando desde entónces á ejercitarle en trabajos y peli›s de largos y dificultosos eaminos.

Partió de París en compañía de otros estudiantes españoles y fuése con ›s á los Estados de Flandes con intento de proseguir allí sus estudios de ología en la Universidad de Lovayna, y de tomar en ella el grado de Doc, y volverse á su tierra, donde los deudos y parientes le importunaban con tas que procurase cuanto más presto pudiese volver á su casa, para mirar cosas y darles asiento.

'ero de lo que ménos cuidaba Pedro en este tiempo era eso; porque, estantodo puesto en sus estudios y en ejercicios de virtudes, no se acordaba patria, ni de deudos, ni amigos, ni de cuanto el mundo le ponia delante. 'odo su cuidado era saber de su Criador y Señor qué queria de él, diıdo con S. Pablo: *¿Domine, quid me vis facere?* que le enseñase el estado ıanera de vida en que se queria servir de él, para lo cual se disponia con ıon de libros devotos, mucha oracion y frecuencia de sacramentos, dando buen ejemplo á sus condiscípulos y á la gente con quien trataba, que ›s le tenian por un grande siervo de Dios y varon santo.

## II

### *Entra en la Compañía de Jesus en Lovayna y vuelve á Cáller.*

oco tiempo despues de llegado á Lovayna, comenzó á tratar de dar libelo epudio al mundo; porque en el mismo año de mil y quinientos y cincuenuno en que llegó, se determinó de entrar en la Compañía de Jesus con tan de impulso divino, que no paró hasta que le recibieron, venciendo todas lificultades que se le ofrecieron, y en particular una que fué necesario

consultarla con nuestro Santo P. Ignacio en Roma y aguardar su respuesta.
Porque, reparando los Padres del colegio de Lovayna en la pequeña estatura de cuerpo de Pedro, porque era muy notable, enviaron la medida á nuestro Santo Padre pidiéndole su parecer y resolucion, el cual ordenó fuese luego recibido sin reparar en la pequeñez del cuerpo, conociendo sin duda con luz del cielo la grandeza del ánimo que estaba encerrada en aquel pequeño cuerpo para empresas grandiosas en la milicia religiosa, como de hecho las obró este varon de Dios despues que fué recibido en la Compañía.

Comenzó luego su probacion con tanto fervor, que parecia bien que el Señor le habia llamado para comunicársele extraordinariamente, como se echa de ver de un caso que le aconteció muy á los principios de su entrada.

Estaba en la cocina sirviendo de ayudante al cocinero para limpiar las ollas y los platos con mucho gusto suyo, y bien sin pensar en ello le dieron cartas de los suyos, que desde Cáller le escribian, pidiéndole encarecidamente y rogándole que tomase el grado de Doctor luego y se volviese á su casa, donde le aguardaban con grande deseo y cuidado.

En leyendo estas cartas, levantó el corazon á Dios dándole gracias de haberle librado de las vanidades y locuras del mundo, y héchole pisar todas sus honras y esperanzas; y fué tan grande y extraordinario el consuelo y regalo del cielo que sintió su alma en esta ocasion de verse libre de las pretensiones mundanas, que toda su vida lo tuvo impreso en la memoria, como despues lo decia.

Acabado el tiempo de probacion con mucha satisfaccion de la Religion, le dieron los votos acostumbrados; y, porque era ya de edad, le hicieron estudiar hasta cumplir tres años de Teología, despues de los cuales fué ordenado de sacerdote; y así, comenzó á hacer oficio de operario con tanto fervor y celo de las almas, que admiraba á todos.

Y por estar en aquel tiempo el emperador Cárlos V en aquellos Estados, fué necesario emplearse el P. Pedro en acudir á la nacion española, enseñándoles el camino del cielo con sus pláticas y exhortaciones, oyéndoles de confesion sin cansarse, y acudiéndoles en todas las necesidades como si fuera padre de todos, y muy en particular á los enfermos de los hospitales, sirviéndoles y procurándoles los regalos que podia, y cuidando que fuesen bien servidos.

Con el mismo celo acudió á los encarcelados y procuraba su remedio primero en el alma, confesándolos enseñándolos las cosas necesarias de nuestra santa fe incansablemente, ayudándolos con los jueces y procurando limosnas con que fuesen sustentados los que eran pobres, reconociendo en ellos á Cristo Señor nuestro como en su imágen, y entendiendo que lo que hacia por su prójimo, lo recibia el Señor por hecho á su misma persona.

ıé tan grande el afecto que este siervo de Dios tuvo á los pobres enfer-
toda la vida, que no sabia hacer otra cosa sino buscar nuevas invencio-
r trazas cómo fuesen todos socorridos; no sólamente los de los hospita-
cárceles, pero áun los de la ciudad donde estaba los procuraba saber, y
guno dejaba sin consuelo espiritual y refrigerió corporal.
da su bienaventuranza tenia puesta en este santo ejercicio; y así, solia
á menudo aquello del santo rey David: *Beatus qui intelligit super ege-
et pauperem, in die mala liberabit eum Dominus.*
r estos santos ejercicios vino á ser tan conocido y estimado de la nacion
ola, que todos decian de él á voces que era santo.
gó esta noticia hasta los de la casa del emperador, y algunos ministros
a, que le trataron y conocieron su santa vida, le ofrecieron grandes fa-
para cualquier prelacía, si quisiera valerse de ellos, y de hecho le con-
n con el arzobispado de Oristan, en Cerdeña su patria, asegurándole
ra alcanzarlo no querian sino su consentimiento y gusto.
o el humilde Padre llevó mal esta plática, mostrando bien cuán de co-
habia dejado el mundo y sus honras, y cuánto le agradaba la eleccion
abia hecho con la gracia divina de vivir humilde y menospreciado en
a de Dios, huyendo de las mitras y dignidades que otros con tantas
buscan y procuran toda la vida, como si de ellas dependiese su salva-
erna.
los muchos trabajos y con los recios frios de Flandes se le iba á nues-
lro menoscabando la salud, y, por ser él de flaca y delicada complexion
rse criado en aires muy templados, como son los de Cáller su patria,
e los hielos de aquellos países septentrionales medio tullido todo un
), y en peligro de perder la vida, sino salia de ellos.
determinaron los Superiores, no sin providencia del cielo, enviarle
Flandes á Cerdeña, para que cobrase la salud, y con su santa vida y
a diese noticia de la Compañía, y moviese los ánimos de sus naturales,
searla y pedirla.
é así, que viendo el virrey, y Arzobispo, y toda la nobleza de Cáller, el
ıo grande que el varon de Dios hacia con sus sermones y confesiones
la ciudad, se movieron muchísimo y escribieron con el mismo Padre
ıperiores de la Compañía, que á la sazon eran el P. Diego Lainez Ge-
ı Roma, y el P. Francisco de Borja Comisario general en las provin-
España, pidiéndoles encarecidamente mandasen enviar otros de la
ıía que ayudasen al P. Pedro á cultivar aquella viña del Señor, que
ba mucho de semejante cultura, como veremos adelante, cuando di-
el modo con que Dios facilitó la entrada de la Compañía en Cerdeña,

y el estado en que la hallaron los primeros Padres que entraron en ella

Teniendo, pues, la licencia del P. General el P. Adriano de Adrianis, Rector del colegio de Lovayna, para que dejase ir á su tierra al P. Pedro, le envió solo como peregrino, conociendo su mucha virtud y religion.

Gustó tanto de esto el fervoroso Padre, que todo el camino de Flandes á Italia hizo á pié, pidiendo de limosna el sustento y padeciendo grandes incomodidades y trabajos con su poca salud y achaques.

Todo lo vencia el fervor de espíritu con que cumplia su obediencia, derramando por todos los lugares donde pasaba el buen olor de vida y costumbres, que suelen los santos y amigos de Dios, con su vista de varon apostólico y con el trato continuo de las cosas del cielo.

Entrando por Italia, la fué atravesando asímismo á pié, y mendigando como pobre hasta llegar al puerto en donde se habia de embarcar, que fué el puerto de Liorno, en una de dos naves que partian para la ciudad de Cáller.

Fué cosa rara, que estando perplejos dos doctores naturales de Cáller que habian de venir con el Padre, cuál de las dos naves habian de escoger para asegurar su embarcacion, y no acabándose de determinar entre sí, acordaron de dejar el negocio en manos del P. Pedro, y que la que él escogiese, en esa entrarian.

El Padre, haciendo la señal de la santa cruz y levantando un poco el corazon á Dios, escogió de las dos naves la que era vieja y carcomida, y dejó la otra que era nueva y fuerte.

No lo hizo sin luz del cielo, como lo declaró bien el suceso; porque la nave nueva y recia se perdió en una grande tempestad, y la vieja y carcomida, que escogió el siervo de Dios, se libró de la furia de la mar y llegó segura al puerto.

Comenzó en la nave á tratar de Dios con los pasajeros y marineros, y enseñar á todos con su ejemplo y con sus palabras el temor santo del Señor y la guarda de su divina ley y mandamientos, con tanta prudencia y fervor de espíritu, que en poco tiempo los compuso á todos, desterrando los abusos y libertades de hablar palabras feas y torpes, de decir blasfemias, de jurar temerariamente y sin verdad, y de echarse los unos á los otros maldiciones.

Reformó de tal manera á todos, que parecia la nave casa de religiosos observantes. Ni solamente mostró en esto su santidad y bondad el P. Pedro en el tiempo de su navegacion, ó por mejor decir, la declaró Dios á los que iban con él, sino tambien en el caso siguiente.

Y fué que se levantaron vientos tan contrarios, que no sólo les impedian el viaje, pero llevaban la nave á dar en manos de corsarios franceses, que con una buena armada infestaban aquellos mares, haciendo mucho daño en los de la nacion española, por la guerra rompida entre los reyes de Francia y España

ıé tan terrible y pertinaz la tempestad y contraste de vientos, que espan-
el capitan de la nave, pensó habia dentro de ella algun grande pecador
›mulgado, por cuyos pecados Dios castigaba á todos; de lo cual tomó
on el fervoroso Padre de exhortar á todos á la sagrada confesion, la cual
·on todos luego con el mismo Padre, añadiendo todos juntos otras mu-
oraciones y promesas. Pero viendo el siervo de Dios que áun duraba la
de la tempestad, se retiró solo á un retrete y se dió una buena y recia
ılina, rogando al Señor los librase de aquel grande peligro, y luego
'a tempestad, y, prosiguiendo su navegacion, llegaron al puerto de
·.

ıia nuestro peregrino muy pobre de vestidos, y para que pudiese des-
·carse con hábito sacerdotal, le envió una sotana y manteo viejo
ıosna el Dr. Antonio Nin, Canónigo de Cáller, que despues fué
o de Alguer, y conocia bien al P. Espiga, estimándole por su santidad
,ion.

ı limosna recibió de muy buena gana el que era tan amigo de la
›obreza, y lo estimó mucho por venirle sin haberla él pedido ni pro-
·.

de mucha edificacion que, teniendo en la dicha ciudad muchos deu-
os, en particular un hermano suyo mayor, Dean de la santa iglesia de
ıue estaba en Cáller con muy buena casa, y hacienda, y grande volun-
acudir á las necesidades de su hermano y hospedarle y regalarle; con
ᴐo nunca se pudo acabar con él que fuese á su casa ni á la de otro
parientes, por más que se lo rogaron todos é importunaron, po-
'e delante que les iba su reputacion y que les afrentaba en hacer lo
io.

le la nave se fué derecho al hospital de S. Antonio, donde fué recibi-
ıo uno de los demás pobres, holgándose más de esto, que de las rega-
›midas y camas de sus parientes, de los cuales en ninguna cosa se
ervir para su persona, teniendo por suma gloria pedir antes su comida
ɔr de Dios á los extraños, que recibirla ofrecida de los suyos.

ɔ el P. Pedro á desembarcar derecho de Liorno en el puerto de Cáller
le mil y quinientos y cincuenta y siete, á los catorce de mayo; aunque
cen que desembarcó en Posada, tierra ciento y treinta millas más
que desde allí vino á pié por tierra hasta Cáller.

pudo ser que la nave hubiese antes llegado á Posada y despues vi-
Cáller, como vino; pero que el P. Espiga vino con ella á Cáller y
ırcó en su puerto, no tiene duda, por haberlo afirmado testigos
.

## III

*Los empleos del P. Pedro en el hospital y ciudad de Cáller luego que llegó.*

Fué el P. Pedro Espiga el primero de la Compañía de Jesus que entró en la Isla de Cerdeña, y que, como nuevo apóstol enviado desde Flandes, dió noticia de su Religion en su misma patria, que por estar muy en sus principios aún, no habia conocimiento de ella ni de sus buenos y provechosos ministerios.

Dió tales muestras de fervor y celo nuestro P. Pedro, que en pocos dias echó de ver la ciudad de Cáller lo mucho que Dios nuestro Señor habia de obrar en bien de todos, por medio de los de la nueva Compañía de Jesus.

Aposentando en el hospital, como hemos dicho, comenzó á cuidar de los enfermos en las almas y en los cuerpos, con tanta diligencia, que admiró á todos los ciudadanos; porque, como verdadero hijo de San Ignacio, quiso comenzar los principios de su obra y edificio espiritual que habia de levantar en Cerdeña, de los profundos cimientos de la humildad.

Servia á todos los enfermos y sanos del hospital no sólo de confesor y Padre espiritual, enseñándoles la doctrina cristiana y el modo de saberse confesar bien y á menudo, y la devocion de frecuentar la sagrada Comunion; pero áun de enfermero, ocupándose de propósito en servir á todos los enfermos, haciéndoles las camas, barriéndoles los aposentos, limpiándoles los vasos más inmundos, dándoles de comer, consolándolos como un ángel del cielo y procurando que se les acudiese con las cosas necesarias de médicos, medicinas y regalos, en todo lo cual habia grande descuido y falta notable de buen gobierno por culpa de los ministros, de modo que muchos murieron sin confesion.

Mas fué el siervo del Señor poderoso para que todo se remediase con su autoridad, que con estos santos empleos de varon de Dios la ganó tan grande con el virrey, Arzobispo y conselleres de la ciudad, que todos dependian de su consejo y le consultaban las cosas tocantes al bien de sus almas.

El virrey D. Alvaro de Madrigal y todo lo granado de la ciudad le tomaron por su confesor, mirándole todos como á varon santo, honrándole y reverenciándole tanto, que el mismo Padre se corria y afligia mucho por su humildad.

Viendo estos señores lo mucho que se servia Dios del P. Pedro en la reformacion del hospital, le importunaron se encargase de su gobierno total para que mejor le pusiese en órden.

ıl hizo con más ánimo y celo, que con fuerzas corporales, porque
ıir á todos los de la ciudad las habia menester tres dobladas.
do eso, no le faltaron, porque la caridad que le movia á tan santas
vencia todas las dificultades y daba fuerzas para llevar todo el
ırga del hospital en lo espiritual y temporal, y acudir á predicar mu-
:s en varios puestos, á oir las confesiones de muchísima gente, no
ı los encarcelados y los demás enfermos de la ciudad, que parecia
ıoder un hombre solo y flaco llevar tanto trabajo.
el siervo de Dios el aparejo grande que habia en las almas para
os y ministerios de la Compañía, y que él, aunque se dividiera en
:ra imposible poder acudir á todos; escribió al P. Diego Lainez, Ge-
ınces de la Compañía, dándole razon de todo lo que hacia y pidién-
grande instancia le enviase otros compañeros, ofreciéndose él á sus-
de limosna y declarándole la grande disposicion que hallaba en
ı la reformacion de las costumbres y vidas, y estampar en sus co-
do género de piedad y virtud cristiana.
caba humildemente en una carta por las entrañas de Cristo Señor
ıe no dilatase el enviarle el socorro que le pedia de algunos Padres,
estas palabras: «Pienso que nuestro Señor me ha enviado á ende-
ı para los santos que vendrán de la Compañía.»
se contentó el fervor del P. Pedro con haberlo escrito una y mu-
al Padre General, y rogado instantemente el cumplimiento de este
ıo que procuró que hiciesen lo mismo las personas más graves del
de los cuales fué D. Pedro Clavero, Visitador que á la sazon era
ɔs ministros reales, enviado por el rey D. Felipe II, de feliz
y el virrey D. Alvaro de Madrigal, caballero de mucha cris-

ıto que venia este socorro y ayuda de compañeros, el P. Pedro,
r á trabajo alguno, acudia á todas las partes á predicar, á confesar
ermos, á enseñar la doctrina cristiana, á buscar limosna para los
ados, á cuidar de los de la cárcel, á pacificar los enemistados y
a observancia á ciertas monjas bien relajadas entónces, y á hacer
dos los vicios y pecados que reinaban en la ciudad, con grandísi-
ɔ de las almas en lo espiritual y remedio de los cuerpos en lo
ın tanta prudencia y fervor, que tenia admirados á todos, y los
lemente á desear la Compañía en su ciudad y procurarla con los
ɔles, como lo hicieron luego de la manera que despues diremos.
nénos de un año que el siervo de Dios estuvo en el hospital, le
› y puso otro en el gobierno espiritual y temporal, y áun la ha-

bitacion y casa procuró que fuese más ancha con nuevo edificio y l
para más comodidad de los enfermos.

Dejándole bien proveido de personas que le gobernasen, se salió d
mudó habitacion, para poder mejor acudir á otras necesidades espiriti
temporales que le estaban aguardando y como dando voces de to
partes de la ciudad.

Y por estar dentro del castillo de Cáller lo más lucido y granadc
ciudad, y ser ya el P. Espiga confesor del virrey con todos los de su
de otra mucha gente, así principal como ordinaria, se fué á vivir en el
castillo.

Mas, con tener dentro de él deudos muy principales que le pretend
nér en sus casas, nunca se pudo acabar con él que fuese á casa de
de ellos, ántes se fué á unos entresuelos que le ofreció un ciudadano hc
llamado Joanoto Soler.

Tampoco quiso le proveyesen sus deudos de cosa tocante á su su
holgándose más de vivir de limosna y de lo que pedia por amor de
como verdadero discípulo de S. Ignacio y sus compañeros, que así
principio á su Religion.

Asentado en el castillo, comenzó de propósito á cuidar de la cárc
tenia tanta necesidad como el hospital.

Procuró primero que se dijese Misa á los presos cada dia de fiesta
dola todos, de lo cual habia notable falta y olvido.

Para esto hizo hacer una capilla decente y á propósito, y señalar s
te que les dijese la Misa.

Y porque á los principios todas las cosas buenas tienen sus dificu
quiso el mismo P. Pedro hacer oficio de capellan y cura de los pobres
enseñándoles la doctrina cristiana y disponiéndolos para saberse bien
sar; y así, por algun tiempo les dijo la Misa los dias de fiesta, y los cor
y comulgaba muchas veces.

Tenia grande cuidado que los enfermos fuesen acudidos con la car
piedad cristiana; visitábalos cada dia como Padre piadoso una
veces.

Si habia alguno malo de consideracion, no se descuidaba un punto
alma, confesándole, consolándole, animándole y haciéndole llevar al
tal, donde con mayor regalo y descanso le curasen.

Para los pobres que no tenian qué comer y padecian mucho en la p
pedia él mismo limosna por la ciudad.

Eran muchos estos, por ser las cárceles de Cáller las de todo el rei
estar en ella la córte; y así, traian muchos á ellas de lugares bien léj

› podian ser socorridos de lo necesario para el sustento, y perecian re y desnudez.
ɜcesario al Siervo del Señor buscar medios y dar trazas cómo esta necesidad se remediase, y las halló con su mucha prudencia, alcan-l virrey y del Consejo del Patrimonio que para estos presos se se- las rentas reales una limosna cada dia, para darles de comer.
mo cuidaba que se les hiciese olla, dando qué merecer á muchas ›rincipales y devotas, á las cuales rogaba que por algunos dias hi- comida en sus casas á los presos; lo cual hacian de muy buena vo- se halló persona que alguna vez lo rehusase; tan grande era el res- ›erencia que tenian á la santidad del caritativo Padre.
nisma manera cuidaba que las causas de los pobres se despachasen ue los carceleros los tratasen con caridad y blandura, reprendien- ɜridad y rigor que algunos usaban.
le obedecian como á hombre del cielo. Los virreyes, los jueces y istros, apénas abria la boca, cuando le concedian lo que pedia por , á los cuales en espacio de pocos meses hizo grandes bienes, con miraba á todos, y obligaba á muchos á darle largas limosnas para ›.
ınque estaba tan ocupado en la cárcel, no por eso se olvidaba de el gobierno espiritual y temporal que habia dejado bien asentado pital, fuese adelante, visitándolo á menudo, y mirando lo que sidad de remedio, y poniéndole luego en ejecucion con su grande

ıe se vea mejor cuán grande era el celo y cuán encendida la cari- e fervoroso Padre, con cuánta humildad y obediencia procedia; er aquí un capítulo de una carta suya, que en este tiempo escribió ral Diego Lainez, en la cual le daba cuenta muy por menudo de cciones, como si fuera un novicio que da cuenta de la conciencia, ıiente:
ɜro en visitar el hospital y los encarcelados; he predicado algunas ı quince dias hago un razonamiento á los del Monte de la Piedad ız.
ɜmana pido limosna por toda la tierra para los pobres vergonzan- ɜapellan del virrey; á los encarcelados les procuro tambien algu- ıs; dígoles Misa cada domingo, y les administro otros sacramen- es menester.
ue están en pecado mortal me los hago amigos, y procuro apar- ɜndito sea el Señor que da gracia á mí y á los que trato, y suce-

de bien. Es verdad, que en medio de la plática me estremezco no poco, c
nociéndome podrido de vicios y pecados.

»El ilustrísimo señor visorrey se confiesa conmigo, y muestra tener
grande aficion con la virreina y todo el palacio; lo mismo digo de todos
demás regidores de la tierra y de todas las demas personas de más calid

»Deseamos en nuestra Compañía servir al prójimo, á todos, grandes
chicos, y más sin comparacion nos holgamos con los pobres mezquinos,
los cuales resplandece la humildad de Cristo nuestro Señor.»

En razon y prueba de esto referiré aquí con sus mismas palabras, sacad
de otra carta suya para el mismo P. General, lo que le aconteció con un p
bre condenado á muerte.

«El señor virrey me envió los dias pasados á una torre, para confesar
sentenciado á muerte, y le hallé, bendito Dios, muy paciente y conforme c
la voluntad del Señor.

»Detúveme con él mucho, y casi siempre estuve delante de él de rodill
besándole las manos muchas veces, y abrazándole, mostrándole tener ta
amor, cuanto mayor no he tenido á otro hombre del mundo.

»En este oficio me detenia de buena gana, procurándole la salvacion,
que subian á mi persona no pequeña parte de piojos y otros animales
me hincharon en algunas partes; y por mucho que el condenado me inst
que me apartase de tanta suciedad, no quise.»

Añade luego en la misma carta: «Con las mismas entrañas de amor y ca
dad, con cuanta diligencia puedo, me muestro con los pobres calamitosos
la cárcel, hospital y los demás. De suerte que no buscamos á los potent
por alguna vanidad, ni á los pobres tenemos olvidados, sino que buscamos
todos, para que sirvan al Señor y se salven.»

De estas palabras se echaba bien de ver cuán bien habia bebido el esp
tu primitivo de la Compañía, y cuánto ardia en su pecho el deseo de la
vacion de todos y la caridad de hacer bien á los necesitados, no conten
dose con sólos los de las cárceles y hospitales, sino que buscaba todos los
la ciudad.

A todos socorria, y para todo le daba Dios fuerzas, y hallaba en todos
vor y ayuda; porque, edificados en tan santos empleos, le ofrecian much
limosnas.

Acabado de concertar las cosas del hospital y cárceles, sin olvidarse
punto de uno y otro, puso los ojos sobre las otras cosas que pedian remedi
entre ellas halló dos que necesitaban de él grandemente.

La primera fué la libertad y poca observancia de cierto monasterio de mo
jas, que por muchos años habia andado de mal en peor, y no habia quién

liase, por estar el Pastor á quien tocaba á la sazon fuera del reino; y así, bo de valer el siervo de Dios de la autoridad del virrey, que con su mu- istiandad lo tomó á pechos y con eficacia lo remedió.

otra fué el escándalo público de muchos amancebados, contra los cua- armó el celoso varon y les comenzó á hacer guerra secreta por medio justicia, y pública por sí con sus sermones, santas amonestaciones, ; y con sus fervorosas oraciones; de suerte que en espacio de muy po- as se quitó.

habia abuso en la ciudad del cual tuviese noticia, que él no lo procura- ediar y desterrar.

esta manera hizo que las pobres viudas fuesen oidas de justicia y des- las presto de los jueces, y que otros pobres, injustamente oprimidos, amparados y defendidos; porque era tanto el concepto que el virrey y tenian de la santidad del siervo de Dios, que no habia negocio que él esentase que no le despachasen con toda brevedad.

todos en sus males y trabajos acudian á él como á su comun protec- emedio de sus agravios: á nadie cerraba la puerta, ni jamás le cansa- importunas voces y quejas lastimosas de los pobres; á todos admitia, consolaba y procuraba el remedio con todos los medios posibles.

abiendo que habia algunos huérfanos pobres que no tenian con qué s recogia, y por sí ó por medio del Padre de huérfanos los acomodaba un oficial que los enseñase, y á las doncellas en casa de alguna honrada encomendándoselas como si fueran sus hijas ó parientas.

que en cierto lugar del reino de Cerdeña duraba muchos años habia lego abuso público y escandaloso, y con la autoridad que tenia acer- s que lo podian remediar, negoció de secreto y con tanta prudencia, quitó de hecho y sin saber los culpados por dónde les vino; que sin omo enfermos frenéticos, hicieran grande sentimiento y cobraran gran- za y odio contra el siervo del Señor.

tas y otras semejantes obras se ocupaba el varon de Dios en la ciu- Cáller y en la comarca de ella, sin perder ocasion de socorrer á los en todas sus necesidades espirituales y corporales, hasta que el año estando con ansias y deseos muy grandes de poder traer de propó- ompañía al reino, Dios nuestro Señor le abrió el camino por donde ieron y efectuaron sus buenos deseos.

## III

*Cómo tuvo ocasion de facilitar la entrada de la Compañía en Cerdeña con la fundacion del colegio de Sácer, y lo que allí hizo.*

Habia Alejo Fontana conocido la Compañía en Flandes, y, como caballero de mucha prudencia y discrecion, ponderado bien lo mucho que Dios nuestro Señor se servia de los religiosos de ella en el provecho y ayuda de las almas.

Y viniendo á Cerdeña poco despues del fervoroso P. Pedro con el oficio de Maestre racional del reino, que por sus buenos servicios y merecimientos le habia dado la majestad del Católico rey D. Felipe II, llegando á la ciudad de Sácer, de donde era natural, en breve tiempo murió.

En su testamento mandó toda su hacienda, para que de ella se fundase un colegio de la Compañía en dicha ciudad.

Escribió luego el P. Pedro al P. Lainez, su General, dándole cuenta de la puerta que habia Dios nuestro Señor abierto á la Compañía para entrar en Cerdeña luego, rogándole que enviase gente y ordenase lo que habia de hacer entre tanto.

El P. Lainez le envió poder para aceptar de su parte la manda y cuidar de la hacienda, lo cual hizo nuestro P. Pedro con tanta diligencia, que en espacio de pocos dias, venciendo muchas dificultades y sin moverse de Cáller ni dejar sus santos empleos, hubo copia auténtica del testamento de Alejo Fontana y del inventario de la herencia por medio de D. Pedro Clavero, Visitador que entónces era del rey en Cerdeña, el cual, como muy afecto á nuestras cosas, deseaba mucho que, lo más presto que pudiese la Compañía, entrase en posesion y comenzase á ejercitar sus ministerios en el reino.

Y así, con su autoridad recabó luego que el P. Pedro tuviese sin gasto ni trabajo alguno las sobredichas copias auténticas y las enviase á su General, como lo hizo.

Lo cual visto por el P. Lainez, aunque el testador ponia una condicion, que la Compañía no entrase en posesion de su hacienda hasta que creciese tanto que tuviese mil ducados de renta, y habia de durar esto algunos años; con todo eso, importunado de los ruegos del P. Pedro Espiga y de los de D. Pedro Clavero, Visitador del reino, y de D. Antiogo Bellir, gobernador de Sácer, que con grande instancia pedian algunos Padres, dió órden al Santo P. Francisco de Borja, que en España hacia oficio de Comisario general, que los enviase; el cual envió á los PP. Baltasar Piñas, catalan, y Francisco Anto-

ortugués, con un H. Coadjutor llamado Juan Ambrosio Navarro, aunque
oor estar enfermo, no pudo venir con los Padres el mismo año, que fué el
59 hasta el siguiente de 1560.
garon los Padres á la ciudad de Alguer, y de allí se fueron á la de Sá-
onde habia de dar principio al colegio, que fué el primero que tuvo la
oañía en la provincia de Cerdeña.
eron recibidos de los de Sácer como gente enviada del cielo, y mucho
os tuvieron y publicaron por tales, cuando los vieron ejercitar los mi-
ios de la Compañía con tanta edificacion y provecho, que prometian lo
lespues vieron y tocaron con las manos.
ego que Pedro supo que Dios le habia cumplido sus deseos de tener
añeros, y que el P. Piñas venia por Superior de ellos, se partió de Cá-
Sácer, para ponerse debajo de su obediencia y depender en todo de la
tad, consejo y direccion de su Superior.
oorque los de Cáller no le impidiesen la ida por lo mucho que le esti-
a y por la grande falta que haria en la ciudad su ausencia, se fué luego
ió sin que se supiese por la ciudad.
góse mucho el P. Piñas de hallar tal súbdito y de ver en él tan profun-
nildad, resignada obediencia y encendida caridad.
primero que hizo Pedro en Sácer fué visitar el hospital y consolar es-
lmente á los enfermos, como tenia de costumbre, y ocuparse en hacer-
la dia las camas y procurar tuviesen la comida necesaria.
ó que habia falta notable en el gobierno; porque los que tenian cuenta
a tenian poca de los pobres: procuró con los conselleres de la ciudad,
no dueños de él podian mandar y remediar las cosas que pedian re-
y lo hicieron todo como el caritativo Padre se lo representó.
ndo el siervo de Dios un dia ocupado en hacer las camas de los enfer-
l hospital, entró en la sala un sacerdote mozo, natural de Sácer, lla-
úcas Zampello, el cual se preciaba de ir bien puesto y aseado y de
pasatiempos y otros gustos de gente moza y poco recogida, gastando
oo en pasear, cantar y tañer instrumentos músicos.
se á mirar de propósito al P. Espiga más por curiosidad que por
intes con asco de verle andar entre aquellas camas tan asquerosas de
rmos; todo lo cual aborrecia mucho el clérigo, que era muy amigo de
de andar muy lucido y aliñado.
e nuestro Pedro, y con un rostro apacible le dijo: «Ea, señor, ayúdenos
estas camas á estos pobres, que el Señor se lo pagará en el dia del

solas palabras fueron bastantes para trocarle de tal manera el cora-

zon, que, dejando luego el manteo, comenzó á ayudar al Padre con mucho fervor, y desde aquel punto propuso dejar la vida pasada y continuar otra nueva de servir á los pobres.

Para poderlo hacer mejor, dejó su casa y se vino á vivir al hospital, como lo hizo con grande edificacion y admiracion de toda la ciudad que le conocia, y con su ejemplo se movieron y juntaron otros á hacer lo mismo.

Pagóle bien el Señor esta buena obra, porque, despues de algunos meses que se ocupó en ella, le inspiró que entrase en la Compañía, en la cual fué recibido y vivió algunos años siguiendo las pisadas del P. Pedro en el desprecio y mortificacion propia y en la encendida caridad con los enfermos de los hospitales, hasta que en estos santos ejercicios murió con grandes señales de haberse salvado con aventajados merecimientos de varon santo, y que fué luego á gozar de Dios en su gloria.

Otro mozo seglar habia en Sácer por este mismo tiempo muy brioso y amigo de tener pendencias, acuchillándose con todos, de modo que á toda la ciudad revolvia.

Hablóle el P. Pedro, y con sus amonestaciones y consejos le sosegó y apartó de aquella vida inquieta y peligrosa, haciéndole comenzar otra muy quieta y pacífica.

Púsole en regla de vivir cristianamente y de frecuentar con devocion los Sacramentos y otros santos ejercicios; de modo que con edificacion general en pocos dias el que antes era un leon bravo, pareció á todos un cordero manso.

Perseveró en esta buena vida, hasta que tuvo otra mejor de la observancia religiosa, porque fué recibido en la Compañía por H. Coadjutor, y vivió en ella haciendo el oficio de Marta con mucha satisfaccion, y con la misma de su salvacion murió despues de haber vivido muchos años en la misma Religion de la Compañía.

Por ser el P. Pedro natural del reino y entender bien y saber hablar la lengua, acudian á él más las confesiones de toda suerte de gente, y era el que llevaba á cuestas el peso de todos los pobres del hospital, de la cárcel y de la ciudad; no tenia tiempo de respirar.

A los pobres encarcelados les procuraba limosnas y el buen despacho de sus causas con mucha brevedad: confesábalos y enseñábalos la doctrina cristiana.

En el hospital proseguia lo que habia comenzado, ayudándose de clérigos honrados, que á imitacion y persuasion suya, cada dia acudian á servir á los enfermos en todas las cosas necesarias, con tanta piedad, que admiraba á toda la ciudad de ver ocupacion tan santa y nunca usada hasta entónces, que

hos sacerdotes dejasen sus casas y se estuviesen de propósito en el hos- con grande consuelo de los enfermos.

isitaba Pedro todos los otros pobres enfermos de la ciudad, y lo primero hacia con ellos era ponerles bien con Dios por medio de la confesion; ›ues les procuraba limosnas y socorro de médico y medicinas con tanto lado y diligencia, como si fuera enfermero y cura de todos.

ıpaciguó muchas y muy antiguas enemistades. Fué causa de que no se iiesen muchas muertes entre los ciudadanos de Sácer, que en este tiempo ian en odios y enemistades, teniendo muy frecuentes encuentros.

( porque muchos de ellos venian á Cáller por tener negocios en la real diencia, y padecian muchos daños por no poder acabar con los jueces con- resen sus causas; el P. Espiga, como confesor del virrey y de muchos de jueces, y conocido de todas las personas de autoridad, les favorecia con as suyas, rogando á los jueces que los despachasen y á las otras que los ›reciesen; y así, hacia bien á todos, á pobres y ricos, á grandes y pequeños.

ero de los que más cuidaba eran las pobres viudas y huérfanos, no des- ando un punto de hacer guerra perpetuamente á los vicios, principal- te públicos y escandalosos, por sí ó por medio de los que lo podian re- iar: todos le oian y ejecutaban lo que les representaba, como si un ángel › mandara.

e la ciudad de Sácer salia á pié muy á menudo á enseñar la doctrina cris- . en los pueblos comarcanos, á confesarlos y exhortarlos á la enmienda . vida.

ı todos hacia grande provecho, quitando malas costumbres, oyendo con- ıes de muchos años y haciendo reiterar otras mal hechas.

ormábase de los que estaban reñidos y con odios mortales, y luego los etia hasta hacerles hacer paces.

estos santos ejercicios se ocupó nuestro P. Espiga en Sácer y en su rca parte del año de 1560 y todo el de 1561 hasta el de 1562, con le edificacion y provecho de todos, de los cuales era tenido por padre n y alabado por varon santo y un ángel venido del cielo.

a opinion de santidad no la tenian sólo los seglares que le trataban mé- ıtimamente, sino tambien los de la Compañía, que, como domésticos, ian mejor su vida, particularmente el P. Piñas, su Superior.

ıfirmacion de esto es lo que le aconteció con él. Estaban los de la Com- en Sácer á los principios en una pobre casa, sustentándose de las li- ıs que les enviaban los de la ciudad, aguardando que la renta del cole- eciese hasta los mil ducados que habia señalado el fundador, de la cual lian gozar hasta cumplir esa condicion, y aunque les acudian con mu-

cha liberalidad y cuidado, con todo eso no dejaban de padecer y ejercitar algunos efectos de la santa pobreza.

Un dia en particular, á la hora de comer se hallaron sin un pedazo de pan, porque ni le habia en casa, ni le aguardaban de otro lugar, ni tampoco tenian con qué comprarle; confiando el P. Piñas en la misericordia del Señor y en la santidad del P. Espiga, le mandó que echase la bendicion á la mesa, y que todos se asentasen.

Hízolo el siervo de Dios, y apénas se hubieron asentado á la mesa, cuando les tocaron la puerta aprisa, y, saliendo á responder, hallaron les traian una canasta de pan reciente y bastante para todos.

## V

*Vuelve el P. Pedro de la ciudad de Sácer á instancia de los virreyes y ciudad de Cáller, y procura entre la Compañía en Cáller, y lo mucho que allí ejercitó la caridad.*

Por la mucha falta que el P. Espiga hacia á toda la ciudad de Cáller con s larga ausencia, el virrey D. Alvaro de Madrigal, y jueces reales, y conse res de la ciudad instaron tanto por su vuelta al P. Baltasar de Piñas su Su rior, que le mandó volver á Cáller, donde ya trataban con mucho calor fundar un colegio, para cuya conclusion era menester tambien la presen del P. Pedro, el cual vuelto á Cáller, venciendo todas las dificultades y a nándolas, salió con lo que deseaba.

Ofrecia la ciudad de Cáller quinientas libras de renta perpetuamente, pa dar principio al colegio, y pedia cuatro escuelas, tres de Gramática y una enseñar á los niños á leer.

Y porque el P. General reparó en las condiciones que ponian, y en que e poco lo que daban para sustentar un colegio de cuatro maestros, hizo P. Espiga que la ciudad desistiese de las condiciones que pedia, y que escr biese de nuevo con el virrey al P. General, pidiéndole con grande afecto qu enviase sujetos de la Compañía para fundar el colegio, que ellos les acudirian con lo necesario sin falta ninguna.

De lo cual dió tambien cuenta á boca al mismo P. General el P. Piñas en Roma, adonde fué llamado para hacer la profesion de cuatro votos.

Aceptóse luego el colegio, y con el mismo P. Piñas vinieron diez religiosos que le diesen principio.

Mientras estos Padres venian de Roma, el P. Pedro Espiga que los aguar-

›a como ángeles en Cáller, procuró con el favor del virrey, inquisidores, ados y personas de calidad, recoger de algunos ciudadanos (entre los cua- el que más se señaló fué Bartolomé Forez) una buena limosna de casi dos l libras, y que la ciudad, sin lo que habia ofrecido, les comprase unas casas ıto á la iglesia de Sta. Cruz.

Diólas de muy buena gana el Arzobispo de Cáller, D. Antonio Parraguez Castillejo, con lo cual se pudo dar feliz principio al nuevo colegio, en vi- ndo los sujetos señalados por el General, en el otoño del año de mil y qui- ntos y sesenta y cuatro, á los siete del mes de noviembre.

Abriéronse cuatro escuelas, como en el de Sácer, con solemnidad y rego- ı de toda la ciudad, hallándose presente el virrey con toda la nobleza.

Fué nombrado por primer Rector de él el P. Georgio Passio, sardo y na- ıl de Oristan, al cual habia recibido en Roma en la Compañía nuestro Pa- S. Ignacio, siendo ya hombre hecho, por haber acabado sus estudios; y ›nociendo sus prendas y talentos para gobierno, á poco tiempo le hizo en ia Superior de un colegio.

Este Padre juntamente con el P. Espiga fueron las dos primeras columnas colegio que hoy tiene la Compania en Cáller, que no es de los ínfimos de al cual con su trabajo y buenas industrias en pocos años acrecentaron ho, y pusieron en tal estado, que podia tener pasados de treinta sujetos, : hecho los tenia con renta hecha de mandas particulares, hasta que el de mil y quinientos y noventa y cuatro tuvo fundacion, y con ella y con ıe tiene puede hoy sustentar setenta religiosos.

iéndose el siervo del Señor con el colegio asentado y con compañeros le podian ayudar, dejó todos los ministerios más lucidos de predicar, go- ar y leer, y se dedicó del todo á cuidar de los pobres, sus queridos ami- en las cárceles, hospitales y en toda la ciudad á confesar estudiantes, ıles y los labradores que acudian á él sin número de los pueblos vecinos › á Padre comun de todos.

ra con los necesitados lo era tan propio, que al tiempo que se hacen las siones de las cosas necesarias para todo el año, hacia tambien las suyas ucha cantidad de trigo y otras cosas de comer, y leña para hacer la co- á los pobres de la cárcel, y tambien para dar á otros necesitados que en ıviernos padecian mucho frio.

nia dada órden al que tenia la llave de la casa de la leña que á ninguno, ›or amor de Dios le pidiese de ella, se la negase.

porque de ordinario en el colegio se hacia olla á los pobres, y particu- ınte en algunos años de carestía se les acudia con mayor cuidado por la ncia del siervo de Dios, para que no les faltase cosa alguna de las nece-

sarias; proveia cantidad de escudillas y ollicas, y daba á cada pobre la suya para llevar en ella á su casa lo que le daban de limosna.

Solia tambien hacer grande provision de lienzo para camisas y cantidad de sayal para hacerles ropillas y calzones.

Tenia tambien cantidad de zapatos y borceguíes para dar á los que veia descalzos, particularmente á estudiantes pobres. Y para que los enfermos tuviesen algun regalo, hacia hacer gran cantidad de conservas.

En la cárcel hizo una pieza recogida para los que estaban indispuestos, camas levantadas del suelo y unos colchones pequeños y con mantas compradas para este efecto, con lo cual tenian gran alivio los pobres enfermos ordinarios.

A los que tenian peligro, los procuraba sacar de la cárcel y llevar al hospital, adonde acudia luego y los hacia curar con mucho cuidado, procurando sobre todas las cosas que estuviesen bien con Dios por medio de la confesion.

Seria cosa larga de contar todas las cosas que el siervo de Dios tenia proveidas y aparejadas para el servicio de sus queridos hijos los pobres, particularmente los enfermos.

En la cárcel tenia muchas alhajas, en el colegio otras y en casas particulares cajas grandes y pequeñas, ollas grandes y otros instrumentos necesarios para tener el pan y la harina y para guisar la comida de los de la cárcel, á los cuales cada dia hacia hacer una grande olla.

Y cuando esto no podia, tenia señaladas personas particulares en la ciudad, que cada una en su dia enviaba la comida á todos los presos. Era en esto tan proveido y diligente, que nunca les faltaba lo necesario.

Hizo tambien poner en todos los lugares públicos de la ciudad unas arquillas clavadas en unos pedazos de vigas que estaban bien fijas, y encima de cada una una plancha de hierro con un letrero que decia: «Para los pobres» y un agujero por donde se podia echar la limosna que cada cual queria dar, que fueron grandes cantidades; porque movió mucho á todos esta santa invencion de su ardiente caridad; y así, les fué buena ocasion de ser liberales con los pobres de Cristo, sin ser conocidos.

Porque vió que en el invierno los enfermos del hospital y cárcel perecian de frio, les hizo á todos un par de chinelas, para que, cuando se levantasen de la cama y ponian los piés en tierra, no les hiciese daño.

Y porque de noche y de dia en la cama tuviesen las cabezas abrigadas, hacia hacer gran número de bonetes de pieles de corderos adobados, y daba á cada enfermo el suyo.

El mismo Padre se ponia á coser con los sastres, para animarlos á hacer aquesta obra de misericordia con mayor voluntad.

ɔn la misma diligencia les hizo camisas y ropillas con grande gusto suyo ificacion de todos, á los cuales tenia admirados aquel continuo é incan- cuidado y diligencia que ponia en mirar por todas las necesidades de ɔobres y enfermos, y remediarlas sin perdonar á gastos; para lo cual nun- faltó la piedad y liberalidad de los fieles, los cuales, por la reverencia y eto de varon santo que le tenian, jamás le negaban cosa que pidiese.

sta su grande caridad con todos los pobres enfermos usaba tambien con nfermos de la Compañía, á los cuales visitaba á menudo, consolaba y uraba las medicinas y el regalo necesario. Muchas veces se ponia á ha- ficio de enfermero.

ıando alguno tenia alguna herida y tardaba ó faltaba cirujano, él mis- e curaba con un cuidado y suavidad extraña. En el aposento, aunque equeño y pobre, tenia las cosas necesarias para los pobres, así sanos enfermos. Estaba tan lleno de estas cosas, que apénas se podia ar en él.

tos eran sus gustos y deleites, verse apretado y estrecho y desacomoda- su aposento por los pobres de Cristo.

hay hombre que en tiempo de grande sed y calor con tanta solicitud ia busque la bebida fresca y regalada, como este fervoroso Padre bus- cada dia el sustento y mantenimiento de sus pobres.

cual declaró él mismo á un caballero principal, llamado D. Juan Dijar, suyo, el cual, visitándole una vez que estaba enfermo de recias calen- le preguntó si le habia dado gusto la bebida fresca de una agua de ce- que le habia hecho en su casa, como solian en Flandes hacerla para los ıos. El Padre para encarecerlo respondió: «De la manera que me diera una gran limosna para los pobres de Cristo, á ese modo me ha repara- agua que me han traido de vuestra casa.»

invenciones santas halló en Cáller este varon de Dios, para socorrer á la cárcel y hospital: la una hacer una lista de treinta casas principales iudad, y señalar á cada una un dia del mes para hacer la comida á los y esto lo hacia el siervo de Dios con tanta discrecion y prudencia, habia persona que no aceptase su dia de buena gana.

tra, porque la renta del hospital no bastaba á dar racion á la muche- e de los enfermos que á el venian, trazó que todas las señoras princi- le la tierra, comenzando desde la marquesa de Aitona y virreina, de ran piedad y liberalidad hablaremos despues, y de las demás señoras, y nobles de la tierra, que cada cual un dia señalado fuese al hospital la comida á todos á su costa, y juntamente se estuviesen todo el dia lo á la puerta limosna á todos los que pasaban.

Fué esta invencion de grande momento, porque hubo mes que se hicieron mil libras de limosna.

Con esta limosna y con la comida que las señoras daban cada dia que iban á todos los enfermos, quedaban muy bien socorridos y regalados de comida, cama y servicio.

De las personas que más ayudaron al P. Pedro con su autoridad y liberalidad para hacer tanto bien á los pobres, fueron los virreyes D. Alvaro de Madrigal, D. Juan Coloma, D. Miguel de Mondaca y los marqueses de Aitona, D. Gaston y doña Catalina de Moncada, y los Arzobispos D. Antonio Parraguez de Castillejo, D. Francisco Perez, D. Vicente Novella y D. Francisco del Valla, D. Pedro Clavero, Visitador que fué del reino por el rey D. Felipe II, con el Inquisidor del reino.

Todas estas personas estimaron mucho y tuvieron por santo al P. Espiga, y por su santidad le favorecieron grandemente en la reformacion de las malas costumbres, y extirpacion de muchos abusos y vicios que suelen estragar los reinos.

Pero los que más se señalaron en todo fueron D. Miguel de Moncada que gobernó el reino más de diez años con grande rectitud y justicia, é hizo en él cosas de grande provecho y dignas de eterna memoria, como fueron fortificarle casi todo alrededor de torres y castillos contra los cosarios moros africanos, que le hacian grandes daños en las personas y haciendas, cautivando mucha gente, atreviéndose á entrar dentro de la tierra á coger pueblos enteros y saquearlos, llevándose personas y ropa: las barcas de pescadores y de traer leña á las ciudades apénas podian salir de los puertos, que no fuesen cogidas.

Todos estos daños se repararon con esta buena obra de las torres, que procuró hacer este caballero, sacando de su majestad licencia y consentimiento de poner en el reino un pecho ordinario sobre las tratas de los quesos y cueros, para sustentar los soldados y gastos de artillería y armas, por la cual obra hasta el dia de hoy todos los del reino le echan mil bendiciones, por el grande provecho que han experimentado y experimentan cada dia: muchos marineros dicen que por sola esta obra habrá Dios llevado al cielo á D. Miguel de Moncada.

Era este caballero gran soldado, y se habia hallado en la batalla naval en la galera real del Sr. D. Juan de Austria, de gloriosa memoria, y dado de su persona grande muestra de valiente y animoso caballero.

Y así, entró en el gobierno con bríos de capitan y fama de riguroso, y por no conocer la persona del P. Pedro, la primera vez que le fué á hablar de los pobres de la cárcel, para darle razon de lo que padecian y cómo tenian ne

ıd de muchas cosas, no le oyó con gusto, ántes le respondió que lo que no se podia hacer.

siervo de Dios, que tambien era vivo y tenia libertad de espíritu, le di- ı pocas palabras: «Señor, lo que yo represento á Vueseñoría ilustrísima :sto en razon y justo. Y así, si Vueseñoría no gusta de hacerlo, haga ı que no le he dicho nada, y no se hable más de ello, y Dios guarde á :ñoría, y deje acertar.»

iendo esto, se salió dejando algo colérico al virrey, el cual, con el buen limiento que tenia, reparó en lo que el venerable Padre le respondió. guntó luego quién era aquel Padre, y diciéndole que era un santo va- grande Padre de pobres, mandó luego le llamasen.

vió el siervo de Dios, y sin que hablase palabra le dijo: «Padre, vaya, ı en la cárcel todo lo que me ha pedido, porque me contentó mucho. doy mis veces desde ahora, y le ruego que me venga á menudo á dar de lo que viere que pide remedio, que lo haré.»

de esta vez quedó tan aficionado al Padre, que no sólo hacia todo lo pedia por los pobres de la cárcel, sino que le daba todas las limosnas pedia, y muchas veces sin pedírselas se las enviaba, diciéndole que las ese en los pobres.

o vez que le envió quinientas y más libras. Cobró del siervo de Dios ın concepto, que no se atrevia á negarle cosa que le propusiese para ›res y presos, teniendo siempre por bueno lo que le pedia.

ndo una vez este virrey en la ciudad de Sácer, le escribló el caritati- re una carta pidiéndole una trata de legumbres para sus pobres, y le- a carta dijo á los circunstantes: «Una trata pide el P. Espiga, y es co- tiene su dificultad; pero pidiéndolo tan gran siervo de Dios, es me- ue se haga;» y así, mandó luego se la enviasen bien despachada.

. Miguel sucedió en el gobierno del reino su yerno D. Gaston de la, que, estando en él, sucedió como legítimo heredero en el marque- : Aitona á su padre, que á la sazon murió virrey de Valencia.

n la marquesa doña Catalina de Moncada, hija de dicho D. Miguel, a santa madre, doña Aloisa de Moncada, fueron más afectos á nues- e, y le favorecieron en sus santos empleos más que todos los demás teniéndole ambos por muy siervo de Dios, y dándole la mano y e en cuanto les representaba tocante á hacer bien á los pobres, dán- ınta limosna les pedia para este efecto.

que nunca el Padre cesase de acudir á los pobres, le tenia el mar- cho un crédito de trecientos ducados, que los tomase siempre á su obligándose á pagarlos siempre y cuando el Padre no pudiese.

Sin esto, dábale á menudo tratas y limosnas sin cansarse, aunque el siervo del Señor, como discreto, á nadie era pesado, y con su humildad y llaneza pedia con recato y prudencia las cosas, con la cual obligaba más á todos.

Una vez que se halló falto de dinero y le fué forzoso acudir al marqués, con gracia le dijo: «Señor, vengo á pedir á V. S. I. un cambio.» ¿Para dónde, Padre? dijo el marqués. Respondió el Padre: «Para el cielo, allí se le pagara á V. S. á letra vista.»

Luego con mucho gusto mandó se le diese la cantidad que pidió antes de salir de palacio.

Llegando á oidos de la marquesa la gracia del cambio para el cielo, luego hizo entrar al Padre donde estaba, y le dió otros tantos escudos cuantos el marqués le habia dado en cambio para el cielo.

Fué tan grande el concepto que esta nobílisima señora tenia de este varon de Dios, que en todo le obedecia, como si fuera su hija y súbdita muy rendida. Y así, no reparó siendo virreina, de ir su dia señalado al hospital público y dar de comer á todos los enfermos, haciéndolos servir de sus criados y criadas, sirviendo ella tambien por sus manos á los que podia, con tanta caridad y humildad, que admiró á todo el reino y movia á toda la nobleza á imitar tan santos ejemplos.

Una y muchas veces mandó esta señora al carcelero con grande encarecimiento que obedeciese al P. Espiga en todo lo que mandase en razon de los pobres presos, diciendo: «Mirad que le obedezcais y ayudeis en todo á este santo, que yo de mi os digo, que, si me mandase ir á ayudarle en esos ejercicios, iria sin reparar en cosa.

Esta señora virreina, por lo mucho que conoció de este admirable varon todo el tiempo que, siendo doncella, estuvo en Cerdeña con su padre D. Miguel de Moncada, que fue virrey mas de diez años, y todo el tiempo que estuvo tambien, siendo ya casada, con el marqués de Aitona, le habia cobrado tan grande devocion y concepto de varon santo; que despues de algun tiempo, habiendo ya muerto el siervo de Dios, y estando su Excelencia en Roma en compañia del marques de Aitona su marido, que por sus muchos merecimientos y dotes singulares de gobierno fue enviado de su majestad Católica por embajador á aquella santa ciudad; deseo muchisimo y pidió instantemente la vida del P. Espiga, que ella misma queria hablar al Papa, pidiéndole y suplicandole mandase tomar informacion autentica de ella en órden á canonizarle, juzgandole digno de esta honra por la santidad de vida que ella misma habia visto y conocido en el, y lo hubiera hecho, si se le hubiera acudido de Cerdeña con lo que pedia

## VI

*'an confianza en Dios, y cómo le multiplicaba el Señor con milagros la limosna.*

:l favor de estos señores no le faltaba nada al siervo de Dios para sus y, sobre todo, con el favor de Dios, que correspondiendo con su libe- › á sus santos deseos y fervores, habia alentado su esperanza para :n El que habia de concurrir á su afectuosa caridad. Porque con la :onfianza que tenia con Dios, nunca dejaba de dar á los pobres cuan- lian.

.o no tenia qué dar, luego se empeñaba en gruesas cantidades, sin te- ıno de no poder corresponder; parece que iban á porfía, él á dar mu- retarse, y Dios á darle con qué socorrer á sus pobres y volver lo que ban.

ırde se halló sin dinero alguno y con graves necesidades, de pobres. e de consideracion, y la necesidad pedia remedio y socorro muy en

envió á llamar á D. Nofre Dijar, procurador real, su grande amigo, siempre le acudia y ayudaba.

«Esta noche hemos menester mil ducados sin falta.» Respondióle el que era cosa imposible tan presto. Replicóle el siervo de Dios con le confianza: «No habrá falta, id y tomad prendas de oro y plata de ısa, y llevadlas al canónigo Almerich, y decidle que á los dos nos lad de prestar esa cantidad por unos pocos dias.»

el caballero y llevó luego el dinero al Padre, el cual socorrió las ne- precisas y urgentes que tenia entre manos.

llegó el plazo señalado de volverlos, cuando volvió á llamar á que se los dió y los volvió cobrando sus prendas, con admiracion Dios le acudia tan presto en las ocasiones y nunca le faltaba

.ado órden á la persona que en la cárcel tenia cuenta de la arca del ıdo Jerónimo Melis, hombre honrado y piadoso, que no sólamente cada dia á todos los presos que lo habian menester, sino que tam- :se á cualquier otro pobre que de fuera viniese á pedírselo, lo cual nimo puntualmente, y advirtió que Dios hacia milagros en la arca ır los merecimientos y ruegos de su siervo.

le faltó pan, y vino el Padre á visitar los presos, como solia; pidió al

carcelero si habia pan que dar; respondióle que no habia bocado en la :
Díjole el Padre: «Miradlo bien que sí habrá,» replicó: «Está muy bien r
do y no hay, porque se ha todo acabado.» Dijo el caritativo Padre volvie
ver y abrir el arca: obedeció y halló la arca llena de pan, y era tan gra
que cabia en ella pan para trescientos presos.

Quedó admirado y confuso, mas no osó decirle cosa al Padre. el cual
vió las espaldas y se fué luego sin darse por entendido por su gran humil

Este mismo Jerónimo Melis, cuando le preguntaban de las cosas que
bia notado al P. Espiga en todo el tiempo que tuvo cuenta de la cárcel,
lágrimas de devocion en los ojos, decia que Dios nuestro Señor hacia 1
gros por él, haciendo crecer las provisiones que tenia de los pobres.

En razon de esto contó otra cosa, que le aconteció con la arca del pan
tenia en la cárcel.

Habia una vez metido en ella cuatro estareles de pan, y, sin añadir ma
duró aquel pan por espacio de cuatro ó cinco dias, dando cada dia un
de libra á cada uno de los presos y á otros pobres que le enviaba el si
de Dios, y los presos pasaban de doscientos.

Lo cual era evidente milagro, porque cuatro estareles de trigo, dando
dia doscientos y tantos panes, no bastaria ni podia bastar sino para
más de un dia; porque en Cerdeña un estarel de pan no pasa de seser
cinco libras; y, siendo el pan que se daba de libra, cuatro estareles de
hacian doscientas y cuarenta libras.

El decia dió doscientos y más panes de libra cada dia por espacio de
tro ó cinco dias, sin que le faltase; argumento evidente que Dios nuestro
ñor multiplicó aquel pan por los merecimientos y ruegos de su siervo.

Estando Gaspar Forteza, caballero muy conocido en la ciudad de Cá
una vez con el P. Pedro en la portería del colegio de Cáller, vino el m
que tenia cuenta de la comida de los presos á decirle que no tenia pan e
arca de la cárcel.

El Padre le dió la llave de otra arca que tenia en el colegio, y mand
abriese y sacase pan. Fué y abrió el mozo, y, no hallando pan, volvió al
dre y le dijo lo que pasaba. Respondióle el siervo de Dios con rostro r
alegre, que tuviese buen ánimo, que no faltaria Dios.

Apénas hubo respondido estas palabras, cuando, abriendo la puerta el
tero, entró por ella un muchacho con una grande canasta de pan reciente
la cabeza para el P. Espiga.

De lo cual quedó aquel caballero, que estaba presente, espantado, y en
dió que Dios favorecia los intentos del Padre como de siervo suyo, y se
firmó más en el concepto que tenia de su santidad.

:róse bien en otros muchos casos que Dios nuestro Señor favorecia á siervo y ayudaba milagrosamente á su grande y firme confianza en su Majestad. De los cuales sólos tres quiero aquí poner.

el primero el que le aconteció en la enfermedad de que murió. Pre- el Superior, teniendo entendido que moriria de aquella enfermedad, ndo no quedase el colegio, que á la sazon estaba muy pobre, con al- »ligacion á las deudas del P. Espiga, si debia algo. Respondió el Pa- debia mil y quinientas libras.

ióse de esto el Superior; mas el P. Espiga, que estaba bien confiado Dios, le respondió sin pena alguna: «No tenga V. R. cuidado alguno que deudas hechas por Dios Él se las pagará y no querrá que nadie e por su Majestad.»

góse luego esto que habia respondido el siervo de Dios, y vino á l virrey, el marqués de Aitona, el cual luego vino á visitar al Padre nte con el Arzobispo, y delante de todos dijo que él salia á pagar la el P. Espiga hecha para los pobres; y así lo hizo con su mucha cris- y liberalidad.

ndo otra vez con Jerónimo Melis, que con grande diligencia acudia › que el Padre le ordenaba, le dijo: «Jerónimo, mucho es lo que debo; nen en la cárcel por las deudas, ¿en qué lugar me pondréis?

ndióle que le daria las llaves y le haria dueño de la cárcel; pre- :uánto debia: afirmóle que poco ménos de dos mil libras, y con ser deuda para uno que no tenia cosa alguna cierta, nunca desmayaba, ustiaba, ni desistia un punto de lo que hacia con los pobres, porque ı probada la proteccion del Señor.

año de mucha carestía y falta de pan, que fué comun en todo el ›erecian los pobres de hambre, sin faltar el P. Pedro á los de la cár- ›s pobres enfermos de la ciudad, sustentó todo el tiempo que duró : pasados de trescientos pobres de la ciudad y de las villas que ha- .ido á la fama de la caridad del siervo de Dios, dándoles de comer :n el colegio y enseñándoles la doctrina cristiana, como solia, ayu- nucho en obra tan pia todos los Padres y Hermanos.

:a de ver la diligencia y el cuidado con que este santo varon procu- ; hiciese olla cada dia, y que no les faltase tambien la racion de pan. lo cual acudió con tanta puntualidad, que á todos parecia cosa mi- ›der sustentar tanto número de pobres en tiempo de tanta apretura iversal de mantenimientos.

## VII

*Algunos casos en que se muestra su milagrosa caridad para con lo pobres enfermos.*

Era incansable la caridad de este admirable varon; no reposaba en los dias, porque desde la mañana andaba visitando cada dia los enferm las cárceles y de la ciudad, y proveyéndoles de lo necesario para el al para el cuerpo.

Y para que pudiese acudir á todas las cosas que le llamaban de carid dieron los Superiores una licencia general que saliese de casa cada dia pre y cuando que quisiese, sin compañero, fiándose de su santidad y prud

Así podia acudir á más cosas, aunque es verdad que, en saliendo de nunca le faltaba quien le acompañase; clérigos honrados, y seglares pi estudiantes devotos que gustaban mucho y se tenian por dichosos de a pañarle en obras tan del servicio de Dios, y muchos caballeros princ entraban en esta cuenta de acompañarle, dándole muchas limosnas.

Era tan grande el fervor con que andaba, que no podian otros a con él.

Él mismo algunas veces en medio del camino desfallecia, faltándol fuerzas, y le era forzoso asentarse en las piedras de las esquinas para de sar un poco, y luego, en cobrando aliento, tornaba á andar con gran f

Cuando en la cárcel habia muchos enfermos, no se contentaba con v los una vez al dia, sino muchas, procurando primero se confesasen bie dos, lo cual hacian con el mismo Padre.

Fué visto muchas veces en las mazmorras de los facinerosos recostars el enfermo y cubrirse ambos con el manteo para oirle de confesion, y lir al enfermo las babas y sudor con su mismo pañizuelo, y abrazarse c consolándole, y besar las cadenas y las esposas, diciendo que él merecia de aquella manera aherrojado por sus pecados; y queriendo el enfermo l alguna necesidad natural, el Padre le levantaba, acomodaba y sustental despues le volvia á recostar, con tanta caridad, que espantaba á los pre los encendia en amor del Señor.

Una vez, habia muchos enfermos en estas mazmorras, á los cuales veces bajaba otra persona, por la hediondez y apretura, sino era el P. Es el cual fué á visitarlos un dia por la mañana, y como todo lo restante d habia ocupado en los demás enfermos de la ciudad, no habia podido a otra vez.

la noche les acudió milagrosamente, entrando cerradas las puertas, como
irmó Jerónimo Melis, alguacil real, delante del Dr. Monserrate Pios-
juez de la Rota, Visitador que fué del reino y despues Abad de Santa
de Sacargia, á los PP. Antonio Carta y Francisco Pirona, diciendo con
ıas en los ojos:
n dia vino el santo varon sóla una vez á visitar los de la cárcel antes de
; yo le abrí al entrar y salir, y tuve despues todo aquel dia las llaves de
las puertas hasta las tres horas de noche, cuando los presos de las
lebajo tocaron una trompa por donde se bajaba á ellas.
biendo yo que á ninguno habia visto entrar, ni abierto, ni habia venta-
donde entrar, por ser todas de dos rejas de hierro, temí no fuese en-
le los presos, y no quise abrir la trampa hasta que dijeron que abriese
ˋspiga, que estaba dentro y se queria ir.
pantado de esto, abrí y vi al Padre que salia solo, y sin decirme nada
ıtreverme de admirado á preguntarle cosa, le abrí las puertas de la
y se fué lüego.
lviendo en mí, entendí que el Padre con su mucha caridad milagrosa-
acudió de noche otra vez á la necesidad y consuelo de los enfermos,
endo podido de dia por las muchas ocupaciones.»
es cosa imposible decir que Dios nuestro Señor concediese esto al
so Padre; porque aquel tan grande y encendido deseo, que siempre
: acudir á las necesidades de los enfermos pobres, merecia que Dios
milagros semejantes.
vez, con la apretura de la muchedumbre de los pobres presos que
e les entró peste; y siendo tantos los enfermos que no se les podia
on medicinas á todos, hizo hacer el siervo de Dios á un boticario, su
/ muy inteligente, unas ollas grandes de cierto ungüento que él mis-
jo.
ıes de hecho, ordenó que á todos los enfermos los untasen todo el
y fué Dios servido que todos sanasen de la peste y mal contagioso
ella su medicina. No habia enfermo pobre en la ciudad, que luego
ıse al venerable Padre para su consuelo espiritual y temporal.
sclavos y esclavas cristianos, y los criados y criadas tenian en él pa-
ın porque, en visitándolos, hacia que los señores mirasen por ellos y
:yesen de lo necesario.
o advertia falta en ellos, sin decirles nada, él secretamente les acu-
egalo, comida, médico, medicina y vestido: él mismo iba á buscar
y el cirujano con tanta diligencia, como si á él se lo hubiese Dios
y mandado el cuidado de los pobres enfermos.

Habia una vez en el colegio de Cáller de la Compañía un Hermano enfermo que necesitaba grandemente de que el médico le viese; buscáronle por órden de los Superiores dos de casa, y volvieron sin él, por no haberle podido hallar: lo cual visto por el P. Espiga, rogó al Superior le dejase ir á buscar el médico por el consuelo del enfermo: fué, y luego vino con él.

Por ser muy conocida esta grande caridad del siervo de Dios, muchos religiosos pobres de otras Ordenes, que en las enfermedades padecian, se lo hacian saber, y él, secretamente y sin que nadie lo entendiese, les hacia proveer de lo necesario, y á los que la Religion por su pobreza enviaba á curar al hospital, les acudia con grande cuidado; y si alguno de estos tenia alguna llaga, él mismo ayudaba á curársela.

Viéronle ayudar á bien morir á un enfermo asqueroso, y limpiarle las flemas de la boca y la suciedad del rostro con su pañizuelo, y despues de haberle puesto bien sucio y asqueroso en el rostro del agonizante, se le llegaba con mucho gusto á su rostro sin asco alguno.

Dejo de contar el velar todas las noches que era necesario con los ahorcados, y el abrazarlos y besarles las cadenas, saliendo muchas veces de ellos tan cargado de sabandijas, que le hinchaban el cuerpo con sus picaduras, sufriéndolo todo con grande mortificacion y menosprecio de sí mismo, que ponia admiracion á los condenados y los movia á lágrimas y dolor de sus pecados, y á sufrir la muerte con grande ánimo y conformidad con la voluntad de Dios.

Esta misma caridad resplandeció en visitar él solo, y servir y consolar espiritual y corporalmente los enfermos contagiosos del hospital, bajando á las estufas y lugares más peligrosos.

Estábase con los enfermos en aquellos lugares llenos de mal olor y asco tan de propósito, como si estuviera en un jardin de mucha amenidad y fragancia, ni dudaba recostarse en las camas, para oirlos de confesion, sin darles trabajo de hablar alto, por no ser oidos de los demás enfermos.

Mostróse tambien mucho esta su grande caridad con Dios nuestro Señor en procurar sobre todo que todos sus pobres, sanos y enfermos, estuviesen en gracia de su Criador por medio de los Sacramentos, y que los recibiesen á su tiempo, y en que todos fuesen devotos de la Santísima Vírgen, exhortándolos á la devocion del Rosario, rezándole cada dia. Y porque nadie de los pobres se excusase por falta de rosarios, á todos les proveia de ellos.

En las carceles tenia cuidado perpetuo que los dias de fiesta oyesen todos con devocion Misa; y el que no acudia por su culpa, era acusado de los otros al Padre, el cual le reprendia y castigaba con hacerle quitar la comida una ó dos veces.

ɛníales instruidos cómo habian de rezar el Rosario, y ordenado le dije-
ɛada dia: quitábales los abusos de cantar cosas torpes, y les hacia dar
ıres devotos, con que se entretenian á ratos, y cantando tambien por su
ı todos juntos las letanías comunes de la Iglesia.
porque el ocio no tuviese lugar entre ellos, comprábales mimbres ó es-
para hacer cestas, haciéndoles enseñar este oficio; y así, todos tra-
an.
alguno faltaba, los demás le acusaban al Padre, y el castigo era quitarle
dia la racion; vendíanse las cestas, y todo el precio servia para ellos
ɔs.
ı la continua vigilancia y cuidado del siervo de Dios comian cada dia
ɛsos mucho más regaladamente que en sus casas; y así, les sabia mal la
e la buena comida, cuando acontecia haberla.
dia el carcelero les dió cierta vianda, de la cual ellos no gustaron y la
n de comer, quejándose del poco cuidado que se habia tenido en dar-
n guisada la comida. El carcelero se sintió de este atrevimiento, y el
uiente ordenó que no les diesen cosa alguna en todo el dia.
ı tarde fuéles á visitar el P. Pedro, y luego se le quejaron de la falta;
re les consoló compadeciéndose de ellos, é hizo hacer una buena
ı, y rogó al carcelero que tuviese compasion de aquellos sus pobres
ȷue así los llamaba, de los cuales áun estando enfermo en la cama,
se olvidaba; porque desde la cama ordenaba cómo todos fuesen
dos.
un sólo billete suyo de tres dedos de papel, á cualquiera que escribie-
cudian con el dinero que les pedia.
una vez tan malo, que corrió por la ciudad la nueva que ya habia
, la cual llegó á la cárcel, y fué tan grande el sentimiento y llanto de
res, llamándose desdichados, que puso admiracion á toda la ciudad.
lo el Padre, y luego les envió á decir que no habia muerto, ántes
olvió á sus santos ministerios.

## VIII

*La eminencia con que guardó los votos religiosos.*

o este siervo del Señor tan liberal con los pobres y tan amigo de re-
ꜱ sanos y enfermos, era para consigo, áun cuando estaba enfermo, tan
y austero, que jamás admitia regalo alguno.
decir, cuando los enfermeros por órden del Superior le querian dar

algun regalo, que no le queria, que los regalos le eran tormento, rogando que le diesen de comer de la olla comun.

El aposento donde vivió muchos años, hasta que murió, era tan estrecho, que apénas cabia su camilla de un colchoncito, y por almohada un pedazo de madera, una mesilla de cuatro ó cinco palmos con una silla pequeña, y unos pocos libros los más viejos de casa, con una estampa de un Crucifijo en un papel viejo á la cabecera.

La sotana y manteo raidos y sin pelo; de ordinario las medias todas rotas; bonete nuevo nunca lo admitió, y, si por obediencia le forzaban á admitirlo, luego le quitaba la forma y el lustre, como machucándole con las manos.

Una vez le vieron en la sacristía rogar que le diesen un vestuario pobre para decir Misa, y, porque era dia de fiesta, se lo negó el sacristan; mas el humilde Padre mostró afligirse, y, porque el sobrecaliz era de hormesí rojo y nuevo, él le tomó y le apretó de tal manera dentro de la mano, que no parecia lo que era, y de esta manera salió á su Misa.

Con ocasion y ánimo de edificar, dijo una vez de su boca que traia un jubon de dos telas veinte y cuatro años habia, sin haberlo mudado jamás.

Solia decir en secreto al ropero del colegio que le diese de ordinario las camisas nuevas y ásperas.

Tambien las camisas de tela gruesa y cruda que el siervo de Dios hacia para los pobres, se las ponia el mismo antes para ablandarlas, holgándose de llevar él antes con mortificacion de su cuerpo lo que habia de servir despues mejor á sus pobres.

Venia ordinariamente tarde á comer, porque las muchas ocupaciones de caridad no le daban tiempo para acudir antes; y así, gustaba de comer los pedazos de carne y pan sobrados á los otros, y los pedia y recibia con gran contento, y muchas veces comia del pan de los pobres.

Cuando de fuera de casa enviaban algun regalo, de lo que á él le cabia, ó no lo queria comer, ó si alguna vez lo comia, era mezclándolo antes con un poco de vinagre ó con agua, para quitarle el sabor y gusto, mostrando en esto no sólo el afecto á la pobreza, sino tambien á la mortificacion de su gusto. El hacer esto en la comida era cosa ordinaria en él.

Cuando veia otro de casa llevar el manteo más pobre que el suyo, le tenia una santa envidia y querria llevarle.

Cuando traia las medias tan viejas que se le parecian las carnes, lo cual era de ordinario, solia revolver en la parte rompida un pedacito de orillo de paño viejo, y él mismo solia echar remiendos uno encima de otro, muy á lo grosero y tosco.

Y este su grande afecto á la pobreza lo mostraba más, no procurando sí

endo para sí cosa alguna, y mostrando sentimiento y pena de que los Su-
ores le diesen cosa nueva, cuando le veian necesitado de vestido.
. este propósito referiré lo que le pasó estando en la ciudad de Sácer;
jue, viéndole aquellos señores ir con manteo raido y tan remendado, que
areció que los Superiores no miraban la calidad de la persona del P. Es-
y descuidaban mucho de él, acudieron al P. Rector, suplicándole que no
rmitiese andar de aquella manera
yólos el P. Rector y procuró quitárselo; mas el verdadero imitador de
o se le echó á los piés y le rogó no le quitase su manteo viejo, con tanta
cia, que se le hubo de dejar.
cribieron los caballeros y ciudadanos de Sácer al P. Provincial, que esta-
ı Cáller, que ordenase al P. Espiga le dejase, el cual escribió al P. Rector
lándole le diese otro manteo; pero, á la ejecucion, le rogó suspendiese
que él escribiese al P. Provincial, lo cual hizo con tanto espíritu y afec-
a pobreza, que admirándose el Provincial de la santidad del Padre y su
a religion, no se atrevió á ordenárselo ni disgustarle, reverenciando en
apostólico espíritu de pobreza.
este afecto á la pobreza en el P. Pedro revestido de grande menospre-
: sí mismo, como se echa de ver en el modo de escribir cartas que usa-
ordinario, que era tomar tanto papel cuanto era menester para escribir
: pretendia.
ı vez escribió de Cáller al P. Fabio de Fabiis, Visitador de la provincia
staba en Sácer, en un palmo de papel; y porque lo recibió en la quiete
itador, lo leyó delante de todos y dijo: «El P. Espiga tiene mucho bue-
stá muy muerto al mundo.»
nismo estilo guardaba escribiendo á personas de cuenta, y todas lo to-
ı bien, atribuyéndolo á santidad y menosprecio del mundo, que veian
ıdecer en el siervo de Dios en todas las ocasiones, como se verá en su

fué ménos extremado en la obediencia religiosa este siervo de Dios;
ndo de contar lo mucho que se señaló á los principios en esta virtud,
po que estuvo en Flandes, donde fué tenido por santo dentro y fuera
ompañía, y con este concepto y estimacion se determinaron los Supe-
le enviarle solo y á pié pidiendo limosna por amor de Dios, hasta que
Cerdeña para cobrar la salud que los grandes frios de aquellos países
an quitado; se echará bien de ver cuán grande haya sido su obedien-
eseo de cumplir en todo y por todo la voluntad de sus Superiores, que
n lugar de Dios nuestro Señor, y no salir un punto de lo que ellos
sen, por las cartas que escribió de su mano al P. Diego Lainez, siendo

Vicario y Prepósito general de la Compañía, que hoy dia se hallan en los archivos de Roma.

En ellas no sólamente le daba cuenta muy por menudo de cuantas cosas hacia en el servicio del Señor y provecho de las almas, sino que le rogaba humildemente y pedia encarecidamente que le corrigiese y dirigiese en sus acciones, porque no pretendia otra cosa que acertar á cumplir la voluntad de Dios por medio de sus Vicarios.

Cuando se le avisaba y enseñaba el modo que habia de tener en sus empleos ajustado y conforme al Instituto de la Compañía, no sólo lo cumplia luego al pié de la letra, sino que agradecia mucho la caridad que en ello recibia, facilitando á los Superiores el camino, para avisarle sin recelo que él se resintiese.

Su gusto era obedecer en todo y por todo, entendiendo muy bien cuán seguro anda el súbdito resignado en la voluntad y discrecion de sus mayores, y cuánto peligro corre el que se fía de su juicio y propia prudencia.

Todas las veces que habia de acudir á los Superiores por cualquiera cosa que fuese menester, estaba delante de ellos descubierto y con los ojos bajos, y los hablaba con tanta sumision como si fuera un novicio, y nunca se cubria si no se lo mandaban.

Recibia grande gusto en hacer cualquiera cosa que los Superiores le ordenasen, por trabajosa que fuese, y le pesaba cuando de parte de ellos le decian que hiciese alguna cosa, si queria, dejándolo en su voluntad.

Llamábanle á menudo de noche para los enfermos de la ciudad, pidiendo á él más que á todos los demás Padres de casa juntos, por la devocion que le tenian, mas nunca se le oyó decir: «No puedo.»

Despertóle una noche el portero y díjole que le pedian para confesar y ayudar á bien morir á un pobre hombre, y dijole de parte del Superior que, si no queria ir, enviaria otro Padre en su lugar. Respondióle: «Hermano, llame luego al compañero, que ya voy, y no me diga si quiero ir, porque los súbditos no han de tener querer, sino obedecer.»

Deseaba que los Superiores le mandasen siempre las cosas sin dejarlas en su mano y sin decirle si queria ó si podia.

Mostró con muchos ejemplos esta su humilde y resignada obediencia, de los cuales referiré aquí uno solo, que declara bien cuán asentada tenia en su corazon esta virtud.

Fué una vez en Sácer en compañía del P. Piñas, que era Rector, á visitar las escuelas de los estudios, y halló una alborotada con un estudiante brioso que no queria obedecer á su maestro.

Exhortóle el P. Piñas á obedecer y sujetarse á las leyes de los estudiantes,

›ara coregirle con suavidad, le mandó que besase los piés á otro, mas no 'uiso hacer.

:ntónces se volvió al P. Espiga y le dijo: «Pues este no quiere, béseselos ·stra Reverencia.»

ʌpénas hubo dicho esto, cuando el siervo de Dios se echó por el suelo o un rayo, quitándose el bonete, y se los besó, de lo cual quedaron es- ados y admirados todos, y no poco conpungido y confundido aquel estu- te.

onvidáronle los Padres del glorioso P. S. Agustin á predicar el dia de su oso Patriarca en la iglesia donde estuvo su santo cuerpo por más de dos- :os años, desde el año de quinientos y cinco, hasta el de setecientos y :e y cinco, segun el más verdadero cómputo de tiempos; y por venir la ı del Santo en tiempo de tantos calores como los hay en Cáller, á los e y ocho de agosto, en el cual dia cae, le dijo el Superior que no pasase ıo de la media hora en el sermon.

ıi lo hizo; porque, luego que fué avisado por el compañero, dejando el rso sin acabar, dijo á los oyentes: «No puedo pasar adelante, porque me nandado que no pase de la media hora», y así acabó, dejando bien edi- › al auditorio con esta accion tan rendida y obediente.

tando enfermo un hermano del P. Pedro, Dean de la santa iglesia de de la enfermedad de que murió y desahuciado de los médicos; estaba :en malo y peligroso el mismo Padre.

ió el Dean antes de morir con grande ansia que le llamasen al P. Pedro ı consuelo. Dijéronselo al siervo de Dios, y ofrecióse á ir, si los Supe- le daban licencia, confiando en el Señor le daria fuerzas para hacer a obra de caridad.

eció á los Superiores que no convenia dejarle ir por no ponerle en pe- le hacerle más daño la enfermedad. Replicó el Dean que á lo ménos a le dejasen venir para sólo verle.

o tampoco pareció á los Superiores; y así, el P. Pedro bajó la cabeza, y mándose con la voluntad de Dios, que así lo ordenaba, acudió al mi:- ñor con oracion, suplicándole que Su Majestad consolase á su hermano ıel trance de la muerte con su piadosa misericordia.

bien oido del cielo; porque al mismo punto sintió el Dean un extraor- › consuelo y gozo espiritual, que le hacia dar voces de contento y de- odos: «Este regalo del cielo me viene por las oraciones del P. Pedro, mi ıermano; por sus merecimientos me hace Dios esta merced. ¡Oh qué : regalo es este! ¡Oh qué soberana merced es esta que tengo por el Pa- ›piga!»

Y repitiendo esto muchas veces espiró y dió su alma al Señor que la crió, segun piamente se puede creer; porque era buen sacerdote y habia aprendido de su hermano á bien vivir y morir.

Siempre le duraron las ansias de trabajar por Dios y acudir á los enfermos, aunque fuese con incomodidad suya, de modo que, áun siendo muy viejo, se levantaba de noche con gran gusto para irlos á confesar.

Jamás quiso ser privilegiado en esto, como los Superiores se lo ofrecian, sino obedecer más que los demás en este ministerio, hasta morir; y así fué que la enfermedad de la cual murió tuvo principio de haber ido una noche de mucho frio á confesar y consolar á un enfermo pobre que le llamó, y vino tan traspasado del frio, que le hizo caer en la cama y enfermar hasta que murió, para que en todo imitase á su Redentor, que fué obediente hasta la muerte.

## IX

*Su castidad y despego de parientes.*

Igual fué á su grande obediencia la pureza de su castidad; porque fué prevenido con singular gracia y conservado toda la vida puro y casto; porque desde niño fué muy bien inclinado y apartado de toda compañía mala y dado á todo género de virtud.

Parece milagro que, de complexion colérica y habiendo vivido en la Universidad de Valencia entre estudiantes y gente libre todo el tiempo que estudió el curso de Filosofía, y despues habiendo pasado á París para proseguir los estudios, y de París á la Universidad de Lovayna, y vivido en estos lugares con abundancia, porque le proveian los suyos largamente, y con todas las ocasiones que un mozo de su edad pudiera tener; con todo eso, se conservó siempre puro y limpio como un ángel.

Y con haber estado, siendo de la Compañía, solo mucho tiempo, tratando con toda suerte de gente y con infinitas mujeres pobres, y entrando y saliendo de sus casas todas las veces que le llamaban en sus necesidades por espacio de cuatro años; con todo eso, jamás hubo en él ni un mínimo recelo.

Muchas veces le vieron entrar solo en lugares de mujeres, que por su pobreza vivian mal y hacian vida deshonesta públicamente, para sacarlas de aquel mal estado, y las sacaba, acomodándolas en casas honradas, y otras veces dándoles con que vivir y ocupándolas en trabajar de sus manos, dándoles caudal de lino para hilar ó de trigo para hacer pan para vender, con lo cual despues se sustentaban, confesando á menudo y edificando tanto con la

ienda de su vida, cuanto habian desedificado antes con su mal modo
ivir.
na vez cierta mujer le hablaba con alguna libertad y le llamaba: Padre
Padre Espiga mio, lindo, hermoso y otras semejantes palabras.
iego con un sacudimiento grande la despidió, y, volviendo las espaldas, se
jó, quedando ella espantada, porque sin duda la pobre mujer no debió
ner mala intencion, sino que fué imprudente en el hablar; y así, nadie se
ia á burlarse con él, porque en todo era serio y de pocas palabras.
inca se ponia á conversar de propósito con mujeres, sino de paso y sin
s mirarlas en el rostro; siempre tenia los ojos bajos ó cerrados.
a tan grande su recato y circunspeccion en esto, que áun con sus mis-
sobrinas y deudas lo guardaba; porque muchas de ellas advertian que
i las miraba de propósito, y particularmente dos doncellas hijas de una
ana suya, devotas y honestas, las cuales por el buen espíritu que bebie-
e su tio, se dedicaron á Dios con perpetuo voto de castidad.
taron en él que, despues de mucho tiempo que las confesaba y trataba,
sabia diferenciar la una de la otra, preguntándolas muchas veces:
no os llamais vos, y vos cómo ós llamais?» Argumento grande de cuán
icto estaba de las cosas del mundo y cuán recatado iba en el trato con
es, pues á sus mismas sobrinas no conocia de rostro por no mirarlas.
aban estas dos doncellas una vez afligidísimas porque su madre, cuan-
po que habian hecho voto de castidad, lo sintió tanto que se fué de su
las dejó solas con propósito de nunca verlas ni estar con ellas, y se
á casa de una hija casada.
ndose solas en casa sin madre, porque las habia desamparado, y sin
porque habia muerto y sin otra compañía, no sabian qué hacerse; lle-
la puerta el P. Espiga, su tio; rogáronle que subiese un poco por amor
ñor para aconsejarlas lo que habian de hacer en aquel trabajo: nunca
on acabar con él que subiese la escalera, sólamente las animó á sufrir
i persecucion que el demonio habia levantado, y trájoles el dicho de
inimo, que por servir á Dios y agradarle hemos de hollar y pisar al
y madre, si nos quisieren estorbar; de donde conocieron ellas bien edi-
cuán grande era la pureza de su tio y el recato de conservarla; pues
sus mismas sobrinas se descuidaba de evitar ocasiones, respetándole
ís santo y siervo de Dios de allí adelante.
odo el tiempo que vivió el siervo de Dios en la ciudad de Cáller, su
que fué bien largo, porque desde el año de 1557 que vino de Flandes
il de 1594 que murió, estuvo siempre en el colegio de Cáller, sacando
os poco más ó ménos que estuvo en el de Sácer, como queda dicho;

dió raro ejemplo de tener mortificado el afecto á sus parientes y estar c
apegado de todo lo que huele á carne y sangre.

Lo cual dió bien á entender desde el primer dia que, viniendo de Flanc
entró en su patria, donde teniendo un hermano Dean rico, hermanos, sol
nos y sobrinas, gente de calidad y hacienda, y viniendo él de tan largo
mino casi desnudo; nunca se quiso valer de ellos, sin hacer cuenta del
trimonio y hacienda que, muertos sus padres, le habia quedado, ántes to
de un extraño una sotana y manteo viejo que le dió de limosna.

Ni ménos pudieron acabar con él todos los suyos, por más que se lo ro
ron é importunaron, poniéndole delante la nota que habia y lo que hablar
de ello en la ciudad, si no iba á sus casas; y, sin hacer caso de esto, desde
nave se fué al hospital, como hemos dicho, y en él vivió de limosna, y no c
sintió que de casa de sus parientes se le enviase algo. Y si alguna vez le
viaban algun regalo, era para los pobres enfermos y no para su persona.

Cuando despues de algun tiempo que estuvo en el hospital le fué forzos
á peticion del virrey D. Alvaro de Madrigal, salir del hospital á vivir dent
del castillo donde estaban los virreyes, jueces, Arzobispo y títulos, por s
confesor de casi todos; hubo grande competencia entre sus deudos, que ca
cual de ellos le queria en su casa y alegaban todas las razones que favoreci
su pretension.

Pero el siervo de Dios, que tenia el amor de sus deudos bien mortificad
no se mudó un punto de lo que era, sino, mostrando á todo el mundo cuá
poco le tiraba el afecto de sus parientes y regalos de este mundo, sin hac
caso de sus importunaciones y dichos, con una santa llaneza y libertad de e
píritu, los sacudió de sí y se fué á los entresuelos de otra persona extrañ
donde vivió de limosna, hasta que fué á toparse en Sácer con los Padres q
venian de España para fundar aquel colegio, de donde volvió en espacio
dos años, llamado del virrey y ciudad, que no se hallaban sin él por el gra
de concepto y estima que tenian de su santidad y por el provecho que en
ciudad hacia.

Estuvo despues en Cáller desde el año de 1563, poco más ó ménos, has
el de 1594 en que murió, tan despegado de los suyos, como si no estuviera
su tierra; y asi, decian sus parientes, en particular una hermana suya m
sierva de Dios, que para ellos tanto les era el P. Espiga en Cáller, como
fuera muerto, porque apénas le veian. Y si alguna vez los visitaba, era
enfermedad ó para darles qué hacer para los pobres.

Su estilo, cuando iba á sus casas, era preguntar luego cómo estaban to
¿hay salud en casa? y respondiéndole que sí, callaba un ratico con los ojos
jos y el ánimo en el cielo. Luego decia: «¡Sea Dios loado, oh qué buen I

tenemos! sirvámosle bien, que lo merece;» y con esto se despedia sin ha-
más palabra ni usar otros cumplimientos.
algun enfermo habia, se solia entretener un rato más, visitándole y ex-
ándole á paciencia y á ponerse bien con el Señor.
uego se ponia de rodillas á la cabecera de la cama y hacia un rato de
ion por él, y le decia un Evangelio, y le disponia para la confesion si era
ester.
on esto, luego se iba á negociar las cosas de sus hijos los pobres; porque
tenia él sus regalos y delicias, teniendo muy impresa en la memoria la
encia de Cristo Señor nuestro: *Quod uni ex minimis meis fecistis, mihi
tis.*
a continua meditacion de estas palabras del salmo: *Beatus qui intelligit
r egenum et pauperem; in die mala liberabit eum Dominus,* le hacia ol-
rse de cuanto habia en el mundo por atender, y servir, y regalar al Hijo
ios en los pobres.
unca se metia en negocios temporales de los suyos ni los queria saber, y
ue le conocian la condicion, acudian antes á otros Padres de la Compa-
ue no á él.
r estos ejemplos vivos del P. Espiga se movió un sobrino suyo lla-
Antiogo Espiga á dejar un buen canonicato de la iglesia calaritana, que
u mucha virtud y letras habia alcanzado, y renunciando con él todos los
es del mundo, se entró en la Compañía de Jesus, donde vivió con mues-
le mucha religion y virtud, y leyó Teología algunos años en el colegio
cer con mucha satisfaccion; y siendo por sus buenas prendas y apaci-
ostumbres nombrado de nuestro P. General P. Claudio Aquaviva, Rec-
l colegio de Cáller, antes de tomar este cargo, murió y se fué á gozar
os, como merecia su buena vida, dejando á toda la provincia de Cer-
lastimada por la pérdida de un tan buen sujeto.

## X

### *Su humildad y menosprecio de sí.*

tambien en el P. Espiga profundísima la virtud de la humildad, que
ue roba el corazon de Dios y de los hombres; porque está llena su vida
rísimos testimonios de esta virtud.
ribiendo al P. General Diego Lainez, y dándole cuenta de lo que hacia
ler, dice estas palabras, entre otras:
los que están en pecado mortal hágomelos amigos, y procuro apartar-

los de él, y bendito el Señor da gracias á mí y á los que trato y sucede bien. Es verdad que en medio de la plática me estremezco no poco, conociéndome podrido de vicios y pecados.»

En la misma carta le dice que sentia muchísimo y le pesaba en el alma que los virreyes y todas las demás personas de calidad, cuando le topaban por las calles, le hiciesen cortesías y cumplimientos.

De este espíritu le nacia no poder oir jamás sin tormento cosas tocantes á alabanza suya; y cuando delante de él se atrevia alguno á alabarle por las muchas buenas obras que hacia á todos, luego le atajaba con grande sacudimiento, por más grave que fuese la persona.

El poco caso que hacia de la grandeza de este mundo mostró con una accion que hizo con el virrey D. Alvaro de Madrigal, el cual, viniendo un dia de fiesta al colegio, para confesarse con el siervo del Señor, que era su confesor, le halló confesando pobres y estudiantes en el patio del colegio, asentado en un poyo y rodeado de esta gente.

Luego se levantó el Padre y le saludó, y sabiendo que venia para confesar, le hizo arrodillar allí en el patio delante de todos en el mismo lugar donde confesaba la pobre gente.

El virrey lo hizo con mucha llaneza, tomando bien todo lo que el siervo de Dios hacia, porque le tenia por santo.

Los Superiores que lo vieron repararon y avisaron al Padre que no parecia bien aquel modo de tratar á un virrey: él respondió que lo hizo para que todos se edificasen de ver á un virrey confesar públicamente y sin ceremonia, que en la confesion no se ha de buscar, sino huir.

De estas y semejantes acciones muy contrarias á los cumplimientos de los mundanos solia hacer cada dia el P. Espiga, menospreciando á sí y á todo lo que el mundo estima.

De esto le nacia escribir billetes á personas de mucha cuenta con pocas palabras, firmándose *Espiga, pecador,* y el procurar, como procuraba, con una extraña sagacidad y modestia encubrir las cosas que hacia, enviando limosnas secretas á personas honradas que las habian menester, sin saber ellas quién las enviaba.

Algunas veces imitó en esto al glorioso S. Nicolás, que echaba la limosna en lugar donde la persona pobre la hallase, sin saber por dónde le venia; mas despues lo echaban de ver, queriéndolo así Dios para honrar á su siervo.

Una vez encomendó un negocio de caridad á Fernando Sabater, notario; fué otro dia á saber si lo habia hecho, y díjole: «Señor Fernando, ¿hizo aquel negocio?» Habíase poco antes disgustado con otro el notario, y cuando le ha-

siervo de Dios áun estaba colérico; y así, le respondió sacudidamente dole: «Déjeme estar, Padre, que estoy para hacer algun desatino.»
siervo de Dios, pensando que le habia dado él la ocasion de aquella ı, se le arrodilló luego á los piés, pidiéndole perdon y queriéndole be- ıs piés.
endo esto el notario, se postró tambien en tierra confuso y espantado, y ermitió que el venerable Padre le besase los piés. Con este acto tan raro umildad le quitó la cólera, y le sosegó, y edificó.
Obispo de Ampurias, D. Antonio de la Bronda, decia muchas cosas de ntidad del P. Espiga, por haberle conocido y tratado mucho tiempo den- fuera de la Compañía.
ıtre otras, afirmó que en siete años que vivió con él en el colegio de Cá- e la Compañía, jamás le pudo notar cosa que llegase á pecado venial, y stando en Sácer el Padre, fué llamado un dia de una pobre enferma, pa- nfesarla, y la halló echada en el suelo en un rincon, sin tener cama ni que comer. Confesóla y exhortóla se fuese al hospital, la cual dijo que ıero que no tenia quien negociase con los jurados el llevarla.
tónces el fervoroso Padre la cogió de un brazo, y levantó en pié, y dijo rmano su compañero que la tomase del otro brazo, y así la llevaron por lles hasta la casa de la ciudad, para pedir licencia á los conselleres de la llevar al hospital, la cual dieron luego, y el Padre con el Hermano y rma prosiguió su camino hasta el hospital, donde la dejó bien acomo- on admiracion de toda la ciudad, que quedó bien edificada de esta humildad y caridad.
sacerdote honrado, muy devoto del siervo de Dios, de quien fiaba mu- ıra enviar limosnas secretas, dijo que á los principios que los Padres hinos vinieron á fundar en Cáller padecian mucha necesidad, como sue- los los que fundan, y el Padre le envió una cuaresma á ellos, con una cantidad de higos secos, con órden que no dijese quién los enviaba, ıe tomasen aquella limosna por amor de Dios. Confesaba en la iglesia na gana á las mujeres pobres que acudian á él, y á estas acudia luego. ) una señora principal devota que confesaba con él, que nunca la lla- ıntes de las pobres, sino que la hacia aguardar para despues, aunque le dijo que entrase cuando tuviese lugar.
ndo un dia confesando en la iglesia las que solia, se echó á los piés un nfermo, que no se podia tener en pié, ni estar arrodillado: el Padre se luego, y le abrazó, y levantó de tierra, y le hizo asentar en el confe- , y él se le arrodilló delante, y, así arrodillado, le oyó de confesion y consolado.

En el dia ó tiempo que le dieron la profesion de tres votos, el P. Fabio de Fabiis, que era Visitador entónces, á los 7 de abril de 1583 le hizo hacer una exhortacion á todos en el púlpito del refectorio; toda ella fué confundirse á sí mismo, diciendo con lágrimas en los ojos, que no merecia que Dios le tuviese en la Compañía por sus pecados, y que era indigno del grado que en ella se le habia dado, con otras cosas que edificaron, y compungieron mucho á los presentes.

Habia de ir un dia de fiesta por la mañana á confesar á D. Nofre Fabre y Dijar, procurador real, con toda su casa, en una isleta suya que está dentro del estanque de Cáller, léjos de la ciudad dos millas; enviáronle un macho con un hombre viejo, pescador, para que fuese á caballo hasta la orilla del estanque, donde les aguardaba una barca.

Salió el Padre del colegio, y, al subir á caballo, dijo al viejo que ambos habian de ir en el macho; el viejo lo rehusó por el respeto que le tenia como á santo. El Padre replicó que sí, y porque no lo pudo recabar, fueron ambos á pié, llevando de la rienda el macho por las calles, hasta llegar al lugar donde se habia de embarcar para la isleta.

Preguntado el siervo de Dios del caballero por qué vino á pié, le respondio: «No tuve ánimo de ir yo á caballo, y este pobre viejo á pié;» mas no era ménos viejo el Padre, ántes muy cansado de trabajos y de poca salud: con todo eso no quiso perder aquella ocasion de humillarse y mortificarse.

Estos y semejantes actos de menosprecio del mundo y humildad propia eran ordinarios en el P. Pedro.

Quitábanle una vez el cabello; estando medio hecha la barba, le vino el portero á decir que en la portería le estaba aguardando un pobre, y sin aguardar un punto, le fué á despachar, con la media barba por hacer.

Otra vez tomaba él mismo unas tijeras, y por no perder tiempo se la cortaba de presto, y con los altibajos de su barba salia fuera á negociar.

Pasando un dia por la puerta pública de la ciudad, vió que en medio de la calle habia un hoyo muy profundo y estrecho, de modo que metiendo el pié un caballo, caeria y se estrellaria allí; fué el siervo de Dios delante de todos por todo aquel contorno buscando piedras, y recogiendo en el manteo mucha cantidad, con sus propias manos hinchó y allanó bien el hoyo con admiracion de los que lo estaban mirando. A los Prelados reverenciaba grandemente, y les hablaba con mucha humildad.

Cuando venia á pedirles limosna para los pobres, muchas veces no entraba, sino decia á alguno de los criados: «Digan al señor Arzobispo que aquí hay un pobre que pide una limosna por amor de Dios,» y luego le daban largamente.

ıando queria reprender á alguno por alguna falta y escándalo que habia ›, le llamaba aparte, y con grande suavidad y humildad le decia: «Hero, yo y vos somos unos grandes pecadores, rogad á Dios que nos tenga u mano y nos dé luz para conocerle.»

ran de tan grande eficacia estas sus palabras, que compungian y enmenın al delincuente.

ntes de venir los demás Padres á Cerdeña, estando él solo, predicaba al ›lo. Un dia habiendo de predicar en la iglesia catedral de Cáller, subido ılpito, vió un muy lucido auditorio, y dijo: «Señores, ó por mis pecados, r los vuestros, yo me he olvidado del sermon, rueguen á Dios que nos . buenos,» y con esto bajó y todos entendieron lo hizo por mortificay para que le tuviesen en poco.

›sa cierta es que por humildad, despues que vinieron otros predicadores Compañía, jamás quiso predicar, ocupándose todo en confesar pobres s cárceles, de los hospitales, de las aldeas, esclavos y esclavas, criadas ıdos; en disponer y acompañar los ahorcados, y en todas las obras de humildad y caridad que podia.

é á una mision por buena parte del reino con otro Padre de ménos años ligion que él, y nunca quiso predicar en pueblo alguno, estando presenPadre su compañero; sólo se ocupaba en confesar, hacer paces y ense. doctrina cristiana.

pasion y amor á la propia excelencia, que es el Jebuseo que de contiace guerra á los hijos de Israel, los verdaderos imitadores de Cristo o soberano Bien, la tuvo el siervo de Dios tan rendida y sujeta, que ánera tormento que gusto oir cosas tocantes á su propia alabanza.

esto es buen testimonio la resistencia que hizo, estando en Flandes, á cion, que querian procurar sus amigos y criados de la casa del empede su persona en Arzobispo de Oristan, teniéndose y confesándose epto é indigno en aquella dignidad.

ıbien los de Cáller, edificados de sus santas obras, desearon tenerle por obispo, y trataron de pedirle por su Prelado y Pastor al rey Felipe II. olo el humilde Padre, y como si le fuera la vida lo resistió, y escribió ande eficacia no tratasen de su eleccion.

unas veces hacia algunas cosas que á los ojos de los del mundo pareura; y diciéndole algunos de la Compañía que mirase que al mundo no ı bien lo que hacia, respondia: «Mundo, qué mundo, mundo,» haciendo aso de él, como quien era bien mortificado y crucificado á todas sus

ına vez por la ciudad y vió el Hermano compañero que de una media

vieja y rompida que traia, salia un pedazo de piel de raposa que le iba a
trando; avisóle que se lo quitase, porque los que le verian se reirian: el si
de Dios con un rostro muy alegre le dijo: «¿Y él tambien es de los pulic
y, sin hacer caso ni quitarlo, pasó adelante.

## XI

### *Su gran mortificacion.*

A este paso procuraba mortificarse y vencerse en todas las demás cc
y así, siendo de delicada complexion y naturalmente asqueroso, para ver
se en esto y alcanzar gloriosa victoria de sí mismo, se solia, como qued
cho, recostar en medio de los enfermos y agonizantes de la cárcel y hosp
para confesarlos; abrazábase con ellos y limpiábalos con su mismo pañ
el rostro, sufriendo aquella hediondez.

Muchas veces le vieron en la cárcel desnudar á los pobres y enfermos
sus vestidos llenos de sabandijas, y cubrirlos con su manteo mientras los
piaba de aquellos asquerosos animalejos con sus propias manos.

En tiempo de mucho frio solia andar por casa sin ropa, y en el de mu
calor, cuando todos parece que se abrasaban, salia con la ropa ceñida.

Preguntándole por qué hacia eso, respondia: «Yo me sirvo de la ropa cc
del pan, cuando lo he menester le tomo, y cuando no, le dejo.» Pero bien
tendian todos que en el siervo de Dios era mortificacion y menosprecio
sí mismo el hacer aquello, como lo hacia en todas las cosas.

En la cama se contentaba con un colchoncito y un madero por almoha
Este era su regalo, porque de ordinario no se acostaba, sino se echaba sc
el suelo ó unas tablas.

En el aposento, por ser muy pequeño y cubierto casi de teja vana, pad
grande frio en invierno y grande calor en el verano.

En el vestido pobrísimo y roto. La comida, para volverla desabrida, 
claba con agua y vinagre; gustaba los mendrugos que dejaban los otros
yendo de todo regalo.

Fué un dia á acompañar unos ahorcados por toda la ciudad, y lleg
del trabajo cansado á casa pasado mediodia, no quiso de un pescado qu
le dió tomar bocado, contentándose con un poco de ensalada y pan.

En una mision que hizo á unos pueblos vecinos de Cáller, su comic
pan, berros y agua.

Si alguna vez, estando enfermo, los médicos le ordenaban alguna co

la, como ave y algun dulce, él les decia: «Señores, esas comidas han de nar vuestras mercedes para los reyes y papas, no á mí, que soy un po- religioso.»

na vez, estando enfermo, no podia tragar bocado por el hastío grande que a; díjole el enfermero: «Padre, ¿quiere que eche un poco de azúcar para e sabor que lo pueda comer?» y el siervo de Dios suspirando, dijo: «Her- o, nunca he buscado yo esos regalos.»

e los ojos fué singular el cuidado que tenia de tenerlos bajos y casi cer- s; y así, no conocia de rostro áun á las mujeres que mucho tiempo con- ba y trataba, ni advertia quién de los Padres ó Hermanos venia de otra e al colegio, ó iba á otro lugar por morador.

ino un Hermano de la casa de Probacion para vivir en el colegio, y esta- a en él seis meses, cuando necesariamente hubo de tratar con el Padre o, el cual pensando que aquel dia habia venido del noviciado, le dijo: mano, sea bien venido, ¿cómo están los del noviciado?» y respondióle ermano que no podia darle razon por haber tantos meses que habia sa- le él. Salió luego el Padre con decir: «Loado sea Jesucristo, seamos to- uenos, Hermano mio.»

Dr. Monserrate Roselló, Oidor que fué de la real Audiencia, y electo l de nuestra Señora de Sacargia, en aquel reino, vino á tratar un negocio l P. Espiga, el cual le respondió que acudiese á otro Padre que seria í propósito, llamado P. Miguel de Palacios, y que se le hiciese llamar el ro, porque estaba más en el negocio.

o dijo pensando que estaba el dicho Padre en el colegio de Cáller, y ya seis meses que habia ido por morador del colegio de Alguer, como dijo el mismo doctor, y el buen Padre le respondió que hasta entónces habia sabido.

dicaba un Hermano en el refectorio al tiempo que todos comian, como stumbra en la Compañía para enseñar á los Hermanos el modo de pre- con espíritu y provecho, y para conocer el talento de cada uno para ministerio.

lóse presente el P. Pedro y contentóle el sermon; y estando despues mesa en la quiete y recreacion comun, oyó que los demás Padres manos alababan el sermon y el talento del predicador; el Padre a añadió: «A mí me ha dado tanto gusto, que tuve tentacion de le- los ojos para mirar quién era aquel Hermano,» que con estar algun en el colegio aún no le conocia por andar tan ocupado en las cosas lo.

o sólamente tuvo este recato y circunspeccion en el mirar, sino tambien

en el oir; porque jamás le advirtieron gustar de oir tratar de cosas inútil
vanas.

Venia una vez de la ciudad de Oristan á la de Cáller con un hombre
guía, el cual en la villa de Samasi, fin de la jornada, le llevó á hospedar
casa del mayor; entró en ella y sentóse á un rincon, y como no le conoci
muchos que estaban á la lumbre comenzaron á hablar y burlarse entre
con palabras torpes.

El Padre, viendo que sin vergüenza pasaban adelante y que no les apro
chaba la correccion fraterna, se salió luego á la plaza y se asentó en una p
dra léjos.

Fuése tras él el hombre que le acompañaba á persuadirle que volvies
entrar por el gran frio y sereno de la noche, y porque no tenia otra posa
donde llevarle; mas nunca pudo acabar con el siervo del Señor que volvi
á casa donde se ofendia á su Dios.

Viéndole determinado de antes estarse en aquella plaza toda la noche q
volver allá, porque le tenia muy encomendado de su señor, que era una p
sona principal de Oristan, y por la reverencia que tenia á su santidad; bus
otra posada, y la halló luego de gente muy honrada, que gustó sumamen
de recibir y hospedar aquella noche tan buen huésped, pagando de esta m
nera nuestro Señor su buen celo.

Finalmente, fué un perpetuo enemigo de su cuerpo, afligiéndole con to
las incomodidades que podia, en la comida, en el vestido, en la dura cam
durmiendo de ordinario vestido sobre tablas, disciplinándole á menudo, h
ciéndole padecer frio de invierno y calor de verano, y negándole todo rega
áun lícito y necesario.

En lo que más resplandeció su mortificacion y paciencia fué en algun
trabajos y persecuciones domésticas que tuvo por medio de algunos Mi
tros del colegio, que mal informados, como nuevos y de poca experienci
conocimiento que tenian del Padre, reparaban darle cada dia, mañana y t
de, compañero para acudir á la máquina de sus empleos.

Ni sólo le negaban el compañero, sino que le daban ásperas reprens
nes, sufriéndolas el siervo de Dios con grande paciencia, sin quejarse jamá
los Superiores mayores.

Llegaron á darle reprensiones públicas, tratándole de importuno y p
considerado, aunque con bueno y santo celo, permitiendo Dios fuese así
tado por algun tiempo de los que no conocian tanto su santidad.

Vino á oidos del Padre Provincial, el P. Bartolomé de Olivencia, el cual,
nociendo bien la santidad del siervo del Señor y el grande servicio que h
á Dios con sus ocupaciones; ordenó que se le tuviese el respeto debido, y

dia pudiese salir sin compañero de los de casa, dándole amplia y abso·
licencia para que se acompañase con algun clérigo honrado, ciudadano ó
diante.
e esta manera anduvo todo el tiempo que vivió ocupado en sus santos
cicios, haciendo obras milagrosas en las cárceles, en los hospitales y en
os los demás necesitados de la ciudad y fuera de ella.

## XII

### *Su oracion y don de profecía.*

ombre de tan grande mortificacion como fué este gran varon, no pudo
r de aventajarse en mucha oracion.
esde seglar parece le llevó Dios por este camino como escogido varon;
ue desde niño se apartó de todos los vicios y juegos de los de su edad,
muy recogido, lo cual declaró bien en una carta que escribió de la ciu-
le Valencia, donde estaba estudiando el curso de Filosofía, en la cual
rtaba á los suyos á la devocion y leccion de libros espirituales y señala-
nte de las Confesiones de S. Agustin, de quien fué siempre devotísimo
y aficionado á su doctrina.
se puede bien decir de este siervo de Dios que cumplia bien el precepto
isto Señor nuestro: *Oportet semper orare, et nunquam deficere,* porque
re estaba en la presencia de Dios, y tan ocupado en todas las obras de
icordia, que no le bastaba el tiempo para cumplir con lo que deseaba
para el servicio del Señor cada dia.
e obrar bien siempre es el sentido de este lugar, segun el venerable
que dice: *Semper orat, qui secundum Deum semper bene operatur.* Y
sa: *Semper orat, qui bene semper agit.*
ue anduviese el Padre en estas obras con el pensamiento levantado á
muy abstracto de la tierra, se echaba de ver en muchas acciones.
mañana, antes de levantarse, le avisaron que habia de ir á algunas ne-
les espirituales y temporales que le llamaban de fuera apretadamente
ocorro de los pobres, y, sin vestirse la sotana, tomó el manteo para ir
on el compañero, el cual, despues de haber acompañado al Padre por
s calles de la ciudad, advirtió que iba sin sotana; avisóle y miróse el
y hallándose que era así, dijo al Hermano con mucha humildad: «Vol-
á casa.»
ste grande recogimiento y continuo trato interior con Dios, nacia el

no advertir por muchos meses ni saber cuáles eran los Padres que salian colegio para otro lugar.

Decia cada dia Misa con mucha devocion y lágrimas.

En la portería, mientras aguardaba estudiantes que enviaba para negocio de pobres, se entraba en un aposentillo donde solia confesar, y arrodillado se estaba en oracion.

Un dia le llamó un Padre de donde hacia oracion, y salió luego muy compuesto y con un rostro muy resplandeciente extraordinariamente.

Era devotísimo de la Pasion de Cristo nuestro Señor; teníala sacada toda en unos breves puntos para meditarlos mejor, los cuales hizo imprimir en unas hojas enteras de papel en lengua castellana, y despues fué dando á cuantos pudo aquellos puntos para meditarlos.

Hizo juntamente imprimir los puntos del exámen de la conciencia, y exhortaba á todos lo hiciesen cada noche antes de acostarse.

A los enfermos que le llamaban para confesarse con él, encomendaba antes á Dios de rodillas un buen rato, y despues los consolaba, y á muchos con decirles el Evangelio quitaba la calentura y daba salud.

Entre otros la dió á un niño llamado D. Simon Dijar, hijo de D. Juan Dijar. Estaba este niño ya desahuciado de los médicos, y no le daban vida sino de pocas horas, sin pulso y sin habla.

Llorábanle ya sus padres y deudos como á muerto con grande sentimiento y pena, porque era el heredero de su casa y en quien tenian puestas sus esperanzas.

Llamaron por único remedio al P. Espiga, confiando mucho en su santidad: vino luego el siervo de Dios y miró al niño, y, sin decir palabra, se retiró á un rincon y se puso de rodillas, estando un buen rato orando.

Levantándose de la oracion, sin volver adonde estaba el enfermo ni decir el Evangelio, como solia, y sin despedirse de nadie, muy encogido y callando se salió luego de la casa y se volvió al colegio.

Al punto que el Padre salia, despertó el niño y volvió en sí, saliendo de las manos de la muerte; tuvo gran mejoría, cobrando en pocos dias entera salud con admiracion de todos, que atribuyeron á la oracion y merecimientos del siervo de Dios la vida del niño.

Así lo publicaron, diciendo que el Padre tuvo revelacion que el niño no moriria, y que por su humildad salió sin decirles nada; y no se engañaron en esto; porque el mismo Padre dijo á su compañero despues de la oracion, al salir de la puerta, que no moriria de aquella enfermedad aquel niño, y así fué, que sanó y vivió muchos años.

Habia en el colegio de Cáller, donde el venerable Padre vivia, un Padre

muy grave, llamado Antonio Montano, flamenco de nacion, natural de la ciudad de Gante, al cual, siendo niño, trajo de Flandes á Roma D. Antonio Parragues de Castillejo, Arzobispo que fué de Cáller, aficionado á la grande habilidad que descubria, y en Roma en el colegio Germánico le hizo estudiar hasta la sagrada Teología.

Salió eminente en todas las facultades que estudió y señalado en las tres lenguas latina, griega y hebrea, de grande erudicion, grande orador, grande poeta griego y latino; sus versos podian competir con los de Virgilio y Homero; buen filósofo y teólogo, al cual dió el Arzobispo un buen canonicato en la iglesia de Cáller; del cual gozó algun tiempo siendo ejemplo y espejo de toda virtud y bondad á todos los Capitulares y á los feligreses, por los cuales ofrecia cada dia el santo Sacrificio de la Misa.

Jamás le pudieron hacer decir Misa de las de obligacion que suelen decir los Capitulares, recibiendo su estipendio por las que dicen, respondiendo que todas sus Misas eran obligadas á los de su canonicato que le daban la renta.

Este insigne varon, siendo canónigo, se determinó dejarlo todo y hacerse religioso de la Compañía, como de hecho lo hizo, y vivió en ella muchos años, dando ejemplo de profundísima humildad y menosprecio de sí mismo; siendo tan grande letrado, decia que no sabia nada.

Una vez le ordenó el P. Rector que hiciese algun poema ú oracion para recitar en las escuelas por el tiempo de la renovacion de los estudios, y él casi de rodillas le rogó que no le ordenase aquello porque no sabia nada; que se habia olvidado de todo; que le mandase ir antes por algunos meses al aula de retórica para aprender, y despues podria hacer algo.

El Superior, que conocia bien que todo aquello era humildad, le decia: «Háganos V. R. por ahora esta caridad y despues veremos esotro de ir al aula,» y luego, bajando la cabeza, se iba y tomaba la pluma, y con una lindísima letra, porque era tambien excelente escribano, traia al Superior cuanto le habia pedido, así en prosa como en verso, con tan subido estilo y erudicion, que no habia más que desear; y él decia que no valia nada y que no era cosa para parecer, tan de veras y de corazon, que espantaba tan grande humildad y poca estima de sus cosas, siendo tan perfectas y acabadas.

Era dotado de una simplicidad de paloma y de una grande caridad y celo de las almas, varon de grande honestidad, y pureza, y de grande mortificacion y oracion.

Solia afligir su cuerpo con disciplinas rigurosas, y para más atormentarse, rogaba á otros que le disciplinasen sin piedad.

Una vez fué al jardin con los demás, y su recreacion fué coger un manojo de varas de granada y con ellas irse á una casa secreta con un Hermano con-



fidente, y allí le rogó que le sacudiese con aquellas varas. Importunóle tanto, que condescendió con su deseo.

Con las muchas y recias disciplinas que hizo y tomó de otros, se acortó la vida y se murió muy temprano con todos los Sacramentos de la Iglesia, con grande sentimiento del Arzobispo y ciudad de Cáller, que le tenia por un santo y grande letrado, con quien consultaban todas las cosas y casos de importancia.

Pues este Padre tenia grande conocimiento del P. Pedro Espiga, y le tenia por santo, publicándole por tal, como parece en el caso siguiente.

Fué á visitar á un niño enfermo hijo único de un ciudadano honrado llamado Antonio Gavino Rubí, el cual estaba desahuciado de la vida de su hijo por los médicos, y fuera de sí de pena.

Consolóle el P. Montano, y entre otras cosas que le dijo fué que él iria al colegio y rogaria de su parte al P. Espiga que visitara á su hijo y rogase á Dios por él; que confiaba que con las oraciones del Padre sanaria. Fué así, que visitando el P. Espiga al enfermo, y haciendo oracion por él, dijo á su padre que tuviese buen ánimo, y que su hijo no moriria de aquella enfermedad.

Así fué, dando bien á entender con este testimonio el P. Montano, varon tan santo y verdaderamente humilde, la opinion que tenia de la santidad del P. Espiga y la experiencia de que con sus oraciones curaba los enfermos.

Esto bastó para conocer la eficacia de la oracion del siervo de Dios, en la cual le enseñaba el Señor muchas veces las cosas por venir y ocultas, como se puede echar de ver de lo dicho, porque no careció del don de profecía, que suele Dios nuestro Señor comunicar á los varones santos, sus escogidos y regalados siervos.

El P. Salvador Pala, religioso de la Compañía, profeso de cuatro votos y lector de Teología, siendo Hermano, sirviendo de enfermero al P. Espiga, por la devocion que le tenia como á santo; un dia fué á la cocina, despues de haber hecho una media hora de oracion en el coro, para guisar la cena al Padre.

El Hermano cocinero, por mortificarle, le reprendió, diciéndole cosas que nunca habia imaginado, de lo cual quedó muy afligido y triste.

Conociólo el P. Pedro, y preguntóle la causa de su tristeza, y sabida, le respondió: «Yo no sé que hace la Compañía y no concluye con ese Hermano, haciendo ahora lo que habrá de hacer de aquí á nueve años,» significando juntamente la causa por la cual le habian de echar de la Compañía cumplidos los nueve años.

Como lo dijo se cumplió; porque acabo de ellos fué despedido por la misma falta y causa que el P. Pedro dijo.

A otro Hermano de poco espíritu dijo que le echarian de la Religion, si no se amoldaba y ajustaba al espíritu de ella; así fué, que despues de algunos años le echaron por sus libertades y poca virtud, porque la Compañía no aguarda á que la escandalicen los díscolos y libres, sino que, echando de ver de léjos que uno va á perderse y ser escandaloso, luego le avisa y corrige, y, viendo que no hay enmienda, le echa de sí y corta como miembro podrido.

El Dr. Monserrate Roselló, Oidor de la real Audiencia, Visitador que fué de aquel reino, de todos los ministros reales, y Abad de Sta. María de Sacargia, y muy devoto del P. Pedro, entre otras muchas cosas que afirmó de él, fué la que le aconteció en su casa.

Tenia enferma á su abuela materna, hija de confesion del dicho Padre. Esta señora, despues de haberse confesado y comulgado en la cama por su devocion, porque á juicio de los médicos, no tenia peligro de morir, envió á llamar al P. Espiga sólo por su consuelo.

Vino, reconcilióla y, como tenia de costumbre, hizo oracion por ella, y luego apartándose con el mismo doctor á una parte, le dijo con mucho sosiego que hiciese traer la Extremauncion.

Replicando el doctor con el parecer de los médicos, que poco antes se habian ido, y no la daban por peligrosa, ántes la daban largo plazo de vida, el Padre le volvió á decir con el mismo sosiego que luego hiciese venir el santo óleo.

Hízose así, porque el Padre lo decia, y estando la enferma muy en sí, comenzó á recibir este Sacramento, y todo fué uno acabarle de recibir y dar el alma al Señor, persuadiéndose con este caso el doctor que Dios nuestro Señor habia revelado á su siervo la muerte de su abuela, y que por sus merecimientos le habia hecho esta merced de dejarla recibir todos los Sacramentos.

Un clérigo muy honrado, siendo capellan de los virreyes D. Gaston y D.ª Catalina de Moncada, llamado Antonio Espiga, natural de la villa de Selargius, tres millas de Cáller, solia acompañar muchas veces al P. Pedro, cuando iba visitando las casas de los pobres necesitados y enfermos.

Esta persona afirmó que fué un dia con él á la marina para visitar una mujer enferma que tenia su marido fuera mucho tiempo habia, y padecia grande pobreza.

El Padre la habia visitado, y dado limosna, y exhortádola á que se confesara con quien quisiera; que este era su estilo la primera visita que hacia, y si no se confesaban ,no volvia la tercera vez á verlas, como lo hizo con esta, conociendo que fingió la enfermedad por revelacion divina.

Antes de llegar á la casa buen trecho, le dijo el Padre: «El marido habrá venido,» y entrando, hallaron que habia venido, y que la mujer estaba en la

cama desmayada y sin sentido. Pero el Padre saludó al marido en la sala, y preguntóle si se habia confesado la enferma, y luego se despidió sin verla, por más que el marido se lo rogó, diciendo: «Ya volverá en sí y hablará como antes.»

Esto dijo al marido, y despues de salido de la casa, se volvió al clérigo su compañero, y le dijo: «Antes de llegar nosotros, hablaba y estaba buena, y ahora me decian que no hablaba y que estaba fuera de sí.»

Con lo cual entendió el capellan que con luz del cielo supo el siervo de Dios el embuste y ficcion de aquella mujer, y así, la castigó sin volverla á visitar ni cuidar de ella.

## XIII

### *Su muerte y entierro.*

Con todos estos dones y excelentes virtudes enriqueció nuestro Señor el alma de su siervo, y le dispuso para el premio que le tenia aparejado despues de tan santa vida.

La ocasion de la enfermedad última de que murió fué haber ido una tarde de mucho frio á consolar y confesar á un pobre estudiante que le habia llamado, porque estaba muy malo; y por ser el Padre ya viejo y consumido de trabajos y achaques, el frio que aquella noche le cogió, le traspasó todo y dejó como yerto.

Llevaron los Hermanos un braserico de lumbre á su aposento; púsose en la cama vestido, porque así solia dormir de ordinario, quitándose sóla la sotana y zapatos las pocas veces que se echaba en la cama, porque en tiempo de salud casi todas las noches se echaba en tierra sin acostarse.

Por ser el aposento muy pequeño y tan bajo que con la mano fácilmente se tocaba el techo, el calor de la lumbre que quedó aquella noche dentro, cerrándole la puerta, le turbó de tal suerte la cabeza, que no le dió lugar para poderse levantar y buscar remedio contra el fuego que le ahogaba.

Echóse de la cama como pudo en tierra, huyendo naturalmente de la muerte, y allí se estuvo toda la noche tendido y fuera de sí hasta la mañana, que acudiendo un pobre á la portería, preguntó por él.

Fué el portero con esta ocasion al aposento, y tocando, viendo que no le respondia, abrió la puerta y halló al siervo de Dios tendido en el suelo sin sentido y sin pulso.

Juzgándole por muerto, de espanto dió un grande y lastimoso grito, al cual

dieron luego muchos Padres y Hermanos, y le levantaron y pusieron en ama, teniéndole más por muerto que por vivo; y sin duda acabara de ella manera, si tan de mañana, no diera aquel pobre ocasion de acudir á iposento, queriendo Dios que el que tanto toda su vida habia trabajado ayudar y socorrer á los pobres, en aquella necesidad fuese socorrido por sion de un pobre, que envió la divina Majestad con su providencia pater- , para que su siervo Pedro no muriese de aquella manera.

Aplicáronsele luego remedios y volvió en sí; tuvo tiempo de un mes ente- para mejor disponer la partida de esta vida á la otra tan santamente como bia vivido, mostrando en todo este tiempo su grande paciencia y confor- lad en la voluntad de Dios y otros grandes testimonios de todas sus udes.

Nunca se le oyó palabra significativa de pena ni de deseo de salud y vida, es lo contrario, que deseaba sentir mucha pena y dolor y padecer mil tor- itos por su Dios, y que nunca habia rogado á Dios por la salud corporal e rogaria jamás otra cosa sino que dispusiese de él conforme á su divina intad y beneplácito y lo que fuese su mayor gloria.

n todo el tiempo de la enfermedad siempre estuvo de un tenor, con un blante apacible y rostro sereno, los ojos fijados en el cielo y guardan- an grande silencio, que si no era para cosa necesaria precisamente, no ondia á cosa alguna, y las respuestas eran de muy pocas palabras; estaba erpetua contemplacion de las cosas del cielo.

odo este tiempo de la enfermedad confesó muchas veces y recibió tam- por su devocion el Santísimo Sacramento, y últimamente por Viático, a Extremauncion á su tiempo.

ıcíase leer las vidas de los Santos Padres, regalando su alma con esta sa leccion, encomendándose á ellos.

aunque de esta manera parecia que su alma toda estaba en el cielo y de este mundo, con todo esto, no se pudo olvidar de sus hijos los po- hasta casi la última boqueada, particularmente de los de la cárcel, que os más necesitados, haciendo ir y venir dos veces al dia á una persona enia asalariada para esto, ordenándole lo que habia de hacer y pidién- cuenta de lo que habia hecho.

contento con esto hacia tambien que algunas veces viniese el carcelero, encargarle mirase no hubiese descuido en que los presos tuviesen su a ordinaria, dando todo el dinero que habia menester para ello.

a esto dejaba la contemplacion de buena gana, y no para cumplimien- los que le visitaban, que los despedia con muy pocas palabras.

dia vino un paje del virrey D. Gaston para saber cómo estaba: dió su

recaudo muy cumplido; respondió el Padre con muy pocas palabras, y luego volvió á fijar los ojos en el cielo, como solia estar siempre.

Volvió el paje á decirle de parte de la virreina si gustaba ó deseaba alguna cosa, que le servirian en todo, y dió por respuesta: «¿Cómo estarán aquellos pobres del hospital?» significando que lo que él más deseaba era que aquellos pobres fuesen socorridos y regalados, olvidándose de sí por ellos.

Esto mismo mostró bien en toda la enfermedad; porque, cuando los médicos le querian recetar alguna cosa de regalo en la comida, él la rehusaba diciendo que era un pobre religioso.

Un dia que estuvo con un gande hastío, rehusó tambien que el enfermero le hiciese otro guisado diferente del ordinario y comun, que era un poco de farro simple y un poco de carnero.

Tuvo noticia del dia de su muerte, y dió bien á entender en esta enfermedad el espíritu de profecía de que Dios le habia dotado.

A los principios de su mal, respondiendo á ciertas preguntas que de su enfermedad le hacian los de la Compañía, díjoles: «De aquí á un mes me lo dirán,» dando á entender que habia de morir dentro de un mes, y así fué, que acabado el mes, murió.

Al enfermero dijo otra vez, dias antes de morir, que no tuviese pena, que no le daria mucho trabajo, porque presto habia de morir, como sucedió despues de muy pocos dias.

El mismo enfermero, por la mucha devocion que tenia á la santidad del Padre, propuso dentro de su alma de rogarle antes que muriese, que en el cielo le encomendase al Señor y rogase pr él: entrando en el aposento con este propósito, el P. Pedro le previno, como quien sabia lo que deseaba, y le dijo: «Hermano, yo le prometo, si voy al cielo, de rogar siempre por él.»

Pocos dias antes de morir, porque no podia tragar cosa alguna, le quiso dar el enfermero cierto regalo, y el Padre le desvió, diciendo que estaba húmedo aquello, y no era esta la causa, sino querer este varon santo mortificarse en todo lo que podia hasta dar el alma á Dios.

Replicóle el Hermano: «Yo le quitaré la humedad poniéndolo un poco cerca de la lumbre;» con todo eso respondió el Padre: «Por ventura nunca lo gustaré,» y así fué, porque aunque muchas veces propuso de hacerlo, nunca acabó consigo de hacerlo.

Así entendió que Dios cumplió al Padre aquel su buen deseo de no tomar aquel regalo á la hora de la muerte, para dárselo mayor en las harturas del cielo, y el Hermano entendió que habia alcanzado de Dios que él no se acabase de determinar, y se olvidase de hacer lo que dijo y queria.

niéronle á visitar el virrey D. Gaston de Moncada y el Arzobispo don
cisco del Vall, que por su santidad le tenian en gran veneracion.
porque en el aposento del Padre no cabia más que una silla pequeña con
esilla y pobre cama, el marqués D. Gaston hizo asentar en la silla al
›bispo y él se sentó en el umbral de la puerta, casi en tierra, por la gran-
evocion que tenia al Padre, el cual no gustaba de estas visitas por su
ha humildad; y como hacia á las demás de otros muchos caballeros, que
estarse quedo, fijados los ojos en el cielo, sin hablar ni responder á nadie;
o hizo con estos señores, los cuales admirados de la estrechura y pobre-
el aposento del siervo de Dios, comenzaron á decir cómo de aquella po-
a subiria á la anchura del cielo, y otras cosas tocantes á su santidad,
ando por ventura que el Padre no los oyese, porque á nadie respondia;
al momento que oyó tratar de sus alabanzas, se avivó y dijo al virrey
era el que más se adelantaba: «¿Piensa que ha dicho grande cosa,? grande
ha dicho, tráiganle la sobrepelliz para predicar.»
endo que le daba pena, mudaron plática, pero no les hablando más pala-
l siervo de Dios, se salieron admirados, diciendo que así como el P. Es-
les habia enseñado á vivir bien con su santa vida, así les enseñaba á
· en aquella hora.
éndole muy fatigado, le rogaron admitiese una almohada para descansar
eza; mas el siervo de Dios respondió: «Eso quiero, que no descanse mi
a.»
n todo eso le pusieron una almohada pensando que por su flaqueza no
odria quitar: sintiólo mucho, mas sufriólo hasta que ellos le dejaron solo.
tónces poco á poco la fué sacando de su lugar y la echó fuera de la
deseoso sumamente de morir en aquel su pobre y angosto aposento.
orque le vinieron á visitar el marqués de Aytona, virrey de aquel reino
rzobispo de Cáller todos juntos, y no hubo lugar en el aposento para
llas, determinaron los Superiores de sacarle á otro aposento más có-
y capaz, lo cual fué para el humilde Padre grande pena, por lo mucho
seaba morir en aquella su pobre celda.
esta misma enfermedad notó el enfermero que jamás consintió que en
stres de peras ó manzanas asadas que le daba, se echase azúcar ni otra
ulce, por más que fuese órden de los médicos.
unos dias antes de morir estuvo sin habla, pero nunca dejó su ordina-
stura de tener los ojos y cara hacia el cielo.
os pensaban estaba fuera de sí, y era que estaba absorto en Dios aguar-
la deposicion de su tabernáculo; porque uno de los nuestros se llegó
jo: *Surge, illuminare, Hierusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Do*

*mini super te orta est*, y luego abrió los ojos, y con un rostro alegre significó que sí, y levantó al cielo juntas las manos como dando gracias, y volvió á cerrar los ojos y á su contemplacion.

A esto añadió tener los piés cruzados y tan apretados entre sí, que parecian enclavados; y por una santa curiosidad probaron á desunírselos y apartar uno de otro, y vieron que luego poco á poco el pié iba volviendo á unirse con el otro en la misma forma de enclavados en cruz.

Esta prueba se hizo algunas veces y todas ellas volvieron al mismo puesto, con grande admiracion de los que lo veian y entendian que el siervo de Dios queria en alguna manera imitar á Cristo en el morir con pena y levantados los ojos al cielo.

Poco antes de espirar recogió sus manos y las puso tambien en forma y figura de cruz sobre el pecho, y dió su espíritu al Señor con una grande quietud y paz á los 8 del mes de diciembre del año de 1594, de edad de setenta y cuatro años, y de Religion cuarenta y tres.

Luego que murió este siervo del Señor, se le paró el rostro muy hermoso y resplandeciente, dando señales de los resplandores de su alma bendita.

Despues de haberle vestido y compuesto su cuerpo, le abrieron las manos para ponerle el cáliz que suelen poner á los sacerdotes difuntos, y abiertas y puesto en medio de ellas el pié del cáliz, por sí mismas luego se apretaron fuertemente, como si fuera vivo, no sin admiracion de los presentes que lo advirtieron y dijeron que así como el P. Espiga en vida habia sido amigo del cáliz de Cristo, así tambien le abrazó despues de muerto.

Por la grande opinion que tenia con todos de santo, muchos procuraron tener alguna cosa suya por reliquia; uno le quitaba los cabellos, otro las uñas, otro los vestidos.

Un Padre de la Compañía, antes de enterrarle, le cortó un dedo de la mano para reliquia; otros procuraron de sus cartas y firmas.

Luego que se supo en la ciudad su muerte, la sintieron todos y muy en particular los presos de la cárcel, que por espacio de tres dias estuvieron en continuo llanto y pena, llorando su desdicha, llamándose huérfanos y sin amparo, y repitiendo todas las cosas que el venerable Padre hacia por ellos; y no sabiendo á quién acudirian, ya reventaban en lágrimas y hacian llorar á los que los oian.

Acudieron á su entierro los Capitulares, viniendo de la iglesia mayor á la nuestra en procesion y cantando los nocturnos, y diciendo su responso á su entierro con mucha ternura y gusto que tenian de enterrar aquel que habia sido Padre comun de la ciudad y á aquel que todos tenian por santo.

Su cuerpo fué puesto en la parte del Evangelio del altar mayor de la igle-

ia vieja de Sta. Cruz, junto con los PP. Georgio Passio, Juan Gilés, Francisco Berno y Antonio Montano.

Y despues, el año de mil y seiscientos y tres, fueron mudados sus huesos con los de los sobredichos Padres y puestos todos en un mismo lugar en la iglesia nueva del mismo colegio; aunque entónces cogieron las cabezas de todos y las pusieron debajo de un altar, y á la del P. Espiga le ataron un ...ño para distincion de las demás.

Despues se apartó y guardó con la veneracion debida á tan santo varon y siervo del Señor, el cual por su intercesion nos deje siempre vivir y morir en su santo servicio, cumpliendo perfectamente su divina voluntad.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Antioco Carta, como hemos dicho, y de él parece la resumió Felipe Alegambe en su *Biblioteca.*

Tambien hacen memoria de él Jacobo Damiano en su *Synopsi,* la *Historia de la Compañía* y otros autores.

P. NIEREMBERG.

# P. JUAN SEBASTIAN DEL CAMPO

## I

NÓTASE en el título de esta vida ser de la provincia de Cerdeña este siervo de Dios, porque hay otro P. Juan Sebastian, varon tambien santísimo en la provincia del Perú, adonde fué desde la provincia de Toledo.

La ciudad de Sácer, en el reino de Cerdeña, fué patria de este insigne varon, donde nació año de 1526 de padres muy honrados y buenos cristianos, que tuvieron mucho cuidado de criar bien á su hijo, el cual aprendió gramática y letras humanas de Bernardino Palumbo, famoso maestro público de ellas en aquel tiempo.

Fué de los que más aprovechaban en su escuela; porque desde niño fué bien inclinado y aficionado al estudio, aunque, entrando más en años, y pegándosele ruines compañías, se derramó algun tanto y desvió así del camino de la virtud como de las letras, siendo espuela de su libertad la comun soltura de otros mozos de su edad en aquellos tiempos, en que no estaba fundada la Compañía de Jesus, ni la juventud de Cerdeña habia experimentado el cultivo de ella, á quien debe su conocida mejoría.



Mas, como la misericordia divina traia las riendas en la mano, no sólame
te le detuvo para que no se despeñase con los de su edad, mas aún le fué
rando suavemente hasta traerle á camino y volverle al estudio de las letras
á que estaba aficionado.

No tardó mucho el Señor en darle á conocer, sin otro maestro ni otra
que la de sus secretas inspiraciones, la hermosura de la virtud, aunque de
jos, inclinándole á ella y al estado eclesiástico, de que hizo eleccion por j
garle más á propósito para su salvacion.

Continuando sus estudios con cuidado y recogimiento, llegó á ordena
de todas órdenes hasta el sacerdocio, y dijo su primera Misa, disponiéndo
primero devotamente para ella, en su propia patria con gran consuelo
su alma.

Con el nuevo sacerdocio fué nueva y más que ordinaria la mudanza q
Dios por su poderosa gracia hizo en el P. Juan Sebastian.

Porque luego se trocó en otro varon tan diferente del que habia sido hast
entónces, que ni atinaba el mundo á conocerle, ni él acababa de conocerse
sí segun estaba trocada su alma en sus pensamientos, inclinaciones y gusto
aborreciendo lo que antes le deleitaba, y amando el bien que antes no cono
cia: porque, movido de una fuerza interior, hizo total divorcio con el mund
y consigo mismo.

Dióse el recogimiento con tal extremo, que por milagro le veian fuera
un rincon que habia escogido, que era un oratorio del hospital de Sácer, q
llaman de la Anunciada, de singular devocion, con un cuarto pegado al mis
mo hospital, lugar muy apropósito así para ejercitar la caridad con los po
bres enfermos, la cual profesó toda su vida, segun veremos, como tamb
para su retiro, donde solia decir su Misa y cumplir con sus devociones y pe
nitencias, hallando sus delicias en su recogimiento y trato con Dios y con
Vírgen Santísima, de quien recibia cada dia nuevos favores y luces del cie

De este retiro apénas salia, si no era á cabo de un mes á divertirse
campo.

Andaba tan ajeno de sí mismo, es á saber, de las cosas del mundo, q
le sucedia ignorar las cosas de sus más familiares y conocidos, como le
con uno de ellos con quien habia tenido más estrecha comunicacion, al
se le habia muerto su mujer más habia de un año, y traido luto todo e
tiempo, é ignoraba el Padre la muerte, indicio de su desatencion á lo visib
ocupando el pensamiento con Dios, pues no reparaba en lo que tantas vec
habia visto.

Su modo de vida en su recogimiento del hospital era este: tenia larg
horas de oracion mental, y los sábados, por devocion de la Santísima V

lesde Completas hasta media noche perseveraba de rodillas, descubier-
:abeza, áun en tiempo de mucho frio, orando delante de su imágen.
:aba el Oficio divino con mucha devocion y atencion, y, fuera de eso,
lia las Horas menores de la Vírgen, y su Rosario, y los salmos peniten-
y graduales, el Oficio de los finados, y el de la cruz, y del Espíritu
, sin otras devociones.
ebraba cada dia con particular aparejo y devocion, preparándose pri-
oor espacio de media hora, y otro tanto gastaba en dar las gracias, y
Misa de ordinario empleaba tres cuartos de hora.
ınó algunas cuaresmas enteras á pan y agua, y los viérnes y sábados
ıño en memoria de la Pasion y en honra de la Vírgen, lo cuál guardó
ı vida.
ıaba recias disciplinas y hacia otras penitencias, tratando su cuerpo
:tremado rigor, lo cual despues continuó y acrecentó, estando en la
ıñía.
tan compasivo, no sólo con los pobres enfermos del hospital, más áun
ı otros, que no podia contenerse sin quitarse áun del sustento necesa-
ıartirlo con ellos; y decia que aquello era darles de lo suyo, porque lo
esario ya era de ellos.
ıquí se le quedó esta costumbre, áun en la Compañía, que así el pan
ɔ demás que le ponian delante, lo solia partir siempre en la mesa, y
de sola la mitad, poniendo á parte la otra; y lo ordinario era levantar-
hambre de la mesa.
sta suerte vino á conseguir tan perfecta victoria de sí mismo y de su
que en lo restante de su vida siempre la tuvo muy rendida.
ida, desde estos primeros años de su sacerdocio, fué de un santo
te, y como á tal le miraban en la ciudad, y de su ejemplo se movian
á imitarle, señaladamente en la devocion de nuestra Señora, en que
emado, reconociendo alcanzar por su intercesion todo lo que Dios
en su alma.
ste tiempo se le ofreció al Arzobispo turritano de Sácer, D. Salvador
ıus, necesidad de ir á la córte, ó enviar persona cabal para tratar unos
s graves con su Majestad y su Consejo.
o hacer falta á sus ovejas con su ausencia, hizo eleccion de nuestro
bastian, cuya virtud y prudencia tenia bien conocidas; y por más que
deseó y procuró desviar la jornada por no perder su quietud, hubo
ecer á su Prelado.
á la córte y trató los negocios que llevaba con tanta exaccion, dili-
buen despacho, que el Arzobispo, para remunerarle como merecia

le ofreció algunos beneficios eclesiásticos, así curatos como canonicatos, á qu de ninguna manera se inclinó el siervo de Dios; y, dando las debidas gracia á su Prelado, se volvió á su deseada quietud y antiguo recogimiento.

En este viaje le acontecieron algunas cosas en que singularmente se conoció el amparo y favor que la Santísima Vírgen le hizo, librándole de muchos peligros de mar y tierra.

Referiré aquí sólamente uno que, por ser muy insigne y milagroso, merece ser contado.

Volviendo de la córte y pasando por Cataluña, dió en manos de una cuadrilla de bandoleros, los cuales, para robarle más á su salvo y no poder ser descubierto el robo, le quisieron matar, atándole á un tronco de un árbol.

Estando así atado fuertemente, les rogó que antes de matarle le dejasen hacer un rato de oracion, pues no podia tener otro socorro de Sacramentos y poderla hacer de rodillas.

Halló alguna piedad en la fiereza de aquellos salteadores, que le aflojaron algun tanto los cordeles, y postrado como pudo, sin desatarle los brazos, levantó sus ojos hacia las montañas de Monserrate, encomendándose á la Santísima Vírgen, su Patrona, de todo su corazon, y pidiéndola su favor y asistencia en aquel trance de la muerte.

Dábanle priesa que acabase, y él con mayor afecto perseveraba en su oracion; y á deshora, sin saber cómo, se halló desatado y libre; y volviendo la cabeza á mirar por una y otra parte, no vió bandolero alguno de aquella perversa cuadrilla.

Dió gracias al Señor y á su divina Libertadora allí mismo, y despues en su templo de Monserrate, ofreciéndose de nuevo á ser perpetuo esclavo de la Santísima Vírgen.

De allí tomó su camino á Barcelona, de donde se embarcó y llegó á su patria.

Este milagroso suceso contó despues el Padre, aunque era muy humilde y encubridor de sus cosas, para despertar en los corazones de muchos la devocion cordial de la misma Vírgen.

## II

*Enséñale nuestro Señor cómo le ha de servir en el retiro que escogió.*

Vuelto el siervo de Dios á su retiro y servicio de los pobres del hospita y desechadas las honras que su Arzobispo le ofrecia con beneficios y pue tos subidos, comenzó á tratar con Dios y consigo mismo en qué podr agradarle más.

ıspiróle el Señor que extendiese las velas de su caridad con sus próji-
, así en ministerios espirituales, para ganar almas á Dios por medio de
onfesion y trato espiritual, como tambien en el ministerio de la crianza
ucacion de la juventud, abriendo para ello escuela de gramática y letras
anas, propios ministerios de la Compañía, que Dios nuestro Señor le ins-
ba áun antes de conocerla.
ábase tan buena mano en ambos empleos, repartiendo para ellos el tiem-
que correspondia admirablemente el fruto á sus trabajos; con que ga-
tambien cada dia mayor opinion y crédito de su santidad.
contento con aprovechar al prójimo en el ministerio de los Sacramen-
procuraba aprovecharle no ménos con la escuela pública que abrió de le-
ıumanas.
la buena enseñanza y educacion de la juventud, aunque era con alguna
da de su quietud y renunciando en gran parte los consuelos de su reco-
nto; dispuso muy bien su aula, acogiendo en ella gran número de discí-
, á los cuales cuidaba tanto y más aprovechar en la virtud como en las
, haciéndoles exhortaciones á menudo, así en comun como en particu-
enseñándoles devociones acomodadas á su edad, principalmente de la
sima Vírgen.
iábalos á confesar cada ocho dias, obligándolos á traer testimonio del
or.
tigábalos cuando era menester, y avisaba tambien á su padres que hi-
lo mismo, y, cuando no se aprovechaban, los despedia de su aula.
muy señalado el fruto que correspondia á tan santo empleo, como el
go Andrés de Aquena y otros de aquel tiempo, discípulos suyos, lo
aron, de los cuales salieron muchos religiosos, y en particular de nues-
mpañía, muy señalados en virtud y doctrina, como fué el P. Juan Po-
el P. Juan Pedro Antonio y otros.
rimero de estos pasó á Aragon y fué graduado de doctor en la Univer-
le Gandía, y Rector de aquel colegio y del de Barcelona.
enviado dos veces por Procurador á Roma, y, vuelto á Cerdeña, gober-
ella provincia, siendo su primero Provincial, cuando se separó de la de
ı.
ernó tambien el colegio de Sácer muchos años, con gran satisfaccion,
prudencia y celo de nuestro Instituto.
se en la sexta Congregacion general, y tuvo el segundo asiento entre
vinciales.
ro, que fué el P. Juan Pedro Antonio, muy querido discípulo del
Sebastian, pasó de aquella provincia á la de Toledo, y vivió en el

colegio Imperial de Madrid, donde murió al cabo de su vejez, habiendo trabajado en él incansablemente en nuestros ministerios de la Compañía con singular satisfaccion de ella y loa de todos.

No se contentaba el siervo de Dios con aprovechar á sus discípulos menores de edad, mas áun se extendia su caridad á sus padres de ellos y á otros que, atraidos con su santo trato, se recogian á vida más retirada y trato más familiar con nuestro Señor, así eclesiásticos como seglares.

De estos fué uno el Dr. Lorenzo de Alisa, médico de profesion y docto en su facultad, de quien el Padre aprendió Artes y Filosofía y le enseñó la del cielo con extraordinario aprovechamiento suyo.

Pero su más íntimo amigo y compañero de espíritu fué un sacerdote gran siervo de Dios, llamado Onofre de los Montes, que despues entró y murió en la Compañía con fama de santidad, reconociendo del P. Juan Sebastian y su trato las muchas misericordias que Dios le hacia.

## III

*Cautívanle los moros y hace en África grande fruto, animándole á ello la Madre de Dios, y favoreciéndole nuestro Señor con raras maravillas.*

Por este tiempo llegaron á la ciudad de Sácer unos Padres de la Compañía que fueron el P. Baltasar Piñas y el P. Francisco Antonio, para fundar en ella el primer colegio que hubo en Cerdeña con la hacienda que mandó para ello D. Alejo Funtana, secretario del emperador Cárlos V y maestre racional de aquel reino, y natural de la dicha ciudad, los cuales trataron de asentar luego estudios de Gramática.

Consolóse mucho con su llegada el siervo de Dios, Juan Sebastian, y más entendiendo su Instituto y espíritu, que no era diferente del suyo.

Llevó luego todos sus discípulos á la Compañía, y, como por entónces no habia estudios mayores de Teología, trató de ir á Valencia para pasar adelante en ellos, hasta tomar el grado de doctor, para poder mejor ayudar á las almas y ser recibido en la Compañía siguiendo su Instituto.

Embarcóse en el puerto de Alguer el año de mil y quinientos y sesenta y dos en un bajel catalan con otros muchos pasajeros.

Como los consejos y trazas de Dios son admirables, en lugar de llevarle á Valencia, le llevó á Argel, el cual consejo no se le encubrió al siervo de Dios, que reprendiendo con gran celo y espíritu los abusos y disoluciones de los

avío, usó algunas veces de palabras en que daba á entender el cautive-
ue les esperaba.
iando, ya tres dias despues que se hizo á la vela el navío, estuvieron á
del enemigo, confirmó el siervo de Dios su dicho y exhortó á los com-
ros á la fidelidad que debian á Dios y la obligacion que tenian de estar
:s en la fe y morir por ella, porque eran los más de ellos gente moza, y
an peligro de renegar de ella; que es lo que más intentan y persuaden
ioros.
unque la gente del bajel peleó valerosamente, con todo, cayendo muerto
pitan y algunos otros, se hubieron de rendir.
n quien más mostraron su fiereza los moros fué con el siervo de Dios,
ndo que era sacerdote.
altratáronle y desnudáronle hasta la camisa, dejándole con sólos unos
ncillos de lienzo; aunque, viéndole así el capitan moro, compadecido de
snudez, le mandó dar una camisa.
deció bajo cubierta con la estrechura y mal olor tan grande ahogo y tra-
que faltó poco para acabar con la vida, como por los mismos trabajos
a de agua acabaron algunos de sus compañeros.
tró el siervo de Dios en Argel así desnudo como estaba, y, siguiendo
sadas de Cristo, fué primeramente vendido en el mercado público, con
a de su persona y consuelo de su alma; porque llegaban los comprado-
ısta tantearle los dientes como se hace con las bestias.
npróle un morisco renegado, cruel y fiero, y tan avariento, que por sa-
crecido rescate de su cautivo le maltrataba cruelmente.
ıóle en ambas piernas unas calzas de hierro bien pesadas y largas, que
aban de la rodilla á los tobillos.
a dia le señalaba una tarea en su heredad, mayor de la que podia cum-
la noche le molia á palos por no haberla cumplido.
íale dormir en el suelo en el baño ó mazmorra comun de los cautivos,
las más veces le echaba sin cenar.
on increibles los trabajos y malos tratamientos con que este fiero hom-
rcitó al siervo de Dios por tres años continuos, y por su mano el Se-
e le quiso labrar y perfeccionar en la paciencia y sufrimiento.
s trabajos decia despues el siervo de Dios que no los trocara por tan-
ndos como estrellas hay en el cielo.
e sus trabajos del cautiverio, que fueron grandes, cargado de grillos y
s, no se olvidó el siervo de Dios de añadir á su paciencia la caridad para
hermanos concautivos y devocion para con Dios y la Vírgen Santísi-
Madre, de quien recibia continuamente favores y consuelos en su alma.

Levantábase de ordinario dos horas despues de media noche, para tener oracion y rezar sus Horas con las de la Vírgen, armándose por la mañana para los trabajos del dia; aunque tambien acudiendo á su tarea, continuaba su trato con Dios, procurando no perderle jamás de vista.

Lo mismo hacia en el baño, donde pasaba las noches, sin dejar de acudir á las necesidades espirituales de sus compañeros, no perdonando á trabajo y exponiéndose áun á peligros de la vida, la cual le hacia despreciar el celo de la honra de Dios y de la salud de sus hermanos, no sólo cautivos que flaqueaban en la fe ó no vivian conforme á ella, mas áun á renegados, para reducirlos y darles la mano hasta sacarlos del abismo de la apostasía, y para con ambos se logró muy bien su trabajo.

Concertóse con un mozo cautivo, por nombre Juan Cordela, natural de Sácer, que le ayudase á trabajar en la heredad de su amo todos los sábados, á fin de tener los domingos libres para decir Misa, confesar, comulgar y predicar á los cristianos, como lo hacia en su mazmorra y fuera de ella, exhortando á los que habian apostatado para tratar de su remedio.

La buena obra del mozo Cordela se la remuneró Dios nuestro Señor con traerle despues, estando libre, á la Compañía, donde en el estado de H. Coadjutor vivió y murió en el colegio de Sácer con grande fama de santidad, siendo incansable al trabajo y empleando todo lo que le sobraba de tiempo en el coro, orando y tratando con Dios.

Todo lo que el Padre hacia era á escondidas de su amo, que no se lo permitia; pero con tal resolucion, que no lo dejaria aunque le costase la vida, segun era encendida su caridad.

Consolaba á todos los cristianos, que eran muchos, de los cuales algunos sin duda peligraran en la fe, si nuestro Juan Sebastian les faltara, como lo refirieron despues algunos de ellos.

Otros crecieron mucho y se adelantaron en la paciencia, caridad y otras virtudes con la asistencia del siervo de Dios.

Donde se lució mucho tambien su trabajo fué en la reduccion de un grande número de renegados que por su medio se reconciliaron con Dios y con su Iglesia, remitiéndolos y escribiendo por ellos á los tribunales de la Inquisicion de Cerdeña y otras partes, pidiendo afectuosamente que los acogiesen con la acostumbrada benignidad, para alentar á otros á que hicieran lo mismo.

Lo que más encomendaba siempre á los cristianos en sus pláticas y exhortaciones era la devocion de nuestra Señora, rezándole cada dia su Rosario.

Para moverlos más, con ser tan humilde, predicando un dia les contó cómo

tre otros favores que la Vírgen le hacia en aquel cautiverio, así en la maz-
orra como en un aposentico de la casa de su amo, se le habia aparecido
juellos dias en el aposento, estando en oracion de rodillas y rezándole su
osario, vestida de blanco, con incomparable hermosura y resplandor, de que
: llenó el aposento, y le habia encargado mucho los exhortase á todos á la
onstancia en la fe y á su devocion, y rezándole cada dia su Rosario.

La cual vision contó despues en particular á uno de ellos más conocido,
ie fué Gabino del Frasso, añadiendo que la Vírgen le habia dado de su
ano una gran cantidad de rosarios para repartirlos entre todos.

De ellos le habia cabido uno al dicho Frasso, asegurándole el siervo de
os que, rezándole con mucha devocion, recibiria de la Vírgen muchas mer-
des y la libertad, como así se cumplió, y él despues contó lo referido sin
ibargo de que le habia encargado el silencio por su humildad.

Por la cual es verosímil que tampoco publicara la vision, segun callaba
mpre sus cosas, si la Vírgen no se lo hubiera mandado para el consuelo y
ento de tantos cautivos como habia, y para confirmarlos más en su cons-
icia en la fe, segun mostró el efecto.

Porque, quedando todos muy consolados y alentados, veneraban y visita-
i con singular devocion el aposento en que se habia aparecido la Vírgen,
i deseo, si pudieran, de consagrarle un oratorio en memoria de aquella ma-
illa, de que resultó tambien la constancia en su fe y reduccion á ella de
que habian apostatado.

Otra cosa singular le sucedió al siervo de Dios con el mismo Gabino del
sso, y fué que por la batería que al mozo le daban los moros para que se
ase á la secta de Mahoma, consintió una vez en salir en traje de moro con
vestido de graña ricamente guarnecido, con tahalí de plata y su alfanje
juesco, y topándole el siervo de Dios en aquel traje, que le llamaba de
mnás, acabó con él que se le quitase y arrojase en un lodazal.

Acto heróico, mas ocasiónole un gran castigo de más de doscientos palos,
que se temia el mozo; mas el siervo de Dios le previno y aseguró de parte
Dios que no sentiria dolor de ellos, así esta vez como otra, quedando el
o maravillado de que antes lo supiera y previniera el siervo de Dios,
o tambien de que por su respeto y méritos le hiciese Dios á él in-
ible.

## IV

*Sale del cautiverio milagrosamente y entra en la Compañía de Jesus. donde hizo vida santísima.*

Habia en Argel un renegado rico y principal, de nacion genovesa, que tenia muy lucida familia y mucho número de esclavos cristianos.

Este, con la fama de santidad que corria entre los cautivos cristianos del sacerdote Juan Sebastian, se llegó á tratarle.

A pocos lances, con las razones del siervo de Dios y luz del cielo que el Señor le envió, abrió los ojos para ver su miserable estado, y dió entrada en su corazon á la verdad de la fe que habia dejado, con fin y resolucion de reducirse á ella, aunque se le hacia dificultoso negocio por no hallar camino para la ejecucion, y por la mujer é hijos, y mucha hacienda que poseia, y sobre todo por el temor de ser descubierto de tantas centinelas y guardas como hay en Argel.

Allanóle el siervo de Dios todas las dificultades, ofreciéndole de parte de Dios el paso seguro, con que acabó de determinarse.

Lo primero que hizo fué rescatar á nuestro Juan Sebastian, no reparando en el grueso rescate que el morisco, su amo, pidió por él, y teniéndole consigo en su casa, le miraba ya no como esclavo, sino como á redentor suyo y maestro en la fe, que le enseñaba y confirmaba cada dia más en su propósito.

En este tiempo, que fueron unos pocos meses, teniendo libertad y mas comodidad, atendió el siervo de Dios con más veras á la reduccion de otros muchos renegados que remitió á las inquisiciones de España, y juntamente al consuelo de sus cautivos cristianos, que le tenian por padre y miraban como á santo.

El renegado, ya convertido por su direccion y consejo del Padre, dispuso todas sus cosas para la salida de Argel, y un dia mandó aprestar unos barcos con capa de salir á divertirse por la orilla del mar.

Teniendo puesto en cobro su hacienda, familia y todos sus esclavos cristianos y al Padre suyo y de ellos, Juan Sebastian, embarcados ya todos, se anduvo entreteniendo en aquella aparente recreacion toda aquella tarde.

Dando á entender á su mujer que tenian viento contrario y que era necesario detenerse algo en cierta parte, sobrevino entre tanto la noche, y con la oscuridad se hicieron á la vela y navegaron tan prósperamente, segun de parte de Dios lo habia ofrecido el santo sacerdote, que á otro dia aportaron en Mallorca.

De allí llegaron á Génova, donde el siervo de Dios, que tenia tan bien ins-
ido al renegado ya reducido, le presentó con todos sus compañeros al Ar-
bispo; rico despojo de su caridad, como fué reducir á su pastor la oveja
rdida, y á su padre el hijo pródigo y desperdiciado.
Con esta hazaña tan gloriosa dió fin nuestro Juan Sebastian á su cautive-
, y volviendo á Cerdeña con mayores deseos de ganar almas, dió principio
su nuevo estado religioso entrando en la Compañía de Jesus el año de 1566,
los cuarenta de su edad, en que estaba tan aprovechado y adelantado en
perfeccion, que no se podia decir principiante, sino perfecto y consumado
ron.
De lo cual áun en el tiempo de su noviciado dió muy buen testimonio su
aestro de novicios, el P. Francisco Antonio, uno de los que fundaron la
ovincia de Cerdeña, el cual pasó de allí á algunos años á Alemania, y vol-
de ella á Madrid, sirviendo á la emperatriz D.ª María de Austria, donde
irió santísimamente.
Dice, pues, en una carta suya al P. Salvador Pizqueda, que tenia cargo de
oger y escribir las cosas toçantes á la vida del P. Juan Sebastian, las pala-
as siguientes:
Lo que puedo atestiguar del santo P. Juan Sebastian, es que le tuve por
icio en Cáller, y me precio mucho de ello, y le tengo por particular abo-
lo en el cielo, y me encomiendo á él cada dia.
En aquel noviciado era muy dado á la oracion, con una profunda humil-
y perfecta obediencia y silencio.
En las penitencias era menester irle á la mano y no concederle la mitad
as que él queria hacer, y decia que todas eran mazapanes en çomparacion
as que hacia en Argel, parte por la crueldad de su amo, y parte por su
ntad.
De lo que trabajó por convertir almas en Argel allá lo sabrán Vuestras
erencias mejor, porque yo estoy olvidado de casos particulares.
Esto es lo que puedo decir en comun, rogando mucho á V. R. me haga
lad de enviarme alguna reliquia del santo Padre, que la deseo muchísi-
Hasta aquí la carta.
a el P. Juan Sebastian un modelo de toda virtud y santidad á los demás
ios, como algunos de ellos lo testificaron; y tan humilde entre ellos,
si empezara entónces á conocer y servir á Dios.
iprimiósele el espíritu y modo de vivir de la Compañía, con haber en-
en ella de tan crecida edad, como si desde niño se hubiese criado
la.
fué tan observante de nuestro Instituto los cuarenta y dos años que vi-

vió en ella, que jamás fué visto quebrantar regla alguna, áun de las más mínimas, viviendo tan ajustado en sus acciones y palabras, que no se le pudo notar en ellas defecto de consideracion ni cosa que se pudiese calificar por culpable.

Y este fué el comun sentir de cuantos le han conocido y tratado en muchos años, así difuntos, que han dejado por escrito ó de palabra este testimonio de la vida del Padre, como son los PP. Salvador Pizqueda, Juan Garrucho, Mateo Martinez, Juan María Flor, Juan Pogio, Antioco Carta y otros que fueron Superiores suyos ó Provinciales ó Rectores, como tambien otros que aún viven.

Recibido en la Compañía de la edad que dijimos, trocó el cuidado que antes tuvo de proseguir sus estudios de Teología y graduarse en ella en el de su mayor perfeccion y ayuda de los prójimos, rindiéndose en todo á la direccion de los Superiores, y contentándose con lo que sabia, que era muy bastante para ejercitar los ministerios espirituales de confesar y predicar, que usa la Compañía. Fué incorporado en ella en el grado de Coadjutor espiritual con singular consuelo de su alma, por ser más conforme á su espíritu humilde.

Desplegó las velas de su caridad así en los colegios donde vivió, como en las misiones que hizo por muchos años con espíritu apostólico y copiosísimo fruto igual á sus trabajos, en que fué incansable.

Dejó tanto nombre de sí, que hasta hoy se conserva en los lugares por donde hizo sus misiones la memoria de su santo celo, espíritu con que predicaba y santísima vida que hacia.

Era tan afable, llano y benigno con todos, cuanto consigo mismo austero.

Acogia benignamente á todos los que venian para confesarse con él, así en las misiones como en los colegios, á todas horas, aunque fuesen las que eran necesarias para su descanso y comida: y decia lo que Cristo Señor nuestro, que no la podia tener mejor que ganando almas á Dios y cumpliendo en ello la voluntad del Eterno Padre.

Mas ¿qué mucho que en el mayor fervor de sus años hiciese esto quien, áun cuando viejo ya de ochenta años, hacia lo mismo en los colegios, señaladamente en el de Sácer, donde hay mayor miés, y donde más tiempo vivió y murió allí?

Estábase oyendo confesiones siete y más horas por la mañana, y poco ménos por la tarde, señaladamente los dias de fiesta.

No pocas veces, por acudir á todos y no despedir á nadie de los muchos que á él venian para ser oidos de confesion por la fama de su santidad, se olvidaba de sí y de su comida, y era menester llamarle ó esperarle hasta despues de haber comido todos.

En este ministerio de confesar fué admirable dechado de confesores, es-
do á todas horas dispuesto para todos, dia y noche, así en casa como fuera
ella, en las cárceles y hospitales, y á toda suerte de personas, anteponien-
siempre á los pobres, á quienes acudia de mejor gana; porque decia que
gente principal siempre hallaria quien les acudiese, mas los pobres no.
Por conocer esta su inclinacion, muchas personas nobles, hijos de confe-
n suyos, esperaban siempre hasta que acabase de confesar la pobre gente,
enian otro dia de ménos concurso.

Sus sermones y pláticas en las misiones, colegios, cárceles y hospitales
n siempre ordenados á sacar almas de pecado, alentarlas en la virtud, á
servarlas en el amor y temor santo de Dios, á la meditacion de la Pasion
nuestro Señor Jesucristo y á la devocion de la Santísima Vírgen, su Madre.
Sus razones eran llanas, pero muy eficaces y fervorosas. Tenia para todas
erias tan á la mano doctrinas y dichos de santos, comparaciones y ejem-
s tan al propósito, áun en conversaciones ordinarias, que siempre eran de
s, que parecia no pudiera hablar mejor, si fuera despues de aparejarse mu-
s dias.

Y así fueron innumerables las conversiones que hizo y pendencias y odios
deshizo, y asimismo las almas que adelantó en la perfeccion, mostrán-
e en todo un perfectísimo operario, cual le pintan y piden nuestras cons-
iones.

orrian por su cuenta, demás de lo que en casa hacia, los hospitales, cár-
s y todos los pobres de la ciudad, siendo él Padre de todos, así en el sus-
o y socorro espiritual como en el corporal, para lo cual solia pedir limos-
nas con tanto encogimiento, agrado y modestia en representar las ne-
lades de los que á él acudian, que obligaba con su modo suave á darle
liberalmente.

un sin que él la pidiese, le tenian muchas personas ricas y principales
lada limosna que le enviaban cada mes ó semana, preciándose de darla
pobres por manos tan santas.

a cosa maravillosa que, creciendo las necesidades en algunos años apre-
s, le crecian más las limosnas y nunca le faltaba con que acudir á ellas,
urando que nadie se fuese sin ser socorrido; y era voz comun que Dios
tro Señor las multiplicaba en sus manos y que le habian acontecido co-
milagrosas en esta materia, aunque él con su profunda humildad y enco-
ento lo encubria todo.

n el trato de las almas era maravilloso el modo con que las sosegaba y
aba, *tanquam potestatem habens,* hallando siempre los que le comuni-
n y trataban todo lo que deseaban para la paz de su alma.

Siempre le hallaban dispuesto y aparejado para tratar de espíritu, y tenia en esto tan hecho el hábito, que apénas sabia hablar de otras cosas; y, si acontecia por alguna ocasion hablarle de otros negocios, siempre procuraba el inferir alguna moralidad.

Solia decir que los de la Compañía que no cuidaban esto, parecia que faltaban á su vocacion. Lo mismo decia de la oracion, y que el religioso que no vive de ella, fácilmente es derribado del demonio faltándole este sustento del alma.

El siervo de Dios era tan dado al ejercicio de ella, que no parece la interrumpia jamás en todas sus acciones y horas del dia, aunque ahorraba todas las que podia para tenerla recogido en su aposento, de donde no salia, ni se veia en tránsitos, ni corredores, ni fuera de casa, si no era llamado ó forzado de necesidades.

En su oracion tenia extraordinarios sentimientos, que no pudiéndolos encubrir, salian afuera con suspiros que no estaban en su mano, mostrando ser *patiens divina*.

En la Misa solia encenderse de manera, señaladamente al tiempo del consumir, que parecia salir de sí, arrebatado de la vehemencia del sentimiento espiritual que le llevaba hacia arriba levantándole de puntillas, aunque se reprimia por estar en lugar público, como si pelearan entre sí su humildad en encubrirse y la fuerza del afecto encendido en arrebatarle, como de hecho fué visto algunas veces levantado todo sin tocar los piés en la tarima del altar, como despues diremos.

En su trato y modo de portarse en la Compañía en cuarenta y dos años que vivió en ella, fué tan amigo de la comunidad, que jamás admitia singularidad alguna con su persona ni regalo alguno.

Si alguna vez enviaban de fuera personas devotas algo extraordinario para todos, ó dejaba su parte, ó comia de ella muy poco por no parecer singular.

Este tenor de vida y aspereza en sus penitencias y disciplinas recias que tomaba guardó hasta la muerte con admiracion de los que en edad de ochenta y más años le veian no usar de indulgencia alguna con su persona.

## V

### *Algunas de sus grandes virtudes.*

Esta es una breve suma de la vida de este siervo de Dios, en que bastantemente se significan por mayor sus heróicas virtudes y señalados favores que recibió de la mano de Dios.

Con todo eso, diré más en particular algunas de sus virtudes, dones de ios de profecía y milagros, y victorias que alcanzó del demonio.

Fué el P. Juan Sebastian por extremo humilde, y en esta virtud de una pronda humildad fué siempre creciendo, desestimándose á sí y encubriendo s dones de Dios con tanto estremo, que se pudo tener por demasía; y por ta causa se sabe tan poco de sus cosas interiores.

Sentia muy notable pena cuando se hablaba de alguna cosa suya que le bia sucedido en la Misa, la cual no estuvo en su mano el estorbarla, ó ındo le alababan ó mostraban el concepto y opinion que de él tenian; porе quedaba tan corrido, como mostraban los colores que le salian al rostro, licios de su profunda humildad.

En todas las acciones humildes de casa era el primero. En el colegio de guer, al principio cuando se fundó, siendo él uno de los fundadores, vivian nuestros en una casa vieja desacomodada, en la cual escogió el siervo de os para sí un aposento lóbrego y estrecho, que recibia muy poca luz de un sadizo descubierto que servia de establo.

Era cosa de ver cuán contento estaba en aquella como cárcel, sin salir de a si no era para las cosas necesarias, sufriendo el mal olor del establo por ırecerle muy propia habitacion para él la que lo era de las bestias.

Su cuidado fué siempre de encubrir cualquier cosa suya de que le podia sultar alguna loa.

A una prima hermana suya devota que padecia trabajos interiores, juzgó ı cierta ocasion que convenia declararle una merced que nuestro Señor le ıbia hecho en la Misa para su consuelo; pero con tanto secreto, que le pió juramento de guardarlo.

Pasaron dias, y con ocasion de cierta suspension que se decia haber teni- ɔ el siervo de Dios en la Misa, se le quejó de que no le cumplia su palabra, sabiendo el Padre cómo se hablaba mucho del caso, se le cerró diciendo ıe no era voluntad de Dios declarase las mercedes que de su mano recibia.

Finalmente, acertó á ser de veras humilde toda su vida, pues áun cuando npezó á servir á Dios, supo bien despreciar y hollar el mundo, desechando s honras y dignidades eclesiásticas que su propio Prelado, segun vimos riba, le ofrecia; y en la muerte ninguna cosa cuidó tanto como no dar de ɔstracion alguna con que pudieran tenerle por santo.

En la pobreza fué extremado, y todo lo que tenia en la celda y en su perıa predicaba esta virtud.

Las alhajas y aderezos de su aposento eran una mesica pobre, y más po- cama, y una silla de costillas, aunque casi nunca se servia de ella, como bien muy poco de la cama (porque así de dia como de noche, ordinaria-

mente los que iban á su aposento le hallaban en pié ante una imágen de papel de la Pasion del Señor) y una cruz de madera, y una pilica de agua bendita para contra los demonios que de ordinario le perseguian.

Su aparato de libros era un Breviario viejo, la Biblia, el libro de *Vitis Patrum*, en que leia de ordinario, *Contemptus mundi*, y algun autor de moral.

Rehusaba siempre cosas nuevas, y áun las que no lo eran, si traian alguna comodidad.

El vestido en particular, que si no era mandándolo el Superior, no podian acabar con él los roperos que tomase alguno acomodado.

En el verano é invierno andaba siempre de una misma manera, sin reparo para los frios ni alivio para los calores.

En la comida era muy parco, y jamás se le notó singularidad alguna, áun en los postreros años de su vejez; y en la grande inapetencia que solia padecer algunas veces, no admitia otro regalo más que unas rebanadas de pan mojadas en agua caliente con un poco de queso rallado encima, comida de gente pobre.

De la colacion los dias de ayuno tomaba sólo la tercera parte, regla que observó perpetuamente.

Y aunque parece menudencia, por lo ménos en la continuacion no lo es; y así los ayunos de la Iglesia, como los de su devocion de viérnes y sábados, nunca los dejó aún en la edad decrépita.

Y aunque por lo dicho se trasluce tambien su mortificacion, con todo eso, donde más se esmeró el siervo de Dios fué en la continua mortificacion de sus sentidos, pasiones y afectos.

Los ojos traia siempre bajos, mirando al suelo; y como iba siempre recogido y dentro de sí, no le servian más de, cuando iba por la calle, ver donde ponia los piés.

Nunca fué visto pasearse por tránsitos ó azoteas, ni salir de casa para ver curiosidades, entradas de señores ú otras cosas semejantes que suelen apacentar la vista.

Al campo salia muy raras veces, y en los veinte años postreros de su vida ni al campo, ni á recreaciones ordinarias de los demás fué visto salir.

Todas sus recreaciones las tenia en su celda, en continua oracion y trato con Dios, en la cual tampoco dejaba descansar su cuerpo ni le permitia estar sentado, lo cual en años de vejez cansada y trabajada con tantos ministerios era bien penoso y trabajoso de llevar.

Afligíale con recias disciplinas que tomaba todos los dias tres y cuatro veces, aunque procuraba que fuesen por la noche y no de dia por no ser oido

que por eso no dejaban de sentirse, porque de tan recias hacian estreme-
os aposentos vecinos.
saba de cilicios muy ásperos y continuos, durmiendo en el suelo ó sobre
ablas de la cama vestido, hasta que mandándole los Superiores que no lo
:se, se solia recostar tambien vestido en la cama sobre un colchoncito y
manta vieja.
or esta causa criaba algunos animalillos, señaladamente en la vejez, en
tambien hallaba su mortificacion, porque nunca los mataba, y, cuando
ho, si salian á fuera y se mostraban en público, sin matarlos, los encubria
parte del vestido, que es lo que refiere Tertuliano que hacia el paciente
ortificado Job con los gusanillos que criaban sus llagas, que cuando se sa-
los volvia á ellas.
ı obediencia del P. Juan Sebastian fué de varon muy perfecto, no sólo de
y voluntad, mas áun en el juicio.
a exactísimo en lo que se le mandaba, nunca mostrando voluntad, incli-
n ó juicio contrario.
nás puso dificultad en alguna obediencia, ni parece que se le ofrecia,
áun proponer no se atrevia, por no deslizar en alguna imperfeccion.
ntra esta virtud, por más que la regla da lugar para ello, no podian con
aros ni dudas ó epiqueyas para desviarle de la obediencia, ni daba lu
razon alguna que moviese á ello.
ıunque toda su vida fué admirable ejemplo de esta virtud, no dejaré uno
ar que contaba el P. Juan Franco, Rector que fué muchos años del co-
de Sácer y Superior del P. Sebastian.
nándole de parte del P. Rector un Hermano despues de acostados
fué luego á ver lo que le mandaba y fuéle respondido que no le habia
lo, y que se volviese á su celda; con que sospechó el siervo de Dios lo
a, que el demonio le inquietaba como solia.
nándole segunda vez en figura de aquel Hermano de la misma mane-
fuese al aposento del Superior, sin embargo de lo sucedido y de su
ha, tornó á levantarse con la misma presteza y acudió al aposento del
tor, el cual segunda vez le desengañó y mandó se volviese.
aba esto para asegurarse el siervo de Dios del embuste del demonio;
n todo eso, llamado tercera vez de ahí á dos horas, volvió el obedien-
e á levantarse por la fuerza que le hacia la voz de la obediencia, vién-
mar de parte del Superior, aunque por boca del demonio, y fué terce-
l P. Rector.
ló este parecer delante de sí al Hermano, que se entendió era el por-
casa, y preguntándole si habia llamado al P. Sebastian de su parte,

supo de él que ni áun habia salido de su aposento: con que dió órden el P. Rector, que por más que le llamasen otra vez en su nombre, no se levantase ni saliese de su aposento, como así lo hizo, dejando al demonio vencido y corrido con tan perfecta obediencia, que llegaba á obedecerle á él por sola la voz que llevaba de su Superior.

Las victorias de su castidad y la estremada pureza con que se conservó desde el sacerdocio hasta la muerte, debe este religiosísimo Padre, despues de la gracia del Señor, á la intercesion de la Santísima Vírgen su patrona, á su insigne obediencia y al rigor estremado con que trató su cuerpo desde el principio de su conversion, porque fué sobre manera inclinado á penitencia.

Las que hizo en su primer retiro del hospital de Sácer, ya se han dicho: las de su cautiverio exceden á toda admiracion; porque, no contento con las que el Señor le ofrecia por mano ajena, sirviéndole muy á su gusto la crueldad del tirano, su amo renegado; añadia él muchas más, con que continuamente maltrataba y afligia su cuerpo, como ya hemos dicho.

En la Compañía quiso llevar adelante sus rigores; empezó á dormir sobre las desnudas tablas.

El sueño que tomaba era muy corto, gastando lo más de la noche en oracion y en disciplinarse diversas veces con ásperas disciplinas y con un duro nervio de buey, con que trataba su cuerpo como á esclavo, continuando los azotes del cautiverio, cuya memoria conservaba con semejante instrumento.

Notaron los roperos, que aún en la vejez, quebrantado de trabajos, nunca usó de sábanas, porque, cuando se las daban de nuevo limpias, hallaban las otras igualmente limpias y dobladas.

No sólamente usaba consigo el Padre este tenor de penitencia, más áun aconsejaba que era el medio más eficaz para conservar la pureza angelical que piden nuestras constituciones, juntamente con la guarda continua de los sentidos, en que fué tan exacto, que jamás se le notó que mirase rosto alguno de mujer ni otros objetos que pudiesen causarle alguna distraccion en materia semejante.

## VI

*Su oracion, devocion y favores que recibia de Dios nuestro Señor.*

Fué este siervo de Dios de continua oracion, como parece de todo lo dicho.

Siempre iba recogido dentro de sí con Dios, gozando de su presencia y trato; y nadie le miraba que no se lo echase de ver, ni le trataba nadie que no lo experimentase, pues le hallaban todos y á todo tiempo tan templado y tan de Dios y con Dios, que no sabia hablar de otra cosa.

Demás de esto tenia de propósito muy largas horas de oracion, y eran todas las que le sobraban de los empleos y ministerios espirituales, pues todas las pasaba ó en oracion ó en leccion espiritual.

Desde los principios de su conversion y despues en su cautiverio, no obstante los trabajos que en él padecia, era tan dado á la oracion, que la tomaba por descanso de sus trabajos del dia, orando casi toda la noche.

Toda su vida conservó este afecto grande á la oracion, que parece iba á ella como á su centro; y Dios nuestro Señor, á la medida de este su cuidado, le acudia con grande abundancia de sus favores y regalos divinos, que sin duda fueron muy grandes y muy singulares, como podemos rastrear de los que aquí diremos.

Digo rastrear, porque de su boca, segun la tuvo siempre tan cerrada encubriendo los favores de Dios, no se pudo saber cosa.

Verdad es, que aunque encubrió lo que en su retiro le pasaba con Dios; mas en la Misa, que la decia en público, quiso Dios, que con vehemencia de afectos le arrebataba para sí, diese indicios, sin recatarse él, de los grandes favores que Dios le hacia, como tambien fuera de ella, así en las misiones como en los colegios.

Acechándole una vez un caballero santo, gobernador del Estado y baronía de Ploague, por nombre Beltran de Guevara, que le tenia hospedado en su casa en una mision; le vió haciendo oracion de rodillas en su aposento, levantado del suelo en alto, con extraña admiracion suya y consuelo particular de su alma, como él mismo lo contó despues á otros.

Viviendo el Padre en el colegio de Alguer, y estando diciendo Misa, se la oia un caballero español, maestro de campo de un tercio que estaba allí de paso, y despues de haber consagrado, le vió levantado del suelo, como lo dijo al H. Sacristan, pidiéndole el nombre del Padre para tenerle en su memoria.

Frecuentemente se le mostraba Cristo nuestro Señor en la Hostia despues de consagrar, causando en su alma maravillosos afectos con suspensiones y raptos que se descubrian con demostraciones exteriores que no estaba en su mano reprimirlas.

Diciendo una vez Misa, vió una señora devota que la oia muy cerca del altar, cómo teniendo al Señor en las manos, al tiempo de comulgar, todo encendido y como trasportado, no acababa de hacerlo, ya acercándose, ya retirándose, sollozando y derramando copiosas lágrimas por espacio de casi un cuarto de hora, y oyó que decia: «Señor, no me atreveré á recibiros mientras no os tornáredes como antes.»

Finalmente vió, que con mucho sosiego le recibió y se estuvo otro cuarto de hora sin menearse.

Acabada la Misa y dadas las gracias, le esperó la señora en el confeso rio para que la oyese de confesion, y le dijo lo que habia visto y oido en Misa; á lo cual, hallándose el siervo de Dios atajado y como cogido de s propias palabras, sin haberlas él advertido, la hubo de decir que el niño Je sus, que estaba allí vivo, le decia: «¿Por qué no me recibes? á lo cual respon dió él las palabras arriba dichas, encargándola mucho el secreto, así de lo que habia oido, como de la explicacion que el Padre las habia dado.

Esta misma señora le vió en otra Misa levantado del suelo en alto, y despues de haber alzado al Señor, por la parte del Evangelio donde ella estaba, vió que le salia del rostro un resplandor tan grande, que no pudiendo ella atener á mirarle, hubo de bajar los ojos.

Dándole despues cuenta en el confesonario de lo que habia visto, á lo de la elevacion no respondió nada, y á lo del resplandor dijo que no salia de su rostro, sino del mismo Cristo, resplandor de la gloria del Padre.

En otra ocasion, diciendo Misa y asistiendo á ella mucha gente, le sucedió que, despues de dichos los *Agnus* y las oraciones de antes de comulgar, prorrumpió en alta voz, diciendo: «Jesus,» por tres veces, y luego continuadamente: *Señor, tornáos como érades, que no soy digno, y no me atrevo.*

Admirada la gente, se miraban unos á otros sin hablar palabra: con que se deja entender que no sólo eran frecuentes estas apariciones y favores que Dios le hacia; más áun que tenian fuerza de enajenarle y sacarle de sí y de su ordinario paso en encubrir siempre sus cosas; y cuando se las decian, corrido y avergonzado no sabia qué responder.

Otra vez, despues de haber consagrado, levantó la voz diciendo: *Vivo, vivo*

Acercóse la gente con asombro y el Hermano que le ayudaba, para avisarle que mirase lo que decia; y el Padre, como absorto y enajenado, le dijo «Hermano, vivo es;» y volviendo sobre sí, pudo pasar adelante.

Otra vez, al tiempo de comulgarse en la Misa, sin acabar de decir tercer vez: *Domine, non sum dignus*, dejó caer la Hostia encima de la patena, y co los reparos que solia y extraordinaria congoja y temblores que la mostraba le oyeron decir: ¿*Vivo, Señor, vivo os recibiré*,? repitiéndolo por tres vece

Quedóse así suspenso, fijos los ojos en el Sacramento, por espacio de u cuarto de hora, y luego que le recibió, prosiguiendo hasta acabar la Misa, e tuvo tan absorto y enajenado, que no acertaba en las acciones y pasos has llegar á la sacristía, donde se quedó enajenado y tan fuera de sus sentido que el Hermano que le habia ayudado á la Misa hubo de salir á las penit tas que le esperaban en la iglesia para confesarse, para decirlas que el Pa no estaba en disposicion de poderlas oir.

Esta vez sabemos que se le mostró el Señor en la Hostia con sus divi

ıgas, vivo y glorioso como está en el cielo, segun lo dijo el Padre con gran creto á una persona de las que le oyeron la Misa, que le decia lo que le ha- an oido decir en ella.

Con esta ocasion le habló de los misterios de la sagrada Pasion de Jesu- sto que se representan en la Misa, tan encendido en su amor, que parecia lir de sí.

Y la misma persona vió que antes de acabar la Misa, cuando se volvió á cir: *Dominus vobiscum*, tenia su rostro tan resplandeciente, que siendo la ulla que traia de color verde, participando de la misma luz, parecia nca.

Asimismo fué visto muchos años antes que muriese, que diciendo Misa, pedia rayos de su cabeza.

Cuán continuos fuesen estos favores y visitas del cielo, se descubre bien o de lo que despues de su muerte declaró una persona, afirmando suce- semejantes á los referidos, que serian once ó doce veces las que oyendo Misa los habia notado.

De estos reparos al tiempo de comulgar y vehemencia de sus afectos y ıbras que, trasportado en Dios, se le oian, hubo muchísimos testigos que juramento lo afirmaron despues de su muerte.

la comun opinion era que extrañaba recibir al Señor, que á lo descu- to y corrida la cortina de los accidentes se le aparecia, segun lo signifi- ın sus palabras, sin advertir lo que decia, como otro S. Pedro en el Ta- que no sabia lo que hablaba.

n ciudadano honrado de Sácer, por nombre Juan Bautista de la Torre y e, afirmó con juramento que, oyendo la Misa del P. Sebastian, vió que ues de alzada la Hostia y antes de consagrar el cáliz, se paró inmoble, ) si fuera una estátua, y sin sentido, y se detuvo más de medio cuarto de elevado de la tarima del altar en alto, hasta que, volviendo en sí, como ın muerto le volviera el alma, dió un gran suspiro, con extraña admira- de los circunstantes, que se miraban unos á otros.

ıchos de la Compañía que le ayudaron á Misa y otras personas de fuera ısistian, se admiraban de la devocion, ternura y sentimiento grande con elebraba, cuya demostracion eran de ordinario los manantiales de lá- ıs y los continuos sollozos que no podia reprimir y unos temblores de el cuerpo; indicio de los vehementes afectos del alma, de los cuales re- ıa la fuerza superior á la flaqueza de su cuerpo cansado y consumido en ez, que le obligaba como con violencia á ponerse de puntillas y perse- de esa manera, sin estar en su mano otra cosa, desde el consagrar hasta ısumir.

Era esto casi siempre, fuera de las veces que, siendo mayor la fuerza del espíritu, le levantaba todo el cuerpo, que no fueron pocas.

Causaba admiracion verle sustentarse de puntillas tan largo espacio, siendo así que apénas podia sustentarse en pié por su flaqueza y vejez.

Y por esta causa de los favores que Dios le hacia en la Misa, nunca la dejaba de decir, esforzándose para ello, aún en sus enfermedades, cuanto podia.

Fué providencia de Dios que siempre la dijese en público, como los demás Padres de casa, para que hubiese muchos testigos de todo lo dicho.

Notósele, finalmente, á sus tiempos, que sentia unos júbilos acompañados de alegría exterior, que manifestaban el gozo interior de su alma, que no le podia tener á raya.

El P. Salvador Pizqueda, que tenia bien conocido su espíritu, declaró que aquel júbilo nacia de la clara luz que Dios infundia en su alma, de la cual habla S. Gregorio sobre aquello de Job: *Videbit faciem eius in iubilo.*

Algunos varones santos, no pudiendo contener la vehemencia de sus afectos, se salian á los campos para desahogarlos; mas este humilde Padre se encerraba dentro de la celda, para evitar en cuanto podia demostraciones exteriores.

## VII

### *Su encendido amor para con Dios y caridad y celo de la salud de las almas.*

Cuánto ardiese su corazon en el amor de Dios y los afectos muy encendidos con que amaba á Cristo nuestro Señor, se dejan bien entender de todo el discurso de su vida y de sus ordinarias meditaciones, que eran siempre de los misterios de su vida, y señaladamente de su santísima Pasion, que era su ordinario y continuo ejercicio espiritual, del cual sacaba cada dia nuevos motivos de más amarle, practicándolos con los que le comunicaban y trataban, con deseo de adelantarse más en el amor de nuestro Señor Jesucristo.

Decia que este era el más poderoso y eficaz medio para crecer cada dia más en su divino amor; y así, ninguna cosa encomendaba más que este santo ejercicio y consideracion de su Pasion santísima, hablando como tan experimentado en esta materia.

De aquí nacian todas sus ternuras y lágrimas, afectos y sentimientos de que hemos hablado arriba, señaladamente los que en la Misa sentia, por ser toda ella una representacion de este divino misterio.

De este amor divino le nacia el estar siempre colgado de la divina voluntad, á la cual estaba tan rendido y conformado, que de su boca, en cualquiera acaecimiento, jamás se oia una mínima queja ni disgusto por cualquier-

abajo, recibiéndolo todo de la mano de Dios, y alabándole siempre con ırticular agrado de que se cumpliese en él su santísima voluntad, señaladaıente en las enfermedades.

Estando enfermo una vez, se descuidó el enfermero de acudir al Padre, oldándole por andar acudiendo á otros enfermos y dejándole sin comida.

Entrando en su aposento el Hermano portero por la tarde para darle un cado, entendió lo que pasaba y afligíase del descuido; mas el Padre, alegre y ›ntento le dijo: «No tome pena, Hermano, que esto quiere Dios, y si no lo ıbiera querido, no hubiera sucedido el descuido.»

De andar tan actuado siempre en esta conformidad, gozaba de una grande ıietud y paz interior de su alma, que ningun género de suceso le alteraba ni embarazaban cuidados de esta vida, ni respetos humanos, como si no vi:ra en la tierra.

De este amor á Dios le nacia el de los prójimos y celo singular de las als, que habiendo dado Dios por ellas su vida, le parecia todo poco cuanto hacia, con deseo de dar él tambien la suya por ellas, como se echa de ver r las muchas veces que la puso en evidente peligro en su cautiverio, para ıdar á sus concautivos en los ministerios espirituales.

'or ventura este deseo grande fué el que le llevó á Argel, pues tuvo reveon antes de embarcarse de que seria preso de los moros, como así lo › á uno de los pasajeros disuadiéndole la embarcacion en aquel viaje; y todo eso no lo dejó, ántes eso mismo le inclinó más á la empresa que ıó, con que pareció su cautiverio más voluntario que forzoso, haciéndolo :aridad esclavo por los redimidos con la sangre de Jesucristo.

.os efectos de esta su ardiente caridad en el tiempo del cautiverio ya quereferidos arriba.

;o se apagaron las llamas de este fuego, ántes se encendieron mucho más a Religion con nuestros ministerios, y más ayuda de costa de la gracia a vocacion, como se vió en los muchos años que anduvo empleado en mies por los pueblos más apartados y necesitados de cultura espiritual, como ›a tocamos.

e lo que hizo en particular en los pueblos de la Baronía de Posada en misiones continuas por las cuaresmas y otros tiempos, fué testigo de . el gobernador de ellos, caballero aragonés muy cristiano, por nomD. Juan Moros de Molinos, muy aficionado á la santidad y espíritu 'adre.

esta causa le pidió á los Superiores, y asistia á sus sermones, doctrinas 'os ministerios, no acabando de maravillarse de su gran celo y del igual que veia resultar de sus trabajos, en que era tan incansable de dia y de

noche, que apénas se acordaba de comer, ni habia interrumpirle si no era con fuerza.

Por lo cual el caballero alcanzó con los Superiores que, para moderacion de tantos trabajos y mirar por la salud del Padre, le diesen á él sus veces, haciéndole como Superior del P. Juan Sebastian en esta parte; y como era en todo obedientísimo, por más que estuviese muy ocupado en el confesonario y otros empleos de la mision, mortificaba su voluntad y lo dejaba todo al punto que le llegaba el recado del caballero su huésped, teniendo á raya su fervoroso espíritu con una sombra de obediencia.

Añadia á todo esto el cuidado de que nadie quedase en los pueblos sin confesarse, poniendo mucha diligencia en los registros de las confesiones, y llamando á los que faltaban con medios muy suaves, pero eficaces.

Uno de estos, que por vivir en el campo asistiendo á su ganado de continuo, era muy ignorante de doctrina y misterios divinos, resistia grandemente á los medios suaves del Padre, con que le pretendia traer á la confesion, y mucho más resistia á querer confesarse con él, diciendo que se dejaria mas presto matar, y añadia que tampoco queria con otro.

No se desalentó el siervo de Dios con esta terquedad y obstinacion; mas, juzgando ser necesario añadir á los medios suaves algo de rigor, suplicó al gobernador le mandase detener como preso en el lugar, valiéndose del temor de la justicia humana para rendirle á la misericordia divina.

El hombre dió en huir y esconderse, y, cuando le hallaban, hacer armas contra la justicia, hasta que, cogido y llevado al gobernador, se le remitió al Padre, á quien se llegó temblando y despavorido. Mas con su acostumbrada suavidad y dulzura con que le habló, quedó aquella fiera del campo tan amansada y despues tan instruida, bien confesada y tan aficionada al Padre, que acudia muchas veces en la cuaresma de su grado á confesar con el siervo de Dios y frecuentar entre año los Sacramentos, cuya frecuencia y destierro de la ignorancia en todos aquellos pueblos y en los demás de sus misiones, se debe á sus trabajos y santo celo.

Su ordinario empleo en los colegios, como arriba tambien queda dicho, era oir confesiones á todas horas, y de la gente más desvalida y ruda.

La eficacia con que hablaba en el confesonario era claro argumento de su ardiente caridad, poderosa para rendir pecadores.

Encarecia la gravedad del pecado tan vivamente, y con razones y comparaciones tan al propósito, que quedaban los penitentes como aturdidos por la gravedad del pecado y aborrecimiento de él, como impreso en el alma y con lágrimas en los ojos.

Uno de estos penitentes que se mostraba rehacio, dijo despues que, deján-

le el Padre arrodilado, se fué á tener un rato de oracion por él, y vuelto el dre, se halló tan trocado, que vino en todo lo que se le ordenaba para bien su alma, y con afecto apartó de sí un tropiezo que le ocasionaba sus idas, cosa que antes le parecia imposible.

En acudir tambien á los hospitales y cárceles mostró su ardiente caridad, mo queda dicho arriba, socorriendo á todos, así de remedios espirituales mo corporales.

A los enfermos de casa, no contento de visitarlos entre dia á menudo, acu- lia tambien de noche, cuando la enfermedad era de algun peligro y traba- osa, ofreciéndose y acudiendo á lo que habian menester.

Compadecíase sobre manera de las mujeres perdidas ó que se iban á per- ler, procurando sacarlas de su mal estado ó del peligro, y poniéndolas en seguro.

En fin, en todo género de obras de caridad se esmeró siempre de manera, que no sólo edificaba, mas áun admiraba á todos, así de casa como de fuera.

## VIII

*Tuvo don de profecía y de hacer milagros.*

Fué dotado este varon de Dios de espíritu profético, con que supo y des- cubrió muchas cosas por venir y secretos del corazon.

Algo de esto queda dicho en el discurso de su vida, y de otros casos que se han ido recogiendo, se añadirán aquí algunos.

Una sierva de Dios, estando enferma en la cama y despierta, vió entrar una noche dentro del aposento en que vivia, el Santísimo Sacramento de la ma- nera que suelen llevarle á los enfermos, y vió que iban á dar la comunion á na persona de la casa, que no echó de ver quién era.

Quedó atónita con la vision; y como en la casa no habia otra persona en- erma más que ella, creyó que la daban á entender que estaba cercana su nuerte.

Por la mañana fué el P. Juan Sebastian para confesarla, y, sin que ella se hubiese declarado con nadie, la preguntó el Padre si aquella noche habia te- nido temor; dijo ella que sí, y el Padre añadió: «No temais, que no sois vos la que ha de morir en esta casa, porque otra es la que ha de morir presto y de repente:» y sin que ella le dijese la vision, se la contó el Padre con todas sus circunstancias, y pidió si conoció la persona por quien venia la comu- nion; respondió que no, porque á ese tiempo uno de los ministros que ve-



nian en el acompañamiento se llegó á cubrirla los ojos, y sólo oyó que decian: *Domine, non sum dignus*, como si comulgase.

Aquí el Padre dijo: «Bien sé yo la persona, mas no conviene decirla por no daros pena» y declarándole por menor las circustancias de la vision, como si el Padre la hubiera visto, dijo entre otras cosas, que el primero que entró acompañando al Señor traia un incensario en las manos, del cual salia admirable fragancia, y fué realmente así.

Dijo más, que los que venian tambien acompañando con sus luces, no eran hombres, sino ángeles, y quien traia el Sacramento era el mismo Cristo.

«¿No advertistes (añadió) cuán diferentemente sirven al Señor los cortesanos del cielo, de los hombres en la tierra, en la reverencia con que le asisten y acompañan?» añadiendo el grande resplandor que de ellos salia y la música suavísima que le hacian; á que respondió que sí, señalando la parte por donde se dejaba sentir, aunque ignoraba si era dentro ó fuera de casa.

Finalmente, la declaró el misterio de la vision, y era, que habiendo de morir en aquella casa dentro de pocos dias repentinamente una persona cuya alma era muy grata al Señor, quiso el mismo Señor mostrar que no habia de morir sin Sacramentos, por más que muriese de repente.

Sucedió como lo dijo el Padre, y fué que la señora de aquella casa, por nombre Clara Saffo, mujer de calidad y señalada virtud, de la Tercera Orden de S. Francisco, de ahí á pocos dias, cumpliendo cierta novena en la iglesia mayor y pasándose de allí á nuestro colegio, donde confesó y comulgó, al volver despues á su casa, pasando junto á la de un deudo suyo, la acometieron unos desmayos y accidentes, que la acabaron dentro de dos horas.

Admiró este caso á la sierva de Dios que tuvo la vision, y no ménos la declaracion que el Padre la dió, y quedó muy consolada con lo que el mismo Padre despues la dijo y aseguró que estaba ya gozando de Dios la buena señora á quien la enferma tenia en lugar de madre.

Doña Felipa de Cervellon, condesa de Cedilo, estaba afligidísima pensando que el conde D. Bernardino de Cervellon, su marido, habia muerto en Génova, adonde habia ido para curarse de cierta enfermedad, y habia tiempos que no tenia aviso alguno.

Dió parte de su afliccion al siervo de Dios, que era su confesor, y, consolándola, la dijo que el conde su marido estaba ya sano y fuera de Génova, y que esta era la causa de no tener aviso.

Así fué, que de ahí á pocos dias tuvo cartas del conde, que estaba en Milan sano y bueno.

Casi semejante á este caso fué el que le pasó con la condesa de Elda, vireina de aquel reino, acerca del conde su marido, segun queda referido arriba.

Visitando una vez el Padre á una señora muy devota, entró á deshora en el aposento una criada suya, moza de pocos años, que venia de traer agua de la fuente, á quien el Padre en presencia de su señora reprendió algunas acciones particulares de libertad y desenvoltura, encaminadas á su perdicion, no sin vivo sentimiento y lágrimas nacidas de su santo celo.

Replicó ella que cómo podia saber esas cosas; mas despues de haberse do el Padre, admirándose de que supiese cosas que por medio humano era mposible saberlas, afirmó ser así la verdad.

Súpolo despues el siervo de Dios, y añadió, que habia derramado aquellas ígrimas de sentimiento, porque en hecho de verdad aquella moza se habia e perder, como así sucedió.

Una mujer divertida se redujo por las amonestaciones y consejos de un adre de la Compañía, el cual para la perseverancia la juntó con una sierva e Dios, para que la hiciese frecuentar los Sacramentos y apartarse de las casiones de volver al vómito.

Mas ella, arrepentida de su mudanza de vida, en lo exterior daba demosaciones de no estarlo, con las penitencias y disciplinas que hacia, con que buena mujer que la tenia en casa estaba muy satisfecha de su proceder, sta que, comunicándolo con el P. Juan Sebastian, le oyó decir que todo era igimiento, que las disciplinas que tomaba era sacudiendo en la pared, para reditarse.

Quedó admirada la sierva de Dios, é hizo experiencia del caso, y descubrió así; de lo cual y de otras cosas que vió, se determinó á echarla de su casa.

Un Hermano de la Compañía contó de sí mismo, que siendo estudiante seır, confesando una vez con el Padre, el demonio le ponia tal vergüenza en clarar cierto pecado, que casi se determinaba á callarle.

Al fin de la confesion le preguntó el Padre que dijese si tenia más que de- añadiendo: «Mirad, hijo, que el demonio os está detrás tirando de la capa a que no digais el pecado que teneis escondido.»

Quedó asombrado el penitente, y entendiendo que ya el confesor sabia por elacion divina su pecado, no dudó de confesarle.

Estando una sierva de Dios entre las once y doce de la noche haciendo laen su casa, vió entrar á deshora en su aposento un perro negro estoso.

Quedó atemorizada, y queriéndose levantar para tomar agua bendita, el ro la embistió é hizo caer en el suelo, quedando tan asustada con el te-, que le sobrevino un desmayo, y por algunos dias no la dejó levantar de ma.

asados los cuales, fué al colegio, y, en ausencia de su confesor, fué á con-

fesarse con el P. Juan Sebastian, que la dijo antes de manifestarlo ella el suceso del perro, declarándola que habia sido el demonio, y que aquel trabajo no seria el postrero que habia de padecer en ese género; que se aparejase para otros lances y fiase de Dios, como así lo experimentó y tuvo bien que padecer.

Díjola tambien, sin que ella lo declarase, otras visiones, como de ciertos resplandores que se le entraban de noche por los resquicios de la ventana y otras semejantes, exhortándola á que nunca dejase de acudir á Dios por medio de la oracion.

Un ciudadano honrado de Sácer, por nombre Mateo del Campo, padecia á ciertos tiempos tan profunda melancolía, que para no ver gente se encerraba dentro de un aposento dos y tres dias, tan fatigado de tristes imaginaciones, que le traian casi á término de perder el juicio.

Afligíanse sobre manera del caso la mujer é hijas, sin saber qué hacerse.

Dieron parte de esto al siervo de Dios como á deudo suyo, y pidiéndole algun remedio, el Padre se lo llevó un dia al colegio cuando más anegado estaba en su tristeza.

Encerróle consigo dentro de su celda orando por él y deteniéndole largas horas, despues de las cuales salió el hombre tan curado y trocado, que llegando á su casa con extraordinario consuelo y alegría, no acababa de admirarse del espíritu y santidad del Padre, refiriendo á su mujer cómo le habia acertado todas las imaginaciones y pensamientos ocultos que le turbaban y causaban tan profunda melancolía, añadiendo que le habia quitado como con la mano toda la tristeza de su alma, como así lo experimentó de allí adelante por toda la vida.

Tenian estos casados un hijo inquieto, inobediente y tan travieso y díscolo, que temian de él alguna infamia ó trabajo mayor. Díjoles el Padre que el mozo se embarcaria presto y no le habian de ver más ni tener nuevas de él, y así se cumplió.

Cierta señora recibió una pesadumbre de un confesor, cuando ménos la esperaba, en un negocio grave que le comunicó, quedando tan afligida y desconsolada, que le parecia no hallaria remedio ni consuelo.

Llegóse al confesonario del P. Juan Sebastian, y, sin hablar palabra ni dar muestras del sentimiento que traia, la dijo el santo varon: ¿Qué tiene, señora, y de qué se aflige? tenga buen ánimo, que ese negocio saldrá como desea.

Quedó admirada la mujer de que supiese el Padre lo que le habia sucedido y la causa de su desconsuelo, sin haberse ella declarado, y mucho más se admiró cuando el dia siguiente vió cumplido lo que el siervo de Dios le ha-

)ia dicho, persuadida de que Dios se lo habia revelado y concedido á ella )or las oraciones del Padre.

Dejo otros casos semejantes á estos y vengo á aquellos en que no sólo lescubrió este siervo de Dios que tenia luz para conocer lo porvenir y los se-retos del corazon, mas tambien que le asistia virtud superior para obrar ma-avillas sobre fuerzas humanas.

Salió de una refriega con tres mortales heridas de unos botes de alabarda n primo hermano del santo varon, por nombre Gabino del Campo, el cual, n esperanza de vida y desahuciado de los médicos y cirujanos, trató de dis-onerse para la eterna.

Recibió todos los Sacramentos, y cuando estaba esperando la muerte, pre-enido todo lo necesario para su entierro, visitóle el P. Sebastian acompaña-) del P. Juan Justo, y entre otras razones para su consuelo espiritual, le dijo ie tuviese buen ánimo y confiase en el amparo de la Santísima Vírgen, á iien el enfermo habia hecho voto de ir á visitar su santuario de Monserrate, egurándole que, aunque estaba tan al cabo, no moriria de aquella vez.

Despidióse de él, ofreciéndole que le encomendaria á Dios nuestro Señor á la misma Vírgen.

Causó admiracion en todos la seguridad con que el Padre previno y pro-etió al enfermo la vida y salud; y él no dudó que habia de sanar, creyendo palabras del Padre como si el mismo Dios se las dijera, y experimentó e el dolor le iba faltando.

Vinieron á esta sazon á verle los médicos, aunque le habian desahuciado, yendo consigo preservativos contra el mal olor de las llagas, que pensaban lar hechas odres de materia y corrupcion; afirmóles el enfermo que se sen-bueno y sano.

Llegaron á hacer la experiencia desatándole los lienzos de las heridas, y hallaron todas cerradas y sanas, quedando maravillados de tan evidente agro; el cual atribuia el Padre á la devocion é intercesion de nuestra Se-a, y el enfermo á los méritos del siervo de Dios, que le habia prometido ar por él y asegurado con tanta certidumbre la salud que deseaba.

Este mismo afirmó despues otras cosas maravillosas que con el P. Juan Se-tian le habian sucedido, y generalmente dijo que cuanto el Padre le de-antes de suceder, se cumplia todo al pié de la letra.

Habian de dar á una señora, hija de confesion del Padre, un cauterio de o por unos gravísimos achaques que padecia, la cual temia mucho, como er y sin experiencia de semejante cura.

Encomendóse en las oraciones del siervo de Dios, que se las ofreció y fué ido el Señor, que no acertando el cirujano en aplicar el boton encendi-

do como debia por cuatro veces, ninguna sintiese dolor alguno, como si fuera de mármol, quedando admirado el cirujano y mucho más ella, atribuyendo este efecto á las oraciones de su Padre espiritual, y dándole despues cuenta de ello, la mandó que á nadie lo dijese.

Sucedióle á esta misma persona otro caso tambien milagroso: hallóse en otro tiempo por buen espacio tan apretada de un vehemente dolor de estómago, sin poder reposar ni detener la comida, que pensó acabaria presto con la vida.

Fuéla á confesar el Padre Juan Sebastian á su casa, y díjole acabada la confesion: «¿Cómo, hija, siempre ha de durar este mal?» y respondió ella «sin duda, Padre, que de él me moriré. Habia prometido unas Misas al glorioso S. Gregorio, cuya imágen tenia delante, para que me alcanzase remedio de este mal.»

«Yo las diré,» dijo el Padre; alegróse la enferma, y vuelta hacia la imágen del Santo, pidió afectuosamente que le alcanzase la salud que deseaba; acudió el Padre, asegurándola y diciéndole: «Sí, sí que sanará, no dude.»

Fué cosa maravillosa que, en saliendo de la casa el santo varon para volverse á su colegio, al punto quedó sana la enferma y no sintió más aquel mal, atribuyendo el milagro no sólo á la intercesion de S. Gregorio, mas áun á la del P. Juan Sebastian, que tan seguramente la habia prometido la salud.

Esta misma persona hallábase despues de muchos años con otra enfermedad que la tenia como tullida en la cama, sin que los médicos acabasen de curarla ni áun la entendiesen.

Preguntóla un dia el Padre si deseaba verse libre, y respondió ella que sí, y entónces el siervo de Dios la dijo: «Está bien, bien,» y recogiéndose dentro de sí, como para encomendarla á Dios, al despedirse sintió la enferma que la decian interiormente: «Levántate, levántate.»

Reparó ella consigo mismo, por más que sentia impulsos de levantarse, porque le parecia imposible poderse tener en pié; más al fin, no pudiendo resistir á la fuerza interior, se levantó, y pudo no sólo sustentarse, mas aún andar apriesa como sana, con admiracion suya y de los demás, que no sabian cómo habia sucedido el caso, quedando de allí adelante del todo sana y buena.

Doña Clara Zúñiga y de Pilo, señora de ilustre sangre y de muy insigne virtud, tuvo una indisposicion en los oidos que le causó tan gran sordez, que apénas podia oir palabra así del confesor cuando la oia de confesion, como del sacerdote en la Misa, con que vivia muy desconsolada.

Un dia, confesándose con el Padre que era su ordinario confesor, le rogó la encomendase á Dios y dijese los Evangelios sobre los oidos.

Hízolo así el siervo de Dios por la reja del confesonario, y en despidiénse de allí la señora, se fué hacia el altar para oir la Misa, que la oyó con miracion suya tan clara y distintamente, que echó luego de ver estaba ıa, como realmente lo estaba, alabando á Dios y atribuyendo el milagro á oraciones del P. Juan Sebastian.

Pudiéranse traer otros muchos milagros hechos así por su persona como r reliquias suyas, que se dejan aquí por brevedad.

## IX

*Cómo fué muy perseguido visiblemente de los demonios, y las victorias que alcanzó de ellos.*

a guerra que hicieron á este siervo de Dios los demonios fué muy cruel ›ntinuada por toda su vida; principalmente despues que se recogió á vida perfecta con la dignidad del sacerdocio, fué siempre perseguido y malıdo visiblemente de ellos ya en figura de hombres, ya de fieras y ya de ıstruos infernales.

l mismo Padre refirió algunas veces, hablando de sí como en tercera perı, que los demonios ya le daban de palos, ya le ataban, ya le escupian y ın otros escarnios.

ɔ ménos era inquietarle de noche y á todas horas, despertándole ya con ›s, ya llamándole por su nombre y diciéndole: «*Deo gratias*, levántese, le llama el P. Rector;» hacíalo el siervo de Dios, aunque hallaba despues mbuste suyo.

rriba queda referido cómo por tres veces en una noche le hizo levantar y ir al aposento del P. Rector, fingiendo que le llamaba, no siendo así.

ras veces en figura del portero, como si le llamase para enfermos, y en figura del mismo Superior, le apareció fiero, como que le queria desde la Compañía, que aunque el siervo de Dios á la primera vista se a, mas conociendo la ficcion y embuste de Satanás, se consolaba y alenmás en sus santos ejercicios espirituales, dándose más á la oracion, con lejaba al enemigo vencido y avergonzado.

a vez le encontró en figura de asno y le dijo que cómo, habiendo sido , venia ahora de aquella manera en tan torpe figura, con lo cual conɔ́ y avergonzó á aquel espíritu de soberbia.

estas visiones y otras semejantes corrió mucho la fama no sólo entre ıestros, mas áun entre los seglares.

Saliendo el siervo de Dios un dia al campo, dió el demonio en apedrearle, lloviendo sobre él tantas guijas, sin saber de dónde ni por dónde venian, que le dejaron molido y quebrantado; más, aunque sintió los golpes, no le quedó lesion alguna ni llaga en su cuerpo.

Otra vez en figura de jumento arremetió á él y dióle muchas coces, y otras le quitaba de delante el misal que registraba para la Misa, y se le derribaba en tierra: y de estas y semejantes vejaciones padecia muchas.

El atarle y sacudirle dentro de la celda fué ordinario, sintiendo los más vecinos á su aposento el ruido de los golpes y voces de una y otra parte, diciéndoles el siervo de Dios: «Canalla, haced lo que Dios os permite, que para más estoy aparejado.»

Una noche en particular, despues de acostados todos, estaba un Hermano que vivia junto á su aposento estudiando; vino el Padre á tomar luz, porque se la habia apagado la suya, tornó otra y otras veces, porque todas se las mataba el demonio.

Al fin, el Hermano quiso él mismo llevarle luz y dejársela en su aposento, como lo hizo, y de ahí á un rato, pasando el Hermano por el tránsito, oyó que le llamaba el Padre.

Llegó á saber lo que queria, abriendo la puerta, y hallóle que tenia ambas manos atadas á un hierro de la misma puerta fuertemente, y no podia de ninguna manera desatarse.

Preguntóle: «¿Quién ha atado á V. R. de esta suerte?» «No importa, dijo el Padre, saber eso, sino que me desate.» «Hámelo de decir V. R., replicó el Hermano, si tengo de soltarle;» porfió en esto, hasta que le dijo el Padre: «Vaya, Hermano, ¿qué quiere saber? esa bestia ha sido.»

Una vez (entre otras) llegaron los demonios á maltratarle de manera que le dejaron medio muerto.

Fué el caso, que yendo un seglar al colegio por un Padre para confesar á un enfermo, oyó extraordinario ruido, y por unos resquicios y agujero de una puerta que sale al patio, vió cómo dentro de aquel aposento tenian enmedio al P. Juan Sebastian cuatro hombres fieros vestidos de negro con hábito corto, peloteándole de una parte á otra, ya levantándole en alto, ya dejándole caer en el suelo, dando y tomando con tanta furia, que el santo varon fatigado y congojado les decia: «Dejadme ya, que no teneis licencia para más.»

Estábase el seglar mirando el combate como fuera de sí, no sabiendo lo que era; y compadecido del trabajo, quiso socorrer al siervo de Dios llamándole por su nombre; mas al mismo punto, sobresaltado de un grande pavor y espanto, se huyó por la puerta de la iglesia sin parar hasta su casa, donde

›ntinuaron los temores de modo que apénas podia hablar ni explicar su imiento por algunos dias, quedándole como impresa aquella espantosa ›n, hasta que, despues de sosegado, contó con admiracion lo que habia ›.

.n la ciudad de Alguer, estando el Padre cuidando de unos trabajadores vendimiaban la viña de nuestro colegio, y siendo el dia muy sereno, se .ntó de repente un torbellino muy grande, que las ventanas de la casa se an unas con otras; habia tan grande ruido, que parecia con el movimien- e queria caer toda la casa.

espidió el Padre de allí la gente que estaba temerosa, y encerrándose él ı casa, oian fuera voces como si hablaran unos con otros, y al Padre que ı: «¿Qué pretendes bestia infernal? ¿Qué tienes que ver conmigo? Vete quí.»

eguntáronle despues aquellos hombres qué habia sido aquel ruido, y él spondió más, sino que atendiesen á su ocupacion.

ı este género de trabajo y persecucion, que se puede llamar un prolijo irio, fué ejercitado este siervo de Dios con tanta fortaleza de ánimo, sin ırse del padecer de tantos años, ántes con tan grande estima de la mer- ue Dios hacia con él, que consolando y animando á cierta persona, que cia semejante trabajo de los demonios, le dijo que se holgaba que le e Dios aquella merced, y que se la agradeciese; añadiendo que rogaria s, no para que le librase de aquel trabajo, sino para que le diese fuerzas varle bien, y con fruto de su alma.

uiero (dijo) que el diablo se canse en combatiros, y que de cansado y lo de no haber alcanzado nada, os deje:» y añadió: «¡Oh si supiésedes á otra persona le apaleaban, ataban, sacudian, escupian (entendia sin du- sí mismo) y despues se iban vencidos y corridos!»

s como esta persona despues de cuatro años, no fiando de su flaqueza, se verse libre de este trabajo, compadeciéndose el siervo de Dios, rogó ıor se le quitase, y no fué menester más para quedar del todo libre de él.

ı lo cual parece que tuvo el siervo de Dios imperio sobre los demonios, e no se valia para eximirse de sus molestias y malos tratamientos.

› que es más, no sólo en vida los amedrentaba y echaba de los cuerpos ıos, mas áun despues de muerto le temian de suerte, que no se osaban donde habia alguna reliquia suya, como se puede ver en el caso siguien- re otros muchos.

trataba el demonio á un hombre todas las noches cruelmente, y con un › del vestido del P. Juan Sebastian, que le dió un Padre de casa, se lefendido de suerte, que el demonio desde léjos se le aparecia, y hacia

fieros, mas no osaba llegarse á él: fruto de la paciencia del siervo de l
en sufrir tan larga persecucion de los demonios y corona de su victoria,
los mismos se le rindiesen y temiesen no sólamente á el, mas á un pe
de su vestido, despues de muerto.

De las batallas secretas de que no tenemos noticia por no haberla dad
siervo de Dios, se deja entender fácilmente que fueron áun más terribl
continuas: porque suele ser mayor la bateria espiritual del enemigo y
gloriosa la victoria del que le vence, como este santo varon le venció, y g
del premio y corona debida á sus victorias y de la gloria que con sus tr
jos y santas obras mereció.

## X

*Sabe la hora de su muerte, y acaba santamente.*

Queriendo nuestro Señor dar descanso á su siervo, le previno revelan
la hora de su muerte antes de caer enfermo.

Sin advertir en ello, dijo á una señora devota, prima hermana suya, p
dias antes de caer en la cama, que estaba de partida, que le llamaba n
tro Señor.

Asimismo á otras dos señoras muy siervas de Dios significó que no le
rian más, dejándolas á todas documentos muy espirituales.

En casa guardó silencio, no descubriendo á nadie lo que sabia; sólam
á un Padre que le dijo en la enfermedad, pasado el dia de nuestro Santo P
nacio, que viviria hasta otro dia del Santo del año siguiente, en que mor
respondió con resolucion: «No ha de ser, sino este.»

Segun era muy grande el deseo que tenia de morir, para ver y goza
Dios, á un Hermano que le dijo tenia esperanzas que no moriria entón
respondió con algun sentimiento: «¡Oh Hermano, no me desee tanto m

Cargó la enfermedad, en la cual fué obedientísimo á los médicos y e
meros con todo rendimiento y humildad; y creciendo la calentura sobr
flaqueza é inapetencia grande que padecia, dentro de pocos dias llegó á
extremos.

Recibió los Sacramentos con singular devocion, y despues guardó pr
do silencio sin hablar apénas con nadie, y cerrados los ojos, por tratar a
las con Dios y escusar demostraciones en presencia de otros.

Mas, hallándose sólo, fué acechado de fuera, que no reparaba en desa
char sus afectos, y dos veces fué visto blandear una cruz de palo, com

se para ahuyentar los demonios, que toda la vida le persiguieron y mal on, y debian tambien de hacerlo en la muerte.

entándole un Padre para el cielo con aquellas palabras del salmo: *es erant pedes nostri in atriis tuis* y otras semejantes, mostraba el sier Dios en el semblante recibir notable pena en lugar de alegria.

paró el Padre, que conocia bien su humildad, y, vuelta la hoja, exhortó ctos de contricion, diciendo: *Deus, propitius esto mihi peccatori*, y al mismo unto, serenado el rostro, bajo la cabeza el humilde siervo de Dios, [illegible] ndo que aquello era lo que se le habia de decir a él, para llorar [illegible] los.

gunas personas principales de fuera le vieron en la enfermedad, y a [illegible] rocuró excusarlo, no fue posible que le dejasen de ver [illegible] a consuelo, que decian recibirle muy grande con sola su vista y [illegible] arse en sus oraciones.

gó el dia de su transito, que fue el de la Transfiguracion del Señor [illegible] de agosto del año [illegible], en el cual con muy gran sosiego y [illegible] o, tratando [illegible] su Dios en lo interior de su alma, la entregó [illegible] del mismo Señor.

dó su rostro con extraordinaria hermosura y su cuerpo [illegible] do.

[illegible]

que estaba, vióle el Hermano, y sin haberle visto ni conocido en vida, quiso el Señor que, aunque muerto, le sacase tan al vivo, que á juicio de todos los que le miran y conocieron, le reconociesen por retrato propio suyo.

Al mismo tiempo que espiró, quiso dar el Señor alguna señal de su gloria; porque un ciudadano muy honrado y devoto de la Compañía, en oyendo tañer la campana del colegio, que fué al punto que habia espirado, sospechando lo que era, dijo á su mujer en su casa: «Arrodillémonos y encoméndemonos á este santo Padre, que sin duda se ha ido derecho al cielo.»

Al punto que se arrodillaron, vieron en el aire un grande resplandor y sintieron en su alma extraordinario consuelo y singular alborozo, con que se confirmaron en su opinion de la gran santidad del siervo de Dios, y que gozaba de gloria.

Aparecióse el siervo de Dios, poco despues de muerto, dos veces: la una, á un Hermano de la Compañía del mismo colegio de Sácer, que, hallándose en su aposento con una afliccion espiritual acerca de su salvacion, vió al Padre distintamente en su propia figura, rodeado de gran resplandor, con rostro sereno y afable.

Turbóse el Hermano al principio, y, cobrando ánimo, con toda la devocion y afecto que pudo le pidió que le alcanzase de Dios nuestro Señor perdon de sus pecados.

Volvió el Padre el rostro, como quien habla con otro, diciendo por tres veces: «Perdonadle, perdonadle, perdonadle;» y vuelto al Hermano, le encargó se guardase de ofender á Dios.

Duró la vision casi medio cuarto de hora, y quedó el Hermano muy consolado en su alma.

La otra fué á una mujer devota, criada de una señora muy principal, que estaba en la cama con vehementísimo dolor de cabeza y tan apretada, que pensaba morirse aquella noche.

Tomó por remedio encomendarse al P. Juan Sebastian; hízolo con todo el afecto que pudo, y á deshora le vió entrar por la puerta de su aposento ricamente vestido y rodeado de resplandores, con una estrella en la frente; el cual se llegó á la cama y la tocó con la mano la cabeza donde tenia el dolor, diciéndola que estaria buena y que encomendase á su señora de su parte dos pobres mujeres que quedaban despues de su muerte desamparadas, y que la una de ellas vendria á acordárselo.

Cumplió lo uno y lo otro, porque quedó al instante libre de su dolor, y la otra mujer necesitada le vino poco despues á hablar, sin que ella lo procurase, representándola su necesidad de la manera que le fué dicho en la vision.

ambien se apareció á otras personas espirituales con señales ciertas de la
ia que gozaba, como fué al P. Salvador Pizqueda, el cual, como tuviese
peligrosa enfermedad ocho ó nueve meses antes de su muerte, pensando
habia de acabar en ella la vida, púsose á pensar cómo se dispondria en
ella hora.

lientras estaba en esto, se le apareció este siervo de Dios y le dijo: «Te-
por cierto que no morireis esta vez; aún no es llegado el tiempo, traba-
is algo más, y despues vendreis al cielo á coger el fruto de vuestros
ajos.»

ichas estas palabras, desapareció, y el P. Salvador volvió en sí y quedó
cierto que no moriria aquella vez, que luego estuvo bueno.

las en la enfermedad de que murió, preguntado con juramento de un no-
público sobre lo que habia escrito del P. Sebastian del Campo si esta-
ierto de lo que decia, respondió en secreto que no dudase ser así, porque
habia aparecido el mismo Padre y díchole haber pasado todo como lo
ba escrito, corrigiendo sólamente algunas cláusulas, para que fuesen con
ismas palabras formales que él le habia dicho.

espues que hubo pasado de esta vida el V. P. Salvador Pizqueda, se apa-
ron ambos siervos del Señor á una persona muy espiritual cuatro ó cin-
ces, vestidos de inmensa gloria y resplandor, y le dijeron que estaban
monte santo de la gloria, y que ella perseverase en toda bondad y vir-
que con eso se veria en el mismo lugar.

s milagros que ha obrado el Señor despues de muerto el Padre, así por
no por sus reliquias, son muchos y muy averiguados, de los cuales hay
oceso auténtico hecho por mandado del Arzobispo Turritano de Sácer,
ntónces era D. Andrés Bacallar, á instancia del P. Juan Garrucho, Vice-
ncial; los cuales, por no alargar esta *Historia*, se dejan de poner aquí, y
ente pondré unos testimonios de dentro y fuera de la Compañía, que
man la santa vida del P. Juan Sebastian.

dicho Arzobispo, que le conoció y trató mucho así en la ciudad de
r, donde era entónces Obispo, como en la de Sácer siendo Arzobis-
D. Gabino Manca de Cedrelles, que lo fué despues, y siendo Obispo
a se halló á su entierro, los Inquisidores, gobernador D. Antonio Ca-
, Arzobispo de Oristan, los virreyes que en su tiempo gobernaron
reino, y lo más noble y principal de aquella ciudad, y generalmente
los que le conocieron y trataron, no sólamente le tuvieron por santo
y muerte, reverenciándole como á tal, mas áun procuraron todos los
dieron alcanzar alguna reliquia suya, sintiendo algunos efectos mila-
con ella.

El dicho Arzobispo D. Gabino Manca, insigne Prelado no ménos en santidad y letras que en la nobleza de su sangre, dió, poco despues de su muerte, firmado de su mano, que en una grave indisposicion, aplicándose una reliquia que tenia del Padre, por su intercesion quedó sano.

Doña Juana de Castro, condesa de Elda, virreina de Cerdeña, por la grande opinion que tenia de la santidad del Padre, le deseó tener por confesor suyo en la ciudad de Cáller, y sólo reparó en la vejez del Padre, que no le permitia ponerse en camino.

Escribíale á menudo y consolábase mucho con sus cartas; y afirmó que en un grande trabajo que tuvo el virrey su marido, el siervo de Dios le escribió que no tuviese cuidado, porque muy en breve volveria bien despachado de la córte adonde habia ido, como sucedió.

Doña Felipa de Cervellon, condesa de Cedilo, hija de confesion del Padre, le tuvo tan grande veneracion, que decia le miraba siempre como á varon santo y todo de Dios, afirmando que nunca le dijo cosa por venir que no sucediese de la misma suerte que él lo habia dicho.

Don Juan Moros de Molinos tambien, y otros señores principales que confesaban ó trataban con el Padre, afirmaron lo mismo.

Doña Estefanía Carrillo y Zapata, doncella no ménos insigne en santidad que en sangre, tuvo tan grande opinion y estimacion de la santidad del P. Juan Sebastian, que cuando se hallaba más acosada de un trabajo que el demonio la causaba, se ponia al paso del confesonario donde oia el Padre las confesiones, y, sin que él lo advirtiese, llegaba la mano á tocar su sobreropa y besársela con devocion y confianza de que le valdria en su trabajo, y afirmó que todas las veces que esto hacia, se hallaba libre de él.

De los testigos domésticos de su santidad hay tantos cuantos le conocieron y trataron en la Compañía, de los cuales muchos han dejado por escrito su testimonio.

Así estos como todos los demás, así Padres como Hermanos, convienen, segun queda dicho arriba, en que siempre fué tenido por de insigne virtud y santidad en nuestra Religion y singular observancia de nuestras reglas é Instituto, sin que jamás se advirtiese cosa en él que desdijese de varon perfecto y santo.

Así lo dejó escrito el P. Salvador Pizqueda, varon tambien santo y verdadero imitador del espíritu del Padre, que le conoció y trató muchos años, el cual recogió las cosas de su vida y averiguó muchos de sus milagros.

Despues el P. Diego de Pinto escribió tambien la vida de este siervo de Dios: y el P. Fr. Elías de Sta. Teresa, Carmelita descalzo, Provincial de Flandes, en su *Legacion de la Iglesia triunfante*, tom. I, lib. II, cap. XXXI

hace un gran elogio de las virtudes de este siervo de Dios, donde concluye diciendo:

«Murió devotísimamente con certísima opinion de santidad, y ya obra Dios por él tantos milagros, que se puede hacer de ellos un particular libro.»

P. NIEREMBERG.

## P. JUAN GARRUCHO

El P. Juan Garrucho fué sardo de nacion y natural de la villa de Tempio, de Gallura, en el Obispado de Civita, hijo de padres honrados y principales en aquel lugar.

Siendo niño, le pusieron á leer y escribir en él, y juntamente aprendió algunos principios de gramática de un maestro seglar, no teniendo entónces noticia alguna de la Compañía, que no habia entrado aún en aquel reino de Cerdeña.

Sólo con cierta ocasion trató nuestro devoto mancebo al Rector de la villa de Agios, que así llaman á los curas en Cerdeña, vecina á la suya, á quien nuestro P. S. Ignacio habia recibido en la Compañía en Roma, aunque, tentado del demonio volvió atrás sólo por tenerse por indigno de habitar en medio de hombres tan santos.

Esta única tentacion le hizo dejar la Religion, que es señal del altísimo concepto que habia formado de nuestro Santo Padre y de todos los demás sus compañeros que á la sazon vivian en Roma.

Este Rector le dijo tales y tantas cosas en alabanza de la Compañía, que nuestro Garrucho concibió tan grande concepto del Instituto de ella y de la santidad de sus hijos, que discurrió de esta manera: «Si este hombre, siendo expulso de la Religion, dice de ella tantas y tan señaladas cosas, sin duda que serán mayores las que calla y hay en ella.»

De esto le vino un grandísimo deseo de entrar en la Compañía, y deseaba hallar ocasion para ponerlo por obra.

Sucedió que á pocos meses despues fueron los de la Compañía á fundar el colegio de la ciudad de Sácer, y, habiendo comenzado la fundacion, pusieron escuela de Gramática.

Divulgóse por el reino, y los padres de Juan Garrucho le enviaron á Sácer para estudiar: abrazólo con sumo gusto por ser lo que más deseaba.

Aplicóse de veras al estudio y juntamente á la virtud con la buena enseñanza de los de la Compañía, y habiendo hecho conocido provecho en entrambas cosas, pidió la Compañía y fué recibido en ella, siendo el segundo que se recibió en la provincia de Cerdeña.

Hizo su noviciado con toda exaccion y aventajado aumento en las virtudes religiosas, desprecio de sí mismo y de todas las cosas del mundo, como lo mostró en el discurso de su santa vida, que fué verdadero ejemplo de humildad, mortificacion y caridad á los de casa y á los de fuera, con tan rendid y perfecta obediencia, y tan dado á la oracion y trato con Dios, que toda vida tenia dos horas y más de oracion cada dia, fuera de la hora comun q tenian todos.

Poníase en la oracion siempre de rodillas en medio del aposento, para tener ocasion de arrimarse á alguna parte, con tan grande humildad é in nacion, que casi tocaba la tierra con la cabeza, lo cual causaba no poca ad racion en todos, porque de suyo era notablemente corpulento.

Cuando salia de la oracion, parecia que estaba encendido como un asc de fuego.

Muchos para afervorizarse le estaban escuchando algunas veces y le oi dar grandes suspiros con iguales afectos, aunque no se podia oir lo que deci pero eran de modo que todos concebian ser grandemente regalado del Señ en aquel santo ejercicio.

Y no podia ser ménos, pues con tanta hambre acudia á la oracion, gasta do tantas horas en ella; porque para este fin madrugaba de modo que p diese hacer sus dos horas de oracion antes de la comun.

Y cuando despues de comer habia de salir fuera de casa por algun nego preciso estando en el noviciado donde vivió largos años Superior y súbdi siempre tasaba el tiempo de manera que estuviese en casa antes de hacer señal de la oracion que hacen los novicios por la tarde, para que él tamb entrase con ellos, aunque se detenia más y siempre le parecia muy corto tiempo que gastaba en este santo ejercicio.

Acabado su noviciado, fué á la ciudad de Valencia á estudiar Artes y T logía, por no haber entónces en Cerdeña escuelas de estas facultades.

Así como las acabó, fué ordenado de sacerdote en Barcelona.

Pidió por este tiempo con grande instancia pasar á Indias; mas, como la provincia habia falta de sujetos, no se lo concedieron, y despues de chos años volvió á hacer nuevas instancias en esta santa pretension, p nunca lo pudo alcanzar de los Superiores; y así, pidió ir en misiones y ha correrías por el reino de Cerdeña, por lo cual anduvo muchas en él.

A su tiempo hizo la profesion de cuatro votos, la cual tenia muy merec

.sí por la suficiencia de letras, como por su aventajada virtud y conocida ;antidad.

Con ser así que Dios tanto le favorecia y los hombres le honraban, era este venerable Padre tan humilde en sus ojos, que se tenia por inútil y desaprovechado, y gozando de muchos regalos del Señor, jamás de su boca se supo ni dijo palabra que oliese á ello.

Todos sabian cuán continuo era en la oracion y contemplacion, y que no la interrumpia sino con alguna obra precisa de caridad, y áun entónces iba tan dentro de sí, que era menester hacerse fuerza con tanta violencia, como el que quiere esconder el fuego en el seno, que no deja de manifestarse por alguna parte.

Sucedió que, habiendo tocado un sábado á barrer, salió este humilde Padre con su escoba en la mano, y, estando barriendo, le vieron los demás de casa con rayos de superior luz y tan resplandeciente su rostro, que parecia otro Moisen, en tanto grado que no le podian mirar fijamente.

Lo cual él no advirtió; que si lo echara de ver, sin duda que quedara corrilo de sí mismo, por estar siempre puesto en el profundo de su nada con de'ota consideracion.

Mas Dios levanta á los humildes como levantó á este Padre; porque era osa extraordinaria la reverencia que le tenian no sólamente los de casa, ino tambien los de fuera, pues les parecia que cuando entraba en su casa, ntraba un ángel, y así, iban de todos estados á besarle la mano y vestido, amándole á boca llena *Santo*.

Tambien es confirmacion de su humildad, que habiendo pedido el P. Fransco Passio (á quien recibió en la Compañía nuestro Padre S. Ignacio) al Pa-e Juan Garrucho por Ministro, operario y predicador de un colegio que ıtónces se fundaba en la villa de Busaqui; cuando lo supo este siervo de ios, no acababa de maravillarse que siendo, como él decia, tan para poco, útil y desaprovechado, hubieran echado mano de él: esto lo dijo á un Herano sin advertir lo que decia.

De una enfermedad que tuvo en su mocedad quedó algo impedido de la ıgua, por lo cual no tenia tanta gracia en el púlpito como se requeria; mas celo de las almas era tan grande, que no le dejaba perder ocasion todas veces que podia predicar, con tanto fervor y espíritu, que movia grande:nte á los oyentes, y les hacia saltar las lágrimas, y se enternecian de mara que todos á voces decian que así se habia de predicar, y no como preaban otros. Sus palabras se les imprimian de modo que, aunque se husen pasado treinta años que las hubiese predicado, siempre que las refeı, lloraban, diciendo: «Esto predicaba aquel santo P. Garrucho.»

Con el mismo espíritu encendia á los Hermanos estudiantes del colegio de Cáller, que venian al noviciado para hacer los ejercicios, pidiendo con grandes instancias se los diese el Padre, el cual lo hacia con tanto fervor, que los que le oian, parece, segun la materia de que trataba, que veian el infierno y sus penas, ó la gloria y los gozos de los que la poseen.

Para ponerse uno compungido y devoto, no habia menester más que mirar su compostura alegre y grave.

Jamás levantaba los ojos á mirar á otro en el rostro, en particular á mujeres; su andar era mesurado con la boca risueña.

Aborrecia la murmuracion y que otros delante de él murmurasen, y la falta que podia remediar en secreto no la comunicaba con otros.

Supo que un Padre en cierta ocasion se mostró más celoso de lo que pedia la caridad; con la pena que de esto sintió el siervo de Dios se le soltó una palabra ligerísima contra él sin querer; más luego se corrigió, advirtiendo que no decia con la caridad, é hizo gran penitencia por ello.

Fué varias veces á pié el P. Juan Garrucho á diversos pueblos del reino de Cerdeña en mision.

El año de 1600, aunque era Rector del noviciado de Cáller, donde lo fué más de quince años; alcanzó del Provincial que le dejase ir por el arzobispado de Oristan, que estaba muy necesitado de doctrina espiritual.

Padeció en esta mision muchos trabajos con valeroso ánimo, despertando las gentes del vicio y encaminándolas á las cosas del cielo.

Gastó, pues, este venerable Padre siete meses en esta ocupacion, los cuales empleó en ayudar á sus prójimos y sustentarlos con la palabra de Dios.

Para lo cual hubo de escoger la parte que le pareció más pobre de obreros evangélicos que la cultivasen: esta fué la de Arborea, lugar antiguamente del marqués de Oristan y ahora unido á la corona real; para cuyo efecto se encaminó hácia la ciudad, llevando por compañeros de su mision á los Padres Salvador Monaquello, Antiogo Carta y H. Monserrate Mura.

Iba por Superior de todos el P. Juan Garrucho, y llegado, declaró su intento al Arzobispo, y le pidió licencia por escrito para ponerlo por obra en toda su diócesis, la cual dió, para que todos sus curas hiciesen lo que los Padres ordenasen.

Fué cosa notable lo que aquí todos trabajaron, ejerciendo los ministerios de la Compañía, predicando, confesando y pidiendo limosna para los necesitados, con que juntamente socorrian su necesidad, procurando que se concluyesen presto las causas de los presos, que detenidos en las cárceles padecian extrema necesidad, con cuya diligencia en breve tiempo no quedaron sino muy pocos.

'ero, aunque era grande el fruto que se hacia en la ciudad, eran mayores entrañas de caridad de este apostólico varon.

Con deseo de hacer partícipes de tanto bien á todos los fieles, quiso dejar del puesto y discurrir por todas aquellas villas y lugares.

Para esto envió á los dos Padres aparte, quedándose él sólo con el Hermano: comenzó su jornada, y á pocos pasos que habia dado, le ofreció Dios manos llenas ocasion en qué merecer.

El tiempo era de invierno, los caminos llenos de agua y lodos, las posadas sacomodadas, su comida era continuamente lo poco que allegaban de liosna, su dormir encima de alguna mesa ó tabla en aposentos desabrigas, con que venian á estar expuestos á todas las inclemencias del tiempo, cuando caminaban, era á pié, cargados con sus cartapacios.

Luego que llegaba el santo Padre al lugar, procuraba que se juntasen tos en la iglesia, donde comenzaba á declararles el intento á que venia, que a á ponerlos en el camino de su salvacion; y haciéndoles una breve plática, s dejaba compungidos en tanto grado, que tal vez uno de los oyentes, oyen- aquellas palabras tan encendidas y fervorosas del Padre, quiso luego nfesarse.

No pudo el Padre en aquella ocasion confesarle, y así, le dijo que se prerase para confesarse el dia siguiente.

Fuése con esto el hombre á su casa, acostóse en su cama, y en ella fueron itos los toques que Dios le daba al corazon por virtud y eficacia de las pa-ras de este santo varon, que luego se hubo de levantar antes de amanecer, idiendo al Padre para confesar enteramente sus culpas.

Él tambien se levantó para oirle, recibiéndole con las entrañas de amor que ia, y le envió á su casa con la quietud y sosiego que tanto deseaba.

En la villa de Oliena le aconteció otro caso admirable. Supo el Padre que bia uno de los principales del pueblo que defraudaba á su pastor de toda parte que le tocaba y cabia cada año.

Predicando, pues, una vez este ministro evangélico, afeó tanto aquel peca-, que compungido el hombre, se hubo de salir de la iglesia á llamar aquel stor cuya hacienda habia usurpado, diciéndole que por su bien habia vedo aquel varon de Dios á aquel pueblo; porque le habia movido tanto con is palabras, que no podia dejar de darle entera satisfaccion y pagarle todo que en otros tiempos le habia quitado: tanto como esto podian y movian is encendidas palabras.

En este mismo lugar, por la necesidad que los pobres padecian en este empo, hizo que se recogiese lo que se podia de limosna de cuatro personas rincipales, y, dando tambien cuenta al Arzobispo de Cáller, debajo de cuyo

distrito estaba aquel lugar; fueron tales las razones que le propuso, que luego envió para remediar los pobres cien libras, ántes más que ménos.

Todo se alcanzó con la buena industria del Padre; pero no se podian encerrar en tan cortos límites los rayos de su misericordia, sin que se comunicasen por otras partes y lugares, atendiendo no sólamente á las necesidades del cuerpo, sino á componer los ánimos entre sí contrarios y discordes.

Fué este siervo de Dios una vez á Orani (lugar de los grandes de Cerdeña) y con sólo significar á dos de los principales de aquella villa lo que les convenia, segun lo que mandaba Dios, por estar muy encontrados y en peligro de quitarse las vidas; luego hicieron lo que el insigne varon les aconsejó, dejándolos tan conformes, que parecian dos hermanos.

Tambien remedió en esta ocasion muchas doncellas pobres que corrian riesgo de perder su castidad.

A otras mujeres sacó del mal estado de sus torpezas en que estaban, ejerciendo por todas las partes de esta mision otros ministerios de caridad que se enderezaban al bien de las almas, levantando cofradías, consolando á unos y amonestando á otros á caminar por la senda estrecha de la virtud.

Vinieron de una villa circunvecina al lugar en que estaba el P. Juan Garrucho los parientes de un pobre hombre poseido de malignos espíritus, y tan acosado y afligido de ellos, que pensaban sin duda que habia de acabar la vida.

Suplicaron al siervo de Dios se apiadase de aquel hombre y le fuese á dar el remedio conveniente á la gran molestia que recibia de aquellos infernales enemigos.

Condescendió á su voluntad y púsose luego en camino, y así como llegó al lugar donde estaba el endemoniado, pidió que le dejasen á solas con él, y con sólo hacer oracion le dejó tan libre de los demonios, que pudo á cabo de pocos dias ir á dar las gracias al Padre, que andaba discurriendo por aquel contorno, por tan singular beneficio, llevándole en señal de gratitud un regalo por el trabajo que habia tomado en irle á socorrer.

El santo varon lo rehusó diciendo que el mejor que le pudiera dar era no ofender á Dios, por cuya causa Su Divina Majestad permite que los demonios aflijan los cuerpos.

Con otro hombre le aconteció que estaba ya para dar en breve el alma a Dios de una grave enfermedad; como ya se habia divulgado la santidad del Padre, y le reverenciaban como hombre más divino que humano, vino un deudo del enfermo á suplicarle quisiese ir adonde estaba el doliente, y que si no podia, le diese alguna cosa suya, como era el breviario ú otra reliquia.

No pudo ir el Padre, y así, le dió un pedazo de cirio, asegurándole que se

n con mucha fe, que presto alcanzaria la salud que tanto deseaba.
e lo dijo, y Dios por sus merecimientos lo cumplió todo, quedando
s todos, y más el párroco que vió aquella maravilla con sus pro-
y el enfermo se levantó sano de aquella tan peligrosa enfermedad
muy breve tiempo.
s cosas tan milagrosas y más por el ejemplo tan singular de su
era un retrato y modelo de toda perfeccion, adquirió el nombre de
en vida, cuya memoria dura aún hoy en todos los lugares y par-
anduvo este santo varon, tan encendido y fervoroso en las obras
, que nunca jamás se cansaba de trabajar.
jo era su descanso, y su reposo el estar alerta para acudir y ayu-
prójimos, socorrer sus necesidades y encaminarlos en la guarda
: los mandamientos de Dios.
mision obró nuestro Señor por los méritos de este su siervo otros
grosos y dignos de admiracion; dió salud á muchos enfermos, libró
dos, y á algunos dijo los pecados secretos que habian cometido.
ueblo halló una moza de diez y ocho años, hija de una viuda, la
algun tiempo que estaba endemoniada, y diciéndole el P. Garru-
ngelio, la dejó sana y libre.
en secreto dijo á la madre y á la hija que el demonio se habia
de ella por tal y tal pecado que habia hecho; ellas quedaron es-
y entendieron habérselo revelado Dios, porque sólas ellas sabian
pa.
lespues al noviciado y prosiguió su oficio de Rector y Maestro de
on mayores deseos de emplearse en el bien de las almas, y no
o Señor por su siervo menores maravillas estando en casa que en
s.
enfermo de una recia calentura un novicio; fué el Padre á visitarle,
ncepto que el Hermano tenia de este siervo de Dios, le dijo: «Man-
que esta calentura me deje y no me vuelva:» respondióle el santo
la risa que solia: «En buena hora, Hermano, váyase la calentura,
a;» y así se cumplió que no le volvió más.
nodo dió salud milagrosa á otros muchos enfermos; pero no sólo
le sanidad y de hacer maravillas, sino de espíritu profético.
ersona de conocida virtud y santidad afirmó algunas veces que
á confesarse con el P. Garrucho, le decia: «Hoy no ha tenido ora-
s veces: «Hoy si que la ha tenido;» de lo cual quedaba espantada
a por ver que era así como el Padre lo decia, sin que le hubiese
ido nada.

Preguntábale cómo lo sabia: decíale que por el olor se conocen los que tienen oracion; y queriendo esta persona hacer mayor experiencia, ya haciendo oracion ya dejándola, siempre le decia lo que sucedia.

Parece que entendia todo lo que pasaba en el corazon del que le hablaba, y jamás le habló religioso ó seglar, por más afligido que fuese á él, que no saliese de su presencia consolado y animado; porque les hablaba al corazon segun la necesidad que en ellos veia, y Dios le daba á entender con la luz que le comunicaba del cielo, principalmente en la oracion, en la cual le hacia favores extraordinarios.

Varias veces le oyeron decir dulces coloquios con Dios en voz alta, como uno que no se podia reprimir, dando á entender que debia de tener alguna soberana vision.

Al paso que era favorecido de Dios era perseguido del demonio, porque le quitaba tantas almas de sus garras con sus sermones, pláticas espirituales, trato con el prójimo, consejos, confesiones y ejemplo de vida, aunque jamás se supo de su boca; pero el Señor lo declaró de esta suerte.

Estaba una vez el santo Padre en la librería muy ocupado, y luego acudió el demonio á maltratarle, y el Padre le estaba diciendo: «Quítate de ahí, maldito,» y con mucha congoja y ahinco procuraba echarlo de sí.

Entró en esto otro Padre con mucho ruido, abriendo la puerta, y despues lo hizo mayor de propósito, para que lo advirtiese; pero, como si estuviera muerto, no hizo caso.

En esto salióse el Padre dejándole en la lucha y conflicto con el comun enemigo.

Otra vez en la oracion fué oido muchas veces como quien batallaba con alguno; y yendo un Hermano á ver lo que era, le dijo se volviese á su aposento, entendiendo todos que algunos demonios le molestaban y maltrataban.

Una noche casi le ahogaban, y se libró de ellos invocando los dulcísimos nombres de Jesus y María y á nuestro P. S. Ignacio.

Este odio le tenia el demonio por el gran celo que tenia de sacar las almas del pecado y de su cautiverio, ganándolas para Cristo.

Con este santo celo alcanzó de nuestro P. General que se quitase la prohibicion que habia de oir confesiones en el noviciado, y que se pusiesen confesonarios y obreros para administrar el Sacramento de la Penitencia, por la mucha gente que acudia.

El Padre era el primero en estos ministerios, trabajando infatigablemente, sin hacer falta á los novicios.

Procedia este siervo de Dios con grande entereza y exacta obediencia.

Vino una vez el P. Provincial al noviciado, y para probar á los novicios, los hizo cantar un rato de uno en uno.

Dijo despues seria bien oir al P. Rector, el cual, con ser ya viejo que pasaba de setenta años y haber sido Rector más de diez, luego se levantó, y quitándose el bonete, se puso á cantar como los demás novicios, hasta que el P. Provincial le dijo que bastaba.

Holgábase de ver que algunos se reian de él por el impedimento que tenia en la lengua; y así, se paraba de propósito, para que se riesen más teniendo el objeto presente, y se estaba con una cara muy risueña y alegre.

Fué observantísimo de las reglas de la Compañía, y esto mismo procuraba hiciesen sus súbditos, que como veian su ejemplo, se esmeraban mucho en esta parte.

Gobernó más de veinte años los colegios de Cáller y Alguer y el noviciado, y dos veces la Provincia siendo Viceprovincial, y siempre procedió con grande rectitud y prudencia, raro ejemplo y profunda humildad.

Nunca determinaba cosa sin consultarla primero con nuestro Señor, y, como era tan humilde, recibia de muy buena gana cualquier consejo y aviso de cualquiera de los Padres y Hermanos.

Su recogimiento era grande; nunca salia de casa si no era para ayudar al prójimo en lo que podia, ó para otra obra de caridad, visitando á los enfermos pobres encarcelados y á los del hospital, á los cuales consolaba grandemente.

A los monasterios de monjas nunca iba si no era para hacerlas pláticas, ú oir alguna confesion.

La sujecion que tenia á los Superiores era singular, y á cualquiera que tuviese alguna autoridad.

Habia de ir una vez á cierta mision, y díjole el Superior que tomase un Hermano que le nombró, para ayudarle á componer las cosas que habia de llevar; esto fué despues que habia sido este santo varon Superior tantas veces.

Este Hermano, para probar su obediencia, le dijo con alguna libertad: «Pues me ha enviado aquí el Superior, V. R. se salga del aposento si quiere que yo haga algo.»

El P. Garrucho luego sin hablar palabra se quitó el bonete y se salió del aposento, y no volvió hasta que el Hermano le llamó, el cual quedó muy edificado, y por otra parte muy corrido de lo que habia hecho.

Procuró siempre este siervo de Dios que no se deslustrase en nada el buen concepto y opinion que de la Compañía se tenia, y, como viniese un Visitador, que, aunque con buen celo, intentaba una cosa que no pareciera

tan bien á los de fuera; no atreviéndose nadie á hablar sobre ello al Visitador, el P. Garrucho con santo celo y libertad de espíritu le habló y dijo lo que convenia, y le hizo reparar y llevar aquel negocio por mejores términos.

Fué muy amigo de la santa pobreza, y así, el vestido interior siempre lo traia roto y remendado, y era menester usar de arte para darle alguna cosa nueva que se pusiese, aunque en lo exterior se acomodaba con los demás. Pero cuando le cabia manteo, sotana ó ropa traida, era su mayor gusto, y lo agradecia diciendo ser harto bueno para él.

Siguió siempre con grande teson la Comunidad, sin admitir cosa alguna particular en la comida ni en otra cosa.

Estando enfermo, era ejemplo de paciencia; y aunque fuese Superior, en este tiempo no salia un punto de lo que el doctor y Hermano enfermero ordenaban, con tanta exaccion como si fuese el más mínimo novicio; y todo le parecia venirle ancho, porque concebia de sí que no merecia nada y que se hacia con él sobrado.

Andaba todo el dia ocupado y dentro de sí; y así, con facilidad volvia á su regalada oracion y trato con Dios.

Su conversacion siempre era de cosas espirituales y parecia tener de memoria las Colaciones de Casiano y vidas de los monjes y Padres antiguos; tan leido estaba en ellas y las referia por menudo, no sin grande provecho de los oyentes y consuelo suyo.

Si alguna vez en la conversacion le interrumpian, callaba como si fuese un niño.

Sucedió una vez que, siendo Rector del noviciado, fué á hablar á un juez de la real Audiencia, llevando consigo un novicio; comenzó el Padre su plática y el novicio con poca prudencia se puso tambien á hablar en el caso, y el humilde Padre, como si fuera el súbdito y novicio, calló sin decir palabra, hasta que el otro acabó de decir todo lo que quiso.

Nunca tomaba en su boca revelaciones, arrobamientos ni cosas semejantes: si alguno trataba de ello, luego procuraba mudar de plática, atendiendo más á la mortificacion, desprecio de sí mismo, caridad, celo de las almas y demás virtudes.

Cuando acabó este venerable Padre de gobernar la provincia, pidió ir á una mision con un Hermano teólogo que le dieron, y él hacia predicar al Hermano por acudir él á las confesiones, y oia el sermon como si fuese el más necesitado de doctrina.

Y diciéndole algunos que predicase, respondia que haciéndolo el Hermano tan bien, no queria defraudar las almas con su poco saber y mal modo en el hablar; todo era por humillarse y porque le despreciasen.

Venia al noviciado cada dia un pobre vergonzante, que se habia visto an- con mucha hacienda, á pedir alguna limosna, la cual no queria recibir si era por mano del P. Garrucho; y así, el siervo de Dios, con ser de tanta ıd, tomaba el pan y una ollita con carne, y él mismo se la llevaba hasta porteria.

Sucedia algunas veces estar con los demás en el tiempo de la quiete, y sándole el portero que lo aguardaba su pobre, al punto lo dejaba todo é volando á darle la limosna.

Muchos fueron de propósito á ver á este santo varon, y con ánimo de ob- var y notar en él alguna falta ó imperfeccion, por mínima que fuese, jamás lieron advertir nada.

Siendo ya muy viejo, que pasaba de ochenta años, iba con mucho cuida- á enseñar la doctrina cristiana á los barrios que le parecian más necesita- y apartados de la ciudad, sin admitir en esta santa ocupacion ningun io ni descanso, ni ménos hacer alguna omision, por leve que fuese.

La confianza que tenia en la proteccion de Dios este su siervo, fué admi- le y singular.

Estábanse una vez arcabuceando dos tropas de hombres, y acertó á pasar Padre por allí, y así como los vió, se metió por entre las balas para apaci- ırlos y desparcirlos, sin recibir daño ninguno hasta que puso en paz aque- gente y la sosegó.

En sus penitencias era riguroso: tomaba cada dia disciplina y de ordinario mia sobre las tablas de la cama, fuera de otras muchas mortificaciones que ubria: atendia mucho á la edificacion dentro y fuera de casa, y así, hacia nismo que un novicio.

Era notable su caridad: parece que á todos queria meter dentro de sus en- ñas, amándolos como si fuesen hijos, consolándolos y animándolos á la feccion, y en su boca no se oian otras cosas sino ejemplos de santos, ud y santidad.

Con los enfermos de casa tuvo particular cuidado, acudiendo á ellos con lo lo necesario, visitándolos y animándolos á llevar con paciencia sus acha- es y enfermedades, y á muchos dió salud, como hemos dicho, con sólamen- ponerles sus manos encima.

En la devocion de la Vírgen nuestra Señora fué siempre extraordinario el ecto que mostró este siervo de Dios.

No hablaba con persona á quien no procurase pegar esta devocion, ya ndo algunas meditaciones, ya enseñando á rezar su Rosario con provecho, diciendo los privilegios y grandezas de esta soberana Reina, exhortando ayunar las vigilias de sus festividades y sábados de todo el año.

Tambien tuvo grande devocion á nuestro Padre S. Ignacio, á S. Francisco Javier y á S. Juan, cuyo nombre tenia.

Confesábase cada dia y decia su Misa, acabada la oracion de la Comunidad.

Con esta santa vida y admirables prevenciones, supo este venerable Padre el tiempo de su muerte; y así, viniendo un Padre á dormir al noviciado, cuyo novicio habia sido, para madrugar y coger la jornada con tiempo para otro colegio por ser tiempo de calores; aquella noche el santo varon le mostró tan grande afecto, que parece se le queria meter en su corazon.

No habia medio de soltarle ni despedirse de él, dándole á entender que no se habian de ver más en esta vida mortal.

Y así sucedió; porque, pasado un mes, murió el P. Juan Garrucho, el cual pidió antes á nuestro Señor tres cosas con mucha instancia y continuacion: la primera, que le cogiese la muerte trabajando en el bien de las almas; la segunda, que no diese trabajo á los de casa ni á los de fuera cuando hubiese de morir; la tercera, que fuese en dia de nuestro Padre S. Ignacio.

Todas tres se las concedió nuestro Señor; y debió de ser esta peticion por el miedo que tuvo no le apretasen los Superiores á que declarase los favores que el Señor le habia comunicado.

La víspera de nuestro Santo Padre estuvo siete horas en oracion con unos suspiros que ponian devocion á los que los oian, y mostraban el fuego de amor que dentro ardia y los deseos grandes de salir de esta cárcel del mundo, que tambien fué esto indicio de que tuvo revelacion de su muerte.

Luego, habiendo madrugado el dia del Santo, tuvo sus horas de oracion como solia sin la de la Comunidad, de la cual salió muy encendido; y habiéndose reconciliado, ya que iba á decir Misa, le avisaron que bajase a confesar unas señoras que del castillo de Cáller habian bajado al noviciado.

Acudió prontamente á este santo ejercicio: púsose á confesar aquellas señoras; habiéndolas confesado acudieron otras muchas, y así, prosiguió las confesiones hasta las ocho y media, que le avisaron para decir Misa.

Acabando la confesion que entre manos tenia, se levantó y apénas lo hizo, cuando se arrodilló para adorar el Santísimo Sacramento que alzaban en la Misa que se decia á la parte de su confesonario.

Alzado que hubo el sacerdote, se quiso levantar para ir á decir Misa y no pudo: pidió ayuda, y queriéndole ayudar, cayó herido de una gota coral, la cual le quitó totalmente el habla y los sentidos.

Fué menester con toda priesa meterle adentro y darle la Extremauncion, y duróle la vida hasta las cinco de la tarde, en que espiró.

Así se cumplieron las tres cosas que pedia, pues murió trabajando, ayudan-

do á las almas y sin dar trabajo en su casa, pues tan pocas horas duró vivo, y, finalmente, murió dia de nuestro Padre S. Ignacio.

Quince dias antes de su muerte continuamente hablaba en la quiete de la grandiosa fiesta y regocijo que se haria en el cielo en semejante dia, y añadia con grande afecto y ansias: ¡Oh quién la viese! ¡Oh qué gran cosa será! ¡Oh si estuviésemos allí!

La misma víspera de nuestro Santo Padre, demás de la larga oracion que uvo de siete horas, pidió licencia para hacer disciplina pública.

El Superior. por verle tan viejo no se lo concedió, diciéndole que la disciplina se haria en procesion por el refectorio, y que en lugar de la disciplina levase la cruz delante, y así lo hizo.

Despues besó los piés á todos, y á mediodia habia comido en tierra debajo de la mesa.

Luego que se supo la muerte de este siervo de Dios, acudió mucha gente ara verle, y todos hablaban de él con aclamacion de santo, como verdaderamente lo fué.

Al tiempo del entierro todos procuraban tener alguna reliquia suya, y no ólo llegaron á cortarle del vestido, pero áun de la carne.

Fué su dichosa muerte á los 31 de julio de 1628 en el noviciado de Cáller, abiendo vivido en la Compañía sesenta y cinco años, y siendo de edad de ás de ochenta.

Escribió la vida de este religioso varon el P. Gabino Pizqueda.

P. NIEREMBERG.

## P. SALVADOR PIZQUEDA

### I

NACIÓ el P. Salvador Pizqueda en la ciudad de Ploague, en el reino de Cerdeña, á 27 de octubre de 1551.

Su padre se llamó Pedro Pizqueda, y su madre Francisca de Ricia, personas nobles y virtuosas.

Estando su madre recien preñada del niño Salvador, vino á su casa un perino, y sin haberla visto jamás, le dijo que estaba preñada de un hijo va-; que no sabia el tesoro y rica prenda que tenia en sus entrañas; que le iese por nombre Salvador y no otro, aunque lo contradijesen algunos de

sus deudos; que se lo dedicase á Dios; que seria bien conocido; que el parto seria trabajoso, y la criatura saldria medio muerta; que la querrian enterrar; que no lo consintiera, porque viviria largos años.

Oyó todo esto su madre con admiracion, porque áun no sabia de su preñez, y habia mucho tiempo que no paria, y contóselo á su marido, el cual la respondió que no diese crédito á dichos de peregrinos; pero ella instó y le rogó lo escribiese.

Hízolo así su marido, y cumplióse sin faltar cosa alguna de las que el peregrino habia dicho, que se tuvo por cierto era un ángel.

Así como nació le dedicó su madre á la Iglesia, y fué el quinto de sus hermanos.

Críaronle sus padres con mucho cuidado, y por haber muerto su padre sin haber el niño cumplido los dos años, le prohijó un tio suyo llamado Pablo Pizqueda, que por no tener hijos le instituyó heredero de toda su hacienda, que era mucha.

Tuvo con él el mismo cuidado y áun mayor que su padre, porque le amaba tiernamente y habia concebido grande opinion de su virtud por lo que habia profetizado el peregrino.

Llevábalo á la iglesia siempre que iba á oir Misa, porque era hombre devoto.

En este tiempo hizo Dios al niño un grande favor, de anticiparle el uso de la razon siendo sólamente de dos años y medio.

Lleváronle en brazos á la iglesia un Juéves Santo por la tarde, y su tio le puso delante de un Cristo muy devoto enclavado en la cruz, y díjole: «Mira, niño, este es nuestro Padre y nuestro Dios, que ha muerto por nosotros.»

Al mismo punto, poniendo el niño los ojos en el Cristo, se le abrieron los del entèndimiento, y conoció clara y distintamente haber un Dios Criador de todas las cosas y Redentor del mundo, á quien se ofreció con grande alegría interior, que de puro consuelo y ternura se le caian las lágrimas, como si fuera un virtuoso anciano.

Esta luz y conocimiento le duró toda su vida muy reconocido siempre á semejante beneficio.

Desde entónces, como crecia en edad, crecia tambien la bondad y rectitud en su alma, y lo que él juzgaba no ser bueno, le daba en rostro y huia de ello.

Si estaba dudoso, preguntaba primero si la cosa que habia de hacer era buena ó mala, para admitirla ó dejarla.

Una vez algunos de su casa le hicieron hacer cierta accion no tan ajustada, despues se la reprendieron, y el niño quedó muy corrido y sentido de que le hubiesen engañado.

Estando una vez Salvador con otros sus iguales recreándose, de repente

le vino un pensamiento (no siendo áun de ocho años) como fué: ¿Qué cosa era yo antes de nacer y que mis padres me engendrasen? ¿Qué ser tenian estos mis compañeros antes de venir al mundo? ¿Qué cosa era el cielo antes de ser hecho? ¿Quién le dió el ser?

Y acordándose de la ilustracion que habia tenido al pié del santo Cristo el Juéves Santo, desató la duda entendiendo que todas las cosas eran nada, antes que Dios les diese el ser, y que Dios es el Hacedor de todo.

Despues de esto le vino otro pensamiento; qué cosa era Dios y dónde estaba antes de ser hecho el mundo: y no hallando el niño vado de esta duda, aunque era mediodia claro, se vió rodeado de unas tinieblas tan espesas que parecia las podia tocar.

Viéndose de esta manera afligido, comenzó á llorar, hasta que desaparecieron aquellas tinieblas: y pudiendo ver, dejó los compañeros y se fué corriendo á su casa.

Mientras corria, volvió los ojos atrás, y vió le seguia un hombre de extraordinaria grandeza, negro y horrible, que le amenazaba si le cogia en sus manos. Entónces se dió más priesa, y llegando á su casa despavorido, contó lo que habia visto, que sin duda era el demonio.

Con estos buenos principios de virtud le pusieron á estudiar gramática, representándolo tomase de veras el estudio, porque un peregrino habia dicho de él antes de nacer, que habia de ser grande hombre.

Esto se le imprimió de modo que parecia no gustar de otra cosa que del estudio.

Y pensando entre sí cómo podria ser grande hombre, se le ofreció que no lo podria ser en el siglo, adonde hay tantos peligros y males, y así, se determinó dejarle.

Ayudóle mucho para conservar esta santa inspiracion el haber oido leer la vida de S. Alejo, que tanto labró en su pecho, que no pensaba en otra cosa sino cómo dejaria el mundo y serviria á Dios.

En el estudio aprovechaba grandemente, y al salir del aula, recogia los niños, y les enseñaba la doctrina cristiana; pronóstico de lo que habia de hacer en la Compañía.

Todas las cosas que veia, oia y trataba le eran recuerdo de la bienaventuranza; y lo que más le encendia este afecto era el canto de los pájaros, porque, cuando los oia, le parecia que le decian clara y distintamente: «Al cielo, al cielo,» con que se enternecia grandemente, y derramando lágrimas quedaba como absorto.

Otra vez le sucedió, siendo de ocho ó nueve años, que estando junto á la iglesia mayor de su tierra acertó á pasar la procesion que en aquel dia se

hacia, y en viendo que pasaba un santo Cristo crucificado, le pareció, no como las demás veces, sino que descubria en él una cosa divina que le robaba el corazon.

El resto de la procesion y la música se le representaba un nuevo cielo, de manera que quedó suspenso y como fuera de sí.

Estando en esto, sentia realmente que uno le cogió del brazo, sin poder ver quién era, y que asido de él le llevaba tras la procesion con grande consuelo de su alma.

Caminó de este modo grande trecho, y alzando los ojos vió sensiblemente en un alto y soberano trono, como un rostro vivo del Eterno Padre, á la manera que de ordinario le pintan, y rodeado de grande luz, mucho mayor que la del sol, una nube vistosísima debajo de sus piés, y con una muchedumbre de ángeles de tan extremada hermosura, que no se podia explicar.

El Eterno Padre le pareció miraba con ojos de piedad aquella gente de la procesion.

Con esta vision quedó más suspenso y fuera de sí, y fué llevado de aquel que hasta allí le habia traido del brazo sin ser visto de él, y no volvió en sí hasta acabarse la procesion que se halló dentro de la iglesia, como quien despierta de un dulce y profundo sueño.

De esta maravillosa vision y del santo crucifijo le quedaron siempre tan vivas memorias, que cuantas veces se acordaba, se enternecia grandemente.

Otra vez la divina providencia obró por medio de este niño una gran maravilla. Iba con otros sus compañeros al campo, y uno de ellos cayó en una profunda laguna de agua, de manera que se hundió del todo: Salvador, sin reparar en lo que hacia, se echó al agua, y estendiendo la mano dentro del agua, sacó á su compañero vivo y sin lesion ninguna, con no pequeña admiracion de los que lo vieron y supieron, por ser lugar peligroso donde podian entrambos ahogarse.

## II

*Cómo fué enviado á estudiar á la ciudad de Sácer, y determina entrar en la Compañía.*

Con las buenas esperanzas que habia dado Salvador Pizqueda en sus estudios y lo que gustaba de ellos, instó grandemente le enviasen á proseguirlos á la ciudad de Sácer con los Padres de la Compañía de Jesus, aunque su madre y tio reparaban mucho el no ser conveniente por su poca edad; mas, por condescender con él y por la grande instancia que les hacia, le enviaron con un hermano suyo llamado Pedro Pizqueda.

:ncomendáronlos á su primer maestro, que entónces era el P. Antonio que, varon muy religioso y santo, de quien se dice que un rato antes de rar dijo: «Digamos todos el *Te-Deum laudamus,* porque en esta hora los :ianos han alcanzado victoria en la batalla naval,» siendo así, como se ) y probó despues.

ste santo maestro se encargó muy de veras de nuestro Salvador Pizqueda, biéndole con mucho amor y afecto, y dijo á otro estudiante virtuoso que ase de este niño, que se lograrian bien en él sus trabajos; y no se engañó, jue aprovechaba en el estudio grandemente y mucho más en la virtud. unca se ponia á estudiar sin haber hecho primero un buen rato de ora- ; y cuando veia á su maestro y á los demás Padres, le parecia ver unos ıbres del cielo, y desde entónces se aficionó á la Compañía.

nseñáronle á hacer oracion mental, y cada dia tenia por lo ménos media ı muy de mañana.

onfesaba y comulgaba cada ocho dias, y hacia algunas disciplinas entre ana derramando sangre, para lo cual exhortaba á muchos de sus com- eros á ejercicio tan santo, y movidos de su ejemplo, lo hacian: de esta ma- ı llegó en breve á oir retórica.

:uando se fundó la Congregacion de nuestra Señora en el colegio de Sá- eligieron los Padres doce estudiantes de los más señalados en la virtud. 'no de estos fué nuestro Salvador, y le hicieron Prefecto, y, siéndolo, re :a en su casa el Juéves Santo á doce de los congregantes, y los lavaba los á imitacion del Señor, y despues hacian juntos largo rato de oracion ıtal, meditando algunos pasos de la sagrada Pasion de Cristo.

'isitaba á menudo los hospitales, ayudaba y consolaba á los enfermos y ia muchas veces limosna para ellos.

.as noches de Navidad y Juéves Santo, nunca entraba en cama, y esto le ) toda la vida, hasta que los achaques y vejez no le dieron lugar.

ıiempre fué amigo de ganar todas las indulgencias que podia, no perdo- ıdo á cualquier trabajo.

Siendo ya filósofo de tercer año Salvador Pizqueda, entre otros pensamien- que tuvo, se le ofreció que si se quedaba en el siglo ponia en duda su vacion; que era mejor dejarle y recogerse á sagrado, donde no hiciese cosa r su gusto, sino por direccion de otro que le supiese gobernar, y todo esto tendria cumplidamente entrando en la Compañía de Jesus.

Viendo esto el comun enemigo, procuró estorbarlo, representándole su :a complexion, la viudez y soledad de su madre y lo mucho que podia er en el mundo.

Todo esto le hacia fuerza, y á las veces le tenia confuso; pero, habiendo

oido que habia muerto en Cáller el Arzobispo de Sácer, D. Juan Segria, ( iba á Palermo; dificultó ménos el vencer aquella tentacion, considerando ( todo lo de acá se acaba.

Fuése luego á su confesor, el P. Bernardino Ferrario, de la Compañ hombre muy religioso que despues murió santamente en la India orient

A este Padre le comunicó su deseo para que le ayudase, y lo hizo c grande voluntad y afecto. Díjole que en acabando el curso, pues no le fal ban sino ocho meses, le recibirian si perseveraba en su vocacion.

Prometióle de estar firme siempre en ella, y en saliendo del colegio p su casa, le acometió el demonio en forma visible de una grande sombra n horrible y negra, poniéndole un pensamiento tan triste y melancólico, que le partia el corazon de pena y afliccion, por haber empeñado su palabr resuéltose tan presto.

Mas la divina bondad le dió la mano; porque, poniéndose en oracion en oratorio de su casa, y considerando la vanidad y peligros del mundo, y eternidad de las penas del infierno, de donde ni su madre, ni parientes le dieran sacar; se confirmó más en su santo propósito y descubrió lo que le bia pasado á su confesor, el cual le alentó más y le descubrió las mara del enemigo.

Así como se resolvió de entrar en la Compañía, supo que los Padres ella, segun su Instituto, suelen ir á misiones, en que se padece mucho; y ( los novicios, entre otras pruebas, son enviados en peregrinacion á pié y viático, viviendo de solas limosnas y recogiéndose á los hospitales, do los hay.

Edificóse de esto notablemente nuestro devoto mancebo, y luego le deseo de comenzar á ejercitar algo de esto, para ensayarse en lo que desp haria.

Comunicó su deseo á un compañero suyo, al cual persuadió que, por decer algo por Dios, hiciesen aquella jornada hasta el santo Cristo de O tan; y para hacerla con mucha devocion y pobreza, que no fuesen con ha tos de estudiantes, sino con unas esclavinas, ceñidos con unas sogas y c báculos en las manos.

De este modo salieron de Sácer, concertando primero que en el cami no habian de hablar sino de Dios, y que en las casas donde se habian de h pedar, comerian de sola limosna, que no entrarian en cama, y que siem irian á la casa del cura, cuando no hallasen hospital.

Vinieron entrambos en esto con mucha conformidad, y nuestro Señor ( de la primera noche los probó; porque, llegando bien tarde á un pueblo, hallaron ni un sólo pedazo de pan, estando bien cansados y casi en ayunas.

Pasaron aquella noche durmiendo en el suelo, y dando gracias á Dios por ver que padecian algo por su amor.

Prosiguieron otro dia su viaje despues de haber oido Misa, tratando cosas espirituales, y cantando algunas veces salmos.

Enseñaban la doctrina cristiana á la gente humilde que en el camino se les llegaba.

Ningun dia dejaron su oracion mental acompañándola con el Rosario, Oficio de nuestra Señora y de la Cruz, que nuestro Salvador Pizqueda rezó siempre.

En llegando á Oristan, se recogieron al hospital, de donde cada dia salian á pedir limosna, y todo lo que allegaban lo entregaban al mayordomo para repartirlo á los pobres, sin reservar nada para sí.

Confesaron y comulgaron con mucha devocion en aquel santuario, y despues dieron la vuelta para Sácer por otro camino, gastando un mes entero en su peregrinacion.

Dióle Dios á su verdadero siervo en este viaje encendidos deseos de servirle de veras y un grande desprecio de los bienes de este mundo, de sus honras y vanas esperanzas.

Mostró bien esto á pocos dias de la vuelta de su peregrinacion; porque, habiendo ido á Ploague, su patria, el Rector de allí, que despues vino á ser Obispo de Ales, le llamó un dia y díjole que, por lo mucho que le amaba y estimaba, queria renunciar en él su beneficio, insistiendo que lo aceptase.

Agradeciólo mucho Salvador, y díjole que el tener cargo de almas es carga más pesada de lo que parece; porque, si el hombre ha menester Dios ayuda para dar cuenta de la suya, ¿qué será menester para darla de tantas? que así, se hallaba por indigno y poco suficiente para tal ministerio.

El Rector quedó muy edificado de esto, y dijo á sus parientes que no era poca virtud, pues dejaba lo que otros tanto desean.

Sus deudos le hacian grande fuerza á que lo aceptase, pero él nunca quiso: entreteníalos con largas y excusas de acabar primero sus estudios y de pensarlo mejor.

Volvióse á Sácer á proseguir sus estudios de Artes, donde, por ser prefecto de la Congregacion, hubo de hacer tan bien en público una oracion latina el dia de la Asuncion de nuestra Señora, que los Padres tuvieron deseo de tenerle más presto en la Compañía; y así, le prometieron que el dia de la Natividad de la Vírgen le recibirian, aunque no se cumplió por cierta ocasion.

## III

*Cómo fué recibido en la Compañía.*

Satisfechos los Padres de la mucha virtud de Salvador Pizqueda, capacidad y constancia en su vocacion, juzgaron ser negocio de Dios y acertado el recibirle luego, como lo hicieron á 13 de setiembre, víspera de la Exaltacion de la santa Cruz, del año de 1571, sin haber cumplido los veinte de su edad.

Fué con gran consuelo de su alma; y cuando se vió solo en su aposento, le pareció que estaba en un cielo; y bañado en lágrimas de puro gozo, se arrodilló delante de una imágen de nuestra Señora, y, besando la tierra, dijo: *Haec requies mea in saeculum saeculi, hic habitabo quoniam elegi eam.*

Súpose en Ploague su entrada en la Compañía, y luego ordenaron sus parientes de sacarle; para cuyo efecto envió su madre á su hijo Pedro Pizqueda (padre de otro religioso de la Compañía llamado Salvador Pizqueda, que fué á las Indias occidentales) y á otros hombres, encargándoles hiciesen lo posible para llevarle á su hijo.

Llegaron con este intento á Sácer; y un domingo por la mañana, viendo que con razones no le habian podido persuadir á que dejase el nuevo estado, se pusieron junto á la sacristía por donde habia de pasar el H. Salvador, después de haber comulgado con los demás novicios.

En pasando, le cogió su hermano Pedro Pizqueda del brazo, y con violencia le llevaba con los demás hombres hacia la portería, amenazandole que allí le daria de puñaladas, si no le seguia y decia públicamente se queria con el á su casa.

Respondiole el humilde Hermano que, aunque le hiciesen pedazos, no [illegible] con él ni diria aquellas palabras.

Acudieron luego algunos Padres y Hermanos con otras personas que hallaron presentes, y se le quitaron de las manos, culpándole su demasia[illegible] atrevimiento.

Con esto se volvieron a Ploague y dieron cuenta á su madre de lo que habia pasado, la cual no por eso perdió el ánimo; porque, sabiendo que [illegible]ban a la ciudad de Caller los novicios, determinó enviar algunos hombres [illegible] camino para cogerle.

Por eso le detuvieron cerca de cuatro meses en el colegio de Sácer, [illegible]tandole en cosas de devocion y espiritu y en oficios humildes de la casa.

En este tiempo le sucedio una cosa notable a nuestro novicio, y es que estando un dia en el coro en oracion delante del Santisimo Sacramento [illegible]



vió rodeado y bañado de una grande y extraordinaria luz sensible, y se halló encendido con tan grande ardor, como si fuera una ascua de fuego.

Con esto quedó tan aficionado á la castidad y pureza, que al mismo punto hizo allí voto de perpetua castidad, por más que le despidiesen de la Compañía.

Al cabo de este tiempo le enviaron al noviciado de Cáller; mas, como su madre estaba sobre aviso, tuvo noticia de su partida, y así, volvió á enviar á su hijo Pedro Pizqueda con muchos hombres, para que se lo trujesen. Halláronle en un pueblo llamado Torralba, en casa del Vicario, despues de haber oido Misa.

Allı comenzó su hermano Pedro á hablar á nuestro novicio, significándole mil lástimas de su madre y lo mucho que podria medrar en el siglo, pues ya le rogaban desde luego con el rectorazgo de su patria.

Púsole delante su flaca complexion, los trabajos de la Religion, y últimamente le dió á entender que, si no volvia con él de grado, le llevaria arrastrando.

Recelóse mucho el H. Salvador de la violencia que le podian hacer, y procuró persuadir á todos con humildes y devotas razones; y despues de haberse encomendado un buen rato á nuestro Señor de rodillas, con grandes ansias de su corazon, rogándole le librase de aquel aprieto; luego apartó á sólas á su hermano y le dijo que por la sangre de Jesucristo le rogaba no hiciese tan grande ofensa á Dios, como era apartarle por fuerza de su servicio, y que entendiese que, si le habia de llevar, seria muerto y no vivo, y que no se engañase con las vanas esperanzas del mundo, que se desvanecen como el humo. «Si el rey, dijo, me llamara, sin duda os holgaríades, y me dejárades ir; pues mirad que me llama el Rey del cielo, no me estorbeis.»

Hicieron tanta mella estas palabras en el pecho de su hermano Pedro, que de bravo leon se trocó en manso cordero; y así, le dijo estuviese sin recelo, que, pues Dios le llamaba, no se lo estorbaria, ántes iria con él hasta Cáller acompañándole, y que si volvia atrás, no le reconoceria por su hermano.

Maravilláronse todos de mudanza tan repentina, y entendiendo ser cosa de Dios, se pusieron todos á caballo para acompañarle.

Receládose el novicio no mudasen de intento, despues de haber andado una legua, les rogó se volviesen á Ploague para consolar á su madre: hiciéronlo así por darle gusto.

Corrido el demonio de no haber salido con la suya, le quiso embestir con otra más terrible tentacion.

Habia caminado gran parte del camino despues de haberse despedido de su hermano y de los demás; cuando el enemigo comun del género humano

se le hizo encontradizo en figura de su hermano, con un semblante triste y lloroso, que le puso gran lástima, representándole al mismo tiempo imaginariamente la grande pena y afliccion de su madre y de sus deudos tan al vivo, que le parecia verlo todo con los ojos.

Causó esta vision en el ánimo del fervoroso novicio algo de turbacion y ternura; pero nuestro Señor fué servido que, haciendo la señal de la cruz y pensando que aquel no podia ser su hermano, porque el otro iba acompañado, y este venia solo; el otro se habia ido hacia poniente y este venia del oriente para toparle; entendió ser el demonio que le armaba lazos, con que desapareció.

Al cuarto dia de su camino pretendió llegar temprano á un pueblo llamado Sardara: faltóle el tiempo, y así, le fué forzoso caminar de noche entre mucha oscuridad. Perdió el camino, y así, no hacia otra cosa que rodear muchas veces el monte de S. Gabino de Monreal.

Vióse perdido, sin saber dónde iba y adónde estaba; mas mostró Dios la providencia que tiene de los suyos; porque, cuando pensó nuestro novicio no tenia remedio, salió de entre aquella espesura un hombre con luz, que se entendió fué ángel, pues en aquella hora, lugar y tiempo frio no podia haber hombre que fuese con luz ni que con tanto cariño y alegría se le ofreciese para todo lo que habia menester.

Así, se cree con gran fundamento haber sido ángel enviado de Dios, para que le guiase como á otro Tobías y llevase hasta Sardara, adonde llegó á media noche y allí le dejó aquella guía, llevándole á una casa donde habia un hombre de la ciudad de Cáller, el cual, como supo ser novicio de la Compañía, le acogió con mucha caridad, proveyéndole de todo lo necesario.

El otro dia, por ser el de la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora, se confesó y comulgó, y despues de haber oido Misa, se puso en camino, y llegó á Cáller la misma tarde, donde fué recibido con sumo gusto de todos.

## IV

*De su noviciado, y lo que hizo en los colegios de Sácer, Cáller y Alguer.*

Procedió el H. Salvador Pizqueda en su noviciado con muy grande satisfaccion de sus Superiores, esmerándose mucho en la observancia de sus reglas, no quebrantando ninguna á sabiendas.

Comunmente decian de él que era en todo un vivo ejemplo de virtud, y que, siendo novicio, procedia como viejo y anciano en la Religion y vida espiritual.

uiso una vez el Superior probar su obediencia, ordenándole hiciese todo
ıe viese en cierto Hermano que le nombró.
ste Hermano, estando nuestro novicio en cuerpo y sin bonete haciendo
on dentro de la sacristía, salió corriendo de ella á la iglesia, y de allí á
lle hasta la torre del Elefante, que es buen trecho; el H. Salvador, de la
ɜra que estaba, sale al punto corriendo tras el Hermano hasta la mis-
orre.
ɔlvieron los dos á casa y el Superior reprendió ásperamente al H. Sal-
r; y preguntado le dijese qué le habia movido á salir de aquella suerte,
ɔndió que ninguna otra cosa sino el haberle dicho que hiciese todo lo
viese hacer a aquel Hermano.
ɔtaron en esto los Superiores la puntualidad de su obediencia y cuán á
ıs procedia en ella.
ciéronle despues maestro de niños que aprenden á leer y escribir, á los
s enseñaba y procuraba adelantar en toda virtud.
endo los Superiores lo bien que se portaba en este ministerio, dentro de
tiempo le hicieron maestro de Retórica, y áun habiendo de defender un
público de Filosofia un estudiante principal de la misma ciudad, habien-
ɔbrevenido cierto estorbo al maestro que lo habia de presidir; el Superior
nó al H. Salvador lo presidiese, y él lo hizo con grande satisfaccion y
ıso de todos, así en dar las doctrinas y soluciones de los argumentos,
ɔ en la modestia religiosa.
ɔ por enseñar la retórica aflojaba el H. Salvador un punto en las cosas
spíritu; y así, en este mismo tiempo de su noviciado, el dia de la Purifi-
n de la Vírgen, pidió con instancia á los Superiores le dejasen hacer por
ɜvocion los votos, y habiéndolo alcanzado, los hizo con mucho fervor
píritu.
ıése despues al coro para agradecer al Señor aquel nuevo beneficio, y
e halló tan encendido en espíritu, que apénas podia sufrir aquel grande
ıdio.
óse tambien tan ilustrado de soberana luz, que flaqueaban los ojos en
, como cuando se mira el sol de hito en hito.
a cosa rara ver cuán dado era á la oracion nuestro novicio y el cuidado
ɔnia en tenerla bien, mortificándose para este fin en todo. No era mé-
ɜxacto en tener la leccion espiritual y los exámenes de conciencia, y en
ɜscubrir toda su alma al Superior.
merábase en trabajar infatigablemente, no sólo en los oficios que hacen
studiantes novicios, sino tambien en lo que hacen los Hermanos Coadju-
y muchas veces viniendo del aula, para mayor humildad y mortifica-

cion se quitaba la sotana con licencia, para trabajar como un mozo de cas

Acabado su noviciado y de haber leido retórica tres años y medio en e colegio de Cáller, fué enviado al de Sácer para oir su Teología, en la cua aprovechó de modo que, acabada, le mandaron leyese dos cursos de Artes, con notable provecho de sus discípulos, aunque con no poco detrimento de su salud, la cual se le quitó de suerte que nunca más la tuvo entera.

Aconteciósle en este tiempo leer todo un año con una recia cuartana, sin faltar á ninguna leccion.

De manera que, siendo Hermano, leyó diez años y medio, y en todo este tiempo nunca le dió pesadumbre el verse entretenido tanto tiempo en la lectura sin ser sacerdote, con la salud quebrada y entrado en edad, ni tuvo acerca de esto ninguna impaciencia ó murmuracion contra los Superiores, sino que entendió siempre ser aquello lo más conveniente.

Preguntándole una vez su confesor si esto le habia dado alguna pena y si queria que dijese alguna cosa á los Superiores, respondió que ninguna, ni que se hablase palabra sobre este punto; porque en todo queria ser llevado de la obediencia y no queria tener escrúpulos de negociaciones é intercesiones.

Frecuentaba tanto la lectura, que no sólo los dias de estudio, pero aun las fiestas y vacaciones recogia en alguna parte sus estudiantes y los ejercitaba en letras y virtud, y aprovechaban tanto, que los demás los llamaban los *Recoletos* y los más fueron religiosos.

Leido que hubo el segundo curso, fué enviado al colegio de Busaqui, que despues se mudó en noviciado de Cáller.

Empleáronle allí en predicar ordinariamente en la parroquia y en los lugares comarcanos, con mucho provecho de los oyentes y consuelo de su alma

Ocupóse en este santo empleo hasta la cuaresma del año de 1584, cuando ya tenia treinta y tres años cumplidos y trece y medio de Religion.

Entónces fué ordenado de sacerdote en la ciudad de Oristan por el Arzobispo D. Francisco Figo, que se holgó mucho de ordenarle por su conocida virtud y letras.

Ordenado que fué de sacerdote el P. Salvador Pizqueda, el Sábado Santo de la misma cuaresma en que se ordenó, se recogió á hacer los ejercicios espirituales, para disponerse á celebrar aquel santo Sacrificio con mayor pureza

Y así, habiendo precedido esta disposicion, dijo su primera Misa en Busaqui la Dominica in Albis con extraordinaria devocion y lágrimas.

Hizo despues su tercera probacion en Cáller con notable satisfaccion de los Superiores y provecho suyo; porque se le comunicaba mucho nuestro Señor, dándole varios sentimientos é ilustraciones en la oracion á la medida d

que continuamente se mortificaba en todas las cosas sin perder ocasion, ›rque se tenia por el más inútil y desaprovechado de todos.

Procuraba imitar todo lo bueno que veia en los otros, dándose más á la racion, leccion espiritual y desprecio de sí, procurando tener los vestidos nás viles, rotos y remendados, andando sentado en un jumento por la ciuлad, echando cargas de basura; y, lo que es más, publicando continua guerra contra su propia voluntad, y diciendo que aquel era el tiempo de aprovecharse y quizá el último de su vida.

Acabada su tercera probacion, hizo el oficio de Ministro en el colegio de Cáller mucho tiempo, con notable cuidado y caridad con todos, la cual mosró principalmente con los enfermos, levantándose de noche muchas veces ara ver si habian menester algo.

Habian sangrado el dia antes á uno de los enfermos que tenia algun peliro; levantóse el P. Salvador á la media noche para verle el brazo y si habia nenester alguna cosa.

Halló al enfermo dormido y el brazo bien atado. Volvióse á la cama, y de hí á dos horas, estando dormido, sintió sensiblemente que le despertaban oriesa. diciéndole acudiese presto á aquel enfermo, porque estaba en maniesto peligro.

Levantóse volando, váse al enfermo y hallólo dormido y casi desangrado, r habérsele soltado la sangre.

Remediólo lo mejor que pudo, y conoció que aquel aviso fué del cielo, ra socorrer al enfermo, que de todo punto pereciera.

Del colegio de Cáller fué enviado al de Sácer, para hacer el mismo oficio : Ministro: hízolo algun tiempo, y despues fué nombrado Rector del mismo legio, donde mostró su mucho celo y un extraño deseo de grandes auentos de espíritu, y más con las obras y ejemplo que con las palabras.

En este mismo colegio hizo su profesion del cuarto voto á 30 de octubre 1592.

En los ejercicios que hizo antes de esta profesion se le comunicó Dios ucho, sintiendo extraordinarios consuelos é ilustraciones.

Fué como fundador de las cuatro Congregaciones que hay en aquel cole›, que como Padre le reconocen en el ser que tienen: gobernólas largo mpo, teniendo muchos años dos juntamente.

Así como acabó de ser Rector de Sácer, fué enviado á Cáller para leer púcamente Teología moral, la cual leyó más de dos años.

Fué tambien en este tiempo Prefecto de todos los estudios de aquel cole-, dando principio á la fundacion de la Congregacion de menores, con la ocacion de la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora.

Dióle el virrey D. Gaston de Moncada, que estimaba mucho al P. Salvador, bastante limosna para hacer el oratorio que hoy tiene.

Defendiéronse en un convento de religiosos unas conclusiones de Teología, en las cuales arguyó el P. Salvador Pizqueda, y despues de él el P. Francisco Canal, lector de Filosofía. A este Padre dijo el presidente que lo que queria probar era herejía, y, si no callaba, lo delataria á la Inquisicion.

El P. Salvador tomó la mano, y con mucha modestia dió razones que era doctrina sana y buena y de graves autores, como Belarmino y otros.

Alborótose más el presidente y dijo que él tenia tambien doctrinas heréticas, y que luego se partia á Sácer á dar cuenta al santo Oficio, como de hecho lo hizo, y despues publicó en Cáller le habian despedido de la Compañía por no haber querido retractar las que él llamaba herejías.

Averiguó el Tribunal el negocio con el cuidado y acierto que suele, y halló que la delacion era fundada en ignorancia; que el P. Salvador habia hablado docta y acertadamente.

Supo el P. Viceprovincial lo que en Sácer se habia divulgado á cerca de haberle despedido en Cáller, y puso en su mano si queria ir á Sácer, para desengañar la gente; mas el siervo de Dios le dijo que, si á su Reverencia no le movia otro fin, se quedaria de mejor gana donde estaba, pues era más conforme á la regla padecer injurias, afrentas y falsos testimonios, no dando ocasion alguna á ello.

Edificóse mucho de esto el Superior y no ménos los seglares, cuando supieron que el P. Salvador ayudó grandemente á aquel religioso, que así le habia infamado, en un muy grave negocio de honra que se le ofreció.

En este tiempo se mudó el noviciado de la Compañía del sitio en que estaba al que hoy tiene en Cáller, dejando sólamente el oratorio, de que dieron cuenta al P. Salvador; y así, iba todos los domingos, fiestas y en las cuaresmas y advientos á confesar y decir Misa, y algunas veces se quedaba allí todo el dia, confesando y enseñando la doctrina cristiana, sin acordarse de ir á comer, proveyéndole Dios de tan grande dulzura y gusto espiritual, en lugar del sustento corporal, que parecia derretírsele las entrañas, con que ni sentia flaqueza ni hambre alguna.

Despues la obediencia le envió á Sácer á leer Teología escolástica, y así, se puso en camino con dos Hermanos.

Pasando por la ciudad de Oristan, supo estaba allí enfermo el P. Juan Vargio, de la Compañía, que adoleció despues de haber predicado en aquel lugar el adviento, y discurrido por aquellos pueblos circunvecinos.

Entónces el P. Salvador envió los Hermanos á Sacer, y él se quedó con-

›lando y sirviendo al enfermo por espacio de veinte y dos dias, sin entrar ı cama todo este tiempo.

Llegó el enfermo tan á lo último, que lo tuvieron por muerto y trataban ı de enterrarlo; mas el P. Salvador rogó á Dios por la salud del Padre, el ıal luego comenzó á tener tanta mejoría, que dentro de diez dias se partie- n entrambos para Sácer.

Comenzó luego este insigne varon á leer su Teología con el cuidado y sa- faccion que siempre, y con la misma fué Prefecto de todos los estudios.

No por tener estos oficios se olvidó jamás de la humildad, ántes servia á los los de casa como si fuera el más mínimo de ellos.

Despues de haber sido Rector del colegio de Sácer y leido Teología mu- ›s años, aceptó de buena gana el ser Procurador del mismo colegio, y de ıer cuenta de la fábrica, hasta que la poca salud no le dió más lugar.

Fué algun tiempo Rector del colegio de Alguer; hallóle muy desproveido alto de lo necesario por no tener bastante dotacion.

Encomendó á Dios esta necesidad, y, cuando ménos se pensó, una persona : no tenia ningun trato con los de la Compañía, envió aceite y queso para o el año, buena cantidad de trigo y carneros para algunos meses.

Cuando de noche, despues de recogidos todos, llamaban para algun enfer- era el primero que se levantaba á responder y el que más á menudo principalmente en las noches más frias y ásperas, y más si se llamaba para te pobre y necesitada.

ıstituyó en este colegio la primera Congregacion de la Vírgen que hay ;l.

## V

*De lo que le pasaba en la Misa y en las misiones que anduvo.*

l santo Sacrificio de la Misa iba con muy grande disposicion y con un en- ıble deseo de gozar de aquella celestial mesa.

ı principal disposicion era andar siempre con un continuo desvelo de r cualquier mínima falta.

:conciliábase cada dia con mucho cuidado y dolor, considerando algun de la Pasion de Cristo, la cual era la ordinaria materia de su medita- con grandes sentimientos é ilustraciones interiores y una compasion grande de lo que el Señor habia padecido por nosotros.

gunas veces al principio se hallaba seco; pero, pasando adelante con per- ancia, le hacia Dios aquellos regalos; y esta pureza de corazon, con que

se llegaba el P. Salvador á este celestial convite, era tal, que afirmó su
fesor con juramento, que habiéndole confesado generalmente de toda su
algunas veces, principalmente en la enfermedad de que murió, jamás le h
pecado mortal.

El Ministro del colegio de Sácer anduvo con particular advertencia
espacio de seis ó siete años y nunca le pudo notar falta ni imperfec
alguna.

Preguntado por obediencia algunos dias antes de su muerte qué senti
la Misa, dijo que, en acabando de consagrar, nuestro Señor le comunic
tanta y tan extraordinaria luz de su real presencia debajo de aquellos a
dentes, que ya le parecia no tener fe de aquel misterio; porque habia mu
años tenia de ordinario una clara y distinta vista de Cristo nuestro Bien e
divino Sacramento, como cuando tenemos algun amigo delante de nues
ojos; y otras veces con la ilustracion y luz que los místicos llaman vista
piritual.

Otro Padre afirmó con juramento que el P. Salvador le dijo tres ó cu
veces en cierta ocasion, que nuestro Señor le regalaba muchas veces e
Misa, apareciéndosele en la sagrada Hostia en la forma que le pintan r
citado.

Cuando tenia esta dichosa vista, era tan grande el júbilo y dulzura
cielo, que se le derretian las entrañas: y así, algunas veces salia fuera m
festándolo con suaves lágrimas, segun fué visto de muchos, por más fu
que hacia en encubrirlo.

Por esto procuraba, siempre que podia, no decir Misa en público, porqu
detenia tanto en ella, que no podia dejar de causar algun enfado y not
la gente.

De esta suave vista del Señor le nacia el esforzarse tanto este siervo
Señor para decir Misa cada dia, por más flaco que se hallase, mientras la
fermedad no le rendia en la cama: y aunque se hallase flaco, cobraba br
esfuerzo en el altar.

Acerca de esto testifica el que ordinariamente le ayudaba á Misa en el
torio, que muchas veces le hallaba todo temblando, y como para caerse,
que parecia imposible que pudiese decir Misa aquel dia; mas, comenzand
introito, andaba tan suelto y ligero, como si fuera de muchas fuerzas.

Tenia tanta devocion y afecto á la Misa, que nunca la dejó de decir,
árduos negocios y ocupaciones que se le ofreciesen.

Venia de Roma de la sexta Congregacion general, y hallóse en cierta p
de Córcega, distante del primer lugar cinco ó seis millas: era el dia llen
agua y á ratos nevaba, y siendo el P. Salvador viejo, flaco y consumido

reviéndose los dos Padres compañeros, todavia él no dudó de ponerse en
mino y á pié, para poder decir Misa aquel dia.
Llegó á las doce de mediodia, despues de grande trabajo y cansancio:
lló allí al Obispo de Sagoni, que le recibió como á un ángel con grande
ridad; y pidiendo el Padre que le diesen aderezo para decir Misa, el Obis-
mandó darle luego sus mismos ornamentos.
El siervo de Dios dijo Misa con extraordinaria ternura y lágrimas, gozando
ís de espacio que las otras veces de aquella celestial presencia de Cristo
estro Señor en el divino Sacramento.
Llegó á Porto-Vechio, fortaleza de Córcega, un Miércoles santo, volviendo
Roma la primera vez que fué por Procurador de la Provincia, y para po-
r decir Misa aquellos dias, trazó con el capitan de la fortaleza y el cura le
asen hacer los Oficios aquellos dias. Con esto pudo cumplir con aquella su
ınde devocion de nunca dejar la Misa.
En este tiempo se dió tan buena maña con los de la fortaleza, que los con-
ó á todos.
Por esta misma devocion que tenia al Santísimo Sacramento, estando en-
no en la cama, comulgaba cada dia: acerca de esto dijo que, con estar tan
agado, que de ninguna cosa tomaba sabor; más en comulgando sentia tan
nde suavidad sensible y espiritualmente, cual no se puede hallar en todos
regalos y dulzuras del mundo.
Deseaba grandemente perder la vida por la verdad de la real presencia del
or en el Santísimo Sacramento, padeciendo todos los tormentos que han
ecido los mártires y todos los que se pueden imaginar.
Dióle Dios á este su siervo tan fervoroso celo de las almas, que de su parte
npre quisiera hacer oficio de operario evangélico, confesando y predican-
nfatigablemente por las villas y aldeas.
on ser así que cuando predicaba en las ciudades apénas tenia voz, por
de suya flaca y ténue; en las misiones mostraba tan grande chorro de voz
meza de pecho y copia de palabras, que, reparando en ello, se juzgó ser
más que natural.
nvióle una vez la obediencia á mision, y al pasar de una puente, tropezó
ıballo y enclavó la cabeza en un hoyo, de modo que no hubo remedio
oderla sacar por ser estrecho.
ansóse mucho en ayudar la cabalgadura, mas fué en balde Miró á todas
es á ver si podia esperar socorro de alguna persona, y, como no la hubie-
úsose en oracion, rogando á Dios librase á aquel animal del trabajo en
estaba perdiendo la vida; ¡cosa maravillosa! al punto aquel caballo, en-
lo como estaba, se pasó todo por aquel hoyo el rio adentro, por donde

no pudo antes sacar la cabeza, y nadando salió del agua, sin haber recibido ningun daño, á la ribera, hacia adonde iba el Padre, que se estuvo quedo hasta que fué á tomarle.

Fué despues á ver si aquel hoyo se habia ensanchado, y hallóle como de antes estaba, y entendió cuán fácil es á Dios pasar el camello por el ojo de la aguja. Dió gracias á Dios, y, subiendo en el caballo, prosiguió el camino.

En las misiones, no sólo confesaba casi todo el dia en la iglesia y gran parte de la noche en casa á los pobres que venian tarde de sus labranzas, sino tambien leia á los clérigos una leccion de casos; y ciertos dias iba por el lugar con las alforjas al hombro pidiendo limosna para los presos de la cárcel y pobres vergonzantes.

Sucedióle una vez hallarse tan aturdido de la cabeza por el mucho trabajo, que habiendo de predicar al otro dia, no podia hacer concepto de cosa ni se le podia ofrecer algo para decir, durando este aturdimiento hasta la mañana, que tocaron á sermon.

Encomendóse á Dios, y confiando en Su Divina Majestad, subió al púlpito con ánimo de decir siquiera algun ejemplo, y, luego que comenzó, se le ofreció tanto qué decir y tan al propósito y con tanto vigor y brío, que nunca predicó tan bien ni tan provechosamente.

Sus conversaciones en las misiones siempre eran de Dios, y con la gente comun de los cuatro novísimos.

Otra vez, desviándose este insigne varon del camino, vino á dar á unos pantanos tan peligrosos, que en entrando la cabalgadura, se hundia del todo; iba ya á dar en ellos, por estar cubiertos de alguna yerba, que parecia asegurar el paso, cuando mostró Dios su providencia con este su siervo, porque luego salió un hombre de allí cerca dándole voces, y avisándole del peligro en que estaba.

Al punto el P. Salvador volvió atrás hacia el camino con aquel hombre, el cual despues no supo cómo se le desapareció, por lo cual quedó persuadido ser algun ángel en forma humana.

Yendo camino, de ordinario se apartaba lo que podia de la compañía, para ir rezando ó meditando alguna cosa, mientras lo podia hacer sin nota; y por más que la cabalgadura caminase bien, siempre que comenzaba á rezar ó meditar, tropezaba á cada paso: entendió ser astucia del demonio, y entónces se empleaba más en aquel santo ejercicio.

## VI

*De su gran caridad y profunda humildad.*

Su grande caridad para con Dios se puede rastrear por lo que decia en algunas ocasiones, que aunque descargasen sobre él todas las afrentas, menoscabos, malos tratamientos y penas del mundo, no haria un pecado venial á sabiendas por ser contra Dios, que infinitamente merece ser amado.

Por la misma razon decia sentiria más, si Dios le echase en el infierno para siempre, el oir blasfemar de Dios y llamarle tirano, que sus propias penas eternas.

Esta caridad le hacia desear entrañablemente el poder derramar la sangre y pasar por todos los géneros de tormentos del mundo por hacer algun servicio á Dios.

Esta caridad le obligaba á tratar con los jueces y Prelados para que procurasen la reforma de los que vivian con libertad ofendiendo á Dios.

De la misma caridad le nacia el hablar siempre de Dios, y andar en su presencia, y afligirse extrañamente cuando veia ó sabia que alguno ofendia á Dios.

La caridad para con el prójimo se puede colegir de lo que siempre procuraba ayudar á los pobres y necesitados en el cuerpo y en el alma.

Hallábanse unas doncellas en tanta necesidad, que les faltó muy poco el perder la honra: súpolo el P. Salvador, hablólas y animólas á confiar en Dios, y de ahí á poco les buscó bastantes limosnas, con que se casaron honradamente.

Supo que una persona habia caido en una flaqueza, y el P. Salvador lloró más de un año su pecado y se afligió con penitencias.

Tuvo muchos años cuenta de los pobres de la cárcel, y á todos ayudaba con mucho cuidado en el alma y en el cuerpo, buscándoles limosnas y hablando por ellos á los jueces.

Para más atender á su necesidad, se iba muchas veces por la ciudad con algunos de sus congregantes, buscándoles limosnas y haciendo lista de los que querian darles algun pan cada semana.

Lo mismo hacia con los pobres vergonzantes; y á las personas que por necesidad no podian salir de casa, iba cada semana á confesarlas sin reparar en el mal tiempo ni en sus pocas fuerzas y flaqueza.

La misma caridad y con más cuidado ejercitaba con los de casa, y nunca perdia ocasion de hacer cualquier acto de caridad que se ofreciese.

A los enfermos visitaba cada dia, y demás de esto, tenia continuamente las quietes con ellos.

De la misma manera en la humildad se esmeró este insigne varon, así para con Dios como para con los prójimos.

Para con Dios la mostró bien en la grande y señalada sujecion que siempre tuvo á la divina voluntad en todo lo adverso que le sucedia de trabajos, disgustos, enfermedades y persecuciones, que tuvo muchas.

Nunca decia otra cosa sino: «Así lo quiere Dios, ó á lo ménos lo permite, no hay más que buscar; sea Dios alabado para siempre. Amen. Amen. Su Majestad es el Señor absoluto, y nosotros viles é indignos esclavos; sea siempre glorificado.»

Mostróla tambien en encubrir los divinos dones que Dios le habia comunicado. Jamás habló palabra de esto sin urgente causa, ni dió señales exteriores por respeto humano ni por título aparente de glorificar á Dios ó aprovechar al prójimo.

Claro testimonio da de esto lo que le pasó muchas veces con un Padre que andaba con cuidado continuo de sacarle algo, no perdiendo ocasion; y el venerable Padre estuvo siempre tan advertido, que nunca se le soltó palabra que oliese á cosa de regalos ó ilustraciones de Dios; ántes con grande destreza divertia la plática, envileciéndose y llamándose lleno de miserias.

Esto mismo nos declara el haber ocultado los favores divinos cuanto pudo en su última enfermedad, que para saberse algo, fué menester el brazo de la santa obediencia que se lo mandó, y aún entónces hizo todo aquello á que la regla le daba lugar, en proponer al Superior lo que en esto sentia, lo mucho que le afligia, lo poco ó nada que tenia que decir, pues en él no habia sino miserias y pecados, que si queria los daria escritos.

Esta grande humildad fué causa de que antes de las dos enfermedades, que tuvo antes de morir, quemase todos los papeles en que tenia notadas todas las cosas señaladas que le habian acaecido en el discurso de su vida, para que no fuese estimado ni tenido por santo

Y al contrario, si le habia sucedido alguna cosa que pareciese podia ceder en algun desprecio y desestima suya, la decia llanamente.

Procuraba tambien el P. Salvador tener esta humildad con los hombres, a los cuales trataba siempre con grande respeto, por inferiores que fuesen, no estimando su saber ni demás dotes, para ponerse á los piés de todos.

De esto nos dió ejemplo este humilde Padre, cuando el P. Mateo Martinez, Provincial que entónces era, le quiso enviar á Roma en su lugar con ocasion de la sexta Congregacion general, por estar gravemente enfermo. El P. Sal-

'ador le rogó le enviase como á particular, y aquel cargo le diese á otro, como .e hizo.

Con la misma humildad menospreciaba cualquier honra. Supo que el virrey le Cerdeña, cuando llegó á Sácer, tenia grande deseo de hablarle y conocerle por lo mucho que le habian dicho de su virtud y letras; nunca quiso verle, diciendo que habian engañado á su Excelencia.

Tambien mostró mucho sentimiento, cuando entendió que el gobernador de Sácer procuraba tener una firma ó carta suya.

Oíasele decir muchas veces que andaba como corrido por ver que no había cosa buena en él, y que se espantaba cómo todos no le escupian á la cara y daban grita.

Sentia este humilde Padre grande gusto en los desprecios, y los deseaba de corazon, y decia que, si se pudiera hacer sin menoscabo de la Compañía, se holgaria que le sacasen en cadalso público, y que lo habia rogado á Dios muchas veces, si se podia hacer así.

Tambien decia que no podia explicar el regocijo que sentia de verse muy :onsumido y flaco.

Preguntóle un Hermano la causa, á que respondió de esta manera: «Díame, carísimo Hermano, si un mundano tuviese un enemigo muy soberbio orgulloso, que le ha perseguido muchos años y procurado hacerle grandes gravios, ¿no se holgaria de verle ya sin fuerzas y rendido á su voluntad? Cierto ', se holgaria. ¿Pues qué mayor enemigo que la carne? ¿Quién nos persigue iás y procura hacer daño que ella? Por esto, pues, Hermano, nos debemos olgar.»

Viéndose cercano á la muerte, rogó á todos le ayudasen á bien morir como l mayor pecador del mundo, que así lo habia menester.

## VII

### *De su modestia y obediencia.*

En la modestia fué muy señalado este venerable Padre, y túvola tan grane, como si fuera un novicio muy devoto, que notablemente se esmera en las :glas de la modestia; por esto las leia á menudo y ponia gran cuidado en uardarlas.

Nunca lo vieron andar apresurado, ni divirtiendo la vista á todas partes, ni ablar descompuesto, ni menear mucho las manos, ni hacer otras acciones escompasadas.

De aquí dió motivo á muchas personas graves á decir que, para ver la compostura de un santo, no habia más que mirar la del P. Salvador Pizqueda.

Las veces que salia fuera para los ministerios de la Compañía de Jesus, nunca alzaba los ojos á mirar cosa, por rara y nueva que fuese, ni descubria las manos, sino que siempre las tenia debajo del manteo.

Cuando salia á la iglesia, ponia devocion con su modestia y compostura, y sólo miraba dónde habia de poner los piés; y como tenia tan compuesto el hombre interior, resplandecia tan grande modestia y compostura en el exterior.

Si fué señalado en la modestia, no lo fué ménos en la santa obediencia. Acerca de esto dijo un Padre grave, de grande religion y letras, que aunque ninguno le edificaba tanto como el P. Salvador en todo género de virtudes, mas en la obediencia no sé qué ventajas tenia.

Dió muestras de esto no sólo en no hacer una mínima cosa sin licencia, sino tambien en nunca replicar ni proponer en lo que se le mandaba, y más, si era cosa humilde y de trabajo, aunque de suyo fuese árdua y dificultosa.

Siendo Hermano, hizo su entrada solemne D. Alonso de Lorca, cuando de inquisidor de Cerdeña fué hecho Arzobispo de Sácer.

Avisóle el Superior la noche antes que hiciese al otro dia por la tarde e la iglesia mayor una oracion latina al propósito de aquella entrada.

Aunque vió la dificultad, como era tan obediente, no replicó, sino que, co fiado en la virtud de la santa obediencia, puso mano á la obra é hizo la or cion aquella noche, y al otro dia por la tarde la recitó públicamente con gra de satisfaccion y aplauso de todos.

Siendo ya viejo, cansado y lleno de muchos achaques, le significó P. Provincial, Hernando Ponce, que se holgara mucho de que se pudiese h llar en la Congregacion provincial, que se habia de tener en Cáller.

Entónces el obediente Padre, que hacia tanto caso de la obediencia, au que no viese sino la señal de la voluntad del Superior, dijo que iria, pues c su gusto, si no le ordenase otra cosa.

Dijo esto con tanta eficacia y fervor de espíritu, que el Superior, admirad de su ánimo y obediencia, lo dejó en sus manos, añadiendo que holgaria si pudiese: con esto, á pocos dias se puso en camino, y fué y volvió sin tener lesion en su salud.

Habiéndose de embarcar á Roma por Procurador de la provincia, el dia de la embarcacion, despues de haber trabajado todo él, dentro y fuera de casa en los negocios que tenia á su cargo, volviendo al colegio ya tarde á puestas de sol con harta hambre y cansancio, porque á la mañana apénas se habia desayunado y era tiempo de estío; cuando, bajando el refectorio á to-

na refeccion ordinaria, mientras iba, vino un Hermano á decirle de Superior que le parecia tarde para ir á la barca y que convenia

oyese este recado, volvió atrás sin tomar una sed de agua, y se fué á embarcar, segun le habian significado de parte del Superior, el abia si habia comido ó no.
anto le mandaban se persuadia ser aquello lo mejor y más á gusto Y si alguna vez los Superiores le querian dar alguna razon en lo andaban, luego decia: «No es menester eso, que la obediencia no se razon, sino que se ha de obedecer á ciegas.»
al Hermano enfermero obedecia con prontitud. Acontecia tener nele alguna cosa cuando estaba enfermo en la cama, y aunque estaba osento y se la podian dar los que se hallaban presentes, no la queria, e viniese el enfermero porque no habia pedido licencia.
una vez un Padre que el enfermero no queria, y respondió: «Si el no quiere, basta eso, no hay que buscar más, eso será lo mejor,» y tan exacto en esta obediencia, le dijo otro Padre á posta: «Que haciegas lo que dice el Superior, cuando él lo ordena por sí mismo, ; mas cuando lo manda por otro, eso es el reparo.»
ndió el P. Salvador: «El que está necesitado de comida, no tiene e la mano que se la da, sino de la necesidad que padece. Nosotros enester la obediencia, y así, no hemos de mirar que venga por cualno; obedecer á Dios en el Superior, y no buscar más.»
decia y hacia en materia de obediencia, que no se refiere por la d: llamaba á esta virtud diferencia esencial del religioso de la a
a grande obediencia le nacia la grande quietud y paz interior y exn que tenia á todos admirados.

## VIII

### *De su castidad y pobreza.*

a virtud de la castidad no sólo fué casto el P. Salvador Pizqueda, en de alma y cuerpo, con tanta pureza, que testificó su confesor que ó generalmente en su última enfermedad, que fué tan puro y limpio niño que sale de las entrañas de su madre, y que habian de pintarle azucena.

De esta su grande pureza le nacia un extraño deseo de que todos consagrasen á Dios su honestidad.

Engrandecia la excelencia de esta virtud, y ponia los medios posibles para conseguir su intento; y así, fué grandísimo el número de vírgenes que se consagraron á Dios por su persuasion; y muchas casadas hicieron voto que, si alcanzaban de dias á sus maridos, guardarian continencia.

A otras que habian caido levantó y puso en vida honesta; pero en quienes más deseaba esta limpieza era en los eclesiásticos, los cuales decia que se habian de considerar como empastados ó amasados con la sangre y carne de Cristo, que cada dia toman en las manos.

Decia que para guardar un tesoro tan grande como es el de la castidad, es poca cualquier diligencia y cuidado que se ponga.

Cuando hablaba con mujeres, nunca las miraba á la cara, y habiendo de salir á la iglesia para confesarlas, antes de sentarse en el confesonario, decia delante del Santísimo Sacramento aquellas dos oraciones: *Ure igne sancti Spiritus*, etc.: *et Omnipotens et mitissime Deus*, etc., pidiendo á Dios pureza de cuerpo y alma.

Decia tambien que para guardar perfectamente la castidad, ha de andar uno con tanta delicadeza, como quien pasa entre espinas; y así entendia aquello de los Cantares: *Sicut lilium inter spinas.*

Afirman personas muy fidedignas que, siendo llamado á confesar á cierta mujer que fingió estar enferma, le quiso provocar á mal, y el P. Salvador para escaparse de aquel peligro, se llenó la cara de las inmundicias de un vaso, y la mujer, quedando atónita del hecho, desistió de su mal intento: caso verdaderamente de mucha edificacion.

En premio de su pureza ha concedido nuestro Señor á algunas personas que sean libres de la molestia de la carne, llevando alguna reliquia suya, y el no haberse corrompido algunos pedazos de su carne que se cortaron el dia de su entierro y duran hasta hoy.

Dejó este apostólico varon voluntariamente por Dios todo lo que tenia y podia tener con la Rectoría de Ploague, que con tantas veras le ofrecian.

Andaba con tanto cuidado en no tener cosa supérflua, y procuraba de modo carecer de muchas necesarias, áun de las que pertenecian á su enfermedad, que con gran razon tenia á todos no ménos edificados que maravillados.

Contentábase de cualquier cosa que le daban, aceptándolo todo con tanta humildad y reconocimiento, que parecia ser un pobre que pedia de puerta en puerta.

Holgábase grandemente cuando le cabia lo peor, y procurábalo alcanzar sin nota. Juzgaba que en aquello habia harto y sobrado para él.

Un jubon le duró veinte años, que apénas habia ya pedazo; y asimismo una almilla de paño basto.

Cuando los Superiores mandaban darle alguna cosa nueva, hacia lo posible por no recibirla, diciendo que aún podia servir la que tenia, y no la habia menester tanto como pensaban, y que le ponian escrúpulo, por ver que con aquello no le faltaria nada de lo necesario en ese género.

Despues que se le hacian tomar, se corria y decia con notable confusion: «Miren por amor de Dios qué buen pobre de la Compañía, que tengo sotana nueva y ropa, etc.»

Siendo Hermano, al tiempo que le habian de ordenar le dieron un breviario harto viejo; pero el P. Salvador era tan amigo de la santa pobreza, que se sirvió de él más de treinta años, y hubiera muerto con él, á no suceder que, cuando fué á Roma por Procurador de la provincia, se le vió un Padre conocido suyo y le mostró á nuestro P. General Claudio Aquaviva, el cual mandó le diesen uno nuevo. Tomólo por obedecer y de él se sirvió hasta que murió.

Mudando una vez de aposento por órden del Superior, un Hermano que le ayudaba halló en el aposento en que le ponian un trapo viejo de paño negro. Díjole el Hermano: «Téngase V. R. ese trapo para sacudir el polvo de la mesa y libros.»

Preguntó si el Padre habia dado licencia, respondióle que el P. Ministro no sabia nada por haberse hallado allí y que era de ningun valor.

Entónces el P. Salvador no lo quiso tener, diciendo ser contra la perfeccion de la pobreza tener una mínima cosa, aunque fuese un trapo, sin licencia; y que si queria lo tuviese, lo dijese primero al P. Ministro.

De este santo afecto de la pobreza le vino no tener cosa que oliese á comodidad, y tener un extraño cuidado de que no se perdiese la más mínima cosa.

Si cuando escribia era menester hacer borrador, primero lo hacia en papeles viejos y vueltas de cartas, por no gastar papel.

Cuando le pedian el manteo ú otra cosa, le decian si queria dar su manteo, etc.; no sólo lo daba luego de buena gana, pero advertia con buen modo al que se lo pedia que no habia de decir *si queria,* ni poner el pronombre *su,* sino que el Superior queria diese el manteo.

Con el mismo celo de la pobreza decia que en la mesa no se habia de trocar ni cuchillo, ni servilleta, etc., cuando no parecia tan presto al que le cabia en el puesto que se sentaba, porque aquello era acto de disposicion, y el pobre no tiene sino lo que le dan, y lo que se le da, es lo que le cabe

## IX

*De la observancia de las reglas y su mortificacion.*

En la observancia de las reglas se esmeró tanto este siervo de Dios que preguntado por obediencia sobre este punto pocos dias antes de morir, dijo que, aunque entendia haber resbalado algunas veces por descuido ó inadvertencia, todavía en todos los cincuenta y dos años que habia vivido en la Compañía nunca jamás habia quebrantado ninguna regla ni órden á sabiendas y advertidamente; cosa cierto muy señalada y heróica, por ser las reglas de la Compañía de tan alta perfeccion, y tener tantas menudencias. De donde se colige la extraordinaria gracia que Dios le daba para guarda tan exacta.

Solia decir que en lo que es contra regla y órden no se ha de tener respeto á hijo de madre, y que no sólo no se ha de correr el verdadero religioso de la Compañía de decir al Superior lo que en esta parte viere, sin recelo ni respeto de nadie; pero áun se ha de preciar; pues hace poco al caso que los hombres nos tengan por cortos y mal acondicionados, é importa mucho ser fieles á Dios y á la Religion, so pena de ser hijos pródigos, desperdiciadores de los bienes de nuestra madre la Religion; y que no habemos de hacer poco caso de cualquier mínima observancia, pues sin ese mínimo no se puede llegar al máximo de la perfeccion.

Ponia en ejecucion todo lo que decia de la observancia, con que los Superiores quedaban muy edificados y admirados de tanta exaccion.

Es cosa cierta que lo que más lleva al hombre es el amor propio. Este supo muy bien mortificar el P. Salvador Pizqueda; porque no sólo huia la honra y estima que el propio amor busca, sino que tambien deseaba con todas veras padecer oprobios é injurias.

Tenia muy grande contento de cualquier menoscabo y desprecio que se le siguiese, y lo agradecia mucho á Dios nuestro Señor.

De aquí es que ni se entristecia por ninguna cosa adversa, ni hacia ningun caso de las prósperas; sino que guardaba en todo un mismo semblante, glorificando á Dios.

No hacia ménos caso de la mortificacion exterior, mortificando exactamente todos sus sentidos.

Reparó una vez en aquel ejemplo de los dos monjes, uno de los cuales tomó una flor para olerla, alabando á Dios; y el otro no la tomó por mortificarse, y que este mereció grandemente mucho más que el otro.



Desde entónces en más de veinte años jamás tomó en sus manos una flor, ni llegó al olfato cosas que oliesen; ántes, para mortificarse, olia las contrarias que le ofendiesen, sacando de ellas una ponderacion: si una cosa corrupta ofende tanto el olfato del hombre, ¿cuánto, á nuestro modo de hablar, debe ofender al olfato de Dios el alma corrupta con el pecado?

Mortificaba tambien la vista, no queriendo ver no sólo cosas inútiles que no sirven más de recrear la vista, sino tambien en no querer ver ni oir los diálogos y representaciones que se hacian en el colegio.

Cuando se fundó de nuevo la Universidad turritana, se hizo una fiesta muy solemne en que se graduaron algunos.

Acudió todo el colegio con lo más granado de la ciudad; sólo el P. Salvador se quedó en su aposento sin asomarse á ver cosa.

Súpolo despues el P. Provincial y díjole por vía de gracia que, á no entender que estando en el aposento veria *in verbo* aquella fiesta, le hubiera dado una buena penitencia por no haber ido á verla.

Fué enviado dos veces á Roma, y aunque estuvo algun tiempo en aquella santa ciudad, y los compañeros le llevaron á Nápoles y á otros lugares insignes de Italia, el P. Salvador mortificaba de modo la vista, cuando no podia buenamente quedarse en casa, que á puras penas podia dar razon de alguna cosa, si no era de algun santuario ó de la santa Casa de Loreto, que consideró y miró bien, donde la soberana Vírgen le alcanzó muchos favores y regalos espirituales.

Mortificaba el oido no queriendo oir cosas vanas, ni curiosas, ni músicas; y cuando estaba en la cama enfermo, que le visitaban seglares y no le hablaban de Dios, le daba enfado y hacia del que se dormia, divirtiendo el pensamiento con alguna devota meditacion.

Decia muchas veces que más queria ser tenido por corto, que perder tiempo oyendo cosas inútiles.

Mortificaba el gusto en gran manera, porque estando hético tantos años y con algo de hidropesía, padeciendo grande sequedad; por más que la naturaleza le inclinaba á cosas frescas y húmedas, él se mortificaba de modo que en veinte años nunca comió fruta ni otra cosa fuera de lo que el médico le habia ordenado, lo cual era tan moderado, que eso mismo le servia de grande y continua mortificacion.

Comia todas las cosas sin sal, hasta el pan, no sólo por su enfermedad, sino por más mortificar el gusto; pues, no contento con eso, echaba muchas veces ceniza en la comida.

La bebida era extraña, pues no bebia más que una copa dividida en diversas veces; y estando con hidropesía, no tomaba agua fresca, ántes las pocas



gotas de vino que bebia, las aguaba con un poco agua cocida de muchos di
y tal vez tan caliente por descuido de quien se la daba.

Nunca se le oyó mínima palabra de queja, ni señal de sentimiento; ánt
preguntado de los Superiores si le faltaba algo, respondia siempre que le h
cian notable caridad y que para él era harto y sobrado.

Mortificaba este insigne varon todo su cuerpo con penitencias de discip
nas y cilicios.

En las disciplinas tenia cuenta de darse tantos azotes que de tanto á ta
to tiempo hiciesen el número de los que dieron á Cristo en la columna.

Dormia muchas veces sobre las tablas de la cama, y cuando se acostal
en ella, se ceñia una cuerda nudosa y áspera de cerdas de caballo tan apret
damente, que le causaba mucho trabajo y le impedia no poco el reposar,

Acerca de esta penitencia contó un Hermano enfermero que, andando mal
el P. Salvador de un grave dolor y flaqueza de estómago, ordenaron los mé
dicos le pusiesen un emplasto tan grande que casi le ceñia todo el cuerpo.

Púsolo el enfermero á punto y fuése al P. Salvador á tiempo que estaba
descuidado y hallóle ceñido con aquella áspera cuerda.

Díjole el Hermano que, para ponerle el emplasto, seria bueno quitársela.

Respondió el P. Salvador que, si era su gusto del Hermano, le podia po-
ner el emplasto aunque no se la quitase.

Dijo el Hermano que en hora buena; y así, le puso el emplasto encima, el
cual, como fuese tenaz y pegajoso, se abrazó tan fuertemente con la carne y
con la cuerda, que al cabo de quince dias que le tuvo, le habia arrancado el
cuero y hechóle una llaga, principalmente en el lugar de los nudos.

Espantóse el enfermero de ver aquello y se lo quitó luego, pesándole de
haber condescendido con el Padre.

Si hacia estas mortificaciones siendo enfermo, de creer es que las haria
mayores estando sano.

Siendo ya viejo y que la enfermedad y fuerzas no le daban lugar á hacer
más, se mortificaba con estar echado en el suelo largos ratos, cosiendo la
boca con la tierra y dándose algunas bofetadas en memoria de las que die-
ron á Cristo Señor nuestro.

Mortificábase tambien en no salir á divertirse; y así, habia más de trece ó
catorce años que jamás salió fuera de la ciudad, sino era el dia de S. Pedro
Mártir, que, por ser calificador del santo Oficio, era llamado de los Inqui
sidores.

En esta ocasion salia fuera de la ciudad aquel poco trecho que hay desde
el castillo hasta S. Sebastian, convento de los frailes Dominicos, y en-
tónces iba tan recogido y dentro de sí, que no sabia dar cuenta de cosa;



no hacia cuando iba por la ciudad para obras de caridad y cosas ne-
s.
ıs enfermedades y mortificaciones de este insigne varon no dejó de
decer y campear la virtud de la paciencia.
endo vivido enfermo largos años, nunca fué visto quejarse ni dar
ıs de sentimiento ó tristeza; ántes con mucho sufrimiento, serenidad y
cion, alabando á Dios en todo, decia ser gran consuelo de un religio-
ıdo descuida del todo de sí mismo, dejando hacer á los Superiores,
ıales no debemos ser cargosos siendo mal contentadizos.
ıba con grande igualdad los achaques, enfermedades y trabajos, y se
ı en ellos y decia tener un no sé qué de escrúpulo cuando no padecia
cosa por Dios, y que aquel dia le parecia no ser discípulo de Cristo.
esto en los graves y agudos dolores que muchas veces padecia nunca
aba, sino que añadia: «¡Ay Señor mio!» que son palabras de resigna-
ueriendo decir con eso: «Ahí donde me duele quereis, Dios mio, que
ı? pues ahí mismo, Señor, quiero padecer por vos.»
ué menor su paciencia en las injurias. Pensó un seglar que el P. Sal-
e era contrario en cierta pretension que tenia en casa de un Prelado:
ı Padre colérico y díjole que era un muy grande hipócrita, engañador
ndo, que con su cuello tuerto y cara de descomulgado traia engaña-
ente; que era tan perjudicial como la peste, y que así lo escribiria á su
l.
tas palabras respondió el siervo de Dios con mucha paz y serenidad:
deramente, señor, que en mí no hay cosa buena, y asegúrese que está
ormado en lo que piensa serle yo contrario, y si en algo no hubiere
o el deber, le suplico me perdone y me encomiende á Dios para que
a bueno.»
grave injuria fué la que otras personas le hicieron, y así, mostró más
encia y sufrimiento.
el Padre con su mucha caridad ayudar á ciertas personas necesita-
cuales pusieron nota en su pureza y honestidad del P. Salvador, tanto
garon á escribírselo á nuestro P. General, el cual aunque estaba satis-
e la mucha religion de este ejemplar Padre, mandó al P. Provincial
ase la verdad.
se así y venció la inocencia á la malicia de sus émulos, gozando siem-
grande serenidad y alegría del buen testimonio de su conciencia.
ues de esto fué á Roma por Procurador, y preguntándole un Padre
ı dado cuenta de sí á nuestro P. General de las calumnias y falseda-
: de su persona se habian dicho; respondió: «Jesus, Padre, Dios me

libre de tan gran tentacion; basta que Dios sepa la verdad, que peores cosas que esas hiciera yo si Dios no me tuviera de su mano.»

Todas las veces que descubria alguna ocasion de padecer, la recibia de buena gana y decia que el religioso que no tiene paciencia, no tiene perfecto dominio ni señorío de sí.

## X

### *De su oracion y devocion.*

No sólo tuvo este siervo de Dios don de oracion en la comun y ordinaria meditacion, pero áun en la extraordinaria y que llaman de silencio.

Aprovechó notablemente en esta oracion donde el Señor le comunicó muchas inteligencias de cosas espirituales, altas y delicadas, y particular gracia para andar en su presencia, de que con dificultad raras veces se apartaba, áun en negocios de mucha distraccion.

Sentia en la oracion grande ternura, principalmente meditando la Pasion del Señor.

Iba con grande cuidado de tener bien la oracion, á la cual no sólo daba la hora ordinaria, sino otras muchas y casi toda la noche, en que apénas dormia un poco; quedaba varias veces absorto y suspenso en la oracion.

Era muy amigo de tener los ejercicios espirituales. Preguntáronle por qué hacia diez dias enteros de ejercicios bastando ocho, pues andaba enfermo y con pocas fuerzas; respondió que por ganar la indulgencia y porque él era como un rocin cansado, que áun en diez dias no llegaba á lo que los otros en ocho.

Nunca entró en estos santos ejercicios que no estuviese persuadido de ser grandemente necesitado de ellos, y que ese era el tiempo de poner á punto el reloj de la vida que andaba desconcertado.

En todo el tiempo que duraban los ejercicios, no hacia otra cosa, por mínima que fuese, fuera de lo que se debia á aquel santo entretenimiento.

Tenia grande escrúpulo de cercenar algo de este tiempo para otra cosa, porque seria atar las manos á Dios para no hacernos las misericordias que hemos menester.

Leia una vez un libro espiritual, y como tenia costumbre de leer semejantes libros despacio y con consideracion, topó un punto que tocaba algo de los santos ángeles.

Paró en él meditándole, y estando en esta consideracion, fué bañado de

ıa grande y soberana luz intelectual, con que entendió haber tenido propio, :rdadero y esencial concepto de los ángeles.

Desde entónces tuvo cordial devocion á los santos ángeles, principalmen- al Arcangel S. Miguel y al Angel de su Guarda.

Leia amenudo las reglas y las meditaba, y se hallaba tan ilustrado y con n alta inteligencia de la profundidad y sutileza que encierran, que juzgaba r imposible poderlo entender sin particular luz.

Ocho ó nueve meses antes de su muerte tuvo una peligrosa enfermedad: ıtendió acabar su vida en ella, y así, se aparejaba con grande cuidado.

Púsose un rato á considerar en la muerte, y mientras estaba en esto y á parecer algo dormido, se le apareció el santo P. Sebastian del Campo, de Compañía de Jesus, y le dijo: «Tened por cierto que no morireis esta vez; › es aún llegado el tiempo; trabajareis algo más, y despues vendreis al cielo ıra coger el fruto de vuestros trabajos.»

Dichas estas palabras, desapareció el santo P. Sebastian, y el P. Salvador ›lvió en sí, y quedó tan cierto que no moriria aquella vez, que luego estuvo ıeno. Estando en la enfermedad de que murió, preguntado con juramento de ı notario público sobre lo que habia escrito de la vida del santo P. Sebastian l Campo, si estaba cierto de lo que decia; respondió en secreto que no dase ser así, porque se le habia aparecido el mismo santo P. Sebastian, y :hole haber pasado todo como lo dejaba escrito, corrigiendo algunas cláu- as, las cuales quedaban con las mismas formales palabras que él mismo le bia dicho.

Cuando en la oracion encomendaba á nuestro Señor alguna cosa, de ordi- ıo quedaba tan persuadido de que se haria, que no podia tener duda; y ındo no se habia de hacer, de la misma manera lo decia como si lo viese ı los ojos.

De la oracion se seguia el ser este insigne varon muy devoto y espiritual; i, como dicen los santos, la devocion verdadera consiste en tener la vo- tad pronta y aparejada para todo lo bueno, ¿quién la pudo tener más apa- ıda que el P. Salvador para tantas cosas del servicio de Dios y bien del jimo, acudiendo con tanta exaccion á los ministerios más trabajosos sien- tan falto de salud?

Iallábase tan ceñido para las obras de piedad, tan celador de la honra de s y de la religion, que lo contrario le llegaba al alma.

i sus gustos eran los trabajos sufridos por Dios, y el hablar de cosas espi- ıles, y el decir la Misa y rezo con tanta pausa y afecto; sin duda que infe- nos notabilísima devocion, la cual le nacia del encendido amor con quien ıba muy unido.

Cuidaba de acudir á todos los ejercicios espirituales y cosas del culto di no con grande teson.

Tenia cordialísima devocion á la purísima Vírgen y á su Inmaculada Co cepcion, la cual mostraba en imitar sus virtudes, como es conservar la cas dad y una grande pureza de conciencia con una profunda humildad y carid con todos, y en hacer muchas obras de misericordia con los pobres.

Aun hasta despues de muerto no olvidó esta piedad el P. Salvador, pu alcanzó de Dios muchas gracias á los que de veras se le han encomenda y visiblemente ha consolado á personas afligidas.

Acerca de esto afirmó una persona religiosa que, andando afligida por ci tas cosas que de ella se decian falsamente, el siervo de Dios se le aparec dos veces, una de noche y otra de dia al tiempo de los ejercicios, dentro una hermosa nube, rodeado de mucha luz, y le dijo que no se afligiese ni t mase pena y que lo ofreciese todo á Dios.

Díjole tambien que corrigiese tales y tales faltas: con esto aquella perso quedó muy quieta, consolada y agradecida á Dios.

Otra persona muy espiritual y sierva del Señor dice que cuatro ó cin veces se le apareció el P. Salvador vestido de inmensa gloria y resplandi junto con el P. Sebastian del Campo, y le dijeron que estaban ambos en monte santo de la gloria, y que ella perseverase en toda bondad y virtu que con eso se veria en el mismo lugar.

Volviendo á la devocion de la Vírgen en que se empleó de propósito e venerable Padre, él mismo ordinariamente tocaba la campana de la Cong gacion para llamar los congregantes, hasta el dia en que cayó en la cama la última enfermedad; y en la plática que les hizo, se despidió te todos diéndoles perdon y exhortándolos á la frecuencia de sacramentos y servi de la Virgen, diciéndoles que ya sus dias se acababan.

Demás de la devocion de esta gran Señora tenia otras muchas, como del Santísimo Sacramento del Altar, la del dulcísimo nombre de Jesus, la los santos ángeles, nuestro P. S. Ignacio, S. Francisco Javier, las ánimas d purgatorio, y á todas cada dia rezaba muchas y diversas oraciones.

## XI

### *Del don de profecía que Dios comunicó á su siervo el P. Salvador Pizque*

Resplandeció este siervo del Señor con el don de profecía, principalmen habiendo precedido la oracion mental ó los ejercicios espirituales, de q como de aljaba salia la saeta aguda del espíritu profético.



Manifestó tres años antes que habia de ser llamada una persona grave á iertos negocios; que tal enfermo no moriria de aquella enfermedad; que el tro acabaria en ella; que uno seria de la Compañía y Provincial, y se cumlió todo así.

Un caso referiré del P. Salvador, que no sólo fué profecía, sino tambien iscrecion de espiritu y dominio sobre los demonios.

Atestigua un religioso de la Compañía que fué perseguido muchos años el demonio, apareciéndosele en ángel de luz y diciéndole muchas cosas de spíritu y santidad.

Recelábase el religioso de descubrir esto; padecia á menudo grandes aflicones.

Decíale aquel ángel malo que aquellas molestias se las causaba el demoo, permitiéndolo Dios, para apurarle, y que él era ángel bueno.

Cansado el religioso de lo que padecia, se resolvió á decírselo al P. Salvar, como lo hizo. El cual le respondió: «Hermano, ese es el demonio que le gaña, y desde ahora nunca más le molestará, déjelo á mi cargo.» Fuése go el Hermano muy consolado, sin que jamás le tentase el demonio.

Otro religioso de la Compañía afirmó que, estando en Roma con el P. Saldor, se partieron ambos de Plontin, y, navegando, comenzó á llover reciante y á levantarse grande tempestad de vientos encontrados en parte dondesagua en la mar un caudaloso rio que se despeña de entre dos montes. Enfureciéronse los vientos y la tempestad creció con grandes remolinos se hacian en la boca del rio y áun muy adentro de la mar.

El siervo de Dios se puso en oracion levantadas las manos. El compañero, o de pavor y miedo, le dijo: «Encomendémonos, Padre, á Dios, que aquí ecemos sin duda.»

Respondióle el santo varon: «Encomiéndese á Dios, que aunque el peligro grande, ninguno peligrará con el favor divino.»

De allí á poco se alborotó más el mar y se enfureció más la tempestad se rompieron los árboles del bajel y las velas se cayeron en la mar; pero os con el favor de Dios se escaparon libres, como el Padre lo habia no.

Otra vez, yendo este mismo religioso con un hombre á un lugar para traer udo de bastimento que faltaba, yendo el Hermano á despedirse, le pretó el P. Salvador si llevaba consigo alguna medalla bendita.

Respondióle que sola la del Rosario, que era de nuestro Santo Padre. «Esa a, replicó el siervo del Señor, llévela, que será menester.»

Llegando el Hermano al lugar, en la primera casa que entró halló una muque habia tres ó cuatro dias que estaba de parto.

Pidieron al Hermano si tenia alguna cosa bendita que aplicarle; el cual dió la medalla que traia, y al punto que se la pusieron, parió un niño casi muerto que se pudo bautizar.

La condesa de Cedillo tenia á su hijo primogénito muy enfermo mucho tiempo habia, y como los médicos no acertasen la cura, vino el conde á estar desahuciado de todo remedio humano.

Viendo esto la condesa su madre, determinó embarcarse á Génova; pero antes lo consultó con el P. Salvador, el cual la primera vez la dijo que hiciese lo que los médicos le ordenasen.

Rogóle la condesa que lo encomendase á Dios; díjole que lo haria; y volviéndole á preguntar muy afligida y determinada si se embarcaria ó no, entónces le respondió: «El conde estará bueno, vivirá y se casará, tendrá sucesion y Dios le hará muchas misericordias.» Todo lo cual se cumplió como lo dijo.

A la misma condesa le envió á decir con uno de sus hijos el P. Salvador que, si en cierto negocio que le importaba mucho queria dijese su dicho, lo haria con licencia de sus Superiores; pero que advirtiese que él no tenia sino dos dias de vida, y no enteros. Estuvo con atencion la condesa, y sin cumplirse los dos dias, murió el P. Salvador.

Una persona grave se halló en grande aprieto una noche por tres ó cuatro veces, y habiéndose librado del peligro, vino otro dia á confesarse con el Padre Salvador, y, sin decirle nada, él le refirió todo lo que habia pasado. Por donde entendió aquella persona que Dios se lo habia revelado, porque era la cosa muy secreta y ella no lo habia comunicado á nadie.

Por unas cartas supuestas se decia públicamente que una persona era Obispo de Alguer, y esto se tenia por tan cierto, que la mayor parte de la ciudad le dió el parabien.

Sucedió que un Hermano estudiante entró en el aposento del P. Salvador y le dijo cómo aquella persona era Obispo de Alguer.

Respondió luego el Padre: «No es así, hermano carísimo, porque lo ha de ser el que ahora es Obispo de Fosa;» y así se cumplió dentro de pocos meses.

A cierta persona noble y de puesto que estaba muy afligida por estar casada algunos años sin tener hijos, díjole el Padre que tuviese buen ánimo, que Dios le daria un hijo varon: cumplióse así como lo dijo.

Fué una vez este santo varon á casa de una señora principal á cierto negocio, la cual estaba pensando entre sí: «¡Qué flaco es este Padre! ¡qué mortificado! ¡qué modesto! ¡qué palabras tan compuestas dice! verdaderamente que es santo.»

Entónces le dijo el P. Salvador: «No piense señora, que por ser uno flaco y

nodesto en lo exterior y decir buenas palabras, que por eso es santo; más ue eso se requiere.» Con lo cual quedó espantada aquella señora, viendo que ı entendia sus pensamientos tan secretos.

La noche antes de morir la madre de un Padre de la Compañía, la cual ivia con opinion de santa, fué llevado en espíritu el P. Salvador á una grande y hermosísima iglesia, donde vinieron unos bellísimos mancebos, que eran ngeles, y se ocupaban en entoldar y poner de fiesta aquella iglesia.

Preguntados del siervo de Dios que por qué ponian de fiesta la iglesia, le espondieron que porque aguardaban en ella el alma de Elena Flor, que así e llamaba, la cual murió otro dia.

El P. Salvador escribió una carta á su hijo, que estaba en el colegio de ácer, dándole el parabien de la gloria de su madre, y esto antes de haber egado la nueva de la muerte de dicha señora al colegio de Alguer, donde ntónces estaba el P. Salvador.

Deseaban grandemente unos Hermanos de la Compañía ir á las Indias; roaron al P. Salvador que lo encomendase á Dios.

Hízolo el Padre y díjoles que dentro de ocho dias tendrian respuesta de uestro P. General, y que ninguno de ellos ni el Padre que les queria llevar ı su compañía iria á las Indias: cumplióse todo como lo dijo.

## XII

*De su fe, esperanza y eficacia en sus palabras.*

Como era tan humilde y tenia tanta luz de Dios este su siervo, tuvo gran y notable propension en creer todo lo que la fe divina propone, con tanta neza y certidumbre, que más le parecia ver los sagrados misterios, que erlos.

Por esta causa tenia tan grande celo de todo lo que la santa Iglesia Católi Romana nos propone para creer, que parece se abrasaba, cuando oia ó leia unos errores de los herejes.

Hacia frecuentemente fervorosos actos de esta virtud, y por ser tan arraila en él, entendemos que por eso obró Dios por él cosas maravillosas y agrosas, como es sanar á muchos enfermos, diciéndoles los Evangelios y as oraciones de que usa la santa Iglesia.

No fué ménos excelente la esperanza que tuvo, que como esta nace de na conciencia y pureza de vida, y como esta pureza era tanta en el P. Salor, fué excelentísima su esperanza; y así, hablaba de la bienaventuranza no quien ya la poseia.

Experimentó el fruto de esta virtud muchas veces, proveyéndole Dios en necesidades muy apretadas siendo Rector.

Con esta esperanza tan firme emprendia cosas muy árduas y difíciles, esperando que el Señor le favoreceria como piadoso padre.

Comunicóle Dios nuestro Señor en las palabras á este apostólico varon grande eficacia y energía, cuando queria persuadir alguna cosa de virtud y servicio de Dios.

Afirman muchas personas que, cuando se ponia á persuadirles alguna cosa devota, les parecia sentir una virtud divina envuelta en aquellas palabras, que con grande eficacia las rendia para hacer lo que el Padre les decia, sin poder hacer otra cosa, aunque antes se inclinaban á lo contrario.

Vióse esto claro en muchas enemistades que compuso, sin haberlo podido alcanzar muchas personas graves así seglares como religiosas.

Hubo un hombre muy metido y hambriento en adquirir hacienda, el cual se confesó con el P. Salvador, y desde entónces quedó tan trocado con las palabras del siervo de Dios, que toda aquella ansia la trocó en deseos de su salvacion y bienes del cielo.

A otros sólo acordarse de sus palabras les causaba una mocion interior y celestial para alcanzar cualquiera virtud, como sucedió á una persona que estuvo muchos años acosada de graves tentaciones y molestias; con sólo acordarse de sus consejos, quedó quieta y sosegada.

## XIII

### *Cómo se habia en el confesonario, y de otras virtudes que tuvo.*

Cuando salia al confesonario á confesar mujeres, despues de decir aquellas dos oraciones: *Ure igne Sancti Spiritus*, etc. *Deus qui corda fidelium*, etc., concebíase como uno á quien entónces llamaba Dios de su aposento, para ayudarle en la salvacion de aquellas almas, las cuales miraba como puestas en extrema necesidad, y que Dios se queria servir de él en las que confesaba y no de otro.

De aquí le nació una grande aficion á aquel oficio y á ser continuo en él, por más cansado que se hallase, diciendo que quizá era aquella la hora más conveniente para aquella alma, á que saliese de pecado.

Y así, hizo firme propósito de nunca decir que no á persona que le pidiese que la confesase, principalmente si era persona no conocida.

Por mucha gente que acudiese á su confesonario, nunca se daba priesa como quien quiere despachar gente; sino que se entretenia de propósito, ha

ciendo despacio y con atencion aquel ministerio, y diciendo que la persona que habia comenzado á confesarse, habia adquirido derecho más que las otras para que su negocio se hiciese con toda exaccion, y estaba firme hasta confesar á todos por más tarde que fuese.

Dióle Dios á este apostólico varon una sed insaciable de la salvacion de las almas, y, en órden á esto, acudia de buena gana á las confesiones y con gran presteza y perseverancia.

Cuando sabia que alguna de sus hijas de confesion se iba á otro confesor, mostraba mucho agrado; porque decia que importa mucho para hacer bien la confesion que el penitente vaya adonde le da gusto.

Experimentaba grande provecho cuando á la gente ordinaria que confesaba pecados mortales, decia en lo último de la confesion que todo el tiempo que habia estado en desgracia de Dios era como un sentenciado á la horca que le sacan con la soga al cuello por las plazas, y que llegado á la horca no le faltaba más que darle el traspié para dar consigo en el infierno con muerte perpetua; y que el alma en estado de gracia es esposa de Cristo y como una reina ataviada con vestidos y galas reales; y que el pecado la despoja de todo aquello, y que de reina la hace esclava y tizon del infierno.

Y á la gente recogida que confesaba pecados veniales, los alentaba á la virtud con decirles que eran como uno que con grande trabajo hacia y traia leña para quemarse en el purgatorio; que era grande locura procurar su incendio; y que estando en pecado venial, es desterrado de su patria l cielo.

Despues de esto les enseñaba alguna devocion de la purísima Vírgen, del anto de su nombre, del Santísimo Sacramento, etc., y les decia que fuesen migos de oir Misa cada dia, y de oir sermones con atencion, no mirando á a gracia del predicador sino á lo bueno que decia, para sacar provecho.

A los que trataban de espíritu los alentaba á la perfeccion, á la mortificaion de las pasiones, y los enseñaba á tener oracion mental, etc.

Instruia á todos en el modo que habian de tener para llegarse á la sagrada munion y para dar las debidas gracias.

El celo que Dios nuestro Señor le comunicó á este su siervo de su honra gloria, de la salvacion de las almas, de la observancia del Instituto de la ompañía, fué admirable.

Su celo por la gloria de Dios campeó en procurar con todas sus fuerzas sin rdonar á trabajo, que se quitasen las ofensas de Dios.

Cuando sabia que alguno estaba en mal estado, no sosegaba hasta hablar- ayudándole cuanto podia á salir de él, y que otros le hablasen.

Instaba con los gobernadores y demás ministros con tanto ahinco, que le

tenian por demasiado importuno, que remediasen los escándalos y pecados públicos.

Cuando sabia haberse cometido algun delito, se abrasaba de celo, y más presto quisiera haber él pasado por cualquiera género de tormento, que haberse hecho tal ofensa á Dios.

Movido de este santo celo, hacia muchas devociones y oraciones públicas para alcanzar se evitasen semejantes ofensas.

Con este celo exhortaba á los que pedian ir á Indias, y animó á un sobrino suyo llamado tambien Salvador Pizqueda, que fué á las islas Filipinas, con muchos santos consejos que le dió, y decia que tenia una emulacion á los que iban á Indias por no haberle cabido tan dichosa suerte.

El celo que de la observacion de nuestras reglas tenia, parece exceso, como lo mostró las veces que fué Superior en la exacta observancia que pedia, animando á todos con su ejemplo.

Decia que más presto queria ser aborrecido de todos, que faltar en una mínima regla; y que para guardarla, bastaba ser regla, por más que ninguna obligue á pecado.

Del buen ejemplo y edificacion tuvo siempre el P. Salvador extremada cuenta con los de casa y con los de fuera, y lo encargaba en gran manera, porque decia que, así como las riquezas temporales se acrecientan añadiéndolas algo cada dia, así los bienes espirituales con los buenos ejemplos; que es lo que dice nuestra regla, que considerando los unos á los otros crezcan en devocion y alaben al Señor.

Por esto nuestro P. Salvador solia siempre ser el primero en poner la mano á la obra en las cosas del trabajo, de humildad y caridad, y el último en retirarse.

Y aunque era ya viejo, enfermo y cansado, cuando estaba en la quiete en otro lugar, si venia el portero á decir al Superior que venian á pedir un Padre para confesar ó ayudar á bien morir, luego se ofrecia con un ánimo pronto y alegre, no sólo por ser obra de caridad, sino para dar tambien buen ejemplo á los mozos, á los cuales decia que siempre se habia de criar con la leche del buen ejemplo.

Por esto mismo en casa y fuera siempre hablaba de cosas de devocion y espíritu, y trataba á todos con mucha cortesía, y algunas veces ayudaba en lo que podia á los Hermanos Coadjutores en sus oficios.

Por esta misma razon decia que cada cual debe pensar de sí que es la muestra del paño de la Religion, porque los del mundo juzgan á los demás por lo que ven en uno cualquier que sea.

Fué muy circunspecto y remirado este prudente Padre en todo su modo

de proceder, así en el mirar como en el andar y hablar, que parecia tener estudiadas las acciones y palabras.

Aunque tenia de todos tan gran concepto que á puras penas podia creer mal de nadie; cuando le oia decir, con ser que fácilmente se persuadia á cualquier cosa buena que se dijese, todavía no trataba con mucha familiaridad sino con los que conocidamente eran señalados en religion y virtud, de los cuales tenia alto concepto y comunicaba con ellos sus dudas.

Cuando trataba algun negocio de peso, lo ponderaba mucho y lo encomendaba de veras á nuestro Señor.

Procuró siempre que su afabilidad fuese grave, y su gravedad afable con todos, sin decir nunca palabra ménos considerada y siendo siempre serio en todas sus acciones.

Por esto decia que siempre habíamos de proceder de modo como si todo el mundo nos estuviese mirando, pues nos ve Dios; y que para proceder así en lo público, es necesario que tambien lo hagamos en lo secreto, para hacer buen hábito y costumbre.

De esta circunspeccion exterior podemos colegir cuánta seria la interior en cosas de espíritu.

Finalmente, todas estas virtudes en grado perfectísimo florecieron en el P. Salvador; porque, cuando emprendia alguna cosa del servicio de Dios y de virtud, era tanta su perseverancia y teson que en ella ponia, que por más que se ofreciesen cualesquier trabajos y dificultades, nunca desistia de la buena obra.

Solia decir que el trabajo de la perseverancia es muy poco y el premio grande. De aquí es que siempre se vió en este santo varon un perpetuo tenor de vida, la cual era una continua mortificacion.

Y no faltaron ciertas personas que dieron en perseguirle, por verle contrario á sus dañados intentos, y dijeron cosas indignas de su edad y conocida santidad; mas no por eso aflojó un punto el siervo de Dios en llevar adelante lo que habia comenzado con santo celo de la gloria de Dios, y así, permitió que se declarase la verdad y se manifestase claramente su inocencia, y algunos de los que le calumniaron, acabaron mal.

Vivian mal unas mujeres por hacerles sombra algunos poderosos del lugar; tomó á pechos el P. Salvador el librar aquellas almas de la mala vida; puso tanto ahinco y conato en ello, que con el favor de Dios salió con su intento; y aquellos hombres, ciegos de su pasion, le enviaron á decir que, si no dejaba vivir aquellas mujeres á su gusto, primero le molerian á palos y despues le quitarian la vida.

Respondió el humilde Padre que no dejaria de hacer todo lo que era el



servicio de Dios, y que, si por eso le diesen de palos ó le quitasen la vida, lo sufriria de buena gana, y así, insistió siempre en aquella buena obra y libró á aquellas pobres mujeres del mal estado en que estaban.

Pusiéronse un dia aquellos hombres en cierto puesto por donde habia de pasar el siervo de Dios, determinados y resueltos á ejecutar sus malos intentos; pero Dios, que no desampara á los suyos y mira á los que miran por su honra, al punto que querian arremeter con él, hizo no tuvieran ánimo ni aliento de hombres vivos, quedando como helados, respetándole luego como á grande santo. Así lo dijeron despues ellos mismos.

## XIV

### *De su dichosa muerte.*

Quiso Dios premiar á este su gran siervo tantos y tan largos trabajos con la ocasion de la comunion general del mes de enero de mil y seiscientos y veinte y cuatro, donde trabajó tanto en confesar, que se halló notablemente malo y sin fuerzas, por haberle dias antes sobrevenido un catarro con algo de calentura.

El lúnes siguiente tuvo la Congregacion de los clérigos, y en ella se despidió, y á las cinco de la tarde le fué forzoso hacer cama.

El mártes los Superiores y el médico ordenaron se quedase en ella. Agravósele el mal y dijo claramente desde el principio que en aquella enfermedad acabaria la vida sin falta.

Procuró luego tener licencia para comulgar cada dia, segun su costumbre las veces que hacia cama, como lo hizo ahora, reconciliándose y comulgando cada dia.

Entreteníase todo el tiempo de su enfermedad, que apenas reposaba, en oracion y meditacion; y veces hubo que, con tener tan poca sangre, le hallaban muy encendido.

Nunca dejó de rezar el Oficio divino hasta pocos dias antes de morir, que por no poder más, pedia al Superior se lo conmutase en otra cosa.

Cuando le visitaban, á los Padres y Hermanos rogaba le leyesen algun libro espiritual ó algunos salmos; y mientras le leian, iba haciendo varios afectos segun la materia que tocaban.

Trataba de los coros y grados de los del cielo, y de la excelencia de la soberana y purísima Vírgen sobre todas las criaturas, y del trato que tendrán entre sí los bienaventurados y con Jesucristo nuestro Señor.

banle ya faltando las fuerzas cada dia más, y miércoles á los veinte de rzo, á las cinco de la tarde, se le dió la extremauncion por un desmayo : le sobrevino.

Pero el P. Salvador dijo que no era menester tan presto, que tiempo ha-ı, y pues querian que viniese, fuése en santa paz; y cuando entró en el ›sento, dijo con gran ternura y afecto: *Gloria Patri Domino, gloria Unige-›, una cum Sancto Spiritu, in sempiterna saecula. Vides malum quod gessi-s. occulta nostra pandimus, preces gementes fundimus, dimitte quod pecca-'us:* y así como le comenzaron á ungir, él mismo respondia con grande se-dad y devocion con los demás presentes.

Iacia amenudo varios actos de dolor y amor de Dios, diciendo con voz ligible y lágrimas: *Pater superni luminis, cum Magdalenam respicis, flam-: amoris excitas, geluque solvis pectoris. ¡Oh vera Christi charitas! tu 'ra purga crimina, tu corda reple gratia, tu redde coeli praemia.*

A la uncion de los ojos, decia llorando y con entrañable afecto: «Y cómo, or mio, que os he ofendido con los ojos; perdonadme, Señor mio, perdo-me,» y lo mismo en los demás sentidos.

Recibido este último Sacramento, dió gracias á nuestro Señor con el mismo :to y lágrimas, y á lo último añadió: *Iesu dulce refugium, spes una con-ntium, per peccatoris gemitus, peccati solve debitum. Pia Mater et humilis, urae memor fragilis, in huius horae fluctibus nos rege tuis precibus.*

Rogó despues al P. Provincial, que estaba presente con muchos Padres y rmanos, le diese licencia para decir su culpa y pedir perdon á todos; y, anzada esta licencia, lo hizo con grande afecto y fervor de espíritu, que ficó tanto á todos, que la mayor parte prorrumpió en lágrimas, y hu-ra pasado adelante si el P. Provincial no le detuviera, porque no se can-a más.

Vivió, despues de haber recibido la santa uncion, hasta el otro miércoles, y lo este tiempo estuvo muy en sí, haciendo diferentes actos de amor, dolor :, etc.

Cuando por su mucha flaqueza se hallaba cansado, hacia leer á los Her-nos cosas devotas; y como ellos iban leyendo, el P. Salvador iba hacien-muchos actos acerca de aquello que se leia, y cada noche rogaba á algu-le dijese la recomendacion del alma, y hacíase las cruces como si estuviera acabando.

Y aunque tenia el Cristo colgado á la cabecera mientras habia gente, cuan-no habia ninguno, le tomaba con grande reverencia y tenia con él tiernos ulces coloquios.

Estuvo así hasta el mártes en la noche, en la cual [illegible] reposo,

ántes unas grandes ansias y congojas mortales, con tan grande sed que se abrasaba.

Preguntando á uno de los que le asistian si habian dado las doce, para no perder la comunion, respondióle que sí. «Abrásome, dijo el Padre, y arráncaseme el alma; sea todo, Señor mio, por vuestro amor y por la sed que padecisteis en la cruz.»

Convidóle entónces un Hermano diciéndole que, si queria beber, se lo daria luego; respondió el Padre: «No, Hermano mio, hagamos este sacrificio á Dios, que tiempo habrá despues de la comunion.»

Dadas las dos despues de media noche, le dijo el mismo Hermano por verle tan fatigado de aquella sed, si queria que despertase á alguno de los Padres para que le dijese Misa y comulgase; respondió que habria tiempo para todo.

Estuvo así hasta cerca de las cuatro, en que le dijeron Misa, y recibió el Santísimo Sacramento con grande devocion, y dió gracias con entrañable afecto, como quien sabia ser la última vez que le habia de recibir.

Luego envió á llamar á su sobrino el P. Gabino Pizqueda, para que le dijese unas letanías que le habia dado antes, en que estaban todos los santos que le habian cabido en el mes desde que entró en la Compañía hasta aquella hora, que fueron cincuenta y dos años y medio, y de los santos que cayeron en el dia que entró en la Compañía, y en el dia que hizo los votos simples, dijo la primera Misa, é hizo la profesion de cuatro votos.

Vino el P. Gabino y preguntóle cómo estaba; respondió: «Para partirnos, sea Dios alabado para siempre. Amen. Dígame aquellas letanías que le di, que ya es tiempo.»

Comenzó á decírselas, y el mismo siervo de Dios respondia con mucha devocion. Quísose quedar allí el P. Gabino por verle tan fatigado, y no quiso, diciéndole se fuese, que tendria tiempo de volver y que sin duda acabaria en sus manos.

Fuése el Padre por darle gusto, y á cabo de rato volvió el P. Salvador Pizqueda á uno de los Hermanos que estaban presentes, y le dijo: «No se puede declarar, hermano mio, las angustias que causa la muerte, hágase un santo, que todo lo demás es horror.»

Despues pidió perdon á los que allí estaban, y principalmente al enfermero, y de ahí á un poco hizo un apóstrofe á su alma, diciendo: «Sal fuera, alma mia; sal, arranca ya, ya no tardes más, vuélvete á tu Dios. ¡Ah Jesus, María! ¡Ah Jesus, María!, Jesus de mi corazon.»

Dichas estas palabras, inclinó la cabeza como quien duerme, y á este tiempo entró el P. Gabino su sobrino, y le halló casi sin habla; porque á pura

podia pronunciar los dulcísimos nombres de Jesus y de María; pero indicios que daba mostraba estar en sí.
ıbiendo agonizado con algun trabajo, como un cuarto de hora, dando as de un dolor muy intenso; acabó en las manos del mismo P. Gabino ıe lo habia dicho, y dió su espíritu al Señor, miércoles á las nueve y de la mañana, 27 de marzo de 1624 años, de edad de setenta y dos y neses, y cincuenta y dos y medio de Religion.
erto, que si se consideran los grandes achaques y flaqueza que tuvo y ho que trabajó, se puede atribuir á milagro el haber vivido tantos años.
ɔado que hubo su carrera este siervo de Dios tan felizmente, quedó su hermoso y venerable, que ponia devocion á los que le miraban.
laban todos de su dichosa muerte, de sus virtudes y señalada religion ınde gusto y suavidad; y cuando oyeron el clamor de las campanas a por la ciudad: «Muerto es el santo, muerto es el santo.»
)ues que estuvo revestido de los ornamentos sacerdotales, mandó el 'incial ponerle debajo de llave en un aposento, para que estuviese se- e que no hurtasen ni despedazasen su santo cuerpo, y trató con los Padres de su entierro y que, pues era varon de tan conocida religion dad, se le diese sepultura en lugar distinto de los demás, dentro del erio, en un arca que se hizo para este efecto.
hora antes del entierro fué llevado al oratorio que está cerca de la ı, donde muchos por su devocion le besaron piés y manos. De allí fué á la iglesia á decirle el Oficio, y, con ser dia de trabajo, acudió gran ıo de gente de todos estados.
)ados los Oficios, ya que le llevaban á la sepultura, cargó sobre el cuer- ı la gente y comenzaron todos con violencia á cortar á pedazos los s, hasta la camisa, que fué menester á toda priesa echarle en el arca; ıe no tenian vestidos que quitarle, dieron en cortarle pedazos de la y de los piés y manos le faltaron ocho dedos, y los que le revistieron, ejaron dientes ni muelas.
n, se le dió sepultura y todos aquellos dias no se trataba de otra cosa su mucha santidad y religion; y no faltaron hombres doctos y enten- ue afirmaron se tendrian por temerarios, si dudasen de no haber ido ) al cielo el alma del P. Salvador sin pasar por el purgatorio.



## XV

*De los testimonios que dieron personas graves de la santidad del P. Salvador Pizqueda, y algunos milagros que obró Dios por su intercesion.*

Las personas más graves y constituidas en dignidad del reino de Cerdeña, como son el Arzobispo de Sácer, Obispo de Ales, Abad de Sargio é Inquisidor apostólico, el Arcipreste de Ampurias y Vicario general, el gobernador de Sácer y los Superiores de la Compañía con otros muchos, todos dan testimonios muy auténticos y firmados de sus nombres de la santidad y virtudes del insigne varon P. Salvador Pizqueda.

En ellos afirman todo lo referido en su vida, como testigos de vista y con quienes sucedieron los más sucesos de ella, encomendándose en sus oraciones á este siervo de Dios como á santo y bienaventurado, teniendo su retrato.

Las condesas de Cedillo le encendieron lámpara en su sepulcro é hicieron novenario.

El año de 1636 la Congregacion provincial de Cerdeña honró á este santo varon con un elogio de su vida, el cual aprobó nuestro P. General, y es como se sigue:

*Á 27 de marzo de 1624.*

«En la casa Profesa de Sácer acabó el P. Salvador Pizqueda con comun aclamacion de santo.

»Floreció en toda virtud y letras, esmerándose en la obediencia, resignacion y pobreza, tanto, que para llevar cosas nuevas, era menester se lo ordenasen.

»De su honestidad y pureza de conciencia juraron sus confesores haber sido perpetuamente vírgen, y que nunca pecó mortalmente.

»Toleró trabajos de peso, molestias y enfermedades casi cuarenta años con rara paciencia, profunda humildad, alegría de espíritu y conformidad en Dios.

»Su circunspeccion, retiro, paz, constancia, modestia, templanza y buen ejemplo, como de varon perfecto y santo.

»Con la continua mortificacion tuvo bien rendidas las pasiones, y todavía maceraba su cuerpo con varias asperezas.

»Echaba ceniza y cosas amargas en la comida, ceñia cuerdas nudosas, disciplinábase cada dia; y en memoria de los cinco mil azotes que dieron por nosotros al Señor, se daba otros tantos de cuando en cuando, repartidos en sus veces.

»Su caridad con Dios y con el prójimo fué aventajada; el celo del Instituto singular; la fe tan viva, que le parecia ver los divinos misterios; la devocion tierna y su oracion casi continua y fervorosa.

»Su gusto era hablar y oir hablar de Dios; él despego de las cosas grande; y cuando la enfermedad le impedia la Misa, confesaba y comulgaba cada dia con encendidos afectos.

»Trabajaba infatigablemente; despreciaba las honras preciando los desprecios, con un perpetuo tenor de vida, exacta observancia regular y afectuosa misericordia con los pobres.

»Finalmente, lleno de merecimientos y santas obras, echando cada dia mayores rayos de santidad y resplandores de religiosa perfeccion, encendida su alma en ardores del cielo y bañado en lágrimas de fervorosos afectos, un miércoles á las nueve y media de la mañana, á los setenta y dos años y medio de su edad y cincuenta y dos y medio de Religion, trocó la vida mortal por la eterna.»

No fué ménos maravilloso Dios en este su siervo que en los demás santos, pues obró por su intercesion despues de muerto milagros maravillosos.

El H. Leonardo Pirilleno, Coadjutor temporal de la Compañía, estaba apretadísimo de unos graves dolores en todo el cuerpo, de modo que se hallaba inhábil, no sólo para cualquier trabajo, pero áun para andar.

Creciéronle un dia más que nunca aquellos dolores con otro muy intenso de la cabeza, que parece le atravesaban un puñal por las sienes.

No pudo el Hermano resistir á tanto dolor. Viéndose tan gravemente apretado, aplicóse á la cabeza un lienzo que habia servido al P. Salvador; tomóle en la mano con mucha reverencia, rezó tres veces el *Padre nuestro* y *Ave María* con una *Salve*, rogando á Dios que por los merecimientos de su siervo, el P. Salvador, le quitase aquellos dolores tan intensos y agudos que tanto tiempo padecia, y mucho más en aquella hora Dijo despues: «¡Ah Padre mio! Ah Padre mio santo! con esto quiero ver si estais en el cielo y si sois santo como todos afirman.»

Diciendo esto el Hermano con su santa llaneza y simplicidad, se puso aquel lienzo en la cabeza despues de haberle besado con devocion, y al mismo punto se le quitaron los dolores que tenia, sin quedarle ninguno, y se halló con tantas fuerzas y con tan entera salud, que luego se puso á trabajar, lavando y llevando muchas piedras grandes para una albarrada que se hizo, habiendo mucho tiempo que no se podia menear. Sucedió á los 28 de marzo, un dia despues de su muerte, de 1624.

El licenciado Juan Francisco de Olía, sacerdote teólogo, natural de Flories, afirmó con juramento que su hermana, Juana de Olía, no podia ver con

uno de los ojos por una enfermedad grave que le habia sobrevenido, hinchándosele todo el carrillo de modo que casi le cubria todo el ojo y le pasaba la hinchazon tambien al otro para impedirle de todo punto la vista, sino era levantando la mano para ver por entre los dedos.

Tenia esta mujer en su casa un pedazo del alba con que enterraron al P. Salvador, y, apretada del grave dolor que padecia en el oido y carrillo, se lo puso sobre la parte del dolor, rezando tres veces el *Padre nuestro* con el *Ave María*, rogando á Dios la sanase por la intercesion de su siervo; y dentro de medio cuarto de hora, así como se quitó del rostro el pedazo del alba, se halló visiblemente con entera salud y que veia clara y distintamente como antes, sin ningun rastro de hinchazon ni dolor, aclamando todos la evidencia del milagro del santo Padre.

Yendo los seminaristas de nuestro seminario por el campo, hallaron una pobre mujer sin habla cerca de un valladar de viña, con la mano en el pecho y casi muerta. Quisiéronla levantar, y, como si fuera cuerpo muerto, se iba cayendo otra vez en tierra.

Acordaron de ponerle un pedazo del vestido del P. Salvador que llevaba uno de ellos, y, luego que se lo aplicaron, quedó sana del todo y con enteras fuerzas, que luego se fué á su viña á lavar ropa.

Preguntáronla qué habia tenido, y ella respondió que unos muy intensos dolores de corazon, y que así como le metieron la mano en el seno, sintió al momento como si con grande fuerza le arrancasen aquel mal que padecia.

Dijéronle lo que le habian aplicado que era un pedazo del vestido del Padre Salvador, que lo guardase con mucha reverencia y devocion, que era lo que le habia dado salud. Ella entónces dió gracias á Dios, y á su siervo, y á aquellos seminaristas por el favor que le habian hecho.

A Juana Angela Grandineta, de la ciudad de Alguer, que criaba un hijo del conde de Cedillo, salteó un grave dolor de costado con recias y terribles calenturas.

Una noche se vió más apretada que nunca de la enfermedad, que pensó acabarla la vida.

Pidió le aplicasen un pedazo del vestido del santo P. Salvador, á quien se encomendó lo mejor que pudo; y, habiéndoselo puesto, quedó al mismo punto sana y buena y con tan enteras fuerzas, que al dia siguiente por la mañana vino á nuestra iglesia al sepulcro del santo varon á dar gracias por el beneficio recibido.

Otra criada del conde de Cedillo, llamada María Piredda, estaba muy enferma de recias calenturas y un dolor de cabeza grande.

Rogó encarecidamente le trajesen un pedazo del vestido del santo P. Sal-

'ador. Diéronsele, y, al punto que se le aplicó, cobró de repente entera salud, le modo que al dia siguiente fué á dar las gracias al sepulcro de este siervo le Dios.

Miguel Angel Polo, natural de Sácer, se hallaba tan indispuesto que en nucho tiempo no se pudo menear.

Procuró encomendarse al santo P. Salvador y ponerse alguna de sus reliquias, y, habiéndolo hecho, se halló luego tan ligero, ágil y con tantas fuerzas, ue pudo ir y volver á pié á un pueblo que dista de Sácer seis millas.

Gabino de la Roca, natural de Sácer, pidió una reliquia del santo P. Salador para aplicársela á su mujer, que habia doce horas estaba de parto, con an gran peligro, que entendieron muriera con la criatura, y al punto que se a pusieron, parió con extraordinaria y milagrosa facilidad, de que quedaron nuy agradecidos al santo varon,

Francisca Frassu, natural de Sácer, andaba muy apretada de mal de garganta, de suerte que con dificultad podia pasar la bebida. A esto se le añalian otros accidentes de calentura y dolor de muelas, que no la dejaban eposar.

Entónces su madre le puso un birrete que usaba el P. Salvador, y luego se lurmió cosa de un cuarto de hora, y, en despertando, se halló buena y sana, in ningun rastro de la enfermedad y dolores que padecia.

Doña Francisca Cerbello Ferreras, natural de la ciudad de Alguer, afirmó on juramento que mucho tiempo tuvo un grande divieso ó postema que le ausó graves é intensos dolores y no la dejaban reposar. Los medicamentos ue le ordenaban, antes le eran de daño que de provecho.

Vióse un dia muy afligida del dolor y procuró un pedazo de lienzo que abia usado el P. Salvador, y, por la reverencia que le tuvo, no le quiso poner imediatamente á su cuerpo, sino que lo puso en medio de cuatro ó cinco obleces de su ropa y luego la medicina ordinaria, y á poco rato se halló el dieso sano del todo y se le quitaron los dolores; y habiendo pasado la medicia todos los dobleces y manchádolos, no llegó al lienzo del P. Salvador, sino ue quedó tan limpio como de antes, teniéndolo todos por grande milagro.

Doña Margarita Casagia y Suzarelo dijo que, estando enfermo su marido . Nicolás de muy recias calenturas, por las cuales los médicos le desahuciaon, le vinieron otros accidentes de enfermedad, como un gravísimo dolor de abeza y grande hinchazon del rostro, que le tenia cubiertos los ojos y no odia reposar, sino dar unas voces como loco.

Aplicáronle una reliquia del P. Salvador, á quien se encomendó muy de eras, y al punto se le quitaron todos aquellos males, sintiendo en sí un adirable consuelo interior que le hizo derramar lágrimas de alegría.

Catalina Esgrechio tenia en la rodilla una gravísima hinchazon, la cual nunca pudieron los médicos y cirujanos quitársela, por más remedios que la hicieron. A cabo de mucho tiempo determinaron abrírsela, y la enferma, temiendo el rigor de la cura, no lo consintió.

En la fuerza de sus dolores se puso sobre la rodilla una reliquia del P. Salvador, rogando á Dios que por los merecimientos de su siervo se los quitase. Al punto se deshizo toda aquella hinchazon y quedó libre de lo que padecia.

Una persona religiosa era muy acosada del estímulo de la carne, y habiendo traido consigo un pedazo del vestido del santo P. Salvador rogándole que le librase de aquella tentacion, nunca más se vió molestada de ella.

Rosa Samineda, por espacio de veinte y dos años estuvo coja con demasiada fealdad de su persona. Oyó que por intercesion del santo P. Salvador Pizqueda obraba Dios muchas maravillas.

Rogóle fervorosamente le quitase aquella fealdad, y, poniéndose un pedazo de su ropa, sintió como que se le soltaba un nudo, y desde entónces anduvo derecha sin estorbo ninguno.

Lo mismo sucedió con el padre de esta mujer, librándole el santo varon de un terrible dolor de cabeza que habia muchos años padecia.

Doña María Angela y Elena de Ansaldo, hallándose en la iglesia de S. Agustin cuando un sacerdote exorcizaba á una endemoniada, á quien secretamente le puso doña María Angela unas reliquias del santo P. Salvador, luego comenzó el demonio á hacer mayores visajes y á mostrar mayor furor y saña.

Apretándole muchas veces con los exorcismos, que por qué hacia de nuevo aquella novedad, respondió que porque le habian puesto las reliquias del P. Salvador Pizqueda, que lo decia á mal su grado, y que el Padre era santo y que estaba en el cielo.

A Doña Angela Pilo y Sanatello le salió en el párpado del ojo izquierdo una grande ampolla que le causaba grande inflamacion y calentura. Tomó una reliquia del P. Salvador y se la puso sobre el ojo, rogando al Padre le alcanzase salud, y luego se le quitó el mal con la calentura y dolores.

Sebastiana Nulla, mujer dedicada á Dios con voto de castidad, se quemó casi toda la palma de una mano con ocasion de una caida que dió sin pensar en el fuego.

Padecia graves dolores: ella en medio de ellos se acordó de la grande caridad que le hacia, como á pobre, el santo P. Salvador, de quien habia sido tambien su hija de confesion. Invocóle con grande afecto y lágrimas, y luego sintió que se le quitaron los dolores, y mirándose la mano, la halló del todo sana y sin quedar rastro ni señal alguna del fuego.

Tambien libró á la misma de una postema, á quien los remedios humanos io la ayudaban, sino antes la dañaban y endurecian la hinchazon que tenia.

Gabino de Abopi atestigua con juramento que, viniendo de Roma, padeció ına grande tempestad y borrasca en la mar, en que pensó sin duda ninguna perecer; y echando en la mar una reliquia de este siervo de Dios, á quien invocó y pidió favor, se halló de improviso en una gran bonanza.

Sebastian Fadda, natural de Sácer, estaba algunas temporadas muy fatigado de tercianas. Procuró una reliquia del P. Salvador, y luego que se la puso, no le vino más la calentura.

Ana Suzarelo, natural de la ciudad de Alguer, estaba muy apretada de grandes calenturas y otros accidentes y desmayos, y no podia tener cosa en el estómago, porque luego la trocaba; vino á tan grande aprieto, que todos os médicos la desahuciaron.

Entónces doña Ana Ferrer le puso una reliquia del santo P. Salvador en el pecho, y, para probarla, le dió de comer y lo retuvo sin echar nada, y de ahí á poco tomó mejoría, sin tornarle la calentura, ni desmayos, ni los demás accidentes.

Una persona principal dijo con juramento, que algunos años antes que muiese el P. Salvador Pizqueda fué á su casa y vió una hija suya, que entónces procedia bien y daba muestras de ser grande mujer.

Preguntó el santo varon: ¿Cómo se llama esta niña? dijéronle que Clara; dió el Padre un grande suspiro y dijo: «No la llamen Clara, sino oscura.» Esantóse su madre de aquel dicho, aunque por entónces no hizo caso; mas, ndando el tiempo vino á muchas desventuras y trabajos, con que tuvo por ierto que Dios le habia revelado lo que habia de ser de su hija.

Y tambien afirmó esta señora que así ella como otras muchas personas se an librado de gravísimos dolores de cabeza, poniéndose un birrete que el adre usaba, el cual guarda como reliquia.

Dejánse de referir otros muchos milagros, que Dios ha obrado por este su ervo, por la prolijidad que puede causar la relacion de esta vida.

Mucho de lo que se dice en esta vida se supo del mismo Salvador, obliga- ɔ del precepto de obediencia que su Superior le puso, el cual lo declaró con ande sentimiento de su alma por ver que no le admitian las excusas que ıba, diciendo que no tenia sino pecados y miserias.

Y lo demás se averiguó de personas fidedignas y de todo crédito, que la ligencia y cuidado particular recogió á esta breve suma de sus virtudes y ha hecho jurídica informacion que está en Roma.

P. NIEREMBERG.

# P. JUAN ANDRES MANCONI

## I

El P. Juan Andrés Manconi fué natural de la ciudad de Sácer en el rei de Cerdeña, hijo de padres muy cristianos y honrados, hermano n nor del Obispo de Ales, D. Gabino Manconi, Prelado ejemplarísimo.

Los primeros años de la niñez pasó en estudios de gramática y músi alumno del seminario Arzobispal; despues entró en servicio del Arzobispo ti ritano, D. Alonso de Lorca, en compañía de su hermano mayor.

De su vocacion y entrada en la Compañía escribió lo siguiente el P. S vador Pala, que le conoció ese tiempo: dirélo con sus palabras.

«La primera vez que le vi al P. Manconi en casa del Arzobispo de Sác D. Alonso de Lorca, se me figuró ver un ángel.

»Era yo novicio que acompañaba á un Padre, y, sin haberme él jam visto se llegó adonde estaba, y mientras el Padre negociaba con su amo, e pezó á preguntarme puntos de la oracion mental y algunos escrúpulos en zon de la atencion y reverencia que se habia de tener en ella, con tanta mesu modestia y discrecion, como si fuera de más años: entónces tendria doce.

»Robóme tanto el corazon su virginal modestia, que desde aquel prin razonamiento sentí en mi corazon que por su virginal pureza le queria D para la Compañía, y se lo dije.

»Desde el mismo punto se sintió llamado á ella, y, dado que yo me pa de Sácer para oir el curso de artes en Cáller, todos los tres años se conser en su vocacion sin comunicarla con nadie, sino procurando poner en eje cion los consejos que el simple novicio le habia dado.

»Volví de ahí á tres años, y halléle tan adelante en las cosas del espíri que alcanzaba mucho más que yo con ser religioso.» Hasta aquí el P. P en su carta.

Fué recibido el P. Manconi en la Compañía á los 30 de marzo de 15 siendo casi de veinte años.

Su noviciado hizo en el colegio de la ciudad de Valle de Iglesias, don eran probados los novicios en ese tiempo, mientras se fabricaba la casa Probacion que tiene la Compañía en la ciudad de Cáller.

Comenzó un tenor de vida tan ajustado á nuestra vocacion é Institu que parecia nacido para los ejercicios de la Religion, principalmente para interiores, con un teson admirable en la oracion, recogimiento y mortificac de sus sentidos, que siempre continuó en toda su vida.

Estudió el curso de artes, sin acabar los dos años de probacion, en el cole-io de Cáller; su Teología en el de Sácer.

Leyó despues las artes y Teología por espacio de más de doce años con laridad de ingenio, satisfaccion y provecho de los estudiantes en los colegios le Cáller y Sácer, devotísimo siempre del angélico Doctor y de sus opiniones.

Fué incansable en el estudio, hermanándole con el de la oracion. Predicaba muchas veces, no obstante la ocupacion de su lectura, y era su predicacion muy devota y fervorosa.

Empleáronle despues los Superiores en el gobierno. Comenzó por el de nuestro seminario de S. Antonio, de donde pasó á ser Maestro de novicios en Cáller.

En su gobierno fué singular el don y talento de que nuestro Señor le dotó, la prudencia, el agrado y discrecion con que gobernaba, pegando en todos sus novicios gran celo de la observancia religiosa y entrañable devocion á la santísima Vírgen, y para consigo gran reverencia y amor. Por el ejemplo que les daba, todos á porfía procuraban imitarle sus acciones y ejercicios.

Fué el segundo Prepósito de la Casa Profesa de Sácer, despues de la separacion de los colegiales, en la cual procuró adelantar los ministerios de la Compañía con su ejemplo, trabajando incansablemente en todos ellos.

Fué de suma importancia la opinion y crédito de su santidad para aficionar la gente, y la eficacia de su oracion para alcanzar de nuestro Señor las limosnas y bendiciones que envió en aquellos principios y acrecentó las cosas del culto divino.

Fué su gobierno celosísimo de la observancia regular; y aunque de algunos fué tenido por algo rígido, en la hora de la muerte protestó á la Comunidad, cuando recibió el Viático, que nunca se habia movido por pasion, sino por celo de Dios y deseo de acertar.

En la Congregacion provincial del año 33, fué elegido en primer lugar por Procurador de la provincia para Roma.

Hizo su viaje en compañía del P. Juan de Robledo, Provincial que acababa de ser de Cerdeña, y le llamaba nuestro P. General para negocios particulares.

En una peligrosa tormenta que pasaron y se vieron casi á pique, mostró el P. Manconi grande ánimo y confianza en Dios, ocupando el tiempo con mucha quietud y serenidad dentro de sí, cuando la demás gente con el peligro iba turbada y confusa, y dijo á su compañero que no se perderian.

Así fué, que de ahí á pocas horas llegaron á la ribera de Génova, y por la Lombardía caminaron á Roma, donde el P. Manconi asistió en la Congregacion con los demás Procuradores de las provincias.

Concluidos los negocios, dió la vuelta á Cerdeña.

En Liorni, por haberle faltado un personaje que le prometió su compañía y un crédito de dinero para Cerdeña, tuvo tanta necesidad, que se halló obligado á mendigar, con gran consuelo de su alma, por espacio de un mes.

Acogiéronle con dos Hermanos compañeros todo ese tiempo en el hospital de la misericordia, hasta que se aprestaron las galeazas del duque que salian en busca de bajeles enemigos, por cuya causa estaban impedidas las embarcaciones.

No faltó la providencia del Señor en tan apretada necesidad, ni al Padre jamás la confianza; porque allí le conoció un maronita del monte Líbano, muy aficionado á los de la Compañía por haberse criado en Roma en nuestro colegio de los maronitas, y le acudió con extremada caridad á él y á sus compañeros.

No perdió el siervo de Dios la ocasion de trabajar en bien de las almas; y aunque andaba malo y padecia unos granos venenosos, los dias de la Semana Santa y despues de Pascua se empleó en oir confesiones de naturales y forasteros, con tan excesivo trabajo que se tiene por cierto le acortó la vida.

Hubo quien se persuadiese que vino de Liorni medio apestado; porque trujo consigo una especie de sarna de tan mala calidad, que le cubrió pecho y espaldas de muchas llagas, con harta compasion de los que le vieron, y dentro de pocos meses le sobrevino una enfermedad que le puso á los umbrales de la muerte y juntamente el año siguiente otra que le acabó la vida.

Venia el P. Manconi de Roma, señalado Rector del colegio de Sácer, donde nuestro Señor le ejercitó con dolores y otros trabajos, que tocan más en lo vivo, para perfeccionarse.

Y como si estos y los ordinarios del gobierno fueran muy cortos, dilató la esfera de su caridad, añadiendo el de acudir dos y tres dias de la semana á las confesiones de la Casa Profesa, no reparando en la distancia del camino y calores del verano, por sólo no hacer falta á algunas almas que dependian de su direccion. En el cual empleo y otros fervorosos de acudir á enfermos y consolar afligidos que solicitaba el fuego de su caridad, le halló el Esposo divino con luz encendida, cuando le llamó á las bodas celestiales.

## II

### *Algunas de sus virtudes.*

Las virtudes más señaladas de este venerable Padre fueron principalmente las que disponen el alma para unirla con Dios y adornan un perfecto religioso.

Su rara humildad manifestó en el desvelo de encubrirse con los dones de Dios, y en el desprecio de sí mismo y de toda vana estimacion, nacido de la luz interior.

Los deseos de vivir arrinconado encarece en una carta, afirmando que, á › verse obligado á tratar almas, viviera donde no fuese visto de nadie.

Era en tiempo que más procuraba encubrir la opinion de su virtud, cuan- ) empezaron á traslucirse algunas mercedes de Dios con las elevaciones en . Misa que se dirán adelante; y este fué uno de los mayores trabajos que xperimentó en su vida y que le obligó á extremadas diligencias y medios e retiro, y á clamar á Dios con repetidas instancias, para que se dignase de o pasar adelante en aquel favor.

¿Quién puede decir á donde llegó el sentimiento del humilde Padre? Valióse en este caso de ajena intercesion para ser oido de Dios, y en lo más apretado de sus angustias, de un medio que á otros no pareciera tan acertado, adonde le inclinó su profunda humildad, que fué consultar su trabajo con una mujer sencilla, de quien oyó como de la boca de Dios estas palabras; «Dígame, Padre, ¿no se ha entregado todo á Dios, que haga de él lo que quisiere? ¿Pues cómo le pesa de esto? Déjele hacer como á dueño de alma y cuerpo.»

No fué menester más para quedar el siervo de Dios con esta enseñanza despenado, segun él mismo refirió, resignándose todo en sus manos; y por este medio tambien alcanzó lo que deseaba, deteniendo el Señor los efectos de su gracia, por no atormentar el humilde espíritu que tanto se afligia con estas demostraciones exteriores; y puédese creer que pasaran adelante, por lo que el mismo Señor reveló entónces á una alma santa, sino que la humildad del P. Manconi parece que le ató las manos.

Andaba tan atento á encubrir las mercedes de Dios, que prevenia los sucesos, y hacia cosas que admiraban sin entenderse.

Habia de predicar una mañana de la Resurreccion en una plaza el Encuentro, que es una devota celebridad, en que se encuentran dos procesiones al alborada, con dos imágenes de Cristo resucitado y de su gloriosa Madre, para representar el misterio de la primera aparicion.

Estando ya en el púlpito para comenzar el sermon, hallóse que le tenia olvidado; no supo hacer sino levantar los ojos á la imágen de la Vírgen, la cual le habló distintamente, diciéndole: *Comienza como puedes, que yo no te faltaré.*

Alentóse con este favor, propuso el tema: *Surrexit, non est hic,* y las primeras palabras fueron: «No se halla Jesus sin María, si lo quereis hallar id adonde está María.»

De aquí empezó á discurrir por modo de contemplacion y afectos, y encendióse tanto en ellos con lo que iba diciendo, que empinando y extendiendo los brazos en forma de alas para volar, con la fuerza de aquel incendio

de repente se dejó caer en el púlpito con admiracion del auditorio; y fué la causa, porque sintiendo que se le derretian las entrañas de ternura y devocion, y no pudiendo resistir á la vehemencia del afecto, previno que, pasando más adelante, le podia suceder alguna demostracion exterior, y, para evitarla, quiso más presto interrumpir el sermon y cortar el hilo en el principio, sin reparar en la nota y descrédito.

La gente, que le escuchaba con profundo silencio, quedó más satisfecha que si le hubiera oido toda la hora, creyendo de las últimas palabras con que se dejó caer, que aquel repentino suceso tuvo causa más superior de la que parecia; y una persona que habia dias trataba de dejar el mundo, ayudada de la luz del cielo á su desengaño, salió de aquel breve sermon con intento de dejarle, como lo hizo, y allegarse á Dios; porque dentro de sí decia: «¿Quién duda que serán muy mayores los gustos que tienen los siervos de Dios en esta vida, que los que promete el mundo?» De donde comenzaron sus cosas á darle enfado.

Pero el P. Manconi, conociendo que se hablaba de aquel suceso con mayor estimacion suya, quedó mortificado y confuso de no haberle salido conforme á su deseo la traza de encubrirse; porque las de Dios eran que alguna vez la misma humildad corriese las cortinas, como sucedia tambien cuando el Padre, humillándose á pedir parecer á otros que lo solia hacer muchas veces, les declaraba con esa ocasion las misericordias que Dios le hacia: fuera de eso y cuando le obligaba la caridad para consuelo de alguna alma, guardaba silencio.

Preguntóle un Prelado muy deseoso de agradar á Dios: «Dígame, Padre, ¿qué ejercicios suele tener entre dia desde que se levanta?» respondió con alguna sequedad: «Eso no he dicho yo jamás á nadie;» con que atajó la pregunta.

El amor de su desprecio mostró en dos ocasiones bien particulares. Cuando leia Teología en el colegio de Cáller, solia ser bien oido y con aplausos en las primeras lecciones de renovacion de estudios, porque las disponia con agudeza y erudicion.

Un año subió á la Cátedra, y despues de parado un rato confesó ingenuamente que la leccion se le habia olvidado, y pidió perdon á los oyentes, los cuales, admirados, dificultosamente se persuadieron á lo que el humilde Padre pretendia.

El año siguiente dijo una leccion doctísima y fué oido con las aclamaciones que siempre; pero al fin hizo una cosa extraordinaria, que fué darse él mismo un vejámen con términos que movieron á risa, lo cual causó admiracion por la novedad del caso y autoridad de la persona; de donde resultó

e calificaron algunos la accion por imprudente, que era lo que el siervo de os habia pretendido con su humildad, que es la sabia insipiencia mejor cacada por el Apóstol, y la imprudencia más discreta que el mundo descono-, sabiduría escondida á los sabios y prudentes.

En otra ocasion, siendo Prepósito de la Casa Profesa de Sácer, un inquisi-or de aquel reino, que estaba en nuestra iglesia para publicar los edictos e la fe, sin culpa suya le trató mal de palabras, excediendo en la cólera y ltando en los términos debidos á su persona, de cuyo sufrimiento quedaron s presentes tan edificados, cuanto ofendidos de la pasion del otro; porque l siervo de Dios no habló en su descargo más que para dar satisfaccion, a cual no fué recibida, y pasó en lo demás con serenidad de ánimo, conteno con su desprecio.

Ayudó el Señor á sus deseos en esa parte con un defecto de memoria en los postreros años, que no fué accidente natural, sino un olvido repentino al tiempo de predicar, quedándose como si no hubiera prevenido ni estudiado el sermon.

Era un lance de grande humillacion que pudiera el Padre fácilmente escusar con retirarse del púlpito, y no quiso sino pasar por él.

El intento de nuestro Señor él mismo declaró á una sierva suya, y díjole: «Hago esto con el Padre para que se humille y entienda que todo es mio lo que dice; y cuando no dijera cosa, eso mismo es mi gusto, que quede mortificado.»

Ajustóse tan bien el humilde Padre á los intentos de Dios, que logró los aumentos de esta virtud, y tambien se halló milagrosamente favorecido en estos lances, como se dirá adelante.

De su castidad se pudiera decir mucho y admirable. Poseyóla en grado heróico por gracia divina; pero no sin contrastes y continua bateria del enemigo doméstico, y del que atiza las brasas del fuego infernal con su aliento.

Para consuelo de un súbdito afligido y molestado en esta parte, dió vislumbre de sus batallas superiores á la guerra ordinaria, y dijo con admiracion que el demonio acertaba á ofrecerle la tentacion en tiempo que su espíritu estaba unido íntimamente con Dios en la oracion, cuando de cierto no podia saber lo que pasaba en lo interior de su alma.

Si fué continua esta guerra, como parece, alguna vez le tuvo tan afligido or parecerle impedimento de no llegar con la pureza debida á la presencia vina, que pidió instantemente á nuestro Señor se dignase de poner paz en s términos.

Como no fué oido pidiéndolo muchas veces, especialmente cuando su Matad le hacia merced; acudió á una persona que él conocia tener cabida con

Dios, para que le alcanzase lo que no habia podido, por cuyo medio tuvo respuesta del oráculo divino y el recaudo siguiente:

«Dile que este es mi gusto, y que ni por eso me doy por mal servido; que no desplace al rey ver su soldado tiznado de pólvora y sin aseo de vestido, ántes le da mucho gusto; que no se aflija; que cuando viene á mi presencia de esa batalla, y le parece no viene como debiera, me da mucho gusto.»

Otra persona espiritual rogaba lo mismo á nuestra Señora, y supo que no era voluntad de su hijo que faltase al P. Manconi su tentacion, para cuyo consuelo oyó de la misma Vírgen estas palabras: «No le daña, como no dañó á Pablo.»

Así fué que no le empecio el fuego de Satanás, ántes le sirvió de crisol y tambien de purgatorio. Armólo varios lazos el demonio en esta parte, y de todos se libró por intercesion de la Vírgen.

Una le acometió con viva representacion de una mujer hermosa; dióle harto que penar y continua bateria, hasta que se le apareció nuestra Señora, acompañada de santa Catalina y santa Cecilia, que mostrándole su incomparable hermosura, entre otras cosas le dijo: «Mira si tiene cotejo la corruptible hermosura con esta.»

Quedó al punto despenado con la visita del cielo, y tan absorto, que se le borró el mal pensamiento.

Salió este varon de Dios tan esforzado, que tuvo don particular de enseñar á otros á pelear; tan aficionado á la pureza, que le dió gracia nuestro Señor para persuadirla á muchas personas que por su medio la consagraron al Cordero sin mancha.

Predicábala con su recato y vigilancia en la guarda de los sentidos, y para conservarla trataba su cuerpo, aunque delicado y flaco, con rigor y aspereza.

Fué amigo de penitencia; disciplinábase todos los dias ásperamente, y traia cilicios, cinta de hierro y de hoja de lata con que se maltrataba.

Hoy vive una persona que le hacia y remendaba esas cintas y crueles instrumentos, y un Hermano de la Compañía que afirmó haber visto con admiracion y harta compasion suya, cuando le curaban al P. Manconi de cierto achaque, los pedacitos de la cinta de hierro que se habian quedado dentro de las carnes.

Dormia muchas veces vestido sobre las desnudas tablas de su cama. Ayunaba dias extraordinarios y era muy parco en la comida, aborrecia en ella todo género de regalo y singularidad.

Mucho más se esmeró en la mortificacion de sus sentimientos y afectos, de que hacia mayor caudal. Con sóla su vista y composicion la pregonaba, y en sus pláticas y conversaciones movia para abrazarla.

Apénas levantaba los ojos para mirar á nadie, si no era ocasion forzosa, en que guardó un teson grande. Enemigo perpetuo de ver cosas curiosas ni de saber nuevas impertinentes, casi nunca salia para ver fiestas, regocijos, procesiones ó acciones semejantes.

Una vez que le llevaron como por fuerza á la fiesta del glorioso S. Antiogo, fuera del tiempo que empleaba orando dentro de su iglesia y diciendo Misa, lo restante pasó en recogimiento, cerrado dentro de un aposento y tratando con Dios.

Cuando el Hermano compañero le tocaba á la puerta para que saliese á ver alguna cosa de divertimiento, respondia: «¡Oh Hermano mio! si nos divertimos, vaya despues á buscar la oracion.»

Aun las ordinarias recreaciones del campo no tomaba sino raras veces y con poco gusto, por no parecer en extremo singular, en las cuales más recreaba su espíritu que sus sentidos.

El mortificarlos y guardarlos ya parece que no le era trabajo, sino cosa natural, por la ocupacion interior y recogimiento que traia de continuo, en que se habia ejercitado desde sus principios.

En su andar era tan modesto y compuesto, que siempre traia puestas las manos en la forma que se le mostró Jesucristo á su sierva doña Marina de Escobar del modo y traje con que conversó en este mundo; tanto que algunos pensaron que el mismo Padre habia tenido semejante revelacion.

Amó singularmente la pobreza religiosa, contentándose con poco. No tenia cosa de precio; dos estampas de papel á la cabecera, una de Cristo crucificado, otra de nuestra Señora, sin más adorno en la celda.

El breviario muy comun y usado: aunque le dieron otros curiosos, no quiso tenerlos, ni de las cosas de devocion que trujo de Roma le quedó alguna, habiéndolas repartido en breve tiempo; y así, escribió á un Padre que andaba en mision, enviándole ciertas medallas, que estaba muy contento porque habia dado todo y no tenia más que dar.

Su obediencia tuvo la perfeccion y quilates que estima la Compañía. El impulso de sus mayores era en él como movimiento natural; parece que áun no sabia proponer cuando era necesario y la regla permite.

Fué extremado en un trato sincerísimo, sin dobleces, ni equivocaciones, cosa que aborrecia sobre manera; y era tan cándido en su modo de proceder, que con dificultad se persuadia que alguno le mintiese ó le quisiese engañar.

Exactísimo en la observancia de nuestras reglas, áun de las mínimas, con grande uniformidad en todos tiempos, de suerte que los Superiores le ponian los novicios por ejemplo de observancia: pedia licencia por menudencias, como lo hiciera un novicio.

Siempre fué conocido amigo del silencio y hombre de pocas palabras. En las recreaciones hablaba lo más de cosas de Dios, entreteniendo esta conversacion con gusto de otros y aprovechamiento propio; porque solia decir que salia muchas veces más devoto de la quiete que de la misma oracion.

Para llevar adelante esta costumbre, usaba de una industria, que no se allegaba á tratar con muchos juntos, sino que de ordinario convidaba uno ó dos para pasear en la pieza, con los cuales entablaba su santa y provechosa conversacion, y estos solian ser Hermanos, con quienes parece tenia mayor licencia de extenderse y continuar las pláticas de nuestro Señor sin pesadumbre.

No era pesado á nadie, ni tomaba en la boca faltas ajenas. Nunca fué visto estar un rato ocioso ó sin provechosa ocupacion, y era maravilla el cuidado que traia en no perder punto de tiempo, áun cuando se detenia con algun enfermo ó en ayudar á bien morir.

El rato que descansaba el enfermo, ó era necesario interrumpir el trabajo de la ocupacion, gastaba en rezar ó leer algun libro. Si se ofrecia ocasion de distracion, él sabia escabullirse y huia al recogimiento de la celda como a centro de su quietud.

Su caridad fué tan conocida, y el celo de las almas echó tantas llamaradas principalmente en los postreros años, que apénas se hablaba de otro, cuando murió, sino de sus fervorosos é infatigables trabajos en ayudarlas.

Confesaba toda suerte de gentes sin número y sin diferencia de personas especialmente mujeres pobres, que por incomodidad y falta de vestido acudian muy de mañana.

Todo el tiempo que fué Prepósito y vivió en la Casa Profesa usaba de industrias y trazas para traerlas á la confesion, y valiéndose de unas para traer otras.

Casi todas las mañanas tenia que hacer en las confesiones de la iglesia; por las tardes visitaba enfermos y entendia en otras obras de piedad.

Recogia limosnas para dar á pobres, y era refugio de personas necesitadas y miserables, que le lloraron harto cuando murió.

Siendo Superior en la casa de novicios de Cáller, dió órden que de su racion se quitase una parte para socorrer á cierta persona que padecia necesidad: cuando no podia con otro, acudia con la compasion y afecto de su alma al consuelo de todos, y por lo ménos no faltaba en consolarlos.

Pareciéndole cortos los empleos y trabajos de la Europa en ayudar a los prójimos, conforme á la vocacion de la Compañía; tuvo deseos de pasar á Indias, y pidió esta jornada con instancia muchos años á nuestro P. General.

Estando en Roma por Procurador, y tratando con el de Inglaterra, se en-

ndió en deseos de acompañarle, y con gran resolucion lo pidió á nuestro General; porque su corazon estaba tan dispuesto en esa parte, que con ıalquiera ocasion avivaba la llama.

En los últimos años se dió tanta priesa en trabajar por las almas, que atriıyeron su dichosa muerte á exceso de caridad; de donde se infiere la que vo para con Dios.

Fué su amor fervoroso y desinteresado; porque jamás cesó de obrar puesta mira en su agrado y aumento de gloria divina, imitando á nuestro P. S. Igacio: no habia dificultad por donde no rompiese en cosas del servicio de )ios.

Solia decir, hablando con sinceridad y llaneza: «Engañarme puedo; pero, si entiendo que conviene hacer algo á gloria de nuestro Señor, por ningun caso lo dejaré:» y á los deseosos de aprovechar, frecuentemente repetia que la importancia del negocio consistia en ir siempre venciendo dificultades en el camino de la perfeccion, siendo tantas las que se ofrecen á cada paso.

Decia esto con tanta fuerza de palabras, que mostraba bien lo que él ponia para vencerse, y cuán valerosamente atropellaba los impedimentos de la virtud; pero mejor lo dió á entender el cielo con una vision.

En resolviéndose una doncella virtuosa de apartarse del mundo y dedicarse á Dios, se le ofreció un tropel de dificultades, y pidió al Señor con muchas ansias, hallándose en una iglesia, que le diese el perseverar en lo bueno con su gracia.

Al punto fué arrebatada y llevada en espíritu á un valle muy fragoso, en el cual, para subir á la cumbre del monte donde una luz resplandecia y hácia donde marchaba gran muchedumbre de gente, vió un camino tan áspero, que no tenia brío ni alientos de caminarle por su dificultad.

Aquí se le pusieron delante dos Santos sus devotos, que eran S. Agustin y S. Francisco de Paula, y empezaron á darle ánimo para la subida, diciéndole entre otras cosas: *Mira tu confesor cómo va rompiendo dificultades y venciéndolas;* y le enseñaron al fervoroso P. Manconi, que en hábito de su Religion subia por la cuesta sobre un caballo lozano.

Quedó espantada y no ménos alentada mirándole, y notó que en aquella subida del monte nunca se lastimó el pié por más que rompia infinita maleza fragosidad, y se le ofrecian trances peligrosos.

Era en tiempo que más le apretaban al Padre sus tentaciones para impedle la subida del cielo, y se daba á entender que no recibió daño ni lesion una, valiéndole su fervoroso espíritu en el camino de la perfeccion para icer los impedimentos de ella, y arribar á la cumbre de la caridad.

No fué ménos puro y desinteresado su amor que fervoroso, cuyos quilates

manifiesta la resignacion que tuvo en las pruebas de Dios y trabajos interiores con que fué ejercitado.

La continua guerra de su carne con los sobresaltos y temores de deslizarse en algo, no era trabajo como quiera, sino tormento y martirio prolongado, más riguroso que el infierno mismo, cayendo en persona que vivia tan cerca de Dios por íntima union, y era tan ilustrado con su presencia en la contemplacion, favorecido y regalado con visitaciones del cielo, como se verá.

El P. Manconi, si bien padeció sus repugnancias como hombre, y pidió instantemente libertad del cuerpo de esta muerte, tuvo su desengaño con el Apóstol: *Quia virtus in infirmitate perficitur.*

Ni le faltaron otras pruebas de nuestro Señor para ejercicio de su resignacion, permitiéndole sucesos de descrédito en cosas que hacia con sana intencion, murmuraciones y calumnias nacidas de falsas sospechas, y aquel defecto de la memoria al tiempo de predicar, con otras mas interiores en las cuales se portó con igualdad de ánimo y grande conformidad, de donde le nació la confianza que tuvo siempre en Dios en todo género de cosas; y se le conocia claramente, porque jamás perdió su quietud por cuidados y negocios, hallándose á todos tiempos desembarazado y dispuesto para el trato con Dios y no perdiéndole de vista.

Manifestóla juntamente en ocasiones particulares, no sólo hablando de ella con encarecida estimacion, mas tambien ejercitándola en apretados lances, en que mereció le acudiese Dios con milagrosa providencia.

## III

### *Su oracion, devocion á la Virgen y favores que recibe de Cristo y de su Madre.*

Fué escogido de Dios para su trato familiar, y siendo de poca edad se ejercitó en la oracion mental con gusto y aprovechamiento; despues en la Compañía tendió las velas, y toda su vida fué oracion. Aficionaba para ella con su ejemplo y con sus pláticas encarecidamente, así á los nuestros como á los seglares deseosos de perfeccion.

Levantábase de ordinario antes de la Comunidad para tener oracion mas larga, algunas veces horas antes, de suerte que al tiempo de despertar, estaba orando. Hacia esto más en particular siendo Superior.

Por la tarde asimismo tenia oracion retirada y larga, sin jamás dejarla por ocupaciones que no fuesen muy precisas.

Entre dia visitaba á menudo el Santísimo Sacramento, y despues de com

nia costumbre de detenerse espacio de media hora delante de él ó delande la imágen de nuestra Señora.

Oraba siempre de rodillas con gran reverencia y quietud, las manos juntas, s ojos cerrados ó clavados en el suelo, sin moverse por cualquier acaeciiento; indicio de su interior devocion.

Rezaba tambien de rodillas el Oficio divino con la misma devocion y descubierto, sentado muy raras veces, y en caso de indisposicion extraordinaria, en alguna sillita baja ó pequeña tarima, sin ninguna compañía; porque sentia en eso algun impedimento de su devocion y afectos, siempre recogido dentro de la celda.

Los que más frecuentemente solian acudir á ella eran testigos que de ordinario le hallaban orando, y algunas veces tan absorto y embebecido, que ó no respondia, tocando la puerta, ó, entrando, no hacia movimiento, ó preguntándole algo, apénas acertaba á responder.

Tuvo don de lágrimas que en secreto derramaba copiosamente y en público reprimia con dificultad.

Una Cuaresma que predicó todos los viérnes sobre la preciosísima llaga del costado de nuestro Redentor cosas no tanto estudiadas en los libros como sacadas de su oracion; se echó de ver que traia los ojos continuamente bañados de lágrimas.

Quien conoció más de cerca su interior, afirma que el P. Manconi fué hombre de continua y levantada oracion, sin jamás perder el norte de la presencia de Dios en todos sus empleos, de los cuales dice que salia para la oracion sin que cosa de la tierra le fuese de impedimento.

Añade que esto se le conocia cuando áun en las mismas conversaciones y visitas se paraba, mostrando que no quedaba en la tierra más que con el cuerpo.

Fué muy favorecido y regalado de Dios con superiores ilustraciones. En cierta ocasion declaró él mismo con secreto á un religioso de la Compañía, contándole un caso particular de que se hará mencion adelante, la merced que Dios le hacia levantando su espíritu para mostrarle lo que era servido.

Otro religioso fué en su modo testigo de vista de otro favor singular, y fué que, entrando acaso una vez en la iglesia del colegio de Sácer para saludar el Santísimo Sacramento despues de mediodia, oyó unas voces y como unos ollozos que le causaron turbacion, porque ni veia ni entendia que hubiese lguno dentro de la iglesia.

Levantóse de donde estaba arrodillado, y caminando algunos pasos adente, vió al P. Manconi puesto en oracion detrás de un pilar, delante de la irgen, como solia, todo encendido, hablando en voz alta con extraordina-

rios afectos y sollozos, extendiendo los brazos hacia la parte de la imágen, á la que miraba como quien pretendia recibir en ellos y abrazar alguna cosa que no se veia.

Quedó maravillado el testigo de estas acciones, teniéndolas por indicio de alguna visita del cielo á sus ojos encubierta, y mucho más suspenso de que, llegándose muy cerca del P. Manconi y deteniéndose á mirarle, él no le echase de ver ni reparase en lo que hacia; tan absorto y transportado estaba en su contemplacion y puesto en lo que nuestro Señor era servido entónces de mostrarle. Sucedió esto poco antes de su muerte.

Como el devotísimo Padre tenia tan impreso en el alma á Cristo crucificado y los misterios de la sagrada Pasion, tuvo á cerca de ellos particulares sentimientos, que, sin querer, declaraba despues en sus sermones, conversaciones y escritos.

Predicando un Viérnes Santo la Soledad en la iglesia mayor de Caller, fué tanta la ternura y emocion de su corazon, que, sin estar en su mano, á las primeras palabras prorrumpió en llanto con admiracion del auditorio, y le continuó todo el tiempo del sermon, de suerte que más predicó y más efecto hizo con sus lágrimas que con sus palabras.

En sus cartas que escribia á personas religiosas y dedicadas á Dios encarecia sobre manera este punto de mirarse un alma en Cristo crucificado y abrazarse con su cruz, y era lo que más les repetia.

Finalmente, manifestó á una persona espiritual con quien comunicaba cosas interiores, que un mártes se le apareció el Señor en la cruz, derramando sangre y bañando con ella á la Vírgen que estaba al pié, cuya vista tan vivamente penetró su alma, que, áun cuando lo referia, advirtió la persona que hacia sentimiento en lo exterior y semblante del rostro, como si viera lo mismo y áun tuviera delante aquel retablo de dolores.

No sabemos lo que el Señor quiso darle á entender con esta vision ni tampoco la razon por qué reparaba el Padre en que se le apareció un mártes; pero sabemos que en mártes murió, despues de haber agonizado tres dias con el trabajo que se dirá.

Y lo cierto es, que en vida y en muerte tuvo no sólo devocion, sino tambien admirable conformidad con la cruz de Cristo, participando de sus penas, trabajos y desamparos, para los cuales le movian y alentaban estas visitas celestiales de Cristo y de su Madre.

La devocion que tuvo siempre á la Reina del cielo no hay palabras con que pueda encarecerse. Descubrió para con ella un cordialísimo afecto, y todo se hacia lenguas para alabarla y encomendar su devocion.

Todos sus papeles y escritos están llenos de sentencias de santos y de

as notadas acerca de las excelencias, privilegios, gracias y virtudes de ı Señora.

Predicaba con mucho gusto y espíritu en sus festividades, y en varias plá ıs y razonamientos dentro y fuera de casa tomaba por asunto alguna cosa la Vírgen.

Un año entero platicó á los novicios de su devocion é imitacion, parà criar ı esta leche á los hijos de la Compañía y procurar que lo fuesen de la Ma: de Dios.

Ayunaba sus vigilias y los sábados entre año en honra suya, con otras de:iones y penitencias que añadia. Llegó, finalmente, á estrechísima familia.ad con la Vírgen, de cuyas visitas y favores, que fueron sin número, se ede mejor rastrear la devocion que le tenia.

Una vez llegando á casa bien tarde y muy cansado, quiso tomar el rosario ra cumplir con su acostumbrada devocion, la cual se le hizo entónces tan ícil, ó por cansancio é indisposicion, ó por tentacion del enemigo, que no ertaba á resolverse y vencer la dificultad.

Al fin se determinó de rezar su rosario, y luego se le apareció la Vírgen al é de la cruz, que parece le quiso agradecer aquella victoria y alentarle para ras, mostrándosele junto á la cruz.

Dando cuenta el devoto Padre de este favor y aparicion de nuestra Seño, añadió que de ordinario se le mostraba en aquella forma al pié de la cruz.

Otra vez, examinando las visitas y apariciones que hacia la Vírgen á una ande sierva suya, y sabiendo por menor todo lo que convenia acerca del odo y forma de estas apariciones; por asegurarla de buen espíritu, y para ás consuelo suyo, le vino á decir: «De esa manera la veo yo tambien.»

Rogando por cierta religiosa de cuya perseverancia estaba con cuidado, Vírgen se la mostró debajo de su manto y dijo: «Yo tendré siempre cuende ella.» Replicó el Padre; «Mirad, Señora, que no vuelva atrás.» «No volrá,» dijo la Madre de piedad, y se lo aseguró.

Vió tambien en espíritu á una hija espiritual dentro de su recogimiento en acion, y que la Reina del cielo le ofreció el Niño Jesus que traia en sus azos. Regocijóse en extremo de ver esto, y preguntó despues á la persona é habia sentido aquel dia en su oracion: respondió que un extraordinario cto para con la Vírgen.

Andaba uno de la Compañía descontento de su vocacion y con intento de arla, tirado de la vanidad del siglo: escondió en su pecho la ponzoña, y no declaraba.

Hacia entónces el P. Manconi oficio de Prefecto de espíritu, y tratando un con aquel religioso á deshora, la imágen que tenia delante de la Vírgen



con el niño en los brazos, por señas le dió á entender que no creyese lo que aquel fingido corazon le decia, porque no le diria verdad.

Apretóle entónces el Padre con buena maña para moverle á descubrir su pecho; pero no pudo sacarle palabra de verdad acerca de su tentacion.

Al fin le dejó con harto sentimiento, y el suceso le confirmó en la ficcion del religioso, que dentro de poco tiempo fué despedido de la Compañía.

Pasaron tan adelante las finezas de la Madre de Dios en el trato familiar con este devoto Padre, que con sola su vista de ordinario le manifestaba el suceso de las cosas que le encomendaba, y el secreto que deseaba saber; y así, cuando rogaba por enfermos, si eran de vivir, se lo mostraba la Reina del cielo con semblante alegre, y triste si eran de morir. De la misma suerte en otras necesidades y peligros, con que luego entendia lo que habia de ser.

Hallóse obligado á descubrir estos favores del cielo en urgente ocasion, por el consuelo de alguna alma que necesitaba de él, ó por otros fines de la gloria de Dios: las ocasiones entre otras fueron estas.

Cuando murió en Sácer doña Elena Rabaneda y de Sena, mujer del señor de Fiesi, ahora marqués de Montemayor; para consolar el siervo de Dios á su madre, que estaba afligidísima, antes de suceder la muerte de su hija, la tomó aparte y dijo con gran secreto: «Mire V. S. que la enferma la quiere nuestro Señor para sí,» y con esto le declaró cómo la Vírgen gloriosa rogando él por la enferma, se le habia mostrado en el traje y semblante que solia cuando no era de vida la persona por quien rogaba.

Añadió que nunca le habia faltado el suceso de aquella vision las veces que la tenia. Dióle seguras prendas de la salvacion de su hija, porque, diciendo Misa por su salud, al tiempo que leia la epístola, vió su alma mucho más resplandeciente que el sol.

A pocos dias sucedió la muerte de aquella señora, muy cristianamente, y el saberla de antes por boca del P. Manconi con las circunstancias referidas, sirvió de notable consuelo para su madre y de ajustarse á la divina voluntad, como ella misma refirió con admiracion de la santidad del Padre.

Casi lo mismo sucedió en la muerte de doña Angela Manca y Francisco, mujer de D. Andrés Manca, conde de Villamora, que dias antes aseguró de ella el P. Manconi á su madre con certeza, porque la Vírgen se le habia aparecido como solia en caso desesperado de la vida; mas dijo que, orando segunda vez por la enferma, la Reina del cielo se le mostró diferentemente, cuya vista le tuvo perplejo y preguntó: «Señora, ¿qué es esto? ¿Ha de morir ó vivir la enferma?» y que le fué respondido: «Ha de morir, pero ha de venir conmigo.»

La muerte sucedió muy cristiana, y con piedad se cree el haber ido aque-

a buena señora en compañía de la Madre de Dios, para gozar de su gloria, áun que vió á la misma Vírgen poco antes de espirar, conforme á los indiios que dió; pero no hay duda que la madre, persona muy devota que sirve ı nuestro Señor en gran recogimiento, recibió extraordinario consuelo en ıquel caso, con las alegres prendas de la gloria de su hija que le dió el ?. Manconi, descubriéndole el secreto de su revelacion y mandándole que á ıadie lo dijese hasta despues de sus dias.

Estando enferma una sobrina suya casada en Sácer, descubrió con secreto ıl P. Manconi al P. Jerónimo Zonza y aseguró que no moriria entónces la ɜnferma; y el año siguiente al mismo tiempo, estando de parto, aseguró al mismo Padre que moriria, porque la Vírgen soberana se le habia mostrado la primera vez alegre, y la segunda triste como solia: sucedió puntualmente.

Un alma buena favorecida de Dios en estado seglar, hallándose con encendidos deseos de salir de esta cárcel para gozar del sumo bien, los tuvo por prendas de que seria en breve su partida, señalando la cercana Pascua de los Reyes.

Dió cuenta á su confesor, que era el P. Manconi, con intento de asegurar sus esperanzas; pero el Padre, tomando tiempo para la oracion, salió á des-ngañarla, certificando que no seria la muerte en aquel año, porque la Vírgen e le habia mostrado como solia cuando la persona habia de vivir; y así fué, ue no murió la persona, y vive aún muy conforme con la voluntad divina.

Tambien en dos casos trabajosos fué asegurado con la vista de nuestra ɜñora á quien los encomendaba.

No fué la mayor fineza sino indicio de ella esta familiaridad de la Vírgen, quien reconocia favores más superiores el P. Manconi en el seguro de sus ligros, en la victoria de sus tentaciones y en el colmo de las virtudes que anzó por su medio.

Aun le favoreció esta divina Señora con milagros en el defecto de la meoria, segun el mismo Padre confesó de su boca, que en estos lances era la írgen su refugio, á quien se encomendaba y decia: *Señora, ayudadme, que o sé lo que tengo de decir.* Y ella le respondia: *Nunca te he faltado, ni te faltaré.* Y con esto se levantaba con grande ánimo para predicar lo que no sabia, pareciéndole que no hablaba él, sino Dios.

En la Misa eran muy frecuentes las elevaciones de su espíritu con tal fuera interior, que llevaba tras sí el cuerpo, unas veces levantándole del suelo en lto, como vieron y afirman personas dignas de todo crédito; otras, y era orinario y casi continuo, teniéndole de puntillas todo el tiempo que corre des-ɜ el primer Memento hasta el consumir, de que se admiraron muchos relipsos y seglares.



El quedar de esta postura era efecto de la resistencia que hacia á la fuerza interior; y alguna vez no le era bastante á detenerle, ni estaba en su mano.

Divulgóse el caso, discurrióse diferentemente acerca de él entre gente á quien solicitaba la curiosidad de verle, y fué ocasion de que el Padre se retirase de decir Misa en público, ó la dijese muy de mañana.

Pero el Señor no quiso que quedase la merced que le hacia en solas conjeturas; y así, reveló á una alma santa que estaba una vez presente á la Misa del Padre con admiracion de lo que veia, que de estar la del siervo de Dios toda puesta en él sin divertirse y apartado de lo humano, le nacia el levantarse el cuerpo yéndose tras el espíritu, y que subiera más alto á no estorbarlo su humilde resistencia.

Tuvo el siervo de Dios sobre este sentimiento sus escrúpulos, dudando si hacia todo lo que era de su parte; y, comunicándolos, descubrió los favores de Dios, y añadió: «Paréceme que hago lo que puedo de mi parte, y cuando llego á este término, no me acuerdo de cuanto hay en el mundo, sólo de Dios: tengo recelo no haya alguna flojedad de mi parte, mas no la echo de ver para enmendarla.»

En estos tiempos era principalmente cuando el Señor esclarecia su alma con soberanas luces. Tal vez le enseñaba lo que habia de hacer en el gobierno de los que estaban á su cargo.

Sucedióle negar la comunion á una que ardia en deseos de recibir el Pan de vida con intento de mortificarla y probar su resignacion; y dejándola que se hartase del pan de lágrimas, entróse á decir Misa, en la cual, arrebatado su espíritu, se le mostró aquella alma junto á Cristo crucificado que amorosamente la recibia y daba licencia para poner la boca en su divinísimo costado abierto

Quedó no ménos admirado con esta visita, que enseñado de lo que debia de hacer, y envióle á decir que comulgase, juzgando que una alma tan hambrienta de este divino manjar era entónces merecedora de gozarle cuando el Señor abrió su costado y sus entrañas para darle hartura, si (como dijo muy bien S. Crisóstomo) el recibirle en el altar dignamente es tanto como aplicar la boca á la fuente del costado de Cristo.

Otras veces le daba luz para conocer las cosas por venir, y otras el estado de algun alma escogida que estaba en gracia.

Sobre todo es la luz que le dió para regirse en el camino espiritual con acierto y evitar los lazos del enemigo.

Estando una doncella muy devota encomendando á Dios los religiosos de la Compañía, vió al punto en vision un número sin número de ellos, como un escuadron de soldados, y en medio una luz que los guiaba entre oscuras ti-

blas, á la cual unos se llegaban más y otros ménos, otros se quedaban le-
de ella y sin buscarla, otros caminaban junto á ella.
Fuéle dicho que estos eran los fervorosos, entre los cuales conoció al
Manconi, sobre cuya cabeza caia el rayo de la luz, y él iba con cuidado
ando siempre en la luz.
Entendió que siempre se regia con luz del cielo, obrando con motivos su-
riores y ordenando sus acciones á gloria del Señor.
Otra vez fué visto que iba como volando y escapando de varios lazos y
un paso peligroso en que, para impedirle su camino, se le pusieron delan-
dos negros mastines, y que en un punto se dejó atrás al compañero.
Aun en los caminos que anduvo le favoreció alguna vez nuestro Señor con
: superior.
Una, caminando bien descuidado, oyó una voz que le decia que iba errado:
nsó que fuera ilusion, porque veia las pisadas frescas de las cabalgaduras;
ó luego otra voz que decia: «¿Todo ha de ser ilusion?»
Con esto le enseñaron el camino y prosiguióle: así lo contó el mismo
idre.
Finalmente, la luz interior resultó afuera, porque muchas veces en la Misa
predicando fué visto con resplandores en el rostro, y que los arrojaba prin-
palmente de los ojos.
Maravillándose de esto una persona seglar quiso asegurarse, preguntando
otra que estaba junto si por ventura veia lo mismo. Respondió que sí y
iadió: «Ya este Padre no se deja mirar á la cara.»
De la misma suerte le vió en el colegio de Cáller el bendito H. Francisco
ortolano, y lo contó á un Padre.

## IV

### *Otros dones señalados de Dios.*

De que tuvo luz de profecía y noticia de los secretos del corazon, parece
osa sin duda por muchos casos particulares.
Diez años antes que sucediese la muerte del Obispo su hermano, supo de
a con algunas circunstancias, y fué la ocasion que en una vacante de ar-
bispado llegó una persona á decir al P. Manconi que entendia seria pro-
ovido su hermano; no le respondió entónces; pero quiso encomendar á Dios
uel negocio, y, diciendo Misa, se le mostraron al Obispo difunto en el ataud
ı su mitra y ornamentos pontificales.

Entendió que no habia de pasar á otra iglesia, sino que habia de morirse estando él ausente y muy léjos.

Contólo el mismo Padre de ahí á poco, asegurando á la persona de la muerte de su hermano sin ser promovido, y de que sucederia en ausencia suya, si bien no entendió el cuando.

Pasaron diez años hasta el de treinta y tres, y, habiéndose de embarcar para Roma el P. Manconi, la tarde que fué á despedirse del Obispo su hermano, fueron tantas las lágrimas que derramaron ambos, que maravillado el compañero le hubo de preguntar la causa, y él respondió: «No se espante mi hermano del sentimiento, porque no nos hemos de ver más hasta la otra vida.»

De allí á pocos meses, estando en Roma el P. Manconi, acabó felizmente su carrera el Obispo en su residencia, cumpliéndose todo lo que el Padre habia dicho.

Estando en Sácer, escribió á un Superior de los nuestros que estaba en otra parte, pidiéndole encarecidamente que tratase de consolar á una persona que lo habria bien menester.

Antes de hacerlo preguntó el otro á la persona si le habia sucedido algun trabajo ó tenia cosa que le diese afliccion; respondió que no, y replicó: «¿Por qué me dice eso V. Paternidad?» Dígolo, respondió, porque me escribe el P. Manconi con encarecimiento que trate de consolarle,» y le dió á leer la carta.

Quedaron ambos con suspension de esto, pero dentro de pocos dias sucedió á la persona un trabajo grande, y tuvo harta necesidad del consuelo de su confesor, si bien le valió mucho la prevencion de la carta del P. Manconi, asegurándose que Dios le habia revelado su trabajo antes que sucediese, porque el trabajo era interior y no podia por otro camino saberse.

Una religiosa, teniendo resolucion de hacer cierta salida y mudanza, antes de comunicarla, recibió una carta del P. Manconi, en que le decia se guardase de poner en ejecucion lo que tenia pensado.

Quedó pasmada de que el Padre hubiese entendido su intento, que era tan secreto, y desistió de él.

Fué una vez á predicar á un convento de monjas, y una que estaba muy afligida le rogó que la encomendase á Dios y rezase por ella una Ave María: prometió el Padre de hacerlo, y añadió que el dia siguiente saldria lo que pedia.

Fué así, que salió conforme al deseo de la religiosa, sin haber entendido de ella el P. Manconi, ni de otra alguna persona, el negocio que se encomendó en sus oraciones.

Otra religiosa, estando muy mala, envió á pedirle encarecidamente que en-

trase en el monasterio para confesarla. Respondió que lo haria si fuese necesario, y por la mañana le envió un recaudo diciendo que no tuviera cuidado, que no era necesaria su entrada.

Dentro de pocos dias convaleció la religiosa enferma y bajó á la reja para confesarse con el Padre.

Procurando que fuese recibida en el convento una que lo pretendia, halló dificultad por parte de las religiosas, de suerte que llegaron á decirle no se cansase en diligencias, porque no saldria con su intento; pero el Padre, volviendo la mañana siguiente, habló con una de ellas y le aseguró que tan cierto seria monja la que pretendia, como la con quien hablaba.

Fué cosa maravillosa que, llegando las monjas á votar, todas unánimes votaron en favor de la novicia, que fué recibida y perseveró en su vocacion.

Reprendiendo á uno de los nuestros de cierta falta secreta, le declaró las menores circunstancias de ella, con que el otro, aunque al principio quiso encubrirse, se halló convencido y con certeza de que el Padre habia tenido noticia superior.

A otro que iba para darle cuenta de conciencia, le descubrió antes que hablase lo más secreto de ella y las dudas que traia, consolándole y dándole los avisos necesarios. Lo mismo le sucedió con una persona seglar que vino para comunicarle sus aflicciones.

Un Hermano salió un dia de su aposento haciendo admiraciones y diciendo á los que topaba: «¡Jesus, que el P. Rector me ha descubierto una falta que no la podia saber sino Dios!»

Un estudiante que pretendia la Compañía con gran fervor, despues se resfrió en su vocacion de manera que huia de nosotros. Dió un Padre cuenta de esta mudanza al P. Manconi, el cual, despues de haber encomendado á Dios la reduccion de aquel mancebo, le respondió: «Padre, déle V. R. esta imágen de nuestra Señora al pretendiente, y téngale desde luego por de la Compañía.»

Fué cosa maravillosa que, en recibiendo el mozo la imágen de la Vírgen, sintió trocado su corazon y volvió á pedir la Compañía tan de veras, que fué recibido en ella y persevera muy agradecido á Dios, atribuyendo á las oraciones del P. Manconi su buena suerte.

Mas admirable fué el suceso de una doncella seglar á quien nuestro Señor daba impulsos para mejorar su vida.

Pensando ella que bastaba reformarse en materia de devociones y apartarse de algunas vanidades y entretenimientos, llegó á tratar con el P. Manconi, el cual la escuchó con agrado todos sus intentos, que eran de servir á Dios en estado de casada, y á la postre vino á decirla con resolucion: «Ella no

será casada sino que cumplirá la voluntad de Dios, cuyas pretensiones son no solamente de que recoja y reforme la vida, sino que se consagre á Él.»

De mala gana oyó la doncella estas palabras, y quedó tan afligida como si le apretaran el corazon, porque no sentia en sí fuerzas para mudar el estado. De otra parte, como tenia singular respeto al Padre y opinion de su virtud, no se atrevió á contradecirle ó dejarle: solamente le dijo: «Verdaderamente yo quisiera, pero me falta mucho, y no será bien emprender una cosa para no llevarla al cabo.» «Vaya, replicó el Padre, que la otra vez que me hable tendrá lo que le falta.»

Fuése á su casa la doncella donde le esperaba una guerra de pensamientos, porque se le hacia muy difícil aborrecer los entretenimientos del mundo, y juntamente clamaba por las cosas del cielo y suplicaba al Señor le diese á entender su voluntad con afectuosas ansias, en las cuales perseverando, fué oida, y de repente se vió delante de la majestad de Cristo caido y arrodillado con el peso de la cruz, que volvia su divino rostro para mirarla, y con sólo eso le dió á entender lo que queria que hiciese, que era lo mismo que el Padre le habia significado.

No fué menester más, porque al punto sintió su corazon tan trocado, que dijo dentro de sí: «Aunque el rey me quisiese por mujer, le dijera que no.» De golpe se le cayeron del alma todos los gustos del mundo y se mudaron en el de seguir á Cristo con la cruz hasta morir con él.

Vino el P. Manconi despues de tres semanas para verla, y antes de oir la palabra, le dijo: «¿Está contenta? ya tiene lo que le faltaba.»

Quedó admirada la doncella creyendo que Dios le habia revelado al Padre el suceso de su conversion, y reconociendo haberla recibido por sus oraciones, se confirmó más en el deseo de consagrarse y seguir á Cristo, como lo hizo y persevera en su divino servicio.

De la misma suerte descubrió á personas espirituales los consuelos que habian de recibir de nuestro Señor en su oracion, y tambien los trabajos que habia de enviarles su divina Majestad.

A una dijo que tal dia señalado recibiria un singular favor, pero que advirtiese de no hacer nueva resolucion acerca de su vida y ménos de ejecutarla sin su parecer.

Vino el dia, y entrando la persona en su oracion, se halló tan llena de Dios, que le parecia no estar en el mundo. Luego tuvo grandes ansias de retirarse á soledad, para gozar continuamente de aquella bendicion, que suele á veces ser engaño y tentacion de principiantes; y lo hubiera hecho á no haberla prevenido el P. Manconi con aquella luz con que le descubrió lo que le habia de pasar en lo secreto de su alma.

Otra vez descubrió á la misma persona otro favor extraordinario que habia de recibir de nuestro Señor en la oracion, advirtiéndole juntamente que no hiciese mudanza sin su licencia.

Fué así, que viéndose la persona tan favorecida de Dios, queria empezar á maltratarse con penitencias excesivas; pero no hizo nada por obedecer á su confesor; señal de buen espíritu.

A una señora de mucha virtud, entrando en el confesonario un dia, le dijo antes de empezar la confesion: «Señora, no hemos llegado aún al monte Calvario; aparéjese á trabajos y á tener paciencia.»

Repitióselo tantas veces, que la otra quedó atemorizada, creyendo que sin duda le habia de suceder algun trabajo extraordinario. Así fué, que de ahí á poco le sucedió uno bien pesado, con que la ejercitó nuestro Señor y dió que merecer.

Déjanse de referir otras cosas por semejantes, y sólamente se añade acerca de esto, que muchas personas que confesaban con el P. Manconi y algunos de sus súbditos tenian por creido que les veia el interior antes de descubrírselo.

Tuvo don de magisterio espiritual en el gobierno de almas que trataban de espíritu y oracion con singular dominio, eficacia y destreza en razon de enseñarles el camino, como quien le sabia por experiencia, de moverlas y aficionarlas á todo lo bueno y despegarlas del amor de las criaturas.

Conforme á esta gracia fué el cuidado que puso en aprovecharlas y el de nuestro Señor en depararle muchas de singular espíritu y alta contemplacion, trayéndolas á su direccion alguna vez por caminos extraordinarios.

De un lugar distante, donde no hay casa de la Compañía, con ocasion de una mision que hizo por allí un Padre, le trujo la divina vocacion una mujer casada, habiéndole dado licencia su marido para vivir en recogimiento, y era un alma tan favorecida de Dios cuan desconocida del mundo, porque tenia muy altos sentimientos de los dolores y penas interiores de Cristo, cuando celebraban los sagrados misterios de la Misa, con otros singularísimos favores y admirables virtudes en apariencia de una pobrecilla que atormentaba el demonio; á quien el P. Manconi, despues de haber reconocido el tesoro que encerraba dentro de su alma, ayudó en vida y en muerte cuanto pudo, y despues de ella publicó las maravillas de Dios.

De otra que tambien habia sido casada y vivió en la viudez con su direccion vida angélica, despues que pasó á la eterna, refirió singulares virtudes y áun milagros; entre otras cosas, que moraba casi continuamente en las llagas de Cristo por un modo de contemplacion de que hablan S. Buenaventura y S. Bernardo.

De las demás almas cubre ahora el silencio cuánto se les lució la enseñan-

za y magisterio de este religioso varon, que no fueron pocas en varias y diferentes partes del reino de Cerdeña. Su celo se extendió tambien á las que eran ausentes, concurriendo Dios en caso de necesidad con modo maravilloso.

A una que padecia extremo desamparo en lo interior, faltándole juntamente el consuelo del confesor presente y la debida resignacion, orando una vez con sus congojas y aflicciones, vió junto á sí al P. Manconi, que era ausente, con un semblante angélico, y oyó de él esta reprension: «¿Cuántas veces te he dicho que acabes de despegarte de las criaturas?» y otras palabras que le habló más en lo interior por espacio de una hora, hasta despenarla y reducirla á la debida conformidad.

No es ménos admirable el modo como acudió al consuelo de otra persona, la cual hallándose afligida en lo interior, y deseando comunicar las cosas de su alma con el P. Manconi sin alcanzar para eso comodidad, un dia que le vió pasar por la calle, puso en él los ojos, y al Padre le obligó la necesidad ajena para levantarlos, de suerte que, mirándose ambos de corrida, se hablaron las almas al modo angélico, y afirmó la persona que con sólo eso le dió el siervo de Dios á entender cuanto deseaba preguntarle y cumplida satisfaccion como si le hablara largo rato.

El dominio y superioridad que tenia en las almas de su gobierno, conciliaba tan singular obediencia y respeto, que las más espirituales parecian delante de él como unas criaturas, sin atreverse á replicarle en cuanto les mandaba. La eficacia de sus palabras conocieron por experiencia que rendia fácilmente los corazones.

Procuraba una sierva de Dios que se le pintase un retrato de la Asuncion de la Vírgen de una estampa de papel que le habia caido en devocion, y se prometia muchos ratos de consuelo con su vista.

Tuvo noticia el P. Manconi, que estaba ausente, y conociendo que divertia por diferente senda de la que le habia enseñado, escribió á un Padre que dijese á aquella sierva de Dios solas estas palabras: «No importa ese retrato, sólo que note y vea lo que dice el mote de la estampa.»

No fué menester más para borrarle del corazon aquel deseo que parecia tan bueno, porque no era conforme á su espíritu, de suerte que nunca más se le despertó otro semejante, siguiendo la vereda primera de vivir sacudida de todas estas cosas exteriores.

Tuvo gracia en consolar almas afligidas y curar escrúpulos: Un dia, estando una persona espiritual en su oracion, se le apareció en figura horrible el comun enemigo; no hizo caso, pensando que fuera devaneo de su imaginacion, pero al punto le hirió un pensamiento de blasfemia contra Dios que la puso en gran turbacion.



Vino asustada á confesarse con el Padre pensando que habia cometido algun grave pecado; y empezando á decirle, atajó el Padre las primeras palabras diciendo con gran sentimiento: «¡Ay pobre de mí, que no debia de confesar eso!» y tornaba á repetir: «¡Pobre de mí, que no debia de haber dicho eso!» «¿Pues qué sabia yo? (replico la persona) si supiera que esto no era de confesar, no lo dijera;» y el Padre más insistia que no debia de haberlo confesado.

Fué muy eficaz remedio para que la persona concibiese lo que era aquella tentacion y no hiciese caso de ella, cerrando la puerta á las inquietudes y desasosiegos que suele traer consigo.

De esta manera remediaba tambien otros escrúpulos, mandando al penitente despues que le habia oido y conocido: «Tal cosa no me habeis de confesar jamás,» y le obedecian aunque fuese con pena y remordimiento los escrupulosos, por el respeto grande que le tenian, y por el dominio y resolucion con que les mandaba, hallándose despues satisfechos en lo interior y sanos de su dolencia.

Otras gracias particulares le comunicó Dios nuestro Señor en órden á tratar provechosamente almas de todos estados, especialmente dedicadas á Dios, que no acababan de alabarle y reconocer las mercedes que Dios les hizo por su medio.

## V

### *Su dichosa muerte.*

En setiembre del año 35, cuando áun duraban los calores, quiso el P. Manconi hacer los ordinarios ejercicios que le sirvieron de preparacion para la muerte.

Hízolos con extremada exaccion, añadiendo extraordinarias y rigurosas penitencias; y aunque la caridad le obligó á interrumpirlos por asistir en la muerte á un caballero que le quiso en aquel paso para confesarse y disponerse á la partida; despues los prosiguió más de los ocho dias.

A los 13 de octubre sintió cargada la cabeza y algo de calentura que no mostraba malicia; pero á pocos dias la descubrió.

Aplicáronle remedios sin provecho, hasta que en el séptimo le desahuciaron los médicos.

A los 19 recibió el Viático con mucha devocion y pidió perdon á la Comunidad con notable sentimiento, declarando en breves palabras, porque apénas tenia fuerzas ni aliento para formarlas, el ánimo que siempre tuvo de ser-

vir á la Compañía en el gobierno y de acertar en todo, sin moverse jamás por pasion.

Aquí fueron las lágrimas de muchos, que no podian reprimirlas. Despues se le dió la Extremauncion.

El dia siguiente, que fué á 20, empezaron las agonías, y aquella lucha tan penosa que le duró tres dias con admiracion y compasion de los que le asistieron, cuyos efectos y demostraciones exteriores apénas hay encarecimiento de palabras que baste á representarlos; porque fué servido nuestro Señor de darle á este su siervo adelantado purgatorio en un trabajo interior y tormento que no parecia de esta vida.

Teniendo la cabeza y ojos levantados, sin moverse, parece queria volar de la cama, y como un ciervo acosado se alentaba con tanta fuerza, que parecia arrojar llamaradas, y de cuándo en cuándo unos suspiros que arrancaba de lo íntimo del corazon.

No hablaba, y sólamente con acciones daba á entender que padecia un gran trabajo que no podia declarar de otra manera.

Era este un aprieto en que le puso el demonio, trayéndole á la memoria los lances de la tentacion pasada y haciéndole aparentes cargos para moverle á desesperacion.

Como de otra parte no amanecia luz del cielo, cubierta el alma de oscuras tinieblas por divina ordenacion, le resultaba aquella congoja mortal, vivamente representada con los afanes, en la cual permaneció tres dias enteros luchando con el infierno, hasta que se vió cercano al de la eternidad.

No es de maravillar este suceso atendiendo á otros semejantes que se leen de muchos santos, siendo el paso de la muerte asombro de los Hilariones y Arsenios, en que el dragon infernal suele juntar todas sus fuerzas para la postrera batería, *sciens quia modicum tempus habet.*

Y cuando se le permite, aprieta los cordeles y atormenta de la manera que se vió en este siervo de Dios, el cual, fortalecido con su gracia, salió con la victoria.

Antes de entrar en esta lucha, preguntado si moria de buena gana, respondió que sí, queriéndolo Dios.

Preguntado tambien qué cosa en aquel tiempo le daba más consuelo, respondió que el no haberse dado jamás consuelo: finalmente, por qué habia pedido ir á Inglaterra, respondió que para mostrar un fino amor para con Dios.

El mártes por la noche cesaron los afanes, y faltándole las fuerzas, como quien se echa á dormir sosegadamente, rindió el alma á su Criador á los 23 de octubre de 1635, entrando en los sesenta años, de los cuales vivió en la Com-

ıñía cerca de cuarenta, diez y nueve despues de la profesion de cuatro-
otos.

Su muerte fué tan sentida y llorada de todos en Sácer, como si á cada uno
e le hubiera muerto su padre.

Al entierro que se hizo en la iglesia de la Casa Profesa acudieron para hon-
arle el Clero de algunas parroquias principales, el Cabildo, el magistrado y
l Claustro de la Universidad, cuyo Rector era el P. Manconi, mucha gente
ıoble y extraordinario concurso de pueblo.

Era el llanto universal, que apénas se podian cantar los Oficios, los cuales
ıcabados, acudieron todos á besarle la mano y á despedazarle la ropa, tan á
tropel y con tanta fuerza, que apénas hubo lugar de ponerle en la sepultura.

Pusiéronle en una arca de madera delante de las barandillas del altar ma-
yor, hacia fuera, á la parte del Evangelio.

En vida y despues de muerto fué tenido en opinion de santo de los que le
conocieron y trataron, así religiosos, como seglares: de su primera vista se
traslucia la santidad y parecia un retrato de ella.

Los que le comunicaron más de cerca tuvieron de sus virtudes altísimo con-
cepto, y una persona muy espiritual lo declaró en particular, atribuyendo á
sus oraciones una gran merced de Dios, y dando el testimonio siguiente:

«Entiendo, dice, que me la alcanzó este ángel, á quien conocí siempre por
muy cabal en todo género de virtud, y para mí no habia más, si queria ver
un retrato de los que perfectamente vivian segun Dios en este destierro, que
levantar los ojos y mirar á este Padre, y juzgaba se le debia gran respeto,
porque, en verle, no parecia hombre como los demás, sino que se traslucia el
mismo Dios en él.

»Esto publicaba su compostura para mis ojos, y con sus obras me lo con-
firmaba, porque siempre le veia obrar segun lo que de él concebia.

»El era humildísimo, y por serlo en supremo grado, iba de arte encubierto
que no lo pareciese, pero no hay humillacion y desprecio que no aceptara de
u voluntad; declaraba esto bien la benignidad con que acudia á todos, sin
acer diferencia.

»La caridad que ardia en su pecho encendia el pedernal más duro con la
icacia de sus palabras, que ya no eran humanas sino divinas, pues no ha-
aba de él de por sí, si no Dios en él, y de esto tienen hartas experiencias
personas que le trataron.

»De su continua y levantada oracion, ¿qué se dirá?; que ya habia hecho fon-
en todos sus empleos, y de cualquier salia para la oracion, sin que cosa de
ierra le fuera de impedimento, aunque él quitaba las ocasiones de su parte
: todos lo deben hacer.

»¿Qué diré de las pruebas que Dios le hizo, dando lugar á que le atormentasen su angélica pureza con tan grandes batallas, de las cuales entiendo tendrá muy levantadas coronas como otro Pablo?

»Pues ¿qué me queda por decir cerca lo que le conocí ser despegado de cosas de la tierra? Que en esta parte le juzgaba tan distante su corazon como un ángel: ¿Qué de las demás virtudes que moraban en él de asiento?, las cuales estaban como escondidas por su humildad, y las ha de manifestar el Señor en esta vida mortal cuando fuere servido: ó, si por nuestros pecados no lo merecemos, vendrá el dia que para nuestra confusion nos las declare el que se dignó dotarle de tan levantados dones.»

Hasta aquí el testimonio, que por ser de persona de fuera, es mayor indicio del concepto que se tenia del P. Manconi.

Acreditaron este concepto algunas revelaciones de su gloria en diferentes partes: el trabajo que padeció en la muerte de la manera que está referido, la lucha con el demonio y la victoria que alcanzó con el premio de sus merecimientos, manifestó el Señor á una grande sierva suya.

Otro, oyendo Misa de difuntos, que se decia por el Padre en una iglesia de la Compañía, al tiempo que llegó el sacerdote á decir: *Requiescant in pace.* sintió una fragancia soberana, y se le dió á entender que el alma del Padre estaba en lugar de descanso.

Otra, ofreciendo la comunion por el mismo, despues de muerto; sintió interiormente que le dijo el Señor: *No ha menester nada mi siervo, que ya me goza.*

Otras personas tuvieron superiores noticias así de la santidad como de la gloria de este religiosísimo Padre, que se dejan de referir, y todo es piadosamente creible, con lo demás que queda dicho.

Pero no se pretende mayor crédito que el de humana historia y relacion en que se ha puesto la diligencia posible para averiguar las cosas por testimonios dignos de todo crédito, para gloria del Señor y honra de sus santos.

La vida de este siervo de Dios mandó escribir el P. Gonzalo de Peralta, Provincial de Cerdeña.

P. NIEREMBERG.

# P. CORNELIO MURGIA

EL P. Cornelio Murgia fué natural de la villa de Buttiócoro, de la diócesis del Alguer, en la isla de Cerdeña.
Nació de padres honrados, los cuales le aplicaron al estudio desde niño, ıe como era de buen natural é ingenio, aprovechaba bien y era ejemplo : virtud no sólo á sus condiscípulos, sino tambien á los demás con su bue-ı inclinacion y natural recogido y modesto.
Entró en la Compañía el año 1623, á los veinte y cuatro años de su edad, ıbiendo estudiado en la ciudad de Cáller el curso de la Filosofía y letras ımanas, en todo lo cual aprovechó bastantemente.
En el noviciado procedió con grande edificacion de todos, echando hondas íces en la humildad, conocimiento propio, dándose mucho á la oracion, mortificacion, á la santa obediencia y á las demás virtudes religiosas, seña-ndose en la pobreza y en la pureza de la conciencia.
Siendo ya hombre, se hacia como niño en todo, dejándose guiar y llevar de s Superiores como un niño de pocos años; y nuestro Señor se le comuni-ba mucho á la medida de su gran disposicion y aparejo que con la divina acia tenia.
Siendo maestro, era cosa extraña lo que aprovechaba á sus discípulos en la rtud y en la devocion de la purísima Vírgen y frecuencia de los santos Sa-amentos.
Su gusto fué siempre la oracion y trato con Dios y hablar siempre de co-s espirituales, teniendo siempre un gran celo de la observancia regular, en ıe siempre se mostró muy exacto.
Pusiéronle á estudiar Teología en el colegio de Cáller, aunque despues la osiguió y acabó en el colegio y Universidad de Sácer. En entrambos luga-s procedió con el buen ejemplo que siempre y con el provecho deseado en l estudio, el cual no le estorbaba nada el ejercicio de la oracion, porque se staba en ella dos y tres horas seguidas con grande devocion y con las ma-ıos cruzadas ante el pecho.
De ordinario se iba delante del Santísimo Sacramento en el coro ó en la ıisma iglesia, poco más ó ménos de una hora antes de tocar á leccion, y allí : estaba orando hasta tocar á entrar en el aula, á que acudia con puntuali-ıd, saliendo todo encendido y devoto.
Hízole nuestro Señor un muy extraordinario favor con que se enternecia

y adelantó mucho en virtud, y fué, que con un modo maravilloso sentia sensiblemente que dentro del corazon tenia á Jesus á un lado y á la Vírgen en el otro, incitándole á toda humildad, devocion, pureza de conciencia, celo de las almas y á toda virtud, con tal ternura y afecto, que se le derretia el alma.

Con los estudiantes no hablaba sino de cosas devotas ó de los estudios, y siendo estudiante, huia todo lo posible el tratar con seglares.

No le daban oficio ó empleo, por bajo que fuese, que no le abrazase con mucho gusto y sin ninguna repugnancia: y si alguna vez por varias ocupaciones representaba algo á los Superiores, hacíalo con tanta indiferencia y resolucion que, oida la respuesta del Superior, no hablaba más palabra.

Ordenado que fué de sacerdote, se aparejaba siempre para decir la Misa con notable cuidado, y rezaba con grande devocion y atencion: y le observaron que á cada verso del salmo paraba un rato, ponderando aquellas santas palabras.

Tenia grande caridad con todos y trabajaba incansablemente en los ministerios de la Compañía, y principalmente en las misiones, las cuales hacia con mucho gusto y con tan grande cuidado, y trabajaba en todo tanto, que la gente se admiraba, y en todos los puestos que estuvo, era muy deseado, y decian de él mil alabanzas.

Su predicar era llano y sin profanidad ni arreo de palabras; pero con notable fervor y espíritu, con que hacia singular provecho y mocion en las almas.

Aborrecia grandemente el oir hablar mal de otros; y así, nunca se le oyo cosa que oliese á esto.

Andaba siempre con grande recelo de que no hiciese algo que desagradase á Dios, y habiendo sabido la falta de uno, estaba temblando de sí.

Fué Ministro en el seminario de Sácer primero, y despues en el de Cáller, en el colegio de Iglesias y en el noviciado de Cáller.

En todos estos lugares hizo muy exactamente su oficio y con gran celo de la observancia, en que era el primero, y con grande subordinacion y obediencia con sus Padres Rectores, cuyas órdenes ejecutaba á la letra.

Su aposento parece que siempre predicaba pobreza, con una sola imagen de papel á la cabecera y otra en la mesa; y si de vestido ó calzado le daban alguna vez cosa nueva, la recibia con mucha repugnancia, por más falto que estuviese.

Era muy devoto del Santísimo Sacramento, y le visitaba á menudo: asimismo era devotísimo de la Vírgen y de las almas del purgatorio, y exhortaba mucho á estas devociones.

Su modestia era tal, que algunos estudiantes seglares procuraban verle y tratarle, sólo por ver aquella modestia y paz llena de devocion.

nderezaba todas sus cosas á mayor gloria divina, y con profunda humil-
decia que lo más vil y el más bajo empleo y oficio era para él lo sumo,
más áspero y dificultoso era para él lo más agradable y suave.
lovia á devocion á los que le miraban, y uno en particular que pretendia
ar en la Compañía, se confirmaba y animaba más cada dia viendo su
modestia, y devocion, y religioso procedimiento.
or ser muy recogido y amigo del aposento tenia escrito en su mesa este
so: *Pax est in cella, foris autem plurima bella;* y le leia y decia á menu-
principalmente cuando salia fuera de casa y encomendaba á los Herma-
esta devocion.
'uando iba á alguna parte, siempre iba rezando algo si no le hablaban, y
nces hacia con la mente lo que no podia con la lengua, como se le echa-
le ver en el semblante y acciones.
arecia no estimar cosa alguna de este mundo, y todo estaba puesto en
ayor gloria de Dios, que de ordinario tenia en la boca.
i veia, cuando era Ministro, que alguno quedaba algo sentido por haberle
alguna penitencia que convenia, luego le pedia perdon y le decia el
fin y afecto con que lo hacia. Era rígido y muy escrupuloso consigo
no, y muy blando y suave con los demás.
desapego que tenia con sus parientes y á toda carne y sangre era no-
mente grande.
la pureza y honestidad parecia un ángel; y así, experimentó consigo
nde liberalidad de nuestro Señor, visitándole á menudo y dándole mu-
ilustraciones, no causándole novedad alguna lo que leia ú oia de favo-
visitas, y regalos que Dios hacia y habia hecho á varios santos y sier-
uyos, porque los experimentaba en su persona.
vió en la Compañía diez y seis años; y habiendo adolecido de una gra-
fermedad de que murió, pocos dias antes de su dichosa muerte se le
ció la Vírgen con su benditísimo Hijo, y le consolaron y animaron.
esta vista quedó tan ilustrado, que de su cara saltaban rayos de luces y
ndores, testigos de aquel grande favor y de su grande santidad y
a.
la enfermedad mostró extraña paciencia; no perdia rato de tiempo, ha-
o siempre varias oraciones jaculatorias, invocando á menudo los dulcísi-
ombres de Jesus y María con grandes y encendidos suspiros, y afectos
de devocion, y lágrimas dulces y suaves.
guna cosa le daba pena ni molestia en verse que moria tan presto,
tenia solamente cuarenta años; sólo sentia que no acababa su vida tra-
do entre gentiles é infieles en las Indias, adonde grandemente habia

deseado ir, para convertir áquellas gentes y derramar su sangre, dando su vida por aquel Señor que la dió por él en una Cruz, ó que á lo ménos muriera en las misiones enseñando á la pobre y ruda gente.

Finalmente, agravándose la enfermedad, pidió todos los santos Sacramentos, si bien ya se habia confesado y comulgado algunas veces, y los recibió con mucha devocion y ternura, y con entrañable afecto y lágrimas.

Acabó su feliz carrera á los 12 de enero año 1640, dejando á todos muy consolados y edificados, alabando al Señor que así favorece á los suyos.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Gabino Pizqueda.

P. NIEREMBERG.

## P. JERONIMO ANSALDO

Uno de los esclarecidos varones que ha tenido en esta edad la provincia de Cerdeña fué el P. Jerónimo Ansaldo, noble por su sangre y mucho más por sus grandes virtudes, porque fué dechado de religiosos observantes, ejemplo de prudentes Prelados, lector de Teología, Maestro de novicios, Rector, Prepósito y Provincial con grande aceptacion de todos; misionero apostólico, obrero infatigable en la viña del Señor, varon verdaderamente mortificado, humilde y espiritual, de alta oracion y familiaridad con Dios, de quien recibió singulares mercedes merecidas por su santa vida y gloriosos trabajos, como lo veremos aquí.

Nació el P. Jerónimo Ansaldo en la ciudad de Sácer, del reino de Cerdeña, el año de 1598, á 20 de enero, dia del glorioso S. Sebastian.

Su padre fué D. Juan Ansaldo y su madre D.ª Elena Esgrechu, personas principales, de notoria calidad y muy estimadas en aquella república.

El primero de once hijos fué nuestro Jerónimo, no sólo en la edad, sino en la virtud y letras, y en el talento natural.

Padeció su madre mucho en el parto, porque joya tan preciosa sino es por subido precio no se la quiso Dios dar.

Habiendo estado dos dias con gravísimos dolores y afliccion, en llegando á su presencia los religiosos de la Compañía que la iban á confesar, dió á luz hijo tan precioso, que parece le ofreció el cielo desde el vientre de su madre para nuestra Religion.

Criáronle sus padres con grande cuidado, así por ser el mayorazgo de su casa, como por la buena habilidad que mostró desde su niñez.

Fué muy inclinado á la virtud, de apacible condicion y amable natural, manso, quieto y modesto, muy obediente á sus padres y maestros, amigo del recogimiento y enemigo de travesuras y de muchachos inquietos, verificándose en él lo que la sagrada historia dice del santo Tobías, que, siendo mozo, no hizo obras de mozo, y siendo niño en la edad, era anciano en el seso.

Era muy inclinado á leer vidas de santos, y con su lectura se encendia en deseos de imitarlos.

Aborreció las galas y los vestidos profanos, y por esto suplicó á sus padres que le vistiesen de eclesiástico, y ellos lo hicieron por darle gusto.

Tenia un oratorio en su casa, adonde se retiraba todos los dias por largo tiempo á orar á la divina Majestad.

Rezaba el Rosario á nuestra Señora, de quien fué siempre devotísimo, y otras devociones á los santos; y tenia el dia que ménos una hora de oracion mental, meditando lo que habia leido allí.

Hacia sus penitencias y tenia tanto gusto en estos ejercicios retirados, que muchas veces se excusaba de bajar á comer con sus padres por no dejarlos, verificándose en este angelical mancebo lo que dice S. Gregorio, que quien gusta del manjar espiritual, aborrece el corporal; y engolosinado con la dulzura del espíritu, fastidiaba las delicias temporales que en tan tiernos años fué cosa muy singular.

Confesaba y comulgaba cada ocho dias, y muchas veces dos cada semana.

Cursó en nuestros estudios de gramática, en que mostró su vivo entendimiento, aventajándose en poco tiempo á los demás.

Con el trato de los nuestros y la noticia que tomó de nuestra Religion, se aficionó á la Compañía y pidió ser recibido en ella para servir con más libertad á Dios; mas, por tener poca edad y estar en la mitad de los estudios, le dilataron el cumplimiento de su vocacion.

Entró en la Congregacion de nuestra Señora, sirviéndola con grande fervor; y en cumpliendo quince años, hizo apretadas instancias con el P. Provincial para entrar en la Compañía.

Sabiéndolo sus padres, lo llevaron tan pesadamente, que hicieron el esfuerzo posible para que no le recibiesen, y el P. Provincial les dió palabra de no recibirle sin su órden, con que por entónces se quietaron.

Pero no se quietó nuestro pretendiente, porque Dios que le habia escogido para sí, no le dejaba sosegar en el siglo; y, viendo frustrado su deseo y que el Provincial se habia ido á Cáller, determinó hurtarse á sus padres para entregarse á Dios.

Para salir con su intento, compró un vestido de pastor y concertó con un arriero ordinario, que en Italia llaman vitorino, que le llevase á Cáller pagándoselo muy bien.

Desnudóse sus vestidos y púsose el de pastor, y por caminos aviesos para no ser hallado ni conocido, llegó á Cáller, y en aquel mismo traje se echó á los piés del Provincal, pidiéndole con lágrimas que le recibiese en la Compañía adonde le llamaba Dios.

Admirado el Provincial de su constancia y de la firmeza de su vocacion, le alzó del suelo y le dió palabra de recibirle aunque sus padres resistiesen, porque primero era Dios, y ordenó que se quedase en casa, porque habia de cumplir con ellos dándoles de todo razon.

Escribióles lo que pasaba, y que ni él ni ellos podian con segura conciencia quitar á su hijo el estado que le daba Dios, añadiendo tantas y tan eficaces razones, que los padres se rindieron y su hijo fué recibido en la Compañía á 31 de marzo de 1613 años, teniendo quince de edad y muchos de virtud y cordura, con indecible gozo de su alma por verse en el puerto de la Religion que tanto deseaba.

El fervor con que pasó su noviciado y la vida que hizo en la Religion se puede colegir por la que hizo en el siglo entre las delicias de sus padres; porque, si entónces hizo una vida religiosa, como vimos, en la Religion la hizo santa, esmerándose entre todos en la observancia y perfeccion.

Ninguno le vió quebrantar regla, ni hablar palabra fuera de tiempo, ni ménos ajustada que debia.

Era la misma modestia y compostura, obedientísimo en todo á los Superiores, y tan gustoso y bien hallado desde la primera hora en la Religion, como si hubiera nacido para ella; todo le era gustoso y en nada hallaba dificultad.

No le faltaron tentaciones del enemigo que armó todas sus huestes para derribarle; pero, dclarando su tentacion al Superior, obrando la gracia divina, las venció.

Cumplido su noviciado, hizo los primeros votos á 2 de abril de 1615, y luego pasó con feliz curso y mucho aprovechamiento sus estudios de Humanidad, Artes y Teología, é hizo su acto mayor y volvió al noviciado á tercera probacion.

En todo este tiempo guardó el tenor de novicio, atendiendo más al estudio de la perfeccion que de las letras.

Fué el ejemplo de todos y el que los afervorizaba con sus obras y palabras.

Con otro compañero espiritual se levantaban todas las noches á la una á tener oracion con licencia del Superior, que se la daba por la experiencia que tenia del provecho que sacaban para sí y para los otros.

Para su primera Misa se dispuso con unos fervorosos ejercicios, la cual hizo con igual devocion y júbilo de su espíritu.

De allí adelante trató con mayores veras de toda perfeccion, dándose por obligado con el nuevo estado á más oracion, penitencia y mortificacion, recogimiento y silencio, cual se pide al que cada dia ha de ofrecer y recibir á Dios.

Preparábase siempre para la Misa con oracion y contemplacion de lo que iba á hacer, y decíala con tanta quietud, pausa y devocion, que la ponia á todos los oyentes; y miraban tales mudanzas en su rostro, que se persuadian á que Dios le hacia singulares mercedes en ella.

Una persona religiosa de probadísima virtud testificó con juramento que, oyendo la Misa del P. Ansaldo en la capilla de la Anunciata de la Casa Profesa de Sácer el año de 1611, dia de la Anunciacion de Nuestra Señora, vió, despues de haber consagrado, bajar una nube más resplandeciente que el sol sobre la cabeza y brazos del Padre, y bañarle todo de luz, la cual duró por media hora que se detuvo hasta consumir desde la consagracion.

Y otra vez vió bajar la misma nube al mismo tiempo de la consagracion, y que, abriéndose encima del altar, pareció en medio Cristo nuestro Señor en la forma que le pintan cuando andaba en el mundo, el cual abrió su pecho, y descubrió su corazon, y metió dentro al P. Ansaldo, de modo que le perdió de vista y del altar todo el tiempo que duró este favor, hasta que se tornó á cerrar la nube y desapareció, y el Padre quedó tan resplandeciente todo el tiempo que duró la Misa, que con dificultad podia mirarle, como los hijos de Israel á Moisés cuando traia el rostro resplandeciente de hablar con Dios.

Testigos abonados son estas demostraciones de las mercedes y favores interiores que recibia en su alma de la mano del Señor.

Y su vida era tal, que da gran crédito á esta revelacion; porque andaba siempre en la presencia de Dios haciendo actos de amor y caridad y de conformidad con su santa voluntad.

Una semana entera, á imitacion de lo que se escribe del siervo de Dios Gregorio Lopez, todos los momentos del dia hizo un acto de amor y conformidad con Dios; y, fuera de esto, cuantos ratos podia hurtar de las ocupaciones ordinarias, los gastaba en la oracion.

Era grande la vigilancia que traia sobre su conciencia, no permitiendo el más mínimo átomo de imperfeccion.

Su pobreza fué admirable, tomando siempre lo más viejo y lo peor. Seis y siete años traia una sotana llena de remiendos, hasta que se la quitaba la obediencia.

La pureza de su alma fué siempre angelical. Su recato y compostura y la modestia de sus ojos componia á quien le miraba.

Mortificaba su cuerpo con ayunos, vigilias, cilicios y disciplinas, hasta derramar sangre.

Su obediencia y humildad eran iguales á las demás virtudes: no habia cosa en sus ojos más vil que á sí mismo.

Siempre tomaba el lugar más bajo; y, alabándole un Padre, le dijo tantas faltas de sí para deshacer la buena opinion que tenia de él, que el Padre quedó igualmente admirado y edificado de su profunda humildad.

Rehusó de manera siempre el ser Superior, que hizo voto de no admitir dignidad ni superioridad en la Compañía, sin proponer primero al Superior su indignidad para ella.

Por este afecto huia el trato de los Prelados y señores constituidos en dignidad, y afectaba el de los pobres y personas humildes de la república.

Era tal su humildad y encogimiento, que se tenia por indigno de rogar por otros y ser oido de Dios, de que tenemos buen testimonio de una persona espiritual, reputada por santa, á quien se comunicaba familiarmente nuestro Señor, la cual testifica que, apareciéndole tal vez nuestra Señora y rogándole por el P. Ansaldo, le respondió la Vírgen: «Dile que por qué anda tan encogido conmigo en pedirme gracias y favores; que ensanche más el corazon y que me pida muchas cosas, que yo se las alcanzaré de mi Soberano Hijo.»

La sierva de Dios se lo dijo, y el Padre quedó muy confuso con aquel favor teniéndose por indignísimo de él; y agradecido y alentado, acudió con mucha confianza á pedir mercedes á la Reina de los ángeles, á quien siempre tuvo por Madre y procuró servir é imitar de corazon.

Tenia entrañable deseo de padecer por Cristo y morir mártir por su amor, y para cumplimiento de esto, pidió muchas veces ser enviado á las Indias á predicar á los infieles.

No lo pudo alcanzar por ser tan necesario en su provincia, y Dios le dió un continuo martirio, semejante al que S. Pablo confiesa haber padecido de un ángel de Satanás y estímulo de carne que le atormentaban, dándole de bofetadas, que duelen y afrentan; y semejantes pensamientos duelen y afrentan á los siervos de Dios, como dolia y afrentaba esta continua batalla de Satanás al bendito P. Jerónimo Ansaldo.

Peleó valerosamente contra el importuno enemigo con penitencias y oraciones, como peleó S. Pablo; y pidiendo á Dios que le librase de aquella lucha, como lo pidió el Apóstol, recibió la misma respuesta; que luchase en aquella lid, porque así le convenia para su merecimiento y para velar siempre

sobre su alma y avivarse con aquella espuela en el servicio de Dios, con cuya voluntad conforme, no curó del descanso, sino de pelear con esfuerzo hasta alcanzar la victoria, como la alcanzó con mayor pureza de su alma.

Del vivo deseo de padecer por Dios brotaron aquellas palabras que dijo en cierta ocasion; conviene á saber, que, si nuestro Señor le diera á escoger ó una vida llena y colmada de todos los gustos espirituales, consuelos y delicias celestiales, que fuera como parte ó retrato de la bienaventuranza, ó una vida llena de disgustos y trabajos, colmada de aflicciones y dolores, hasta quitarle la vida á fuerza de congojas y pesares; con toda verdad y aseveracion decia que escogeria la segunda y no la primera por imitar á Cristo nuestro Redentor, que teniendo á su libertad el gozo y el dolor, echó mano de la cruz y padeció tanto por nuestro amor.

Leccion que, como buen hijo, aprendió de nuestro P. S. Ignacio, que la enseñó de palabra en la segunda semana de los ejercicios, y de obra padeciendo en el discurso de su vida tantos géneros de afrentas y trabajos por Cristo, pudiendo vivir con opulencia y regalo en la casa de su padre.

Juntemos á esta sentencia otra que dijo en semejante ocasion, y fué que, si Dios le diera á escoger, ó todos los trabajos que ha habido, y hay, y ha de haber en el mundo hasta su fin, ó la gloria y bienaventuranza que gozan los santos en el cielo, y que sin culpa suya pudiese tomar lo que quisiese; si por algun indicio entendiese ó sospechase que lo primero era voluntad de Dios, echara mano de ello y dejara la gloria por no apartarse un punto de la divina voluntad: testimonio claro de la fineza de su amor, y cuán léjos andaba de ofenderle en cosa alguna, quien tan atento estaba á no discrepar un ápice de su divina voluntad.

El mismo Señor le ofreció ocasiones de cumplir estos deseos con varias enfermedades y trabajos que le envió, un corrimiento á las vías y una fístula que le duró casi toda la vida.

Otro humor molestísimo á la boca que le movia las quijadas y desencajaba las muelas y los dientes con vehemente dolor.

Nunca quiso aplicar medicinas, recibiéndolo con alegría como regalo de la mano de Dios: el frio, el calor, el agua, los vientos, las nieves y todas las inclemencias de los tiempos le eran delicias, por padecerlas por Dios.

Si le decian contumelias, callaba y las recibia con gozo por su amor.

Las malas palabras, las afrentas y desprecios eran perlas en su estimacion, y las sequedades de espíritu y los desvíos en la oracion, con que probaba Dios su constancia, que fueron muchos; y cuanto más crecian, más se esmeraba en su servicio.

A un padre espiritual le dijo un dia: «Son tan graves las aflicciones, las se-

quedades de espíritu, desconsolaciones y tribulaciones que padezco á tiei pos, que, á no darme Dios algun esfuerzo y aliento, no me parece posible p derlas sufrir:» que así ejercita Su Majestad á los soldados valientes que esc ge para capitanes y caudillos de su milicia, como al P. Jerónimo, á quien di el gobierno por tantos años de la Compañía.

El primer oficio que tuvo fué de Ministro en el colegio de Sácer, adond dió las primeras muestras del escogido talento para gobernar de que le dotó nuestro Señor.

Leyó su curso de Artes y una cátedra de Teología con tal aprovechamien. to de sus discípulos no sólo en las letras, sino tambien en la virtud, que en. traron muchos por su ejemplo en la Compañía.

En este tiempo hizo la profesion de cuatro votos, y fué electo Rector del colegio de Sácer, que fué el primero que gobernó.

Despues leyó un poco de tiempo Escritura, y en esta ocupacion le halló la patente de Provincial que le envió el General, bien léjos en su concepto de esperar tal dignidad.

Y aunque siempre propuso su insuficiencia (como dijimos) á todos los go biernos por su humildad, este le turbó de manera que, si le dejaran, fuera : Roma á pedirle al General que le exonerase de él.

Tales razones dió á la provincia y con tanto ahinco y eficacia, que sobre seyeron por entónces y pusieron aquel cargo en hombros de otros.

Pero con toda resolucion le ordenó el Provincial que se encargase de l Casa Profesa; y por verse libre de la dignidad de Provincial, calló, y la tomó y fué Prepósito tres años.

Despues de los cuales fué más de seis Rector del noviciado, y uno d ellos juntamente Viceprovincial, y últimamente Provincial, aunque más l rehusó; pero entendiendo que era voluntad de Dios, humilló el cuello al yugo y tomó la dignidad, para él carga tan pesada cuanto para otros estimada.

En el gobierno fué un dechado de Prelados y un espejo de Superiores, ca minando siempre delante en la observancia religiosa, como buen capitan y como buen pastor, y, como se dice de César, nunca dijo *id*, sino *vamos*.

El era el primero en la observancia religiosa, en la guarda de las reglas en los oficios de humildad y de trabajo.

Con su ejemplo traia consigo á los demás, y era grande el fervor que habi en los colegios que gobernaba; que el ejemplo del Superior es piedra iman d los súbditos que los trae á la observancia regular; y cuando este falta, au que haya más preceptos y consejos, dice S. Gregorio, que con una mano l trae y con dos los aparta de la observancia regular.

En el noviciado era el primero con los novicios en la oracion de la mañ

na y de la tarde, en las mortificaciones y oficios corporales, ostentándose una idea de la perfeccion que debian procurar.

Su prudencia y rectitud en todos sus gobiernos fué admirable, no aceptando personas, ni moviéndose por amor ni por pasion, sino por sólos merecimientos.

En la distribucion y cargos de la Religion oia á todos con igual paciencia y mansedumbre, y procuraba con todas sus fuerzas consolarlos.

Sus palabras eran blandas, humildes y llenas de caridad.

Condescendia con los flacos, y aunque era manso con todos, pero con los soberbios y altivos que no se ajustaban á la correccion, era severo y entero, y sabia refrenarlos y castigarlos con valor; porque, como dice S. Gregorio en su Pastoral, el buen Superior ha de ser como el Arca del Testamento que guardaba la vara y el maná, porque ha de tener la dulzura de este pan con los buenos, y el rigor de la vara para con los malos, sin la cual no se puede conservar la Religion.

Con los enfermos y ancianos era grande su piedad, cuidando de su salud y su regalo, y sirviéndolos por su propia persona, como si fueran sus hijos ó sus hermanos.

La misma caridad tenia con los pobres, dándoles largas limosnas y socorriéndolos en su necesidad.

Hacia rigurosas penitencias por las faltas y aprovechamiento de los súbditos, tomando como buena ama las medicinas por los que criaba con la leche de su enseñanza.

Gastaba muchas horas de oracion en encomendarlos á Dios, á quien fué tan agradable su gobierno, que le envió á decir con una persona espiritual de aprobadísima virtud que llevase adelante lo que hacia en su persona, procediendo del modo que deseaba procediesen los demás, y alcanzaria lo que pedia.

Con cuyo aviso se consoló y afervorizó su espíritu, y puso grande vigilancia en mejorar sus acciones y dar á todos ejemplo de santidad; y Dios le favoreció revelándole algunas cosas que convenia remediar.

Dos novicios vivian relajadamente y eran escándalo á los demás, y con maña y artificio se ocultaban del Superior, el cual, usando de sus armas ordinarias, hizo por ellos oracion, en la cual le reveló Dios lo que actualmente tramaban y en qué lugar se juntaban.

Llamó luego á su Ministro y envióle al dicho lugar, adonde los cogió en fragante delito, y, movido de la luz divina, los despidió de la Religion, y arrancada aquella cizaña, aseguró á los demás.

Siendo Prepósito de la Casa Profesa, le pidieron una deuda de mucha cantidad, mostrando papeles para ejecutarle por ella.



El siervo de Dios se halló atajado, porque ni tenia con qué defenderse, ni tampoco con qué pagar.

Acudió á su ordinario refugio que era la oracion, pidiendo á la Majestad de Dios que le valiese en aquella necesidad, y luego oyó al divino oráculo que le declaró cómo aquella deuda estaba pagada, y el que se mostraba acreedor debia á la casa, y dónde hallaria razon de todo.

Dió muchas gracias á Dios por aquella claridad, con que remedió su casa y salió de aquella opresion.

A este modo le dió otros avisos para su gobierno de mucha consideracion.

No olvidemos el vivo celo de las almas y salvacion de sus prójimos que ardia en el pecho de este siervo del Señor.

En el púlpito y en las conversaciones domésticas siempre procuraba ganar las almas para Dios, asistiendo en el confesonario y predicando con grande fervor, con más gusto en los pueblos pequeños de los labradores que en las ciudades principales.

Hizo muchas misiones en las treguas que le dieron las lecturas y el gobierno, en las cuales sacó gran suma de almas de pecados envejecidos y de costumbres depravadas.

Puso á muchas doncellas en estado religioso con voto que hicieron de castidad, porque fué siempre muy celoso de esta virtud.

Quitó muchas malas amistades, y compuso muchas enemistades siendo ángel de paz en los lugares que entraba.

Movido de esta experiencia el duque de Avellano, virrey de Cerdeña, le envió á unos pueblos que estaban muy encontrados, y el apostólico Padre les predicó con tal espíritu y fervor que, obrando la divina gracia, los redujo á paz y concordia, y se trocó la guerra en júbilo y amistad y en un jubileo plenísimo que todos ganaron con gran devocion.

La fama de su espíritu y fervorosa predicacion voló por toda Cerdeña, y los Obispos á porfía le llamaban y pretendian para que diese pasto espiritual á sus ovejas.

El primero que salió con su pretension fué D. Antonio Nusco, Obispo de Alguer, el cual alcanzó de los Superiores que le acompañase en la visita de su obispado, haciendo mision en los pueblos que visitaba.

Aquí hizo alarde de la grandeza de su espíritu y del ardiente celo de la gloria de Dios y bien de las almas que ardia en su pecho, no dejando piedra por mover para diligenciar su salvacion.

Predicaba continuamente con grandísimo fervor, enseñaba la doctrina cristiana á grandes y pequeños, confesaba por la mañana y la tarde y grande parte de la noche.

Acudia á los hospitales y á las cárceles, visitaba los enfermos, consolando á todos y encaminándolos al cielo.

Del púlpito bajaba al confesonario, y de este volvia luego á predicar.

Quitó abusos y malas costumbres, introduciendo las santas y provechosas, en particular la frecuencia de los Sacramentos, tan importante para conservar la gracia de Dios y conseguir la salvacion.

Procuró imprimir en los corazones de los fieles la devocion de nuestra Señora, de que predicaba muchas veces.

Desterró muchas ignorancias con la luz de su doctrina, y deshizo muchas enemistades, poniendo paz en los desavenidos, usando de todos los medios posibles para mejorar las almas.

El más eficaz de todos era el ejemplo de su vida, á quien miraban como á un apóstol en el fervor y espíritu, y como á un ángel en la pureza de vida, en el trabajo infatigable.

Admirado el Obispo no cesaba de hacerse lenguas en alabarle; pero el siervo de Dios más se humillaba y envilecia cuanto más le ensalzaba.

Bien quisiera el buen Obispo tenerle consigo toda la vida, así por el aprovechamiento de su alma, como por las de sus feligreses; pero no fué posible, porque otros Prelados hicieron tales instancias por llevarle á sus obispados, que se hallaron forzados los Superiores á concedérsele.

El primero fué D. Andrés Manca, á la sazon Obispo de Ampurias, el cual le llevó á su obispado, donde predicó el año de 1640, con admirable fruto de las almas.

Llegada la Cuaresma, le pidió la iglesia catedral para que les predicase, deseando todos aprovecharse de su doctrina, y el Padre obedeció y predicó con el fervor que siempre y con el fruto que de su predicacion esperaban.

Ocupado en este ministerio, le mandó la obediencia volver al gobierno; mandato para el siervo de Dios bien áspero; pero hubo de bajar la cabeza y obedecer á lo que le mandaron.

Así, dejó por entónces las misiones, y volvió á gobernar el noviciado, adonde, como dijimos, estuvo más de seis años, en los cuales hubo una Congregacion provincial en que fué electo de primero escrutinio para ir á Roma por Procurador de la provincia.

Deseó excusar este honroso cargo como otros, mas no fué admitida su excusa de los Padres que le eligieron; pero el buen Padre se fué á la oracion á negociar con Dios lo que no pudo con los hombres.

Salióle bien su pretension, porque le reveló nuestro Señor que no habia de ir á Roma por entónces, aunque no entendió el cómo; pero súpolo presto, porque dentro de poco tiempo murió el General de la Compañía, que era



el P. Vincencio Carraffa, y fué necesario hacer otra Congregacion provincial, en que fueron electos diferentes personas, y el P. Jerónimo Ansaldo se quedó en su noviciado.

Acabado el oficio de Maestro de novicios, estuvo en Cáller y Sácer ejercitando los ministerios de la Compañía con el fervor que siempre, dándose á la oracion y devocion como si entónces comenzara.

Aquí tuvo una grave enfermedad que llevó con admirable paciencia, y habiendo convalecido, recibió una carta de su condiscípulo y amigo el P. Antonio Juan Sanna, su fecha en Filipinas dos años ántes, que fué el 49, en la cual le decia estas palabras: «Cuando esta carta llegue á sus manos hallará á V. R. Provincial, ó cerquita de serlo; prevéngase para un buen trabajo que le espera.»

La profecía fué verdadera; porque, cuando la recibió, que fué el año de 51, ya estaba en la provincia la patente de Roma para que fuese Provincial, y en acabando el que lo era, se publicó y fué puesto en posesion, y tuvo harto en qué merecer, así en el gobierno como en la navegacion que hizo á Roma, en que se vió á pique de ser cautivado de los turcos y anegado de una tempestad.

Pero conócese por esta profecía, en más de cinco mil leguas de distancia, que su eleccion fué del cielo, pues tantos años antes la reveló aquel siervo de Dios.

El año en que fué electo Provincial, murió el P. Francisco Picolomini, General de la Compañía, y con esta ocasion fué á Roma para hallarse en la Congregacion general que se juntó para darle sucesor.

Parece que tuvo revelacion de que moriria en ella, porque dispuso todas las cosas como sino hubiera de volver, y así dijo á una hermana suya, que le pidió le trujese unas camándulas, que tomase las que entónces le daba, y no las esperase de Roma. Y más claramente á una persona muy devota suya: «Cuando llegue de Roma la nueva de mi muerte, procure sacarme presto del purgatorio con las oraciones y santas obras.»

A otro que le envió la en buen hora del oficio de Provincial le respondió: «Sírvase de encomendarme á Dios, para que acierte á hacer mi oficio segun su divina voluntad el tiempo que me durare, que aunque le he comenzado, no le acabaré.»

En que se conoce que tenia luz del cielo para conocer la cercanía de su muerte, y que habia de ser en Roma, pues aseveradamente dijo que no habia de volver, lo cual se cumplió muy presto en la forma siguiente.

Llegó á Roma con los demás electores y entró en la Congregacion, adonde fué estimado de todos su voto y su persona como tan prudente y acertado en todo lo que se trató.

---

Estando el último dia de enero tratando con otros Padres de la eleccion los Asistentes, le dió de repente una aplopegía mortal con vehemente do· á la cabeza, de donde le bajó un grueso humor á la garganta y al lado quierdo, que en breve tiempo se le secó.

Quedóle libre el sentido, el habla y el uso de la razon; y conociendo que a el mal de la muerte, se preparó para ella recibiendo con mucha devo·on los Santos Sacramentos de la Iglesia.

Y haciendo fervorosos actos de amor de Dios, cercado de los religiosos de casa, que le decian la recomendacion del alma, segun el uso de nuestra eligion; dió su espíritu á su Criador, dejando á todos sentidos de su pérdia y con gran estima de su santidad.

Cumplióle nuestro Señor lo que muchas veces le habia pedido, que su iuerte fuese breve, por no dar trabajo á los de la casa con prolija enfermedad.

Murió á los dos de febrero, dia de la Purificacion de nuestra Señora, que uiso pagarle la cordial devocion que siempre le tuvo, con llevarle su dia al ielo el año de 1652, de cincuenta y cuatro de edad y treinta y nueve de Compañía.

Toda la provincia lloró la pérdida de tan buen Padre, con santa envidia de u dicha, persuadidos con razon que gozaba de grande gloria en el cielo.

Cada uno referia los heróicos actos de virtudes que habia hecho viviendo, las mercedes singulares que recibió de la mano poderosa de Dios. Testimoios de sus altos merecimientos y del crecido amor que le tenia, de que reeriremos aquí algunos por no sepultar en silencio lo que Dios manifestó para anta gloria suya.

Una persona espiritual, de vida perfecta y de conocida santidad, á quien Dios se comunicaba familiarmente, certificó que le habia mostrado Su Divina Majestad al P. Jerónimo Ansaldo, cuando vivia, entre los monjes antiguos que a Iglesia celebra por dechado de santidad, Antonio, Hilarion, Arsenio, Macaio, etc., tan lleno de virtud y santidad como ellos, dándole á entender la perfeccion de su vida y cuanto merecimiento tenian sus obras en el cielo para con Su Majestad.

Otra vez le reveló que era uno de los más ajustados al Instituto y vida de u padre S. Ignacio, y sin duda que sus acciones y modo de proceder dan oda certidumbre á esta revelacion, como se ve en el discurso de su vida, desde que entró en la Religion hasta que murió con merecida opinion de antidad.

Cuando entró á ser Provincial, pidió el P. Ansaldo á una persona reputada por santa, que le encomendase á Dios y comulgase por él, para que le diese gracia para hacer bien aquel oficio.

Ella lo hizo, y estando en oracion, vió al P. Ansaldo de rodillas delante de un crucifijo, puestas las manos y levantadas en alto, y Cristo la dijo con voz inteligible que en aquel oficio padeceria buen trabajo, y que por sus oraciones recibiria muchas mercedes de su mano, como en la verdad sucedió.

Añade que, comulgando otra vez por su intencion, luego que recibió el Santísimo, vió en lo interior de su corazon un trono todo de oro, y en él á Cristo muy resplandeciente y glorioso, delante de quien estaba el P. Jerónimo de rodillas adorándole con mucha devocion.

Esta vision se le imprimió en el alma de manera que por muchos dias no era señor de sí ni podia atender á los negocios exteriores que trataba, aunque más fuerza se hacia, robándole la atencion el gozo de aquella vista, con que su alma se encendia en llamas de amor de Dios y en vivos deseos de padecer por su amor.

Y testifica otrosí, que comulgando el dia de S. José de 1651, vió en vision imaginaria al P. Jerónimo Ansaldo hincado de rodillas delante del altar mayor, resplandeciente como el sol en señal de la gracia divina que bañaba su espíritu y lo mucho que valia para con Dios.

Estas y otras revelaciones hubo de la virtud, religion, méritos y santidad de este señalado varon, para glorificarle en los cielos y en la tierra, y animarnos á todos con su ejemplo á seguir sus pisadas, imitando sus obras para conseguir la gloria que alcanzó.

Esta vida se ha copiado de la relacion que envió la provincia de Cerdeña de sus obras y virtudes, y de las noticias que se han podido alcanzar de los que le trataron.

P. NIEREMBERG.

---

## H. FRANCISCO HORTOLAN

### I

FUÉ el siervo de Dios Francisco Hortolá (otros le llaman Hortolan) natural del reino de Cerdeña, y nació en la ciudad de Cáller dentro del castillo, la parte más noble y principal de ella, el año de 1544 á los 15 de octubre, dia dedicado á una particular invocacion y fiesta de la Santísima Vírgen, llamada nuestra Señora de Simbirici, lugar dos leguas léjos de la misma ciudad de Cáller.

Fué hijo de padres honrados y principales; el padre se llamó Jerónimo Hortolan, y su madre Beatriz Frogassota, oriundos y descendientes de la ciudad de Barcelona

Afirmó su buena madre que le parió casi sin dolor, y ella y la comadre le vieron luego, recien nacido, con las manecitas juntas y levantadas al cielo en forma de quien ora, y juntamente le oyeron al mismo tiempo decir con voz alta y clara: *¡María, María!* dando á entender desde entónces que habia de ser aquel niño en su vida grande siervo y esclavo de la Vírgen, y que esta soberana Reina del unirverso le habia de honrar con muy particulares favores y regalos, como lo hizo y luego se dirá.

Fueron discurriendo su padre y deudos sobre caso tan prodigioso, de haberle oido, al nacer, nombrar al santísimo nombre de María, y no faltó entre ellos quien lo tomó á mal agüero, diciendo que aquel niño habia de ser una desastrada criatura.

Pero los más, y entre ellos un tio suyo llamado Micercola, como hombre sabio y letrado, dijo lo contrario, que aquel niño habia de ser la gloria y ornamento de su casa.

Cuidaron su padres, como cristianos, de la buena crianza de su hijo luego en llegando á los años de discrecion, y muy en particular su madre, por ser muy devota de nuestra Señora, le enseñaba la devocion que habia de tenerla.

Siendo de edad de nueve años oyó que su madre habia de ir á pié una mañana á cumplir una devocion que habia hecho á una iglesia de nuestra Señora de Monserrate, que estaba en la villa de Pauli, léjos de Cáller poco más de dos millas; y él, muy deseoso de ir con su madre á pié, se levantó muy de mañana, y saliendo á la calle, vió á una mujer muy semejante á su madre caminando.

Fuéla siguiendo pensando que iba á cumplir su devocion á la Vírgen, y aunque sin poderla alcanzar en todo el camino, nunca la perdió de vista hasta entrar en la iglesia, dentro de la cual, por más que la buscó con grandes ansias, no la pudo hallar, porque su madre no se habia partido de casa por un impedimento que habia tenido.

Entónces el niño se volvió á nuestra Señora y se le encomendó, entrando en cuidado de la vuelta para su casa, porque no sabia el camino y se hallaba muy cansado y con miedo que sus padres no le castigasen por el atrevimiento que habia tenido de salir de casa y de la ciudad solo y sin licencia.

Estando en estas apreturas, vió delante á su padre y hermano mayor, que habian venido á caballo á cumplir su devocion, quedando consoladísimo porque, sin reñirle, su padre le mandó sentar á caballo y volver á casa.

Pero, aunque su padre no le riñó, lo hizo su madre y le mandó que no sa-

liese de casa sin su licencia particular para lugar alguno, fuera de la escuela, á la cual iba cada dia vía recta, cumpliendo al pié de la letra lo que su madre le habia mandado, como si fuera un muy rendido novicio; de lo cual maravillado su padre, le tomaba algunas veces y le llevaba consigo á pasear y divertir fuera de la ciudad.

Olvidado de todos los entretenimientos, juegos y libertades de estudiantes, y muy apartado de ruines compañías, todo su cuidado era la devocion cristiana y el estudio de las letras humanas, en las cuales aprovechó hasta llegar á la retórica, y no sin fruto.

Lo cual no pudo ser tanto como pudiera, porque desde entónces le llamaba Dios al estado de los santos sencillos y humildes, dando muestra de su mayor devocion al servicio de Dios y menosprecio del mundo, que de otra cosa alguna: de lo cual teniendo envidia el demonio, le comenzó desde entónces á perseguir y tentar grandemente.

Siendo de edad de diez y seis años, fué acusado á sus padres por una persona muy allegada suya de que habia violado una doncella criada de su casa, y creyéndolo ellos, tuvieron grande pena y sentimiento, determinando castigar severamente á su hijo, como lo hicieron, pasando de raya.

Sin admitir su disculpa ni averiguar la verdad del caso, le dieron cien azotes muy recios, dejándole bien lastimado; de lo cual quedó él tan afligido, que no sabiendo qué hacerse dejándose llevar de la pasion de la reputacion y honrilla fomentada del demonio, determinó de ántes morir que vivir afrentado y sin honra en casa de sus padres.

Apretóle tanto esta tentacion, que salió un dia fuera de sí y de su casa, con ánimo de irse á una viña y echarse en un pozo; pero, al salir de la puerta de la ciudad, oyó una voz que le decia: «No vayas,» sintiéndose detener.

Forcejando él para pasar adelante, le detenian invisiblemente, hasta que levantando los ojos hacia una iglesia del glorioso mártir S. Pancracio, que estaba delante, vió encima de ella á la Vírgen Santísima, vestida y rodeada de resplandores como de un lucidísimo sol, que le daba voces, diciendo: «No pases adelante.»

Respondió todo turbado que queria ir á beber agua. Replicó la Madre de Dios: «Vuélvete á la ciudad y bebe en la fuente de S. Pancracio.»

Obedeció luego y venció con el favor de la Vírgen aquella tentacion diabólica, y hallándose libre de ella, como quien despierta de un letargo, con mucha alegría y contento se volvió.

Quiso Dios que la verdad y virtud no fuese oprimida, aunque perseguida; porque dentro de pocos dias se supo y conoció su inocencia y cobró la buena reputacion que de él tenian sus padres, los cuales lloraron amargamen-

te lo que habian hecho, de castigar tan severamente á su hijo, muy ajeno de lo que se le imponia y de todo lo que era ofensa de Dios.

Otra vez otro deudo suyo le acusó á su padre que habia ido con otro compañero á las malas mujeres, no siendo verdad: y el padre con celo paterno que no puede sufrir en los hijos semejantes desenvolturas que suelen ser la peste y carcoma de la juventud; sin más averiguar el caso, lo creyó y le dió otro no ménos cruel castigo que el pasado, encerrándole en un aposento oscuro, desnudo como un galeote, donde le tuvo ocho dias sin que nadie le hablase ni diese de comer sino un poco de pan y agua que le mandaba dar por un agujero, y sólo un dia de los ocho, por compasion de su madre, le dieron una escudilla de vianda.

Y, segun era el enojo de su padre, hubiera pasado adelante esta prision y maltratamiento, si una tia suya no se hubiera puesto de por medio, rogando á su padre le sacase de aquella cárcel, como hizo luego.

Saliendo el prisionero inocente, se fué derecho á echarse á los piés de sus padres y besarles las manos, y protestóles con lágrimas de corazon su inocencia; mas no fué creido, hasta que vino á noticia del compañero con quien habia ido á pasear aquel dia que le habian maltratado sus padres.

Acudió luego á ellos, y con juramento les aseguró de la inocencia y bondad de su hijo, haciéndoles evidencia de la verdad· con lo cual quedaron desengañados y más aficionados á la virtud de Francisco su hijo, mirándole de allí adelante con otros ojos de los que hasta entónces le habian mirado.

Su padre, pocos años despues, estando enfermo de la enfermedad que murió, dió muestras de la estima que tenia de su obediente hijo en el último testamento que hizo, dejándole la parte que le pareció de sus bienes, y añadiendo luego estas formales palabras sacadas auténticamente del testamento:

«Te encargo y ruego que, pues eres tan aficionado al servicio de Dios nuestro Señor, te entres en el colegio de la Compañía de Jesus, para que mejor en él sirvas al Señor y ruegues por tu alma, por la mia y por la de tu madre, y por todos los demás tus deudos difuntos.»

Mostrando más este buen padre el contento que tenia de la bondad de su hijo y el deseo que entrase en la Compañía, dice luego consecutivamente á las sobredichas estas palabras: «Que ruega cuan encarecidamente puede y suplica á los reverendos Padres de la dicha Compañía, que por amor de Dios nuestro Señor quieran recibir al dicho su hijo en el colegio, para que los imite y sirva á nuestro Señor como debe y es obligado.»

## II

### *Su vida religiosa y grandes virtudes.*

Cumplió el cielo este buen deseo; porque, poco despues de la muerte de su padre, el H. Francisco, siendo estudiante de letras humanas, bien nacido y emparentado no sólo en la ciudad de Cáller, pero áun en la de Barcelona, pidió con instancia á la Compañía para que le recibiesen, no por estudiante, sino por Coadjutor temporal; y con su perseverancia y profunda humildad alcanzó lo que deseaba.

Fué recibido en la Compañía, siendo de edad de veinte y dos años, á los 6 del mes de diciembre del año de 1566, saliendo de la Babilonia del mundo y entrando en el paraíso de la Religion tan puro y casto como habia salido de las entrañas de su madre, como él mismo, declarando las singulares mercedes que Dios le habia hecho, con sumo agradecimiento á la Majestad divina, declaró á su Superior dándole cuenta de su conciencia al fin de su vida; añadiendo que en la misma pureza le habia Dios conservado en la Compañía hasta ese dia, que fué pocos meses antes de su muerte.

Dijo tambien que, estando con los deseos de entrar en la Compañía, le habia Dios comunicado tanta devocion á nuestro P. S. Ignacio, que no era aún beatificado, que no podia dejar de encomendarse á él como á Santo, y que un dia le libró de una muerte desastrada.

Corriendo un caballo brioso á toda furia sin poderle detener, iba á dar en un grande hoyo donde sin duda perecieran el caballo y el caballero, si unos pocos pasos antes de llegar al despeñadero no invocara á S. Ignacio, como lo hizo, y al punto paró el caballo y se hizo inmoble como una estátua, quedando ambos libres de la muerte.

Viéndose recibido en la Compañía, no se puede encarecer el contento que tuvo y cuánto lo estimó entónces y toda la vida, viviendo con continuo cuidado y sobresalto, por su grande humildad.

Rogaba á Dios no permitiese que por sus pecados fuese despedido de ella por inútil y desaprovechado, cumpliéndose en él lo que dice el Espíritu Santo, que el principio de la verdadera sabiduría que el Señor concede á sus escogidos, es su santo y divino temor.

Este santo temor sirvió toda la vida á nuestro Francisco de firme muro y guarda perpetua de su corazon, para que no entrase en él cosa que le pudiese perturbar, y de un continuo acicate para todo ejercicio de mortificacion y oracion.

Comenzó, pues, su noviciado con tanta resignacion y humildad, que no habia obediencia á la cual no acudiese con grande prontitud, sin reparar jamás en cosa que los Superiores le mandasen, por más dificultosa y vil que fuese.

Su gusto y contento era servir en los oficios más bajos y humildes; y así, le pusieron en la cocina y con una sotanica de cáñamo blanco, larga hasta media pierna.

Hizo oficio de cocinero algun tiempo, y, porque entónces comenzaba el colegio de Cáller donde fué recibido, padecian los Padres falta de muchas cosas necesarias y, entre otras, de agua para guisar la comida y beber.

Nuestro H. Hortolan con su mucha caridad se ofrecia á traer agua de la fuente comun de S. Pancracio, y lo hizo muchísimas veces, llevando públicamente un barril á cuestas, vestido con su sotana de cáñamo.

Despues de esta probacion, fué enviado al colegio de Sácer, que tambien estaba en sus principios, donde estuvo por espacio de seis años, sirviendo en todos los oficios humildes y bajos de la Compañía, de cocinero y enfermero, y algun tiempo sirvió de peon á los maestros de obra que estaban fabricando un cuarto del colegio, trayendo á cuestas piedra, cal y todo lo demás necesario.

En este tiempo, toda una cuaresma iba cada dia á las once del dia á pié á la huerta, á llevar la comida á los Hermanos que estaban allí fabricando una casa, con órden del P. Rector que luego volviese al colegio para comer.

No era tan cerca la huerta de la ciudad que no fuese camino de dos millas, y entre la ida y vuelta caminaba nuestro H. Francisco cinco millas cada dia antes de comer, despues de haber trabajado toda la mañana hasta las diez ó las once en el oficio de peon.

Cuando él volvia cansado y molido, hallaba que todos habian comido, y de lo que á los otros habia sobrado, y frio ya, comia él con mucho gusto suyo.

Muchas veces el P. Rector, por probarle y darle ocasion de merecer, le ordenaba que no sólamente llevase la comida á los Hermanos que estaban en la granja, sino que juntamente se quedase allí hasta la noche sirviéndoles de peon.

Y porque el Superior no le decia que llevase comida para sí, él, sin hablar palabra ni mostrar cosa que oliese á queja y sentimiento, se quedaba sin comer todo el dia, trabajando como un gañan con mucho gusto y contento por amor de su Dios y de la Santísima Vírgen, su querida Madre, la cual no sufrió que estos grandes y excesivos trabajos y mortificaciones de su siervo quedasen sin alivio y consuelo espiritual.

Un dia, yendo, como solia, á las once á la granja á pié y con la comida para los Hermanos, muy regocijado por obedecer al Superior y cumplir la voluntad de Dios; topó en el camino una mujer muy hermosa, sola y vestida rica-

mente, la cual le habló con mucho agrado y luego desapareció, dejando al H. Francisco lleno de una celestial consolacion que le duró por mucho tiempo.

Entendió él que aquella matrona era la soberana Vírgen, que le quiso consolar y animar al trabajo que por amor de su santísimo Hijo padecia cada dia, llevándolo de buena gana, sin jamás quejarse ni mostrar repugnancia alguna en todos los seis años que estuvo ocupado en el colegio de Sácer, todo lo que á la sensualidad repugnaba.

Despues de este tiempo, le mandaron los Superiores volver al colegio de Cáller, en el cual hizo oficio de comprador, de cocinero y refitolero por algun tiempo.

Despues, todo el restante de su vida hasta la vejez, se ocupó en hacer oficio de enfermero con tanta humildad, caridad y paciencia, que tenia admirados á todos.

En estos oficios, aunque tuvo muchas y varias ocasiones de disgustos y pesadumbres, jamás en casi cincuenta y ocho años que vivió en la Compañía, vieron en él un mínimo acto de impaciencia, ni una mínima repugnancia á lo que se le mandaba, ni responder con enfado á las importunas peticiones de los muchos y varios enfermos que tuvo á su cargo, sino decia á todos con semblante alegre: «Sí, hermano mio, sí, hermano mio de mi alma.»

Para mayor prueba de su virtud permitió nuestro Señor que algunos mal acondicionados le dijesen palabras pesadas é injuriosas, á las cuales el siervo de Dios no respondia; sino con una profunda humildad, puestas las manos en cruz, decia con mucho gusto suyo, que era verdad lo que le decian, llamánmándose pecador indigno de estar entre siervos de Dios.

Y en otras más graves ocasiones de paciencia que tuvo, un hombre le dió una vez, permitiéndolo Dios para probar su paciencia, con un garrote tan recios golpes, que le hizo caer en tierra; y, levantándose, estuvo tan léjos de quejarse, que luego se arrojó á sus piés á darle gracias y pedirle perdon, si en algo le habia ofendido.

La venganza que este siervo de Dios tomaba, era encomendar á Dios continuamente á sus injuriadores.

Un Ministro, entre otros, le dió muchas ocasiones de merecer y ejercitar la paciencia, y en ellas nunca le resistió, ni le habló sino con profunda humildad.

Acudiendo al coro muchas veces, como solia hacer cada dia, y hablando con Dios con lágrimas en los ojos, le oyeron decir: «Dios mio y Señor, ¿qué le he hecho yo al P. Ministro que no gusta de mí?»

Oyóle el Señor, é hizo que el Ministro le mirase con otros ojos, y por gran regalo suyo con muchos ruegos alcanzó de él que le dejase cada dia fregar

la primera mesa, y con esto quedó tan agradecido al P. Ministro, como si hubiera recibido de él una grande dignidad.

Fué cosa singular el afecto con que acudia á los enfermos, sin jamás cansarse ni enfadarse; á todos acudia con una rara puntualidad.

Notaba en un libro cada dia lo que ordenaban los médicos á cada enfermo de medicinas, comidas y bebidas, y las horas en que lo habian de tomar, y jamás se vió hacerles falta alguna.

Luego en levantándose á la mañana, los visitaba y limpiaba las inmundicias, consolaba á todos con palabras suaves y llenas de caridad; tras esto les acudia con todo lo necesario.

Entre dia andaba de uno en otro mirando lo que habian menester; velaba todas las noches que habia de dar purgas ó jarabes, para darlos á su tiempo.

Siendo la enfermedad peligrosa, los visitaba dos y tres veces en la noche, y por no despertarlos, si acaso reposaban, se ponia á escuchar en la puerta, y sintiéndoles gemir ó dar señal de despiertos, entraba y los consolaba.

Cuando llegaba el enfermo á ser desahuciado ó de grande peligro, todas las noches se estaba con él, y por no darle pesadumbre con la luz, la sacaba fuera, y él se sentaba de la puerta afuera, rezando, y leyendo, y durmiendo á ratos en la misma silla, y á cada movimiento del enfermo saltaba luego para acudirle en lo que era necesario.

En muriendo, los componia y se estaba con el cuerpo difunto, rezando todo el restante de la noche, y le quedó esta buena costumbre toda la vida; porque, siendo ya viejo y no para trabajo, nunca dejó de hacer este oficio de caridad con los enfermos en cincuenta y siete ó cincuenta y ocho años que vivió en la Compañía.

Todos los que le conocieron en todo este tiempo ó en parte de él afirmaron que jamás le vieron accion que llegase á pecado, áun venial, ni una mínima impaciencia, ni una palabra colérica, ni una leve murmuracion.

Era tan grande su humildad, que áun á los Hermanos novicios se humillaba hasta la tierra.

Solia decir que en ninguna cosa habia experimentado más la caridad de la Compañía que en haberle á él recibido y sustentado, siendo cosa tan inútil y el más vil hombre del mundo.

Estando una vez malo y con peligro de la vida, á los que le decian que iria al cielo y se salvaria, respondia que los ángeles y demás santos, si esto aconteciese, se reirian y dirian admirados: «¡Jesus! ¿á este tan vil dejan entrar en el cielo?»

A esta su grande humildad acompañaba un grande espíritu de pobreza en todas las cosas. Veinte años continuos estuvo en un aposentico oscuro, tan

angosto, que no cabia en él sino una pobre camilla y una sillica, y de techo tan bajo, que no podia estar en pié.

La cama era un colchon viejo con dos pedazos de manta bien raida; y porque en este aposento en el estío se asaba de calor, porque por ninguna parte le podia entrar aire fresco por estar al rincon de una pequeña sala; los Superiores, teniendo compasion de lo mucho que padecia, le mandaron pasar á otro poco más ancho y desahogado, lo cual sintió en el alma, y lloró como si le hubieran quitado un grande palacio, y puso muchos intercesores para quedarse en él.

El vestido siempre era viejo y desechado de otros. Si alguna vez los Superiores le hacian dar alguna cosa nueva, lo sentia en el alma.

En la comida no sólamente era parco, pero áun muy pobre, contentándose de cualquier cosa, y gustando que muchas veces le faltase áun lo necesario.

En esta materia padeció mucho en tiempo de las enfermedades por descuido de los enfermeros, que con particular providencia permitió nuestro Señor para probar á su siervo, sin jamás abrir la boca para quejarse.

Era hombre de mucha penitencia; disciplinábase toda la vida cada semana muchas veces; traia de ordinario ásperos cilicios.

Esta costumbre guardó hasta la vejez, cuando no podia más, y entónces se hacia azotar de otros, aunque toda la vida fué hombre de gran mortificacion interior, y llegó á tener tan sujetas las pasiones que parecia insensible.

Hacia tambien penitencias públicas en el refectorio, como santamente usa la Compañía.

Nunca dejó de acompañar la mortificacion continua con el perpetuo ejercicio de la oracion, porque, sin la comun hora de oracion mental que cada dia hacen los de la Compañía con sus dos veces el exámen y leccion de libro espiritual, él siempre añadia más tiempo á la meditacion.

Todas las veces que podia acudia al coro y á la iglesia á orar por las necesidades comunes de la cristiandad y de su Religion, y conversion de los infieles, y por las particulares de su provincia y ciudad de Cáller, donde apénas habia enfermo que conociese que no rogase á Dios por él, alcanzando a muchos la salud con sus ruegos.

Tenia en su aposento una lista patente de todos los Padres y Hermanos de la provincia, escrita de su mano, para encomendarlos á Dios cada dia.

Visitaba todos los dias muchas veces el Santísimo Sacramento del cual era devotísimo, y comulgaba á menudo con particular licencia y con mucha devocion, la cual quiso el Señor áun en esta vida premiarle con un celestial regalo que le hizo quince años antes de morir, á los trece de noviembre, dia del glorioso mártir S. Antioco Sulcitano, uno de sus particulares abogados.

y por cuya devocion habia de comulgar aquel dia á la primera Misa, con órden de que luego, sin tardar más, partiese con otro Hermano que tenia cuenta de la granja.

Acabada la Misa, avisó el Hermano que la servia al Padre que la decia que comulgase al H. Francisco.

Buscó el Padre la llavecita del sagrario, y no hallándola allí, no quiso aguardar á que la trujesen de la sacristía, y saliéndose del altar, dijo al Hermano que dejase de comulgar aquel dia.

Él viendo que ni le querian comulgar ni podia aguardar á la otra Misa, porque el Hermano que le habia de acompañar le daba priesa para partirse, volvióse al Señor, y con profunda humildad y lágrimas le dijo: «Señor, yo conozco y confieso que no soy digno de recibiros, y así, me voy á obedecer.»

Hecho este acto interior levantó los ojos á la capilla del santo mártir Antioco, por cuya devocion habia de comulgar aquel dia, para despedirse de él, como lo hizo, diciendo: «Santo mio glorioso, recibid mi buena voluntad.»

Al punto vió venir de la capilla hacia el altar mayor donde estaba, una muy hermosa matrona acompañada de dos ángeles con un sacerdote revestido, el cual abrió el sagrario y le comulgó, dejándole lleno de un celestial contento que le tuvo todo aquel dia absorto y trasportado en Dios, sintiendo en su alma consuelos singulares y gustos inefables.

## III

### *Es perseguido de los demonios.*

Teniendo el demonio grande pesar del afecto grande y devocion que este humilde siervo de Dios tenia al Santísimo Sacramento, le persiguió mucho.

Una entre otras veces, estando para comulgar, se le puso delante con una horrenda y espantosa figura, diciéndole que no comulgase porque nada le aprovecharia; pero él con una viva fe comulgó, haciendo poco caso de los cocos y varios temores que le ponia el enemigo, cobrando ánimo para resistirle y sufrir su persecucion y mal tratamiento que muchas veces le hacia, permitiéndolo el Señor para mayor prueba suya.

Saliendo solo un dia para hacer una obediencia fuera de la ciudad, á los doce del mes de agosto de mil y quinientos y noventa y tres, en el camino vió venir hacia él el demonio en figura grande y temerosa, con una gruesa

cadena de hierro, y llegándose á él, le dijo: «Qué, ¿piensas salvarte? no te salvarás, que aquí en este cuaderno te tengo escrito entre los mios, y así, te perseguiré hasta la muerte y no te escaparás de mis manos.»

Mas el siervo de Dios, encomendándose al Señor y humillándose hasta la tierra, le ahuyentó y echó de sí.

Otra vez, estando en oracion en el coro, como solia, se le apareció el demonio con una fea y monstruosa figura, diciéndole que aquella oracion y ejercicios que hacia, nada le aprovechaban, y que se cansaba en vano, y trabajaba sin fruto.

Y porque él no hizo caso de sus dichos prosiguiendo su oracion, el demonio rabioso le asentó la mano, y, echándole en tierra, le sacudió tan cruelmente que le dejó bien molido, y levantándose como pudo del suelo, se fué al P. Rector, que entónces era el P. Antioco Carta, á darle cuenta, como solia, pidiéndole le aconsejase.

El Superior le consoló y exhortó á sufrir con paciencia el mal tratamiento del demonio y á resistir á sus malos intentos con viva fe, y perseverar en el ejercicio santo de la oracion.

Otra vez, estando despierto en la cama de noche, y encomendándose á Dios, como solia, sin perder tiempo; se le puso delante el mismo demonio en figura y traje de una mujer muy hermosa solicitándole á mal.

Pero resistiendo él luego con los santísimos nombres de Jesus y María en la boca, despechado el maldito y torpe enemigo, le dió un bocado en uno de los brazos que se le dejó muy lastimado, desapareciendo como un rayo; y vió el Superior con sus ojos la dentellada bien impresa y negra, que le duró muchos dias y no sin dolor.

Otras muchas veces le acometió el demonio y le maltrató, y visiblemente fué defendido del Señor por medio de sus ángeles.

Yendo una vez solo á la granja por obediencia para acompañar y guisar la comida al que tenia cuenta de ella, en medio del camino fué acometido de muchos demonios con espantosas figuras; y hubieran hecho en él grande riza, si luego no acudieran á su defensa los ángeles del Señor, ahuyentando á los demonios que no le tocasen.

Despues de lo cual los oyó el mismo hermano cantar, como en persona de Dios que le tenia por su escogido siervo estas palabras: «Dejadme, dejádmelo estar, que mio es y vuestro no es.»

Otra vez, viniendo del colegio de Iglesias, donde habia ido para servir á un enfermo, estando junto á la ciudad de Cáller, el mismo demonio le hizo atollar el caballo en un grande y profundo lodazal, donde forcejando el caballo para salir, cayeron los dos, de manera que el caballo le ahogaba.

Así, todo turbado, perdidos los sentidos, invocó luego á su padre S. Ignacio, diciendo: «Valedme, Santo Padre, que perezco.»

Al momento se le apareció visiblemente nuestro Santo P. Ignacio, y tomándole la rienda del caballo, sacó á ambos libres del lodazal.

Despues de haberle puesto en lugar seguro, le dijo: «Ten buen ánimo, hijo, que me verás canonizado antes que mueras,» como lo vió y tuvo revelacion del dia, como diremos luego, refiriendo algunas de las muchas revelaciones y visitas regaladas que tuvo de Dios, de su Madre Santísima y de muchos santos.

## IV

*Es muy favorecido y visitado de Cristo y de su Madre santísima.*

Comenzando, pues, de la Cabeza, Cristo nuestro soberano bien, entre otros regalos que le hizo, fué este.

Estando sirviendo á un convaleciente en el refectorio con aquella grande caridad que solia acudir á los enfermos y pobres religiosos, contemplando en ellos á Cristo; vió en el aire á nuestro Señor puesto en cruz en forma y figura grande y grave, que con un alegre semblante venia hacia él con los brazos abiertos á quererle abrazar y agradecerle el servicio que le hacia en su siervo enfermo.

Él confuso, con profunda humildad dijo: «Señor, ¿qué quereis de mí pecador?» y el Señor le respondió: «Que confíes en mí, que nunca te desampararé;» dicho esto, desapareció dejándole lleno de gozo espiritual.

Otra vez, haciendo oracion en su aposento delante de un crucifijo que tenia en la pared, vió que se movia de su lugar donde estaba, é iba con los brazos abiertos á quererle abrazar.

El humilde Hermano quedó todo absorto y bañado de un consuelo tan grande, que sólo el que se le causaba lo podia declarar.

Tomó ocasion el demonio, su grande enemigo, de levantarle una persecucion pública de las reliquias de una santa que se hallaron en la basílica, haciendo esparcir una voz comun en toda la ciudad que él habia hurtado las reliquias de esta santa.

No faltaron refrendarios ministros de Satanás que acusándole al Arzobispo, se lo persuadieron é hizo grande sentimiento de ello, juntamente con la ciudad.

Lo cual sabido del buen Hermano, lo sintió tanto, que cayó enfermo por lo que le referian que habia dado pena al Arzobispo y á la ciudad lo que sin ser verdad le oponian.

El remedio que tomó en esta su afliccion fué el que solia en sus trabajos; acudir á la oracion y pedir á Dios en ella consuelo.

Hallóle muy presto, viendo á Cristo dentro de una nube blanca que le vino á quitar la afliccion, como se la quitó, diciéndole: «Sufre este trabajo por mi amor, que yo llevé tambien esta cruz por ti.»

Duró esta vision más de un cuarto de hora, quedando el devoto Hermano tan absorto y trasportado en Dios, que abriendo el aposento y entrando el Sotoministro con otro Hermano sin advertirlo él, le hallaron en el rapto.

No sólo fué regalado de Cristo, pero de su Madre Santísima. Para ir á la granja desde el colegio, se solia salir del castillo, donde está, por una puerta, junto á la cual está la cárcel comun, y á todos los que pasan suelen los presos desde sus rejas pedir limosnas.

Pasaba por ella muy á menudo nuestro H. Francisco, yendo solo y á pié por obediencia; y porque no tenia cosa temporal que darles, iba diciendo por el camino Pater noster y Ave Marías, repitiéndolas muchas veces con mucha devocion y ternura, ofreciéndolas al Señor por aquellos pobres encarcelados.

Gustó tanto la Santísima Vírgen de esta limosna espiritual, que su siervo hacia á aquellos pobres, que en medio del camino le apareció vestida de púrpura real y le preguntó qué oracion hacia.

El le respondió con su santa simplicidad y llaneza: «Señora, digo algunos Pater noster y Ave Marías por los de la cárcel, porque no tengo otra limosna que hacerles; y, dejándole lleno de júbilo y consuelo, desapareció, mostrando gustar mucho de aquella limosna santa espiritual de su siervo, con que quedó muy animado á hacer lo mismo todas las veces que pasase por aquella puerta de la cárcel.

No fué sola esta vez en que nuestra Señora quiso honrar y regalar con su celestial presencia á este su devoto.

Estando un dia solo ocupado en meditar las excelencias de esta soberana Reina de los ángeles, la vió encima del sobrecielo del púlpito del refectorio, con extremada hermosura y resplandor, teniendo debajo de los piés la luna y una diadema de sol en la cabeza, muy resplandeciente, y mirando con apacible rostro, se sentia infundir en el corazon un consuelo y gozo inexplicable que le arrebataba del suelo.

Fuése luego á su aposento para poder á solas y sin testigo gozar del regalo del cielo, y, llevado del impulso y afecto divino, perseveró por muy largo tiempo absorto y trasportado todo en la contemplacion y excelencias de esta soberana Señora.

Al tiempo que se descubrió la iglesia soterránea del glorioso mártir S. Lujorio, en la cual se hallaron sus sagradas reliquias dentro de un sepulcro bien

labrado á lo mosáico, y las reliquias de otros muchos santos mártires; fué un dia por su devocion nuestro H. Francisco á visitar aquel santuario y encomendarse á aquellos gloriosos martires.

Entrando en la iglesia con su compañero, que era otro Hermano, no hallaron persona alguna; pero halló el siervo de Dios una que valia más que todas las del mundo, que fué la Sacratísima Vírgen, vestida de púrpura imperial quien con un grave y alegre semblante, llamándole hijo, le tomó de la mano y le llevó á ver la sepultura del Santo y de los otros mártires, y se las enseñó, dejándole revestido y bañado de consuelo, y espantado y confuso, de que tan gran Señora y soberana Reina hiciese caso de tan baja y vil criatura.

Preguntó despues el H. Francisco á su compañero si habia visto en aquella iglesia alguna mujer, y respondiéndole que no, calló encubriendo el regalo de la Vírgen hasta que fué forzado por obediencia á decirlo.

## V

### *Es muy favorecido de los Santos, y revélale Dios las reliquias de Cerdeña.*

Vamos ahora á referir algunas otras visitas que tuvo de muchos santos sus devotos, y particularmente del glorioso mártir S. Antioco Sulcitano.

Estando en el colegio de Iglesias, adonde fué enviado desde Cáller para servir á dos enfermos, el P. Baltasar Sanna, Rector de él, le llevó á la fiesta del santo que se hace cada año quince dias despues de Pascua de Resurreccion en la isla de Sulcis, donde está una iglesia antiquísima en el mismo lugar en el cual el Santo murió y fué enterrado.

Haciendo oracion delante del altar mayor con grande devocion y deseo de saber en qué parte y lugar de aquella iglesia y sus catacumbas estuviesen las reliquias del Santo; estando en esto se llegó á él un hombre muy venerando, grave y de un rostro muy resplandeciente, y asiéndole del manteo le dijo: «Vente conmigo que te quiero enseñar dónde está el cuerpo de S. Antioco.»

Siguióle y llevóle dentro de la cripta ó cueva, á la cual se entra de la misma iglesia; y allí le enseñó el lugar donde estaba el cuerpo del Santo, que fué el mismo en que despues se halló.

Y añadió que en aquella catacumba habia otros cuerpos de santos martires, compañeros de S. Antioco, y que de allí adelante el mal de corazon que padecia no le atormentaria tanto.

Y así fué, que desde entónces no le dió tanta molestia, dejándole de venir á menudo.

Que haya sido esta vision del cielo, lo confirma lo que despues aconteció; porque, habiendo determinado el señor Arzobispo de Cáller, D. Francisco de Esquivel, se buscasen las reliquias de este Santo, y hecho hacer muchos meses antes oracion á muchos siervos de Dios, entre ellos la hizo nuestro H. Francisco por órden de su Superior, por habérselo encomendado el Arzobispo.

Despues de lo cual, preguntado el Hermano si podia emprender el Arzobispo aquel negocio de buscar las reliquias del Santo, respondió que sí, y que las hallarian á la entrada de la catacumba, señalando el lugar individual donde estaban, y se hallaron con su letrero auténtico y claro.

No puedo dejar de contar aquí una singular gracia que el glorioso mártir S. Antioco hizo mucho antes de la invencion de su sagrado cuerpo al H. Francisco.

Despues de haber vuelto del colegio de Iglesias, al cual, como poco ha dijimos, fué enviado; cayó enfermo en el colegio de Cáller y llegó á estar desahuciado de los médicos: ordenaron se le diese luego el Viático, porque no veian en él esperanza de vida.

El Superior quiso disponerle para eso, y así, le avisó de su peligro y que se aparejase para recibir los santos Sacramentos.

Confesóse el devoto Hermano con mucha ternura y resignacion en las manos de Dios; y apretándole el Superior que recibiese tambien el Viático, le respondió con grande seguridad: «Padre mio, no es tiempo; y así, desistió el P. Rector, dando crédito á lo que decia con tanta confianza.

Pudo con certeza decir esto, porque el glorioso S. Antioco, mártir, su particular abogado y patron, se le apareció, visitó y regaló, asegurándole como buen médico, que no moriria de aquella enfermedad, y que antes de morir habia de ver halladas sus reliquias, añadiendo que se hallarian en su iglesia sulcitana despues de haberse hallado otros muchos cuerpos santos del reino.

Y así fué, que despues de haberse hallado en Portu-Torres, en la iglesia del glorioso mártir S. Gabino sus reliquias y de otros muchos santos mártires y confesores; y despues tambien de halladas otras muchas en Cáller en las iglesias de S. Saturnino y Luxorio, mártires; se hallaron las del dicho santo en la suya de Sulcis.

Fué escogido del Señor este santo Hermano para publicar y descubrir al mundo grandes tesoros de reliquias santas que estaban encubiertas y olvidadas.

Fué una vez del colegio á la casa de probacion para hacer los ejercicios

pirituales, los cuales nunca dejó de hacer. aunque viejo y cargado de achaes, hasta que murió, en los cuales le fué revelado que en la antiquísima esia de S. Saturnino mártir, Catedral de la ciudad de Cáller, habia enterras muchos cuerpos de santos mártires.

Porque una noche le apareció santa Olimpia vírgen y mártir y santa Resuta mártir y madre del glorioso mártir S. Eusebio, Obispo de Vercelli, y santa Olimpia le dijo: «¿Por qué no haceis de manera que se quite la yerba mi sepulcro y se descubra al mundo para mayor gloria de Dios, y que me mo Olimpia y fuí siempre vírgen y mártir, Esposa de Jesucristo, que morí or su fe y fuí natural de la villa de Selargios? Mira que no te descuides de que te digo.»

Luego tomó la mano santa Restituta, y le exhortó á cumplir lo que santa limpia le pedia, y juntamente le encargó que procurase tambien sacar sus iesos del olvido en que estaban en su iglesia soterránea con otros muchos soros de reliquias.

A estas santas peticiones del cielo, enseñado de las santas el lugar don: estaban sus reliquias, procuró dar principio nuestro H. Francisco de esta anera.

Fuése un dia á la iglesia de S. Saturnino con el P. Francisco Piñas, Recr que entónces era de la casa de probacion, con quien solia comunicar mu.as veces cosas tocante á su alma.

Habiendo el Padre dicho primero Misa en la iglesia de S. Saturnino, des.es de haber dado gracias al Señor, llevó el H. Francisco al Padre al brazo quierdo de aquella iglesia, que estaba caido hasta el suelo, y en una pila de ármol encajada en la pared hacia la parte interior, descubierta y toda llena tierra y de yerba, le dijo: «Aquí están los huesos de santa Olimpia Vírgen nártir.»

Diciendo y haciendo, comenzó á arrancar la yerba y á escarbar la tierra, pando luego con los huesos de la santa, y sacando algunos pedazos, los iblicó al Padre y algunos otros que se hallaron presentes, tomando todos gunos pedacitos por su devocion, por donde luego se divulgó y vino á nocia del Arzobispo, el cual mandó que se recogiesen todos los pedazos de iesos que se habian quitado, y sacasen los demás de la pila.

Con esta ocasion hubo grande mocion en todo el arzobispado y en toda ciudad, y se le encendió un gran deseo y fervor de buscar luego los deis cuerpos santos que en aquella Basílica y otras iglesias soterráneas de. el santo Hermano que se hallarian.

Y así, con este feliz principio se prosiguió, y con grande felicidad se han llado hasta ahora pasados de doscientos cuerpos santos, y ha sido cosa sin-

gular la luz que en esto le comunicó Dios á nuestro H. Francisco; en porque otras muchas iglesias antiguas de todo el reino, en las cuales nunca él habia estado, por su dicho se han hallado reliquias de muchos santos.

Y porque no salgamos tan presto de las iglesias de la ciudad de Caller, obedeciendo á lo que santa Restituta le habia mandado en la vision que arriba dijimos, fué un dia, importunado de los que tenian cuenta de la iglesia de la santa, en compañía del mismo P. Francisco Piñas, y entrando en ella, hecha primero oracion á Dios, fué señalando á todos los presentes los lugares donde hallarian las reliquias y letreros de las dichas santas que él les nombraba, comenzando primero de santa Restituta.

Cavando en los lugares señalados, se hallaron las reliquias de la dicha santa con su letrero y de otros muchos santos y santas, como de S. Eugenio, Obispo y mártir, y de las santas Justa, Justina y Heredina, vírgenes y mártires, y de las santas Aguila, Erasma, Tecla, Teodosia, Catalina, Dorotea, Bárbara é Inés, vírgenes y mártires; y de los santos Obispos Jenaro, Ludovico y otros.

Tambien en la iglesia del glorioso mártir S. Edisio, que está tambien debajo de tierra, hallaron debajo de un altar pequeño, antiguo, los huesos de un cuerpo humano, sin letrero por entónces, de lo cual quedaron muy tristes los cofadres de aquella iglesia.

No sabiendo qué hacerse llamaron al santo Hermano y le enseñaron la sepultura y los huesos que habian sacado, el cual les dijo que aquellos huesos eran de S. Edisio, mártir, y que los tuviesen por tales, y le dejaron tomar una canilla grande con un pedazo grande del cráneo, y se los dió á su Superior, el cual los tuvo algun tiempo; y porque no se habia hallado letrero se los volvió, diciéndole que los volviese á la misma iglesia, no fiando de solo su dicho, aunque le afirmaba que eran de S. Edisio.

El siervo de Dios sin replicar, con mucha humildad, hizo lo que le decia. Pero quiso Dios que de allí á pocos dias pareciese milagrosamente un pedazo de mármol largo como la palma de la mano y ancho como tres dedos, con el letrero del santo.

Le habia hurtado un hombre que se halló presente el dia que se habian sacado los huesos de la sepultura, sin ser visto, y con ánimo de nunca revelarlo.

Pero Dios que quiso que este santo fuese conocido y reverenciado, se lo hizo restituir mal de su grado: porque una noche estando en su cama le dió un tan grande dolor al brazo y hombro, que pensó morir y no tuvo remedio hasta que hizo traer á su mujer el letrero que tenia escondido en una arca, y prometió á Dios, si se le quitaba el dolor, de publicarle luego, como lo hizo delante del Vicario General del Arzobispo, con juramento, lo cual fué para

de mucho gozo que se verificase lo que el H. Hortolan habia dicho.
ıño de 1625 por las fiestas de Pascua de Resurreccion, el P. Juan Cuy,
lo en la mision de la villa de Aritzo, se acordó que el H. Hortolan le
dicho que en una iglesia del campo muy antigua y léjos de poblado,
ɔ del altar mayor habia una bóveda llena de reliquias de santas.
nando licencia del Arzobispo de Oristan, en cuyo distrito estaba la di-
lesia, y dándosela muy ancha; fué á ella con mucha gente principal
istica y seglar, y cavando en aquel lugar, hallaron una pequeña bóve
:n labrada.
npiéndola, hallaron un monton de reliquias, despidiendo de sí una ce-
fragancia, con los letreros de las santas Vírgenes y mártires Sofia,
ı y Anastasia.
esta materia parece que Dios le habia dado la llave de todas las rique-
: aquel reino; porque anda un cartapacio de su mano, donde nombra y
be muchísimas y antiguas iglesias, y dice los nombres de los santos,
n cualquiera de ellas se pueden hallar, y esto sin haberlas él jamás vis-
haber sabido de nadie el nombre y sitio de las dichas iglesias.
quince millas de la ciudad de Cáller, en la villa de S. Esperat, dijo que
una iglesia antigua caida y asolada, y que dentro de ella habia muchas
ıias de santos.
bido por el señor Baron y Canónigo de la dicha villa, fueron á buscarlas.
ıisieron que el mismo Hermano fuese con ellos; y por ser personas de
deracion y muy de nuestra Compañía, le envió su Superior con el
iguel Palacios, y en espacio de pocos dias hallaron con sus letreros las
ııias de los santos mártires Esperat, Marturio y Guisitano, con las de San-
isca, vírgen y mártir.
ria nunca acabar querer referir todo lo demás que en esta materia le des-
ió Dios.

## VI

*be la canonizacion de nuestro santo P. Ignacio, estando en Cerdeña, antes que se hiciese.*

veló tambien á este santo Hermano nuestro P. S. Ignacio la honra que
. de tener en la Iglesia, como ya hemos dicho, cuando le libró del loda-
le dijo que antes de morir le veria canonizado.
cual se cumplió con particular favor que en esto Dios le quiso hacer
ıedio de su mismo P. S. Ignacio; porque pocos dias antes que el Papa

Gregorio XV determinase su canonizacion, le apareció el Santo Patriarca encima del cuadro de su capilla, que está en la iglesia del colegio de Cáller, dentro de una nube blanca, de la cual le enseñaba cómo en Roma se hacia ya el aparejo para su canonizacion.

Otro dia, oyendo Misa en la tribuna que cae y mira al altar mayor, vió al mismo Santo muy resplandeciente y alegre y que le decia: «Ahora ya tienes lo que deseabas,» durando esta vision largo rato con harto consuelo suyo y singular favor que Dios le hizo, dándole á entender lo que tanto deseaba por el mismo Santo Padre.

Y en el mismo dia de su canonizacion, que fué á los doce de marzo de 1622, estando el santo Hermano mirando con grande afecto un cuadro del Santo Padre, vestido de vestiduras sacerdotales que estaba encima de la puerta del refectorio, vió que de él salia un rayo de luz como de un sol muy resplandeciente, y que iba á parar en otro cuadro de uno de nuestros mártires japoneses que estaba léjos y en un lugar donde no podia llegar rayo de sol, y que por buen espacio fué dándole en varias partes el rayo, en el rostro, en la cabeza, en el pecho y los hombros y costados, como regocijándose de su canonizacion, que en aquella hora se habia acabado de hacer, y la declaró el Hermano con tanta evidencia, que no dudó ni se pudo contener de contento y gozo sin que lo declarase.

Así lo notaron y tuvieron los de casa por cosa milagrosa, porque en Cerdeña no sabian aún que el Papa estuviese determinado de canonizarle aquel dia; ántes estaban en lo contrario, porque un personaje muy grave y muy conocido en Roma, habia divulgado por carta que habia recibido de un Cardenal, que el Papa habia muerto muchos dias antes, sin poder hacer la canonizacion del Santo; y así, todos estaban en grande duda y recelo.

Sólo el santo Hermano estaba muy seguro y regocijado, callando y aguardando con humildad el desengaño de los demás, porque él bien seguro estaba con la vision sobredicha y con otra no ménos admirable luz que tuvo de lo mismo en el mismo dia del decreto de la canonizacion, que fué á los diez y seis de febrero del mismo año.

Oyendo Misa en la capilla de nuestro Santo Padre, oyó por tres veces una voz que decia: «S. Ignacio, S. Francisco Javier,» é interiormente le dieron a entender que en aquel dia habia sido decretada la canonizacion de los dos santos.

## VII

*Su singular don de profecía y obras milagrosas.*

Era tan grande su caridad para con los prójimos y conocidos, que siemre rogaba por ellos, y todos en sus necesidades y trabajos se le encomenaban, y así vivos como difuntos acudian á él; desde el purgatorio los muerэs le pedian socorro.

Era muy conocido y tenido por santo del Arzobispo de Cáller D. Alonso asso Cedeño, hombre muy letrado, y de muy buena vida, y de grande goierno, el cual, dejando aquel arzobispado porque le probaba mal el aire de quella tierra, pasó á ser Obispo de Mallorca, y murió allí la víspera del lorioso Doctor de la Iglesia S. Agustin.

En este mismo dia, estando el H. Hortolan en su aposento recogido, le vió elante de sí con vestido llano y semblante triste, y le rogó que hiciese oraion á Dios por él y le socorriese, porque habia muerto y estaba en el puratorio.

El Hermano con su humildad le respondió que pidiese ese socorro al . Rector, que haria que los Padres y Hermanos rogasen por él.

El Arzobispo le replicó: «No quiero, sino que tú lo hagas.» Entónces tomó e propósito el siervo de Dios el rogar por aquel Prelado, aplicando juntaente sus ayunos, comuniones, disciplinas, cilicios y rosarios por espacio de n mes, al cabo del cual le volvió á aparecer con diferente traje y semblante, estido de pontifical, muy alegre y resplandeciente, dándole gracias de lo ue habia hecho por él.

Tenia costumbre este devoto Hermano de encomendar al Señor cada dia tro buen Prelado deudo suyo, D. Antonio de Atzori, Obispo de Bosa, donde urió sin haber precedido larga enfermedad.

En el mismo punto en que murió, rogando, como solia, por él nuestro Herano, oyó una voz que le decia de lo alto: «Ya es muerto,» revelándole Dios u muerte, para que de propósito le encomendase al Señor y socorriese en quella hora.

Tuvo tambien don del cielo de conocer el interior de las personas y lo que abia de ser de ellas.

Fué una vez á la casa de los novicios, y hablando á uno que habia acaado su primera probacion, advirtió el P. Francisco Piñas, que se halló preente por ser Maestro de novicios, que al abrazarle se demudó y se le bajaan las lágrimas, mirando con semblante triste al novicio,

Reparando en aquella accion el Padre, le preguntó despues á sólas la causa de la mudanza y tristeza del rostro; y aunque al principio se le quiso excusar, con todo eso, apretado del Padre, le dijo que cuando abrazó aquel Hermano, le habian dicho al oido que aquel novicio no habia de perseverar en la Compañia, como fué así, porque dentro de poco tiempo fué despedido y enviado á su casa.

Sor Margarita Porcela, monja profesa del convento de la Concepcion y muy conocida por su mucha virtud del H. Francisco, dijo que un dia fué el santo Hermano en compañía de un Padre que iba á confesar las monjas, y llegando á la reja para rogar á cualquiera monja que topase le llamase otra monja deuda suya, halló allí sola á la dicha Sor Margarita que estaba con una grande afliccion interior que la tenia mucho tiempo muy afligida y desconsolada, y no tenia otro alivio sino ponerse delante de Dios y llorar pidiendo remedio.

La afliccion era una grande duda y perplejidad de su salvacion y temor de que Dios la condenase.

Luego que el H. Francisco conoció que era ella, sin haber comunicado á nadie su afliccion, se la dijo y consoló diciéndola: «Hija, no se aflija ni desconfíe de Dios; dígale que se haga su voluntad divina, y si la quiere salvar, será mayor gloria suya, y si la quiere condenar, que se haga su divino querer; y que de su parte toda su vida le quiere servir y procurar con su divina gracia y favor de nunca ofenderle gravemente, aunque le cueste la vida.»

Juntamente le ofreció el buen Hermano oir una Misa, comulgar y hacer una disciplina por ella, como lo hizo; y alcanzó de Dios que aquella su Esposa de allí adelante quedase libre del escrúpulo y temor que tanto la afligia.

Otra vez dijo á la misma monja, la cual muy de secreto y sin comunicarlo deseaba ir á otro monasterio, que se dejase de eso y que no respondiese á la carta que le habian escrito, porque más le convenia quedar donde estaba; añadiendo que otras dos monjas que habian ido, se volverian luego; y así fué, que no pudiendo sufrir las incomodidades del lugar, se volvieron.

Quedó muy espantada Sor Margarita, porque todo lo que en aquella materia habia negociado fué con cartas secretas y fuera de la ciudad de Cáller en la de Iglesias, donde pretendia ir, y sin haberlo comunicado con nadie fuera de la persona con quien se escribia; porque tenia por cierto que, si se sabia en Cáller, sus hermanos y deudos, y las monjas de su monasterio la impedirian; y así, tuvo por cierto que Dios nuestro Señor se lo habia revelado al H. Hortolan, para aconsejarla lo que le convenia ser de mayor servicio y gloria suya.

Por ser tenido este Hermano por tan santo y en concepto de que Dios le a y que alcanzaba de Su Divina Majestad cuanto le rogaba, acudian á él odas las personas que le conocian en sus trabajos y necesidades, y particu-rmente en las cosas que habian de acontecer y deseaban de ellas el buen ıceso, en las cuales tuvo de Dios singular don.

A cuanto en esta materia se le pedia, despues de hecha oracion, respon-ia lo que infaliblemente habia de ser, como se echará de ver en algunos jemplos que para confirmacion de esta verdad referiremos.

Doña Isabel de Alagon y Requesens, marquesa de Villasor, tenia tan gran-le estima y opinion de la santidad del H. Hortolan, que en todos los traba-os de su casa acudia al socorro de sus oraciones con mucha confianza.

Tuvo una vez esta señora una grande afliccion; porque, habiendo casado los hijas en España, la una con el conde de Santa Coloma, y la otra con ). Alonso Cardona, caballero muy principal, deudo de su casa; las hubo de mbarcar juntas para España con otra tercera hija que enviaba, para que en-rase monja en un monasterio de Barcelona, quedándose con sólo el marqués u heredero, que era niño.

Hizo esta embarcacion en el puerto de Cáller, en dos navíos de alto bordo, on grande sentimiento de toda la ciudad, que quisiera que señoras tan rincipales quedasen en el reino y no se pusieran á peligro de la mar y ene-nigos: todo lo cual era de doblado dolor y afliccion para la madre.

La cual, viendo que tardaba el saberse de la llegada de sus hijas y que se emia de algun desastre, acudió con su afligido corazon al siervo de Dios, á uien antes habia encomendado muy encarecidamente aquella navegacion, y ada dia lo hizo con puntualidad; y así, pudo tener luz del cielo y consoló á a afligida madre, diciéndola que diese gracias á Dios, porque sus hijas habian legado á Cataluña sin peligro; y para mayor consuelo de la marquesa, le dijo ue tendria cartas el dia de Sta. Catalina vírgen y mártir.

Sosegóse con esta buena nueva y aguardó con grandes ansias el dia, que o estaba muy léjos, y, llegado, estuvo toda la mañana con esperanzas.

Pasado mediodia, llegándose la tarde y tañendo las oraciones sin recibir s cartas que el Hermano le habia dicho, ni haberse tenido noticia que las ıdiese haber por no haber venido bajel alguno de España; viéndose á su pa-cer desesperada, envió luego un recaudo al H. Hortolan; mas él confirmó dicho, diciendo que confiase en Dios, que aún no habia pasado media che.

Y así fué, que luego despues de esta embajada vino un bergantin al puer-de Cáller que traia un pliego para la dicha marquesa, y se le trujeron de che, y tuvo en él cartas de sus hijas y nueva de su llegada con muy gran-

de consuelo suyo y mayor estima de nuestro Hermano, cuya santidad j dicaba, diciendo á muchos esto que le habia pasado.

En este mismo tiempo estaba en Barcelona, para venir por Provincial de provincia de Cerdeña, el P. Pedro Fernandez Mudarra aguardando pas algunos dias.

Encargó el Superior al H. Hortolan que encomendase al Señor la naveg cion del dicho Padre, y, pasados algunos dias, le preguntó si habia partido Barcelona: respondióle, que el dia de la gloriosa Magdalena habia parti para Génova con una nave.

Pasados algunos otros dias, le volvió á preguntar cuándo tendrian en Ce deña al P. Provincial, y respondió que por la fiesta de Sta. Cruz de setiem bre llegaria salvo al puerto de Cáller desde Génova.

Así fué como él lo dijo, porque llegó la víspera de la dicha fiesta, y se av riguó haber partido de Barcelona el dia de la Magdalena.

Eugenia Sanna, mujer del protomédico Juan Antonio Sanna, tenia un c ñado llamado Próspero Trota, grande médico napolitano, el cual quiso m darse con su casa á Nápoles.

Por más que se lo quisieron estorbar, no hubo remedio, aparejándose pa embarcarse en una nave inglesa, grande y bien artillada, con casi toda su h cienda, dejando para otra embarcacion á sóla su mujer y cuatro hijas p queñas.

Fué el H. Hortolan á casa de la dicha señora en compañía de un Pad la cual le preguntó qué sentia de aquella embarcacion.

El Hermano respondió encogiendo sus hombros, y, entristeciéndose, cal La señora, viendo esto, entró en mayor cuidado, y tomando aparte al Herm no Francisco, le rogó le dijese en puridad qué sentia de aquella ida, el cu la respondió: «Señora, mejor seria que no se embarcasen.»

No contenta con esta respuesta, instó mas, preguntando la causa, y el H mano muy en sí le volvió á decir: «Mejor seria que no se embarcasen.»

Replicó la señora, diciendo: «¿Hermano mio, peligrarán,?» respondió Hermano: «Sí, señora, que peligrarán.»

Así aconteció, porque, apénas hubo salido fuera cuarenta millas en a mar, cuando fué acometido de dos navíos corsarios, y en pocas horas fué r dido y llevado á Túnez, de donde le pasaron á Trípoli de Berbería para v der la ropa y los esclavos; y volviéndose los corsarios á partir, llevaron co go al sobredicho médico Trota, el cual, al entrar en un barco, cayó en la n en el mismo puerto y se ahogó, perdiendo con la hacienda y libertad la v y cumpliéndose de esta suerte la profecía de nuestro Hermano.

Habiendo partido de Cáller á Barcelona el Dr. Bernardino Armaniach

ompañía de la condesa de Eril, virreina que era de aquel reino; pidió el P. Salvador Lopez al H. Hortolan, que encomendase á Dios la navegacion del doctor su cuñado.

Ofreció el buen Hermano de hacerlo, y despues de haber hecho oracion y encomendado al Señor el negocio en la capilla de nuestro P. S. Ignacio, le dijo al P. Salvador: «Tal dia tendremos aviso cómo ha llegado, y con salud, á tierra firme.

Notó el Padre el dia señalado por el Hermano, y áun lo dijo á algunos de casa, y todos estuvieron muy advertidos aguardando el suceso.

Llegó el dia y díjole el Padre á la mañana: «Hermano Hortolan, hoy es el plazo en que me dijo tendriamos aviso de mi cuñado.» Respondió: «P. Ministro, V. R. confíe en Dios, que no ha pasado aún el dia.»

Pasó mediodia, vínose la tarde y, topándole otra vez, le dijo el Padre burlando: «Viejo, esta vez sale falso profeta:» Entró la noche y perdió el Padre la esperanza, porque en todo el horizonte no se descubria bajel que viniese al puerto.

Tocaron á acostar, y el Padre, con ocasion del oficio de Ministro se entretuvo sin acostarse, y á las diez horas y media oyó tañer la campanilla de la portería apriesa, y pensando que llamaban á algun enfermo, llegó el portero á decirle que le llamaban de parte del conde de Eril, virrey.

Acudió y halló un gentilhombre con uno de los de la guarda, que de parte de su Excelencia le dió una sola carta que entónces habia recibido del Dr. Armaniach, diciendo que en aquel punto habia llegado una barca de Génova, y que no llevaba otra carta más que aquella; y que así, que le hiciese saber alguna buena nueva de la condesa su mujer.

Abrió la carta, la cual contenia que, llegando á Génova, topó esta barca que partia para Cáller, y que les hacia saber cómo habian llegado con salud, cumpliéndose bien la profecía del siervo de Dios Francisco Hortolan.

El mismo P. Salvador Lopez dijo que, despues que volvió el dicho doctor su cuñado, se encontró con el Hermano, y sin preguntárselo el Padre, le dijo el H. Francisco: «Padre mio, ya tenemos un caballero más.»

No entendiendo el Padre lo que queria decir, se lo preguntó con curiosidad, y él respondió: «La señora Esperanza, su hermana, está preñada y parirá varon, y así fué alumbrada de un hijo varon, con un parto muy feliz.

Estando el H. Mateo Pau, de nuestra Compañía, en Cáller, supo que á su padre le habia cogido la santa Inquisicion en Sácer, y, pensando que la prision fuese criminal, estaba en grande afliccion.

Acudió al H. Hortolan y encargóle que rogase á Dios por su padre para que le librase de alguna infamia pretendida de sus enemigos.

Hízolo el santo Hermano, y al cabo de pocos dias le dijo que estuvit buen ánimo, porque su padre ya habia salido libre de la cárcel de la I cion, nombrándole el dia en que salió y declarándole la causa porque le dieron, que no era tocante á cosas de fe; y así como él lo dijo, se sup habia pasado al pié de la letra.

Mucho antes que el P. Francisco Piñas entrase en la Compañía, sien tudiante y de la Congregacion de menores del colegio de Cáller, le H. Hortolan muy ocupado en cosas de la Congregacion, y luego le dijo tro Señor: «Ves aquel niño, ese entrará en la Compañía y será profe ella,» y así fué, y el dia que hizo profesion, cuando le abrazó, le dijo el mano con ternura y lágrimas la revelacion que habia tenido.

Pasando un dia con el P. Juan Mauro Meloni, de nuestra Compañía, de la iglesia del glorioso mártir S. Saturnino, en el camino real, con gr regocijo se arrodilló é hizo oracion y dijo al Padre: «Aquí hay grande te y se holgarán de ello en algun tiempo.»

Pasados siete años, se descubrieron en aquel mismo lugar muchos s cros, labrados de mosáico antiguo, con las reliquias de muchos santos tires, y particularmente de los primeros mártires de Cerdeña, que fu S. Príamo, Emilio, Luciano y Félix, de los cuales hacen mencion todo *Martirologios.*

Y, sin estos santos, se hallaron en el mismo lugar otros muchos, entr cuales fué muy festejada la invencion de un santo niño, por nombre l en una hermosísima y curiosa sepultura; con que se vió cumplido el profetizado de nuestro H. Hortolan, el cual entónces dijo al mismo Padre entre aquellos tesoros estaba el santo de su nombre.

Respondiéndole el Padre, para descubrir más tierra, le dijese qué te eran, le respondió: «Sin que muramos los veremos.»

El dia que se comenzaron á descubrir, pasados algunos años, sin hal el H. Francisco hallado presente, se fué al dicho Padre y le dijo: «Ya se el santo de V. R.» y preguntándole dónde, le respondió que se acorda aquel puesto donde se arrodilló los años atrás cuando fueron juntos por a

Acudió luego el Padre para ver si era verdad, y halló ser todo al p la letra.

Partió del puerto de Cáller la señora Violante Nater, madre de los P Juan Antonio y Cosme Nater, de nuestra Compañía, con una fragata ar para Araxe, su patria.

Estaba el P. Juan Antonio con grande cuidado de la navegacion, p habian pasado algunos dias sin haber sabido alguna cosa.

Acudió al H. Hortolan á pedirle rogase al Señor por su madre. Hi



ıen Hermano, y luego tuvo revelacion del cielo que aquella señora habia ;gado sana y salva, señalando tambien el dia en que llegó. Lo cual se supo :r verdad en todas las cartas que se recibieron.

El P. Juan Mauro Meloni, confiado en las oraciones del H. Francisco, le ›gó encomendase á Dios de veras un negocio y deseo que tenia de ir á s Indias y trabajar en ellas por la gloria del Señor, para que Su Divina Ma- :stad se lo cumpliese.

Hízolo el siervo de Dios, y respondióle: «Buenas Indias tiene V. R. en los ueblos de las montañas de Cerdeña.»

Mas no por eso desistió el Padre de su pretension, sino que escribió apre- ıdamente á nuestro P. General para que se lo concediese, y á los PP. Nico- s de Almazan, Asistente de España, y P. Francisco Sachino, Secretario de Compañía, que le favoreciesen con nuestro P. General.

Tuvo respuesta del P. General, que de su parte le daba su bendicion, re- itiendo la ejecucion al P. Provincial; y de los Padres Asistente y Secretario, ıegurándole de su ida á las Indias y como dándole el parabien de ella.

Con estas cartas se fué al H. Hortolan y se las enseñó, diciéndole por do- ıire: «¡Oh falso profeta, que siempre me desanimaba! Mire aquí cómo ya ngo licencia.»

«Verdad es, dijo el siervo de Dios que nuestro P. General se lâ da, pero . R. no irá esta vez.»

Y así fué, que consultándole el P. Provincial, juzgó por entónces que no ese, cumpliéndose la profecía del Hermano que humanamente no pudo ber ni sospechar lo que el P. Provincial habia determinado, por estar léjos ıco jornadas del colegio de Cáller, y ser al parecer humano muy claro lo ıntrario de lo que el H. Francisco decia.

El P. Julian Melis, de nuestra Compañía, profeso y maestro de Teología en ıller, encargó al H. Hortolan que encomendase á Dios de parte de D. Luis oalbez, conde de Palmas, la salud de D. Alonso Goalbez, su hijo y herede- ı de su Estado, que estaba enfermo de una grave enfermedad que le habia ıesto á peligro de la vida y hecho perder los pulsos á los médicos que le nian por desahuciado.

Hízolo muy de propósito el santo Hermano, y respondió al P. Julian que › moriria el hijo del conde de aquella enfermedad, y que los santos márti- s Antioco y Saturnino, á los cuales sus padres habian ofrecido dos cirios ıra que ardiesen delante de sus altares, lo habian alcanzado de Dios.

Y añadió que una medicina que le habian dado habia sido dada fuera de ımpo, sin haberle á él dicho persona de los cirios ofrecidos á los santos ni : la medicina; porque ni el mismo Padre, que como confesor cada dia los

visitaba, lo sabia. Mas, yendo el Padre por la mañana siguiente, halló á los médicos hablando del error que se habia hecho en darle purga fuera de tiempo y sazon.

Cuando oyó el conde lo que el Hermano habia dicho al Padre en razon de esto, dijo: «Eso no puede ser sino milagro y revelacion del cielo; porque ni en casa sabíamos, hasta ahora que los médicos los han dicho, que la medicina se hubiese dado fuera de su tiempo.»

El Dr. D. Juan Atzori, Dean de la santa iglesia de Cáller y Cancelario de aquel reino, por ser deudo muy cercano del H. Hortolan, siempre que le hablaba le decia: «H. Hortolan, encomiéndeme á Dios;» y él le respondia: «Ya se hace.»

Una vez entre otras le dijo lo mismo con algun encarecimiento y deseo de que Dios por sus oraciones le hiciese bueno, y el santo Hermano le volvió á responder lo que siempre. «Ya se hace; añadiendo, y Vm. será Obispo.»

Esto era en tiempo en que el dicho Dean estaba desahuciado de la córte en materia de prelacías, ni curaba más de ellas; y así, cuando él ménos lo pensaba, le hizo su Majestad merced del obispado de Bosa, y se acordó luego de la profecía del H. Francisco.

El P. Antioco Luciano escribió con grande secreto á nuestro P. General, suplicándole le diese licencia para ir á las Indias, que lo deseaba con grande afecto.

Y, para obligar más á Dios nuestro Señor cumpliese su buen deseo, dijo al H. Hortolan, que encomendase á Dios el suceso de un negocio que le importaba mucho, sin declararle el negocio ni haberlo dicho á otra persona nacida.

El Hermano le respondió luego: «¿Qué, quiere ir á las Indias? no irá;» y no reparando entónces el Padre mucho en esto, perseveró en su pretension, y vino nombrado de Roma el año de 1625, para que partiese con otro compañero para las Indias.

Avisado del P. Provincial, dispuso todo su matalotaje y las cosas necesarias para su partida.

Estando ya, como dicen, el pié en el estribo, sobrevinieron tales circunstancias, que forzaron al P. Provincial á dilatar su ida, enviando, como envió, otro en su lugar, quedando espantado el P. Luciano que tan sin pensarlo le impidiesen el negocio que tenia ya en las manos.

Atribuyéndolo á causas superiores, se acordó de lo que el H. Hortolan le habia dicho, y confirmóse más en que Dios nuestro Señor le habia dotado de un singular don de profecía.

Habiendo la marquesa de Villasor, doña Isabel de Alagon, casado á su

hijo el marqués en Madrid con la hija del vicecanciller Roig, y estando el marqués en Madrid con su mujer; preguntó en Cáller al santo varon en presencia del P. Antonio Lopez, á quien acompañó el H. Hortolan: «Mi marquesilla, ¿tendrá hijo ó hija?»

Respondió el siervo de Dios: «Señora, Dios lo sabe.» Entónces dijo la marquesa: «¡Pobre de mí, hija tenemos!» Acudió el Hermano declarando lo que sabia del cielo: «Señora, no será hija, sino hijo.» Replicó la marquesa: «¿Cierto?» Respondió el santo Hermano: «Cierto, señora;» y así fué, que á pocos meses parió un hijo, que es el mayorazgo de su casa.

Cayó enfermo el P. Rafael Garao, Provincial de aquella provincia; fué el P. Antonio Lopez á decirle al H. Hortolan encomendase á Dios al P. Provincial.

Él entónces, encogiendo los hombros, como solia en tristes sucesos, respondió: «Padre, ¿qué haremos á Dios?»

Lo mismo dijo con palabras algo más claras al P. Julian Melis, que fueron estas: «Si Dios no le quiere dar salud, ¿qué haremos?» Y así fué, que dentro de pocos dias murió.

Habiéndole encomendado el P. Julian Lai un negocio de muy mala disposicion de personas que le tocaban y le tenia en grande cuidado y afliccion, para que rogase á Dios le diese buen suceso; él lo hizo por muchos dias, y topándose un dia despues de haber comulgado, sin decirle nada el Padre, le dijo el santo H. Francisco: «Padre, tenga buen ánimo, que el negocio está hecho,» y luego tuvo aviso cómo Dios habia dado buen remate al negocio.

Estando enfermo el dicho Padre, siendo Hermano, llegó á estar desahuciado de los médicos.

Súpolo el siervo de Dios que estaba en la huerta ó granja en aquella sazon, y rogó muy de veras á nuestro Señor por su salud.

Luego pidió licencia para ir á visitarle, y entrando en la puerta del enfermo, con grande contento le dijo desde la misma puerta, sin llegarse á él: «No tema, Hermano. que luego estará bueno.»

Así fué, que dentro de cuatro dias se levantó sano, y volviéndole á visitar el H. Hortalan, le dijo: «¿No le habia dicho yo que estaria bueno luego?»

Francisco Sigui, cirujano muy conocido y querido de todos en Cáller por su mucha bondad y destreza en su arte, teniendo por santo al H. Hortolan, y confiando mucho en sus oraciones, le rogó que encomendase á Dios un hijo suyo que habia enviado á Nápoles para estudiar medicina y graduarse en aquella facultad.

Hízolo mucho tiempo el H. Francisco, y siempre que se encontraban le decia: «Tenga buen ánimo, que su hijo ha de ser hombre de bien.»

Y así fué, porque acabó sus estudios, y recibió el grado, y se aparejó para volver á su casa, escribiendo á su padre que le aguardase por horas.

En este tiempo vinieron algunos bajeles de Nápoles sin él, y fué para el padre de grande pena, la cual se aumentó más sabiendo que entónces por aquellos mares andaban muchos corsarios.

Acudió al H. Hortolan y dióle cuenta de su afliccion. Consolóle el santo Hermano, dándole firmes y buenas esperanzas, diciéndole que sin pensar le veria delante de sí sano y bueno.

Tuvo algun alivio el padre con esto. El dia siguiente le dieron nueva que su hijo habia desembarcado y estaba en nuestra Señora de Buenaira, insigne santuario de la Vírgen, una milla de la ciudad.

Fué corriendo allá, y llegando á la plaza de la iglesia, encontraba muchos religiosos de aquel sagrado convento, amigos y conocidos suyos, y ninguno le decia palabra de su hijo; entró en la portada de la iglesia, y no viéndole, quedó más suspenso, pensando le habian engañado.

Entró en la iglesia, y estando haciendo oracion de rodillas, sin ver ni saber de dónde, vió á su hijo delante, cumpliéndose bien lo que el H. Francisco le habia dicho, que sin pensar lo veria delante.

Viéndose un Hermano de la Compañía muy afligido de temores que por su poca virtud le despedirian de la Compañía, fuése al H. Hortolan y comunicóle sus trabajos y desconsuelos.

El santo varon le consoló y dió buenos consejos, asegurándole que moriria en la Compañía; y en el tiempo que se vió á pique de ser despedido de ella, volvió en sí como de un letargo, y, conociendo su poca virtud, cobró alientos y comenzó de nuevo á servir á Dios con muchas veras.

Estando en buena disposicion, le dió una enfermedad que dentro de pocos dias se lo llevó, recibiendo antes todos los Sacramentos, con muchas prendas de su salvacion, cumpliéndose al pié de la letra lo que el siervo de Dios habia profetizado.

Estando asimismo afligido un Padre de la Compañía con grandes temores que no fuese despedido de ella, los cuales temores se le acrecentaron más con haberle dicho un Provincial que nunca le daria la profesion en la Compañía, acudió al H. Hortolan como á comun refugio de afligidos, el cual le dijo que estuviese con buen ánimo, que luego le darian la profesion.

Esto se ha cumplido y se confía se cumplirá tambien lo que le dijo de la perseverancia hasta la muerte en la Compañía con la gracia divina.

Viniendo el P. Salvador Pizqueda, siendo estudiante secular del colegio de Sácer, para ser recibido en la Compañía en la Casa de probacion de Cáller le encontró el H. Hortolan, y abrazándole, le dijo que iria á las Indias.

Rióse de ello, porque no le habia pasado por la imaginacion, ni áun sabia qué cosa era ir á las Indias.

Acabó su probacion y sus estudios; mas, ordenado de sacerdote, le vino tan grande deseo de ir á las Indias, que no podia reposar hasta que lo alcanzó: y fué, y llegó con una felicísima navegacion.

Estando el P. Pedro Fernandez de Mudarra, Provincial de la Compañía que fué de la provincia de Cerdeña, en el colegio de Cáller una cuaresma predicando los domingos, fué llamado de la Inquisicion para que en espacio de seis dias compareciese en Sácer ante aquel santo tribunal.

Temiéndose de alguna falsa acusacion en cosas tocantes á la fe, fué luego con grande sentimiento de todos sus súbditos. Encargóse al H. Hortolan encomendase á Dios aquel negocio.

Comenzó á este fin una novena en la iglesia de S. Georgio, Obispo de Suelli, que está en uno de los arrabales de la ciudad, y es la misma casa donde el Santo nació, convertida en iglesia.

Acompañábale un dia el P. Antioco Luciano, siendo Hermano, y al salir de la iglesia, le dijo el siervo de Dios: «Hermano, el P. Provincial volverá presto.»

Así fué, que apénas hubo llegado á Sácer, cuando el Inquisidor conocida su inocencia, le dió licencia de volverse, sin tomarle dicho ni tratarle como reo sino como amigo, despues de haber estado los dos en buena conversacion largo espacio de tiempo.

Estando enfermo en el siglo D. Diego Pacheco, hijo de D. Francisco Pacheco, Regente de la real Audiencia, de una grave enfermedad que le puso en notable peligro de la vida á juicio de los médicos; el P. Salvador Lopez, de la Compañía, su confesor, encargó al H. Hortolan encomendase á Dios un enfermo peligroso, sin decirle quién era.

El siervo de Dios lo hizo muy de veras en la capilla de S. Ignacio.

Pasados algunos dias, encontrando al dicho Padre, le preguntó: «¿Cómo está el enfermo? Y el Padre le dijo que estaba mejor. Respondióle el Hermano: «Dígale V. R. que la salud que tiene, la agradezca á S. Ignacio.»

Hízolo el Padre, y el enfermo quedó de tal manera agradecido al Santo, que, luego en convaleciendo, pidió la Compañía con grande instancia, y dentro de seis meses fué recibido en ella.

Al H. Salvador Pili, Coadjutor de la Compañía, preguntó un dia el H. Hortolan si un su hermano recien casado en la villa de Setimo tenia hijos; respondióle que sólo sabia que su mujer estaba preñada; y con alguna curiosidad le preguntó si seria hijo ó hija.

El santo Hermano respondió: «Será varon, y le pondrán por nombre

Ignacio;» y así fué, que siendo alumbrada de un hijo varon y estando sus padres lidiando con los demás deudos qué nombre le pondrian; salió su abuela, que jamás tuvo conocimiento de S. Ignacio, y dijo que le pusiesen por nombre Ignacio; y así se hizo, cumpliéndose lo que el santo Hermano dijo.

En todas estas profecías van envueltos algunos milagros que Dios nuestro Señor obró por su siervo, fuera de otros que hizo por su causa, como fué este de gran regalo que ahora contaré.

El H. Juan Pablo Porcu servia una vez de enfermero al H. Hortolan en tiempo de mucho frio, que por su vejez y enfermedad le hacia grande impresion.

Un dia á la hora de comer le pidió el enfermo le trajese de la cocina unas brasas para encender con ellas un poco de carbon que tenia en un braserito de barro para calentarse las manos y poderlas menear para tomar lo que habia de comer.

Fué el Hermano á la cocina y no pudo haber las brasas que pedia. Volvió y dijo al enfermo lo que habia pasado.

Entónces el santo H. Hortolan, dando gracias á Dios, dijo al enfermero le trajese la comida. Fué, y volvió luego, y halló delante del Hermano todo el carbon del braserito encendido.

Quedó espantado y no se atrevió á decirle cómo se habia encendido el carbon, entendiendo que no pudo ser sino milagrosamente en tan breve espacio de tiempo.

Dió tambien milagrosamente salud á algunos enfermos, como lo hizo con la señal de la cruz al P. José Senis, de la Compañía, el cual solia padecer un recio dolor de estómago que varias veces en el año le apretaba tanto, que no le daba lugar para cosa alguna.

Estando un dia con gran dolor en su aposento, le vino á ver el H. Hortolan y le preguntó qué tenia: el Padre le dió cuenta de su mal, y le rogó que le hiciese la cruz donde le dolia.

El santo Hermano se arrodilló é hizóle la cruz, y luego cesó el dolor, de manera que ha muchos años que no le ha vuelto, como solia cada año muchas veces.

Entre otras mercedes que hizo el Señor á este su siervo, fué revelarle la hora de su muerte.

Llamó un dia al H. Pablo Pogio para que le escribiese una carta al Dr. Pedro Juan Hortolan, su hermano, que vivia en la ciudad de Barcelona, y acabó la carta diciéndole que hasta entónces le habia encomendado á Dios en esta vida y se habia holgado de haberlo hecho, porque sabia que él y su hijo vivian como buenos cristianos; y que de allí adelante lo haria en la otra vida, despidiéndose de ellos como quien no les habia de escribir más.

El secretario le rogó le dijese, cuándo moriria. Pero, rehusándolo decir por u humildad, procuró que le acabase de escribir la carta y se fuese.

Mas el Hermano le apretó diciéndole que no la acabaria, si no le decia uándo moriria. Entónces el santo Hermano sonriéndose le dijo: «De aquí i Pascua será, y no hable más de ello.»

Esto aconteció un mes y medio antes de Navidad, y el siervo de Dios murió a víspera de Sto. Tomás Apóstol.

## VIII

### *Su santa vejez y dichosa muerte.*

En los últimos años de su vida, cuando por sus muchas enfermedades, achaques y vejez, no podia trabajar como solia; vivia una vida del cielo con los continuos regalos espirituales que recibia de la liberal y franca mano del Señor.

Fuera del tiempo que gastaba en la oracion comun y de obligacion del Instituto, que son la hora entera de meditacion á la mañana, los dos tiempos de los exámenes de la mañana y de la tarde, y el tiempo de leer leccion espiritual y oir Misa cada dia y rezar el Rosario y Oficio de nuestra Señora; todo lo demás del dia lo ocupaba en visitar enfermos, si los habia en casa, y consolarlos, en visitar el Santísimo Sacramento del altar y rogar por todas las necesidades comunes y particulares con ratos de oracion muy largos.

Fuera de esto, todo lo restante del dia lo gastaba recogido en el aposento en hacer oraciones jaculatorias que él mismo componia, y en cantar algunas alabanzas á las tres Personas divinas, á la santísima alma de Cristo, al Santísimo Sacramento, á la gloriosísima Vírgen y á todos los santos ángeles en comun y en particular, á todos los cuales solia componer unos abecedarios, diciendo por cada letra una alabanza de Dios ó de algun santo, comenzando desde la letra A, primera del A, B, C, y no parando hasta la última de él, de los cuales andan muchos de su mano, tenidos por reliquias.

Otras veces cantaba himnos en latin de los que canta la Iglesia, y algunos otros que él componia en alabanza de algun santo, que aunque no muy elegantes, pero bien llenos de espíritu y de devocion.

De esta manera andaba siempre ocupado en Dios, llena su alma de santos afectos, con que la esforzaba y alentaba á llevar con alegría la carga de este cuerpo pesado y corruptible, y á sufrir con paciencia las penas y dolores de os achaques que de continuo le atormentaban.

Llegó en esta materia á ser tan favorecido y regalado del cielo, que mu-

chas veces oia músicas de los ángeles y cantaba con ellos, y otras entonándole ellos alguna antífona ó himno, la proseguia solo.

Estaba tan hecho á esto, que áun en presencia de otros, sin advertirlo, tomaba el tono que le inspiraban á los oidos y la letra, y proseguia.

Una vez estando enfermo en la cama y en presencia de un Padre que le visitaba, sin reparar en ello, elevado del espíritu, comenzó á cantar aquella antífona: *Similabo cum viro sapienti,* etc.

Preguntado del Padre por qué cantaba á deshora aquella antífona, respondió con una santa simplicidad: «Porque me han dicho al oido que la cantase»

Con esto andaba tan ocupado interiormente en todo tiempo y lugar, que se puede bien decir bien de él que siempre oraba, cumpliendo el consejo de Cristo nuestro Señor: *Oportet semper orare et nunquam deficere,* etc.

Bastaban las cosas referidas para confirmacion de lo mucho que Dios nuestro Señor se comunicó á este su siervo tan liberalmente, visitándole y alumbrándole, oyéndole y respondiéndole en todas las cosas que le suplicaba.

Ahora diremos algo de lo que le pasó en la última enfermedad de que murió, de su santa muerte, glorioso entierro y algunos milagros que Dios nuestro Señor ha obrado despues de su muerte por su intercesion.

Llegó, pues, el tiempo en que el cielo habia dispuesto de llevar de esta á mejor vida á su siervo Francisco, y darle el premio de ochenta años de vida cristiana y de cincuenta y ocho de vida religiosa, humildísima, obedientísima, castísima, pacientísima y de caridad heróica.

Fué prevenido de la divina Providencia para disponer la jornada con una larga y penosa enfermedad que duró más de un año, desde octubre del año de 1622 hasta diciembre de 1623, en que salió de esta vida mortal.

Apoderóse de él una calentura que le tuvo rendido lo más del año en la cama, sobreviniéndole otros accidentes de flemones y dolores, que le dieron que merecer y perfeccionaron la corona de su grande paciencia y sufrimiento.

Viendo los médicos la flaqueza y mucha edad del sujeto con la calentura que nunca le dejaba, fueron de parecer que le diesen los Sacramentos, los cuales recibió con extraordinaria devocion y ternura, la cual él solia mostrar en las confesiones y sagradas comuniones con copiosas lágrimas.

Recibió el Viático á los 17 de diciembre, dia de domingo, y vivió hasta el miércoles siguiente, en el cual pidió con mucho afecto al P. Agustin Castana, Rector, le dejase comulgar aquel dia.

Viendo que escupia muy amenudo y no se podia contener, le fué divirtiendo para el dia siguiente, que era el dia del Apóstol Sto. Tomé; á lo cual respondió el siervo de Dios, como quien sabia lo que habia de ser, que esotro

seria menester, conformándose con la voluntad de su Superior. Ha-
tambien recibido á su tiempo la Extremauncion, comenzó á dar mues-
ie se moria.
ılgándose por casa esta nueva á todos los Padres y Hermanos, acudie-
ver morir al que tenian por santo, y tomar algo de sus cosas por reli-
y en un instante barrieron cuanto habia en el aposento, no sólo sus
os, sino tambien de sus papeles y escritos de su mano.
os á porfía le tocaron sus rosarios y otras cosas en la cabeza sin que
dvirtiese; porque si lo advirtiera, por su grande humildad no lo sufriera.
ıba muy ocupado en dulces coloquios con su Dios, y con un alegre
ınte y singular confianza repetia amenudo aquel Invitatorio que pone
sia sannta en los maitines de la vigilia de Navidad: *Hodie scietis quia
Dominus, et mane videbitis gloriam eius.*
ıs veces decia aquellas palabras de Isaías: *Surge illuminare Hierusa-
uia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.*
éndole los de casa que se acordase de ellos en el cielo, con apacible
ınte decia: «Sí haré.»
re otros se llegó á él un Hermano muy amigo suyo á quien habia
añado mucho tiempo en la huerta, y lo abrazó, y el siervo de Dios le
a mano, y con rostro risueño le hizo la fiesta que pudo.
Hermano con mucha llaneza, viendo que otros habian puesto sus bone-
la cabeza del siervo de Dios, quiso poner el suyo, y lo hizo de manera
humilde Francisco lo advirtió, y luego se paró con rostro algo triste y
, y alzando la mano á la cabeza, cogió el bonete y lo apartó.
sí, viendo que por su grande humildad sentia estas demostraciones de
ncia, dieron en un santo engaño, con el cual le pudieron poner todos
sarios en las manos, diciéndole que le ponian los rosarios porque gana-
indulgencias que en aquellos rosarios se ganan, con lo cual lo permitia.
este tiempo quiso Dios para su consuelo le volviese el sentido del oido,
gunos años atrás habia perdido, y no podia oir sino hablándole alto y
í la oreja. Pero en esta hora, cuando faltan á otros los sentidos, se le
á su siervo tan entero, que por más bajo que le hablaban, lo oia luego
ondia, que fué para todos de gran consuelo.
ndo que ya se llegaba la hora, despidiéndose de los presentes y repi-
amenudo el dulcísimo nombre de Jesus, se compuso en la cama, es-
muy en sí, y cerrando los ojos como quien se quiere dormir, *obdormi-
Domino* el dicho miércoles á 20 de diciembre de 1623, vigilia del Após-
. Tomé, á las diez y media de la noche, á los ochenta años de su
cincuenta y ocho de Religion.

## IX

*El concurso grande á su entierro.*

Luego que espiró el siervo de Dios, se compuso el cuerpo y se llevó al oratorio de la Congregacion de los caballeros, donde estuvo encerrado con llave hasta la mañana, que fué forzoso abrirle para que fuese visto de toda la gente que venia en procesion á verle como á cuerpo santo, entrando unos y saliendo otros, sin jamás faltar concurso de hombres.

En esto se pasó toda la mañana, besándole todos la mano y los piés, tocándole con sus rosarios con mucha devocion y ternura.

Pensando los Padres enterrarle aquel mismo dia á la tarde con la humildad y modestia que suele la Compañía enterrar sus difuntos, vino á deshora el jurado de la ciudad á pedir en nombre de toda ella al P. Rector que fuese servido, por dar gusto á todo el pueblo y satisfaccion á todo lo granado de la ciudad, dilatar el entierro del santo H. Hortolan, y entre tanto hacerle sacar á la iglesia donde fuese visto y reverenciado de todos.

Pidió juntamente en nombre y de parte de toda la ciudad las cosas siguientes: que fuese enterrado aparte dentro de una arca y que la arca no se pusiese debajo de tierra, sino en lugar alto dentro de la capilla mayor, ofreciendo para este efecto una arca curiosamente labrada y aforrada de terciopelo.

Ultimamente, que se señalase predicador que declarase al pueblo los raros y heróicos ejemplos de virtud y piedad cristiana que en su vida dió este santo Hermano á todos, y esto para mayor gloria del Señor, que quiere ser glorificado en sus santos, y para consuelo y regalo de toda la ciudad que lo deseaba sumamente.

El P. Rector agradeció el favor grande que en esto se hacia al Hermano difunto y á la Compañía, pidiendo plazo para con más acierto responder á los demás puntos, consultándolos primero con los Padres más graves del colegio.

Apénas se habia despedido el jurado, cuando llegó el Dean de la santa iglesia de Cáller para hacer de parte de los señores Capitulares la misma peticion, y antes que comenzase á hablar, sobrevino el marqués de Laconi acompañado de muchos caballeros principales, y D. Pablo de Castelvi, Procurador real, Caballero del Hábito de Santiago, su hermano, en nombre de los señores, á pedir lo mismo que pedia la ciudad y Cabildo.

Así, fueron forzados los PP. Rector y Consultores, á ordenar que, para dar gusto y satisfaccion á tantos señores y condescender con la mucha devocion

l pueblo, se difiriese el entierro del santo Hermano para el dia siguiente, y e el cuerpo fuese puesto en una arca de madera lisa, sin otro adorno al- no de seda ni de oro, y que fuese enterrada, y no puesta en alto, dentro de capilla mayor á la parte de la epístola.

Esta respuesta se dió á los tres estados, eclesiástico, militar y real, con pre- ncion y aviso que el dia siguiente se habia de poner todo en ejecucion.

Sacóse la misma tarde el cuerpo á la iglesia; y porque se entendió que el a siguiente determinado para su entierro, no daria el concurso de la gente gar para poder cantar los tres nocturnos de difuntos, pareció anticiparlos: así, se cantaron la misma tarde con asistencia de todo lo más granado de ciudad.

Quísose hallar presente la virreina, y cuando vino, halló la iglesia tan cua- ada de gente, que con grande dificultad pudo entrar y llegar al lugar donde enia la silla aparejada, la cual hubo de dejar por la grande apretura de la gente, de quien no se pudo librar, aunque lo procuraron los de su guarda, y ué forzoso retirarse á la capilla de nuestro P. S. Ignacio, donde estaban las marquesas de Laconi, de Serramanna y Palmas.

Mientras se cantaron los Oficios, hubo en todos grande sosiego; pero en acabando de cantar y de llegarse el de Palmas, como se llegó con mucha de- vocion y ternura á besarle los piés, hubo tan grande mocion, que sin órden ni concierto concurrian á hacer lo mismo y tocarle sus rosarios, sin dar lugar á nadie ni áun á la misma virreina, que hubo de aguardar hasta que los de- más cumpliesen con su devocion.

Llegándose despues con alguna dificultad, le besó por tres veces la mano y le tocó con su rosario, y un Padre de los nuestros dió á su Excelencia por reliquia una cruz pequeña que el santo varon traia en sus manos la cual re- cibió con mucha devocion y agradecimiento, y se la colgó luego al pecho, dando muestras que deseaba tener otra reliquia más conjunta al santo.

Con esto se despidió y se convidó para el entierro del dia siguiente; en el cual, en amaneciendo Dios, hubo un innumerable concurso de gente, desper- tada al doble de las campanas que toda aquella mañana se hizo en la Cate- dral por mandado de los Capitulares.

Sacóse el cuerpo de la capilla mayor, donde se habia recogido la tarde antes, y se puso en medio de la iglesia levantado más en alto para que todos de todas partes le pudiesen ver.

Y fué muy acertado, porque con esto hubo mayor sosiego en toda la gen- te; la cual volvió como el dia antes con la demás que no se habia hallado, que fué innumerable, á besarle la mano y tocarle los rosarios.

Los que no podian llegar daban sus rosarios de mano en mano, y no con-

tentos con esto, comenzaron á tomarle de los cabellos y vestido por reliquia.

Receländose los de la Compañía que estaban juntos al cuerpo de lo que aconteció, que no pasasen adelante dejándole desnudo, procuraron con la guarda de la virreina impedir que nadie se llegase más, y por más que forcejaron no pudieron estorbarlo, no reparando, áun damas muy principales, en que las muchas hachas que estaban alrededor del santo cuerpo les manchasen los mantos y ropas de valor.

Estando en esto llegó el clero en procesion con los jurados y otros muchos caballeros y ciudadanos honrados, y entrando con harta dificultad al altar mayor, cantaron la Misa de difunto para el entierro con la música de la Catedral.

Estando la Misa en el ofertorio, subió al púlpito el P. Salvador Pala, maestro de Teología, y con el deseo de saber las maravillas del siervo de Dios, se sosegó la multitud del auditorio.

Comenzó su sermon el predicador dando principio y tomando por tema aquellas palabras: *Nimis honorati sunt amici tui, Deus.*

Fué diciendo lo que pudo y el tiempo le dió lugar de la santa vida y favores singulares que el cielo le hizo; con lo cual quedaron todos espantados, y mucho más aficionados á la vida del santo Hermano.

Acabada la Misa, al punto que quisieron tomar el cuerpo de enmedio de la iglesia para llevarle al lugar donde se habia de depositar, levantaron todos un grande ruido, como que se animaban á dar el asalto al santo cuerpo y coger de sus reliquias.

Y de hecho le acometieron con tanta furia, que ni la autoridad de los señores jurados y títulos, ni la resistencia de los alabarderos que estaban en guarda de la virreina, ni los de la Compañía fueron bastantes para estorbar que no le quitasen cuanto tenia, como le quitaron á pedazos todos los vestidos, desde el manteo hasta la camisa, dejándole desnudo, y forzando á los Padres á cubrirle luego con un paño negro de bayeta que estaba encima del ataud.

Aun de ese tomaron la mayor parte á pedazos, ayudando á este santo robo los mismos jurados, los títulos y los señores Capitulares; y no hallando ropa que tomar, pasaron adelante hasta cortarle dos dedos de los piés.

Y así, para sacarle de medio de la furia popular, acordó el Dean mandar á todos, como mandó, so pena de excomunion, se apartasen y diesen lugar á que el santo cuerpo se llevase al lugar donde se habia de depositar ó sepultar, lo cual se hizo con harta dificultad.

Llegando allá, se puso dentro del arca y cubrióse como se pudo sin enclavarla, y la metieron dentro de la sepultura, la cual cubrieron con un tapete, dando á entender estaba allí depositado.

Con lo cual se quitó del todo al pueblo la esperanza de verle, con que comenzó á dar lugar la multitud, yéndose á sus casas á las dos despues de mediodia.

Movido de lo que se decia y del gran concurso de la gente que acudia á venerar el santo cuerpo, el Obispo de Madauro, y titulado del Arzobispo de Cáller, acudió sin poderse detener para poder verle y reverenciarle, y para poder hacerlo á su gusto, se entretuvo hasta que la demás gente se fuese.

Descubrióse el arca y se halló tan desarropado, que de admirado dijo: «¡Grande impulso y mocion divina ha sido la que pudo mover á hacer todo esto!»

Tocóle las manos, cabeza y cuello, y hallólos tan tratables despues de cuarenta horas que estaba difunto, que sin resistencia alguna los volvia á la parte que queria, como si fueran miembros de un cuerpo vivo.

Ponderó mucho y tuvo por milagro la hermosura y resplandor del rostro y la extraordinaria blancura de las manos, que parecian fino alabastro; indicios claros de la santidad del santo Hermano: con los cuales quiso tambien Dios declararla al mundo en la muerte, en la cual tiene el justo puesta toda su esperanza: *Sperat autem iustus in morte sua.*

Porque entónces suele Dios abrir los ojos de los mundanos para que vean que aquellos á los cuales ellos tenian en este mundo por simples, eran los sabios de Dios, como lo hizo con este su siervo, declarando, no sólo en su muerte lo mucho que le agradó y sirvió en vida; pero áun despues de ella, moviendo á todos á tomarle por su abogado y patron, en tanto grado, que no habia enfermo en Cerdeña que no procurase tener una estampa ó retrato suyo ó alguna reliquia.

Con esta grande fe que todos le tienen hace Dios milagros muy frecuentes con los que se le encomiendan; de los cuales para conclusion de esta breve relacion referiremos aquí algunos, comenzando de uno que hizo el mismo dia de su entierro.

La señora Ana Guio, mujer del doctor Juan Masonz, oidor que fué de la real Audiencia del reino de Cerdeña, tuvo por espacio de once ó doce años un brazo tan malo y tan dolorido, que no podia valerse de él para accion alguna. Aun para lavar las manos no podia ayudarse sin grande pena y tormento, ni llegarse al fuego podia sin la misma pena y dolor.

Aplicáronle los médicos cuanto su arte les enseña. Todo fué sin provecho hasta el dia del entierro de nuestro santo Hermano, al cual acudió la dicha señora, y procuró, con mucha fe y deseo del remedio de su mal llegar cerca al cuerpo, aunque con grande dificultad.

Tomóle una de las manos, y, como pudo en medio de tanta apretura, la

puso encima de la suya y procuró meterla hacia el brazo lisiado, y desde entónces se le quitó el dolor y quedó de él sano para todas las acciones de trabajo.

El doctor Francisco Marcio, médico, afirmó que desde niño de diez años padecia una hinchazon como hernia que le daba mucha molestia, y que estando de la edad dicha en Palermo, habia un tio suyo excelente médico que le aplicó todos los remedios que el arte le enseñaba para curársela y nada le aprovecharon, ántes le fué creciendo con la edad, y á los cuarenta años le impedia el subir y poder ir á caballo, con harta afliccion y pena suya por no hallar remedio humano de su mal.

Pero quiso Dios le hallase del cielo, porque, hallándose al entierro del santo H. Hortolan, y viendo la grande devocion y afecto con que todos se encomendaban á él, se movió á rogarle por su mal, diciendo: «Santo Hermano, bien sabeis que yo muchos años os he visitado en vuestras enfermedades y curado, acordaos ahora de mí y alcanzadme de Dios remedio para este mi mal que padezco tantos años.»

A la mañana se halló tan sano, como si nunca hubiera tenido tal mal, dando muchas gracias al Señor y al santo H. Hortolan, por cuya intercesion habia alcanzado salud.

## X

### *Otros muchos milagros despues de muerto.*

Doña Catalina Silva, hija de D. Melchor de Silva, Veedor real en aquel reino, niña de pocos años, estando enferma, llegó á estar desahuciada de los médicos y sin remedio humano.

Viendo esto sus padres, acudieron al divino, y á la hora en que le habia de venir un paroxismo, que segun el parecer de los médicos la habia de acabar, lleváronle un cuadro del santo Hermano.

Luego que le tuvo delante se avivó la niña y no le vino el paroxismo ni otro accidente, sino que desde entónces quedó sana con admiracion de los médicos que afirmaron ser milagro hecho por el siervo de Dios, á quien encomendaron sus padres su hija y dieron ocasion á que despues casi todos los enfermos se encomienden al santo varon, y busquen alguna reliquia ó cuadro suyo, y alcancen por su medio lo que desean.

Clara Morrocu, criada de doña Beatriz Escarchony, estaba con grandes desmayos y desahuciada de vivir.

Confesóse y recibió el Viático, y estando media dormida, sintió le pasaba una mano por la cara.

Despertó pensando seria su señora, y abriendo los ojos vió un hombre anciano con hábito de la Compañía que le ponia la mano en la frente, y espanada dijo: «Jesus, María.»

El de la Compañía la dijo: «No temas, hija, que yo soy el H. Hortolan y no tendrás nada de esta enfermedad.»

Desde entónces cesaron los desmayos que padecia, y se le quitó una cargazon de cabeza que tenia, y fué mejorando hasta sanar del todo.

Refirió la vision á su señora, que conocia bien al siervo de Dios, y tambien su marido; dióles las señas y entendieron que era el H. Hortolan que habia muerto aquel año, quedándole muy agradecida y pregonando su milagro.

Gracia Cocu, natural de la ciudad de Cáller, el dia del entierro del santo Hermano, despertando á la mañana, se halló con una de las rodillas muy hinchada y no ménos inflamada.

Espantóse y dió cuenta á su hermana Ana Cocu, y ambas quisieron llamar un cirujano que abriese la hinchazon, pareciéndoles estaba sazonada.

No lo hicieron por miedo que tenian; y el dia siguiente, sabiendo el mal una señora, les dió un pedazo del manteo del siervo de Dios, diciéndoles que el Hermano era santo, y que, poniéndolo en la rodilla, la curaria.

Tomólo la enferma con mucha devocion, y haciendo tres cruces con él sobre la rodilla hinchada, dijo tres Pater noster y tres Ave Marías, añadiendo: «Si es santo este Hermano, hará que se me quite el dolor.»

Esto fué un sábado, y luego se le mitigó el dolor que no le dejaba vivir, y el domingo siguiente se levantó de la cama y anduvo por casa sin dolor, y luego se fué á oir Misa á la iglesia por sus piés, y volviendo de ella y recorriendo su rodilla la halló del todo sana sin hinchazon alguna y sin dolor, pregonándolo por milagro á todos.

Á Moncerrada Colecta, de la ciudad de Cáller, le dió una aguda punta debajo del pecho, que no le dejaba resollar ni menearse.

Viéndose tan apretada y sin remedio, y acordándose que nuestro Hermano habia curado la criada sobredicha, que estaba vecina á su casa, tomó un pedazo de la ropa del siervo de Dios que tenia por reliquia, y encomendándose á él, se lo puso á la parte y lugar donde tenia el dolor.

Al momento se sintió libre de él y pudo levantarse de donde estaba tendida y ponerse á comer con sus hijos en la mesa, cobrando grande devocion al santo Hermano.

En un invierno riguroso corrió en Cáller tan gran tormenta y furia de vientos á la media noche, que empezando la Cátedral, todas las parroquias y Religiones tocaron sus campanas por ser tan furiosa la tempestad, que derribó casas.

No hubo sosegarla hasta que un caballero de Cáller llamado D. Francisco de Avila, devotísimo del H. Hortolan, acordó echar un pedacito que tenia del manteo del siervo de Dios, y abriendo un resquicio de una ventana que cinco ó seis hombres no podian detener, arrojó sacando el brazo la santa reliquia á la calle.

Al punto paró el viento y tempestad tremenda, sin que nadie supiese la causa hasta otro dia que se divulgó.

Añadióse á esto que otro dia por la mañana, abriendo el dicho caballero la ventana por la cual habia arrojado la santa reliquia, la halló sobre el poyo y descanso de la ventana con admiracion mayor de esto segundo que de lo primero, porque el viento era tan desastrado, que derribó casas y tejados.

Con la fama de este tan claro milagro, en otra ocasion semejante de vientos y tempestades, en que así mismo tocaron las campanas de la ciudad á las dos despues de media noche, acordó el P. Elías Madao, de la Compañía, arrojar asimismo por una ventanilla de su aposento un pedazo del vestido del santo Hermano.

Apénas lo arrojó, cuando cesó aquel torbellino. A la mañana, con santa curiosidad de si hubiese acontecido lo mismo que la vez pasada, abrió la ventanilla y halló en el poyo de ella el pedazo de vestido, con admiracion suya y de otros que le vieron.

La madre Sor Margarita Porcella, monja profesa del convento de la Concepcion de Cáller de la regla de la gloriosa Sta. Clara, estando enferma de una calentura terciana que no acababa de dejarla, hizo una novena al santo Hermano, rogándole le alcanzase de Dios le quitase aquella calentura para mayor gloria y servicio de Su Divina Majestad, y luego se la quitó, quedando del todo sana.

Sor Isabel Baccallar, monja profesa del mismo convento, estaba un año con un corrimiento á uno de los carrillos, que le tenia gastada la quijada y desquiciadas las muelas, que todas se le andaban; y demás del continuo dolor, no la dejaba reposar todas las noches ni mascar comida alguna.

Aplicáronle los médicos varios remedios sin provecho alguno: acudió á la intercesion de nuestro santo Hermano, y una noche que le apretaba mucho el dolor, tomó un pedazo de su vestido que le habia dado el P. Saturnino Ursana, de la Compañía, y se la puso en la parte lisiada.

Luego se durmió toda la noche, y á la mañana despertó sana del todo, sin que jamás despues le haya vuelto el sobredicho corrimiento.

Y afirma que ha recibido otras muchas gracias del Señor por la interce sion del santo Hermano, y que por eso le ha tomado por particular abogad

A Sor Arcángela Baccallar, monja profesa del mismo convento, despu

le una grave caida que dió, le quedó un agudo dolor en una de las espaldas, que le atormentaba mucho.

Aunque por espacio de mucho tiempo se le aplicaron varios remedios, no se le pudieron quitar, hasta que acudió á la intercesion del siervo de Dios, y poniendo á la parte lesa un pedazo de su vestido, quedó del todo sana.

Sor Francisca Carnicer, monja profesa del mismo monasterio y Maestra de novicias, tenia una niña novicia, á la cual dió otra monja, su tia, un oficio de la Vírgen muy curioso por su persuasion, y saliendo fiadora que la novicia no le perderia.

Con esta confianza dió la tia á la sobrina las Horas: no pasaron muchos dias que desaparecieron; revolvió todos los lugares, abriendo las arcas y alacenas por espacio de dos dias, con harta pena y sentimiento suyo, no pudiéndolas hallar.

Un dia, estando en el coro para oir una Misa solemne que se cantaba, vió que las monjas por su devocion habian puesto en él un cuadro del santo Hermano.

Con el deseo de hallar las Horas, porque iba su reputacion, quiso rogárselo al santo varon, y no halló dentro de sí tanta fe por haberle conocido ya viejo y parecerle que era un hombre como los demás.

Anduvo lidiando con esta su poca fe un buen rato: finalmente se venció y rogó á la Santísima Trinidad que por los merecimientos de aquel su siervo la hiciese merced que se hallasen las Horas perdidas.

Luego en acabando de oir la Misa, desde el mismo coro donde esto pasó, fué llamada al torno por un criado de sus hermanas, el cual le dijo si habian perdido en el monasterio algunas Horas de nuestra Señora.

Ella, desconfiando que fuesen las que buscaba, le dijo que le enseñase las que tenia; hízolo el criado, y viendo que eran las que deseaba, quedó espantada y admirada, y con mayor afecto y devocion al siervo del Señor.

Otra monja novicia, llamada Estefanía Fortesa, del mismo monasterio, oyendo los favores que nuestro santo Hermano hacia á las monjas, estando enferma de una recia calentura continua y de otra subintrante, con peligro de la vida; viendo que en los médicos no hallaban remedio, acordó de acudir á la intercesion del H. Francisco, y una noche que se vió muy apretada, tomó un pedazo de la ropa del santo Hermano que le habia dado su madre, y se la ató al cuello.

La misma noche le faltó la calentura continua, y dentro de muy pocos dias quedó del todo sana y muy aficionada y devota al siervo de Dios.

El P. Fr. Juan Polla, religioso profeso del glorioso Patriarca S. Francisco á los Padres conventuales de la ciudad de Cáller, persona conocida por ha-

ber sido muchos años Guardian de aquel insigne convento de Cáller y de otros de la provincia, estando enfermo desahuciado de los médicos, recibidos los Sacramentos y avisado que se moria, aunque muy apretado del mal, invocó el favor de nuestro P. S. Ignacio y del H. Hortolan.

Luego los vió entrar por la puerta de su celda de esta suerte: primero venia S. Ignacio, el cual se llegó hasta donde estaba el enfermo, y el Hermano quedóse á la puerta con el bonete á los pechos, sustentado de ambas manos, como solia siempre estar en presencia de sus Superiores cuando vivia, dando muestras de grande reverencia para con su Santo Padre y Patriarca.

Habló al enfermo solo S. Ignacio, y díjole: «Procurad ser más santo y servir á Dios de veras, que no morireis de esta enfermedad;» y así fué, que luego estuvo bueno, dando muchas gracias á Dios y quedando muy devoto de S. Ignacio y del santo H. Francisco.

Bautista Lochi, notario de Cáller, tres dias antes del tránsito del H. Hortolan, yendo con otros amigos fuera de la ciudad, dió una caida que se lastimó muchó el carrillo derecho, quedándole bien hinchado y llegando á corrupcion.

Unos amigos suyos le convidaron para ir al entierro del santo varon, movidos de la fama de su santidad.

Fueron, y oyendo al que predicaba las maravillas que el Señor obraba por medio de su siervo, se le encomendó afectuosamente.

El dia siguiente por la mañana, lavándose los ojos muy ligeramente, porque no le tocase agua en la herida del carrillo, que siempre le causó grande dolor, y queriéndose enjugar con un lienzo; al apartarlo de la cara vió en él la costra del golpe, que se habia ido sin pensar, dejándole el rostro sin mancha ni señal alguna, lo cual atribuyeron él, su madre y los de su casa á cosa milagrosa.

Pasados ocho dias que esto sucedió, su madre del dicho Bautista Lochi, mandó a un criado suyo le trajese un jarro de agua de una tinaja de la cual bebian y tenian bien cubierta y limpia, sin haberse visto en ella gusanos.

Trajo el jarro del agua el criado, y queriendo beber la señora, halló en él una infinidad de gusanos rojos como una grana y grandes más de los ordinarios, que en algunas partes se suelen criar en el agua.

Mandó echar el agua, y que otra vez sacase agua de la tinaja: hízolo y hallóse de la misma manera llena de gusanos como en la primera.

Maravillados del caso, una señora, su tia, tomó el jarro y fué á la misma tinaja, y antes de llegar á tomar el agua, rezó secretamente un Pater noster y un Ave María al santo H. Hortolan, diciéndole: «Santo Hortolan, si estais gozando de Dios en el cielo, haced que yo saque agua sin gusanos.»

Metiendo el jarro, le sacó llenó de agua clara y sin ningun gusano, lo cual causó admiracion á todos, y callando ella la oracion que habia hecho entre sí misma, el dicho Bautista Lochi, como despechado del criado, quiso probar si sacaria el agua sin gusanos.

Fué y sacó el agua con tantos gusanos como el criado la habia sacado las dos veces, lo cual causó en todos mayor admiracion.

Entónces la tia les declaró lo que ella habia hecho para sacar el agua limpia, que fué decir antes de meter el jarro en la tinaja un Pater noster y un Ave María al santo H. Hortolan.

Oido esto, quiso probar la verdad el dicho Bautista, y despues de haber rezado el Pater noster y el Ave María, metió el jarro en la misma tinaja y sacólo lleno de agua tan clara y limpia como de una fuente cristalina, alabando todos al Señor que así manifestaba la santidad de su siervo, y cobrando grande devocion para con él.

Al principio de setiembre del año de 1625, el mismo Bautista Lochi cayó en una grave enfermedad con grandes dolores por todo el cuerpo, que parecia estar tullido sin poderse menear en la cama.

Aplicáronsele muchos remedios, y viendo que nada aprovechaba, acudieron á la intercesion del santo Hermano, y tomando una reliquia que tenia suya, rezando antes con devocion un Pater noster y un Ave María, se la hizo poner en el espinazo donde el dolor más agudamente le atormentaba.

Túvola consigo dos dias, y al cabo de ellos se levantó sano, sin calentura ni dolor alguno.

El maestro Juan Leo, natural de la ciudad de Iglesias y vecino y morador de la de Cáller, por cierta indisposicion se hizo sangrar del brazo izquierdo, y alterándosele la picadura se le hinchó el brazo con peligro evidente de perderle, segun el parecer de los médicos; aplicáronsele muchos remedios y todos sin provecho: resolvió el médico abrirle el brazo.

Estando en este trabajo desahuciado de salud, fué aconsejado se encomendase al bendito H. Hortolan y que se pusiese en el brazo una reliquia suya.

Hízolo, y el dia siguiente se halló mejor notablemente, y al cabo de tres dias estuvo del todo sano, sin dolor, hinchazon, ni inflamacion, lo cual visto por el protomédico y cirujanos, lo mostraban á todos, pregonando el milagro.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Antioco Carta, que fué Rector suyo y le trató mucho, y al fin de ella cuenta de sí esto:

«Deseando yo mucho que otro Padre de la Compañía, muy siervo de Dios, escribiese la vida del santo Hermano, porque lo hiciera harto mejor y con más aventajado estilo y espíritu; le di un cuaderno de mi mano donde tenia

apuntadas todas las cosas más notables que de él sabia, y se han referido en esta relacion, rogándole muchas veces que diese principio á obra tan santa.

»Viendo que no acababa de poner mano, habiéndose pasado año y medio despues de su dichoso tránsito; me determiné de hacer esta breve relacion antes de morirme, porque no quedasen sepultadas las cosas de este santo Hermano.

»Para poderlo hacer pedí al dicho Padre mi cuaderno, y, por más diligencias que usé, no le pude cobrar, dándome desvíos y excusas, sin duda con deseo que tenia el dicho Padre de poner en ejecucion lo que todos deseábamos.

»Viendo esto, perdí del todo la esperanza de sacarle de sus manos mi cuaderno.

»Estando un dia diciendo Misa, se me ofreció en el memento, y volviéndome al Señor, dije: «Señor, vos sabeis mi buena intencion de sacar á luz las cosas de vuestro siervo. Y vos, santo Hermano, si quereis que yo tome el asunto de escribir vuestra vida, haced de manera que se me vuelva el cuaderno donde tengo notadas las cosas que vos mismo me dijistes.»

»Acabada la Misa y dadas gracias subí á mi aposento sin memoria de lo que habia pedido; y apénas habia entrado en él, cuando me tocó la puerta el Padre que tenia el cuaderno, y con mucho contento me lo dió, pidiéndome perdon de la tardanza; y así, pude luego hacer esta breve relacion á gloria de Dios y del santo su siervo.»

Por último remate me ha parecido apuntar aquí algunas de las personas de consideracion que en vida tuvieron á nuestro H. Hortolan por gran santo, en las cuales entran los Arzobispos de Cáller, D. Francisco de Vall, hombre letrado y Prelado de muy ejemplar vida; todas las veces que le veia le trataba y respetaba como á gran siervo de Dios.

Don Alonso Laso y Cedeño hizo tambien lo mismo, y, despues de muerto, acudió á pedirle sus oraciones para que le ayudase á salir del purgatorio, como lo hizo y hemos referido.

Lo mismo hizo en vida D. Antonio Atzori, Obispo de Bosa.

Nuestro P. General, Claudio Aquaviva, de feliz recordacion, le escribia pidiéndole encarecidamente que le encomendase á Dios.

Doña Isabel de Alagon y Requesens, marquesa de Sorris, persona muy conocida en aquel reino y fuera de él por su mucha cristiandad y nobleza, en todos sus trabajos de su persona y casa acudia á las oraciones del santo Hermano como á su angel, y tuvo felices sucesos por su medio.

Don Luis, marques de Palmas, caballero de grande cristiandad y piedad, le predicaba y predica por santo y pregona muchos favores que Dios ha hecho en su casa por sus ruegos, y entre ellos entran milagros.

Doña Ana de Amarich y Castelvi, marquesa de Laconi, con sus hijas doña María de Castelvi, condesa de Cullar y despues marquesa de Sietefuentes, y doña Serafina de Castelvi y Gualbes, en vida y despues de muerto le han tenido y tienen por santo, y pregonan muchas mercedes de Dios alcanzadas por su intercesion.

Doña Felipa de Sena y Cervellon, condesa de Cedillo, desde Sácer donde estaba, por medio de Padres conocidos le hacia encomendar al Señor todos los negocios de su casa; y despues de muerto, ha procurado tener alguna reliquia, y hoy dia todos procuran tener alguna del santo Hermano.

El doctor Miguel Escarchoni, Canónigo de la santa iglesia calaritana, declaró en una accion que hizo una vez, el grande concepto que tenia de la santidad de este siervo de Dios.

Pasando un dia delante de su casa en compañía del P. Antioco Lucian, que era aún Hermano, saliendo á la calle, le rogó casi de rodillas que entrase un poco en su casa. Entró, y hechos asentar en dos sillas, se llegó al H. Hortolan, y llorando, le besó las manos. y luego postrado á sus piés, se los besó, sin poderlo estorbar el siervo de Dios, llamándose pecador y diciendo: «No haga eso, señor, que soy un grande pecador.»

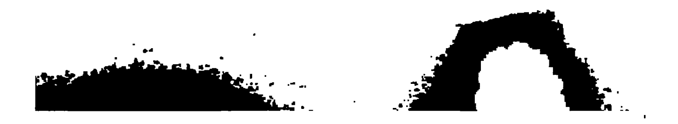
Volvióle á hacer asentar en la silla y quitóle una cinta vieja que traia con un pobre rosario, y besándolo muchas veces con lágrimas de ternura, decia: «Más estimo esto que cuantos haberes hay en el mundo.»

Tras esto tomó una cinta y rosario suyo mejores, y volvióle de su mano á ceñir al santo Hermano y meterle en la cinta su rosario, guardando lo que le habia tomado para sí.

Salióse luego el Hermano muy confuso y espantado de la accion, y rogó por un sólo Dios á su compañero que no dijese nada al Superior, y que para tener aquel rosario y cinta él pediria licencia al mismo Superior.

Otras maravillas, fuera de las referidas, escribe el P. Antioco Carta, que como tengo dicho escribió la vida de este santo Hermano; pero bastan las dichas para que conozcamos cuánto sirvió á Dios en vida y cuánto le honró Su Divina Majestad despues de muerto.

Escribe y habla de este siervo de Dios con mucha veneracion el Ilustrísimo D. Fr. Ambrosio Machin, Arzobispo de Cáller, en su muy docta defension, por el valeroso defensor de la fe contra Constancio emperador, Lucifero Calaritano en la parte segunda, cap. XXXVIII, donde llama al H. Hortolan venerable y varon esclarecido en santidad; cita sus revelaciones, como muy dignas de crédito, y se remite á una informacion jurídica, en que sobre algunas que tuvo, y de su gran virtud y fama de ella, hablaron personas gravísimas con gran estimacion.



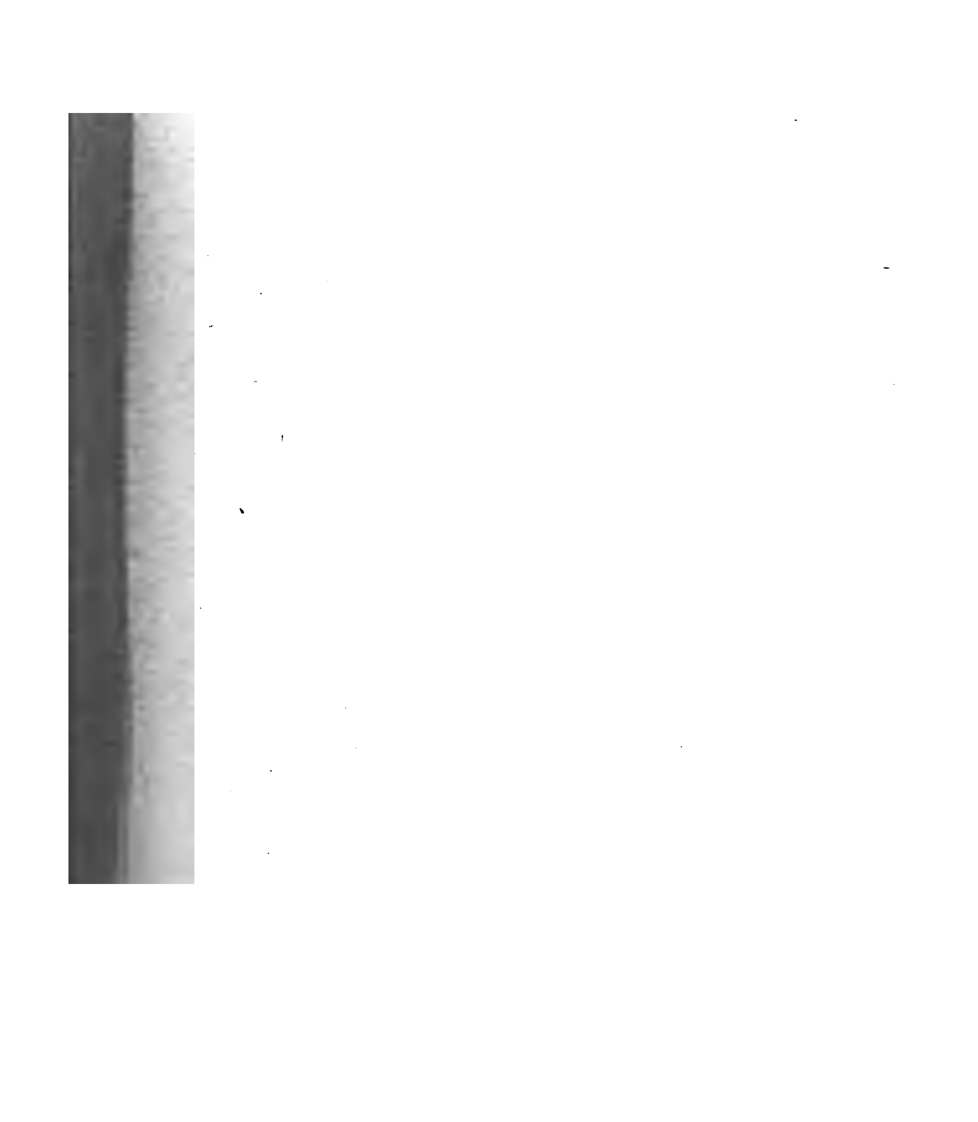
La cual informacion imprimió al fin del libro: contiene testigos muy acreditados, y entre ellos el P. Fr. Tomás Pitzalis, Prior del convento de Santo Domingo de Cáller, y otros muchos Padres de la Compañía, de gran autoridad, y todos hablan de él como de santo, y dotado de espíritu de profecía.

En vida y muerte fué tenido por tal, comprobando la gran luz que le dió nuestro Señor para descubrir muchas santas reliquias.

P. NIEREMBERG.



# PORTUGAL





# H. RODRIGO MENESES

NTRÓ el H. Rodrigo Meneses en la Compañía en Portugal el año de 1543, en el colegio de Coimbra.

a hijo del Presidente de Lisboa, y estaba en servicio del rey de Portu- Era mancebo de gran ingenio y memoria, y así, de grandes esperanzas en glo. Tenia una hermana dama de la reina.

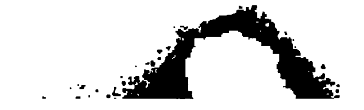
endo novicio, le enviaron á una peregrinacion con otros de la Compañía, do muy pobremente, como es uso, con un sayo pardo lleno de muchos endos, que parecia mozo de cocina muy vil: y pasando por Evora, donde a la córte, supo la reina que pasaban por allí nuestros peregrinos, y, tan devota de la Compañía, quiso verlos, y cuando los vió tan pobres, ificó mucho y les aconsejó la perseverancia en la Religion con palabras osas, y lo mismo hizo el rey.

s cuando su hermana, la dama de la reina, vió á su hermano en aquel delante de los reyes, fué tanto lo que se halló corrida y afrentada, que nzó á llorar y mesarse los cabellos, como muchacha seglar que no sabia soros encerrados en la santa pobreza y desprecio del mundo, y comen- decirle palabras afrentosas.

ro, como el H. Rodrigo tenia diferente luz que ella, reíase de sus lágri- y palabras lleno de gozo.

biendo su madre que aquella noche habia de ir á dormir dos leguas de a, trazó con disimulacion de enviar á personas que su hijo no conociese cabalgaduras para él y sus compañeros, y muchos regalos que les ofre- n de limosna como acaso y movidos de compasion: mas el H. Rodrigo tendió con sagacidad muy bien, y con mucha constancia lo despidió todo, quiso admitir ni recibir cosa alguna por el grande afecto que tenia á la eza evangélica.

rrió voz por aquel reino que los que hacian los ejercicios tenian visiones ordinarias y celestiales con raras apariciones, y que por esto, los que los



hacian quedaban atónitos y sin juicio, y así, dejaban sus padres y sus haciendas y honras, y se despreciaban tanto; de donde venia el vulgo á decir de ellos: *Musto pleni sunt isti.*

Llegó esta voz al Cardenal D. Enrique, inquisidor general, y de secreto encargó á un religioso muy grave del Orden de S. Jerónimo se informase jurídicamente de los que habian hecho los ejercicios si era verdad que veian estas visiones fantásticas, para poner remedio á este daño.

Habiendo examinado á muchos del caso y negado tal cosa como falsa, llegó á tomar su dicho al H. Rodrigo Meneses, y habiéndole requerido seriamente que dijese la verdad, si habia visto algunas visiones ó fantasmas horribles, respondió que sí y muy grandes.

Preguntado segunda vez por el juez (que ya le pareció topaba lo que buscaba) que declarase qué visiones ó fantasmas eran las que vió, y las dijese todas, mandando al escribano las fuese escribiendo con puntualidad, dijo el H. Rodrigo: «Yo me ví á mi mismo, que antes no me habia visto ni conocido, y allí me conocí y ví tan feo y abominable por mis pecados y malas inclinaciones, que en mi vida ví mónstruo más abominable que á mi mismo.»

Con lo cual el juez admirado de que, buscando algo contra los ejercicios, hallase una luz tan en honor, crédito y estima de ellos, que se desengañó; declaró al Cardenal lo que le habia pasado con el H. Rodrigo Meneses, y no sólo se deshizo la falsa calumnia contra los ejercicios, mas ántes se quedaron muy edificados del H. Rodrigo.

El año de mil y quinientos y cuarenta y ocho fué Dios servido de llevarse para sí á este Hermano de tantas más esperanzas en la Compañía que las que habia de él en el siglo, cuanto va de esperanzas de bienes temporales á las de bienes eternos; porque llegó á gran perfeccion de sólidas virtudes, y á estar muy maduro y sazonado para el cielo.

Al fin, de un recio dolor de costado acabó su vida corporal, acompañado de todos los Padres y Hermanos del colegio de Lisboa, que derramaban muchas lágrimas de devocion y consuelo, viéndole subir de los dolores corporales de esta vida mortal á los goces eternos, y sintiendo mucho perder tal sujeto en tan tiernos años, que fuera sin duda, si viviera, un gran Superior de aquella provincia y operario de singular fruto.

P. NIEREMBERG.

# P. LUIS GONZALEZ DE CAMARA

A vida de este esclarecido varon, ejemplo de religiosos, dechado de confesores de príncipes, maestro de maestros de reyes y grandes señores, spejo en quien se deben mirar los validos de los príncipes, noble por su sane y mucho más noble por sus heróicas virtudes y por el caudal de letras, ibiduría y prudencia, de que le dotó la mano liberalísima de Dios, escribió opiosamente el P. Baltalar Tellez en el primer tomo de la *Crónica de la rovincia de la Compañía de Jesus de Portugal,* para que la memoria de tan isigne varon no se perdiese con el tiempo y quedase por ejemplo y dechado le perfeccion en todos los siglos venideros, la cual, reducida á más breve esilo, es la que se sigue.

## I

### *Su patria, padres, nacimiento y entrada en la Compañía.*

Nació el P. Luis Gonzalez de Cámara en la isla de la Madera, de la corona le Portugal, siendo su padre virrey y capitan general con título de gobernalor de aquella isla.

Su nombre era Juan Gonzalez de Cámara, y el de su mujer y madre de uestro Luis doña Leonor de Villena, hija de D. Juan de Meneses, conde de arauco, que fué Prior de Ocrato, mayordomo mayor del rey D. Juan II, y espues del rey D. Manuel.

A Simon Gonzalez de Cámara, hermano mayor del P. Luis, dieron los res título de Conde de Callera, que se conserva en su casa.

De estos tan floridos árboles, matizados con el rosicler de tan esclarecida ngre, compuso la mano del Altísimo en nuestro P. Luis Gonzalez un ramite de fragrantísimas flores de virtudes y prendas divinas y humanas cuanto pudieron desear.

Fué de vivo ingenio, pronta memoria, gran capacidad para todo género de ras, mucha prudencia, ánimo alentado para cualesquiera cosas, por difici que fuesen, una como natural inclinacion á la virtud, liberal con todos y ly compasivo con los pobres, cuerdo en las resoluciones y acertado en los nsejos y ejemplo de todos los que le trataban, y así, era amado y respetade todos no sólo por su grande nobleza, sino mucho más por su grande ud.

Siendo pequeño, aprendió con eminencia la lengua latina, y la griega, y hebrea; y para aprender las ciencias mayores de Filosofía y Teología, dejó su patria y parientes y pasó á la Universidad de París, adonde tuvo por maestros los doctores más insignes que hubo en aquel tiempo.

Como su ingenio era tan vivo y despierto, aprovechó mucho en las letras y se graduó en ambas facultades.

Alcanzó en aquella Universidad á S. Ignacio nuestro Padre y á sus santos compañeros, y los comunicó y notó su grande santidad y el ejemplo que daban á todos los estudiantes.

En especial tuvo mayor familiaridad con el P. Pedro Fabro, á quien estimó siempre por el grande magisterio de espíritu que mostraba.

Sucedió que á esta sazon fundó el rey D. Juan III de Portugal la Universidad de Coimbra, para la cual trajo muchos y muy insignes maestros, y ordenó que los del reino viniesen á estudiar á ella.

Con esta ocasion vino á Coimbra nuestro Luis con designio de ostentar sus letras y alcanzar grandes puestos por ellas, como los merecian su sabiduría y nobleza; pero Dios le trajo por otros más altos fines que ahora diremos.

Habia el rey enviado á la India á S. Francisco Javier, y detenido en Portugal al P. Simon Rodriguez para fundar allí la Compañía; y dado el Padre principio al colegio de Coimbra con tan feliz suerte, que en menos de seis años habia en él ciento de la Compañía, y entre ellos de las personas más nobles y de más esclarecida sangre del reino.

Y viendo S. Ignacio nuestro Padre los grandes progresos de aquel colegio y de otros que se iban fundando en Portugal con el favor y devocion de sus reyes, envió al P. Pedro Fabro para que los visitase y pusiese en toda perfeccion.

Como por una parte era tan santo y por otra tan diestro en las cosas espirituales y de tan fervoroso espíritu, no cesaba de enseñar en todos los lugares el camino del cielo; y de todas partes venian á consultarle y á oir sus palabras llenas de sabiduría celestial.

Predicó en Coimbra con igual aplauso y fruto, y por medio de su predicacion trajo á la Compañía gran número de sujetos de lo más lustroso de la Universidad y de lo más noble del reino, que fueron despues el lustre de la Religion y los que la gobernaron y honraron con sus lucidos talentos.

Pues como nuestro Luis Gonzalez le habia comunicado en París y sido familiar suyo, cuando le vió en Portugal, fué grande el gozo que tuvo, y renovando la amistad antigua, le visitó y comunicó íntimamente.

Tal efecto hicieron las palabras de aquel varon santo, llenas del espíritu de Dios, en su corazon, que se determinó á dejar las pretensiones del mundo



pisando todas sus honras y las que con tan fundadas esperanzas esperaba alcanzar por sus letras y su sangre, y sacrificarse á Dios en el ara de la Religion.

Habiendo considerado muy de espacio esta resolucion, para hacerla total de su persona y cortar todas las esperanzas que pudiera tener de entrar con el tiempo en alguna dignidad; se determinó á pedir la Compañía, adonde en todos tiempos está cerrada la puerta á todas las pretensiones humanas.

Tomada esta resolucion, pidió al P. Fabro que le recibiese en ella, el cual le dió la ropa con igual consuelo de ambos; del que se la daba, por la satisfaccion que tenia de sus aventajadas prendas; y del que la recibia, por la certidumbre que tenia de alcanzar su salvacion por este medio y gozar de una vida quieta y retirada del mundo en seguimiento de Cristo.

Para hacer los ejercicios de la primera probacion, pidió un lugar apartado de todo el bullicio del siglo y donde no le inquietasen visitas de parientes ni amigos, ni pudiesen llegar las nuevas de lo que pasaba en el mundo.

Condescendiendo los Superiores con tan justa peticion, le enviaron á la villa de Coja, siete leguas de Coimbra, adonde estuvo retirado por muchos dias entregándose todo á Dios en oracion, silencio y penitencia, echando los primeros cimientos de la vida espiritual que disponia.

Sobre este sólido cimiento comenzó á levantar el edificio espiritual de su santa vida; y para que fuese más á nivel, conforme á las reglas de la perfeccion, pidió, como otro Abrahan, alejarse de su tierra y parientes y tener su noviciado donde no fuese conocido.

El P. Fabro, aprobando este buen espíritu, le envió á la ciudad de Valencia, ciento y cincuenta leguas de Coimbra, á un corto colegio que se comenzaba á fundar allí con gran pobreza.

Dióle dos compañeros que fueron el P. Urbano, que despues fué Rector de Coimbra y murió en el viaje de las Indias, y el P. Manuel de Satan, célebre por sus doctos libros.

Los tres partieron á tan larga peregrinacion, caminando no ménos por el cielo con el alma que con el cuerpo por la tierra, adelantándose siempre en el espíritu.

Llegados á Valencia, fueron recibidos del P. Diego Miron, Rector de aquel corto colegio, con mucha caridad y amor; y luego comenzaron la obra de su espiritual edificio, ejercitándose en oficios de humildad, en áspera penitencia, mortificaciones domésticas y públicas, saliendo en varios disfraces por las calles á ser despreciados del mundo, ó, por hablar más propiamente, á despreciarle ellos, pisando sus honras y estimacion, como lo usó la Compañía en aquel tiempo á imitacion de los monjes antiguos.

Bien tuvo que vencer el nuevo soldado de Cristo en su altivo natural y robusta complexion.

Como estaba criado en regalo, hízole grande guerra la corta comida de la Religion y mayor la de Valencia, que ya por la pobreza del colegio, ya por la delicadeza de los naturales, junta con su mortificacion, la usan más ténue que en otras partes; y como no satisfacia al vivo calor de su estómago, padecia grande necesidad y menoscabo en las fuerzas naturales.

Mas como el espíritu era robusto, venció esta dificultad con otra mortificacion, y fué tomando agua gruesa de un pozo salobre que habia en el colegio, y como quien echa agua al fuego, templó el de su estómago con la de aquel pozo, bebiendo cuando le apretaba el hambre, y supliendo con el manjar del alma el que le faltaba al cuerpo, pasando, sufriendo y callando por amor de Dios, que atendiendo á su paciencia, le dió victoria de este y los demás enemigos que combatieron su santa vocacion.

Acabado su noviciado, volvió á Coimbra por órden del Superior, y fué tal la edificacion de su vida y el ejemplo de santidad que á todos dió, así dentro como fuera de casa, que teniendo tres años de Religion, vista su mucha prudencia, le hizo Rector del Colegio de Coimbra el P. Simon Rodriguez, Superior de todos los de Portugal, con aceptacion comun de todos: tales eran los progresos que en tan breve tiempo habia hecho en la Religion.

El humilde Padre rehusó la dignidad, pidiendo que le enviasen á predicar al Brasil á los indios gentiles, porque sentia para esta jornada inspiraciones de Dios; pero, vistas todas las cosas, se juzgó por más conveniente que acptase el rectorado, y así, abajó la cabeza y tomó aquella carga sobre sus hombros, que no fué pequeña para su espíritu humilde, deseoso más de obedecer que de mandar.

La habitacion del colegio era muy corta, los sujetos muchos, la posibilidad de sustentarlos tan ténue, que les era forzoso salir á mendigar por las calles y lugares, lo cual hacian con mucha edificacion.

Pero el corazon del Superior y la confianza en Dios era tal, que vencia todas las dificultades, y en medio de tanta pobreza fué tan magnánimo que no dudó de emprender tales obras, cuales la imaginacion no pudiera llegar á ellas, como si tuviera la hacienda de todo el mundo en su mano, si bien la tenia en la confianza en Dios.

Trazó en lo alto de la ciudad, á vista de la Universidad, un edificio no soberbio, pero grande y tan capaz que tuviese vivienda para más de doscientos religiosos, con su iglesia y oficinas correspondientes á él, esperando que Dios habia de traer tantos á la Religion, que fuese necesaria la vivienda que trazaba, como en la verdad sucedió.

cha la planta del colegio, la ofreció á la Majestad de Dios, suplicándole
:dificase su casa, pues era para su servicio; y juntamente dió cuenta al
). Juan de sus intentos y de la necesidad que habia de vivienda para los
os que Dios traia á la Religion y los que se habian de criar allí para ir
Indias á publicar el Evangelio de Cristo entre los gentiles; suplicándole
ie sirviese de ayudar con su limosna para obra tan pía como necesaria
cristiandad.
rey, como tan pío y devoto de la Compañía, oyó al P. Luis con tan gra-
idos que, alabando sus intentos, tomó por su cuenta toda la fábrica de
y de iglesia; y, á no irle á la mano la moderacion del siervo de Dios, la
a mucho más suntuosa que la habia trazado.
10 de la córte el P. Simon Rodriguez, y con mucha solemnidad puso la
:ra piedra á catorce de abril del año de mil y quinientos y cuarenta y

menzóse la obra con gran fervor, no ménos del espíritu que del cuerpo;
ie, capitaneando el Rector á los súbditos como el capitan á los soldados,
trabajaban en el edificio repartidos en estancias; los unos cavaban la
, otros la llevaban en espuertas; unos cargaban los carros, otros los lle-
ı; unos sacaban la piedra y otros la traian, repartidos con buen órden
uno en sus oficios, con tanto silencio, modestia y alegría, que no pocos
; estudiantes que los miraban, movidos de su edificacion, pidieron en-
n la Compañía.

## II

*Prosigue la obra del Colegio y dáse cuenta de algunos que despidió de la Compañía.*

n el buen ejemplo del Rector y de los súbditos creció el número de los
s del colegio á más de ciento; y la paz y concordia que guardaban entre
tal, que no parecian muchos, sino uno; conformes en las voluntades, y
s con el vínculo de la fraterna caridad, sólo habia emulacion, en cuál
de trabajar más y habia de ser más humilde.
· esto trabajaban todos en la obra á porfía, pretendiendo cada cual para
ıuesto más trabajoso y el oficio más abatido; unos servian de aguado-
ayendo agua con los jumentos desde el rio; otros acarreaban cal, otros
ı, otros ladrillos, tan diestros en la carretería, como si se hubieran criado
uel oficio; los que no sabian tanto, esporteaban la tierra y daban los ma-
:s á los albañiles.



Concurrian los estudiantes y ciudadanos á mirar aquella nunca vista m villa de tantos nobles, muchos de la sangre más ilustre del reino, hechos p nes y jornaleros, llevando acuestas la piedra y la madera, tirando el carret cillo y llevando muchas veces en sus hombros las angarillas; y lo que más miraba era la rara modestia y silencio con que todos trabajaban.

No levantaban los ojos de la tierra ni hablaban una palabra sino era co pelidos de la necesidad de lo que hacian, y entónces con voz baja y humild cosa que edificó tanto, que muchos de los más principales se movieron á e trar en la Compañía, entre los cuales fué D. Teutonio de Braganza, sobrin del rey D. Juan III, que despues murió Arzobispo de Evora: con que el edi ficio crecia, y mucho más la observancia y edificacion de los nuestros, con e buen olor de santidad que derramaban con su ejemplo, afervorizados con e que les daba su buen Rector y Maestro.

Pero, como enseña S. Pedro Damiano, así como no hay comunidad tan ti bia en que no haya un fervoroso, así no la hay tan fervorosa en que no se halle algun tibio; y en esta de tan grande espíritu se hallaron tres, no de los más nobles, que vencidos del pundonor humano, afectando más honra en la Religion de la que tuvieran en el siglo, se desdeñaron de los oficios humilde en que se ejercitaban los demás, alegando que no habian entrado en la Reli gion para ser carreteros ni aguadores ni servir á los albañiles, lenguaje que escandalizó el colegio y causó ofensa á los demás que trabajaban con igua fervor y gusto en los oficios humildes, teniéndolos por más honrados en la Religion que los mayores del siglo.

Quien más sintió este desórden fué el P. Luis Gonzalez, el cual escribi luego al P. Simon Rodriguez lo que pasaba, y su respuesta fué la que se sigue:

«Ved (le dice) si están los Hermanos á quien hablasteis aparejados para andar en el carro; sino, váyanse en muy en buena hora, que yo por esta me ofrezco á ser vuestro carretero, y en esto tendré más gusto que en ser maes tro del príncipe.

»No tenemos necesidad de gente que se rija por respetos humanos; con viene despedir estos y enviarlos al mundo y no cuidar de vanidades, que lo que lleva el carretero puede sustentar dos Hermanos; quien anda con la re cua necesariamente ha de andar de fuera.

»La cruz de Cristo no fué sino á las espaldas, ni la llevó el Señor dentro d casa, sino por medio de Jerusalen y fuera de ella.

»Pluguiera al Señor que tuviera yo esta libertad que sumamente amo deseo; quien no ama á Cristo crucificado, sea habido por descomulgado y p abominable; quien no ama las deshonras de la cruz de Cristo, no es de Cris

»Ya pasó el tiempo de hablarnos por enigmas, es menester hablar de Cristo claramente; los que no crucifican su carne con Cristo, no son de Cristo.

»Muchas veces os dije que era mejor ser nosotros cuatro en la Compañía; ahora os digo que con uno solo me contentaré, y conocereis los que son de esta Compañía: *Qui non sequitur Christum, anathema sit, recedat, et abeat, separetur a nobis*. Apártese de aquí, busque otro Cristo, porque nosotros seguimos á Cristo crucificado.»

Hasta aquí el P. Simon Rodriguez, en que declara su sentimiento y el dictámen que aprendió de S. Ignacio, su maestro, y el que todos debemos tener los que militamos debajo de su bandera. Y por haber desdicho de esta regla los tres referidos, fueron justísimamente despedidos de la Compañía.

Otro caso sucedió por el mismo tiempo en Coimbra, bien ejemplar y no desemejante al pasado, que es justo no pasar en olvido para ejemplo de los presentes y de los siglos venideros.

Habia en aquel colegio otros tres religiosos ménos amoldados á la regla y espíritu de la Compañía de lo que ella pide, amigos de libertad y de regalo, sueltos de lengua y poco rendidos á la obediencia; el uno era sacerdote y los dos Hermanos estudiantes.

El P. Luis Gonzalez de Cámara, con caridad y amor de verdadero padre, procuró corregirlos, dándoles saludables amonestaciones y algun moderado castigo; pero ellos, mal aconsejados, convirtieron la triaca en ponzoña y se empeoraron con la medicina, volviéndose contra el médico de sus almas y maquinando contra él injurias.

Para salir con su intento, escribieron una carta á otro de la Compañía amigo suyo que moraba en Lisboa, para inquietarle y hacerle de su bando, firmada de todos tres, y con grande secreto y buena paga la dieron al mensajero para que la diese en mano propia.

Hízolo así, pero el que la recibió no vino en lo que pedian, juzgando mal de accion tan perniciosa así para sus almas como para la Compañía; por lo cual, atendiendo más á la fidelidad que debia á Dios y al Superior que gobierna en su lugar, que á los que se vendian por sus amigos, puso la carta en manos de su Provincial, que era el P. Simon Rodriguez, el cual la remitió al P. Luis Gonzalez con otra suya larga, en que le ordenaba que públicamente despidiese á los tres de la Compañía.

Recibidas las cartas, mandó tocar la campana; y, estando el colegio junto, se hincó de rodillas en medio de todos, suspensos hasta ver el fin de tan desusada accion á semejante hora.

Abrió la boca y con más lágrimas que palabras les exhortó á ser fieles y obedientes á los Superiores, y no dejarse llevar del amor propio ni de caer en

faltas, aunque pareciesen pequeñas, porque no se despeñasen en mayores, como algunos que luego verian.

Levantóse del suelo, y sentado en la silla, mandó hincarse de rodillas á los tres culpados y leer la carta firmada de sus nombres que habian escrito á Lisboa, y despues de ella la del P. Provincial en que los mandaba despedir de la Compañía por haber cometido falta tan grave contra su Rector, moviendo sedicion y persuadiendo á otros á entrar en ella, cosa nunca oida entre nosotros y que seria de grande escándalo si se permitiese en la Religion.

Luego se ejecutó la sentencia, y los desnudaron de los vestidos religiosos, y dieron los de seglares, y los echaron la puerta afuera.

El santo Rector hizo una plática á todos con grande espíritu y sentimiento, exhortándoles á la perseverancia en la Religion y á no dar oidos al demonio que habla por boca de los díscolos y mal acostumbrados, para despeñarnos en nuestra perdicion, como se vió en aquellos tres mal aconsejados cuya caida permitió Dios por su tibieza para ejemplo y escarmiento de los demás que quedaron atemorizadísimos, y procedieron en adelante con mucho fervor; que el premio y el castigo son las pesas con que se gobierna el reloj de la observancia religiosa.

## III

*Celo del P. Luis Gonzalez en enviar misioneros á varias partes, y recibe de N. P. S. Ignacio una carta muy espiritual para el colegio de Coimbra.*

Continuaba el P. Luis Gonzalez con grande fervor gobernando el colegio de Coimbra, el cual fué varon muy ajustado á toda virtud, y principalmente dado al espíritu de la mortificacion, al desprecio de sí mismo y grande celador del bien de las almas.

Y porque es ordinario en los Prelados querer imprimir en los súbditos lo que juzgan ser de más provecho para su bien espiritual, entró en grandes fervores de ejercitar á nuestros religiosos en varias peregrinaciones y misiones, para ayudar á las almas, que es el principal fin de nuestro Instituto; y luego para diversas misiones nombró varios sacerdotes cada uno con su compañero.

Salian todos del colegio de Coimbra á pié, sin viático, cumpliendo al pié de la letra el consejo del Profeta (que tambien el glorioso P. S. Francisco de

Asís daba á semejantes misioneros por principal provision del camino que hacian) conviene á saber, la confianza en Dios que los sustentaria.

Partiéronse algunos peregrinando al obispado de la Gusrda, otros entre Duero y Miño, y otros á diversas partes y comarcas del reino, entrando por las ciudades, por las villas y lugares como si fuesen unos nuevos correos del cielo que les venian á traer nuevas de la salvacion.

A nuestra residencia del monasterio de S. Fins, que está junto á las riberas del Miño, fueron enviados algunos convalecientes para tomar nuevo aliento en la salud en aquel sitio, los cuales avergonzándose de estar allí ocupados en acudir á los males propios, sin tratar del bien ajeno, deliberaron con valiente resolucion de hacer animosas salidas para ayudar á los prójimos, discurriendo por todos aquellos lugares de la raya de Portugal y del confin de Galicia.

El principal aventurero y como adalid mayor de esta frontera en estas grandes empresas fué el P. Gonzalo Vaz de Melo, hombre ilustre por sangre, heredado de sus abuelos y mucho más de la virtud que ganó en la Religion, persona grave en la Compañía, de grande talento para predicar y de grandísimo espíritu de misionero, en el cual siempre la fuerza del generoso espíritu prevaleció contra la flaqueza del cuerpo debilitado.

Como era tan grande siervo de Dios y de tan conocida virtud, podia con toda confianza salir á predicar; que, como dice S. Gregorio Magno, sólo aquel puede con toda libertad hablar que aprendió primero con todo cuidado á obrar bien.

Hizo la primera predicacion en Valencia del Miño con tal satisfaccion y asombro de toda la gente, que en bajando del púlpito y tratando de volver á casa, la justicia, con todos los principales de la tierra, fueron en su seguimiento, como antiguamente sucedió al Señor despues de predicar á los samaritanos, para obligarle á quedarse con ellos más tiempo.

No pudo el Padre por entónces aceptar la buena voluntad de los habitadores de las orillas del rio, porque llevaba órden para tornar luego á S. Fins; pero excusóse con promesas de proseguir la mision, lo cual ejecutó en breve; porque, considerando cómo la Divina gracia le habia ayudado, dándole fuerzas en su flaqueza para la mision pasada, le creció de nuevo el ánimo para mayores trabajos.

Alcanzada licencia del Superior para discurrir por las tierras vecinas de aquel contorno, salió con su compañero (que fué el P. Antonio Gomez) pertrechados ambos con las armas de la santa pobreza, con vestidos tan viejos, que sólo bastaban para cubrirlos en la más humilde forma que permitia la modestia religiosa y el estado sacerdotal que ambos tenian; de manera que

más podria parecer que iban á vivir de las limosnas que los moradores de aquellas tierras les podian dar, que llevarles á sus casas los ricos tesoros de la gracia.

Llevaban por instruccion en estas misiones que entendiesen que más iban á aprovecharse á sí con procurar su perfeccion, que para enseñar á los otros procurándoles la salvacion; que viviesen siempre de limosnas y no hiciesen provision de las que les daban para no pedirlas á otro dia; que en los miércoles, fiestas y domingos, fuera de predicar á las mañanas, hiciesen la doctrina á los niños por las tardes y no aceptasen agasajos en casa alguna fuera de los hospitales, y que en estos sirviesen á los enfermos y les barriesen los aposentos, hiciesen las camas y acudiesen á todo lo demás necesario; de suerte que los ejercicios superiores de la predicacion se ilustrasen mejor con los más bajos oficios de la humildad, trayendo siempre delante de los ojos el primero y principal ejemplar, que es Cristo.

Los fervores del colegio de Coimbra alentados con el cuidadoso celo de su Rector fueron tales, que tenia puestos los ojos en aquella santa Comunidad nuestro P. S. Ignacio, amándola ternísimamente, porque veia que correspondia su espíritu con el del Instituto de la Compañía; y así, para que no degenerase á ménos, les escribió una carta de mucha doctrina que propone en lengua portuguesa el P. Baltasar Tellez, la cual, aunque larga, es tan preciosa y tan llena de documentos espirituales, que es digna de que la tengamos muy en la memoria, y, traducida en castellano, es la siguiente:

## V

### *Carta de nuestro P. S. Ignacio al colegio de Coimbra.*

La suma gracia y amor eterno de Jesucristo nuestro Salvador sea siempre en nuestro favor y ayuda. Amen

Por cartas del Maestro Simon y de Martin de Santa Cruz tengo acá frecuentes nuevas de todos, y sabe el Señor, de quien todo bien depende, de cuánto consuelo y alegría me es saber lo que la divina Majestad os ayuda así en el estudio de las letras como de las virtudes y buen olor de ellas, que aún en partes tan distantes de esas, animan y edifican á otros, de que todo buen cristiano debe tener particular contento por la obligacion comun que todos tenemos á buscar la honra y gloria de nuestro Criador en el bien de su imágen redimida con la sangre y vida de su Unigénito Hijo.

A mí particularmente me cabe grande parte de éste gusto, pues estoy tan obligado á teneros particular amor dentro de mi alma.

Por todo sea siempre glorificado y bendito el Criador y Redentor nuestro, de cuya liberalidad infinita mana todo bien y gracia.

Plegue á su Divina piedad abrir cada dia más las fuentes de su Divina misericordia, aumentando y promoviendo lo que en vuestras almas ha comenzado.

Ni dudo de la Suma bondad, sumamente comunicativa de sus bienes, y de aquel amor eterno con que quiere darnos toda la perfeccion con mucha mayor voluntad de la que nos tenemos para recibirla que así lo hará: que no siendo así, no nos animara su Eterno Hijo á lo que sólo de su divina mano podemos alcanzar diciendo: *Estote perfecti sicut et Pater vester coelestis perfectus est.*

Así que de su parte cierto es que él está presto, con tal que de la nuestra dé la humildad lugar para recibirse mucho de sus grandézas, viendo que usamos bien de las mercedes que ya nos hizo y de las que esperamos nos haga de su divina gracia.

No dejaré en este particular de poner espuelas áun á los que entre vosotros van corriendo.

Que cierto os puedo decir que os habeis de esmerar mucho en letras y virtudes si habeis de corresponder á lo que hicisteis y se espera de vosotros, no sólo en este reino de Portugal, sino en otros muy distantes, que considerados los socorros y ayudas interiores y exteriores que Dios nuestro Señor os da por todas las vías, con razon esperan de vosotros fruto muy extraordinario.

Y así es que á la grande obligacion que teneis de vivir virtuosa y santamente, no satisface un ordinario proceder.

Ved cuál es vuestra vocacion y juzgareis que lo que en otros no será poco lo será en vosotros; porque no os llamó Dios de las tinieblas á la admirable luz suya, pasándoos al reino de su Hijo muy amado (como á los más fieles) sino para que mejor conservaseis la pureza de vuestra alma y tuvieseis más unido el amor á las cosas espirituales de su servicio; hubo por bien sacaros del peligroso golfo de este mundo, á fin de que no peligrase vuestra conciencia en medio de las tormentas que en él suele ejercitar, de una parte el viento del deseo, ora sea de riquezas, ora de honras, ora de deleites y de otra el temor de perder todo esto.

Y tambien para que estas cosas bajas no se apoderasen de vuestro entendimiento y amor, repartiéndole por varias partes y os pudieseis todos convertir y emplear en aquello para que fuisteis criados, que es á gloria de Dios y á vuestra salvacion y de los prójimos.

Y dado que tiren á este blanco los institutos de la vida religiosa, con todo



eso la Divina bondad os ha llamado á este, donde no con una general direc cion, sino poniendo en esto todo el caudal de vuestra vida y trabajos, habeis de hacer de vosotros un continuo sacrificio á la gloria divina y salvacion de los prójimos, trabajando en ella con el ejemplo y afectuosas oraciones, con que la divina Providencia ordenó que unos á otros nos ayudásemos.

De donde podreis entender cuán noble y real es el modo de vivir que habeis escogido, pues no sólamente entre hombres, pero áun entre ángeles no se pueden hallar ejercicios más ilustres, que son los de glorificar al Criador en sí y reducir á él sus criaturas en cuanto son capaces de la participacion de la divina gloria.

Así que, considerad vuestra profesion para que de una parte os consoleis y deis al Señor infinitas gracias por tantos beneficios, y de otra le pidais especial favor para corresponder á ella, ayudados de grande esfuerzo y diligencia, que os es muy necesaria para salir con fines tan importantes.

Por amor de Jesucristo nuestro Señor y Redentor, que olvidándoos de lo que queda atrás, os estendais con S. Pablo á lo mucho que os queda por andar en el camino de la perfeccion.

La flojedad, tibieza y hastío del estudio y de los demás ejercicios virtuosos tenedlos por enemigos declarados de los fines que pretendeis, ni consintais que os hagan ventaja los hijos de este mundo en buscar con más industria y cuidado las cosas temporales que vosotros las eternas. Avergonzaos de que ellos corran con mayor prisa para la muerte que vosotros para la vida.

Teneos por hombres para poco, si viereis que un cortesano sirve con más cuidado á fin de granjear el valimiento del príncipe de la tierra, que vosotros el del Rey del cielo.

Y si un soldado por un humo de honra de la victoria y algun despojo se pone en campo con más resolucion que vosotros por la gloria, por el señorío del mundo y de vosotros mismos, no os sea esta flaqueza de poco peso y vergüenza.

No seais, por amor de nuestro Señor, remisos en el ejercicio y combate en la conquista de la perfeccion, teniendo entendido lo que dice el Sabio, que el arco quiebra por estar siempre tirante y el ánimo por estar descaido, y el alma de los que trabajan se fortalece y hace robusta, como dice la Escritura.

Procurad conservar el fervor santo para trabajar en el estudio de las letras y de la virtud; que así en lo uno como en lo otro vale más un acto intenso que muchos remisos, y lo que no alcanza un flojo en muchos años, un diligente suele conseguir en breve tiempo.

En las letras se ve claramente esta diferencia; la misma hay en vencer las pasiones y flaquezas á que nuestra naturaleza está sujeta.

Y no adquirir en las virtudes es cierto que es de remisos; y porque no pelean contra sí, tarde ó nunca llegan á gozar de la paz de su alma ni á poseer alguna virtud perfectamente; siendo así que los fervorosos y diligentes en breve tiempo pasan adelante en una y en otra empresa.

Pues el verdadero contento que en esta vida puede haber, la experiencia muestra que no se halla en los flojos y remisos, sino en los que son fervorosos en el servicio divino; porque haciéndose de su parte fuerza para vencerse á sí mismos y á cortar por el amor propio, desarraigan de sí las pasiones interiores y las inclinaciones viciosas de su alma.

Y tambien con alcanzar los hábitos de las virtudes vienen como naturalmente á obrar con facilidad y alegría conforme á ellos; pues con que pongan el pecho á la virtud, se disponen á recibir de la mano de Dios, piadosísimo consolador, la suavidad de sus consolaciones, pues al vencedor se da el maná escondido.

Por el contrario, la tibieza es causa de vivir uno con molestias, no dejando quitar la causa de ellas, que es el amor propio, y desmereciendo en todo el favor divino.

Por tanto, debeis trabajar más de propósito en vuestros loables ejercicios; que en esta vida sentireis el fruto del santo fervor, no sólo en la perfeccion de vuestras almas, pero tambien en el contento de la presente vida.

Pues si aspirais al premio de la eterna (en que todos debíamos poner frecuentemente los ojos) fácilmente os persuadirá S. Pablo, que no tienen que ver los trabajos de este mundo con la felicidad de la futura gloria del otro, la cual se manifestará en nosotros, porque lo momentáneo y leve de nuestra tribulacion nos causa un peso de gloria sobremanera excelente y eterno.

Y si esto es así en todo cristiano que honra y sirve á Dios, fácilmente podreis ver cuál será vuestra corona si correspondeis á vuestro Instituto, que es no sólamente servir á Dios en vuestra persona, sino traer á otros muchos á la santísima honra y servicio del mismo Señor, siendo del número de aquellos que instruyen á otros y los traen á la virtud, y por eso resplandecerán como estrellas del firmamento por toda la eternidad.

Esta alabanza da la Escritura Sagrada á los que diligentemente se emplean en su oficio, así despues de ejercitar las armas, como antes al prevenirlas.

Que de otra manera es cierto que no basta ocuparse en las obras que por sí son buenas, pues nos dirá el profeta Jeremías que es maldito aquel que hace las obras de Dios con negligencia; y S. Pablo que muchos corren parejas, pero uno sólo recibe el premio, y que no será coronado sino el que legítimamente peleare; que quiere decir, el que trabajare con ventajas, se salvará con ellas.



Sobre todo esto, querria que se encendiese en vosotros el amor puro de nuestro Señor y Redentor y el deseo de su honra, mayor gloria y salvacion de las almas (que él tan á su costa redimió) teniendo á esto particular obligacion, pues sois soldados suyos con especial título y sueldo en esta su Compañía. Digo especial, porque otros muchos hay generales que grandemente nos obligan á celar su servicio y honra.

Sueldo suyo es todo lo natural que sois y teneis, pues de su mano recibisteis y hoy poseeis todas las partes y perfecciones del alma y cuerpo y bienes exteriores.

Sueldo suyo son los bienes espirituales de su gracia, con que tan liberal y benignamente nos anticipó y no deja de conservarlos en nosotros, siendo tan rebeldes y contrarios á su Divina voluntad.

Sueldo son los inestimables bienes de la gloria, la cual (sin venirle de allí provecho alguno) os tiene aparejada y prometida, comunicándoos todos los tesoros de su bienaventuranza, para que seais por una eminente participacion de sus perfecciones lo que él es por su esencia y naturaleza.

Sueldo es, finalmente, todo el mundo universo y cuanto en él se contiene, así corporal como espiritual; pues Dios tiene puesto en su ministerio no sólamente cuanto hay debajo del cielo, sino toda aquella su alta córte, sin perdonar á ninguna de las jerarquías celestiales, pues todos los espíritus bienaventurados se ocupan en servir á aquellos que entran en la herencia de la salvacion eterna.

Y porque todos estos sueldos no bastaban, se hizo á sí mismo precio nuestro, dándosenos por hermano en la misma naturaleza, por precio de nuestra redencion en la cruz, por mantenimiento, medicina y compañía de nuestra peregrinacion en la Sagrada Eucaristía.

¡Oh cuán mal soldado es aquel á quien no bastan tantos sueldos para animarse á trabajar por la honra de su príncipe! Pues es cierto que por obligarnos á procurarlo y desearlo con más prontitud quiso su divina Majestad anticiparse con estos incomparables y costosos beneficios, despojando (en cierto modo) á su perfectísima humanidad de sus bienes por hacernos participantes de ellos, pues tomó en sí nuestras miserias para exemptarnos de ellas, quiso ser vendido por rescatarnos, infamado por honrarnos, pobre por enriquecernos, muerto con tanta ignominia por darnos vida inmortal y bienaventurada.

¡Oh cuán extraña ingratitud y dureza es la de quien con todo esto no se da por muy obligado á ser diligentísimo en procurar la honra, gloria y alabanza de Cristo nuestro Señor!

Y si veis esta obligacion y deseais emplearos en su divino servicio, e' tiempo estais en que es necesario mostrar por obras vuestro deseo.

Poned los ojos en todas las partes del mundo, buscad y ved dónde es honrada la divina Majestad; dónde venerada su inmensa grandeza; dónde conocida su sabiduría é infinita bondad; dónde se cumple su voluntad santísima; y no os causará pequeño dolor ver cómo en el mundo es ignorado, despreciado y blasfemado su santo nombre y la doctrina de Cristo, Eterna Sabiduría, desamparada, su ejemplo olvidado, el precio de su sangre en cierto modo perdido de nuestra parte por haber tan pocos que de él se aprovechen.

Poned los ojos en vuestros prójimos como en una imágen de la Santísima Trinidad y capaz de su gloria, templos vivos del Espíritu Santo, miembros de Cristo Señor nuestro, redimidos con tantos dolores é infamias, y últimamente con su sangre y vida.

Ved en cuánta miseria se hallan metidos, en cuán profundas tinieblas de ignorancia y en cuál tempestad de deseos y vanos temores, y por otras tales perturbaciones conquistados y combatidos por todas partes de tantos enemigos visibles é invisibles, á riesgo de perder, no la hacienda ó vida temporal, sino el reino y felicidad eterna, y de caer en la intolerable miseria y fuego del infierno.

Digo, por concluir en pocas palabras, que si bien considerais la obligacion que teneis de volver por la honra de Jesucristo, Señor nuestro, y por la salvacion de los prójimos; entendereis cuán debida cosa es que os dispongais á todo trabajo para haceros instrumentos idóneos de la gracia divina para este efecto, mayormente habiendo hoy tan pocos obreros que buscan á Jesucristo, y por eso mucho más os debeis esforzar en llevar adelante lo en que otros faltan, pues Dios os hizo esta particular gracia de la vocacion á que os llamó y de los propósitos y deseos que os da.

Lo que hasta aquí tengo dicho para despertar á quien duerme y hacer correr al que poco anda, no ha de ser ocasion de dar en otro extremo de fervores indiscretos; que las dolencias no proceden sólamente de cosas frias, cual es la tibieza, pero tambien de cosas calientes, cual es el demasiado fervor; razonable devocion, dice S. Pablo, conformándose con lo del Salmista: *La honra del rey ama el juicio*, que quiere decir la discrecion; y lo que se figuraba en el levítico, donde Dios mandaba que en todo sacrificio se ofreciese sal, que siguifica la sabiduría y prudencia.

Es así, que ningun ardid más eficaz tiene el enemigo de la naturaluza humana para quitar del corazon la verdadera caridad, como hacer que se proceda en ella incautamente y no conforme á la razon superior.

En nada seas nimio, dice un autor, y así se debe guardar áun en la misma justicia, como leeis en el Eclesiástico: *No quieras ser demasiadamente justo;* que á no tener esta moderacion, el bien se convierte en mal, y la virtud en

vicio, y nacen otros inconvenientes que se oponen á la atencion de quien así camina.

El primero es que no puede servir á Dios mucho tiempo, como acontece no llegar al fin del camino el caballo que al principio hace muy largas jornadas, ántes suele suceder que viene á ocupar á otro en servirle.

Lo segundo, que es contingente ser de dura el que así camina con demasiada prisa; que áun en esto tiene lugar lo que dice la Escritura, que la hacienda en breve tiempo adquirida, fácilmente se acaba.

Y no sólo se disminuye, pero tambien es causa de caer, porque, como dice el sagrado texto: «Quien se apresura mucho no deja de tropezar;» y tanto es la caida más peligrosa, cuanto es de más alto, no parando hasta el último grado.

El tercero es, que quien así procede, no repara en el peligro que hay en cargar mucho la barca.

Bien es verdad que hay peligro en ir vacía y con poco lastre, porque cualquier tentacion la lleva de una parte á otra. Pero mayor peligro hay en cargarla tanto, que se vaya á pique á lo profundo.

El cuarto es, acontecer que por crucificar al hombre viejo se crucifica el nuevo, trayéndole á no poder por flaqueza ejercitar las virtudes y obras santas; que, segun S. Bernardo, cuatro cosas se quitan por este exceso injustamente; al cuerpo, la ejecucion de las buenas obras; al alma, el afecto; al prójimo, el ejemplo; á Dios, la hora.

De donde infiere que queda con cargo de todo esto, como un sacrílego, por tratar así el vivo ejemplo de Dios.

Decíamos que quitaba el ejemplo al prójimo, porque la caida de uno espanta y entibia á muchos en el camino espiritual y áun suele dar escándalo.

Y por ese respeto se llaman divisiones de la union y enemigos de la paz, ademas del mal que á sí mesmos se hacen con soberbia y vanagloria, prefiriendo su juicio al de todos, y por lo ménos usurpando lo que no es suyo, que es hacerse jueces de sus cosas, pidiendo la razon que lo sea el Superior.

Fuera de estos, hay otros inconvenientes, como son cargarse tanto de armas que no puedan ayudarse de ellas, como David de las de Saul, y proveer de espuelas y no de freno al caballo de su naturaleza impetuoso: de manera que en este particular es muy importante la discrecion que modera los ejercicios virtuosos entre los extremos.

Y, como bien avisa S. Bernardo, no se ha de creer siempre á la buena voluntad, ántes se ha de ordenar y regir, principalmente en el que empieza, porque no suceda ser malo para sí quien quiere ser bueno para otros.

El que es malo para sí, ¿para quién podrá ser bueno? Y si os parece que la

screcion es cosa difícil é inaccesible, á lo ménos suplid la falta de ella con obediencia y consejo del Superior, que siempre será seguro.

Y si alguno quisiere seguir primero su parecer, oiga lo que el mismo S. Berardo dice: Que lo que se hace sin consentimiento, y voluntad del Padre esiritual, no se cuenta por merecimiento sino por vanagloria. Acuérdese que s crímen de idolatría no sujetarse y pecado de agorero no obedecer, como ice la Escritura.

Así que, para tomar medio entre la tibieza y el fervor indiscreto, importa ener por guía á la santa obediencia; y si en el tiempo de estudio teneis gran eseo de mortificacion, empleadle antes en quebrar vuestras voluntades y suetar los juicios debajo del yugo de la obediencia, que en debilitar y afligir los uerpos sin la debida moderacion.

No querria con todo eso, que por lo que tengo dicho juzgaseis que me esagradan algunas de vuestras mortificaciones; que estas y otras locuras antas sé yo que las usan los santos para su provecho y son útiles para venerse uno y adquirir más copiosa gracia, mayormente en los principios.

Pero en tiempo de estudios y á quien tiene ya más dominio sobre el amor ropio por la gracia divina, lo que tengo escrito de reducirse á la medianía e la santa discrecion, tengo por mejor, no apartándoos de la obediencia, la ual os encomiendo muy encarecidamente junto con aquella virtud, perfecon y compendio de todas las otras que Jesucristo nuestro Señor tanto enomendó, llamando suyo al precepto de ella, *que os ameis unos á otros como o os amé.*

Y no sólamente que conserveis entre vosotros el fraternal amor y union e caridad, sino que tambien le extendais en vuestras almas en órden á la alvacion de los prójimos, pesando lo que cada uno vale por el precio que ostó á la sangre y vida de Cristo nuestro Dios y Señor.

Porque, previniendo de una parte las letras y de otra aumentando la cariad, os hagais cabales instrumentos de la divina gracia y cooperadores de sta altísima obra de reducir á Dios, supremo fin, sus criaturas.

Y en este medio tiempo en que sois estudiantes, no os parezca que sois inútiles al prójimo; porque, fuera de aprovecharos á vosotros, como pide la aridad ordenada, servís al prójimo en muchas maneras para gloria y honra vina.

La primera con el trabajo presente y con el fin con que le tomais, ordeándolo todo para su edificacion; que los soldados en cuanto atienden á proerse de armas y municiones para la empresa que se espera, no se puede cir que su trabajo no es en servicio de su príncipe.

Y dado que la muerte atajase á alguno antes de empezar á comunicarse

exteriormente al prójimo, ni por eso deja de haberle servido en el trabajo que puso en aprestarse y apercibirse.

Lo cual, fuera de la atencion con que se toma, se debia cada dia ofrecer á Dios nuestro Señor por los prójimos; que, siendo el Señor servido de aceptarlo, podia ser instrumento para ayudar al prójimo, no de ménos importancia que el predicar ó confesar.

El segundo modo de ayudarle es ser vosotros muy virtuosos y santos, para que así seais idóneos de hacer tales á los prójimos cuales vosotros sois; porque el modo que Dios omnipotente quiere se guarde en las generaciones naturales, quiere tambien proporcionadamente en las espirituales.

Muéstralo la filosofía por experiencia, que en la generacion de un animal, fuera de las cosas generales, como son los cielos, se requiere agente inmediato de la misma especie que tenga la forma que ha de introducir en otros sujetos; de la misma manera, para poner en otros la forma de la humildad, paciencia y caridad, quiere la divina Sabiduría que la causa inmediata de que ella usa como instrumento (cual es el predicador ó el confesor) sea humilde, paciente y caritativo.

De manera que, como os decia, perfeccionándoos á vosotros en toda virtud, servís grandemente al prójimo; porque no aparejais ménos antes más alto instrumento para dársele la gracia con la buena vida y con la doctrina, supuesto que una y otra cosa requiere lo que ha de ser perfecto instrumento de la salvacion de las almas.

El tercero modo de ayudar al prójimo es con buen ejemplo de vida; y de esta (como os decia) por la gracia divina sale el buen olor de este colegio, que edifica mucho en otras partes fuera de ese reino.

Y espero en el Autor de todo el bien, que sus dones en vosotros se continuarán é irán en aumento, para que, creciendo cada dia más en toda perfeccion, crezca, sin pretenderlo vosotros, este santo olor y edificacion que de ahí se extiende por tantas partes.

El cuarto modo de ayudar á las almas, y que comprende mucho, consiste en los santos deseos y oraciones; y dado que el estudio os lleve mucho tiempo, puede con todo eso con deseos recompensar el tiempo aquel que con todos sus ejercicios, tomados puramente por servicio de Dios, los hace oracion continua.

Mas en esto y en todas las demás cosas más de cerca teneis con quien en particular podais conferirlas, y por esa causa pudiera yo excusar parte de lo que escribo; pero, haciendo esto tan pocas veces y habiéndome dicho que deseabais alguna carta mia, me quise poner esta vez á consolarme con vosotros escribiendo largamente.

No más por ahora que rogar á Dios nuestro Señor y Redentor que como él aprobó el haceros gracia de llamaros y daros eficaz voluntad para entregaros á su servicio, así sea servido de continuar y aumentar sus dones en todos, para que siempre crezcais y persevereis en su divino y santo servicio, para mucha honra y gloria suya y ayuda de su santa Iglesia. Amen.

De Roma, á 27 de mayo de 1547.—Vuestro en el Señor nuestro, IGNACIO.

## IV

### *De la mudanza de rectorado del P. Luis Gonzalez de Cámara y de algunos sujetos que en el año 1548 entraron en la Compañía.*

Gobernando el P. Luis Gonzalez el colegio de Coimbra con grande ejemplo de su persona y mucho espíritu de sus súbditos, sucedió bien sin pensar una cosa muy notable que dispuso el P. Simon Rodriguez para prueba de su virtud, ejercicio de obediencia, edificacion religiosa y enseñanza de todos sus religiosos del poco asimiento que deben tener á las cosas de la tierra, estimando sobre todos sus bienes la humildad, desprecio de sí mismo y abnegacion de la voluntad propia por la santa obediencia: y fué privarle de repente del oficio de Rector con un modo singular y de mucha mortificacion.

Porque, procediendo el P. Luis Gonzalez en su oficio como se podia esperar de su mucha prudencia y espíritu, vino la fiesta de Navidad, y deseando el P. Maestro Simon ir á pasar aquella santa noche en compañía de sus Hermanos y religiosos del colegio de Coimbra (como solia hacer en semejantes solemnidades) se partió de Almeyrin (donde entónces residia la córte) á Coimbra, donde tenia el corazon.

Despues de pasada aquella noche felicísima con la devocion y espíritu que se acostumbra en aquel santo colegio, en un dia de aquella Pascua, estando los religiosos todos juntos llamados para aquella accion, alivió el Padre Maestro Simon al P. Luis de Cámara del oficio y cargo de Rector del colegio, nombrando en su lugar al P. Luis de Gran, y, para que no estuviese ocioso, le encomendó el ministerio de la cocina.

Admiracion grande causó mudanza tan repentina en el tiempo y tan desigual en la ocupacion; salto fué éste de gloria para quien sólo deseaba despreciarse, y de merecimiento incomparable para el que pretendia solamente negarse á sí mismo.

Mostró el P. Luis Gonzalez que nada le faltaba para ejercitar cualquier cargo, y le sobraba virtud para abrazar oficios humildes

Aceptó esta promocion con más alegría y satisfaccion que otros admitieran los mayores puestos del mundo; tan contento se hallaba entre las humillaciones del oficio nuevo, como otros entre los honores de la córte.

Así vivia en la cocina como si de ella fuese natural; acudia con toda diligencia á esta su nueva ocupacion, sin perdonar á trabajo ni ménos á asistencia, empleando en este ejercicio abatido todas las buenas dotes de que Dios le habia dotado de ilustre, de cortesano, de prudente y santo.

Todos los instrumentos de la cocina le estaban en grande obligacion, por la limpieza con que los traia lucidos y por el cuidado que tenia de las alhajas de aquella pobre oficina; que un varon ejemplar que pone los ojos en Dios, con igual ánimo se emplea en ocupaciones grandes que en ministerios pequeños.

Discursos varios se hicieron sobre la mudanza de puestos tan desiguales, viendo á un hombre tan insigne depuesto de la dignidad en que estaba para dedicarse á ejercicio tan humilde.

Espantáronse todos de que hubiese razon para ser tratado con tan riguroso y extraordinario modo un Rector de tan numeroso colegio, primero en la Compañía, siendo él tan noble por la calidad, hijo de un caballero de los más conocidos del reino, benemérito por sus virtudes y letras, acepto á la persona del rey, capaz de todas las confianzas reales, como lo mostraron bien los tiempos.

Pero nosotros, asi, como no sabemos faltas que hubiese en un Rector á quien sobraban tantos buenos talentos, tambien juzgamos que el P. Maestro Simon (por ser varon dotado de espíritu tan alto, tan fuera del camino ordinario, y como tenia tanto concepto de la virtud del P. Luis Gonzalez) deseando que los de la Compañía estuviesen aparejados, no sólo para guardar el voto que hacen de no pretender dignidades, antes de tenerlas, pero tambien que las supiesen dejar despues de poseerlas; por eso quiso en este caso darnos ejemplo á todos de humildad verdadera, para que á vista de un Rector hecho cocinero, supiésemos que en la casa de Dios los más perfectos son los más deshechos de sí, y que desean ser los más desechados de todos; y que en la Religion son de autoridad igual los cargos lustrosos que los oficios humildes, segun el consejo de Cristo, el cual nos dice que cuando nos viéremos más aventajados en el merecer, entónces nos tengamos por ménos provechosos en el servir, y cuando llegáremos á obrar bien en todo, entendamos entónces que nada se nos debe.

Era el P. Lus de Gran (que sucedió en el Rectorado) persona en quien asentaban bien esta y otras dignidades mayores. Fué natural de Lisboa, docto y noble, de singular bondad, buen natural, junto con una mansedumbre y suavidad admirable de costumbres.

Despues de gobernar el colegio de Coimbra por espacio de cinco años, fué la mision del Brasil, donde fué Provincial con aprobacion grande así de os súbditos, para los cuales era padre amoroso, como de los indios, de quienes parece fué apóstol verdadero.

Empleóse tambien el P. Luis Gonzalez en varias misiones que hizo con gran celo y fruto, porque tuvo gran estima de este ministerio; pues no se puede negar ser celestial y divino el medio de las misiones apostólicas para la conversion del mundo.

Todas recibieron su precio y autoridad de aquella primera mision del Verbo Encarnado, enviado por su Padre Eterno al mundo, como legado de su Divino lado: *Misit Deus Filium suum.*

Vino á la tierra este Misionero divino, predicó, sirvió, curó y ejercitó todos los buenos oficios que él queria tuviesen sus ministros apostólicos; y antes de partirse para el cielo, despachó en misiones varias á sus Discípulos por toda la tierra, para que predicasen el Evangelio á toda criatura.

Con este espíritu crió siempre S. Ignacio á sus hijos, con este los envió á partes diversas del mundo.

Con este mismo espíritu nació la Compañía y se fué criando siempre, y ahora se continúa con felicidad grande, y, mediante la gracia divina, proseguirá hasta el fin del mundo.

En este tiempo de que voy escribiendo, era en todos los del colegio de Coimbra el fervor de las misiones tan grande, que parece no cabian los espíritus fervorosos en los límites estrechos de las esferas humanas que animaban.

El orbe universo era globo muy pequeño respecto de celo tan excesivo; mundos más espaciosos quisieran para convertirlos que Alejandro los deseaba para conquistarlos.

Con este celo valeroso andaban todos tan absortos, que cuando trataban de enviar algunos á la India, habiendo de ser diez los nombrados, eran ciento los pretendientes, y, si les diesen licencia, todos irian con deseos inflamados á ocuparse en la conversion de las almas, pareciéndoles que no cumplian con sus obligaciones los que con alas angélicas no salian volando á postrar el mundo á los piés de su Criador, entendiendo que á ellos se dirigia el precepto que Dios daba por Isaías: *Ite Angeli veloces;* viendo bien en estas palabras las instancias repetidas con que Dios apresuraba la diligencia en sus misioneros, pues no se contentaba con llamarlos ángeles (que por ser espíritus no tienen la carga de los cuerpos pesados) sino que tambien les añadia el título de ligeros, para que supiésemos cuánta prisa pedia Dios en sus ministros, queriendo que no sólo fuesen muy ángeles en el correr para predicar, pero que fuesen asimismo muy ligeros en el volar para convertir.

Con estos pensamientos abrasados se criaban en aquel tiempo los Padres y los Hermanos de Coimbra; muchos discurrian por todo Portugal en misiones, y de estas algunas habemos visto, é iremos refiriendo más. Otros habian pasado ya á la India y predicado el Evangelio en la Asia, corrido mucha parte de la costa de Africa, y entrado por Guinea en la Etiopía inferior.

Tuvo tambien el P. Luis Gonzalez estos santos empleos, principalmente el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, en Portugal corrió por muchos lugares evangelizando á Cristo.

Cuando llegó á Pedrograo, llevando por compañero al P. Jorge Morera, estaba todo el pueblo ardiendo en tan graves y pertinaces odios, que á su mismo señor habian tenido desterrado seis años habia, sin consentir entrase en él; pero con la venida de los Padres todo se apaciguó, y entró el señor con gran paz en el lugar.

Fué increible el fruto que hicieron y singular la edificacion que causaron con su santa vida y pobreza evangélica.

Pasaron voluntariamente suma necesidad, sin sustentarse de otra cosa sino es de las limosnas ténues que pedian como mendigos; pero cuanto ellos más se despreciaban, tanto más les veneraban como á santos.

Venia á oirlos infinidad de gente de lugares muy apartados; sus sermones eran tan llenos de espíritu, que inflamaban á los oyentes y hacian derramar copiosísimas lágrimas, con notables mudanzas de vidas muy estragadas.

En un sermon solo hicieron las amistades públicamente veinte enemigos capitales y de muchos años, derramando copiosísimas lágrimas y abrazándose con grande afecto y dolor de lo pasado.

Con tales efectos, llamaban los pueblos turco ó moro al que dejase de oir los sermones, si alguno habia.

Llamaban á los Padres de todas partes por gozar de su saludable doctrina, y ellos acudian á todas más de lo que alcanzaban fuerzas humanas.

En una encontraron un sacerdote que treinta y ocho años habia estado enfermo de su flaqueza, teniendo el escándalo en su casa, huyendo de encontrar hombre que le arrojase en la piscina de la penitencia; pero, acertando á oir un sermon, se convirtió de veras al Señor, echando la mujer de su casa, la cual estando tambien oyendo la palabra de Dios. fué herida del cielo con tanta vehemencia, que prorrumpiendo en gemidos y clamores, alborotó todo el auditorio, delante del cual no tuvo empacho, como otra Magdalena, de mostrar públicamente su dolor y arrepentimiento, confesándose por pecadora y haciendo penitencia pública.

Fuera largo contar las conversiones extraordinarias que se hicieron, las cuales dejamos por pasar á la mision que hizo en Africa el P. Luis Gonzalez

## V

*Parte el P. Luis Gonzalez de Cámara*
*por compañero del P. Juan Nuñez Barreto para la mision de Berbería.*

En este mismo año de 1548 se ofreció una ocasion de enviar mision á aquella parte de Africa más vecina de nosotros que llamamos Berbería, donde ordinariamente los cristianos padecen duro cautiverio debajo de la crueldad de los moros fronterizos á la costa de España.

Era en este tiempo gobernador de Ceuta D. Alonso de Noroña (que despues fué virrey de la India, hermano del marqués de Villarreal) el cual llevado de su mucha cristiandad, tenia sentimiento grande del desamparo notable y miseria extrema que sabia padecian en Berbería los cristianos cautivos y soterrados en las profundas mazmorras de Tetuan.

Para acudir como piadoso á obra de tanta caridad, halló que el mejor medio era escribir al P. Maestro Simon, porque sabia muy bien la entrada grande que tenia con el rey y el amor entrañable de los prójimos que ardia en su pecho.

Escribió tambien al rey representándole cuán grande servicio de Dios seria ir á aquellas partes algunos religiosos de la Compañía, ayudando por entónces á los de la Orden sagrada de la Trinidad Santísima, cuyo oficio por estatuto es acudir á esta redencion, el cual ejercitan con gloria de Dios y provecho general de los que están aherrojados en Africa entre los moros bárbaros.

Atendió el rey benignísimo á las cartas de D. Alonso y á los ruegos del P. Maestro Simon, á quien ordenó hiciese eleccion de algunos de la Compañía para esta mision.

Luego que en el colegio de Coimbra se supo la empresa nueva que se les preparaba, no se puede fácilmente creer cuántos fueron los pretendientes que se opusieron á estas cátedras trabajosas.

Entre otros, fueron luego á ofrecerse con resignacion grande en manos de la obediencia santa y deseosos de padecer trabajos el P. Juan Nuñez Barreto, que despues fué Patriarca de Etiopía y el P. Luis Gonzalez de Cámara, que andaba ocupado en su ejercicio loable de la cocina, no por huir este trabajo que era pequeño, sino por buscar otro que le parecia mayor.

No pudo el P. Maestro Simon dejar de anteponer á estos opositores fervorosos.

Dióles por compañero al H. Ignacio Bogado, que en pocos meses de Compañía habia aprovechado mucho en la virtud.

Partieron luego los tres misioneros por el Algarve y entraron en Andalucía. Por todas estas partes fueron notables los frutos que de camino recogieron con sus sermones y oyendo confesiones, como hijos verdaderos de S. Ignacio, que nunca pasaba los caminos ocioso, y como imitádores del Verbo encarnado que siempre caminaba comunicando gracias y repartiendo favores como testifica la Escritura: *Qui pertransiit benefaciendo, et sanando omnes,* etc.

Llegando los Padres á Ceuta, tuvieron ocasiones grandes de hacer muchos servicios á Dios en aquella ciudad, predicando y confesando á aquellos soldados y caballeros de la frontera, más acostumbrados á acudir á la seña de los rebatos que á las señales de la predicacion, y más diestros en terciar la lanza que en decorar la doctrina.

Fué el fruto tan admirable y la mudanza tan propia del brazo del excelso, que el gobernador de la plaza, D. Alonso de Noroña, se dió por obligado á dar las gracias al P. Maestro Simon por su carta, en la cual le certifica que habia sido tal la mudanza con las doctrinas santas y trabajos dichosos de los Padres, que muchos hombres que antes en las costumbres parecian moros bárbaros, entónces ya representaban ser religiosos santos.

Juntamente le avisa en esta carta que habia mandado pedir salvo conducto al alcaide Acem, para que los Padres entrasen en Tetuan y acudiesen á los cautivos; que en esto habia peligros grandes y muchas dificultades. pero que las mayores eran ver los deseos indecibles que los Padres tenian de entrar por Tetuan predicando la fe de Cristo, y que con esto sólo harian bien á sí muriendo mártires gloriosos, pero no acudirian á su obligacion libertando cristianos encarcelados.

Por esta causa él no les queria dejar entrar sin tener primero órden en que el P. Maestro Simon les pusiese obediencia expresa de no entrar á predicar á los moros públicamente los misterios de nuestra santa fe, y que se contentasen por entónces con visitar y sacramentar á los pobres cautivos y con informarse del modo de las redenciones, y que con esta informacion se volviesen á Ceuta.

Con estas prevenciones y obediencias se partieron los Padres para Tetuan á 13 de setiembre del mismo año en compañía y guarda de tres moros conocidos, á quien D. Alonso de Noroña los entregó.

Estos llevaron y defendieron á los tres religiosos de algunos asaltos que tuvieron de algunos moros que en el camino les salieron para robarlos y matarlos; pero no pudieron estos librarlos de la hambre grande y mayor sed que por aquellas breñas desiertas y matorrales padecian.

Entraron en Tetuan, donde fueron recibidos de los moros de la tierra con buen semblante, y aposentados en la Aduana, no hallaron en ellos las inju-

rias y afrentas que por el nombre de Cristo deseaban padecer: esto quedó por entónces sólo á cuenta de los muchachos y mozos de menor edad, los cuales seguian á los Padres por las calles con muestras del odio innato que beben contra los cristianos en la leche de sus madres, que bien se veia en los gritos, en las burlas, y áun (pasando de palabras malas á obras peores) en los empellones y golpes que les daban.

Luego en el dia siguiente trataron de visitar los cristianos cautivos que en varias mazmorras estaban repartidos.

Entraron los Padres por aquellos lugares soterráneos, por aquellas cuevas tenebrosas adonde los pobres cristianos cautivos estaban sepultados en vida entre las sombras de la muerte.

Con tal vista y con tan alegre y no esperada visita, les amaneció un dia esclarecido y hermoso, como si el sol bañase de luz aquellas estancias lóbregas ó sepulturas, por mejor decir, de vivos, dándoles una alborada muy apacible.

Entre los casos en que se vió aquí la providencia del Señor, fué admirable el que sucedió con un pobre cautivo, que era un sacerdote francés, al cual hallaron casi al cabo de la vida con una enfermedad grande, y era cautivo de un moro zapatero.

A este enfermo tomó por su cuenta el P. Luis Gonzalez, por ser peritísimo de la lengua francesa desde el tiempo que estudió en París.

Primeramente alegró al sacerdote hablándole en su lengua natural (que tal es la fuerza del amor á las tierras en que nacemos, que hasta aquella hora en que la vida va faltando, se consuela el que está muriendo, si no con ver su patria, á lo ménos con oir su lengua) y luego le oyó de confesion.

Al mismo tiempo cuidaba el P. Juan Nuñez de poner en órden todo lo necesario para llevarle el Santísimo Sacramento con la mayor decencia, veneracion y concierto que en tal tierra y en tal casa podia ser.

Así se hizo con una procesion muy devota, ordenada con canto y muchas alabanzas divinas, acompañada de los cristianos, de los cuales unos iban cantando y todos llorando de consuelo por ver al Señor Sacramentado, en medio de tantos enemigos suyos, ir como triunfando por las calles de Tetuan, donde no se habia visto en aquella forma por muchos tiempos antes.

Prosiguieron los Padres con su sacerdote enfermo, acudiéndole al bien de su alma y no faltándole á lo necesario del cuerpo que estaba ya muy debilitado, hasta que finalmente acabó la vida temporal con grandes señales de empezar la eterna.

Hiciéronle públicamente el entierro con ataúd levantado en hombros de mercaderes cristianos, yendo con toda la solemnidad posible por medio de

las calles de Tetuan hasta el lugar diputado para sepulcro de los cristianos, que está fuera de los muros. Acompañaban los Padres entonando los versos y responsos, y los demás encomendando su alma al Señor.

Y, para que se conozca mejor la merced que Dios hizo á este sacerdote y la cruel granjería que estos bárbaros hacen de los pobres cautivos, referiré lo que se halló escrito que contaba muchas veces el P. Luis Gonzalez.

Decia que, estando moliendo un pisto para el sacerdote francés, á tiempo en que él estaba ya casi acabando, entraron de repente por la Aduana cuatro ó cinco mercaderes moros, tratando muy de propósito con el zapatero sobre el precio que habian de dar por aquel su cautivo, á quien él en salud tasaba en catorce mil reales sin haber quien se le quisiese comprar, y ahora pedia más y eran más los comerciantes.

La causa de esta mudanza de precio fué la opinion nueva que concibieron del enfermo, diciendo que debia de ser alguna persona muy principal, pues veian á tres religiosos ocupados todos con desvelo infatigable en curarle y cuidar de su salud.

Y era la codicia de los crueles contratantes tan desenfrenada, que con ver al miserable sacerdote echado en el fuego sobre una cachera, cargado de hierros, arrojando sangre por la boca, sin poder comer en seis dias y ya casi sin aliento, le hacian fuerza que se levantase para ver su disposicion y juzgar el precio que se podia dar por mercadería tal: tan ciega es la codicia y tan bárbara la crueldad de estos mercaderes inhumanos.

Lastimábanse los Padres sobremanera de ver las calles llenas de cristianos cautivos cargados de hierros, flacos, consumidos y desfigurados con el hambre y mal tratamiento.

Y con todo eso, como á los hijos de Israel no perdonaban los gitanos el trabajo de los adobes, así estos eran obligados por sus amos á trabajar de sol á sol, andando unos en el campo con el arado ó con la azada, otros en poblado moliendo á fuerza de brazos, que es trabajo de grande fatiga, y últimamente, todos como hombres afligidísimos.

Para asistir mejor los Padres á estos sus cautivos y acompañar con el ejemplo á los que no podian valer con la libertad, dejaron el hospedaje que tenian en la Aduana, y se fueron á dormir y á habitar en las mazmorras entre los miserables cautivos, para consolarlos con su presencia, ya que no podian aliviarlos de sus hierros.

Rezaban con ellos de noche muchas oraciones, hacíanles doctrinas y sermones acomodados al estado de la paciencia en que debian vivir, con no ménos devocion y lágrimas en los oyentes que compasion y lástima en los predicadores.

Que en la verdad no podia dejar de ser grande el sentimiento en los Padres, viendo á tantos cristianos, que estando aún vivos, ya parecian sepultados debajo de la tierra en concavidades oscuras, en tinieblas perpetuas, acinados unos sobre otros, por no haber lugar para revolverse.

Cuando entre sí se movian para poder ménos mal acomodarse en incomolidad tan grande, luego, en moviéndose, sonaban los grillos que los lastimaban, á cuyo triste sonido levantaban gritos espantosos y gemidos lamentables, que resonando por aquellas cavernas horribles de la tierra, representaban asombros del infierno.

Tomando ocasion de esta lastimosa cárcel, les hizo el P. Juan Nuñez Barreto en la primera noche una plática sobre aquellás palabras del profeta: *Posuerunt me in lacu inferiori, in tenebrosis et in umbra mortis.*

Fué la plática de grande consuelo para los cautivos, el cual se les aumentó con las limosnas del dinero que llevaban y que despues de ella les repartieron, tomando los Padres á su cuenta particularmente á los más enfermos para socorrerlos mejor, limpiarlos, servirlos y hacerles todos los regalos posibles, con tanta aplicacion y gusto como si en cada uno de aquellos pobres sirviesen á la persona de Cristo.

Proseguian los religiosos en estos santos ejercicios, y no contentándose su celo fervoroso en acudir con tanta caridad á los cristianos que padecian tan cruel cautiverio de los cuerpos, trataban de remediar á los que traian las almas cautivas del demonio.

Y porque les estaba prohibido por obediencia, como dijimos, que no predicasen en público á los moros, con todo eso no perdian ocasion de hablar á algunos en particular, y principalmente á los elches, que son los renegados, que con sus santas pláticas volvieron en sí, tornándose á recoger al rebaño del Pastor eterno, de donde habia años que andaban descarriados.

Entre estas ovejas perdidas á quien penetró el rayo de la luz del cielo, fué un elche mancebo que entre los moros se llamaba Alcaalá, y era caballero portugués, natural de la ciudad de Lisboa, el cual, como otro hijo pródigo, se vino á rendir y echar á los piés del P. Luis Gonzalez, que tomándole en los brazos, le recogió en el corazon como padre amoroso á un hijo arrepentido.

Con estos y otros trabajos continuos vino el P. Luis Gonzalez á enfermar gravemente, y porque en Tetuan no habia remedio para poder sanar, le mandó el P. Juan Nuñez que pasase á Ceuta, adonde dió órden el capitan D. Alonso de Noroña para que fuese curado con todo cuidado.

Luego que el Padre empezó á levantarse, se fué al púlpito, contando desde él los trabajos grandes y extremas miserias que los cristianos cautivos

padecian, y, en bajando, se iba luego por las puertas á pedir limosnas para tantos necesitados.

Recogidas estas limosnas que todos le dieron con buena voluntad, conforme la posibilidad de cada uno, y viéndose con salud bastante, estando ya de partida parra volver á la empresa de sus cautivos, que habia interrumpido, pero no dejado; recibió cartas del P. Juan Nuñez Barreto, su Superior, en que le ordenaba que luego tornase á Portugal á dar cuenta al rey de lo que habia en Tetuan, y tratrar con él con eficacia del remedio de aquella gente desamparada, y para que le procurase gruesas limosnas con que rescatar y ayudar aquella gente miserable.

## VI

*Es elegido por maestro del príncipe y confesor del rey de Portugal con gran repugnancia y excusas suyas, y lo que nuestro Padre S. Ignacio escribió acerca de esto.*

En este tiempo andaba el P. Maestro Simon preparándose para la primera jornada que hizo á Roma, tratando de la provision de los oficios que tenia. Nombró en su lugar por maestro del príncipe D. Juan, al P. Luis Gonzalez de Cámara, que por muchos títulos lo merecia.

Y es muy digno de advertencia que el mismo P. Simon, que hizo dos años habia al P. Luis Gonzalez cocinero del colegio de Coimbra, entónces le eligió maestro del príncipe en la córte de Lisboa, como buen Superior que así como sabia mortificar, tambien queria autorizar, porque ni mortificaba por pasion ni autorizaba por lisonja, poniendo sólo delante de los ojos las buenas conveniencias del gobierno que tal vez enseñan levantar sobre la cabeza lo que anda abatido debajo de los piés.

Aceptó forzado el P. Luis Gonzalez, y con mucho ménos voluntad que la cocina de Coimbra lo que ahora le ordenaba la obediencia en el palacio de Lisboa, mostrando que no tenia ménos humildad para ser cocinero que talentos para cortesano; porque sólo aquel sabe ser buen maestro que primero aprendió á ser buen discípulo, y aquel puede con más lucimiento enseñar á los príncipes que supo con más rendimiento ejercitar humildades.

Llegaron á Portugal las buenas nuevas de la dichosa muerte por la fe del P. Antonio Criminal, que fué el primero de la Compañía que animoso dió la vida por la predicacion del Evangelio, y, como si aquella sangre clamase desde la India pidiendo misiones á Portugal, era tal el fuego divino que se habia encendido en todos los moradores de aquel santo colegio, que confesa-

ban los Superiores que no podian valerse con las cartas y memoriales de los que pretendian ser electos para empresa tan gloriosa y preferidos en pretension tan solicita.

Con la venida de Roma del P. Maestro Simon cesó el P. Luis Gonzalez en la sustitucion del oficio que le habia dejado encomendado de maestro del príncipe, y fué luego mudado para Coimbra (donde era su estancia ordinaria) para promover con su presencia el bien de aquel colegio.

Fué tal el consuelo que tuvo con ver y experimentar este fuego celestial de las misiones que ardia en todos aquellos religiosos, que le pareció que no habia nueva más grata y sabrosa para enviar á su Alteza que esta, refiriéndole los deseos que en todos habia de ir á convertir almas al Oriente y al Brasil; y porque se halló en el archivo de Coimbra la carta que escribió al rey por esta ocasion en el año de 1551, me pareció trasladarla aquí letra por letra, la cual dice así:

«Hallé, Señor, tanto fervor en esta casa, tanta obediencia y humildad con todas las demás virtudes que parecen necesarias á la perfeccion que la Compañía pretende, que aunque yo trabajara muchos años en servicio de nuestro Señor, sólamente con el premio de ver esto y conversar tan santa gente me tuviera por muy satisfecho.

»Vuestra Alteza debe dar muchas gracias á nuestro Señor, y tener por muy cierto que de esta viña que aquí plantó ha de coger el fruto que agrada mucho al mismo Señor.

»A lo ménos, si Vuestra Alteza fundó este colegio para cumplir con las obligaciones que tiene á las almas de la India, del Brasil y demás tierras de infieles; bien puede tener por cierto que para eso están todos bien aparejados y andan en eso tan encendidos, que es trabajo grande cuidar de este colegio sin recelo de que no se pase todo á la India, al Brasil y á otras tierras de infieles.

»Los más de ellos dieron sus razones y trabajaron en persuadir que los enviasen.

»Fuera de los cuatro nombrados para el Brasil, otros tres ó cuatro mostraron tan excesivos deseos, con tantas lágrimas y con tantas vivas y eficaces razones, que le pareció al Padre estaba obligado á enviarlos por no resistir al Espíritu Santo, principalmente siendo el deseo de ir al Brasil, de donde se escribe que hay necesidad de esta gente.

»Y para que los enviásemos con mejor voluntad, pagó luego Dios de antemano con cuatro ó cinco que ya están recibidos, y con otros muchos idóneos que andan movidos para entrar en la Compañía, sólo por las razones que les dieron para salir de ella los que están fuera.



»Paréceme que no quiso Dios más que ver este colegio limpio de hijos del mundo para darle á criar los suyos.

»Y, porque Vuestra Alteza fué causa de todo esto, deseamos todos muy afectuosamente pagar esta merced, con pedir continuamente á nuestro Señor premie á Vuestra Alteza en esta vida y en la otra tanto servicio como en esto le ha hecho. Coimbra, etc.»

Hasta aquí la carta del P. Luis Gonzalez de Cámara, en la cual, así como refiere los fervores santos de los religiosos verdaderos de la Compañía, tambien toca las dimisorias de otros; que entre los hijos legítimos nunca faltaron algunos que degeneraron, perdiendo por sus faltas la Religion á que Dios los habia llamado; pues por eso el oro de la Compañía es dentro más puro, porque acostumbra arrojar fuera la escoria.

Despues de esto, sucedió que vino por Provincial de Portugal el P. Diego Miron, y se partió segunda vez á Roma el P. Simon Rodriguez.

Y como la fama de las virtudes del P. Provincial, Diego Miron, volase tanto, y el serenísimo rey D. Juan tuviese noticia de la bondad grande de este Padre, y como cada dia se aumentase en él el amor y afecto á la Compañía; trató de tomar confesor nuestro, y así, pidió que le diesen, ó al P. Provincial, ó (si las ocupaciones no le permitiesen) al P. Luis Gonzalez, que ya por este tiempo confesaba al príncipe, su hijo, en lugar del P. Maestro Simon que se habia ausentado para Roma.

Fué esta pretension del rey cosa muy nueva para la humildad del Provincial.

Resistió constantemente, mostrándose indignísimo de tanta honra, diciendo al rey que por extranjero no era capaz de tal oficio: *Para mí*, replicó el benignísimo príncipe, *ninguno de la Compañía es extranjero.* Palabras por cierto dignas de perpetua memoria y merecedoras de eterna gratitud.

En resolucion, con tantas veras se excusó, dando razones tan eficaces, que no fué posible acabar con él aceptase este oficio, por parecerle que podia entrar en la Compañía, en consecuencia de este cargo, algun lugar de admitirse otras dignidades y prelacías que sabia eran tan contra el espíritu de nuestro Fundador, de quien era hijo tan particular.

Por esta misma razon el P. Luis de Cámara se habia casi retirado de confesar al príncipe, y ahora, con la misma eficacia siguió el parecer del P. Diego Miron.

Pero como la materia era de tanto peso y en que se negaba dar gusto á un rey á quien debia tanto la Compañía, hubo muchos que extrañaron la rara humildad de estos dos Padres, y ellos tambien dieron cuenta á nuestro Santo Patriarca para que juzgase lo que habian hecho en esta materia y les enseñase

ian de hacer en otra semejante. Y para que entendamos la opinion
cio nuestro Padre en este particular, pondremos aquí la copia de
ie sobre este negocio escribió al P. Provincial Diego Miron en el
ite de 1553.
e en el archivo de Coimbra, y es la que se sigue:
ia gracia y amor eterno de Dios nuestro Señor sea siempre en
vor nuestro.
ersas cartas que de allá tenemos, supimos cómo pidiéndoos su
le confesaseis y tambien al P. Luis Gonzalez, y esto con instante
os excusasteis ambos, no por peligro que temais de vuestras con-
tratar la de su Alteza que teneis por santo, como escribís, sino
parece esta dignidad no ménos de rehusar que el aceptar obispa-
los en ese reino, y por lo mismo áun la del príncipe ha dejado (se-
) el P. Luis Gonzalez.
to, mirando vuestros motivos, fundados en humildad y seguridad,
iele hallarse en lo bajo que en lo alto, no puedo sino aprobar vues-
on y edificarme de ella; pero, considerado todo, me persuado que
eis en tal determinacion, viendo el mayor servicio y gloria de nues-

amente, porque nuestra profesion é instituto es administrar los sa-
de la confesion y comunion á todos los estados y edades de hom-
no á lo muy bajo, tambien á lo muy alto nos obliga la misma ra-
nsuelo y alivio espiritual de los prójimos.
iendo tan particular la obligacion que tiene toda esta Compañía á
desde su orígen y principio sobre todos los príncipes cristianos, ó
buenas obras ó el amor y caridad tan singular, que más que otras
robar nuestros ánimos; no sé qué excusa puede ser bastante para
r servir á sus Altezas en cosa tan propia de nuestra profesion,
stran recibirian consuelo y contento espiritual.
i se atiende al bien universal y mayor servicio divino, de esto se
icho mayor, en cuanto yo pueda sentir en el Señor; porque del
cabeza participan todos los miembros del cuerpo, y del bien del
dos los súbditos; de suerte que la ayuda espiritual que á ellos se
estimarse más que si á otros se hiciese.
que de un caso juzgueis otro, considerad si seria fruto importante
sar al rey, tener concluido el negocio del Patriarca de Etiopía,
tanto la salvacion, no digo de muchas almas, sino de muchas
provincias.
d que, ó confeseis á su Alteza alguno de vosotros ó no, que no de-

jeis de acordarle este negocio, ni de escribirme de él cada vez que escribiéredes á Roma lo que habeis hecho.

»Pero volviendo á las causas porque no debeis rehusar este empleo, digo que áun la de vuestra seguridad no me parecia relevante, pues si no buscásemos otro fin segun nuestra profesion sino andar seguros, y hubiésemos de posponer el bien por apartarnos léjos de los peligros, no habíamos de vivir y conversar con los prójimos.

»Mas segun nuestra vocacion conversamos con todos, ántes como decia S. Pablo: «Omnia omnibus fieri debemus, ut omnes Christo lucrifaciamus,» y andando con intencion recta y pura: «Quaerendo non quae nostra sunt, sed quae Iesu Christi,» el mismo Señor nos guardará por su bondad infinita; y si á esta profesion no la tomase por su cuenta su mano poderosa, no bastaria apartarnos de peligros semejantes, para no caer en ellos y en otros mayores.

»Pues lo que las gentes pudieran decir que quereis honras y dignidades, se desvanecerá con la fuerza de la verdad y evidencia de las obras, viendo que conservais la bajeza que por Cristo nuestro Señor tomasteis.

»Así que, por lo que se puede decir ó juzgar del vulgo, no se ha de dejar lo que puede ser en mucho servicio de Dios nuestro Señor y de sus Altezas y bien comun.

»Y finalmente, porque yo de una vez satisfaga en esta parte á mi conciencia, os mando en virtud de santa obediencia á vos y al P. Luis Gonzalez que hagais lo que sus Altezas os mandaren en esta parte, uno de dos, si otro alguno entre los de la Compañía no os pareciere á vosotros que tambien agradase á sus Altezas para que tomase este cargo.

Y, confiados en la bondad divina que será todo para mayor bien cuanto sucediere por esta vía de la obediencia, habeis de significar á su Alteza esto que se os ordena, mostrando esta misma letra, si la quisiere ver su Alteza, y á lo ménos diciendo la suma de ella.

»Y porque de otras cosas escribirá largo el Maestro Polanco, no diré otra sino que en vuestras oraciones y sacrificios mucho me encomiendo, y ruego á Dios nuestro Señor dé á todos su gracia cumplida, para que sintamos siempre su voluntad santísima y la cumplamos interior y exteriormente.

»De Roma, 1 de febrero de 1553.—Vuestro en el Señor nuestro, IGNACIO.»

Esta fué la resolucion de nuestro Patriarca glorioso, esta la carta no ménos admirable que resuelta y eficaz, en que ordenó á los dos Padres que aceptasen el cargo de confesores del augustísimo rey y serenísimo príncipe, enseñándonos que con título de provecho propio no habemos de dejar de procurar el bien de los prójimos.

Tambien escribió nuestro santo Padre otra carta al P. Luis Gonzalez, que

:pugnaba por la misma razon que el P. Maestro Miron el ser confesor del :y, la cual es la siguiente:

«La gracia y amor de Cristo nuestro Señor sea siempre en vuestra ayuda favor. Amen.

»Recibí vuestra carta de veinte y cinco de abril; por ella entiendo que se os hace dificultoso el tener cuidado de la conciencia del rey, alegando vuestra poca edad, falta de experiencia y molestia de negocios que suelen cargar sobre el tal confesor, y otras cosas que aunque, cierto, me causa edificacion lo que de vos mismo sentís y lo mucho que repugnais ese cargo que tantos en el mundo desean; con todo eso yo juzgo en nuestro Señor que debeis hacer lo que su Alteza os ordenare en este particular, como tambien en otra cualquier cosa debemos todos á gloria de Dios nuestro Señor obedecerle; poned los ojos en Aquel que ve y puede tan eficazmente suplir todo aquello en que os parece faltais.

»Y en lo que toca á la conciencia del rey, no es cosa que os haya de parecer pesada siendo tan buena y santa, ni teneis con qué excusaros, como tendria aquel que confesase príncipes más enredados en casos dudosos.

»Y á lo que decís que es costumbre de su Alteza levantar á cargos y dignidades más honrosas á sus confesores, no temais que contra vuestra voluntad y de la Compañía lo haga, pues es padre de toda ella.

»Y aunque andar en la córte os sea cruz, llevadla con paciencia; porque, disponiéndose las cosas por medio de la santa obediencia, no podreis dudar que irán dispuestas conforme al beneplácito divino, que es lo que pretendeis y todos debemos pretender en cualquier lugar y ocupacion que tuviéremos.

»A otras cosas no respondo, sino sola esta pido á la Bondad divina, dé á todos de su gracia cumplida, para que sintamos siempre su santa voluntad y perfectamente la cumplamos.

»De Roma, 9 de agosto de 1552.»

## VII

*Va á Roma en nombre de la provincia el P. Luis Gonzalez de Cámara, para tratar negocios de mucha importancia. Refiérense las cartas que llevó del rey.*

Despues de esto, en el año de mil y quinientos y cincuenta y tres, en el cual se contaban ya catorce de la Compañía, trataron los Padres de Portugal de enviar á Roma un religioso de autoridad que diese cuenta á nuestro fundador S. Ignacio del estado en que quedaban las cosas de aquella provincia, despues que el P. Simon Rodriguez habia dejado el gobierno de ella, y para

asistir á los ojos de Su Santidad á algunos negocios de importancia de la misma provincia, en especial acerca del monasterio de S. Juan de Longavares, que el rey la habia dado y se movian dudas en la bulas de la union, y tambien sobre la iglesia de S. Martin de Alvoredo.

Porque, como de ella no tenia hasta aquel tiempo más que el nombramiento, estaba este anulado por el Papa Julio III, y era necesario acudir á Roma á esta renovacion y rivalidacion de la gracia concedida por el Pontífice predecesor, que fué Paulo III.

Para esto eligieron al P. Luis Gonzalez, persona en quien concurrian todos los requisitos necesarios para encargarse de la empresa.

Ajustóse mucho esta resolucion de los Padres con los pensamientos y deseos de los serenísimos rey é infantes de Portugal, que deseaban sumamente enviar á Roma una persona muy de su gusto que notase y advirtiese todas las acciones de nuestro Patriarca S. Ignacio.

Porque, como era tan notable la opinion que por el mundo corria de la santidad y prudencia de varon tan admirable, deseaban mucho aquellos príncipes piadosísimos saber de cierto la conversion del Santo, sus gloriosos trabajos y los secretos más íntimos de su vida.

Para este fin encomendaron con gran cuidado al P. Luis Gonzalez, de quien hacian toda confianza, que les pusiese por memoria todo lo que advirtiese y notase en varon tan santo, lo cual el P. Luis cumplió muy á medida de su deseo, porque escribió un diario muy largo en que ponia todo cuanto veia hacer á este grande siervo de Dios.

Era materia de particular consuelo y santa curiosidad ver la delgadeza con que el P. Gonzalez notaba estas cosas, pues no hacia el Santo accion alguna, áun de las más ordinarias, en que no tuviésemos mucho que aprender.

Llevó en esta ocasion el P. Luis Gonzalez cartas de recomendacion de la Compañía y de su persona, que le dió el benignísimo rey, de las cuales pondremos aquí algunas copias, cuyos originales se guardan en el archivo de Coimbra, para que se vea la opinion que este príncipe tenia de nuestra Religion, y se entienda el amor con que trataba las cosas de la Compañía.

Primeramente escribió su Alteza al Papa Julio III la carta siguiente:

*Carta del rey D. Juan el III, para el Papa Julio III en que le encomienda la Compañía y al P. Luis Gonzalez.*

«Muy Santo en Cristo Padre y muy bienaventurado Señor: El vuestro devoto y obediente hijo D. Juan, por la gracia de Dios rey de Portugal y de los Algarves, de aquende y de allende el mar; en Africa señor de Guinea y de la Conquista, navegacion, comercio de Etiopía, Arabia, Persia y de la India, etc.

Con toda humildad envio á besar sus santos piés, muy Santo en Cristo Padre y muy bienaventurado Señor.

»El P. Luis Gonzalez, de la Compañía de Jesus, va á comunicar con el P. Maestro Ignacio de Loyola, Prepósito General de la dicha Compañía, algunas cosas de ella para el bien de su gobierno en estos reinos.

»Por el mucho fruto que los Padres de la misma Compañía han hecho y hacen en estas partes y en las de la India, Brasil y Guinea, y por el buen ejemplo que de sí hasta ahora han dado, me obligan á favorecerlos en lo que puedo y á pedir á Vuestra Santidad, como pido muy por merced, que en todo lo que á la dicha Compañía fuere necesario y el P. Luis Gonzalez pidiere para bien de ella en este reino, reciba de Vuestra Santidad gracia y merced, porque se conseguirá de eso amarlos y alentarlos, para que tan santa obra y de tanto servicio de Dios vaya siempre en aumento, como de tan buenos y santos principios se espera.

»Porque, segun soy informado de mis capitanes y gobernadores, que en aquellas partes de la India y Brasil tengo, del mucho fruto que en las almas se hace por medio de la dicha Compañía, parece que nuestro Señor renueva en ellas la forma de la Iglesia primitiva, de que Vuestra Santidad debe dar muchas gracias á nuestro Señor, como yo hago.

»Muy Santo en Cristo Padre y muy bienaventurado, nuestro Señor por muchos tiempos conserve á Vuestra Santidad en su santo servicio. Escrita en Lisboa en 30 de enero de 1553.

»Obedientísimo hijo de Vuestra Santidad.—Yo, *D. Juan, Rey de Portugal.*»

Pero, porque quien mucho ama, por más que haga, siempre le parece que queda deudor, no se contentó el rey con escribir á Roma al Padre Santo y á su embajador, sino que tambien dió cartas al P. Luis Gonzalez para todos los potentados por cuyas tierras habia de pasar, para que en todas hallase el hospedaje y agasajo que se debia esperar de príncipes tales.

Trasládase aquí de todas sólamente la que escribió al rey de Francia, Francisco de Valois.

*Carta del rey de Portugal para el rey de Francia en recomendacion del P. Luis Gonzalez.*

«Muy alto, muy poderoso y cristianísimo príncipe, hermano y primo: Yo, D. Juan, por la gracia de Dios, rey de Portugal y de los Algarves, de aquende y de allende el mar, en Africa señor de Guinea y de la Conquista, navegacion, comercio en Etiopía, Arabia, Persia y de la India, etc., os envio mucho á saludar, como á aquel que mucho amo y precio.

»Es tan grande el fruto que los Padres de la Compañía de Jesus en estos reinos han hecho, así en la buena instruccion de los cristianos, como en la conversion de los infieles, en todas las partes sujetas á ellos; y es tan grande la esperanza que se tiene de que por principios tan maravillosos se sigan muchos provechos y auxilios para alcanzar el fin verdadero; que me mueven á procurar con todo cuidado que tan santa obra y de que nuestro Señor tanto muestra ser servido, vaya cada dia en mayores aumentos.

»Y porque para el cumplimiento de esto el P. Luis Gonzalez, de la misma Compañía (de cuya virtud, letras y proceder confío), va ahora á Roma para conferir con el General de ella algunas cosas necesarias para el gobierno de la dicha Religion en estos reinos; os pido muy afectuosamente mandeis darle salvo-conducto para poder proseguir su camino, sin que en él le sea puesto impedimento alguno, lo cual recibiré de vos á muy singular placer.

»Muy alto, y muy poderoso, y cristianísimo príncipe, hermano y primo, nuestro Señor haya siempre vuestra persona y real estado en su santa guarda.

»Escrita en Lisboa, á 29 de enero de 1553.— *Vuestro buen hermano y primo*, etc.

## VIII

*Lo que le pasó en Roma con S. Ignacio nuestro Padre. y cómo volvió á su provincia para maestro y confesor del rey D. Sebastian.*

Otras muchas cartas, fuera de las referidas, llevó del rey para su embajador y para algunos Cardenales, encomendándoles la persona del P. Luis Gonzalez, y que le diesen su favor para el buen despacho de los negocios que llevaba.

El infante Cardenal D. Enrique, su hermano, le dió tambien cartas para los Cardenales sus correspondientes, en que mostraba la grande estima que tenia del Padre y la que deseaba que todos hiciesen de su persona, y le diesen en todo su favor para su buen despacho, como se lo rogaba.

Con estas buenas recomendaciones llegó á Roma el P. Luis Gonzalez: entregó las cartas y fué muy bien recibido del Papa, del embajador D. Alonso de Alencastro y de todos los demás para quien llevaba cartas.

Diligenció con todo cuidado los negocios de su provincia, y tuvo ocasiones grandes para tratar muy de cerca á nuestro glorioso Patriarca S. Ignacio.

Pero, para que se vea el espíritu de este grande Santo y los diversos caminos por donde llevaba á sus súbditos para probarlos y ejercitarlos más, aun

uando eran más insignes y dotados de mayores talentos, para fundarlos de sta suerte en humildad verdadera; referiré cómo se hubo el Santo varon en os tiempos primeros con el P. Luis Gonzalez.

Despues de recibirle y festejarle en su primera llegada, desde allí por espacio de tres meses no le habló ni trató con él cosa alguna, ántes le probó con penitencias y graves mortificaciones.

Entre otras, le mandó una vez estar dentro de un círculo siete horas de la noche en pié y en silencio.

Pero, hallándole finalmente perfecto religioso, despues de tan bien probado, hizo de él particular confianza de allí adelante, admitiéndole á una familiaridad tan continua, santa y secreta, que cada dia á ciertas horas se recogia con él á tratar de cosas del cielo.

Aquí tuvo el P. Luis Gonzalez ocasiones excelentes para tomar noticia muy individual y conocimientos cabales de la vida admirable del Santo Patriarca y del modo que Dios habia tenido en regirle y encaminarle hasta llegar á fundar la Compañía; de las cárceles y persecuciones que habia padecido; de las peregrinaciones que hizo y de todo lo demás que los devotísimos príncipes de este reino deseaban saber, á los cuales muy en particular lo avisaba.

Con este trato tan íntimo quedó nuestro Santo Padre tan satisfecho de la virtud y capacidad del P. Luis Gonzalez, que empezó á ocuparle en gobiernos, haciéndole Superior de la Casa Profesa de Roma, en la cual ocupacion se hubo con tanto ejemplo, prudencia y celo extremado de la observancia de las reglas y edificacion de los nuestros, que le envió por compañero del Provincial, aunque algunos afirman que vino por Visitador de Portugal.

Concluidos felizmente sus negocios, partió de Roma con doce compañeros que le dió S. Ignacio, para que se criasen en aquella provincia; el viático que les dió fué la confianza en Dios, que estimó en más que todos los tesoros del mundo.

Vinieron todos esta larga peregrinacion á pié, hospedándose, como pobres, en los hospitales, y enseñando y predicando la doctrina cristiana en todos los lugares, y viviendo de las limosnas que les daban.

De esta manera llegó á Portugal, y visitó al rey, y le dió las cartas que traia de S. Ignacio y cumplida razon de lo que habia negociado con mucha satisfaccion suya, y de la reina, y del infante Cardenal.

Hizo asiento en Coimbra, adonde fué recibido como un ángel del cielo.

Halló las obras paradas y las cosas alteradas por mudanzas que se intentaron hacer del colegio á otro sitio no tan bueno; y el P. Luis Gonzalez con u autoridad y prudencia, y con la mano que tenia con el rey, patron de

aquella casa, dió buen corte en las diferencias que se habian levantado, y dispuso que el colegio se quedase en el sitio antiguo, y que prosiguiese la obra con fervor.

Luego trató de hacer una jornada á su alma, retirándose de negocios para darse muy despacio á la oracion, silencio y devocion; pero no le fué posible lograr estos buenos deseos por la ocasion que diré.

Por la muerte de nuestro santo P. Ignacio, fué electo el P. Luis Gonzalez para ir á Roma á la Congregacion general, á que se halló presente, en la cual le eligieron por Asistente de Portugal, siendo segundo General el P. Maestro Diego Láinez.

Pero no pudo el P. Luis Gonzalez durar en esta ocupacion todo el tiempo del P. Lainez; porque, tratando la reina doña Catalina y el Cardenal infante de dar un maestro al rey D. Sebastian (cuyo nacimiento fué en el año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, á veinte de enero, dia del glorioso mártir S. Sebastian) para que en aquella edad tierna le enseñase é instruyese en costumbres dignas de su persona real; escogió su alteza al P. Luis Gonzalez, por dejárselo así encomendado el rey su marido.

Para efectuarse este decreto real, escribió la reina al P. Diego Lainez, segundo General, pidiéndole á él y á toda la Compañía quisiese aliviar al Padre Luis Gonzalez del cargo de Asistente, para poder tomar el de maestro del rey D. Sebastian, su nieto.

Notables fueron las repugnancias y grandes las diligencias que hizo el Padre Luis Gonzalez para que le excusasen de esta honra, hasta que, finalmente, se le mandó en virtud de santa obediencia que aceptase aquella ocupacion, para la cual tenia todas las buenas prendas que se podian desear en un tal maestro.

Porque, fuera de ser ilustre en sangre, era religioso de grande virtud, muy docto en las ciencias divinas, muy erudito en las letras humanas, y como habia estado en Valencia, en Francia, en Roma y en Africa, sabia muchas lenguas, francesa, italiana, castellana y arábiga, además de la latina, griega y hebrea.

Y, sobre todo, era hombre de mucha prudencia, de gran capacidad y conocimiento de negocios; tenia condicion muy amable, y era finalmente en todo maestro dignísimo de un rey.

Con esta obediencia partió de Roma el P. Luis Gonzalez, y llegó á Lisboa en el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve.

Luego, en el siguiente, siendo ya el rey D. Sebastian de edad de seis años y medio, empezó el P. Luis Gonzalez á ejercer el oficio de maestro del rey con notable aplicacion y celo del bien de tal discípulo, en el cual hacian

grande impresion los santos avisos y prudentes documentos de tan buen maestro, que iba formando aquella edad en la verdadera y católica doctrina.

Criábale en el celo de la justicia; instruíale en el amor de la misericordia; aficionábalo á toda piedad; enseñábale á ser liberal y generoso como rey, y no desperdiciador y perdido como pródigo.

Mostrábale con ejemplos de la Sagrada Escritura y de historias de reyes santos cuánto depende el estado y felicidad de los reyes y señores de la tierra de la perfecta sujecion y vasallaje que en todo deben reconocer al Soberano Rey de la gloria, de cuya mano divina tienen los bienes que en este mundo poseen, y de cuya liberalidad esperan el cumplimiento de las promesas que en el otro desean.

## IX

*De la muerte del siervo de Dios y la ocasion que hubo para ella.*

Con estos y otros santos documentos que daba al rey santamente, y con enseñarle las letras humanas, instruyéndole en todo género de virtudes, se crió el príncipe más cristiano, pio y devoto que conoció en su edad la cristiandad.

Fundó muchos colegios á la Compañía y á otras Religiones; era ejemplo de virtud á sus vasallos, y un dechado de reyes católicos y santos.

Pero sucedió que algunos de los criados mozos que tenia, le comenzaron á ganar la voluntad y él á seguir sus consejos, dejando los de los ancianos, como antiguamente Roboan, con gran perjuicio suyo y de su reino.

Porque, como era valeroso y de altos pensamientos, abrazaba con gusto todo lo que frisaba con el suyo; y de unas en otras le vinieron á persuadir que se podia hacer señor del mundo con el valor de sus armas.

Diéronle un libro en que estaban escritas las hazañas del emperador Cárlos V, su abuelo, y otro que contenia las de Castrioto Escanderberg, rey de Albania, y encendióse de manera en el ardor de las armas, que luego juntó ejército y trató de pasar al principio á la India oriental y despues á Africa para conquistarla.

El prudente y santo maestro, viendo los desaciertos del rey, le amonestaba como padre lo que le convenia; y viendo que, resuelto en su parecer, despreciaba sus consejos y tambien los del Cardenal su tio, se retiró de la córte á Coimbra por no ver lo que tan mal le parecia.

El rey, siguiendo sus dictámenes, siendo de solos veinte años, salió de Portugal el de 1574 y desembarcó en Ceuta, adonde estuvo algunos dias, y desde allí pasó á Tánger.

Con la cual jornada se entristeció tanto el P. Luis Gonzalez, que vino á enfermar gravísimamente, y quedó con unas cuartanas dobles, ocasionadas de la gran tristeza de lo que prudentemente temia.

Obligáronle los médicos á pasarse á Lisboa, para ver si con la mudanza de los aires se le quitaban las cuartanas; pero el mal se le iba cada dia agravando más; que enfermedades adquiridas con tristezas prolongadas tienen muy dificultosos remedios.

Estaba el P. Luis Gonzalez muy enfermo y flaco; mas el amor á su querido rey y amado discípulo estaba en la misma fuerza y vigor.

Viendo la detencion que hacia en Africa sin algun buen efecto y con descrédito de su autoridad real, movido de personas graves, le escribió una carta, estando ya desahuciado de los médicos, afirmándole por la hora en que estaba y por la cuenta que presto habia de dar á Dios, que ninguna cosa le habia puesto en aquella cama á las puertas de la muerte, sino su jornada de Africa; que le pedia encarecidamente se tornase para consolar con su vista al reino, que con tal ausencia andaba como fuera de sí.

Esta carta fué para el rey de tanto peso, que luego trató de dar la vuelta á Portugal, y llegando á Lisboa en el último dia de noviembre del mismo año de mil y quinientos y setenta y cuatro, luego fué al colegio de S. Anton donde aún estaba muy enfermo el P. Luis Gonzalez, y le visitó, enterneciéndose mucho, y mostrando grande lástima de verle en aquel estado; y dándole gracias por la carta que le habia escrito, le dijo estas palabras: «Para que sepais cuanta fuerza tuvo la carta que me escribisteis sobre mi venida, la guardé y traigo conmigo, y en prueba de esto os la entrego;» y dicho esto, se la puso en la mano.

Esta carta tuvo muchos años en su poder el P. Juan Correa, Provincial de Portugal, y lo testificaron otros muchos testigos que fueron de vista.

Pero, entendiendo el P. Luis Gonzalez de allí á poco tiempo que el animoso rey D. Sebastian trataba de volver á Africa; se le confirmó el mal y vino á morir, como se verá en el párrafo siguiente; que de esta suerte se iba sazonando la total ruina de aquel príncipe, que ni entónces el P. Luis Gonzalez con sus consejos pudo impedir, ni ahora el arrepentimiento la puede remediar; que los yerros pasados, como dice Salustio, sábense reprender, pero no se pueden enmendar.

De tal modo se apoderó la enfermedad del P. Luis Gonzalez, y tan obstinada fué la tristeza que la acometió al corazon, que por espacio de seis meses tuvo bien en que ejercitarse y en que se viese bien su grande paciencia.

Los achaques que le sobrevinieron fueron muchos, y los accidentes tan repetidos y opuestos, que le causaban dolores continuos; y lo que era remedio

para uno, venia á ser veneno para otro, no dejándole quietar de dia ni reposar de noche.

Pero, el buen Padre daba gracias á Dios nuestro Señor, mostrando que recibia esta enfermedad como merced particular de su mano, por haber muchos años que tenia pretension con Su Divina Majestad de que antes de morir le diese una enfermedad dilatada para tener tiempo de aparejarse, por temer que, como era tocado de perlesía, le pudiera llevar la muerte apresuradamente.

Viendo, pues, el fiel siervo del Señor que le visitaba con tan larga y rigurosa enfermedad, se confesó luego generalmente y recibió el Santísimo Sacramento con muy cordial devocion, como quien tanto deseaba salir de los peligros de esta vida y entrar en las felicidades de la eterna.

Cuando, obligado de los médicos, se hubo de partir de Coimbra á Lisboa, mandó el Obispo Conde D. Manuel de Meneses darle una litera para ir con más comodidad; pero él (como quien estimaba más el buen ejemplo que la buena salud) no la quiso aceptar.

Mas los grandes accidentes que en el camino le sobrevinieron, mostraron bien á cuán buen tiempo venia la litera que el Obispo le daba, para llegar vivo á Lisboa.

Con todo eso, aunque él vió esto, partió en una cabalgadura ordinaria, como quien ántes queria peligrar en la vida que arriesgar la edificacion.

Habia pedido mucho tiempo antes á su amigo y compañero el P. Amador Rabelo, que por su amistad antigua le avisase luego que los médicos empezasen á desconfiar de su vida.

Ejecutólo el Padre con gran sentimiento suyo, pero con alegría notable del enfermo, el cual, levantando las manos al cielo, dió gracias amorosas al Señor por querer desatar su alma de las prisiones del cuerpo, para entrar en la libertad dichosa de sus amados y verdaderos hijos.

Luego, poniendo el pensamiento en los benditos Padres y Hermanos de nuestra Compañía que ya en el cielo gozaban de la vista del Señor, empezó á hacer una letanía de todos ellos, diciendo así:

Bienaventurado P. Ignacio que tanto me amastes, acordaos de este vuestro indigno hijo.

Bienaventurado P. Francisco Javier, Predicador Evangélico del Oriente y Apóstol de los reinos del Japon, acordaos de este vuestro pobre Hermano; y así fué discurriendo por todos los otros primeros Padres, que ya eran muertos, nombrándolos por sus propios nombres.

Los deseos de acabar esta vida presente y empezar la eterna se acrecentaban tan vivamente, que habia pedido á los que le visitaban, que si por ventura los médicos dijesen que conocian alguna mejoría, no le diesen tal nueva,

porque para él era mejor la que le daba más prestas esperanzas de la vida eterna, en que tanto deseaba entrar.

De allí adelante continuó con devotísimos coloquios y repetidas jaculatorias que hacia al Señor y á sus santos, en especial á la Vírgen Santísima, de quien siempre habia sido muy devoto.

Llegóse á él su compañero el P. Amador Rabelo y le preguntó si tenia alguna cosa que le molestase, ó si le queria encomendar algo para mayor satisfaccion suya ó descargo de alguna obligacion ó negocio que acaso tuviese.

Respondió con grande serenidad que no sentia en aquella hora cosa semejante que le afligiese: que cierto fué respuesta admirable y de rara edificacion y testimonio notable de cuán perfecto, de cuán recto y bien intencionado era su espíritu, pues, tratando tanto tiempo con reyes y con príncipes, de los cuales era tan valido, y con las personas principales del gobierno en negocios de mucho peso; no hallaba cosa que le diese cuidado en aquella hora.

Y á la verdad, quien sólo pone los ojos en el mayor servicio de Dios, tan fuera de embarazos vive en palacio entre negocios de pretendientes, como en la Tebayda en conferencias de ermitaños.

Y lo que áun más espanta y muestra mejor la entereza de su proceder, es lo que afirmó en esta ocasion; que nunca en negocios tocantes á su oficio de maestro y confesor del rey le habia movido respeto particular, sino el servicio de Dios y gloria divina, y que no se acordaba que acerca de esta materia le remordiese la conciencia en cosa alguna.

Respuesta que sólo pudiera dar un tal siervo del Señor, que tan particular amistad tuvo con aquel grande Santo, fundador nuestro, Ignacio; que no podia dejar de beber documentos divinos en fuente tan pura.

Si los religiosos que tratan con príncipes y son confesores de reyes, pusiesen delante de los ojos este ejemplo, moririan más consolados y vivirian con más edificacion.

Y verdaderamente que no me espanta tanto ver salir á Daniel intacto é ileso del lago de los leones hambrientos, cuanto me admiro de ver salir al P. Luis Gonzalez tan incorrupto y entero del trato de los cortesanos pretendientes.

Porque, si bien los leones de Daniel estaban irritados con hambre, tuvieron respeto á un Santo, para no tocarle ni con los dientes ni con las uñas; pero en las córtes de los grandes príncipes no hay fieras más hambrientas ni leones más fieros que son los pretendientes; porque estos ni perdonan á los santos ni respetan al mismo Dios; todo lo atropellan por alcanzar sus medras y conseguir sus pretensiones.

Y el P. Luis Gonzalez salió tan sano y libre de este lago profundo de leo-

nes inhumanos, que ni para sí ni para otros negoció jamás cosa alguna que no fuese muy conforme á justicia y que no se ajustase mucho á la razon; que sólo quien fué en la vida tan severo, podia esperar muerte tan santa.

Recibió la última vez el Santísimo Sacramento con muestras de humildad profunda y devocion suavísima; y cuando le dieron la Extremauncion, él mismo ayudó á rezar los salmos penitenciales, y respondió á todas las demás oraciones.

Viendo que habia ya cumplido con todas las obligaciones de cristiano, quiso tambien satisfacer á las de religioso, y, levantando la voz lo más que pudo, dijo por última despedida estas palabras:

«Siempre, Padres mios y Hermanos en Cristo muy amados, tuve entrañable amor á nuestra Compañía y á todos los hijos de ella, los cuales tengo y llevo escritos en mi corazon.

»Ruégoos, carísimos, que siempre en todas las cosas seais leales á la Compañía y la ameis como á madre; y si quereis ser consolados en la muerte, sed en la vida amigos de mortificacion, y en especial de la caridad.

»Poneos siempre de la parte de Cristo y defended su causa; confesadle en todas ocasiones y ofreceos por su honra en la vida, para que en la última hora Jesucristo os confiese por suyos delante de su Padre Eterno.

«Y porque no puedo decir más, concluyo todo cuanto os quisiera acordar, con pediros procureis en todo vestiros del espíritu verdadero de nuestro bienaventurado P. Ignacio.

»Y ahora pedid al Señor me conceda entero juicio hasta la hora final, para sentir y llorar mis pecados y entregarme con afecto amoroso en sus manos.»

Estaban presentes á esta última despedida todos los Padres y Hermanos del colegio, y entre ellos tambien se halló el P. Maestro Simon Rodriguez, su antiguo maestro y Provincial, del cual se despidió con particular afecto.

No pudiendo ya el P. Maestro Simon retener las lágrimas, las derramaron muy copiosas todos los presentes, causadas no ménos de lo que perdian, que del consuelo espiritual de lo que veian.

Y porque era entrada ya la noche, pidió á todos que se fuesen á reposar, como quien sentia más el trabajo ajeno que la muerte propia; y aunque ya no tenia pulso en el brazo derecho y en el izquierdo tenia intercadencias, les aseguró que bien se podian recoger, porque no espiraria sino de las cuatro á las cinco de la mañana.

En la cual hora, asistiéndole el P. Maestro Simon con otros muchos Padres y Hermanos, llamando al Señor con el nombre dulcísimo de Jesus, con la vela encendida en una mano y con una cuenta de indulgencia plenaria en la otra, y con notable quietud, dió el espíritu á su Criador á los quince de

marzo de mil y quinientos y setenta y cinco, de cincuenta y siete años de edad, tres años y medio antes de la pérdida del rey D. Sebastian.

Quedó su rostro tan alegre, que se maravillaban los presentes, y en especial el P. Maestro Simon, y dieron gracias al Señor por mostrar con tal evidencia cómo la muerte de sus siervos es principio de vida eterna.

Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de S. Anton el viejo, primer asiento que en Portugal tuvo la Compañía, y de allí fué traslado en caja particular al colegio nuevo, donde ahora se reside, esperando siempre mercedes grandes del Señor, por medio de un siervo tan fiel, el cual, así como siendo vivo nos autorizó con los príncipes de la tierra, tambien despues de muerto nos defenderá delante del rey de la gloria.

En el tiempo en que el P. Luis Gonzalez estaba tan enfermo en Lisboa, asistia el rey D. Sebastian con la córte en Evora, de donde enviaba muchos correos á saber cómo lo pasaba en la enfermedad, y, viniendo uno á informarse de su salud, le llevó por nuevas que ya era muerto.

Notable fué el sentimiento que tuvo el rey con la pérdida de su maestro, y tanto más, cuanto entendia que le habia ayudado con la pena que recibió de su jornada primera á Africa y por los pensamientos que traia de la segunda.

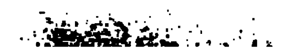
Grandes fueron las demostraciones que dió de este su dolor; recogióse luego solo á un retrete, en el cual estuvo por espacio de tres horas.

Despues, saliendo de su palacio con la capilla de la capa metida en la cabeza en señal de tristeza (como en aquel tiempo se usaba) se retiró á un monasterio del Orden de S. Jerónimo, distante media legua de la ciudad, llamado de nuestra Señora del Espinero, todo cubierto de luto, con sotana y capa de duelo, muy larga, y gorra de lo mismo, no comiendo en todo aquel dia, y pasando la mayor parte de la noche sin acostarse, teniendo de dia las ventanas cerradas, con una vela encendida, sin permitir que persona alguna entrase á hablarle.

Pero porque tan estrecho retiro pudiera ser dañoso al rey, fuera de ser de inconveniente á los despachos y negocios de la córte; el P. Mauricio, que en aquel tiempo era ya su confesor, fué á pedirle que no usase consigo y con todos de tanto rigor y sentimiento por la muerte de quien estaba descansando en el cielo.

Y aunque, por condescender con las amonestaciones de su confesor, mandó apagar la vela y abrir una ventana, con todo eso por ningun caso quiso salir, ni admitir visitas ó acortar los cinco dias que tomó de recogimiento, en los cuales el gran disgusto que tenia de tal manera le quitó la gana de comer, que no admitia sino cosa muy poca, con no pequeña admiracion de todos.

Pocos dias despues, caminando de Evora á Lisboa, fué luego al colegio de



S. Anton, donde visitó la sepultura del P. Luis Gonzalez, é hizo en su presencia decir Misa por él y echar agua bendita con señales de gran sentimiento y muestras de grande amor, que de la educacion y trato de tantos años tenia y debia á tan grande siervo del Señor, maestro y confesor suyo; que por merecernos memorias tan de marca, no es bien dejar de hacer algunas más, en particular de sus heróicas virtudes.

## X

*De las virtudes del P. Luis Gonzalez, en especial de su caridad: de cómo favorecia á los profesores de letras humanas y de su humildad.*

Para haber de decir alguna cosa de las virtudes de este grande siervo del Señor, empezaremos por la caridad, porque esta es la reina de todas las virtudes, es la medida de los merecimientos, es el fin de los preceptos y el blanco adonde asestan los consejos Evangelicos: y, como dice Ricardo de Sancto Victore, el que tiene mucho de caridad tiene mucho de las demás virtudes.

La que tuvo para con todos este siervo de Dios fué tal, que pudo decir con S. Pablo: «¿Quién enferma que yo no enferme? ¿Y quién padece escándalo que no le padezca yo?»

Porque era el amor que tenia á todos tan grande, que hacia propios los trabajos ajenos, y los sentia y procuraba su alivio como si él mismo los padeciera.

Por esto, cuando miraba á los suyos alegres y gustosos, lo estaba él de manera que se le conocia en el semblante, sin poderlo disimular; y cuando, al contrario estaban tristes, lo estaba él más que todos.

De aquí le nació aquel fervor de caridad que ardia continuamente en su pecho del sacar á todos del pecado y llevarlos al cielo, como se vió en el ministerio de las misiones que ejercitó continuamente, dejando los reyes, y las córtes, y los grandes señores por acudir á los pueblos pequeños y gente desamparada á predicarlos, y enseñarlos, y hacer la doctrina á los niños.

Este mismo ardor de caridad le sacó del reino de Portugal y le llevó á tierra de moros á predicar á los cautivos, y confesarlos, y doctrinarlos, y juntamente curarlos, y procurar su rescate, diligenciándoles la salud del alma y cuerpo juntamente.

Este mismo fervor le hizo tan asistente en el confesonario para oir á todos y sacarlos de pecado, hurtándose cuanto le fué posible de la vista de los reyes y de gravísimos negocios que le encargaban, teniendo por el mayor de todos sacar un alma de pecado, y confesar y consolar á un pobre desvalido.

Esta virtud ostentó en supremo grado con los que estaban enfermos; y, dejando lo que hizo en Berbería con los cautivos enfermos, que tocamos arriba, en todas sus misiones se albergaba como pobre en el hospital, sin admitir hospedajes más ricos y acomodados que le ofrecian, no sólo por padecer mas por Cristo, sino tambien por tener ocasion de consolar y curar á los pobres enfermos, como lo mandó el mismo Señor á sus Apóstoles, á los cuales procuró imitar en todo.

Cuando habia enfermos en casa, no se apartaba de ellos, sirviéndolos, curándolos, consolándolos, buscándoles los regalos por todos los medios posibles.

Estando tal vez con el rey D. Sebastian, á quien seguia en las jornadas, en una villa una jornada del colegio, le avisaron que un Padre habia caido enfermo, y fué tal su cuidado, que sin poderse contener, pidió licencia al rey y vino al colegio, y sirvió de enfermero al Padre enfermo, velándole de noche, curándole á todas horas, sirviéndole y diligenciando su salud, y no se apartó de su cabecera hasta dejarle bueno, anteponiendo la caridad para con el enfermo á todas las honras y valimiento de los reyes.

No fué menor la caridad que usó en el colegio de Evora con un Hermano que estaba tísico de muchos meses, y, cansados y apurados los médicos, le dejaron por incurable en manos de la muerte.

El caritativo P. Luis Gonzalez, cuya caridad no se apuraba con la importunidad de las enfermedades ni con el trabajo de curar á los enfermos, se encargó de curar á este, y halló cura para el que desahuciaron por incurable.

Esta fué llevarle consigo junto á su propio aposento y por muchos meses servirle, y regalarle, entretenerle, llevándole flores y músicos que le cantasen canciones santas, sacándole al campo y haciendo tantas diligēncias, y las principales fueron encomendarle á Dios, que tuvo efecto su cura, y le dió sano y bueno, premiando Dios su caridad con dar salud al enfermo, la cual tuvieron todos por milagrosa.

Y para mayor demostracion del cuidado y solicitud que este siervo de Dios tenia con los enfermos, nacido del fervor de su caridad; contaré un caso que le sucedió en el colegio de Lisboa siendo no Rector, sino Superintendente, como se practicaba en aquel tiempo.

Habia un enfermo á quien, como solia, velaba y servia con mucha solicitud, y viéndole desganado de comer, ordenó al P. Rector que le trujesen agua de la Pimenteyra, que es una fuente distante media legua del colegio, de mejor agua que la de la ciudad.

El Rector se olvidó, y cuando le vino á dar de comer, pidió el agua de aquella fuente como más saludable para el enfermo.

El Rector que se halló presente, confesó de plano que se habia olvidado

hacerla traer; el bendito Padre lo sintió como si se hubiera hecho una ıvísima falta, y con graves palabas le dijo: «Padre mio, con otras faltas se ede disimular, pero las que tocan á la caridad y en particular á los enfer- ›s, no se pueden tolerar ni es justo que pasen sin castigo; y pues la culpa estado de parte de Vuestra Reverendísima, que ha tenido negligencia y scuido en el regalo del enfermo, es justo que haga la debida penitencia r ella, y esta sea que Vuestra Reverendísima tome un cántaro, y vaya á la nte, y le traiga lleno de agua para él, y con este recuerdo no se olvidará a vez de hacerla traer.»

El buen Rector abajó la cabeza, y, sin replicar palabra, tomó el cántaro, y en cuerpo por medio de la córte y trujo el agua sobre sus hombros con pequeña admiracion de los de dentro y fuera del colegio, entre los cuales bo gran disputa sobre cuál habia sido mayor, la caridad del Superinten- ıte para con el enfermo ó la obediencia del Rector en traer el agua con mortificacion y nota de la córte.

En la verdad ambos nos dejaron esclarecidos ejemplos de estas virtudes, P. Luis Gonzalez de finísima caridad y el P. Rector de exactísima obedien- , ejecutando con tanta puntualidad y humildad mandato tan difícil en per- ıa de sus canas y dignidad, pudiendo excusarla con mucha facilidad; y edeció con tanto gusto como si le mandaran la cosa más honrosa del mun- , dando esclarecido ejemplo á los presentes y venideros de mortificacion, ediencia y humildad.

De este mismo incendio de caridad nacia la que usaba con los predicado- ; y lectores, y con más conato con los maestros de humanidad, retórica y ımática, así porque su ocupacion es más seca y más trabajosa que los que edican y leen ciencias mayores, como porque es tambien muy necesaria y mo el fundamento de la sabiduría. Por esto se esmeraba en alentarlos y viarlos, honrándolos cuanto el porte de la Religion permite.

La misma caridad usaba con los huéspedes y con los Hermanos que aten- an á los oficios de la casa, los cuales decia que llevaban el peso de la Co- unidad y la carga de todos, por lo cual convenia poner el hombro y ayu- ırlos á llevarla.

Por esto los ayudaba en sus oficios, y les daba muchas recreaciones, y les gradecia lo que trabajaban, con que andaban gustosos y consolados, y tra- ıjaban más en un dia, que con tédio y tristeza en muchos; porque el alegría ı el trabajo es como el unto en las ruedas del carro, que aligera el curso y via la carga; y el tédio la hace más difícil y pesada.

Y sin duda dotó el cielo á este santo varon de gracia particular para con- ar á todos; porque, entrando en el colegio, entraba con él la alegría, y el

gusto, y el aliento que todos sentian en sus almas, no ménos con su presencia que con sus dulces palabras y gran afabilidad.

Hijo fué de esta caridad el celo tan ardiente que siempre tuvo de la salvacion de las almas, y la diligencia que puso en que los reyes fundasen muchas casas y colegios, así en Portugal como en las Indias, en que se criasen sujetos que fuesen á predicar á los infieles.

A este fin aplicó todos los valimientos que tuvo con los reyes, sin pedirles para sí ni para alguno de sus parientes cosa alguna de las muchas que pudo darles, siendo tan nobles y tan capaces de las mayores del reino.

Pero el siervo de Dios todas sus mientes tenia en los bienes eternos, tan descarnado de carne y sangre, como si no estuviera vestido de ella, sin reconocer otra madre más que su Religion, ni otros parientes más que los religiosos de ella, á quien cordialísimamente amaba.

Fué gran despreciador de sí mismo y apreciador de todos; ninguno fué malo en su boca; de solo sí dijo mal, y de todos bien.

Traia el vestido siempre viejo y remendado; el manteo y la sotana cortos, imitando á S. Ignacio, nuestro Padre; y como lo llevase mal su tia la camarera mayor de la reina doña Catalina, juzgando por mengua suya que entrase tan roto y mal tratado en palacio, le hizo un vestido nuevo muy cumplido y autorizado.

Pero el siervo de Dios no se le quiso poner, diciendo que no era de religiosos adornar el cuerpo con vestidos preciosos, sino el alma con ricas virtudes; y que el vestido pobre era la librea de Cristo de que deben honrarse los que militan en su milicia y siguen la bandera de su cruz; de que no poco se edificaron los reyes y los cortesanos de su palacio, los cuales, aunque tal vez muestran ménos aprecio de esta humilde librea, siempre le tienen en su corazon del afecto humilde de que nace, y se edifican más de ver al religioso observante, humilde y pobre, que ricamente vestido, muy cumplido y curioso y con más ostentacion que otros seglares.

## XI

*Refiérense otras virtudes del siervo de Dios, y el espíritu de profecía de que le dotó.*

La oracion y trato que tuvo con Dios el P. Luis Gonzalez de Cámara fué como la raíz y la fuente de las heroicas virtudes que ostentó en el discurso de su vida, porque en ella encendia el fuego espiritual que animaba su alma y afervorizaba su espíritu.

Nunca, por muy ocupado que estuviese, así en palacio con los reyes como en las misiones predicando y confesando, disminuyó ó acortó los tiempos dedicados á la oracion que tenia por la mañana y por la noche, que eran tres horas cada dia para la mental y otras para la vocal siempre de rodillas.

No pocas veces pasaba toda la noche en peso, sin interrumpir la oracion, recompensando los ratos que le impedian las ocupaciones del dia.

Cada año se retiraba por uno y dos meses á los ejercicios espirituales de S. Ignacio á una granja que se llama Valderosal, gastando todo el dia en contemplacion y leccion espiritual con gran usura de su alma, hablando sólamente con Dios, de quien recibia luz para sus aciertos y fuerzas para ejecutarlos.

Jamás se resolvió en cosa alguna de importancia sin comunicarla primero con Dios en la oracion, y así le salieron todas tan acertadas; que la luz del cielo enseña el verdadero camino y descubre las celadas.

Hijo fué de su oracion el espíritu de profecía que Dios le comunicó confirmado con muchas experiencias de que pondré aquí dos.

La primera fué de un Hermano que, persuadido del demonio, pretendia salir de la Compañía.

Hablóle el P. Luis Gonzalez, disuadiéndole aquella locura con muchas y fuertes razones; mas estaba tan ciego y obstinado en su depravado intento, que á todas resistió, y el Padre le dijo con espíritu profético: «Pues no da crédito á mis razones, saldrá de la Compañía y morirá violentamente dentro de breves dias.»

Lo cual se cumplió, porque un cuñado suyo, afrentado de tener un pariente tan cercano apóstata, como él decia, le dió de puñaladas pocos dias despues de haber salido, cumpliéndose á la letra lo que el Padre le profetizó.

En Evora vino á pedir la Compañía un estudiante artista que se llamaba Bartolomé Duarte, y tenia su madre anciana y no muy rica.

El P. Luis Gonzalez juzgó al principio que seria mejor atender el hijo á su consuelo y regalo que entrase en la Religion; mas, como el pretendiente instase porque le recibiese, el Padre lo encomendó á Dios, y la respuesta fué la siguiente: «Confiad, hijo, porque el Señor os quiere para la Religion: entrareis en ella y sereis profeso de cuatro votos y morireis lector.»

Todo se cumplió á la letra, porque leyó un curso de Artes en Braga, hizo la profesion de cuatro votos y murió en Lisboa leyendo teología moral con mucha aceptacion de todos y no menor sentimiento de su pérdida.

Y como estas dijo otras cosas futuras que se vieron cumplidas puntualmente como las profetizó.

La oracion y trato con Dios acompañaba con la mortificacion de las pa-

siones y la maceracion de su cuerpo, la cual fué continua y rigurosa, así de disciplinas y cilicios como de ayunos y vigilias, fruta poco usada en palacio.

Pero el siervo de Dios vivia en palacio como en la Religion, y en medio de la abundancia sabia abstenerse de los manjares delicados y de las delicias seculares y vivir á los fueros de la Religion.

Tenia muy enfrenadas sus pasiones, señoreando sus apetitos de tal suerte, que ni se airaba en los casos adversos, ni se envanecia en los prósperos, ni se alteraba en las injurias, ni se engreia con las alabanzas, guardando una gravedad humilde y una modestia grave, con que se hacia á todos respetable.

Decia muchas veces que la virtud más necesaria á los de la Compañía era la mortificacion de las pasiones, sin la cual ninguno podia aprovechar ni áun perseverar en ella; y conforme á esto, en una conferencia que tuvo con los de casa sobre cuál era la virtud más propia y necesaria al religioso, dió la palma al que dijo que la mortificacion propia, porque esta era la que le formaba religioso y daba el ser á las demás virtudes esenciales de la Religion.

De aquí le nacia el odio que tenia de sí mismo, buscando en todas las cosas su mortificacion.

Cuando iba á las misiones, huia de los lugares donde sabia que habia de ser agasajado y regalado, y se iba adonde no lo habia de ser, sino pasar penuria y pobreza por Cristo.

Siempre daba lo mejor á los compañeros, así en las misiones como en los viajes que hacia, y si faltaba alguna cama, dormia en el suelo ó sobre una tabla por acomodar á su hermano.

Cuando el año de mil y quinientos y cincuenta y cinco vino de Roma con los doce compañeros que dijimos, tuvo muchos lances de estos, en que hizo alarde de su mortificacion y caridad.

Uno de ellos fué que á un Padre extranjero se le rompieron los zapatos, y, no alcanzando su pobreza á darle otros, se quitó el P. Luis Gonzalez los suyos y se los dió, caminando tan largo camino con la incomodidad y trabajo que se deja entender, pero con grande alborozo de su alma por lograr aquella ocasion de hacer á su prójimo caridad y tener que padecer por Dios.

Otro caso le sucedió en una aldea de la villa de Pedro Gran, adonde habia ido á mision, en que asimismo mostró su paciencia y mortificacion; porque, como dijimos, se albergaba en los hospitales con los pobres, pero los veranos dormia en las eras en los pajares de los labradores, en memoria de las pajas en que Cristo se recostó en Belen.

En esta aldea fué á sazon que habian hecho un hurto en las eras, y el labrador velaba por coger al malhechor: con la claridad de la luna que hacia, divisó al Padre en su pajar, y, persuadido que era el ladron que buscaba, ar-

emetió á él ciego de cólera con un baston de una lanza, y comenzó á descargar palos y golpes, mezclados de oprobios, sobre el inocente Padre, con tan grande rabia, que á no socorrerle el compañero que se halló cerca, le matara.

El buen Padre llevó aquel trabajo con paciencia y alegría, como ordenado de la mano de Dios; y, cuando el labrador vió por la mañana al Padre en el púlpito predicando, se deshacia en lágrimas por las injurias que le dijo y los malos tratamientos que le hizo.

En bajando, se arrojó á sus piés pidiéndole perdon, y el santo Padre le abrazó con mucha caridad diciendo: «Más bien me hicisteis vos con vuestro engaño, dándome ocasion de ganar el cielo, que los que me han agasajado quitándome la ocasion de padecer; y os quedo en mucha obligacion.»

Finalmente, el P. Luis Gonzalez de Cámara fué un perfecto religioso, sin descaecer un punto desde el dia que entró en la Religion hasta el último en que acabó.

Noble por su sangre y mucho más por el desprecio de esa nobleza junto con sus altas virtudes, espejo de observancia á todos los religiosos, y en especial á los de la Compañía, dechado de confesores de príncipes, que en medio de su estimacion supo desestimarse á sí mismo, sin admitir dignidad ni puesto honroso de cuantos le ofrecieron, varon á todos visos grande, desinteresado, pobre, humilde, caritativo, celoso de la gloria de Dios y salvacion del mundo y un ejemplo vivo de santidad y perfeccion, con quien Dios honró la Compañía.

Su vida escribió el P. Baltasar Tellez en varios capítulos de la *Coronica de la provincia de Portugal*, y de él se hace honorífica mencion en las tres primeras partes de la *Histonia de la Compañía*.

P. NIEREMBERG.

---

## P. SIMON RODRIGUEZ

EL P. Simon Rodriguez, de nacion portugués, fué el sexto entre los diez primeros Padres que fundaron la Compañía de Jesus; el cual, estudiando Filosofía en la Universidad de París á costa del rey de Portugal, de buena edad y natural escogido, comenzó á tratar con nuestro P. S. Ignacio, á sentir por este medio grandes toques en su corazon de mudar la vida, entregarse todo al servicio de nuestro Señor.

Pero aunque estos deseos de vida perfecta eran grandes, él se los tenia encerrados en lo secreto del corazon, sin dejarles salir á las obras, hasta que, creciendo más el trato y familiaridad del Santo Patriarca, le desabrochó todo su pecho y toda su alma.

Con esta claridad y con el ayuda de tal maestro, ilustrado de nueva luz del cielo, antes de saber la determinacion de S. Ignacio y sus compañeros, se determinó de ir peregrinando á Jerusalen, y de emplear toda su vida en el ayuda y provecho de las almas; en lo cual se confirmó mucho más, entendida la resolucion y propósito de aquella santa Compañía.

Acabados sus estudios de Teología y tomando el grado de Maestro, se partió de París con sus compañeros para Italia y Jerusalen.

A pocas jornadas se le ofreció un encuentro en que mostró bien su constancia; porque, echándole ménos, y sabiendo su determinacion y viaje, salieron tras él á caballo y á rienda suelta un su hermano y otro íntimo amigo suyo con ánimo de divertirle de su peregrinacion é intentos.

Alcanzáronle presto, diéronle presta batería, proponiéndole con grande fuerza é importunidad las comodidades y esperanzas grandes que dejaba, las dificultades á que se ponia, el abatimiento y bajeza de vida que tomaba, y, finalmente, las obligaciones de amistad y sangre que á los dos tenia.

Pero todos sus tiros se deshacian como en roca fuerte con la fortaleza y constancia del apostólico varon, el cual no se contentó con rebatir los golpes que el demonio le tiraba por medio de su hermano y amigo, pero ántes les dió á ellos tan recia batería, persuadiéndoles dejasen la vanidad del mundo y abrazasen con él la cruz de Cristo, que no hallándose con bastantes expensas para obra tan grande, tuvieron por buen partido dejarle proseguir libre y alegre su viaje, y retirarse ellos, volviéndose tristes á sus estudios.

Hizo el P. Simon su peregrinacion hasta cerca de Venecia con grande fervor de espíritu, mucho rigor de penitencia y buen ejemplo de todos.

Llegados cerca de Venecia los santos compañeros, se repartieron en varios lugares para aguardar oportunidad de proseguir su viaje á Jerusalen.

El P. Simon Rodriguez con el P. Claudio Jayo, hicieron asiento en Bassan: vivian de limosna, comiendo pobremente un poco de pan duro, siendo á semanas el uno Superior del otro, porque no faltase ejercicio de obediencia y humildad.

Hacian oracion de dia y de noche, durmiendo muy poco, y eso sobre el duro suelo, en unas casillas viejas del arrabal, que defendian poco de las injurias del tiempo; y otros dias pasaban arrimados á un roble en el campo en compañía de un santo anacoreta. En este género de vida estuvieron por espacio de cuarenta dias, viviendo en la tierra como unos ángeles del cielo.

Pasado este tiempo de recogimiento, llenos de bienes celestiales y deseosos de comunicarlos á sus prójimos (en que siempre tuvieron puesta la mira, segun su vocacion) salieron de repente de aquel humilde y escondido retiramiento al mayor concurso y frecuencia de la ciudad de que antes habian huido; y subiéndose en lugares altos, llamaban la gente con señas y voces á oir la palabra de Dios.

Concurria á ellos grande muchedumbre, no como á predicadores para compungirse y aprovecharse, sino como á burladores para reirse y entretenerse por verlos tan rotos y despreciados, y que no sabian bien su lengua.

Pero, en comenzando á oirlos, y conociendo que no eran burlas, sino verdades dichas con grande fervor de espíritu, en vez de risa derramaban muchas lágrimas, y despedian grandes gemidos por sus pecados.

Conociendo ya mejor quiénes eran aquellos que antes despreciaban, y sin reparar en el hábito pobre y roto, ni en el lenguaje mal limado; se componian en su presencia, y mirándolos y admirándolos como á pregoneros de Jesucristo, tomaban con grande estimacion su doctrina, y la actuaban en sus corazones con grande mudanza de sus vidas.

Fué admirable la que hicieron los Padres en los oyentes, siendo muchos de ellos gente de plaza, de tiendas y de negocios, que raras veces oyen sermones; mas, viéndose allí con el predicador delante, no podian excusar el oirle, ni, oido, el obedecerle y abrazar lo que les enseñaba; que este gran bien trae esta manera de predicar en las plazas, de que usaban todos aquellos primeros Padres de la Compañía, y despues acá han continuado los demás hijos de ella con mucha edificacion y provecho de las almas.

Crecia más la admiracion y estima de nuestros predicadores, viéndolos tan fervorosos é incansables en trabajar, y tan descuidados de sí, y desinteresados en lo temporal, que no sólo no pedian nada á los oyentes, pero ni áun lo querian admitir cuando libremente se lo ofrecian, que les parecia cosa rara y casi milagrosa.

En estos excesivos trabajos de penitencia y rigor, y de ayudar á la salud espiritual de los prójimos, perdió el P. Simon la de su cuerpo, porque, aunque el espíritu era incansable, el cuerpo flaco no pudo sufrir tanta carga, especialmente que era en lo recio de los caniculares.

Apretóle tanto la enfermedad, que ya los médicos le desahuciaron, perdida la esperanza de su vida.

Supo nuestro P. S. Ignacio en Venecia el aprieto en que su compañero estaba, y, aunque él tambien habia enfermado de unas calenturas, sin aguardar á que se le quitasen, vino luego á pié á visitarlo y socorrerlo, en compañía del P. Pedro Fabro, con tanta ligereza, que traia admirado á su compañero.

Luego que llegó, abrazó al P. Simon y díjole que tuviese buen ánimo, dándole á entender que no moriria de aquella enfermedad: hízole buscar cama y que se desnudase en ella, que áun se estaba vestido y sin cama.

Con tal visita comenzó luego el enfermo á mejorar, y en breve estuvo del todo sano; que la misma caridad que dió fuerzas á un enfermo para andar tanto camino con tanta ligereza, estando ya presente, tuvo eficacia de ahuyentar la enfermedad y restituir la salud.

Y para que nadie dudase de que esto habia sido por milagro, el mismo Santo Padre cuando venia de camino, saliendo una vez de oracion, dijo al P. Fabro, su compañero, que luego que llegasen, tendria salud el P. Simon.

Así lo referia el P. Fabro por cosa milagrosa, y el P. Simon toda su vida confesó que la debia al P. S. Ignacio, cuya intercesion y merecimientos le libraron de la muerte.

Y no sólo recibió en esta visita la salud del cuerpo por medio del Santo Patriarca, sino tambien la del alma; porque despues de haber los cuatro compañeros pasádose á Bassan, dejada la posada del anacoreta, comenzó el P. Simon á titubear en su vocacion, y, llevado del amor de la soledad y retiramiento, á comparar los trabajos de la vida activa, que se emplea en ayudar á los prójimos, con el descanso de la contemplativa que atiende sólo á sí, y los peligros de la primera, con la seguridad que á él le parecia tener la segunda.

Con esto comenzó á temer el llevar adelante su vocacion, y sentirse muy inclinado á la soledad del anacoreta; y, finalmente, se determinó de ir á tratar este negocio con él, y pedirle consejo en lo que habia de hacer.

Mas nuestro Señor, que queria prosiguiese adelante en lo comenzado sin dejar sus primeros intentos, le detuvo de esta manera.

Apénas habia salido de la posada, cuando se le puso delante una y dos veces un hombre armado, que con aspecto terrible y la espada desnuda le amenazaba y apretaba mucho, hasta que le hizo torcer el camino, yéndole siguiendo, en tanto que lo volvió muy apriesa á nuestro Santo Padre, con admiracion y espanto de los que le veian huir sin saber de quién, y con nueva firmeza del Padre en sus primeros intentos.

Aquí sucedió otra cosa maravillosa, y fué que, yendo el Santo P. Ignacio con el P. Fabro á visitar al anacoreta, y agradecerle el hospedaje que habia hecho á los nuestros, mirando el buen viejo á nuestro Padre en lo exterior que veia de fuera con curiosidad, y regulando su santidad con la manera de vida solitaria que él profesaba; le pareció que no habia en él cosa particular digna de admiracion y sobre la vida comun y ordinaria.

Pero no permitió Dios que el piadoso y sencillo anacoreta se quedase en

aquel engaño, ántes quiso darle á entender la verdad, mostrándole en el rostro del Santo Padre, cuando estaba orando, una extraordinaria luz y resplandor, del cual alumbrado, entendió que aquel que despreciaba estaba lleno del Espíritu Santo, y era vaso escogido de eleccion, para llevar el nombre de Dios por el mundo, y grabarle en los corazones de los hombres, avergonzándose de haber juzgado tan indignamente de un varon apostólico y de tan grandes merecimientos en los ojos de Dios, como él mismo despues lo publicaba refiriendo el caso.

Decia tambien que, no acostumbrando á recibir á nadie en su recogimiento porque tenia experiencia que nunca sacaba provecho de la conversacion de sus huéspedes, luego que vió los Padres, se halló tan inclinado á hospedarlos, que hiciera escrúpulo de no hacerlo, y que no le engañó su inclinacion, porque sacó mucho fruto de su conversacion y trato.

Por este mismo tiempo, despues de haberse preparado el P. Simon con grande diligencia y cuidado, celebró en Ferrara la primera Misa con mucha devocion y consuelo de su espíritu.

Y para aumentar esta devocion y confirmar aquellas gentes en la doctrina que les enseñaba de la reverencia y frecuencia del Santísimo Sacramento del altar, obró nuestro Señor algunas maravillas propias de su soberano poder.

No mucho despues, deseando el rey de Portugal D. Juan III con su piadoso celo socorrer espiritualmente á las Indias y reducir aquella gente bárbara del culto de sus ídolos, á la adoracion del verdadero Dios y al camino de la salvacion; trató de enviarlos ministros evangélicos que hiciesen estos efectos; y, teniendo noticia de los de la Compañía y de las obras maravillosas que en provecho de las almas hacian en Italia y otras partes, deseó mucho encargarles esta árdua y apostólica empresa.

Para esto pidió á nuestro P. S. Ignacio y al Sumo Pontífice, á quien sabia estaban dedicados por voto los de la Compañía, y por cuya órden discurrian por varias partes de la cristiandad, que se le enviasen por lo ménos seis Padres para estas misiones de las Indias.

Concedió el Papa de buena gana lo que el rey le pedia, remitiendo á nuestro Santo Padre el señalar quiénes y cuántos habian de ir, haciendo Su Santidad á los que él señalase sus Nuncios Apostólicos en la India.

El santo Patriarca, despues de mucha oracion y acuerdo de los demás Padres, señaló para este efecto al P. Simon Rodriguez y al P. Nicolás de Bobadilla, en cuyo lugar, por estar él gravemente enfermo, entró el Santo Padre Francisco Javier.

Vino el P. Simon para esta mision de Etruria, adonde estaba, con mucha

presteza y gusto, porque habia muchos dias que deseaba ardientemente ir á plantar la fe entre gentiles.

Apénas hubo llegado á Roma, cuando, aunque estaba cuartanario, se puso con grande fervor en camino, sin querer aguardar al embajador de Portugal que trataba ya de partirse; porque el mucho deseo que tenia de hacer esta jornada en beneficio de aquellas almas desamparadas, le hacia temer no se le despintase y saliese de entre las manos.

Así, antes que los demás pasó navegando con grande ligereza á Portugal, desde donde habia de partir á la India.

A ocho ó diez dias de como llegó á Portugal, aunque él se quiso retirar del bullicio para aliviar el rigor de la cuartana y trabajo del camino, pero el rey le hizo llevar á Lisboa, por el encendido deseo que tenia de verlo y hablarlo, y para que se atendiese con más regalo y cuidado á curarle su enfermedad. Recibiólo con suma benignidad y amor, preguntándole y sabiendo de él muchas cosas que deseaba; y mandó que le proveyesen abundantemente de todo lo necesario.

Pero el religioso Padre, acordándose del voto de pobreza que habia hecho, pidió con grande instancia al rey que le dejase pedir limosna por las puertas para sustentarse, segun el instituto y costumbre de la Compañía; que esto estimaria más que todos los regalos y banquetes reales, en lo cual hizo tanta y tan porfiada instancia, que venció la piedad y liberalidad del rey, trayéndole á su voluntad.

Así, se fué con la cuartana al hospital real de Todos los Santos, y, no obstante su mucha flaqueza, comenzó á pedir la comida de limosna de puerta en puerta, con tan grande consuelo y alegría de poder entre sus ciudadanos y conocidos dar este ejemplo y calificacion de la pobreza y humildad cristiana, que le parecia este bastante fruto y premio de camino tan largo y tan trabajoso para un enfermo; y no dejaba de atender con mucha diligencia á oir confesiones y dar los ejercicios espirituales á muchos, supliendo la grandeza de caridad y celo la falta de salud y fuerzas corporales.

Pasados tres meses, vino el Santo P. Francisco Javier el dia que aguardaba la cuartana el P. Simon, el cual se alegró tanto con su venida y le sintió tan propicio y favorable, que con su salutacion y abrazo despidió la cuartana y nunca más le volvió.

De allí á tres dias fueron llamados á palacio, donde, á peticion de los reyes, dieron cuenta del Instituto y fin de la Compañía; de su principio y progreso de sus ministerios y frutos; de las persecuciones y contradicciones que en varias partes les sobrevenian, y de lo que Dios nuestro Señor sacaba de ellas, con grande gusto y consuelo de los cristianísimos reyes.

Los cuales con singular benignidad dieron cuenta á los Padres de todas sus cosas, de los hijos que habian tenido, los que se habian muerto y los que de presente vivian, llamando luego al príncipe D. Juan y á la infanta doña María, para que diesen la bienvenida á los Padres y recibiesen de ellos su bendicion.

Despues habló el rey á los Padres de esta manera: «Es cosa cierta que de la buena educacion de la juventud depende todo el acierto y lustre de la cristiandad y buenas costumbres del reino; por eso procuro que los niños y mancebos más nobles de mi córte se crien en toda piedad y virtud, y tengo mandado que se confiesen cada ocho dias; porque, si desde niños se instruyen bien en la ley y temor de Dios, cuando grandes valdrán mucho con su autoridad.

»Siendo ellos los que deben, llevarán con su ejemplo tras sí á los demás del pueblo, cuyas costumbres por este medio, con la ayuda de Dios, se reformarán.

»Estoy persuadido que, si los nobles van delante con la compostura y concierto de sus vidas, la mayor parte del reino enmendará y reformará las suyas.

»Por tanto, supuesto que hasta el verano del año que viene no ha de haber navegacion para que paseis á la India, os encomiendo con grandes veras y del todo os entrego esta juventud, para que la instruyais y perfeccioneis en la vida y costumbres de perfectos cristianos.»

Encargáronse los Padres de aquel ministerio con singular cuidado y celo y con admirables efectos.

Habia como cien niños, la flor del reino y la esperanza de su conservacion y acrecentamiento, y no ménos de la religion y piedad cristiana.

Confesábanlos los Padres todos los viérnes, y con este y otros muchos medios espirituales los adelantaban y mejoraban en todo.

Y no atendian ménos ni con menor fruto á los de mayor edad, confesando muchos, en especial de los príncipes, prelados y caballeros, y dándoles los ejercicios espirituales; con que se entabló nuevo modo de vida muy diferente del que hasta allí se usaba.

Acudian tambien cada dia, á instancia y ruegos del Cardenal D. Enrique, Inquisidor general, que despues fué rey de Portugal, á visitar la cárcel de la Inquisicion, haciendo pláticas, confesando los presos y socorriéndolos en todas las necesidades, así temporales como espirituales.

En los cuales ministerios hicieron tanto los dos apostólicos varones y con tanta edificacion y ejemplo, que luego tuvieron muchos y muy buenos imitadores, que abrazaron el Instituto de la Compañía.

El primero de ellos fué un Teólogo muy docto, conocido antes de los Padres en la Universidad de París, que se llamaba Gonzalo Mederio, al cual trujo Dios á su casa movido por una comparacion llana que oyó en un sermon; que como en la mesa del rey no se ponen las aves sino muertas, peladas y asadas, así los que quieren agradar á Dios y ser de su gusto, han de mortificar sus cuerpos, afectos y pasiones, despojarse de todos los bienes de la tierra y abrasarse en deseos de agradar y servir á Su Majestad.

Luego que oyó esta razon, se vistió de cilicio y cargó de ásperas penitencias, comenzando con grandes veras y fervor á servir á Dios nuestro Señor.

Pero, como siempre el demonio hace guerra á los que se declaran por del bando de la virtud, comenzó luego á jugar contra él las armas, arrojándole fuegos abrasadores de torpezas que le encendian el pecho, y con los mismos remedios y diligencias que hacia para apagarlos, parecian crecer más, como suele cierta manera de fuego crecer con el agua, de manera que casi le traia á desesperacion de poder prevalecer y librarse del enemigo.

Mas, cuando estaba en la mayor apretura y oscuridad interior, se le apareció claramente un ángel, y le dijo una y otra vez en latin estas palabras: *Confide, tu salvus eris:* Ten confianza, que llegarás á salvamento.

Cobró ánimo y entendió que habia de alcanzar fácilmente la promesa del ángel, si seguia á los Padres, abrazando el Instituto de la Compañía.

Así lo hizo con grande resolucion, viviendo de tal manera en ella, que hizo muy cierta la profecía del cielo.

Al principio los Padres, segun costumbre y el grande amor que tenian á la santa pobreza, se sustentaban sólamente de la limosna que pedian por las puertas; mas, viendo que esto les quitaba más de tiempo que les traia de provecho, se resolvieron de admitir en adelante el sustento que espontánea y liberalmente les ofrecia el rey, de tal manera que no saliesen del hospital adonde se habian recogido, excusándose de vivir en palacio: y que dos dias en la semana pidiesen limosna de puerta en puerta, para ejercitar la santa humildad y pobreza y para usar de misericordia con los pobres, á quienes repartian todo lo que llegaban.

Entre estos trabajos y fructuosos empleos, cuando todo les sucedia prósperamente con grande aplaüso, estimacion y fruto, echaban ménos los verdaderos amadores de la cruz de Cristo no tener quien los persiguiese y ejercitase en la paciencia: esto les daba pena, pareciéndoles que si mucho tiempo duraba esta prosperidad y bonanza, que no trabajaban con la fidelidad que debian á discípulos de Cristo.

Sólo tenian de consuelo que, por lo ménos en la navegacion de la India,

que ya esperaban y deseaban intensamente, hallarian copiosa materia y grande cosecha de trabajos y persecuciones.

Pero el rey y los principales cortesanos y caballeros (á los cuales seguian los deseos de todo el pueblo) alegres del grande bien que gozaban, y prometiéndosele cada dia mayor por la industria y celo de los Padres, determinaron quedarse con ellos en Portugal, y áun procurar traer otros, si pudiesen, de la Compañía, y no dejar de las manos la fuente y causa de todo su bien espiritual, por atender al de la India, que les tocaba ménos.

Aficionóse por extremo el rey á la Compañía, y le parecia traza del cielo la de los colegios, adonde se enseñaba á la juventud las buenas letras, la virtud y costumbres cristianas, y se criaban obreros para discurrir por el mundo cultivando la viña del Señor.

Y así, trataba de fundar un grande colegio, en el cual se enseñasen los niños y mancebos de su reino y se criasen ministros apostólicos de la Compañía así para Portugal como para toda la India.

No contento con esto, decia que, sin reparar en cualquiera gasto, tuviera de buena gana en su reino á todos los que habia de la Compañía, y, tuviera á grande dicha poder hacer ese bien á sus vasallos y ese servicio á nuestro Señor, gastando en ello su hacienda.

Encargóse él por sí, é hizo diligencias con el emperador y con el rey de Francia, de pedir y sacar luego la confirmacion de la Compañía, para tener parte en el progreso y aumento de los que estimaba por tan grandes religiosos y tan provechosos á la Iglesia.

A los cuales desde entónces, movidos del resplandor de las heróicas obras de los dos Padres, aunque con grande repugnancia y confusion suya, comenzaron todos á llamarlos los apóstoles, y de allí se ha extendido y durado este nombre á todos los de la Compañía hasta el dia de hoy en Portugal y en la India.

Luego que los Padres entreoyeron la determinacion del rey, y de los señores y caballeros del reino, escribieron el caso á nuestro P. S. Ignacio.

Él, con órden de Su Santidad, remitió todo el negocio á la disposicion del rey, escribiendo á los Padres que en todo se ajustasen con ella sin salir de su voluntad, aunque antes él les hubiese ordenado otra cosa; pero que, si el rey le pidiese en esto su parecer, él juzgaria que se partiesen, yendo el P. Javier á la India y quedándose en Portugal el P. Simon Rodriguez.

Este parecer siguió el rey, juzgando que se socorria bastantemente todo el reino de Portugal con la presencia del P. Simon, y mucha parte de las Indias con la del P. Javier.

En partiéndose el santo P. Javier á la India, haciéndosele estrecho aquel

reino á la caridad y celo del P. Simon, y llevado de los antiguos deseos de convertir á la fe las naciones de los gentiles, se resolvió de dejar secretamente á Portugal y caminar á las Indias.

Y así, con sumo secreto trató su embarcacion por medio de un su devoto y pretendiente de la Compañía, ofreciéndole en premio de la negociacion recibirle en ella luego que se diesen á la vela.

Pero, estando el Padre en esto, le llamó el rey para tratar y efectuar la fundacion de un colegio de la Compañía en aquel reino.

Con lo cual entendió ser voluntad de Dios que quedase en Portugal; y corrigiendo la suya y conformándola con la divina, desistió de sus intentos y se dió con toda diligencia y todas sus fuerzas á cultivar las almas de los portugueses con grande medra de ellas.

Era incansable en tratar la causa de Dios, aprovechando á los prójimos no sólo en el palacio y córte, adonde por la fama de su santidad era de todos venerado, sino tambien en lo restante del reino, usando para ganar las almas de todos los medios espirituales ordinarios, é inventando otros nuevos y extraordinarios, atrayendo cada dia muchos y muy buenos obreros que en su compañía y debajo de su obediencia trabajasen fructuosamente en aquella viña del Señor, y promoviéndolos á ellos á alcanzar con fervor y diligencia la perfeccion religiosa por medio de sus palabras y mucho más de sus ejemplos.

No cabia el piadosísimo rey de contento, viendo los admirables efectos del P. Simon y los suyos.

Para que pudiesen multiplicarse y extender más sus frutos, les fundó magnificentísimamente otro colegio en la Universidad de Coimbra, sin darles aun cuidado de trazar ni asistir á edificar la casa, porque no quitasen nada del que tenian en ayudar á los prójimos, atendiendo él por sus ministros á edificar y acomodar casa á los Padres.

Por esta misma razon, viendo el P. Simon que algunos de los nuestros que habian de atender á la granjería de las almas, ó habilitarse y hacer caudal para darse á ella despues, se impedian mucho por atender á los ministerios temporales necesarios para el sustento de los demás; recibió seis Hermanos de buenos naturales y buenas fuerzas, que se encargasen de este cuidado de lo temporal, sirviendo en esto á nuestro Señor, y siendo participioneros de los gloriosos empleos y frutos de los otros.

En este tiempo vino de la India un embajador gentil, persona principal y de mucha autoridad entre los suyos, el cual, por ellos y por él, deseó mucho el rey se hiciese cristiano.

Encargó esta empresa al P. Simon, fiado en su eficacia y celo; visitó el

Padre al embajador, y hablóle con grande afabilidad y blandura, haciéndosele muy amigo, y ganándole con su trato apacible la voluntad.

Finalmente, á pocos lances ilustrado con la luz del cielo, y trocado el corazon y ánimo, se rindió á la verdad católica que el Padre le proponia, y detestando sus antiguas idolatrías é ídolos, se desnudó del viejo Adan y se vistió del nuevo por el santo bautismo, con tanto fervor y constancia, que causó grande consuelo al rey y á todos los demás, y daba ciertas esperanzas que habia de ser eficaz medio para atraer á los suyos á la verdad que él habia abrazado.

Envió nuestro Santo Padre al P. Simon algunos sujetos, y aunque de ellos repartió con Alcalá, Valencia y Lovaina, con todo eso tenia en Portugal el año de 1544, uno despues de fundado el colegio de Coimbra, sesenta buenos sujetos, á los cuales incitaba á toda virtud y perfeccion el santo Superior más con obras que con palabras, practicando en sí primero la disciplina religiosa y perfecta observancia que pedia á los otros, entablando una exactísima guarda de las reglas.

Con lo cual eran á todos de grande ejemplo, edificacion y fruto, y trujeron muchos á la Compañía, de manera que el P. Simon que antes pedia sujetos de Francia y de Italia, escribió á nuestro Santo Padre, rogándole que no le enviase más, porque tenia bastante cosecha en Portugal, y más pretendientes de los que podia recibir.

Dejó el colegio de Coimbra en grande fervor de espíritu y rigor de observancia, y fuese para Lisboa, adonde halló bien que padecer, pretendiendo el demonio impedir los felices progresos y frutos de los nuestros, por medio de cierto Licenciado, á cuyo hermano habia el Padre despedido de la Compañía en Coimbra por no estar quieto en su vocacion.

Hablaban ambos mal del Padre y de la Compañía en cada corrillo, desacreditándola con todos no sólo de palabra, sino tambien por escrito, sembrando libelos en que decian mal del Instituto de la Compañía, afirmando que no tenia otras reglas ni estatutos que sola la voluntad del P. Simon; que falsamente decian que los de ella estaban sujetos inmediatamente al Sumo Pontífice, siendo verdad que eran del todo dependientes de los Ordinarios, y de ellos podian ser castigados y compelidos por leyes y mandatos; que las inmunidades, exenciones y privilegios que decian tener de la Sede Apostólica, eran ficciones y mentiras, y como tales debian ser tenidas; que no estribaba la Compañía en otro fundamento que en el aplauso de algunos pocos engañados y de muchos ignorantes; que recibia sujetos contra la prohibicion del Sumo Pontífice.

A este modo sembraban otras falsedades, y no contentos con esto dige-

ron al P. Simon en su presencia muchos oprobios y afrentas, y pusieron en él las manos con sacrílega impiedad.

Lo cual todo sufrió el Padre con grande paz y tranquilidad de ánimo, como si á él no le tocara, sin querer por sí ni por otra persona tomar satisfacion, pudiendo fácilmente por la mucha cabida y estimacion que tenia con el rey, príncipes y caballeros del reino.

Y, áun cuando el negocio vino á noticia del rey, y de su hermano el Cardenal é Inquisidor General, y del Nuncio Apostólico, porque los mismos perseguidores les enviaron los tratadillos contra la Compañía; entendiendo el Padre cuán mal lo habian tomado, y que trataban de castigarlos severamente, puso grande esfuerzo en alcanzarles perdon.

Y aunque el rey no se dejó vencer del todo de su instancia y ruegos, todavía no pudo dejar por ellos de moderar la pena, contentándose con desterrar de su reino á los perseguidores.

El P. Simon, aunque veia que las calumnias ellas mismas se caian de su estado, sin que hubiese quien las diese crédito, quiso con esta ocasion sacar y publicar las Bulas de la confirmacion de la Compañía y de sus privilegios, con que ella quedó más conocida y estimada, y el Padre áun más respetado y venerado que antes, viéndole constante y ejemplar, no sólo en lo próspero, sino tambien, y mucho más, en lo adverso.

Cayó enfermo de los excesivos trabajos que tomaba por la gloria de Dios; y estando el rey ausente, luego que lo supo, lo vino á visitar con el príncipe su hijo y algunos Obispos y caballeros, honrando con esta humanidad y benevolencia la virtud y grandes merecimientos del P. Simon.

El año 1545, yendo á visitar el colegio de Coimbra, halló entre los nuestros mucho rigor de penitencias y mortificaciones extraordinarias; y aunque trató de quitar el exceso, ordenando que ninguna se hiciese sin el registro y bendicion del Superior, todavía conservó muchas de mucha edificacion para los de fuera, y muy acomodadas para alcanzar los religiosos perfecta victoria de sí mismos.

Entre las cuales una fué que, viniendo un estudiante llamado Ambrosio Ferreira á pedir la Compañía, para prueba de su constancia y fervor le mandó ir á mediodía por las principales calles de Coimbra, sin capa y sin sombrero, con una calavera en la mano derecha, y de esta manera entrar á hacer oracion en las iglesias del camino, y volverse á casa.

Hízolo el mozo de buena gana, y por ser muy conocido en toda la ciudad por excelente músico y cantor, y por el traje que llevaba, convocó tras sí mucha gente y grande número de muchachos que como á loco le seguian con silbos, gritos y oprobios.

Con la cual experiencia le pareció al Padre que era digno de ser recibido en la Compañía de aquellos que por Cristo desean ser tenidos y estimados por locos.

Enviaba tambien algunos de los nuestros, que en la oscuridad de la noche diesen grandes voces, diciendo: «Infierno, infierno, para los que están en pecado mortal.»

Otros iban á pedir limosna con unos manteos rotos y remendados, que por ser cosa desusada, era á propósito para mortificar y causar vergüenza.

A otros enviaba entre medias de la gente que repitiesen en voz alta: «Tierra, tierra, vé á la plaza á oir la palabra de Dios;» y allí los aguardaba otro con una plática fervorosa de la muerte, del juicio y de la cuenta estrecha y rigurosa.

Con lo cual muchos con entrañable dolor lloraban sus pecados, y confesándolos mejoraban sus vidas; aunque no faltó quien extrañase tanto fervor, y no conociendo su necesidad, decia que aquellos terrores eran para los ninivitas, y no para cristianos cultivados.

Por medio de los ejercicios espirituales se hicieron tan grandes mudanzas de vida que parecian milagrosas, siendo los que los hacian de mucha edificacion y ejemplo á los demás.

Salian tan encendidos de amor de Dios que, como llenos de su espíritu, no cesaban de hablar de sus grandezas y andaban tan absortos en Dios y olvidados de sí, que comenzó á extenderse por el vulgo, que los que una vez hacian los ejercicios, luego padecian éxtasis y tenian visiones. Traia el Padre Simon á sus súbditos en continua oracion dentro y fuera de casa, en tanto grado, que se tenia por crímen salir uno de casa, sin llevar algo que meditar por el camino.

Y así, era costumbre asentada recogerse todos, antes de salir, delante del Santísimo Sacramento á recapacitar materia de meditacion; de donde venia algunas veces el ir tan absortos en Dios por las calles, que como si fueran ciegos y sin sentido, se encontraban con lo que habia delante, con los hombres, con las piedras y con las cargas que por las calles pasaban, siendo por esto no pocas veces causa de risa y escarnio á los hombres en la tierra, cuando causaban admiracion y alegría á los ángeles del cielo, adonde era su conversacion.

A esta causa, y por su continua mortificacion andaban todos flacos, macilentos y amarillos, de manera que solian decir de ellos por gracia algunos seglares, que se sahumaban con humo de paja para tener aquel color quebrado.

No aflojaban este teson ni interrumpian el hilo de la oracion para la hora

de comer; antes allí la cebaban con la pia y devota leccion, segun que acos tumbra la Compañía.

En el tiempo de comulgar era tanto el fervor y devocion de nuestros Her manos, tan copiosas las lágrimas que derramaban, que acudian de muy léjos á ver este espectáculo de piedad muchos de la Universidad y pueblo.

Con estos ejemplos de virtud atraian mucha gente, no sólo de la ciudad, sino de la comarca, á confesarse y remediar sus conciencias.

El Obispo de Coimbra, D. Juan Suarez, de la Orden de S. Agustin, les cobró tan gran devocion y tan grande estima de sus ministerios, que no quiso otra ayuda para llevar la carga del obispado que le habian impuesto, sino los de la Compañía, de quienes se ayudaba en todas las cosas de piedad y religion.

Por su persuasion é industria hizo y dotó liberalmente una casa para recoger huérfanas, hasta tiempo de ponerlas en estado de Religion ó matrimonio, encargándoles esta obra hasta ponerla en punto que la pudieron administrar otros.

Convocóse en este tiempo el Concilio Tridentino, y luego el cristianísimo rey D. Juan, deseoso de ayudar á cosa tan grande, escribió al P. Simon que mirase y consultase con los demás Padres qué seria bien que se propusiese de parte de su Majestad para bien de la cristiandad.

Con ello envió juntamente una gravísima recomendacion de la Compañía, diciendo cuán loable y fructuosamente trabajaba por la gloria de Dios, no sólo en Portugal, sino en todas las regiones de la India.

Porque el Maestro del príncipe Fr. Juan Suarez habia sido electo Obispo de Coimbra, trató el rey con grande resolucion de poner en su lugar al Padre Simon Rodriguez.

En esta razon escribió apretadamente á nuestro P. S. Ignacio que lo tuviese por bien; el cual, aunque temia que aquel demasiado trato de la córte y la mucha privanza del rey hiciese daño al P. Simon y á la Compañía, todavía le pareció que no se podia negar lo que pedia con tantas veras y tan buen celo un rey tan piadoso y cristiano, y tan insigne bienhechor y Patron de la Compañía.

Así, vino en que el Padre tomase el oficio de maestro del príncipe, el cual él hacia con grande celo y cuidado; confesábalo todos los viérnes, y para sus costumbres y virtudes le era maestro y padre: con lo cual, no siendo de más de diez años, tenia madureza y modo de proceder de viejo.

No se encerraba en esto la cosecha del Padre, ántes la tenia copiosísima en los cortesanos, en tanto grado, que los que antes habian conocido de cerca aquella córte, no podian dejar de admirar y alabar con grande consue-

lo suyo tan grande mudanza de las vidas y costumbres de todos los nobles.

Lo cual atribuia el P. Simon á la abundancia de doctrina y frecuencia de Sacramentos, de cuyas fuentes manaban todos los oficios de piedad y ejercicios de virtud.

A esta sazon, que era el año de 1546, llegó á Portugal la Bula que declara constar la Compañía de dos grados de Coadjutores, unos espirituales y otros temporales.

Publicóla el P. Simon y pidió á los nuestros que por escrito le diese cada uno qué grado queria en la Compañía, y todos le dieron unos papeles de grande edificacion llenos de fervor, humildad y resignacion, pidiendo los oficios y empleos más bajos y humildes de la casa, y últimamente remitiéndose á la disposicion de la santa obediencia.

Vínole al P. Simon patente de Provincial de la provincia de Portugal que en él se comenzaba, y con esta ocasion comenzó de nuevo á renovar y aumentar el fervor del espíritu en su provincia con admirable cuidado é iguales progresos, así dentro como fuera de casa.

Llegó á esta sazon de Africa á Portugal un moro noble, capitan de la caballería africana, el cual en su casa nunca arrostró hacerse cristiano, aunque se le ofrecian para ello muy honrosas y provechosas condiciones.

Pero, salido de ella y entrado en Portugal, le comenzó á rayar la cruz de Cristo, que lo llamaba de las tinieblas oscuras de la supersticion y falsa secta á la luz admirable de su Evangelio; y ya, como ciervo herido con la saeta de la palabra de Dios y de su inspiracion, se daba priesa á buscar la fuente de vida, adonde por el santo bautismo renaciese á Cristo y en Cristo.

Instruyóle diligentemente el P. Simon por órden del rey; y habiendo en breve conocido y enterádose de los misterios necesarios de la fe, despues lo dejó por algun tiempo en nuestro colegio de Coimbra, para que se perfeccionase en la fe y costumbres cristianas, como lo hizo con mucho cuidado y con grande consuelo de los que le trataban.

Crecia ya tanto el número de los nuestros en Portugal por el buen ejemplo de su vida, y en particular por el ejemplo y doctrina del P. Simon, que de los que recibia, entresacados de muchos pretendientes, enviaba grande número á Roma, y convidaba á nuestro Santo Padre con más, si fuesen menester.

Tambien envió otros muchos muy fervorosos obreros á las misiones de la India y Etiopía, para grande bien de las almas y gloria de nuestro Señor.

Juntamente con el número crecia y se adelantaba la exacta observancia y fervor espiritual, en especial el rigor de mortificacion y penitencia, que era admirable, así en público como en secreto, de que se pudieran decir en particular muchos ejemplos raros.

Y á ese paso iba en aumento el fruto de nuestros ministerios, con grande reformacion de las costumbres de todo el reino, cuyo príncipe con el magisterio del P. Simon se aprovechaba mucho en su espíritu, y era á todos ejemplo de cristiandad y virtud.

Y así, le seguian é emitaban todos los demás, á quienes todos ayudaba el santo Provincial, socorriendo juntamente á las almas y á los cuerpos con su mucho fervor y celo y con la mucha autoridad que tenia así con el rey como con todos los señores, caballeros y las otras personas del pueblo.

Pero estando ya cansado de la córte, trató de huirla y áun salirse de Portugal, tornando á resucitar los antiguos fervores y deseos de Etiopía y de la India, cuyas misiones y las del Brasil, que entónces se descubrieron, le tiraban mucho y le tenian suspirando por ellas.

Pero, por más que intentó estas empresas, no pudo salir con nada, porque Dios nuestro Señor se daba por bien servido de él, y queria que prosiguíese en Portugal, aprovechando aquel reino, y gobernando y aprovechando su provincia.

El año de mil y quinientos y cuarenta y ocho hizo el P. Simon Rector del colegio de Coimbra al P. Luis Grana, para emplear en el trato de las almas al P. Luis Gonzalez, que hasta allí lo habia gobernado en este oficio.

Para hacer este trueque, llamó á los dos Padres delante de los de casa, diciéndoles que al uno de ellos queria confundir y mortificar, y allí declaró por Rector del colegio al P. Grana, y al Rector antiguo le envió á servir en la cocina, para que diese ejemplo de humildad y obediencia, adonde antes lo habia dado muy bueno de prudencia, solicitud y celo.

Y, como preguntasen al prudente Provincial cuál de los dos era el mortificado y confundido, no quiso responder allí, pareciéndole que estaba claro entre gente que trata de perfeccion, que el ministerio humilde y bajo era el quieto, sosegado y apetecible, y el de gobernar cargoso, de pena y mortificacion.

Habia dado en el colegio de Coimbra á un Hermano estudiante, llamado Vicente Rodriguez, un recio dolor de cabeza que no le dejaba hacer nada, y le afligia en grande manera.

Enviáronle á los aires naturales y benignos de Lisboa, pero ni la mudanza del lugar, ni la diligencia de los buenos médicos y eficacia de medicina bastaron para salvarlo; ántes creció tanto el mal, que ya le pronosticaban y temian su muerte, porque le manaba mucha podre por un oido, y toda la cabeza parecia estar podrida. Finalmente, lo desahuciaron, perdida la esperanza de su salud.

Llegó en este tiempo á Lisboa el P. Provincial, Simon Rodriguez, á quien

intensamente deseaba ver el enfermo, muy confiado de que con su venida habia de estar bueno.

Abrazóle, en llegando, con grande amor, y con mucha seguridad le dijo que tuviese confianza, que de aquella enfermedad no habia de morir.

Al punto se le quitó al enfermo del todo el dolor, y se sintió perfetamente sano, para mucha gloria de nuestro Señor y provecho de las almas, en cuyo beneficio trabajó despues mucho en el Brasil el P. Vicente Rodriguez.

Lo cual se tuvo por cosa milagrosa, y como tal se escribió á Roma, donde hasta hoy se guarda la carta, honrando nuestro Señor en esta obra la reverencia y confianza del enfermo, y declarando los grandes merecimientos del santo Provincial.

Tambien es cosa muy sabida en Portugal que por su medio alcanzó la salud y conservó la vida el santo P. Gonzalo Silveira, para vivirla santísima y darla despues por Cristo con glorioroso martirio, como lo hizo.

Porque estando una vez en Coimbra ya para espirar, desahuciado de los médicos, pasó el P. Simon Rodriguez, al amanecer, por su aposento, y díjole: «Tenga buen ánimo P. Gonzalo, que yo voy á decir Misa por su salud, y Dios se la dará.»

En el mismo tiempo que la Misa se decia, el P. Silveira dijo á voces al P. Rector Luis de Grana y á otros tres que le asistian, que estaba perfectamente sano, y que el P. Provincial le habia dado la salud; y como él lo dijo se halló luego que era, con grande admiracion y consuelo de todos; y porque esta maravilla sucedió dia de S. Silvestre, el P. Gonzalo se llamó por algun tiempo Silvestre Silveira.

El año de 1550 convocó nuestro P. S. Ignacio á Roma á todos los Padres graves que le fué posible, para comunicarles las Constituciones que por órden del Sumo Pontífice y á instancia de los de la Compañía habia sacado, y para que, despues de vistas y consideradas despacio, diesen su parecer y dijesen si habia algo que quitar ó añadir.

Para lo cual principalmente deseó al P. Simon Rodriguez, porque con la experiencia y uso grande que habia tenido de cosas en Portugal, á donde tanto con su industria se habia dilatado la Compañía, podria juzgar más acertadamente de lo que aprovechaba y dañaba á los nuestros, y para que segun eso aprovechase y entablase su provincia; pero no fué posible con el rey le dejase ir hasta el principio del año siguiente.

Aumentóse tanto de sujetos la provincia de Portugal en las manos del P. Simon, que el año de 1551, despues de haber enviado muchos á las Indias, en sólo el colegio de Coimbra habia ciento y cuarenta de la Compañía.

Por esta muchedumbre de gente, la más muy nueva y de poca edad, y

ocupada en estudios, y por la grande prosperidad y bonanza con los excesivos favores de los reyes, y con el mucho aplauso del pueblo y abundancia de todo lo necesario, por no haber apénas noviciado ni estar aún promulgadas las reglas ni Constituciones, comenzó mucha parte á aflojar en los fervores primeros, y á vivir muchos con demasiada remision y descuido, si bien los más conservaron siempre el rigor de la observancia religiosa.

A lo cual, fuera de lo dicho, juzgó nuestro P. S. Ignacio que ayudaba la demasiada blandura de condicion y suavidad del P. Simon, su Provincial, que ya era remision y descuido en permitir y pasar cosas que no debiera sufrir, y el no haber entablado el modo de gobierno que nuestro Santo Padre usaba en Roma.

Era el P. Simon muy amado de todos los nuestros, de los buenos por ver lo tan santo, y de los flojos por hallarlo tan blando y sufridor de sus faltas; y con este amor se hallaba él obligado á amarlos mucho y mostrarlo en condescender demasiado con ellos.

Lo cual sabido por nuestro P. S. Ignacio, juzgó que el único medio para evitar la relajacion de aquella provincia y repararla en la parte que habia desdicho algo de sus principios, era sacar al P. Simon de ella.

Así lo hizo, venciendo grandes dificultades que otras veces que lo habia intentado no se habian podido vencer, así del rey y cortesanos que adoraban al Padre, como de los de la Compañía que lo amaban con exceso, y se inquietaron tanto con su pérdida, que costó mucho el quietarlos, y algunos por esta causa perdieron la vocacion.

El Padre dejó con grande gusto el gobierno, pidiendo con mucha humildad le dijesen las faltas que en él habia hecho; y tratando de recogerse y vivir á sí y á Dios sólamente, se retiró á una heredad del colegio de Coimbra que se llama S. Félix.

Pero no pudo estar allí mucho tiempo, así porque los Hermanos estudiantes y otros de los nuestros se inquietaban viéndole tan cerca y que no los gobernase, y hablaban algunos con sentimiento, diciendo que no querian otro Superior; como, principalmente, porque no queria nuestro Señor que aunque tuviese poca salud, le dejase de servir en el gobierno de otros; y así, hubo de pasar á la provincia de Aragon, á ser su primer Provincial.

Despues, por falta de salud volvió á Lisboa y de allí caminó á Roma, llamado de nuestro Santo Padre, adonde, porque mostró sentimiento y dió quejas de que le hubiesen sindicado como culpado en la revolucion é inquiet[illegible] de Portugal, juzgándose él por inocente; nuestro Santo Padre cometió el n[illegible]gocio á algunos Padres profesos y graves, para que lo examinasen al est[illegible] religioso y dijesen si tenia culpa ó no, reservando para sí el dar la peniten[illegible]

Los cuales, despues de haberlo mirado mucho y encomendádolo á nuestro Señor, juntándose en presencia del P. Simon, afirmaron con juramento que lo hallaban culpado en aquella causa.

El P. Simon, que habia aprobado la eleccion de los jueces, se rindió del todo á su parecer, y con grande modestia y humildad se arrojó á los piés de ellos pidiendo perdon y ofreciéndose á cualquiera satisfaccion y penitencia.

Mas nuestro Santo P. Ignacio, satisfecho de su rendimiento y modestia en conocer la falta y contento con haber dado con esto satisfaccion á los demás; respetando y amando al Padre como á hermano suyo é hijo carísimo, no le quiso dar castigo alguno, aunque juzgó y determinó que no volviese por entónces á Portugal para no renovar inquietudes.

En este tiempo referia públicamente el P. Simon que habia tenido una vision de esta manera: parecíale que subia una cuesta ágria y dificultosa, y que allá en lo más empinado y árduo de ella, le faltaban del todo las fuerzas y el aliento para pasar adelante; pero que en esta ocasion llegó á él nuestro P. S. Ignacio y le tomó en sus hombros, y con grande trabajo suyo y del que así era llevado, le subió por todas aquellas dificultades que antes parecian invencibles.

Y así le pasó poco despues; porque, no pudiendo sufrir el comun enemigo del género humano tan grande ejemplo de religiosa obediencia y humildad profunda como el P. Simon dejaba á la posteridad; procuró mancharlo y afearlo, dándole grande batería y proponiéndole vivamente que quedaba infamado y deshonrado si no volvia á Portugal, hasta que se persuadió á ello y á que, para huir esta infamia y no desdorar las buenas obras y ejemplos que en aquel reino habia dado, procurase con todas sus fuerzas volver á él.

Y, no teniendo esperanza de negociar con nuestro Santo Padre porque conocia cuán constante era en lo que una vez determinaba maduramente; intentó sacar un Breve del Sumo Pontífice para volver exento del P. General de la Compañía; que es caso muy para hacer temer á los que profesan humildad y obediencia, y para aprender á no fiarse de muchos años de estudio de perfeccion; ántes andar siempre solícitos en despreciar su honra y su buen nombre; pues una persona tan virtuosa y un tan grande y tan ejercitado ministro de la gloria de Dios como el P. Simon, vino á tan lastimoso punto combatido del demonio.

Pero por la diligencia de nuestro P. S. Ignacio y su continua oracion y penitencia que á este fin hizo y ordenó hacer, no pasó adelante esta tentacion; y el P. Simon, reconocido de su yerro y con mejor acuerdo, se dejó de estos intentos, y con la bendicion de nuestro Santo Padre prosiguió otros mejores



que antes tenia, de caminar á Jerusalen y, si pudiese, edificar en ella un colegio de la Compañía, llevando para este efecto autoridad apostólica.

Mas llegado de camino á Venecia el año de quinientos y cincuenta y cuatro, le atajó los pasos é impidió el cumplimiento de sus deseos la falta de salud, que no sufrió tomar tan larga jornada.

Y así, quedándose en Italia, trabajó en ella y en España con mucho fervor y celo y mucho provecho de las almas por espacio de otros veinte y cinco años, hasta el de mil y quinientos y setenta y nueve, que fué á gozar el premio de la suya desde Lisboa á los quince de julio, el octavo de los diez primeros fundadores de la Compañía.

Fuera de las muchas virtudes que ejercitó en su vida este señalado varon, tuvo espíritu profético; y así, dijo á algunos lo que despues les sucedió conforme el P. Simon les habia anunciado.

P. NIEREMBERG.

## P. LEON ENRIQUEZ

UNA de las brillantes estrellas que crió Dios en el cielo de la Compañía en sus principios, para ornamento y lustre de ella, fué el P. Leon Enriquez, noble por sú sangre, y mucho más noble por sus heróicas virtudes, por sus muchas letras y admirable prudencia con que gobernó muchos años la Compañía.

Fué hijo este insigne varon de D. Juan Enriquez, hijo de D. Enrique Enriquez, señor de las Alcacevas y cazador mayor del rey D. Manuel de Portugal, y de doña Felipa de Noroña, hija de D. Juan Gonzalez de Cámara, Capitan general de la Isla de la Madera.

Por este costado era el P. Leon primo del P. Luis Gonzalez de Cámara, cuya vida dejamos escrita; y si tomáramos el agua de más arriba, halláramos descender estos caballeros de sangre real por D. Enrique, rey de Castilla.

Nació nuestro generoso Leon en la isla de la Madera, en la villa de Punta del Sol, como rayo de luz que la habia de dar al mundo con su vida y doctrina.

Tenian sus padres cuantiosas haciendas en la dicha villa, y con esta oca-

›n moraban algunos tiempos en ella, y por dichosa suerte le cupo ser pa-
a suya.

Criaron estos nobles caballeros á su hijo con especial cuidado, como pren-
. recibida de la mano del Altísimo; y no sólo se desvelaban los ójos de los
ımbres en mirar por su vida, sino, á lo que se vió, los de los ángeles del
ılo.

Porque, siendo muy pequeño, llegó á caso á un poco de rejalgar que te-
ın preparado para los animalejos domésticos, y, como es condicion de ni-
ıs llegar á la boca cuanto hallan á su parecer comestible, el inocente infan-
tomó el rejalgar para comerlo.

A este tiempo oyó su hermana una voz que interiormente le decia que
ıcorriese al niño que estaba en grande peligro; voz que no pudo ser de
.ro que del Angel de su Guarda, que como tal velaba en la defensa de
ı vida.

Levantóse la hermana con presteza, y hallóle con el veneno en los labios,
ıe, á no quitársele, le quitara la vida, sacándole Dios por este medio de tan
-ande peligro, y conservando su vida para grande gloria suya.

Tenia el P. Leon en Evora un tio llamado D. Fernando Enriquez, señor
: las Alcacevas y alcaide mayor de Evora, el cual, oyendo las buenas pren-
ıs de que habia dotado Dios á su sobrino, le pidió á sus padres para tenerle
ınsigo y criarle en la policía de la ciudad mejor que en la tosquedad de
isla.

Aquí abrió los ojos á la razon, y aprendió las primeras letras en que dió
n buenas muestras de su vivo ingenio, que, para lograrle mejor y enrique-
rle con las ciencias, se determinó su tio de enviarle á París, que entónces
a el emporio de las letras, á donde acudian de todas partes los más luci-
ıs ingenios.

Ofrecióse una muy buena ocasion, porque partia para allá su primo Luis
›nzalez de Cámara, con el cual partió nuestro Leon, siendo de sólos trece
ıos.

Entraron en el colegio de Sta. Bárbara, y nuestro Leon comenzó sus es-
ıdios por las letras humanas, en las cuales tuvo por maestro á Adriano
ıurnevo, varon eruditísimo en aquel tiempo, de que es abonado testimonio
u insigne libro de los *Adversarios*, con justa razon estimado en todos
empos.

Con la doctrina y enseñanza de tan gran maestro aprovechó el discípulo,
se aventajó de manera, que competian los versos que hacia en elegancia,
opiedad y sentencias con los de su maestro, como él mismo lo confesó va
ıs veces, poniéndole por dechado á sus condiscípulos.





## II

### *Vuelve de París á Portugal y entra en la Compañía.*

Por este tiempo perseveraban en París algunos de los compañeros de S. Ignacio nuestro Padre, uno de los cuales era el admirable varon en espíritu y prudencia, el P. Pedro Fabro, con quien su primo de Leon, Luis Gonzalez de Cámara, tenia estrecha amistad, oyendo sus santos consejos y rigiéndose por ellos, aprovechando á largos pasos en la virtud con tan espiritual maestro.

Como andaba Leon en su compañía, cabíale parte de la celestial doctrina que les daba, y, cursando en las letras humanas, no olvidaba las divinas, componiendo sus costumbres con la frecuencia de los Sacramentos, obras de caridad y leccion de buenos libros, semilla, que sembrada en París, dió sazonado fruto en los campos de Coimbra, adonde D. Juan III fundó la Universidad, ó por mejor decir, mudó la que estaba en Lisboa, acrecentándola en rentas y colegios y dándole gran realce con los grandes maestros que trajo de varias partes.

Y, porque no faltasen discípulos, vinieron á ella los que estaban derramados por varias partes y eran naturales de aquel reino, entre los cuales fueron los dos primos de quien hablamos, que dejando la Universidad de París, vinieron á la de Coimbra, adonde se volvió á ver Luis de Cámara con el P. Fabro; y movido por sus razones y santa vida, entró en la Compañía.

Sintió su primo Leon esta entrada con tanto extremo, que rompió no sólamente en iras de viva indignacion contra la Compañía porque le habian recibido, sino en injuriosas palabras y amenazas.

Atrevióse á decir que probaria con evidencia que habian pecado mortalmente en recibirle, así por su falta de salud, como por la que habia de hacer á sus hermanos; y que ni habia de atravesar más nuestras puertas, ni mirarnos á la cara, y hacernos cuanto mal pudiese.

Un año pasó D. Leon creciendo en su corazon el odio contra la Compañía al paso que crecia el sentimiento de su compañero y la falta que le hacia cuando plugo á la Majestad de Dios herir á este Leon bravo con la flecha de su inspiracion divina, llamándole con eficaz vocacion para que dejase el mundo, y, despreciando sus honores y valimientos, abrazase su cruz y sus desprecios, sacrificando su voluntad y su vida en el ara de la Religion.

La carne luchaba contra el espíritu y el espíritu contra la carne, guerrean lo á brazo partido sin poder tener paz ni consuelo, acosado de melancolías; porque las padece grandes quien resiste á la vocacion divina.

Andaba como fuera de sí, sintiendo en su corazon esta lucha, hasta que, vi- itando las Estaciones un Juéves Santo, se halló tan acosado que, rendidas ıs fuerzas, postrándose en una de ellas á los piés de un Crucifijo, con gran opia de lágrimas le ofreció con voto de pisar el mundo entrando en una de ıs Religiones, como no fuese la Compañía

Pero la voz divina interiormente le instó que no queria aceptar la oferta on aquella condicion, sino absolutamente, dándose del todo á quien del todo : queria, como en efecto lo hizo.

Con esto cesó aquella lucha y amaneció en su alma una tranquila serenidad una paz interior acompañada del gozo y consuelo que da Dios á los que e corazon se rinden á su servicio.

No le habia significado hasta entónces en qué Religion queria que le sir- iese, y declaróle su voluntad por el medio siguiente.

Volvió por aquel tiempo su primo y amigo el P. Luis Gonzalez de Cáma- ı de la ciudad de Valencia, adonde, como dijimos, habia ido á tener su no- iciado, y, sabiendo que estaba en Coimbra, vino á visitarle.

Cuando el portero le vió entrar por nuestras puertas, que no habia pisado n todo aquel año, como admirado le dijo: «¿Qué nueva venida es esta, se- or D. Leon? ¿Quiere V. m. por ventura quedarse entre nosotros?

Sonrióse con la pregunta y túvola por razon de córte; y en el ínterin que lamaba á su primo, entró en la iglesia á hacer oracion, y vió en ella una mágen de Cristo juzgando el mundo, que dura hasta hoy, y yo la he vis- o; y ahora fuese que el mismo Cristo se le mostrase severo y riguroso, hora que la misma representacion y terribilidad del juicio le atemorizase; l efecto de esta vista fué, obrando la voz divina con el temor de la cuenta de su condenacion y el deseo de asegurar su salvacion, que temblan lo con el cuerpo y esforzado en el alma, sintió que Dios le llamaba para la Compañía.

Resistia la naturaleza flaca y peleaba la gracia poderosa, hasta que, final- nente, quedó por esta la victoria.

Luego, sin más dilacion, se manifestó á su primo el P. Luis Gonzalez, el ual le llevó al Superior, y, hechas las ordinarias diligencias, fué recibido en ı Compañía para tanta gloria de Dios como lo dirá su santa vida.

## III

*De su Noviciado y estudios hasta ser Lector de Coimbra.*

Alistado en la milicia de Cristo este nuevo soldado de su Compañía, y trocado el bravo Leon en manso cordero, no se puede explicar con pocas palabras la alteza de virtudes que levantó en su alma el Arquitecto divino, para el grande edificio de perfeccion que determinó labrar en él.

Y como los primeros cimientos habian de ser de humildad, echólos tan hondos, cuanto habia de levantar y crecer el edificio.

Era el primero en todos los oficios más humildes, y con más gusto y presteza cuanto más bajos y despreciados eran, abatiéndose y humillándose á los piés de todos, más que el polvo de la tierra.

Iba fuera con el comprador, con la espuerta al hombro, para traer lo que compraba para el colegio, hecho criado de todos el que poco antes andaba por las mismas calles acompañado y servido de criados.

Ni se desdeñaba de pasar cargado por medio de los estudiantes y maestros, de quien era tan conocido y estimado; que los verdaderos humildes padecen de voluntad afrentas, por granjear merecimientos.

Y aunque padeció muchas de mortificacion en este ejercicio, sólo contaré la que le pasó con un criado del Obispo, el cual, ó por burla ó por golosina, viniendo cargado con un seron de lechugas, le pidió una.

El buen novicio con su mucha caridad se la dió sinceramente; pero luego le vino escrúpulo, como suele venir á los novicios, de haberla dado sin licencia; y en llegando á casa, se hincó de rodillas á los piés de su Maestro, diciendo su culpa de la que habia cometido en aquella ocasion.

El Maestro, como prudente y diestro en mortificar á sus novicios, le afeó lo que habia hecho, y en penitencia le mandó que volviese luego en casa del Obispo, y dijese al criado: «Señor, yo soy un mal religioso que os dí lo que no podia daros sin licencia de mi Superior; y así, os pido que me volvais la lechuga;» y tráigala luego con las demás.

En oyendo esta sentencia el humilde y obediente Leon, salió con presteza sin faltar en la modestia, los ojos bajos, las manos cruzadas y la cabeza cubierta con un sombrero viejo, y fué en casa del Obispo, adonde previno el prudente Maestro otro Hermano con órden de que, en llegando á los umbrales, le detuviese y trajese al colegio, como con efecto lo hizo, contentándose con su pronta obediencia sin la ejecucion del mandato.

Así lo hizo Dios con Abrahan y lo hace muchas veces con sus siervos,

índoles inspiraciones santas de empresas difíciles, para sólo probar su vo-
ntad, sin pretender el efecto, pero sí el merecimiento que ganan con la
·onta obediencia de su parte.

De este argumento tenemos otro ejemplo de harta edificacion en el mis-
o H. Leon Enriquez; porque, enviando de Lisboa á Coimbra órden el P. Si
on Rodriguez, que á la sazon era Provincial de Portugal, para que se envia-
n cinco del colegio para ir al reino de Congo, en publicándose esta mision,
ofreció á ella el H. Leon con tal fervor de espíritu, que, por no desconso
rle, el Rector, le señaló para ella.

Envióle á Lisboa con increible gozo suyo, prometiéndose en aquella em-
esa grandes trabajos que padecer por Cristo y con ellos la corona del mar-
·io; que estas son las pretensiones de los predicadores evangélicos, y esta
codicia de riquezas del cielo, que los destierra de sus patrias á lo remoto
: las Indias.

Llegado á Lisboa, le mandó el P. Simon que se volviese á Coimbra, acep-
ndo Dios su voluntad y no la ejecucion de ella.

El obediente religioso, sin perder su paz ni replicar á su prelado, rendido
su voluntad que sabia era la de Dios, volvió á Coimbra con el mismo con-
elo que si partiera para Congo, y no con menor mérito, habiendo sacrifi-
do á Dios su voluntad en la ida y en la vuelta.

Conmutóle su Maestro de novicios la jornada de las Indias en una pere-
inacion trabajosa, enviándole con otro compañero á pié, pidiendo limos-
., tan pobre, roto y mal vestido, que raro ó ningun mendigo le hacia ven-
ja en la pobreza, si bien se la hacia él á muchos en el espíritu.

Y húbole bien menester para los desprecios y afrentas que tuvo en este
mino, entre las cuales se cuenta que, llegando á pedir limosna á un cor-
de gente grave, oyó jurar libremente á uno de ellos, y postrado á sus
és de rodillas, le dijo: «Señor, por amor de Dios pido á V. m. que no jure,
rque se ofende mucho nuestro Señor con los juramentos.»

No se ofendió poco aquel hombre de oirse reprender, aunque con tanta
rtesía y humildad de un pobre mendigo, al cual arremetió ciego de cóle-
, diciéndole que era un desvergonzado y atrevido; y pasando de las pala-
as á las obras, le dió muchas bofetadas y coces, y tendido en el suelo pu-
encima sus piés, ultrajándole con gran furor.

Todo lo sufrió el siervo de Dios no sólo con paciencia, sino con alegría, vién-
se maltratar por Cristo, el cual, aunque da estas ocasiones á sus siervos
ra aumentar su corona y ostentar al mundo la alteza de sus virtudes;
ro no deja á los agresores sin castigo, como se vió en Roboan y en Asur,
r quien dió á sus siervos ocasiones de merecer y á ellos el debido castigo.

Lo mismo sucedió á este mal considerado y atrevido, á quien castigó de contado, que al punto que puso las manos en nuestro peregrino por haberle reprendido, le dió un dolor tan vehemente y agudo, que no se podia tener; y rendido al inopinado accidente, se arrojó á los piés de á quien poco antes habia puesto los suyos, pidiéndole perdon y que rogase á Dios le mitigase aquel dolor.

El H. Leon lo hizo con mucha caridad, y Dios le oyó, y le mitigó, y quedó juntamente arrepentido y corregido, con grande gozo del siervo de Dios por haber ganado aquel alma, y para sí la ocasion de tal merecimiento; que los verdaderos humildes sufren con gusto lo costoso de las afrentas á cuenta de adquirir el remedio de las almas y las riquezas del cielo.

Acabado el noviciado con tanto fervor y aprovechamiento, hizo los votos de la Religion; y por ser aventajado estudiante en Cánones, se dió al estudio de los casos morales que tocan á la conciencia, con tanto cuidado y aprovechamiento, que los leyó publicamente en Coimbra á los de dentro y de fuera del colegio con aplauso y comun aceptacion de todos y con tal crédito, que el Dr. Martin Azpilcueta Navarro, catedrático de Prima en aquella Universidad, le comunicaba algunas dificultades, y estimó en tanto sus resoluciones, que en el *Manual de Confesores,* que escribió, le cita con nombre de Leon de Noroña, como se llamaba en el siglo.

## IV

*Ordénase de sacerdote y es electo Rector de Coimbra por S. Ignacio nuestro Padre.*

Procedió siempre el P. Leon Enriquez con tan sólida y ejemplar virt[illegible] que siendo de pocos años en la edad, era de muchos en la perfeccion, en [illegible] prudencia y en maduras costumbres.

Por esta causa, siendo de sólos veinte y tres años, le ordenaron de sac[illegible]dote con dispensacion del Papa, y le dieron cargo de Padre espiritual y co[illegible]fesor de los de casa con igual gusto y consuelo de todos.

Leia juntamente la cátedra de casos que dijimos; ejercitaba los minis[illegible]rios de confesar y acudir á los enfermos y encarcelados, y platicar á los [illegible]tudiantes de la Universidad, acudiendo con mucha caridad y celo de sus [illegible]mas á todos, así eclesiásticos como seglares.

Llegóse el año de mil y quinientos y cincuenta y tres, en que se public[illegible]ron y establecieron las Constituciones y reglas que hoy tenemos en toda Compañía por órden de S. Ignacio nuestro Padre, el cual, satisfecho del [illegible]

píritu y prudencia del P. Leon Enriquez, y deseando que se recibiesen y guardasen con toda exaccion en el colegio de Coimbra, que era de los mayores de la Compañía, le nombró por Rector suyo, ordenándole que tomase aquel cargo sobre sus hombros, que no era de poco peso, y más para quien deseaba más obedecer que mandar.

Pero bajó la cervíz al yugo de la obediencia y obedeció á su Prelado, cuya voz respetó siempre como si la oyera de Dios.

Su eleccion fué muy aplaudida así de los de casa como de fuera, por el amor que todos le tenian y la grande opinion que habian concebido de su prudencia y santidad.

El nuevo Rector se dedicó todo á establecer las Constituciones y reglas que en nombre de S. Ignacio publicó el P. Nadal como Comisario de España; y juntando la prudencia con la suavidad, y la blandura con la eficacia, se recibieron de todos y se guardaron con gusto y puntualidad.

Bastaba ser obra de S. Ignacio nuestro Padre para que todos la veneraran y abrazaran como dada de la mano de Dios, á quien tenian en la tierra por Vicario suyo y veneraban como á tal; y la mayor exhortacion para esto era la vida y ejemplo de su Rector, que era el primero en todas las observancias y una regla viva de todo lo que se ordenaba.

Ninguno más puntual, ni más rendido, ni más obediente á todas las ordenaciones; y, como él iba delante facilitando el camino, seguíanle con gusto todos; que el ejemplo del Superior es suave mandamiento de apremio para los súbditos.

Y así, en su tiempo floreció aquel colegio en grande fervor y observancia, en que persevera hasta hoy, de que hablo como testigo de vista.

Ni por ser Rector dejó de leer la cátedra de casos que leia, ántes aumentó y puso maestros de casa que leyesen públicamente Teología así á los nuestros como á los de fuera, que fueron las primeras piedras de aquella insigne Universidad de la Compañía.

Aumentó Dios el crédito y opinion que tenia de santidad en toda aquella tierra con algunas obras admirables que obró por su medio, de las cuales referiré algunas para comun edificacion.

La primera fué que un ciudadano de Coimbra, acosado de desgracias y golpes de fortuna, cayó en tan profunda melancolía, que, apurada la paciencia, se resolvió á salir de tantos males acabando con su triste vida, como si dieran fin las fatigas temporales conmutándolas por las eternas.

Con este errado consejo tomó un lazo en lo tenebroso de la noche, que siempre quien hace mal huye la luz y vista de los hombres, ya que no puede la de Dios.

Pasó de la otra parte del rio á un pago de olivas para ahorcarse de una de ellas, y en medio de aquella oscuridad, no menor de su conciencia que de la luz del cielo, le apareció el P. Leon Enriquez, Rector de nuestro colegio, y poniéndosele delante, dijo: «¿Dónde vas, hombre mal aconsejado, á perder la vida temporal y eterna? ¿Qué locura es la tuya que por bienes caducos y perecederos de la tierra quieras perder los espirituales del cielo, y condenar tu alma á los tormentos eternos?»

No se puede fácilmente decir el espanto y turbacion que le dió á aquel miserable, oyendo el trueno de esta voz, y viendo delante de sí á quien tanto veneraba por su santidad, á hora y en lugar tan solitario, con la noticia de lo que pasaba en su conciencia, manifestándole los íntimos secretos de su alma.

Quedó el hombre atónito y asombrado, sin voz ni aliento para responderle; y, vista su turbacion, el Padre le tomó del brazo y le habló caricioşamente, volviéndole hacia la ciudad y le dijo: «Vuélvete á tu casa, encomiéndate á Dios, y ve á la mañana al colegio de la Compañía de Jesus y pide por el Rector, que él te dará remedio para todo.

Ofreció de hacerlo así, y, dejado tan pernicioso intento, volvió á su casa con menor tristeza, aunque con mayor espanto que habia salido de ella.

En amaneciendo, fué á nuestro colegio y pidió por el P. Rector, y en viéndole y mucho más en hablándole, conoció que era la voz del que le habia aparecido, porque la oscuridad y turbacion no le dieron lugar á conocer bien el rostro. El Padre le tomó aparte y le dió saludables consejos para su salvacion y para gobernar su vida, y mucha confianza en Dios que le habia de ayudar y mejorar la adversa fortuna que hasta allí padecia.

Hizo con él una muy buena confesion y salió consoladísimo de sus piés, publicando la grandeza de su espíritu y santidad manifestada con tan admirable accion, la cual fué abonado testimonio de que moraba Dios en él y le manifestaba sus secretos, y milagrosamente le llevaba á remediar las almas que padecian riesgo de su condenacion.

Y divulgado este suceso por el mismo á quien le sucedió, creció de manera en el aprecio de todos la opinion del P. Leon, que le miraban como á un hombre bajado del cielo y como á un varon santo.

No fué sólo este hombre en aquel tiempo á quien trajo Dios á su servicio por medio milagroso de este santo varon.

A la misma sazon vivia en una casa de campo otro hombre, si no desesperado, como el dicho, de la misericordia de Dios, presumido por los filo contrarios de su grande piedad, tomando de ella ocasion para entregarse los vicios sin rienda ni temor de su justicia, al cual apareció una noche P. Leon, y mirándole con rostro severo, le dijo:

ıre perdido, ingrato y desconocido á las misericordias del Altísimo iensas que no conoce tus maldades, ó que no las podrá castigar? ɔjos, sal de esa ceguedad, mira tu perdicion, teme á Dios, muda de quieres experimentar su rigor.»

ɜsto desapareció, y el pecador quedó temblando, mas muerto que ado con el temor.

ı noche perseveró llorando en actos de contricion; y llegando la /ino al colegio é hizo con el Padre una cumplida confesion de todos os con más facilidad que con otro, por haber conocido que antes ɔs se los habia manifestado Dios.

onsoladísimo; que no hay consuelo igual al que se alcanza con la gra- os; y restituido de la muerte á la vida, ordenó la suya en adelante lalosa en ejemplar, siendo perpetuo pregonero de la santidad del á quien Dios manifestaba los pecados de los hombres, y llevaba ımente del poblado al despoblado y de la ciudad al campo, para su

ıa de estas maravillas y la vida tan ejemplar que vivia, le granjea- Leon opinion de varon santo en toda la tierra, nombrándole y co- le todos por este apellido del *Padre santo* y el *Rector santo.*

l confirmó algunos sucesos que se tuvieron por profecías suyas, : la de un sacerdote que vivió en la Compañía al principio bien, y tan mal, que fue necesario despedirle de la Religion.

óse en la oracion y observancia de las reglas, cobró libertad y has cosas espirituales y fastidio de su vocacion, que son los pasos con- r donde un alma camina á su perdicion.

n Rector, como pastor solícito, procuró con santas amonestaciones a su primero estado y detenerle para que no se acabase de per- ı fué en vano, porque, como frenético, se volvia contra el médico de y empeoraba con las medicinas que le daba para su salud.

le decir Misa y de confesarse, con gran peligro de su alma que en speñaderos caen los que se desbocan contra sus Prelados, y pierden de la obediencia.

dre con espíritu profético, á lo que parece, le dijo: «Mirad, Padre, viso de parte de Dios que si ahora pudiendo, no quereis decir Misa tiempo en que quereis decirla, y no podreis.»

[illegible]

[illegible] en casa.

[illegible] esta pala- [illegible]



El buen Rector procuró con blandura volverle á la Religion; y no le pudiendo reducir, dió cuenta de todo al P. Jerónimo Nadal, el cual le dió por legítimamente despedido.

Y sucedióle lo que á muchos, que, cortados del cuerpo de la Religion, quedan como las ramas cortadas del árbol, secos, sin vida, sin lustre y sin fruto, y sólo buenos para el fuego.

Porque este desdichado cayó enfermo, y se halló tan pobre y desamparado, que se vió forzado á irse á un hospital á que le curasen de limosna entre los mendigos.

Dióle cáncer en un pié, y fué forzoso cortársele; tuvo á gran dicha quedar con la vida, la cual pasó en tal miseria, que andaba por las calles de Coimbra con dos muletas pidiendo limosma de puerta en puerta, sin poder decir Misa, aunque lo deseaba, para poderse sustentar, cumpliéndose á la letra la profecía del P. Leon.

Ultimamente, deseó volver á la Compañía; pero, aunque lo pidió con lágrimas, no lo pudo alcanzar; que de esta suerte castiga Dios á los que le vuelven las espaldas y dejan su santa casa por los aljibes rotos y cenagosos del siglo.

Acompañemos este caso con otro que sucedió en el mismo colegio de Coimbra, siendo Rector el P. Leon Enriquez.

Un mozo murió de cáncer, ocasionado de una pequeña picadura que acaso otro le dió; movió tanto este suceso á un amigo suyo, que determinó dejar el siglo y entrar en la Religion.

Ejecutó su deseo en la nuestra de la Compañía, á donde fué recibido; y habiendo comenzado bien, á pocos lances se entibió en su primero fervor, aspirando á mayorías y á puestos que no merecia, con tal ambicion, que fué forzoso despedirle de la Compañía.

Fué cosa muy notada que dentro de pocos dias murió de la misma enfermedad que habia muerto el amigo por cuya muerte entró; porque, hiriéndole otro levemente y acaso con una tijera, se le encanceró la herida y murió en la flor de su edad, cuando se prometia grandes prosperidades en el siglo, permitiendo Dios, por justo juicio suyo, que le sirviese de instrumento para castigo el que le dió para medio de su salvacion.

Otro caso bien singular sucedió al P. Leon con otro novicio suyo, que quiero poner aquí para cumplir esta materia.

Vino á pedir la Compañía un sacerdote portugués, á quien no traia Dios, sino el demonio, procurándola destruir; porque tenia pacto con él, y como á ministro suyo le ingirió en la viña del Señor para contaminarla toda con la infernal cizaña de su doctrina.

Al principio se fingió muy santo y observante, para engañar con su hipoesía.

Pero el P. Leon Enriquez, con el espíritu y luz que tenia del cielo, nunca satisfacia de él, porque le daban en rostro muchas de sus acciones y pabras y modo de proceder.

Con este recelo le andaba á los alcances, hasta que una noche visitando la isa como vigilante pastor, oyó ruido en su aposento, y esperando con cau:la adonde no le pudiesen ver, vió salir de su aposento un animal disforme n figura de perro, quedando el novicio gimiendo y dando ahullidos.

Disimuló con cautela, y dió cuenta al P. Diego Miron, á la sazon Provin:ial de Portugal, el cual le llamó á Lisboa para experimentar su espíritu, )orque se le habian vendido por hombre de raras habilidades y que podia ıonrar toda nuestra Religion.

Aunque al principio con sus embustes, y fingimientos, y palabras dulces ]uiso engañar al Provincial, últimamente fué conocida su hipocresía y des )edido de la Religion.

Y, como era miembro de Satanás y lazo suyo, procuró fuera lo que no ha)ia podido conseguir dentro, que era desacreditar la Compañía, sembrando nil mentiras y falsedades contra ella y contra muchos de los que en ella vi/ian; propiedad antigua de apóstatas, procurar deslucir el cielo de la Reli;ion de que fueron lanzados, porque su pureza no los pudo sufrir, ni ellos uvieron virtud para poderla merecer.

Fingióse alquimista y que sabia hacer de plata oro, y metales preciosos le yerbas del campo.

Pretendió con sus embustes engañar al rey y á los de su Consejo; pero al abo fué hallado en mentira, y, conocidos sus embustes, fué entregado al tri›unal de la santa Inquisicion, y sacado como reo en público auto de la fe, ' condenado á galeras perpétuas, en las cuales engañó al Sotocómitre con la ɔisma promesa del oro, cebo dorado que ha hecho caer á muchos en seıejante lazo.

Dióle larga licencia con esta codicia, y el embustero se escapó, y se fué al ›rasil, adonde movió otra persecucion contra la Compañía y engañó al Viario, el cual fué preso con el embustero de quien se fió.

Traidos ambos á Lisboa, fué el expulso encerrado en la Inquisicion, adon e miserable, deshonrado y afligido acabó los dias de su vida.

Este fin tiene de ordinario quien deja la casa de Dios; y el que quiso enañar á la Compañía con falsos fingimientos, que con su buen espíritu cono ó el P. Leon, y á la córte con su fingido oro, fué castigado con verdadera ısticia de la mano del Señor.

Siendo tan conocida la santidad del Padre Rector y obrando nuestro Se-
ñor por su medio cosas tan admirables, no le faltaron mortificaciones que su-
frir y ocasiones en que ostentar la fineza de su virtud; que no quiere Dios que
haya santo sin cruz, ni oro fino que no pase por el crisol y fuego de la pa-
ciencia y humillacion.

Se la dió á este su siervo por medio del P. Jerónimo Nadal cuando visitó
el colegio de Coimbra, siendo él Padre Rector, á quien hizo cargo de una
pared que edificó para repartimiento del agua, á su parecer necesaria y á la
del Visitador superflua.

Por haberla hecho sin su órden le dió una reprension pública, y en peni-
tencia le ordenó que estuviese en pié sobre la pared que habia hecho la hora
de quiete á vista de toda la Comunidad que se juntaba en aquel lugar.

El obediente Padre subió sobre la pared y cumplió su penitencia con la
humildad y rendimiento que pudiera un niño del estudio de gramática, á
quien su maestro dijera que se pusiera en pié encima de un banco.

Así estuvo toda la hora á vista de sus súbditos, por blanco y objeto no de
contradiccion, sino de edificacion y obediencia, con tanta alegría y tan sere-
no semblante, como si no estuviera en la pared penitenciado, sino en un
trono para ser autorizado.

De esta manera obedecen y reciben los siervos de Dios las penitencias y
humillaciones que les envía para prueba de su virtud, aumento de su corona
y ejemplo de los demás.

## V

*Elígele S. Ignacio por Rector de Evora y lo que en este Rectorado obró.*

Antes de acabar los tres años del Rectorado de Coimbra, pagado S. Igna-
cio nuestro Padre de su santidad y prudencia con que habia gobernado
aquel colegio con igual consuelo y satisfaccion de todos, le nombró por Rec-
tor del nuevo colegio de Evora que el Cardenal infante D. Enrique, Arzo-
bispo de aquella ciudad, fundaba en ella con la magnificencia y grandeza
digna de su persona.

Para dar buen principio á tan ilustre obra, envió á su fundacion de los
más escogidos sujetos que tenia la Compañía en aquel tiempo, y entre ellos
al P. Leon Enriquez por piedra fundamental y Rector de todos.

El órden de S. Ignacio vino al P. Provincial, que á la sazon estaba en
Lisboa disponiendo las cosas del nuevo colegio con el Cardenal infante que
estaba en la dicha ciudad, adonde llamó al P. Leon sin decirle para qué; es-

muy usado en la Religion en que ni los Superiores daban razon de lo hacian, ni los súbditos la pedian, obedeciendo, callando y sin inquisicion ına, lo que les mandaban.

1 P. Leon, luego al punto se partió de Coimbra á Lisboa, adonde fué re-do de su Provincial con la caridad acostumbrada de nuestra Compañía, l dia siguiente le vistió una sotana parda, gruesa y vieja, y le ordenó que se á servir al cocinero y refitolero en las cosas de sus oficios.

El obediente religioso fué luego con mucho gusto á ejecutar esta obedien-, ganando más honra con ella que pudiera ganar con los pundonores del ındo; que la honra del religioso es totalmente contraria á las vanidades del lo; y aquel es más honrado, que es más humilde, como lo fué este siervo Dios.

Sirvió al cocinero y refitolero con el mismo gusto y devocion que sirvie-n á Cristo nuestro Redentor, á quien miraba en aquellos Hermanos que le iban por Superiores, sin reparar en lo que dirian ó no dirian los de casa y fuera que estaban á la mira.

Todo lo puso debajo de los piés, y encima de la cabeza el mandato de su relado con obediencia ciega, obedeciéndole como á Cristo.

Ocho dias le tuvo el Provincial en esta ocupacion, despues de los cuales llamó y le intimó el órden que tenia de S. Ignacio, de que fuese por Rec-r del colegio de Evora.

El que con tanto gusto admitió ser mozo de la cocina, tuvo tristeza de rse elegir por Rector de un colegio tan ilustre, fundacion de un Cardenal fante del reino de Portugal, que le miraba como á delicias suyas.

Porque en la verdad el humilde Padre más deseaba obedecer que mandar ser súbdito que Superior; que es camino más seguro y más conforme á la ctrina de Cristo.

Conoció el Provincial en el semblante lo que al P. Leon pasaba en el co-zon, y, dándole la patente, dijo que abajase la cabeza y obedeciese á San nacio, que estaba en lugar de Cristo y le enviaba esta obediencia.

A que el humilde Padre con todo el rendimiento posible bajó la cervíz yugo y tomó sobre sus hombros el cargo de aquel colegio, como habia te-lo tres años el de Coimbra. Luego fué á dar la obediencia al Cardenal in-te, que, como dijimos, estaba en aquella sazon en Lisboa, con quien trató spacio lo tocante al colegio y á la fundacion de sus estudios.

Recibida su bendicion, partió á Evora, adonde fué recibido como si vinie-ın ángel del cielo; tal era su apacibilidad, tal su prudencia y tal la opinion corria de su acertado gobierno y el ejemplo de su santidad que daba en ıs partes.

El cual no fué menor en Evora que en Coimbra; porque, en entrando, tomó para sí el peor aposento, las alhajas más despreciadas y más pobres, y solas las precisas para su uso.

Ayudaba con caridad á los oficiales de la casa, no se desdeñando de servir al cocinero y despensero, ni al portero y comprador, cuando era necesario, siendo como Coadjutor y como hermano de todos.

Con los huéspedes y enfermos era su caridad admirable, sirviéndolos, consolándolos y dándoles de comer por su mano; barria los aposentos, limpiaba los vasos y no dejaba oficio de caridad que no usase con ellos con un amor y cariño más que de propio padre; y sucedió tal vez perseverar siete horas con un enfermo dolorido, hasta dejarle del todo aliviado.

En la observancia regular fué, como siempre, el primero, y el que con su ejemplo traia en pos de sí á los demás.

Era el primero que se levantaba y el último que se recogia, velando como solícito y vigilante pastor sobre su ganado.

Cada dia tenia siete horas de oracion mental, sin otros muchos ratos que gastaba en la vocal.

Las horas canónicas rezaba siempre de rodillas á sus tiempos con mucha pausa y devocion.

Decia con el mismo espacio la Misa á que asistian todos los Hermanos de casa; y en acabando, gastaba una hora entera en dar gracias á Dios por la merced recibida.

Todo el dia andaba rumiando en su mente lo que contemplaba en la oracion, en la cual recibia mucha luz y avisos de Dios nuestro Señor para el gobierno de los súbditos y para el bien de los seglares.

Tenia en el colegio de Coimbra un sacerdote tentado en su vocacion, de que tenia noticia un amigo suyo, que esperando reducirle, no dió parte al Superior como lo ordena nuestra regla.

La tentacion iba tan adelante, que el tentado estaba muy cerca de salir de la Religion.

Estando el P. Leon reposando en una silla, le habló Dios entre sueños, como á Samuel, y le dijo: «Despierta y mira por la oveja que te quiere llevar el lobo, de que te dará noticia tal Padre,» nombrándole el amigo que sabia la tribulacion del tentado.

Despertó á esta voz, y, teniéndola por sueño, no hizo caso de ella, y así se volvió á dormir; y, en cerrando los ojos, abrió Dios su boca y le repitió lo mismo.

Despertó segunda vez, y aunque le hizo más fuerza para reparar en ella, tambien la tuvo por sueño y se volvió á dormir.

Pero no se cansó Dios en hablarle, como no se cansó en llamar á Samuel, porque le llamó tercera vez como á él, y le dijo: «¿Qué haces? ¿Cómo no velas? ¿Ni llamado tantas veces, despiertas para socorrer la oveja que el lobo infernal te lleva? Ve á quien sabe su daño y no te avisa, remedia á ambos, á quien lo padece y á quien lo encubre.»

Con esta voz despertó, y fué luego al encubridor, y le afeó el secreto perjudicial que habia guardado á su amigo, en que no le habia hecho amistad, sino gran daño, dejando encancerar la llaga sin manifestarla al médico que le habia de sanar, como en la verdad sucedió; porque tenia palabras de vida tan dulces y espirituales que la daba á los tentados, y afligidos, y desconsolados, como la dió á este sacerdote á quien habló y esforzó á perseverar toda su vida en la Religion, con igual consuelo de su alma y agradecimiento á su bienhechor. Siendo Rector del mismo colegio, le reveló Dios en la oracion cómo un hombre seglar estaba en la ciudad muy al cabo de la vida y muy cerca de perder la eterna por algunos pecados graves que habia callado de vergüenza en la confesion.

Levantóse de los piés de Cristo y fué con grande presteza en casa del enfermo; hallóle muy apretado, y con la mayor blandura y suavidad que pudo, le comenzó á consolar y á poner delante la importancia de su salvacion.

De uno en otro lance le dijo el riesgo en que estaba de condenarse por los pecados que habia callado en la confesion, diciéndoselos uno por uno.

El enfermo quedó atónito y confuso oyendo el juego de su vida y lo secreto de su conciencia descubierto; y, reconociendo el espíritu de Dios en quien le hablaba, y rendido á sus palabras, hizo con él una confesion general para asegurar su salvacion.

Y preguntó al compañero quién era aquel Padre santo que le habia dicho todos sus pecados: y diciéndole que el Rector, testificó antes de morir lo que le habia pasado con él, y cómo por su medio alcanzaba la salvacion.

Mucho más admirable fué la salud milagrosa que dió, viviendo en Evora, al Cardenal infante D. Enrique, enfermo en Lisboa.

Sabida su enfermedad, ordenó el P. Leon en su colegio que se hiciesen grandes rogativas, penitencias y mortificaciones por su salud, como se usan en la Compañía hacer por los bienhechores.

Quien más se esmeró en ellas fué el santo Rector, el cual, despues de larga oracion en que le dió el Señor á entender que fuese á dar la salud al Cardenal, salió con su compañero al campo y caminó un breve espacio por el camino que va á Lisboa, que está veinte leguas de allí.

Llegando á una espesura, le dijo al compañero que le esperase allí, porque se retiraba un poco á encomendarse á Dios.

Perdióle presto de vista y al mismo tiempo entró en la cámara del Cardenal infante en Lisboa, cuando la calentura estaba en su mayor fuerza y vigor, y con rostro alegre, blandas y corteses palabras le dijo:

«Confíe V. Alteza en la misericordia de Dios, que no ha de ser nada la enfermedad, y tenga por muy cierto que presto se ha de levantar bueno y sano de la cama. Dígame V. Alteza, á dónde tiene el dolor.»

Respondió el infante, que en el corazon: entónces alargó la mano el P. Leon, y le hizo encima de él la señal de la Cruz, y el dolor cesó y el infante se quedó dormido. El Padre se volvió á Evora, y, cuando despertó el Infante, se halló sano y bueno de toda su enfermedad, dando gracias á Dios por ello.

Para dárselas al Padre por haber recibido la salud por su medio, mandó á su camarero que fuese luego á la Compañía y trajese al P. Leon Enriquez, que poco antes se habia ido de allí.

El camarero se admiró, porque ni él ni otro de su palacio le habian visto entrar ni salir: con todo eso, por obedecer al infante, fueron á la Compañía á llamar al P. Leon, y testificaron que ni estaba ni habia venido allí, ántes tenian cartas suyas de Evora, escritas de pocos dias.

Oida esta respuesta por el Cardenal infante, le causó grandísima admiracion; y como el testimonio de la repentina salud no daba lugar á duda en su visita y asistencia, túvola por milagrosa.

Aumentó con este suceso grandemente la estima que tenia de su santidad, y escribió cartas muy encarecidas al P. Diego Lainez, que habia sucedido á S. Ignacio en el oficio de General, dándole las gracias por habérsele dado por Rector de su colegio de Evora, con que se daba por pagado de cuanto habia hecho, y pensaba hacer por la Compañía; y suplicándole que en todo acontecimiento se le diese por confesor, porque no queria tener otro en toda su vida.

El General lo concedió, y el Padre vinó con la humildad y encogimiento que se puede pensar á asistir al infante de quien fué confesor y Padre espiritual todo el tiempo que vivió, con la edificacion que adelante se dirá.

## VI

*De su oracion y las mercedes que recibió en ella de la mano de Dios.*

Fué el P. Leon Enriquez uno de los varones contemplativos y de más alta oracion que tuvo la Compañía en aquel tiempo; porque de tal suerte se ocupaba en los negocios exteriores, así de estudio y gobierno como del trato de los prójimos, que nunca perdia á Dios de vista, hermanando la accion

contemplacion con tal destreza, que no sólo no impidiese, sino que ayudase la una á la otra.

Y así, estaba siempre templado y tan devoto para cualquiera obra, como si saliera entónces de una fervorosa oracion.

Las mercedes que recibia en ella eran tales, que fuera mayor maravilla no andar siempre abrasado su corazon y todo traspasado en Dios, como se verá por los casos siguientes:

Siendo Rector de Coimbra, le vino á visitar el Obispo D. Juan Suarez; fué con presteza el portero á darle aviso para que saliese á recibirle; tocó á la puerta del aposento, y no respondió; tocó segunda vez, y como no respondiese y el Obispo se acercase, abrió confiadamente la puerta, y hallóle de rodillas arrebatado en un éxtasis, todo transportado en Dios.

Hablóle con voz alta, y tampoco respondió: tan tomado y poseido estaba de aquel vino celestial de su alta comtemplacion.

Viendo que llegaba el Obispo, le tiró del brazo, haciendo fuerza para que volviese en sí, y, como violentado, volvió, y quejándose de haberle despertado del dulce sueño en que reposaba en Dios, dijo: «Dios se lo perdone, Hermano, que me ha impedido la oracion; mire que le ordeno severamente que no diga en su vida lo que ahora ha visto.»

A esta sazon entró el Obispo, á quien recibió con mucha cortesía y humildad; pero tan divertido en la conversacion, que con dificultad podia atender á ella.

El Prelado conoció que le tiraba la atencion otra materia superior que tenia en su corazon; porque, así como los que miran á los rayos del sol, cuando vuelven los ojos á la tierra los tienen tan impresionados de su luz que con dificultad disciernen lo que miran de acá, á este modo, pero con más fuerza, los ojos interiores que son ilustrados del resplandor celestial de la luz inaccesible de Dios, cuando los bajan á la tierra para mirar las cosas materiales de ella, con dificultad las pueden discernir, ni mirarlas como son; efecto que se vió en el P. Leon Enriquez algunas veces cuando salia de la oracion.

De que tenemos otro grande testimonio en el mismo colegio de Coimbra, adonde, faltando el dia de S. Pedro y S. Pablo el Padre que estaba señalado para decir la Misa de la Renovacion, conforme á la costumbre de la Compañía, y estando todos esperando, fué el sacristan á llamar al P. Enriquez para que dijese la Misa.

Tocó y entró juntamente en su aposento, espoleado de la falta que se hacia, y halló al siervo de Dios como hincado de rodillas, las manos cruzadas en el pecho, los ojos poco abiertos, absorto de los sentidos, arrebatado en el aire, y levantado á buena distancia del suelo.

Quedó el sacristan poco ménos absorto que él, sin saber qué consejo tomar; al fin se resolvió en llamarle, mas, como no respondiese, volvió á salir y llamó á los de casa para que viesen aquella maravilla, y todos alabaron á Dios que tales mercedes le hacia.

De allí á un rato entró el Padre por la capilla el rostro tan encendido, que parecia echaba llamas de sí.

Vistióse para decir Misa, y estaba tan absorto y retirada su alma á lo interior de su espíritu, que fué necesario advertirle las ceremonias, como si las hubiera olvidado.

De esto hubo tantos testigos, que aunque lo procuró encubrir, no pudo, y se divulgó no sólo por toda Coimbra, sino por grande parte del reino de Portugal, creciendo en todos su aprecio y estimacion.

A esta clase pertenece lo que le pasó el año de mil y quinientos y ochenta, en que murió el rey D. Enrique y vinieron por su muerte tantas y tan grandes calamidades sobre el reino de Portugal, á cuya causa se hicieron en todo él rogativas y procesiones, limosnas y penitencias para aplacar la ira de Dios.

Hallóse en esta sazon el P. Enriquez en el colegio de Coimbra, adonde se trajo el Santísimo de la iglesia á una capilla interior con solemnísima procesion, en que iban más de doscientos Religiosos, moradores del colegio, para tener oracion continua de dia y de noche, remudándose por horas.

El P. Leon, por su ancianidad, los esperó en la capilla hincado de rodillas, pidiendo á Dios con muchas lágrimas que se apiadase de aquel reino y no le quisiese castigar.

Cuando entraba por la puerta y estaba en el fervor de su oracion, oyó una voz clara y temerosa que salió del Santísimo Sacramento, y dijo: «No, no, déjame, Leon, déjame, que tengo de castigar, he de castigar.»

Como el siervo de Dios instase por el perdon, repitió el Señor la misma voz hasta llegar al altar, diciendo: «Déjame, déjame, Leon, que tengo de castigar,» conforme á lo que en semejante ocasion respondió al Profeta Jeremías, cuando rogaba por su pueblo para que no le castigase: «No me pidas por él ni perseveres en orar, porque le tengo de castigar.»

Lo mismo respondió á este segundo Jeremías, cuando oraba y lloraba por el reino de Portugal, á quien con efecto castigó con las calamidades notorias que en aquel tiempo le envió, y el buen Padre manifestó, antes que viniesen, á su muy confidente amigo el P. Ignacio Martinez, de quien se supo lo aquí referido.

## VII

*Las batallas que tuvo con Satanás y de su poder sobre los demonios.*

Costumbre antigua es de Satanás hacer más cruda guerra á quien se le opone más.

Por esta causa vemos las batallas tan continuas que movió contra los santos, persiguiéndolos sin cesar como á mayores siervos de Dios y capitales enemigos suyos.

En cuyo número entró este fidelísimo siervo del Señor, á quien, como á tal hicieron cruda guerra los espíritus infernales, apareciéndole en horribles formas para espantarle y afligirle; y, pasando de los espantos á las obras, le dieron grandes golpes, empellones y bofetadas, permitiéndolo así Dios para acrisolar más su paciencia, y refinar el oro de su amor, y aumentar la corona de sus merecimientos.

Estando una vez rezando con el P. Luis de Sequeira, que murió Obispo de Japon, les quitó la vela que les alumbraba, y mirándola los Padres la llevaba de una parte á otra, subiéndola y bajándola, como quien jugaba con ella y hacia burla de los dos; pero hízola mayor del demonio el P. Leon, haciéndole que la dejase y prosiguiendo en su oracion.

Morando en el colegio de Coimbra y entrando en su aposento cuando tocaban á recogerse, vió al demonio en su cama en figura de un disforme y feísimo mastin.

No se turbó mirando al huésped ni le despidió de su aposento, mas hizo lo que S. Francisco de Borja en Plasencia en semejante ocasion, que fué hablarle con humildad y decirle estas palabras: «Déjate estar en la cama, que mejor la mereces que yo, porque tú pecaste una sola vez y yo muchas ofendí á mi Señor.»

Y diciendo y haciendo, se echó debajo de la cama, teniéndose por inferior al demonio, el cual, como astuto y diestro en pelear, no perdió la ocasion y jugó otra lanza contra él, diciendo: «¡Oh qué humilde eres, Leon!» pretendiendo derribar por soberbia al que no habia podido por temor.

Pero el Padre, no ménos diestro en resistirle, respondió con presteza: «Más soberbio soy que tú;» con que huyó vencido de su humildad.

Siendo Rector en Evora, tenia en su colegio un Hermano Coadjutor llamado Andrés Annez, que siendo labrador rico, habia entrado en la Compañía.

Era corpulento y de grandes fuerzas, y parece que el demonio las queria probar con él, porque le acometia muchas veces dándole terribles golpes;

echábale en alto y dejábale caer; y aunque recibia gran dolor, nunca le hacia herida ni señal.

El pobre andaba afligido y temeroso de tan importuno enemigo.

Acudió á su Rector bien ejercitado en esta lid, y no ménos diestro en vencer; consolóle y enseñóle cómo habia de pelear, y, entre otras, le dijo las razones siguientes:

«Tened buen ánimo y perded el miedo á ese perro infernal que Dios Omnipotente tiene preso, y no hace más que ladrar, ni puede acometer más que con la licencia que el Señor le da, ó para ejecucion de castigo contra los malos ó para corona de premio para los buenos.

»No juzgueis, Hermano, que sois solo, porque compañeros teneis en la batalla.

»Consolaos, amigo, que os afirmo que todos los dias que me olvido de hacer cierta devocion y de armarme muy de propósito contra esa bestia infernal, aquí en la cama me llena de coces y me da de bofetadas, ni tengo otro remedio más que levantarme y recurrir á la oracion, y con esto desaparece.»

Esto dijo y en ello una gran verdad; porque los vecinos oian muchas veces los golpes que le daban, y los estruendos que hacian los demonios en su aposento, adonde llevó por compañero á dicho Hermano, y por su medio le libró de su tiranía, enseñándole á pelear y vencer con oraciones, ayunos y penitencias, como lo enseña el Redentor.

Otra vez tuvo un coloquio con el demonio sobre un público pecador, á quien trataba con grandes veras de sacar de pecado, porque era gran lazo suyo. El demonio le apareció visiblemente y le amenazó con terribles tormentos, sino desistia de quitarle aquel alma, que era suya.

El siervo de Dios con más ánimo que él amenazas, le respondió: «Mucho me huelgo de que tengas tanto empeño en esta presa, que por esto mismo doblaré las diligencias para sacarla de tu poder, y verás cuán poco temo todas tus amenazas.»

De que corrido Satanás por verse tan despreciado, se fué sin atreverse á más; que los cobardes no tienen más fuerzas que la lengua, y en viéndose despreciados se cortan de temor.

Estando en Santarén en una mision en que se ocupaba con santo celo siempre que las ocupaciones le daban treguas, sintió su compañero gran ruido en su aposento, y que el siervo de Dios repetia muchas veces con agonía: *Jesus, Jesus.*

Estuvo atento, y vióle salir haciendo la cruz sobre sí, y repitiendo muchas veces los dulces nombres de Jesus y de María.

Se movió un vehemente torbellino, estando el cielo sereno, que abrió la puerta y ventana con extraña violencia.

El compañero temió, pero el P. Leon intrépido entró en su aposento y dijo á su compañero que no temiese, porque ya estaba vencida la causa de su temor, que era el maligno espíritu que los queria inquietar.

Luego cerró su puerta, y se recogió, y durmió con toda seguridad como á quien guardaba Dios.

Con estas y otras victorias fué admirable el señorio que cobró sobre los demonios, á quien no temia más que si fueran unos perrillos sin fuerzas ni poder para hacer mal, ántes parecia que los demonios le temian á él.

Con la experiencia de esto le traian de varias partes los endemoniados, y los curaba y lanzaba los malos espíritus que los atormentaban.

Un estudiante padecia grande guerra del demonio, porque, en apagando la luz, como espíritu de tinieblas, venia sobre él y le maltrataba dándole muchos golpes, y haciéndole otras injurias y espantos temerosos.

Trajéronle al P. Leon, el cual le dió buenos consejos para defenderse de él.

Hizo con el Padre una confesion general, y dióle otros buenos medios para su seguridad.

Pero el maligno espíritu no se dió por vencido; y así, la noche siguiente, estando solo, le apagó la luz, y luego descargó sobre él una lluvia de golpes y bofetadas, arrojándole y maltratándole con grande crueldad.

Avisaron al P. Leon de lo que pasaba; fué con presteza, y asió del estudiante, como quien le quitaba la presa de las manos; conjuró al demonio, mandándole que le dejase y no le atormentase más.

Al punto huyó el mal espíritu, dejándole totalmente libre, y nunca más le atormentó. Y como este caso pudiéramos referir otros muchos, que dejo por brevedad.

## VIII

### *De su fervorosa caridad para con todos.*

Esta virtud parece que fué en este siervo de Dios su primero y principal blason; porque, como su corazon estaba tan abrasado en el amor de Dios, al mismo paso ardia en llamas de caridad con sus prójimos, así para socorrerlos y ayudarlos en las necesidades espirituales que tocaban á su salvacion, como en las corporales que se enderezaban á su consuelo y salud.

Y, comenzando de las primeras como las más principales, ardia en un santo celo de la salvacion de las almas, sin dejar piedra por mover, para traer-

las á Dios, ya por sí mismo, confesando y predicando, leyendo y enseñando la doctrina cristiana, así en público como en pláticas particulares, que siempre eran de Dios; ya por sus súbditos, enviándolos á predicar á varias partes, como Cristo á sus discípulos.

Cuando fué Provincial, envió un crecido número de obreros á las Indias y á tierra de idólatras, para que los convirtiesen á la fe; de los cuales muchos padecieron glorioso martirio, muriendo en ellos el mismo P. Leon con el deseo y la voluntad.

Y cuando fué Superior, era el primero en el confesonario, y en acudir á los enfermos, y en todos los ministerios con los prójimos.

El tiempo que siguió la córte como confesor del infante Cardenal D. Enrique, y el tiempo que fué rey de Portugal, confesaba con el mismo gusto y asistencia á los pobres y esclavos que al mismo rey.

Cuando podia, se hurtaba de la córte y salia á predicar á los pueblos, y hacer misiones con igual fruto de las almas y edificacion de los pueblos, viendo á un varon tan grave y tan estimado del rey y de toda su córte tocando una campanilla por las calles, y juntando la gente pobre y los niños para enseñarles la doctrina, y todo el dia por mañana y tarde asistir en el confesonario; que por estas acciones no pierden, sino ganan autoridad y crédito los varones más graves.

A este linaje de caridad y de celo de las almas pertenece lo que le sucedió con dos caballeros que salieron desafiados al campo.

Eran conocidos suyos, y sabia el pundonor de ambos y la dificultad que habria en componerlos, y, para vencerla, tomó un ardid digno de su estremada caridad.

Vistióse una túnica ó sotana vieja de las que usamos para salir con disciplina pública, que cubre el pecho y lo anterior, y deja descubiertas las espaldas; cubrióse con su manteo, y fué con toda presteza á buscar los desafiados.

Llegó á coyuntura que, desemvainadas las espadas, comenzaban su batalla: arroja el manteo, y con una gruesa disciplina en la mano lánzase en medio de los dos, azotándose rigurosísimamente, y pidiéndoles por la Pasion de Cristo que cesen de la batalla.

Quedaron los dos atónitos con aquel espectáculo, y arrojáronse á sus piés pidiéndole que cesase de su penitencia y ellos cesarian de su riña.

Así lo hizo, levantándose del suelo, y abrazando, y concordando á los enemistados, los cuales le dijeron con verdad: «Más valiente ha sido el P. Leon que los dos, pues nos ha rendido á ambos; pero no es mucho que nos venciese guerreando con armas desiguales; nosotros con las de acero y el

dre con las del fuego de la caridad, que son mayores y más fuertes y eficaces.

Con esto, volvieron á la ciudad, amigos los enemistados, y el P. Leon victorioso y triunfante.

Vengamos ahora á la otra parte de la caridad con los prójimos en las necesidades corporales, que no fué menor en este siervo de Dios, que en las espirituales.

Algo dijimos arriba de la que usaba con los enfermos y huéspedes, esmerándose en servirlos y regalarlos cuanto sufria el porte de la Religion.

El mismo les lavaba los piés, y les rogaba que se detuviesen en su colegio; y no tenia mejor dia que cuando venian muchos huéspedes con quien ejercitar su caridad.

Siendo Rector del colegio de Braga, aportaron á Galicia una tropa de la Compañía, robados de los Rocheleses piratas en el viaje del Brasil, y pobres y desnudos los echaron en tierra.

Vinieron á Braga como á colegio más cercano, y no hay palabras con que decir la caridad, el amor y la ternura con que el caritativo Rector los recibió, con más cariño que si fuera su propio padre, consolándolos, abrigándolos y regalándolos.

Luego hizo buscar paño y los vistió á todos, no permitiendo que se pusiese á costa de la provincia del Brasil, á quien pertenecia este gasto, por no menoscabar la fineza de su caridad.

Túvolos muchos dias reparándose del viaje y malos tratamientos pasados, y con toda la comodidad que pudo los encaminó á su provincia, disponiendo su viaje.

Siempre tomaba para sí lo peor para acomodar mejor á sus Hermanos, y no pocas veces con riesgo de su salud, como se verá por el ejemplo siguiente:

Siendo viejo le mudaron de Evora á Lisboa en tiempo de invierno: diéronle á un Hermano enfermo por compañero.

Llegaron á una posada donde no hallaron cama: dolorido el caritativo Padre, no de su falta, sino de su compañero, le hizo un lecho de sus vestidos, quedándose medio desnudo, sin más cama que el suelo en tiempo de tanto hielo.

Mas, como el buen Hermano por su flaqueza tuviese helados los piés, no habiendo con qué calentarlos, dió una traza para repararle del frio el ingenio de la caridad del Padre, y fué desnudar su pecho y tomar los piés del Hermano yertos y helados, y aplicárselos á sí mismo, para darles calor del poco que al santo anciano le quedaba.

De esta manera estuvo buena parte de la noche recibiendo el frio de los

piés del compañero, y dándole del calor de su pecho, hasta que se reparó de aquel accidente, el cual tomó sobre sí mismo con el frio que recibió.

Pero el fuego de su encendida caridad dió calor para todo: que quien la tiene con su prójimo, como este siervo de Dios, sabrá tomar los males ajenos á costa de la salud propia, y Dios se la aumentará por la que diere á su prójimo.

De este celo de caridad nació el que tuvo de conservar la paz y concordia en la Compañía de unos con otros, y de excusar pleitos con los seglares cuanto fuese posible.

Y, aunque de suyo era manso y benigno y trataba á todos con blandura; pero, en reconociendo falta de caridad en alguno ó linaje de disension, era verdaderamente leon, y como tal se oponia á esta falta, y luchaba con ella hasta vencerla, y desterrar la discordia y dejar á todos en verdadera caridad; y solia decir que no era ménos oficio del Prelado ejercitar con los súbditos esta virtud, que gobernar.

No olvidemos la caridad que ejercitó con los pobres, de los cuales fué verdadero Padre, reparando y remediando cuanto pudo sus necesidades.

Dolíase mucho de su miseria, y, siendo Superior, les daba largas limosnas, sin recelo de que por esto empobreciese el colegio; que no permite Dios empobrecer á alguno por la limosna que da, pues tiene prometido que retribuirá ciento por uno.

Veinte y cuatro años fué confesor del infante y rey D. Enrique, y en todo este tiempo no se halla que le pidiese cosa alguna para sí ni para sus parientes, siendo de la primera nobleza del reino y pudiendo con facilidad acomodarlos en los mayores cargos de la monarquía.

Pero el que era tan despegado con los de su sangre, fué tan caritativo y tan solícito para con los pobres, que no cesaba de pedirle por ellos.

El príncipe, como tan piadoso, le oia de buena gana y le daba gruesas limosnas, que les repartia con admirable caridad, casando huérfanas, remediando viudas, reedificando monasterios, levantando templos, redimiendo cautivos y libertando encarcelados.

Y, recibiendo tanto para otros, jamás pudo el príncipe recabar que recibiese para sí algo de lo mucho que le ofreció, por no menoscabar la pobreza tan exacta que siempre profesó, en tanto grado, que teniendo algunas veces su palacio muy léjos de S. Roque adonde el Padre moraba, nunca quiso ad mitir coche ni otra cosa en que ir á confesarle.

Siempre fué á pié y como mendigo, aunque estuviese distante una legua de camino, como tal vez aconteció.

Hízole Calificador del Consejo de la Inquisicion, y no lo quiso admitir has

e aseguraron los Superiores que no era de las dignidades prohibidas
nacio nuestro Padre, ni escalon para subir á ser Inquisidor, sino más
ıe cargo para servir al Santo Oficio en cosas del servicio de Dios.
:sta seguridad lo admitió, y, cuando salia en los autos generales, no se
con los Calificadores, sino entre los reos, ayudando á alguno de los
s que habian de morir, así para excusar aquella honra, como para
en aquel tiempo un acto tan heróico de humildad y caridad.

## IX

*ele Provincial S. Francisco de Borja, va á Roma á la tercera Congregacion General y lo que en ella obró.*

ınde crédito y opinion, así de santidad como de prudencia que ganó
on, obligó á S. Francisco de Borja á darle cargo de Provincial de su
a de Portugal.

ıque el humilde Padre deseó no admitirle por juzgarse indigno de él,
rior le obligó á que le tomase, y así se encargó de la provincia, la
ɔernó con tal acierto y satisfaccion de todos, que le prolongó el ofi-
ınto General por siete años, siendo tres el término ordinario.

:mplo que dió en este gobierno pedia más larga escritura que esta
lacion.

dmitió Hermano compañero que le sirviese ni coche para visitar la
a, sino los arrieros que iban de una parte á otra, con los cuales se
ıba para que le llevasen y á su Secretario, pasando el trabajo y la
lidad que se puede pensar con tal caballería y tales compañeros.

ıtalotaje que llevaba era la confianza en Dios, y entónces estaba
stoso cuando pasaba más incomodidad, por tener más que padecer
s.

ı fervorosísimas pláticas en los colegios, y la más eficaz era su vida
r.

ɔa grandemente la observancia de las reglas, y daba buenas peniten-
cualquiera falta de ellas, y encargaba mucho en las pláticas seguir
nidad, por lo cual jamás permitió que se le pusiese cosa extraordi-
ı la mesa, que no se diese á los demás.

:ndo una plática la noche de Navidad en el colegio de Coimbra, fué
ıocion que causó en todos y la ternura de su corazon, que anegado
ıar de lágrimas, enmudeció la lengua sin poder pasar adelante, y llo-

rando con él todos, estuvieron un gran rato, supliendo por las palabras las lágrimas.

Con este remate dió fin á la plática con más fruto que si hubiera proseguido con abundancia de razones y retórica muy limada.

Acabado el oficio de Provincial, volvió á Evora á asistir y confesar al Cardenal infante. Allí le cogió la nueva de la muerte de S. Francisco de Borja, y la Congregacion provincial, en la cual fué electo para ir á Roma á la nueva eleccion del General.

Aunque el Cardenal infante sintió la ausencia suya, sobreseyó en su jornada, por no alterar la determinacion de aquella Congregacion.

Y para que el P. Enriquez fuese con toda autoridad, le dió cartas de recomendacion para el Papa, que á la sazon era Gregorio XIII, y para el rey D. Felipe II, pidiéndole que le acreditase con su embajador, y para otros Cardenales.

El rey D. Sebastian le dió las suyas, de las cuales usó conforme refiere el P. Francisco Sachino en la cuarta parte de la *Historia de la Compañía* como diremos aquí.

Treinta y dos años tenia de edad la Compañía, dilatada por todas las naciones del mundo con gloriosos principios.

Todo este tiempo la habian gobernado españoles que la fundaron, y propagaron en varias partes, y no sólo habian sido Generales sino Provinciales, Comisarios, Visitadores, Asistentes y Rectores de la mayor parte de ella.

Y, aunque su gobierno fué acertado y conforme á la mente de S. Ignacio, sucedió lo que en la primitiva Iglesia, sobre quien vino el Espíritu Santo, que habiéndose congregado de varias naciones, y teniendo los hebreos, como fundadores y primeras piedras de ella, su gobierno, mostraron sentimiento las demás naciones, y, en particular los griegos, de verse excluidos del gobierno; y para atajar esta queja, les dieron parte á todos.

Así pareció á muchas naciones que estaban en la Compañía, que era conveniente y justo que entrasen en el gobierno y que no la rigiesen solos españoles.

Esta voz llegó á Portugal, y el P. Leon Enriquez tomó consejo con los ancianos de su provincia, y de comun acuerdo decretaron que se pusiese esfuerzo en que no saliese esta vez General español, por no excluir sólamente alguno en particular, que tenia la comun voz; y, para salir con este intento (que juzgó ser del servicio de Dios) sacó cartas de los tres príncipes dichos, en que lo pedian á Su Santidad.

Partió con ellas á Roma, y confirmóse más en su opinion, hallando á muchos de Italia y Francia tenidos del mismo dictámen.

El Pontífice le hizo tanto favor, que dió órden á sus porteros para que le anqueasen la entrada siempre que quisiese entrar; y, como traia este inten- >, habló sobre él al Pontífice é inclinóle á su parecer con las razones que : dió, guardando siempre el decoro que debia á la nacion española.

Y así, cuando el P. Juan Polanco, que era Vicario General, pidió al Pontí- ice con otros Padres la bendicion para la Congregacion, les dijo que por quella vez estimaria que no fuese el General español, para que entrasen las lemás naciones á gobernar tambien.

Entendida la mente del Pontífice, se comenzó la Congregacion.

Para asegurar su intento, el P. Enriquez, tres dias antes de la eleccion del General envió con un propio á Frascati (adonde estaba el Papa) las cartas le los reyes de España y Portugal con la del Cardenal infante que habia guardado de industria, las cuales leidas por el Pontífice, se resolvió firme- nente que no fuese español el General.

Así lo intimó á la Congregacion por medio del Cardenal, como su Secre- ario, á quien respondió el P. Polanco en nombre de todos, como Presidente le la Congregacion, que obedecian al mandato de Su Santidad; y en cuanto á la ejecucion, suplicaban ser oidos de su Beatitud, con que se dilató por entónces la eleccion del General.

No se puede fácilmente decir la turbacion y sentimiento que causó en toda aquella santa Congregacion tan inaudita novedad, y las lágrimas que muchos derramaron por verse atadas las manos y sin la libertad convenien- te para elegir la persona que juzgasen más conveniente para aquella digni- dad, y abrir juntamente una puerta en la Compañía á la ambicion del Ge- neralato por medio de los príncipes seculares, y otros muchos inconvenien- tes que traia consigo esta novedad.

Viendo, pues, el P. Leon la turbacion y sentimiento universal, conoció el yerro que habia hecho, aunque con buena intencion; que tal vez permite Dios errar á los suyos para su humillacion.

Y, levantándose de su asiento, se postró en medio de la Congregacion, y con más lágrimas que palabras, lleno de humildad y contricion, confesó lla- namente su culpa, y que él habia sido la causa de aquel decreto, grangeado por medio de las cartas que habia traido de los príncipes para Su Santidad, uzgando que acertaba en ello; pero que ahora reconocia su yerro, y confe- saba su culpa, y pedia penitencia por ella á toda la Congregacion, y se ofre- ia á recabar del Pontífice la revocacion de aquel mandato.

Mucho edificó á la Congregacion la humildad del siervo de Dios, y, admi- endo su oferta, le dieron cuatro Padres acompañados, y ninguno español, in los cuales habló al Pontífice en nombre de todos, y le dijo:

«Santísimo Padre, toda la Congregacion suplica á V. Beatitud, postrado á sus piés, que sea servido de sobreseer en el mandato que les ha enviado, y dejarles libres para elegir de cualquiera nacion el que juzgaren más conveniente para su General, porque sin esta libertad no se tendrá por bien electo, y más por intruso á fuerza de favor, que por legítimo General; ni será bien recibido, ni amado, ni obedecido como conviene, y es contra el órden que nos dejó nuestro Santo Fundador, y se abre una puerta á la ambicion, y un ejemplar de grandísimo inconveniente á toda la posteridad.

Y, si á V. Santidad le mueven las cartas que le remití de los Reyes Católicos, yo sé certísimamente que no ha sido su intencion alterar en cosa alguna el gobierno de la Compañía, ni violentar su eleccion.»

Oidas estas razones por el Pontífice, concedió lo que se le pedia, añadiendo que estimaria que, por aquella vez, no fuese la eleccion en español.

Los Padres, como tan obedientes, obedecieron á la señal de su voluntad, y eligieron de primero escrutinio al P. Everardo Mercuriano, flamenco de nacion, Provincial que habia sido, y Asistente actual, persona de tales prendas, cuales pedia aquella dignidad.

El P. Leon instó, como tan humilde, en pedir penitencia de su yerro; y aunque él la pedia bien grave, y, entre otras cosas, dos años de servir en la cocina; por consolarle se le concedieron seis meses, los cuales cumplió vistiéndose una sotana parda, en llegando á Portugal.

Despues estuvo otros tres por una resistencia que hizo á la ejecucion de un órden del General, con tanto consuelo suyo, como ejemplo y edificacion de los demás.

## X

*En que se refiere lo restante de su vida hasta su santa muerte.*

En Portugal fué recibido con la caridad y amor que de padre tan amad y benemérito se deja entender, y en particular del rey y del Cardenal infa te, á quien asistió en Evora y despues en Lisboa, siendo rey, por la infeli muerte del rey D. Sebastian.

Duróle la corona dos años, y falleció el de mil y quinientos y ochenta, co cuya muerte vinieron grandes trabajos á Portugal.

El buen P. Leon Enriquez, cansado de la córte y deseoso de quietud y d entregarse todo á la oracion y devocion, alcanzó licencia para irse á Brag sesenta leguas de Lisboa; pero, estando en aquel colegio, no le dejaron de cansar, mandándole que se encargase de él.

La fundacion era nueva, y el colegio estaba á los principios, y el santo anciano hacia papel de Rector, de predicador, de lector, de operario y despertador, y no pocas veces de portero, sacristan, y otras de albañil y trabajador, llevando piedra, cal, arena y madera para el edificio.

Este descanso halló en su vejez el confesor del rey, el calificador del Consejo, el maestro de Teología, el Rector de Evora y Coimbra y el Provincial siete años de todo Portugal.

Era incansable en el trabajo, y Dios le daba las fuerzas que le negaba su edad. Hubo dia que predicó tres sermones, y juntamente asistió á las confesiones, y no pocas veces, despues de haber suplido el aula de mínimos ó menores, salia á confesar los enfermos que tenian necesidades

Era tan dado á este ejercicio, que, siendo Provincial, le acontecia, en llegando á algun colegio, ir sin quitarse el manteo á la portería ó á la iglesia á buscar á los que querian confesar.

Lo mismo hacia en las ventas y mesones, contándoles muchos ejemplos en utilidad de la confesion, y enseñándolos y disponiéndolos para que se confesasen bien; que este santo Sacramento pide gran preparacion y verdadero dolor y propósito de no pecar.

Bien quisiera el siervo de Dios, concluido el rectorado, quedarse en aquel rincon olvidado de los hombres, para darse todo á Dios; pero no pareció á los Superiores privarse de su consejo, ni á la córte de su presencia, adonde podia ser de mucha importancia su asistencia y autoridad, y así, le llamaron á Lisboa, adonde vino el obediente Padre á dar fin á los trabajos y remate á su santa vida.

Era de sesenta años á esta sazon, nevado de canas, fatigado de achaques, disminuido de fuerzas, flaco en la carne, pero robusto en el espíritu, y así, tomó el oficio de operario de la Casa Profesa, como si entónces comenzara en su florida edad.

Asentó confesonario de hombres y mujeres; encargóse del hospital, adonde se curan muchos pobres; visitaba las cárceles, y acudia á los enfermos, haciendo á todas manos con admirable caridad.

Y porque en aquella córte hay comercio con Francia y otras naciones que navegan por la mar y vienen á comerciar, para poder acudir á todos, refrescó la memoria de la lengua francesa, que cuando mozo y seglar aprendió en París.

Buscó para esto vocabulario francés y maestro que le enseñase, haciéndose discípulo de los mismos á quien enseñaba el camino de la verdad: que á este término llegó la grandeza de su espíritu y el celo santo de aprovechar á las almas y reducirlas á su Criador.

Ni por ocuparse en esto olvidó el estudio de su mortificacion, venciendo á los novicios en su fervor, no sólo en las mortificaciones dentro de casa, sino en las que salian fuera; que nunca parece, que satisfacia su sed de ganar merecimientos para el cielo, sirviendo de continuo en los oficios más humildes.

Hizo tan repetidas instancias para que le hiciesen portero, que, por consolarle, permitieron que fuese su ayudante y que supliese sus ausencias.

Era cosa que admiraba ver á un varon tan venerable y por tantos títulos estimado en la córte, ir y volver con recaudos al Superior, y servir á todos los que llegaban á la portería como si fuera su criado, respondiéndolos y agasajándolos con mucha cortesía y caridad.

Ejercitándose en estos santos ejercicios, vinieron de la cárcel á pedir un confesor para un pobre francés que estaba muy enfermo de un pestilencial tabardillo, y cerca de morir.

Partió al punto el caritativo Padre; con el alborozo y presteza con que parten los cazadores cuando ven la presa que buscan; así este codicioso cazador de almas se abalanzó á la de aquel pobre francés.

Sin reparar en el riesgo de su vida, se llegó á él como si estuviera sano, y le consoló y confesó con mucho espacio, y tanto le asistió, que se le pegó la enfermedad, y, habiendo salido sano, volvió herido de su contagio á la casa de S. Roque, adonde al segundo dia le desahuciaron los médicos.

Avisáronle de su peligro, y recibió esta nueva con igual alegría y devocion.

Preparóse luego recibiendo los santos Sacramentos de la Iglesia, y, acercándose su hora, pidió que le dejasen solo; y no lo estuvo quien estaba acompañado de Dios, con quien hizo ternísimos coloquios, que oian los que le velaban á la puerta de su aposento.

Y, sintiendo que cesaba, entraron, y llegándose su hora, se juntó la Comunidad, y le dijeron la recomendacion del alma, y, hablando con Dios, espiró y fué á recibir el premio de su santa vida á los descansos eternos á ocho de abril de mil y quinientos y ochenta y nueve años, teniendo setenta y cuatro de edad, y cincuenta y tres de Compañía, y muchos de merecimientos que gozará eternamente en la ciudad santa de Sion.

Sabida su muerte, se convocó toda la córte á venerar su cuerpo como de hombre santo, y hallarse en su entierro, á que vino el Obispo, y el Clero, y las Religiones, y la Inquisicion en forma de tribunal, y toda la nobleza de aquella córte, pidiendo cada uno alguna cosa de sus pobres alhajas por reliquia como de hombre santo.

Los que más se mostraron fueron los pobres y la gente popular que

confesaban con él, los cuales cuando salió en el ataúd á la iglesia, levantaron el clamor viendo eclipsado el sol de su consuelo en el ocaso de su muerte.

Con una envidia santa corrieron á porfía á tomar algo de sus reliquias, á besarle los piés y las manos y á tocar los rosarios y coronas, con tanto ímpetu, que fué necesario defenderle para poder enterrarlo, como se hizo en aquel suntuoso templo, que mereció ser depósito de sus reliquias.

Su vida se toca en las cuatro primeras partes de la *Historia de la Compañía*, y la trae más en forma y cumplida el P. Baltasar Tellez en la *Coronica de la Provincia de Portugal*.

P. ANDRADE.

## P. FERNANDO PEREZ

Dos señalados varones no ménos en virtud que en letras trajo Dios á la Compañía para piedras fundamentales de la sabiduría y enseñanza de la esclarecida Universidad de Evora, (que fué de las primeras que tuvo la Compañía, y lo ha sido siempre en la sabiduría y doctrina que tantos y tan esclarecidos maestros han enseñado en ella), que por haber sido los primeros y haberlos traido Dios á nuestra Religion por modo particular, los he querido poner aquí, así por el grande ejemplo de su vida como porque no borre el olvido la memoria de tan esclarecidos doctores de aquella escuela.

Llamáronse Fernando Perez y Pedro Pablo Ferrer; el primero natural de Córdoba y el segundo de Valencia, ambos discípulos del santo P. Maestro Juan de Avila, por cuya órden entraron en la Compañía con la ocasion que aquí diré:

Cuando el infante D. Enrique, Cardenal y Arzobispo de Evora, que murió rey de Portugal, fundó el colegio de la Compañía en aquella ciudad y en él la Universidad que hoy tiene, escribió al P. S. Francisco de Borja, á la sazon Comisario de toda la Compañía en España, pidiéndole personas de toda satisfaccion, así en letras como en discrecion, autoridad, prudencia y magisterio en enseñar, que fuesen las piedras fundamentales y los primeros maestros y doctores de su Universidad.

Como la Religion estaba muy á los principios y tenia pocos maestros, y

esos ocupados en las fundaciones que se iban haciendo y no las podian dejar, tomó por arbitrio escribir al santo P. Maestro Juan de Avila, y enviarle la carta del infante, y decirle el estado en que se hallaba, pidiéndole juntamente que, si de los muchos y buenos discípulos que tenia, entre los cuales habia personas doctas, se hallaban algunos tales que pudiesen llenar aquellos puestos á satisfaccion del infante, teniendo voluntad de hacer á Dios este servicio entrando en nuestra Religion, se los enviase para maestros de aquella Universidad.

Recibidas las cartas, el venerable y santo Maestro, habiendo hecho oracion sobre ello á imitacion de Cristo cuando escogió sus Apóstoles, con la luz que tuvo del cielo, escogió dos de sus discípulos doctores graduados, personas doctas, de vida muy ejemplar y conocidas virtudes, y, llámandolos aparte, les habló de esta manera:

«Cuando S. Juan Bautista predicaba en el mundo, en sabiendo que habia comenzado su predicacion Cristo, le remitió sus discípulos para mejorarlos de maestro y ellos fueron tan obedientes, que sin detenerles el amor que le tenian, fueron luego á la escuela del Salvador para ser sus discípulos, en que se mejoraron tanto, que de discípulos de Juan subieron á ser Apóstoles de Cristo.

»Este ejemplo nos dió el sagrado Bautista, y nos dieron sus santos discípulos para que todos le siguiésemos, y ahora se ofrece ocasion en que ponerle por obra.

»El V. P. Francisco de Borja, Comisario de la Compañía de Jesus, me pide dos personas graduadas que lean Teología en la Universidad que funda en Evora el infante Cardenal D. Enrique, y, habiéndolo consultado con Dios, he puesto los ojos en los dos, para esta obra tan del servicio suyo.

»El blanco de nuestras acciones es su mayor gloria y servicio, y juzgo, si no me engaño, que lo será este empleo en ambos á dos, entrando en esta sagrada Religion, que es la escuela de Cristo, adonde mejorareis de maestro y de ocupacion, subiendo de seglares á religiosos, y de discípulos de quien tan poco vale á quien vale tanto como el Superior de la Religion, que tiene el lugar de Cristo.»

Aquí dió fin á su discreto razonamiento el santo Maestro á sus discípulos, los cuales se pusieron en sus manos, y tomando su consejo ofrecieron su libertad, sus estudios y sus vidas al servicio de Dios.

Vinieron luego á S. Francisco de Borja, y, postrados á sus piés, le pidieron con toda humildad que los admitiese en la Compañía.

El Santo los levantó del suelo y los recibió con grande consuelo suyo, como Cristo á los discípulos de S. Juan, y como piedras que venian labradas

de tan primoroso Maestro, no necesitaron en la Religion de nuevo pulimento.

Así, se incorporaron en la Compañía como si se hubieran criado siempre en ella, y, novicios de un dia, eran profesos de muchos años en la observancia, oracion, silencio, modestia, obediencia, mortificacion y penitencia, tan humildes y pobres, tan templados y fervorosos en todas las acciones religiosas, que eran el ejemplo de todos, y los que comenzaban á ser regidos podian gobernar la Religion; al fin como discípulos de tan grande Maestro.

Luego los envió S. Francisco de Borja á Evora, adonde fueron recibidos de la Compañía con grande contento, y agasajados y honrados del Cardenal infante con grande amor y con igual magnificencia, y dió la cátedra de Vísperas de Teología al P. Fernando Perez, y al P. Pedro Pablo la de Escritura.

Esta fué la vocacion de estos sabios doctores de nuestra Religion de la Compañía, no muy desemejante á la que tuvieron S. Andrés y S. Juan á la de Cristo.

Veamos ahora brevemente lo que obraron en ella el tiempo que les duró la vida y los ejemplos que nos dejaron, corriendo á una en el estudio de las letras y de las virtudes, enseñando igualmente á sus discípulos la santidad y la sabiduría.

Comenzando por el P. Fernando Perez que, como dijimos, fué natural de Córdoba, hijo de padres honrados, ricos de los bienes temporales y no ménos de los espirituales, porque fueron personas pías y ejemplares en su estado, y se conoció bien en la crianza de su hijo, á quien desde el pecho industriaron en virtud y en la devocion de nuestra Señora, la cual tuvo siempre tan entrañada en su alma, que daba testimonio de haberla mamado en la leche.

La beatísima Vírgen le pagó el tierno amor que la tuvo, adoptándole por hijo y haciéndole muchos favores desde niño, entre los cuales se tuvo por milagroso el siguiente:

Siendo pequeño, y andando como tal con poca cautela por las riberas del rio Guadalquivir, cayó en su corriente, y en un momento le arrebató el agua y desapareció, invocando el tierno infante los nombres dulcísimos de Jesus y de María.

Los que le vieron caer dieron aviso á sus padres de la desgracia que habia sucedido á su hijo, los cuales vinieron con presteza á buscarle, no tanto vivo como difunto, para darle sepultura, porque cuando llegaron habia una hora que le habia sumido el agua, sín haber aparecido.

Mas llegando el padre al lugar adonde habia caido, se levantó el niño al pié de una junquera, adonde estaba ligado entre los juncos, teniéndole para que no se ahogase (como testificó despues) la Santísima Vírgen María, cuyo favor invocó cuando le arrebató el rio.

Asióle su padre del brazo y sacóle bueno y sano con el gozo que se puede entender, así suyo como de su madre, pues ambos le lloraban difunto.

Dieron muchas gracias á Dios y á la Reina del cielo por la merced que les habia hecho, y él la tuvo tan en el corazon siempre, que nunca se olvidó de ella ni de hacerle gracias por este señalado beneficio, de que fué buen testigo la devocion fervorosa y tierna que siempre la tuvo.

Entre otros servicios que le hizo, fué el voto de defender su purísima Concepcion sin pecado original, desde sus primeros estudios, sin tener ejemplo de alguno que le hubiese hecho, siendo el primero que le hizo, á quien en estos tiempos han seguido muchos, y el P. Fernando Perez leyó siempre esta verdad cuando fué maestro, y la apoyó con doctísimos escritos.

Con la edad corrieron parejas en su alma la virtud y sabiduría, creciendo en ambas con los años delante de Dios y de los hombres.

Fué devoto, bien inclinado y recogido. tan honesto en sus acciones y palabras, y tan recatado todos los dias de su vida, que testificaron sus confesores que nunca amancilló su pureza con obra ni pensamiento lascivo, que fué otro singular favor que recibió de la santísima Vírgen.

Con su ingenio descollaba entre todos sus condiscípulos, y con su buen ejemplo les atraia á las virtudes, dando muestras desde luego de lo que habia de ser despues, y que era escogido de la mano del Señor para grandes empleos de su servicio.

Estando en el fervor de sus estudios, llegó á Córdoba el nuevo Apóstol de Andalucía, el santo P. Maestro Juan de Avila, tan insigne en santidad como célebre por su predicacion, la cual frecuentó nuestro Fernando con grande usura de su alma porque, como estaba tan dispuesta, imprimíansele sus palabras como el sello en cera tierna.

Recogia sus consejos, abrazaba su doctrina, rumiaba sus buenas razones y salia tan inflamado de sus sermones, que ni queria ni pensaba en otra cosa que en el desprecio del mundo y de sí mismo, y en el aprecio de las cosas del cielo, y en el servicio de Dios, y en lo que era gloria suya.

Viendo que muchas personas de prendas se alistaban por sus discípulos y como tales le seguian, asentó plaza en su escuela y se hizo su discípulo con tanto gusto de sus padres, que aún vivian, como de su santo Maestro, reconociendo los buenos talentos de que Dios le habia dotado, así de blando natural y buena inclinacion como de ingenio y habilidad para sabiduría.

Por consejo suyo estudió la Teología y se graduó de doctor, y se ejercitó en ordenarse en la predicacion con mucho provecho de los pueblos.

A esta sazon llegaron las cartas de S. Francisco de Borja, en que pedia dos catedráticos para Evora, y el santo P. Juan de Avila le señaló para ser uno

de ellos, aconsejándole que hiciese sacrificio de sí á Dios en la Compañía.

El siervo de Dios obedeció con todo rendimiento á sus consejos, y sin replicar ni resistir á ellos, abajó la cerviz al yugo de la Religion, y de predicador y maestro se hizo novicio y discípulo en lo mejor de su edad, dando de mano á las dignidades y rentas que pudiera tener por sus méritos, y haciéndose pobre por Cristo con no poco sentimiento de sus padres, viendo que los dejaba cuando más necesitaban de su alivio, y cuando los habia de honrar con sus lucidos talentos.

Pero el siervo de Dios lo pisó todo por abrazar la cruz de Cristo y servirle desnudo en la Compañía sin interes alguno.

En Evora leyó algunos años la cátedra de Vísperas de Teología con tanto crédito y aceptacion, que el Cardenal infante se dió por obligado á escribir á S. Francisco de Borja las gracias de haberle dado tal maestro para su Universidad.

Luego le hizo catedrático de Prima, y su agudeza en argüir y magisterio en enseñar junto con la claridad y erudicion fué tal, que en poco tiempo voló su opinion por todo el reino de Portugal.

A la fama del insigne maestro vinieron de todas partes muchos aventajados ingenios á ser discípulos suyos, con que en breve tiempo se pobló aquella nueva Universidad, y compitió en número, lustre y buenos estudiantes con las mejores de España, con el gozo que se puede creer de su esclarecido fundador, viendo tan bien logrados sus deseos.

Y aunque en todas materias se ostentó muy erudito, en las resoluciones morales parecia que se excedia á sí mismo, desenmarañando conciencias, declarando y resolviendo con admirable claridad y facilidad casos difíciles é intrincados, con tal satisfaccion de todos, que de muchas partes era consultado de las personas más doctas que se conocian en el reino.

A todos respondia con grande satisfaccion; y llegó á tanto su opinion, que algunos afirmaron que tenia ciencia infusa en las materias morales.

En viendo su firma, ninguno se atrevia á contradecir su parecer por docto que fuese, venerándole y aceptándole todos con tanta fe y seguridad, como si fuera decision de algun Concilio.

Tal era el crédito que habia ganado con sus letras, prudencia y santidad; por lo cual no se hacia en el reino cosa de importancia, en que así los reyes y gobernadores, como los consejos y cabildos eclesiásticos y seglares, no tomasen primero su parecer para regirse por él.

Las universidades andaban á porfía pretendiendo tenerle por maestro, y, para satisfacer á sus deseos, se dió órden que leyese unos años en Evora y otros en Coimbra.

En ambas universidades leyó la cátedra de Prima de Teología por espacio de cuarenta años con la estimacion que hemos dicho.

Dió gran realce á las letras de aquel reino, sacando insignes discípulos que fueron los catedráticos y maestros que con la luz de su doctrina enseñaron a muchos y desterraron las ignorancias con la luz de su sabiduría, siendo la fuente de la ciencia el P. Dr. Fernando Perez como primero maestro de ella.

Pero oyendo esta verdad, se ofrece al èntendimiento una duda: ¿Cómo siendo varon tan docto, y su doctrina tan sólida y segura y tan recibida de todos, no la dió á la estampa y sacó algunos libros para perpetuar su doctrina y hacer con ella fruto en los siglos venideros, como le hizo en los que vivió, como lo han hecho otros muchos de menor crédito y caudal?

A lo cual se responde que tuvo la culpa, si la hubo, su profunda humildad, la cual corrió parejas con su sabiduría, y en parte se adelantó á ella; porque siendo tan sabio, fué tan humilde, que nunca pensó cosa grande de sí, ántes con toda sinceridad y verdad se tenia por ignorante, necio, rudo, tosco y desacertado en cuanto hacia, si no le regia otro que supiese más, y así, decia que era un jumento sin saber y sin prudencia.

Si alguno le alababa, se corria y le salian los colores al rostro, nacidos del bajo sentimiento que tenia de sí mismo, con una candidez y pureza virginal, virtud verdaderamente grande y ensalzada por rara y milagrosa de S. Ambrosio y S. Bernardo, que en un mismo entendimiento se hallen juntos con toda verdad tan alto caudal de ciencia y tan bajo concepto de sí mismo, que se juzgue por más ignorante que los brutos; y cuando todos los hombres le ensalzan hasta el cielo, él se humilla hasta el profundo del abismo; bien diferente de lo que sucedió á los ángeles que cayeron, que con ser ángeles se envanecieron de su ciencia, y de lo que sucede comunmente á los hombres, que, como dice S. Pablo, se hinchan con la ciencia, y los que ménos saben, suelen ser los más soberbios y caen por su presuncion en intolerables yerros.

Nuestro sabio doctor venció á los hombres y á los ángeles en la humildad y desprecio de sí mismo, del cual le nació huir siempre el trato de las personas grandes que le buscaban para consultarle, y afectar el trato con los humildes y pequeños.

Huia de ser conocido de los reyes y no queria que le nombrasen delante de ellos.

Nunca arrostró á ser Superior, y, aunque algunas veces le hicieron Rector por fuerza, no lo parecia en su trato, sino siervo y criado de todos, segun se humillaba y los servia en los oficios domésticos.

Servia en la cocina y en el refectorio á los oficiales, y en la enfermería a

los enfermeros y enfermos; barria, y fregraba, y limpiaba los vasos humildes, de que es buen testigo el caso siguiente:

Estudiando un dia en nuestra librería del colegio de Evora, entró en ella, como otras veces solia, el rey D. Sebastian.

El humilde Padre se encogió y retiró á un rincon para salirse afuera, pero no pudo porque le detuvo el rey, y le preguntó qué ocupacion tenia en el colegio: respondió que acudia á la cocina, como era la verdad. «¿Y en qué os ocupais?,» replicó el rey. «En barrer y fregar,» respondió el Padre. Y el rey añadió: «¿Y no teneis otro oficio ni ocupacion en esta casa?» Aquí se turbó el humilde Padre, y con mucho encogimiento dijo: «Tambien, señor, acudo á la aula de Teología cuando me lo mandan.»

Y como el rey era bien entendido, conoció que era el maestro de quien tenia grandes noticias, y quedó tan edificado de su humildad, cuanto era grande el concepto que tenia de su sabiduría, y en adelante le estimó mucho más; que se gana por la humildad tanta honra y estimacion, como se pierde por la soberbia.

De que estuvo tan léjos este humilde sabio que se hacia discípulo de sus discípulos, consultándolos en muchas materias, y en especial en las del espíritu.

Cuando hacia ejercicios segun el uso de la Compañía, acudia al Prefecto de espíritu para que le platicase las meditaciones, y le enderezase, y enseñase, dándole cuenta de su conciencia como si fuera un novicio.

De las demás virtudes de este sabio varon pudiéramos decir mucho, porque fué sabio y prudente como la serpiente; cándido y puro como la paloma; devoto y afable para con todos, sin que hubiese jamás quien se quejase de él; tan caritativo y liberal para con los menesterosos, que pudo decir con Job, que nació con él la misericordia.

Desde niño la tuvo con los pobres, dándoles su merienda y lo que podia de su casa, y tal vez no teniendo qué darles y pidiéndole limosna un pobre desarrapado, le dió su capa para que se remediase, y él se fué en cuerpo á su casa.

Esta piedad creció de manera en su corazon que, siendo Superior, nunca permitió que despidiesen á ningun pobre sin limosna, y él se quitaba con gusto el bocado de la boca para dárselo, y Dios parece que le aumentaba los bienes al paso que los repartia á los pobres, como se vió en el caso siguiente.

Siendo Rector del colegio de Coimbra el año de 1575, hubo una grande hambre en aquella parte de Portugal que está entre Duero y Miño, que si bien es la más fértil, entónces fué la más estéril.

Compelidos de la necesidad bajaron enjambres de pobres á Coimbra á buscar remedio, y halláronle en las piadosas entrañas del santo Rector.



Dió órden á los oficiales del colegio que tuviesen á todas horas en la portería pan y carne para socorrer á los pobres, sin permitir que faltase a sólo uno.

Doce fanegas de pan cocido repartia cada semana, y algunas más, conforme el número de los pobres; y cuando algunos le iban á la mano, diciendo que faltaria para los de casa, respondia que no le quitasen su tesoro.

Y dijo verdad á todos visos, no sólo por el que acaudaló en el cielo, sino tambien por el que le dió nuestro Señor en la tierra, multiplicando milagrosamente el trigo en los alholíes del colegio, los cuales se hallaron llenos después de haber sacado gran suma de cahíces para los pobres.

El año siguiente dieron las heredades y tierras de la casa cuatro doblada cosecha que solian, cumpliendo Dios su promesa, que toma á logro lo que se da á sus pobres, y lo retorna con tantas creces cuanta es la confianza y liberalidad del que hace la limosna, como sucedió á este caritativo Padre.

Ocupado, pues, en estas santas obras, llegó el año de 1595, en que cumplió los setenta de su edad y en que tenia Dios determinado llevarle á su descanso, á darle el premio de sus merecimientos.

Estando en el colegio de Coimbra, le dió una recia enfermedad que tuvo por paraninfo y precursor de su muerte, y así, se preparó para ella con una confesion general y con los santos Sacramentos de la Iglesia, que recibió con gran devocion.

Cuando le trajeron el sagrado Viático, aunque estaba muy flaco y sin fuerzas, las recobró con la grandeza de su espíritu, y se hincó de rodillas para adorarle y recibirle, y con voz grande dijo: «¡Ah mi Dios! ¡Ah mi Dios del cielo! ¡Ah mi gloria mia! ¿Vos habeis de entrar en casa de quien está para entrar en la sepultura?»

Y derritiéndose en lágrimas de ternura y devocion, le atajó las palabras el raudal que bajaba de sus ojos.

Así estuvo un rato suspenso careándose con su Dios, hasta que, dando lugar el devoto sentimiento, recibió en su pecho á aquel Señor que dentro de breve tiempo le habia de recibir en su cielo.

Despues de recibida la Extremauncion, estando en los últimos alientos de la vida, cercado de sus discípulos y de los religiosos que habia criado en Compañía, despidiéndose de ellos, les leyó la última leccion, y no la menos importante, de la materia de caridad, bien semejante á la que leyó S. Juan Evangelista á los suyos á la partida de este mundo, casi con las mismas palabras que fueron las siguientes:

«Padres y Hermanos mios muy amados en Cristo, muero consoladisimo en la Compañía de Jesus.

»Ninguna otra cosa os encomiendo en esta hora, sino la caridad; amaos unos á otros.

»Con la caridad asegurareis el beneficio de la vocacion en la Compañía; con la caridad crecereis en la perfeccion; en la caridad tendreis señal cierta de vuestra salvacion.

»Haya, mis carísimos hermanos, entre vosotros caridad, y esto os basta.

Aquí dió fin su razonamiento, derramando todos ternísimas lágrimas de sentimiento por la pérdida de tan santo Padre, el cual se recogió con Dios, y con devotísimos coloquios, llamándole y ofreciéndole su alma, la dió en sus manos con la paz y tranquilidad que habia vivido, el cuarto dia de febrero de 1595, habiendo cumplido los setenta de edad, como dijimos, y gastádolos todos en vida religiosa los de su juventud en la compañía del santo Padre Maestro Juan de Avila, y los cuarenta y uno en la Compañía de Jesus, con lucidísimos trabajos, aclamacion de santo, aplaudido por docto y maestro sapientísimo.

Este fué el P. Fernando Perez, tan celebrado en su siglo, una de las piedras fundamentales de la Universidad de Evora, la columna de su sabiduría, la fuente de sus ciencias, de quien la han recibido tantos y tan insignes maestros como ha tenido, luz de las escuelas, maestro de los maestros, doctrina y enseñanza de los discípulos y ejemplo de todos los siglos, que supo juntar en uno el supremo grado de la ciencia con el profundo de la humildad, la alta sabiduría con la ardiente caridad, y el ser de santo y docto juntamente.

Su cuerpo quedó más hermoso que cuando estaba vivo; testimonio de su virginal pureza y de la inocencia de vida que guardó siempre, pasando de esta á la eterna con la gracia que recibió en el bautismo, sin haberla mancillado con pecado mortal en todos los dias de su vida, como lo testificó el confesor que le confesó generalmente para morir, religioso anciano de grande verdad y espíritu.

Su vida, con la del P. Pedro Pablo Ferrer, escribió sucintamente el Padre Baltasar Tellez en la *Coronica de la provincia de Portugal*, en la parte segunda, en el lib. V, á los XLIII y XLIV capítulos.

P. ANDRADE.

# P. PEDRO PABLO FERRER

HABIENDO sido tan larga la vida de este santo varon, condiscípulo y conmaestro del P. Fernando Perez, que pasó de noventa años, son tan cortas las noticias que se hallan de sus empleos y virtudes, que no se puede formar historia, como lo pide su opinion así en santidad como en letras, de lo que hizo y obró en el discurso de su vida; pero por no dejar del todo su memoria, la haremos aquí de lo que se halla escrito en la *Coronica* citada *de la provincia de Portugal.*

No sabemos quién fueron sus padres ni las muestras que dió en su primera edad.

Su juventud fué buena debajo de la disciplina del santo P. Maestro Juan de Avila, que no admitió en su escuela persona que no fuese de probadísima virtud, y así, basta saber que fué discípulo de tal maestro, para entender que fué de vida ejemplar y consumadas costumbres.

Veinte y seis años gastó en el siglo en el estudio de las ciencias, en que salió aventajadísimo; y los sesenta y cuatro, hasta noventa, en la Compañía en leer y en enseñar las ciencias y las virtudes con la palabra y el ejemplo.

De él dice el P. Baltasar Tellez las palabras siguientes:

«Fué el P. Dr. Pedro Pablo Ferrer tan eminente en virtud y ciencia, que con su compañero el P. Fernando Perez bastaban los dos sólos para hacer célebre la Universidad de Evora; hombre muy noticioso, doctor muy conocido por su mucha religion, admirable doctrina y espantosa erudicion en todas letras, así divinas como humanas, y tambien por la grande noticia y uso casi igual de las tres lenguas, latina, griega y hebrea, rarísimas en España en aquel tiempo.

»Era de memoria tan fecunda, tan pronta y tan presente en todo lo que tocaba á Escritura Sagrada, y erudicion de coronicas antiguas, conocimiento de historias, cosmografias de tierras, cómputo de siglos, anales de autores, noticias cronológicas y sucesos de tiempos, que dignísimamente le llamaban biblioteca viva.

»Leyó muchos años la cátedra de Escritura con la opinion que se puede entender de tan esclarecido maestro, á cuya fama se despoblaban los estudios del reino, y venian á beber el agua de la sabiduría de su fuente como ciervos sedientos.

»Sucedió al P. Jorge Serrano en el oficio de Cancelario de aquella Unive

ı, y fué el segundo que dió en ella los grados de doctor y de maestro.»
ıto dice el sobredicho autor de sus letras y sabiduría, y de su magisterio.
ıego pasa, aunque de paso, á decir algo de sus virtudes, que corrieron
as con su ciencia, no enseñando ménos santidad con su ejemplo que le-
:on su doctrina.
ıé hombre religiosísimo, puntual en todas las observancias de las reglas,
ɜrvando siempre el porte y vida de novicio.
ıé más humilde que la tierra, y tan obediente, que no se le conoció más
ıtad ni más querer ó no querer que el de su Superior, cualquiera que
, portándose, de noventa años, con el mismo tenor y rendimiento que el
ero dia que entró en la Religion.
ntó lo más perfecto de la humildad con lo muy puro de la sencillez, por-
ıo se vió hombre más sincero, de mayor verdad y ménos ficcion, de tal
e, que siendo muy anciano en la edad, era como un niño en la inocencia.
ıda cual le persuadia fácilmente, cualquiera cosa que le dijese, porque no
a en su entendimiento que podia haber engaño en los otros, como él
a le tuvo, y así, nunca juzgó mal de nadie, sino bien de todos, con una
idez columbina.
ıé varon muy penitente, macerando su cuerpo con rigurosas penitencias,
os, vigilias y largas horas de oracion, con que llegó á estar como un
ırio ó un S. Jerónimo en el desierto, curtida la piel, consumidas las car-
flaco y macilento, que le podian contar los huesos.
:tirado en sí mismo, hablando en su alma con Dios y abstraido de los
ɔres, consumó su carrera santamente, lleno de dias y de merecimientos,
Casa Profesa de Lisboa, á dos de julio de mil y seiscientos y diez y
años, siendo, como dijimos, de noventa, y habiendo vivido los sesenta
ıtro en la Compañía con grandísimo ejemplo.
:jó escritas de su mano muchas obras eruditas, las cuales, si salieran á
uviéramos un rico tesoro para la inteligencia y claridad de la Sagrada
tura, y otras de humanidad muy provechosas, de que se han valido
en sus libros.

P. ANDRADE.

# P. MANUEL DE SA

El P. Manuel de Sá, fué portugués; nació en un lugar que llaman Villar del Conde, entre el Duero y el Miño.

Entró en la Compañía de Jesus en Coimbra el año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, teniendo apénas quince de edad, no sin feliz auspicio de su madre.

Enviándole á los estudios de la Universidad de Coimbra: «Ve, hijo mio, le dijo ella, y aprovecha en las letras de tal modo, que me den de ti nuevas muy prósperas; y, si te declaro mi voluntad, esto deseo principalmente, que seas uno de la familia de los apóstoles (así llamaban y llaman hoy á los de la Compañía en Portugal), que este será el mejor logro de tus trabajos.»

Fué nuestro Manuel de valiente ingenio; y admitido en la Compañía y lucidamente docto, no podrá decirse con certeza á qué ejercicio vacaba más, á la oracion ó al estudio; tanta era en el verdor de sus años la madureza de sus virtudes en su primer noviciado.

Por cincuenta años enteros que vivió en nuestra Compañía fueron admirables sus progresos en la perfeccion y en las letras ayudado de la bondad de su natural, de la grandeza de su ingenio, de la aplicacion de su ánimo y perpetuidad de su estudio.

Ocupóse con suma diligencia en el conocimiento de todas las ciencias y disciplinas, y salió en todas consumado.

Leyó las Artes en Portugal siendo de tan pocos años, que muchos que iban á las escuelas á oir como huéspedes alguna leccion, y viniendo el último él como los maestros suelen, le convidaban con sus asientos, teniéndole por discípulo.

Diez y siete años tenia sólos, cuando en la nueva academia de Gandia enseñó las mismas Artes, y privadamente se las leia al Ilmo. S. Francisco de Borja, entónces duque de Gandía, y despues Prepósito General de la Compañia de Jesus.

Leyólas despues en Roma, donde en los principios de aquel colegio, el año de mil y quinientos y cincuenta y siete, empezó á interpretar la Profecia de Oseas y la *Secunda Secundae* de Sto. Tomás.

El año siguiente, en la eleccion del P. Diego Lainez, Prepósito General, presidió á las conclusiones de Teologia por ocho dias continuos en presencia de gran concurso de Prelados y Cardenales, con tanta admiracion de todos, que, vista su modestia singular y excelente ciencia, era frecuentisimo y

ɔsísimo el número de los oyentes que acudian á nuestro colegio á la fama ı virtud y doctrina.

año de mil y quinientos y diez y nueve por el otoño, porque restaurase ıerzas con algun descanso pero sin ociosidad, fué enviado á visitar los ;ios de Etruria y de Pisa, para que los ajustase y conformase al propio ɔ y costumbres de nuestra Compañía.

habiendo dado la vuelta de esta peregrinacion y profesado solemnemen- dos de noviembre del mismo año, fué interpretando, sin descansar, los ados libros de la Escritura.

·edicó muchos años en nuestra casa con frecuentes auditorios y opinion ;ne de santo.

-a tal la doctrina de sus sermones, que aunque revolvia los libros tan di- ıte, se echaba de ver con facilidad que, más que en la leccion de ellos, en ıto perpetuo con Dios y oracion continua los estudiaba.

·a su lenguaje eficaz, nervioso y significativo, pero desnudo de todo ador- r, con esta sencillez, lleno de piedad y deleitable al sentido; tan conciso, ;in afeite y sin elegancia, que con inimitable simplicidad venia á ser el elegante.

ɔda esta accion, no segun las reglas ó preceptos de los maestros, y por mismo tan agradable, porque deleitaba á los que le oian artificioso en :er de todo artificio.

ınalmente, el P. Manuel, sin faltarle jamás palabras, contra toda la forma ı elocuencia era elocuentísimo, templando la severidad de la doctrina y avedad de las sentencias con no se qué alegría espiritual, con tan singu- ngenio, que á un mismo tiempo se arrebataba los ánimos de los oyentes n gustoso estilo los recreaba, imprimiendo altamente en sus interiores lo 'echoso y verdadero de la piedad.

n esta sazon le mandó el Pontífice Pio V que, en compañía del P. Pedro a Parra, asistiese á la correccion de la *Biblia* en la edicion que se hizo mandado del mismo Pontífice.

)espues, enviado desde Roma á fundar el seminario de Milán, con su doc- a y sermones ilustró el nombre de la Compañía, ocupado en varios minis- ɔs por espacio de diez años.

'olvió nuevamente á Roma: de allí, pasados algunos, fué á Loreto, y de :to pasó á Génova, donde, concurriendo muchos á consultarle y aconse- ;, fatigado con tan ordinaria frecuencia, con deseo de recogerse y como osticando su muerte, se retiró á Arona.

ıuí gastó el resto de su vida en misiones por toda aquella comarca, predi- o, confesando y enseñando la doctrina cristiana á los ignorantes y rudos.

En su más anciana edad no consintió que con él se hiciese ninguna cosa particular, ninguna asistencia ni privilegio, contento con lo comun que tenian todos.

Todo lo necesario para su persona y para su celda él mismo lo hacia por sí mismo; y cuando la caridad de muchos espontáneamente deseaba acudirle, él con agradecimiento y con buena gracia lo rehusaba, diciendo que sus piés y manos le sabian servir suficientemente.

Trataba de escribir cierto índice, cuando le sobrevinieron dos tercianas, y hechas cuartanas al cuarto mes, al quinto le quitaron la vida.

En todo el tiempo que le duró la enfermedad, aunque se hallaba muy fatigado con los crecimientos de las calenturas, ni dejó de rezar las Horas canónicas ni de decir Misa, hasta que por mandado de los Superiores debió abstenerse.

Prohibido, pues, del sacrificio del altar, parece increible el afecto con que deseaba asistir á los Oficios divinos.

Ultimamente, cuando la misma fuerza ó necesidad le frustró aquestos deseos, un sólo consuelo le sustentaba, que era la comunion de todos los dias, la cual sóla una vez, y esa á poder de importunos ruegos, la recibió en la cama.

Muchas veces y con deleite maravilloso hablaba de su muerte, y protestaba que moria gustoso y consolado.

Al fin, fortalecido con todos los Sacramentos, el año de mil y quinientos y noventa y seis, á treinta de diciembre, siendo de edad de sesenta y cinco, en el noviciado de Arona, del arzobispado de Milán, pasó el P. Manuel á mejor vida.

Celebróse su entierro con gran concurso de la ciudad, reverenciándole como á santo.

Anunció el dia de su muerte, porque se la predijeron la beatísima Virgen nuestra Señora y su P. S. Ignacio.

Y tiénese por certísimo, segun claras conjeturas, que muchas veces, especialmente en su edad primera, vió al Niño Jesus y á su divina Madre, por el afecto singular con que los amaba; de donde le vino la prontitud con que pensaba y hablaba de todas las cosas divinas.

Verdaderamente el P. Manuel de Sá, entre los ilustres varones de nuestra Compañía tuvo eminencia tan grande, que se echa de ver que tuvo las primicias del espíritu como bebido, y como heredado de la piedad de S. Ignacio nuestro Padre.

Los monumentos que dejó de su doctrina son los siguientes:

*Los Escolios á los cuatro Evangelios,* breves pero eruditos, colegidos de

as más selectas sentencias de los sagrados Doctores. Puede llamarse con toda verdad *Catena Aurea*.

*Notas á toda la Sagrada Escritura*, en que se explican casi todos los lugares dificultosos con admirable brevedad, examinadas las lecciones hebrea, caldea y griega; obra concisa y breve, pero con grandes desvelos y estudio incansable trabajada y perfecta.

El P. Cornelio á Lápide en el *Proemio á los Profetas mayores* es de parecer que este libro es para los muy doctos y para los que tienen tan fácil uso de las sagradas letras, que pueden por una palabra conjeturar toda la sentencia de su autor.

*La Suma para los confesores*, trabajada perfectamente con estudio de cuarenta años.

P. NIEREMBERG.

## P. IGNACIO MARTINEZ

CUANDO el P. Simon Rodriguez comenzó el edificio del colegio de Coimbra, habiendo echado algunas piedras en el nombre de Jesus y de María, de Paulo III y de nuestro P. S. Ignacio, propuso que al primero que recibiese en la Compañía le llamaria Ignacio en reverencia de nuestro Santo Padre.

Cupo esta suerte á un mancebo que se llamaba Vasco Martinez, y así, mudándole el nombre en Ignacio, fué recibido en la Compañía año de mil y quinientos y cuarenta y siete, para mucha gloria de Dios, á los diez y ocho años de su edad.

Nació en Govea, que es una noble villa en la provincia de Beira, al pié de la sierra de Estrella, del obispado de Coimbra.

Procedió siempre como quien se habia criado debajo del amparo de la Vírgen nuestra Señora; porque, siendo niño, ordinariamente estaba recogido en una ermita de la Madre de Dios, que está en un cerro junto á la villa de Govea, á la cual llaman hoy nuestra Señora de la Vera-Cruz, que es un gran santuario á que concurren muchos romeros y peregrinos, con quien la Reina del cielo por medio de su imágen obra infinitos milagros, á la cual casa despues el P. Ignacio Martinez, siendo ya de la Compañía, por la gran devocion

que la tenia, hizo muchas donaciones de frontales, ornamentos y otras alhajas, alcanzando considerables limosnas para esta ermita.

De su noviciado, estudios y del caudal de virtudes que siempre ostentó, tenemos cortas noticias.

Sólo podemos decir lo que dice de él en la *Historia de la Compañía* el P. Orlandino, que fué la piedra fundamental que Dios escogió para aquel insigne colegio; Ignacio en el nombre y en las obras, en la santidad de la vida, en el fervor del espíritu, en el celo de las almas, en la enseñanza y doctrina.

Salió tan aventajado estudiante que, en acabando de oir, le hicieron maestro de Filosofía, la cual leyó primero en Coimbra y despues en Evora, adonde se graduó de doctor.

Por tener tan grande talento de púlpito, no pasó adelante en las cátedras de escuelas, aplicándole los Superiores á la predicacion, la cual ejercitó más de veinte años, con grande opinion, séquito y aplauso del pueblo y estimacion de los hombres doctos y nobles de Portugal.

Los reyes por su grande eminencia le hicieron su predicador, así para honrarle con este título como lo merecian sus letras y talento, como por tener ocasion de oirle más veces, obligándole con este oficio á predicar más á menudo en su capilla; que á tal estimacion llegó por su predicacion.

El fruto seria á medida del talento, si le empleaba en mover más que en deleitar á los oyentes, de que no hablan los historiadores de su vida, ántes se inclinan á que predicaba con curiosidad y delgadeza, como suele acontecer á los mozos de buen ingenio, que dejándose llevar del aplauso de la gente, ponen más cuidado en el lenguaje culto, en las razones peinadas y en los pensamientos delicados que se los lleva el aire, que en el nervio del espíritu y la fuerza en el persuadir las verdades evangélicas con el fuego divino que abrase los corazones y arranque á los pecadores de sus vicios.

Mas, como tenia Dios escogido á este insigne predicador para llevar por su medio muchas almas al cielo, trocóle su dictámen y encendióle en el fuego sagrado de su espíritu divino, para que, despreciados los vanos aplausos de los hombres, diese de mano á las curiosidades y delicadezas en sus sermones, y predicase la doctrina sólida y maciza del Evangelio y á Cristo crucificado con grande fervor de espíritu con la ocasion que ahora diré.

Sucedió que en el principio del año mil y quinientos y setenta y dos se hizo Congregacion provincial por muerte del P. Francisco de Borja, tercer General de la Compañía, la cual se celebró en nuestro colegio de Evora, por asistir allí entónces el rey D. Sebastian y el Cardenal infante, los cuales mostraron gusto de que se tuviese en aquella ciudad.

En esta Congregacion fué electo el P. Ignacio Martinez para ir á Roma á la creacion del nuevo General.

A la vuelta vino por Pádua y visitó el sagrado cuerpo de su grande abogado S. Antonio, ilustre portugués, gran santo de la Religion Seráfica, gloria de toda Lusitania y la más celebrada grandeza entre las mayores que goza su novilísima patria Lisboa.

No se puede fácilmente creer el notable gozo que sintió en su alma, cuando entre las sagradas reliquias de este esclarecido Santo vió fresca y entera la lengua de aquel predicador de la verdad.

Desde allí se resolvió imitar muy de veras al Santo portugués, particularmente en aquellas virtudes porque el Señor le conservó la lengua incorrupta, que parece fué por ser tan grande maestro de la virtud y predicador de la verdad.

Llegando á Portugal, luego mudó de estilo en el púlpito; porque, siendo antes muy culto en las palabras, muy agudo y cortesano en los discursos, de tal manera se mudó, que de allí adelante no trató más que de agradar á Dios, predicar penitencia, perseguir vicios y enseñar la doctrina con tal fervor, que representaba un S. Pablo, y aquella su lengua parecia de S. Antonio; y con tan buen suceso, que si antes todos le oian, despues todos le buscaban.

Y para que el fruto fuese mayor, totalmente se entregó á Dios y al trato de la oracion, y luego, para coger el agua más en su fuente, se dedicó muy de propósito á la buena educacion de los niños desde su tierna edad.

Empezó á salir con las doctrinas en público al modo que hoy se usa, porque en aquellos primeros años se hacian dentro de la iglesia de S. Roque, discurriendo primero el H. Sacristan con la campanilla por las calles de Lisboa, para juntar los niños y convocar el pueblo á la iglesia, donde desde el púlpito se hacia la doctrina.

Pero en el año de mil y quinientos y ochenta y uno, salió la santa doctrina más solemnemente por las plazas y calles de Lisboa, guiada por el P. Alonso Martinez, varon verdaderamente apostólico, y como tal reconocido y estimado en todo el reino de Portugal.

Para salir con este santo intento, usaba de todas las buenas trazas que su caridad y celo le dictaban. Con todo eso, como áun en aquel tiempo no era estimada aquella forma de congregar las plantas nuevas y conducirlas por las calles á lugar cierto y determinado, para enseñarles las oraciones; tuvo grandes trabajos y dificultades que vencer.

Porque, como no estaban los niños domesticados y esta jerarquía es muy difícil de gobernar, costábale mucho al Padre juntarlos por las escuelas, lle-

que la tenia, hizo muchas donaciones de frontales, ornam jas, alcanzando considerables limosnas para esta ermita

De su noviciado, estudios y del caudal de virtude tenemos cortas noticias. sistenci

Sólo podemos decir lo que dice de él en l P. Orlandino, que fué la piedra fundamenta insigne colegio; Ignacio en el nombre y vida, en el fervor del espíritu, en el doctrina. Mas una con d. n aquellos principes predicador del rey, gobernando unos mu-

Salió tan aventajado estudiante tro de Filosofía, la cual leyó prin de se graduó de doctor. uéndoles las oraciones bispo de la isla Tercera, que era verle de aquella suerte, se apeó, y

Por tener tan grande talen de escuelas, aplicándole lo de veinte años, con gr cion de los hombres ne, le afeó y extrañó tal ocupacion, di- ba á sí, no le deshonrase á él. responder palabra y, despues de haberse retirado aquel Obispo era santo en todo, quitado el ser

Los reyes por s honrarle con este ner ocasion de menudo en aquella ocupacion tan santa. su hermano el que le resistia á este santo intento doméstica de la naturaleza repugnante; mas era grande le hacia el comun enemigo por sí y por sus ministros visib

El fruto deleitar se inc á los po para quitarle de este santo ejercicio, viendo el grande fr había de seguir. vez con la doctrina por la Rua nova, sintió el Hermano que el golpe de una grande bofetada que se dió al P. Ignacio. Acudiendo luego el Hermano buscando al autor de tal atrevimiento, sin hallar alguno, le dijo el Padre: «Quietaos, Hermano, que no es cosa de cuidado. *Inimicus homo hoc fecit:* el enemigo lo hizo, significando que fué accion de Satanás que procuraba estorbarle. Pero cuanto mayores eran las guerras del enemigo, tanto más gloriosas fueron las victorias del Padre.

Al principio eran muy pocos los que le querian seguir por las calles y menos los que se atrevian á responderle á las preguntas que hacia.

Fué, con todo eso, creciendo el auditorio en las doctrinas, mas aún no osaban dar respuesta á lo que les preguntaba, particularmente los que eran más crecidos en edad.

Estaba una vez en las gradas del hospital de Lisboa donde tenia un grande auditorio: fué preguntando á algunos niños las oraciones, y, para que hombres no presumiesen que estaban exentos de pagar tambien tributo á santa doctrina, empezó el Padre con su buena gracia á pedirles cuenta de oraciones.

acostumbrados á recitar estas lecciones en público;
'os grandes responder en voz alta delante de

anta porfía, preguntaba á uno, excu-
éste el sombrero y dábase por res-
Padre, volvia sobre otro, preguntábale
menzar á hablar empezaban á reirse los de-
aba no dándose por entendido.
io por esto; mas, movido por impulso divino, llega
io que estaba al cuello de la madre y tenia seis meses
ue repita el Ave María.
igioso! Levanta la criatura la voz, dice el Ave María, dándole
alentándole el pecho aquel Señor de quien dice su profeta: «Que
boca de semejantes infantes recibió la más perfecta alabanza.»

Este milagro de la santa doctrina se tuvo entónces por tal en la ciudad de Lisboa, porque en toda ella sonó luego la voz, autorizada con tantos testigos de vista cuantos fueron los que se hallaron á él presentes.

Tambien voló la fama de tan notable suceso á los Estados de Flandes, porque los Padres de aquella provincia hacen mencion de él por admirable y raro en su muy erudito libro intitulado *Imágen del primer siglo de la Compañía de Jesus.*

Movidos con tan feliz principio, respondian los oyentes de allí adelante con más confianza á vista de las voces de aquel inocente; porque cuando Dios quiere, desata la lengua de los mudos y hace elocuentes á los infantes.

Y, de verdad, fueron tales los progresos que en adelante tuvo la santa doctrina, y salieron los niños de Lisboa tan bien enseñados, que desde que la Compañía empezó á ejercitar este su ministerio, parece que los halló ya impuestos y doctrinados, sin haberlo estado antes ni áun haber aprendido las preguntas y respuestas del Catecismo romano.

Trabajaba mucho el Padre en gobernar y ordenar junta aquella su infantería, porque no estaba aún en uso llevar estandartes (como hoy se practica) los cuales hubiese de seguir cuando hacia sus marchas con el Padre al lugar destinado para la doctrina.

Discurriendo el medio que en esto podia tomar, tuvo un sueño con que estuvo lidiando mucho tiempo.

Representábasele un estandarte al modo de los que traen los Hermanos de la Santa Misericordia, al cual seguian muchos niños; mas luego, tambien entre sueños, se le representaban grandes dificultades y le parecia que los Hermanos de la Misericordia venian con embargos para quitarle su insignia.

# P. PEDRO PABLO FERRER

HABIENDO sido tan larga la vida de este santo varon, condiscípulo y conmaestro del P. Fernando Perez, que pasó de noventa años, son tan cortas las noticias que se hallan de sus empleos y virtudes, que no se puede formar historia, como lo pide su opinion así en santidad como en letras, de lo que hizo y obró en el discurso de su vida; pero por no dejar del todo su memoria, la haremos aquí de lo que se halla escrito en la *Coronica* citada *de la provincia de Portugal.*

No sabemos quién fueron sus padres ni las muestras que dió en su primera edad.

Su juventud fué buena debajo de la disciplina del santo P. Maestro Juan de Avila, que no admitió en su escuela persona que no fuese de probadísima virtud, y así, basta saber que fué discípulo de tal maestro, para entender que fué de vida ejemplar y consumadas costumbres.

Veinte y seis años gastó en el siglo en el estudio de las ciencias, en que salió aventajadísimo; y los sesenta y cuatro, hasta noventa, en la Compañía en leer y en enseñar las ciencias y las virtudes con la palabra y el ejemplo.

De él dice el P. Baltasar Tellez las palabras siguientes:

«Fué el P. Dr. Pedro Pablo Ferrer tan eminente en virtud y ciencia, que con su compañero el P. Fernando Perez bastaban los dos sólos para hacer célebre la Universidad de Evora; hombre muy noticioso, doctor muy conocido por su mucha religion, admirable doctrina y espantosa erudicion en todas letras, así divinas como humanas, y tambien por la grande noticia y uso casi igual de las tres lenguas, latina, griega y hebrea, rarísimas en España en aquel tiempo.

»Era de memoria tan fecunda, tan pronta y tan presente en todo lo que tocaba á Escritura Sagrada, y erudicion de coronicas antiguas, conocimiento de historias, cosmografías de tierras, cómputo de siglos, anales de autores, noticias cronológicas y sucesos de tiempos, que dignísimamente le llamaban biblioteca viva.

»Leyó muchos años la cátedra de Escritura con la opinion que se puede entender de tan esclarecido maestro, á cuya fama se despoblaban los estudios del reino, y venian á beber el agua de la sabiduría de su fuente como ciervos sedientos.

»Sucedió al P. Jorge Serrano en el oficio de Cancelario de aquella Univ[illegible]

dad, y fué el segundo que dió en ella los grados de doctor y de maestro.»
Esto dice el sobredicho autor de sus letras y sabiduría, y de su magisterio.
Luego pasa, aunque de paso, á decir algo de sus virtudes, que corrieron parejas con su ciencia, no enseñando ménos santidad con su ejemplo que letras con su doctrina.

Fué hombre religiosísimo, puntual en todas las observancias de las reglas, conservando siempre el porte y vida de novicio.

Fué más humilde que la tierra, y tan obediente, que no se le conoció más voluntad ni más querer ó no querer que el de su Superior, cualquiera que fuese, portándose, de noventa años, con el mismo tenor y rendimiento que el primero dia que entró en la Religion.

Juntó lo más perfecto de la humildad con lo muy puro de la sencillez, porque no se vió hombre más sincero, de mayor verdad y ménos ficcion, de tal suerte, que siendo muy anciano en la edad, era como un niño en la inocencia.

Cada cual le persuadia fácilmente, cualquiera cosa que le dijese, porque no sentia en su entendimiento que podia haber engaño en los otros, como él nunca le tuvo, y así, nunca juzgó mal de nadie, sino bien de todos, con una candidez columbina.

Fué varon muy penitente, macerando su cuerpo con rigurosas penitencias, ayunos, vigilias y largas horas de oracion, con que llegó á estar como un Macario ó un S. Jerónimo en el desierto, curtida la piel, consumidas las carnes, flaco y macilento, que le podian contar los huesos.

Retirado en sí mismo, hablando en su alma con Dios y abstraido de los hombres, consumó su carrera santamente, lleno de dias y de merecimientos, en la Casa Profesa de Lisboa, á dos de julio de mil y seiscientos y diez y ocho años, siendo, como dijimos, de noventa, y habiendo vivido los sesenta y cuatro en la Compañía con grandísimo ejemplo.

Dejó escritas de su mano muchas obras eruditas, las cuales, si salieran á luz, tuviéramos un rico tesoro para la inteligencia y claridad de la Sagrada Escritura, y otras de humanidad muy provechosas, de que se han valido otros en sus libros.

P. ANDRADE.



# P. MANUEL DE SA

El P. Manuel de Sá, fué portugués; nació en un lugar que llaman Villar del Conde, entre el Duero y el Miño.

Entró en la Compañía de Jesus en Coimbra el año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, teniendo apénas quince de edad, no sin feliz auspicio de su madre.

Enviándole á los estudios de la Universidad de Coimbra: «Ve, hijo mio, le dijo ella, y aprovecha en las letras de tal modo, que me den de ti nuevas muy prósperas; y, si te declaro mi voluntad, esto deseo principalmente, que seas uno de la familia de los apóstoles (así llamaban y llaman hoy á los de la Compañía en Portugal), que este será el mejor logro de tus trabajos.»

Fué nuestro Manuel de valiente ingenio; y admitido en la Compañía y lucidamente docto, no podrá decirse con certeza á qué ejercicio vacaba más, á la oracion ó al estudio; tanta era en el verdor de sus años la madureza de sus virtudes en su primer noviciado.

Por cincuenta años enteros que vivió en nuestra Compañía fueron admirables sus progresos en la perfeccion y en las letras ayudado de la bondad de su natural, de la grandeza de su ingenio, de la aplicacion de su ánimo y perpetuidad de su estudio.

Ocupóse con suma diligencia en el conocimiento de todas las ciencias y disciplinas, y salió en todas consumado.

Leyó las Artes en Portugal siendo de tan pocos años, que muchos que iban á las escuelas á oir como huéspedes alguna leccion, y viniendo el último él como los maestros suelen, le convidaban con sus asientos, teniéndole por discípulo.

Diez y siete años tenia sólos, cuando en la nueva academia de Gandia enseñó las mismas Artes, y privadamente se las leia al Ilmo. S. Francisco de Borja, entónces duque de Gandia, y despues Prepósito General de la Compañía de Jesus.

Leyólas despues en Roma, donde en los principios de aquel colegio, el año de mil y quinientos y cincuenta y siete, empezó á interpretar la Profecía de Oseas y la *Secunda Secundae* de Sto. Tomás.

El año siguiente, en la eleccion del P. Diego Lainez, Prepósito General presidió á las conclusiones de Teología por ocho dias continuos en presencia de gran concurso de Prelados y Cardenales, con tanta admiracion de todos, que, vista su modestia singular y excelente ciencia, era frecuentísimo

ɪpiosísimo el número de los oyentes que acudian á nuestro colegio á la fama
: su virtud y doctrina.

El año de mil y quinientos y diez y nueve por el otoño, porque restaurase
ıs fuerzas con algun descanso pero sin ociosidad, fué enviado á visitar los
olegios de Etruria y de Pisa, para que los ajustase y conformase al propio
stilo y costumbres de nuestra Compañía.

Y habiendo dado la vuelta de esta peregrinacion y profesado solemnemen-
e á dos de noviembre del mismo año, fué interpretando, sin descansar, los
agrados libros de la Escritura.

Predicó muchos años en nuestra casa con frecuentes auditorios y opinion
ısigne de santo.

Era tal la doctrina de sus sermones, que aunque revolvia los libros tan di-
gente, se echaba de ver con facilidad que, más que en la leccion de ellos, en
trato perpetuo con Dios y oracion continua los estudiaba.

Era su lenguaje eficaz, nervioso y significativo, pero desnudo de todo ador-
o, y, con esta sencillez, lleno de piedad y deleitable al sentido; tan conciso,
ın sin afeite y sin elegancia, que con inimitable simplicidad venia á ser el
ıás elegante.

Toda esta accion, no segun las reglas ó preceptos de los maestros, y por
so mismo tan agradable, porque deleitaba á los que le oian artificioso en
arecer de todo artificio.

Finalmente, el P. Manuel, sin faltarle jamás palabras, contra toda la forma
le la elocuencia era elocuentísimo, templando la severidad de la doctrina y
a gravedad de las sentencias con no se qué alegría espiritual, con tan singu-
lar ingenio, que á un mismo tiempo se arrebataba los ánimos de los oyentes
y con gustoso estilo los recreaba, imprimiendo altamente en sus interiores lo
provechoso y verdadero de la piedad.

En esta sazon le mandó el Pontífice Pio V que, en compañía del P. Pedro
de la Parra, asistiese á la correccion de la *Biblia* en la edicion que se hizo
por mandado del mismo Pontífice.

Despues, enviado desde Roma á fundar el seminario de Milán, con su doc-
trina y sermones ilustró el nombre de la Compañía, ocupado en varios minis-
terios por espacio de diez años.

Volvió nuevamente á Roma: de allí, pasados algunos, fué á Loreto, y de
Loreto pasó á Génova, donde, concurriendo muchos á consultarle y aconse-
arse, fatigado con tan ordinaria frecuencia, con deseo de recogerse y como
ronosticando su muerte, se retiró á Arona.

Aquí gastó el resto de su vida en misiones por toda aquella comarca, predi-
ando, confesando y enseñando la doctrina cristiana á los ignorantes y rudos.

En su más anciana edad no consintió que con él se hiciese ninguna cosa particular, ninguna asistencia ni privilegio, contento con lo comun que tenian todos.

Todo lo necesario para su persona y para su celda él mismo lo hacia por sí mismo; y cuando la caridad de muchos espontáneamente deseaba acudirle, él con agradecimiento y con buena gracia lo rehusaba, diciendo que sus piés y manos le sabian servir suficientemente.

Trataba de escribir cierto índice, cuando le sobrevinieron dos tercianas, y hechas cuartanas al cuarto mes, al quinto le quitaron la vida.

En todo el tiempo que le duró la enfermedad, aunque se hallaba muy fatigado con los crecimientos de las calenturas, ni dejó de rezar las Horas canónicas ni de decir Misa, hasta que por mandado de los Superiores debió abstenerse.

Prohibido, pues, del sacrificio del altar, parece increible el afecto con que deseaba asistir á los Oficios divinos.

Ultimamente, cuando la misma fuerza ó necesidad le frustró aquestos deseos, un sólo consuelo le sustentaba, que era la comunion de todos los dias, la cual sóla una vez, y esa á poder de importunos ruegos, la recibió en la cama.

Muchas veces y con deleite maravilloso hablaba de su muerte, y protestaba que moria gustoso y consolado.

Al fin, fortalecido con todos los Sacramentos, el año de mil y quinientos y noventa y seis, á treinta de diciembre, siendo de edad de sesenta y cinco, en el noviciado de Arona, del arzobispado de Milán, pasó el P. Manuel á mejor vida.

Celebróse su entierro con gran concurso de la ciudad, reverenciándole como á santo.

Anunció el dia de su muerte, porque se la predijeron la beatísima Virgen nuestra Señora y su P. S. Ignacio.

Y tiénese por certísimo, segun claras conjeturas, que muchas veces, especialmente en su edad primera, vió al Niño Jesus y á su divina Madre, por el afecto singular con que los amaba; de donde le vino la prontitud con que pensaba y hablaba de todas las cosas divinas.

Verdaderamente el P. Manuel de Sá, entre los ilustres varones de nuestra Compañía tuvo eminencia tan grande, que se echa de ver que tuvo las primicias del espíritu como bebido, y como heredado de la piedad de S. Ignacio nuestro Padre.

Los monumentos que dejó de su doctrina son los siguientes:

*Los Escolios á los cuatro Evangelios,* breves pero eruditos, colegidos

ıs más selectas sentencias de los sagrados Doctores. Puede llamarse con ɔda verdad *Catena Aurea.*

*Notas á toda la Sagrada Escritura*, en que se explican casi todos los lugares dificultosos con admirable brevedad, examinadas las lecciones hebrea, :aldea y griega; obra concisa y breve, pero con grandes desvelos y estudio ıncansable trabajada y perfecta.

El P. Cornelio á Lápide en el *Proemio á los Profetas mayores* es de parecer que este libro es para los muy doctos y para los que tienen tan fácil uso de las sagradas letras, que pueden por una palabra conjeturar toda la sentencia de su autor.

*La Suma para los confesores*, trabajada perfectamente con estudio de cuarenta años.

P. NIEREMBERG.

## P. IGNACIO MARTINEZ

CUANDO el P. Simon Rodriguez comenzó el edificio del colegio de Coimbra, habiendo echado algunas piedras en el nombre de Jesus y le María, de Paulo III y de nuestro P. S. Ignacio, propuso que al primero que recibiese en la Compañía le llamaria Ignacio en reverencia de nuestro Santo Padre.

Cupo esta suerte á un mancebo que se llamaba Vasco Martinez, y así, mudándole el nombre en Ignacio, fué recibido en la Compañía año de mil y quinientos y cuarenta y siete, para mucha gloria de Dios, á los diez y ocho años de su edad.

Nació en Govea, que es una noble villa en la provincia de Beira, al pié de la sierra de Estrella, del obispado de Coimbra.

Procedió siempre como quien se habia criado debajo del amparo de la Vírgen nuestra Señora; porque, siendo niño, ordinariamente estaba recogido en una ermita de la Madre de Dios, que está en un cerro junto á la villa de Govea, á la cual llaman hoy nuestra Señora de la Vera-Cruz, que es un gran santuario á que concurren muchos romeros y peregrinos, con quien la Reina del cielo por medio de su imágen obra infinitos milagros, á la cual casa despues el P. Ignacio Martinez, siendo ya de la Compañía, por la gran devocion

que la tenia, hizo muchas donaciones de frontales, ornamentos y otras alhajas, alcanzando considerables limosnas para esta ermita.

De su noviciado, estudios y del caudal de virtudes que siempre ostentó, tenemos cortas noticias.

Sólo podemos decir lo que dice de él en la *Historia de la Compañía* el P. Orlandino, que fué la piedra fundamental que Dios escogió para aquel insigne colegio; Ignacio en el nombre y en las obras, en la santidad de la vida, en el fervor del espíritu, en el celo de las almas, en la enseñanza y doctrina.

Salió tan aventajado estudiante que, en acabando de oir, le hicieron maestro de Filosofía, la cual leyó primero en Coimbra y despues en Evora, adonde se graduó de doctor.

Por tener tan grande talento de púlpito, no pasó adelante en las cátedras de escuelas, aplicándole los Superiores á la predicacion, la cual ejercitó mas de veinte años, con grande opinion, séquito y aplauso del pueblo y estimacion de los hombres doctos y nobles de Portugal.

Los reyes por su grande eminencia le hicieron su predicador, así para honrarle con este título como lo merecian sus letras y talento, como por tener ocasion de oirle más veces, obligándole con este oficio á predicar más á menudo en su capilla; que á tal estimacion llegó por su predicacion.

El fruto seria á medida del talento, si le empleaba en mover más que en deleitar á los oyentes, de que no hablan los historiadores de su vida, ántes se inclinan á que predicaba con curiosidad y delgadeza, como suele acontecer á los mozos de buen ingenio, que dejándose llevar del aplauso de la gente, ponen más cuidado en el lenguaje culto, en las razones peinadas y en los pensamientos delicados que se los lleva el aire, que en el nervio del espíritu y la fuerza en el persuadir las verdades evangélicas con el fuego divino que abrase los corazones y arranque á los pecadores de sus vicios.

Mas, como tenia Dios escogido á este insigne predicador para llevar por su medio muchas almas al cielo, trocóle su dictámen y encendióle en el fuego sagrado de su espíritu divino, para que, despreciados los vanos aplausos de los hombres, diese de mano á las curiosidades y delicadezas en sus sermones, y predicase la doctrina sólida y maciza del Evangelio y á Cristo crucificado con grande fervor de espíritu con la ocasion que ahora diré.

Sucedió que en el principio del año mil y quinientos y setenta y dos se hizo Congregacion provincial por muerte del P. Francisco de Borja, tercer General de la Compañía, la cual se celebró en nuestro colegio de Evora, por asistir allí entónces el rey D. Sebastian y el Cardenal infante, los cuales mostraron gusto de que se tuviese en aquella ciudad.

En esta Congregacion fué electo el P. Ignacio Martinez para ir á Roma á creacion del nuevo General.

A la vuelta vino por Pádua y visitó el sagrado cuerpo de su grande abodo S. Antonio, ilustre portugués, gran santo de la Religion Seráfica, gloria toda Lusitania y la más celebrada grandeza entre las mayores que goza novilísima patria Lisboa.

No se puede fácilmente creer el notable gozo que sintió en su alma, cuan- entre las sagradas reliquias de este esclarecido Santo vió fresca y entera lengua de aquel predicador de la verdad.

Desde allí se resolvió imitar muy de veras al Santo portugués, particular- ente en aquellas virtudes porque el Señor le conservó la lengua incorrupta, ıe parece fué por ser tan grande maestro de la virtud y predicador de la ːrdad.

Llegando á Portugal, luego mudó de estilo en el púlpito; porque, siendo ıtes muy culto en las palabras, muy agudo y cortesano en los discursos, de ıl manera se mudó, que de allí adelante no trató más que de agradar á ios, predicar penitencia, perseguir vicios y enseñar la doctrina con tal fer- or, que representaba un S. Pablo, y aquella su lengua parecia de S. Anto- io; y con tan buen suceso, que si antes todos le oian, despues todos le uscaban.

Y para que el fruto fuese mayor, totalmente se entregó á Dios y al trato e la oracion, y luego, para coger el agua más en su fuente, se dedicó muy e propósito á la buena educacion de los niños desde su tierna edad.

Empezó á salir con las doctrinas en público al modo que hoy se usa, por. ue en aquellos primeros años se hacian dentro de la iglesia de S. Roque, iscurriendo primero el H. Sacristan con la campanilla por las calles de Lis- oa, para juntar los niños y convocar el pueblo á la iglesia, donde desde el úlpito se hacia la doctrina.

Pero en el año de mil y quinientos y ochenta y uno, salió la santa doctrina ás solemnemente por las plazas y calles de Lisboa, guiada por el P. Alonso artinez, varon verdaderamente apostólico, y como tal reconocido y estima- ) en todo el reino de Portugal.

Para salir con este santo intento, usaba de todas las buenas trazas que su ıridad y celo le dictaban. Con todo eso, como áun en aquel tiempo no era ıtimada aquella forma de congregar las plantas nuevas y conducirlas por s calles á lugar cierto y determinado, para enseñarles las oraciones; tuvo 'andes trabajos y dificultades que vencer.

Porque, como no estaban los niños domesticados y esta jerarquía es muy ícil de gobernar, costábale mucho al Padre juntarlos por las escuelas, lle-

varlos en órden por la ciudad y tenerlos quietos y callados en el tiempo de la doctrina.

Por otra parte, la naturaleza hacia su oficio, haciendo grandes resistencias en vencerse y abatirse á aquella humilde ocupacion.

Fueron tales las repugnancias, que le acontecia batirle las rodillas una con otra de temblor, como si estuviese luchando en una incesable lid.

Y en la verdad, no podia dejar de causar pena y molestia en aquellos principios á un hombre tan autorizado, doctor en Teología y predicador del rey, ir por las calles de Lisboa con una caña en la mano, gobernando unos muchachos y hecho otro como ellos, cantando y repitiéndoles las oraciones

De esta manera le encontró una vez el Obispo de la isla Tercera, que era hermano suyo, y, avergonzándose por verle de aquella suerte, se apeó, y asiendo del Padre en medio de la calle, le afeó y extrañó tal ocupacion, diciéndole que, pues no se estimaba á sí, no le deshonrase á él.

Todo lo oyó el Padre sin responder palabra y, despues de haberse retirado, dijo al compañero que aquel Obispo era santo en todo, quitado el ser su hermano y repugnar aquella ocupacion tan santa.

No era sólo el Obispo su hermano el que le resistia á este santo intento, ni era sóla la guerra doméstica de la naturaleza repugnante; mas era grande la resistencia que le hacia el comun enemigo por sí y por sus ministros visible é invisiblemente, para quitarle de este santo ejercicio, viendo el grande fruto que de él se habia de seguir.

Yendo una vez con la doctrina por la Rua nova, sintió el Hermano que le acompañaba el golpe de una grande bofetada que se dió al P. Ignacio.

Acudiendo luego el Hermano buscando al autor de tal atrevimiento, sin hallar alguno, le dijo el Padre: «Quietaos, Hermano, que no es cosa de cuidado.» *Inimicus homo hoc fecit;* el enemigo lo hizo, significando que fué accion de Satanás que procuraba estorbarle. Pero cuanto mayores eran las guerras del enemigo, tanto más gloriosas fueron las victorias del Padre.

Al principio eran muy pocos los que le querian seguir por las calles y ménos los que se atrevian á responderle á las preguntas que hacia.

Fué, con todo eso, creciendo el auditorio en las doctrinas, mas aún no osaban dar respuesta á lo que les preguntaba, particularmente los que eran mas crecidos en edad.

Estaba una vez en las gradas del hospital de Lisboa donde tenia un grande auditorio: fué preguntando á algunos niños las oraciones, y, para que los hombres no presumiesen que estaban exentos de pagar tambien tributo á la santa doctrina, empezó el Padre con su buena gracia á pedirles cuenta de las oraciones.

No estaban los oyentes acostumbrados á recitar estas lecciones en público; ıcíaseles muy dificultoso á los grandes responder en voz alta delante de .ntos muchachos.

No desistia por eso el Padre de su santa porfia, preguntaba á uno, excuıbase éste; iba luego á otro, quitábale éste el sombrero y dábase por resondido y por excusado; persistia el Padre, volvia sobre otro, preguntábale .s oraciones, y queriendo éste comenzar á hablar empezaban á reirse los deıás, y luego muy corrido, callaba no dándose por entendido.

No desmayó el P. Ignacio por esto; mas, movido por impulso divino, llega una criatura de pecho que estaba al cuello de la madre y tenia seis meses e edad; dícele que repita el Ave María.

¡Caso prodigioso! Levanta la criatura la voz, dice el Ave María, dándole engua y alentándole el pecho aquel Señor de quien dice su profeta: «Que le la boca de semejantes infantes recibió la más perfecta alabanza.»

Este milagro de la santa doctrina se tuvo entónces por tal en la ciudad de Lisboa, porque en toda ella sonó luego la voz, autorizada con tantos testigos le vista cuantos fueron los que se hallaron á él presentes.

Tambien voló la fama de tan notable suceso á los Estados de Flandes, porue los Padres de aquella provincia hacen mencion de él por admirable y ıro en su muy erudito libro intitulado *Imágen del primer siglo de la Comıñía de Jesus.*

Movidos con tan feliz principio, respondian los oyentes de allí adelante on más confianza á vista de las voces de aquel inocente; porque cuando Dios quiere, desata la lengua de los mudos y hace elocuentes á los infantes.

Y, de verdad, fueron tales los progresos que en adelante tuvo la santa docina, y salieron los niños de Lisboa tan bien enseñados, que desde que la Compañía empezó á ejercitar este su ministerio, parece que los halló ya impuestos y doctrinados, sin haberlo estado antes ni áun haber aprendido las preguntas y respuestas del Catecismo romano.

Trabajaba mucho el Padre en gobernar y ordenar junta aquella su infantería, porque no estaba aún en uso llevar estandartes (como hoy se practica) los cuales hubiese de seguir cuando hacia sus marchas con el Padre al lugar destinado para la doctrina.

Discurriendo el medio que en esto podia tomar, tuvo un sueño con que esuvo lidiando mucho tiempo.

Representábasele un estandarte al modo de los que traen los Hermanos e la Santa Misericordia, al cual seguian muchos niños; mas luego, tambien ıtre sueños, se le representaban grandes dificultades y le parecia que los ermanos de la Misericordia venian con embargos para quitarle su insignia.

Despertó el Padre, y, saliendo de esta lucha, fué á la portería y encontró con un niño de sus discípulos de la doctrina, el cual traia en una asta una tabla con dos imágenes de santos de papel de una y otra parte, á la manera que durmiendo se le habia representado.

Y juzgando que no carecia esto de misterio, se resolvió á salir con sus estandartes en la forma que hoy vemos, que fué sin duda traza divina representada en sueños, mas ejecutada por este vigilante siervo.

En el mismo dia puso en campo su infantería, á son, no de tambores roncos ni de pífanos tristes, mas al blando y suave concepto de una capilla de excelentes músicos y de la campanilla que delante iba tañendo un Hermano nuestro (y tal vez la llevaba el P. Leon Enriquez, ó alguno de los más autorizados) y con la insignia de los nuevos estandartes que seguian estos sus soldados, yendo él con su caña en la retaguardia de este florido ejército.

Con este escuadron ya puesto en mejor órden, llegaba el Padre al lugar de la doctrina, y allí, levantando la voz (que la tenia muy clara y sonora) empezaba con aquel tan solemne y estimado principio: *Por la señal, de la santa cruz*, etc., y acabada la doctrina con la confesion general, que en voz alta y dolorosa comenzaba diciendo: *Yo pecador muy errado*, etc., entonando él y siguiéndole el auditorio con las mismas voces, daba fin á esta accion con repetir tres veces: *Señor Dios, misericordia.*

## II

### *Apúntanse algunos casos particulares y buenos sucesos del P. Ignacio, que alcanzaba por medio de la santa doctrina.*

Con este lucido batallon de niños inocentes pregonaba el P. Ignacio guerra descubierta contra los vicios, batallando contra el infierno y venciendo al demonio.

Con esta milicia hacia entradas venturosas, unas veces contra las comedias, de las cuales fué gran perseguidor á causa de las libertades con que en aquellos tiempos se hacian.

Lo cual sintiendo los comediantes, usaron de traza y se acogieron á sagrado, haciendo concierto y alianza con el Proveedor del hospital, que le darian por cada comedia un tanto para limosna al hospital (que el demonio tambien se viste con capa de piedad) porque se les diese franca licencia sin los embargos que les ponia el P. Ignacio Martinez.

Bien vió él la guerra que con este interés le hacian sus adversarios, mas no desmayó con tal invencion.

Procuró luego contaminarla; informóse de cuánto podia venir á montar aquella promesa; y constándole que seria hasta cien mil reis, que son maravedises en Castilla, no le pareció por tan poco precio perder tan grande victoria.

Y así, ofreció al Proveedor los cien mil reis, fiado en aquel Señor cuyas partes defendia, que en aquel año los llegaria de limosna, y que para los años siguientes Dios proveeria.

Volviendo á casa con esta confianza, no habia entrado en la portería, cuando un hombre desconocido le entregó cien mil reis en plata, diciendo que cierta persona devota se los enviaba para que él los emplease en servicio de Dios, como lo hizo dándolos al hospital, quedando de esta suerte los pobres proveidos y los comediantes prohibidos.

Advirtiendo tambien el P. Martinez cómo en aquella parte de la ciudad que llaman Corpo Santo concurrian muchos extranjeros de toda diferencia de gentes, católicos, herejes, soldados y marineros; ordenando su infantería, entró y conquistó aquella plaza, enarbolando la bandera de la santa doctrina en un lugar eminente, á la puerta de la ermita de nuestra Señora de Gracia, que hasta hoy se nos hace allí muy buen agasajo.

Todas las semanas en dia señalado acude á aquel sitio la doctrina á continuar la buena posesion de aquella plaza que se ganó por la santa industria del P. Ignacio con grande fruto de los oyentes; porque todos acudian á la doctrina, y los que no se aprovechaban, por lo ménos se confundian.

Otro lugar habia en Lisboa que el comun enemigo tenia conquistado, en el cual se habia hecho muy fuerte, y era la Plaza mayor, que llaman la Ribera poblada de grande chusma de gente ruda, que olvidada totalmente de las cosas de su salvacion, se emplea toda en la granjería de lo temporal.

Aquí concurre toda suerte de los que llaman *riberiños maraos*, mozos de espuerta y carga, y otros de semejante hechura.

Y lo peor es, que allí se hacen á la mala costumbre de echar mano á las bolsas ajenas, y se tiene este paraje en Lisboa por feria de ladroncillos y seminario de perdidos, que en adelante se vienen á graduar de famosos oficiales en la profesion de hurtar.

Entró, pues, en esta fuerza el P. Ignacio Martinez con venturoso suceso, y la rindió á la santa doctrina, tremolando en ella su estandarte real.

Tuvo el buen Padre al principio mucho trabajo en juntar estos trabajosos oyentes, porque trataban más de la ganancia en que ponian la mira por el interés, que de la medalla que el Padre les ofrecia por premio.

Le era necesario para reducirlos á oir la doctrina por bien ó por mal, mandar quitarles los sombreros y monteras, que se guardaban en un costal

y entregaban á un fiel depositario en cuanto asistian á la doctrina, y despues se volvia con toda fidelidad cada pieza á su dueño, atendiendo el buen Padre con toda diligencia á esta distribucion y entrega.

Mas de allí á poco se le hicieron más domésticos estos oyentes, y acudian de su libre voluntad sin ser necesario traerlos.

De aquí se siguió grande fruto; porque, demás de aprender la doctrina que antes no sabian, dieron en ser muy fieles de lo ajeno que en otro tiempo recogian, y los que eran más diestros en hallar bolsas antes de perderse, de allí adelante las restituian despues de perdidas, si acaso las hallaban, como algunas veces sucedia.

Tal hubo que hallando una bolsilla con un anillo de precio y setenta y siete cruzados en oro, la llevó al Padre para publicarla y restituirla al dueño; cosa que fué muy ponderada y celebrada, por cuanto este mozo era conocido por grande oficial y más aficionado á tomar bolsas ajenas que á restituir las halladas; juzgando todos este por uno de los milagros del P. Ignacio.

No paraban en estos lugares las conquistas victoriosas de la santa doctrina.

Tambien la llevó á los presos de la cárcel y calabozos de ella, redundándole de este santo ejercicio, no sólamente provecho espiritual para las almas, mas tambien remedio temporal para los cuerpos.

Llevábales gruesas limosnas de pan y carne juntamente en la procesion de la doctrina con música y estandarte, y halló que sólo de agua se gastaban ordinariamente más de doscientos cántaros.

Acudia mucha gente grave y autorizada, movida más que de la curiosidad de la solemnidad con que se hacia este acto de tanta piedad, y del celo de acompañar y ayudar á obra tan devota y santa.

Hasta el archiduque Cardenal deseó ver esta procesion, y en el año de mil y quinientos y ochenta y ocho la guió el P. Martinez por el terrero de palacio donde él estaba esperando.

Aquí paró la doctrina, y, poniendo en el suelo los cestos de pan y carne, le dieron una suave música, cosa que estimó mucho aquel príncipe, alabando la mucha caridad y buena gracia del Padre con que conducia aquella limosna, socorriendo la necesidad y recreando el oido.

Tambien los forzados de las galeras eran visitados y consolados del Padre Ignacio en compañía de sus doctrineros, dándoles limosnas de dulces y otros regalos.

No contento este santo varon con lo que ya habia ganado y rendido á la santa doctrina de portugueses y demás gente blanca; en el año de mil y quinientos y ochenta y siete trató de conquistar la negra, que en aquella ciudad es mucha y muy necesitada de la doctrina cristiana.

'ara ejecutar esto con más suavidad, llamó á los principales de las nacio- y, juntos en conclave, les propuso el grande bien que se seguiria de oir octrina que ellos debian apreciar mucho, pues todos eran cristianos.
.os que fueron llamados al consejo primeramente mostraron buena vo- ad, pero representaron dos que parecian las principales dificultades.
.a primera era que entre semana no se podian juntar por andar ocupa- en servir á sus señores.
.a segunda, que los domingos y fiestas de guardar les seria á ellos de ıde incomodidad, porque en tales dias se congrega cada nacion en su io para aliviar el trabajo de la semana, y gastan las tardes en sus fiestas ıiles; porque los criados, y en especial los esclavos, trabajan toda la se- ıa, mas quieren holgarse el domingo.
ero, no obstantes estas dificultades, se asentó en esta consulta, en la cual 'adre presidia, que cada domingo saldrian á la doctrina cinco naciones, y ıo eran por todas veinte las que entónces habia en Lisboa, venia á caber ıda una en el mes un domingo solo, quedándoles libres tres domingos y bien los dias de fiesta para su recreacion.
:onferido en esta forma el negocio, ordenó el Padre por medio de estos mayorales que un domingo de los siguientes harian procesion á la iglesia hospital del rey, donde se acabaria de ordenar el negocio y se asentaria ımaria la última resolucion.
ısí sucedió, y acudieron á esta iglesia más de mil negros.
ınta toda esta negra tropa, blanqueada ya con el agua del santo bautismo :partida en doce banderas, despues de recogidos en la iglesia, el P. Igna- desde el púlpito les hizo su plática, hablándoles á su modo y casi en su ;ua, para que le entendiesen mejor; que un varon santo, aunque sea sa- tambien sabe fingirse ignorante cuando obliga la caridad, como S. Pablo decia: *Factus sum insipiens, vos me cœgistis.*
ıllí les dió cuenta de lo determinado con sus capataces, y preguntóles si ıban contentos de lo que les proponia acerca de venir por turno en cada ıingo.
:espondieron todos con grande alegría y alborozo y con otras señales has á su modo, demostrativas de fiesta, que estaban muy contentos.
:on esto se acabó la solemnidad de aquel dia, y así, de esta suerte y bien tada disposicion, continuaron muchos años concurriendo á la doctrina.
' fuera grande obra de misericordia si áun se prosiguiese esta buena cos- bre: que Dios nuestro Señor igualmente abre el cielo para los negros de ıpía, como para los blancos de Europa.

## III

*De las trazas que tomaba para enseñar y traer los niños á la doctrina: de un caso de mucha edificacion que le sucedió con el Cardenal Alberto, y de las letras que componia para que los niños cantasen en la doctrina.*

Para salir el P. Ignacio con este santo intento, usaba de todos los medios que su mucha caridad le inventaba para que los niños estudiasen de mejor gana las oraciones y los diálogos de la cartilla y acudiesen con diligencia á la doctrina; les buscaba y daba estampas, cuentas, medallas y semejantes cosas de devocion; que á vista del premio, aunque sea pequeño, se alientan los viejos y despiertan los de ménos edad.

Para tener siempre qué les dar, alcanzó una limosna en los almacenes de cantidad de plomo, del cual mandaba hacer las medallas, unas pequeñas y otras grandes, y entre ellas habia algunas del tamaño de un patacon, que tenian de una parte un Cristo crucificado y de otra la imágen de la Concepcion de nuestra Señora.

Estas eran, como se debe, de grande estimacion, y no las daba sino á quien las merecia muy bien; contentándose la gente en aquel siglo de oro con traer medallas de plomo, las cuales, aunque andan ahora mejoradas en la materia, están inferiores en la veneracion; que hasta esto lleva el tiempo depravado, mudando en ostentacion de adornos lo que los santos inventaron para ejercicio de devocion, usurpando para atavíos de vanidad los mismos instrumentos de la piedad.

Con la misma confianza con que daba una medalla de plomo ofrecia unas cuentas de carbon, que de esta pasta llamaban las que mandaba hacer, dándole por muy poco dinero muchas docenas.

Estas repartia por los muchachos, y tal vez las daba á los más ricos y más ilustres.

Contaré en este particular un caso de extraña edificacion. Estaba una vez haciendo su doctrina en el terrero de palacio; asistia á la ventana en que los gobernadores de este reino solian ver las fiestas de aquel terrero el Cardenal Alberto, hijo del emperador Maximiliano, archiduque de Austria y hermano de dos emperadores Rodolfo y Matías, príncipe dignísimo de los Estados de Flandes, el cual entónces gobernaba aquel reino de Portugal; pero estaba de secreto, disimulado y atento, con las vidrieras cerradas de tal arte, que veia sin ser visto.

Llegó el P. Ignacio en el discurso de la doctrina á un paso en ella muy
ado, que era preguntar á todos si tenian rosarios. Y en prueba de la devo-
on de nuestra Señora, hacia que cada uno del auditorio saliese en público
ısando muestra y dando cuenta de su rosario.

Y era en este particular tanta la confianza del Padre y tenia ordinariamen-
tan buen suceso en este su alarde general, que ninguno se le excusaba de
ostrar el rosario, habiendo á veces fiesta en el auditorio con ocasion de la
ena gracia con que el P. Martinez procedia hasta con los más graves, que
r miedo ó por vergüenza traian y exhibian sus dieces ó parte de rosario.

Iba esta vez haciendo su reseña y pidiendo las cuentas, cuando llegó con
ojos á la ventana donde sabia estaba el Cardenal, y con la misma seguri-
d, hablando con él, le pidió que quisiese tambien su Alteza honrar aquel
ditorio manifestando su rosario, pues tambien era devoto de nuestra Señora.

Viendo que él no respondia, volviéndose al pueblo dijo: «Parece que no
s quiere mostrar sus cuentas ricas;» y luego llamó á un niño de la doctrina,
e estos eran sus embajadores, y le puso sobre el sombrero unas de sus
entas de pasta, diciéndole que fuese arriba y que de su parte las ofreciese
u Alteza.

Sale luego este ángel de la embajada, sube la primera escalera, atraviesa
guarda de los tudescos, pasa por todas las demás escaleras, salas y corre-
res, vence cuantas guardas suelen asistir á las puertas reales, entra dentro
la cámara donde estaba el serenísimo príncipe, pone la rodilla en tierra, y
la copa del sombrero le ofreció las cuentas.

Recibiólas el cristianísimo Cardenal, y con la confianza de príncipe hizo
go abrir la ventana, y descubriéndose al auditorio sacó el brazo fuera
ostrando al pueblo las cuentas de su doctrina que el P. Ignacio le habia
viado.

Con la visita de accion de tanta cristiandad fué grande el aplauso del audi-
io, levantando todos la voz diciendo: *Viva*, no ménos al príncipe que al
dre; á éste por la santa confianza, al príncipe por la grande piedad y reli-
on.

De otras muchas santas trazas usaba para traer contentos los niños y ha-
rles decorar la doctrina.

Ibalos á buscar á las escuelas; hablaba con los maestros, á éstos tenia muy
su parte; dábales el modo y direccion con que doctrinar á los discípulos,
ciéndoles todos los dias enseñar las oraciones, entonándolas dos de ellos
voz alta y repitiendo luego todos.

Y para que los muchachos huyesen de músicas deshonestas, hizo compo-
y él mismo compuso algunas canciones espirituales y letras devotas que

andan al fin del catecismo portugués, las cuales, aunque no son las que estiman los cultos, son las que precian los santos.

Estas les obligaba á tomar de memoria y á cantarlas de dia y de noche; que así leemos de aquel gran P. S. Gregorio Nacianzeno, que se ocupaba en componer versos y escribir poemas, en los cuales mezclaba los misterios de nuestra santa fe, para con esta dulce poesía paladear la curiosidad á los de ménos edad y resistir á la impiedad del apóstata Juliano.

Juzgaba un tan grave Padre ser esta obra digna de sus canas y de su autoridad, por el bien que de ella resultaba á la buena crianza de las tiernas plantas, que de verdad, como dice S. Ambrosio, la religion á quien servimos, autoriza las obras humildes que hacemos: *Totum decet, quod defertur religioni.*

Ordinariamente en el principio de la doctrina, despues de persignarse y decir algunas oraciones, mandaba cantar á dos niños de buenas voces: *Todo fiel cristiano es muy obligado á tener devocion de todo corazon á la santa cruz,* etc.

A esta letra llamaba él *Cancion de los ángeles;* la razon de esto era la que él contaba muchas veces, y yo aquí referiré.

Decia que, yendo á la India una embarcacion de portugueses, la dió tan fuerte temporal que, obligada de los vientos, dió al través sobre un peñasco.

Sálvóse la gente en el batel, porque teniendo todos la muerte delante de los ojos, pidiendo á Dios misericordia, oyeron de repente en la proa del barco una suavísima música que entre el estruendo de la tormenta, en la confusion de los mares y en la oscuridad de la noche, con celestial melodía sonó de repente diciendo: *Todo fiel cristiano es muy obligado á tener devocion de todo corazon á la santa cruz.*

Admirados quedaron los pobres naufragantes viéndose recreados de tan suaves voces y acordados instrumentos, cuando iban lidiando con la muerte.

Aclamaron la santa cruz, y luego, como si aquellas voces de los ángeles fuesen la de Cristo con que imperó á los vientos y mandó á los mares que se serenasen, cesó luego la borrasca, paró el viento y sosegáronse los mares.

Los naufragantes, libres ya por un tan raro y desusado modo, despues alegres contaban el caso, dando á Dios infinitas gracias que en tal hora no sólo les socorrió con el remedio, pero tambien los alivió y recreó con tan regaladas y celestes músicas.

Este maravilloso suceso referia muchas veces el P. Ignacio, y parece digno de todo crédito, pues lo afirmaba un varon de tanta autoridad y especificaba todas las demás circunstancias que yo aquí no pongo porque no vinieron á nuestra noticia.

Lo dicho lo oyeron repetidamente personas de grande verdad y autoridad.

---

suerte que los mismos ángeles del cielo le celebraban, y cantando aplau-n sus cantares de la doctrina de Lisboa áun en lugares tan remotos.

Esta su poesía la remedaron los angélicos espíritus; veamos otra que pare-le enseñaron ó enmendaron los mismos ángeles.

Entre los motetes que andan en aquel catecismo, el primero de los quince sterios compuso de esta manera: *Vírgen sagrada, Madre de Dios, ¿quién el mundo tal como vos? Del ángel Gabriel fuisteis anunciada, y hablando él, quedasteis preñada del Hijo de Dios,* etc.

Pero no le sonaba bien ni le contentaba esta palabra *quedasteis preñada,* que, aunque explica el misterio, con todo eso deseaba otra que dijese más la pureza de la Vírgen purísima y con la modestia de sus palabras.

Con estos pensamientos andaba lidiando, porque estos eran sus cuidados; o, por más que se desvelaba y pasaba por la lima el verso, no habia reme-de ocurrirle otra frase.

Yendo una vez á S. Roque de hacer la doctrina, ocupado todo en esta lid, llegó á él un niño de hermosísimo aspecto, y tirándole del manteo le dijo: *Maestro Ignacio, Quedaste morada del Hijo de Dios.*

Quietóse luego el pensamiento que tan cansado andaba buscando aquella nienda que el niño le daba, la cual notablemente le agradó, quedando almente satisfecho de la palabra y admirado del corrector.

En el cual luego reparó, pues, pareciéndole niño, le sabia los pensamientos enmendaba los versos; y buscándole luego, para darle en paga de tan bue-obra un premio como solia á los de aquella edad, desapareció el niño y nca más le vió, entendiendo ser ángel el que en aquella figura vino á servir a Reina de los ángeles.

Mudó el verso quedando muy consolado por ver cuán á su cuenta tomaba Vírgen purísima ayudarle, cuando él andaba tan divertido en doctrinar uellos inocentes que, pareciendo niños, pueden ser ángeles.

## IV

*De algunos casos admirables que Dios obró por medio de las voces y de las doctrinas del P. Ignacio Martinez.*

Este gran celo del P. Ignacio, aquellas santas voces que daba por prin-io á la doctrina, el remate tan devoto con que le daba fin, aquellas músi-de sus inocentes con que iban cantando en la doctrina, sonaron tanto por ciudad de Lisboa, que las tomó Dios por instrumento de grandes obras e notables casos.

Muchos pudiera contar; apuntaré solos tres; sea el primero este.

Un hombre desalmado y de ruin vida, robó de noche una mujer honrada en el campo de Sta. Bárbara, y con infernal intento la introdujo en el mismo lugar en que se acostumbra ajusticiar ladrones y malhechores, mereciendo él tambien este nombre y semejante castigo.

Gritaba la pobre mujer, sin haber quien la valiese á tal hora, cuando en aquel triste y maligno sitio oyó el sensual clara y distinta la voz del P. Ignacio, entonando aquel su tan solemne principio de las doctrinas: *Por la señal de la santa Cruz.*

Luego, aplicando más el oido con raro sobresalto, le pareció que repetia el mismo Padre la confesion general en altas voces, diciendo: *Yo pecador muy errado*, etc.

Estremecióse el miserable pecador con el estruendo de este repentino y divino trueno: á la manera que el poderoso clamor de Cristo, eterno Dios, hizo salir fuera de la sepultura á Lázaro amortajado y enterrado; así la voz del P. Ignacio, que milagrosamente resonó á tales horas y en tal paraje, de modo penetró el alma del desalmado, que al punto le obligó á salir de aquel triste y horrible sepulcro, libre de las cadenas de la sensualidad, dejando la presa con mayor prisa que al hurtarla se dió, llorando toda la noche y considerando el medio que Dios habia usado para su salvacion.

Vino el dia siguiente á S. Roque, refirió el caso, confesóse con muchas lágrimas, mudó de allí adelante la vida, admirándose todos de la virtud de la voz del Padre, á quien aquella mujer debió la honra y el hombre la vida que enmendó.

Parecido á este fué otro suceso que acaeció en la misma ciudad á una mujer noble que moraba en la Rua nova.

Estaba una noche á deshora con la puerta abierta, velando y esperando la ocasion de su perdicion; y mejor velaba y esperaba Dios la hora en que la habia de convertir.

Oyó á la sazon grande tropel de gente que pasaba por la Rua: no sabiendo qué podia ser, acudió á mucha prisa á la ventana y representósele que oia y que veia ir pasando por la Rua al P. Ignacio con la doctrina, acompañándole la procesion de sus infantes, los cuales en voz alta iban entonando aquella su tan repetida letrilla del Catecismo: *Temed pecadores al justo Juez*, etc.

En oyendo estas voces, que milagrosamente sonaron á aquellas horas, así tembló aquella pecadora, como si verdaderamente oyera la voz tremenda de Jesucristo, hecho Juez riguroso, que la estaba juzgando y pidiendo cuenta de sus pecados.

Luego cerrando la puerta á los hombres, la abrió para siempre á Dios,

ıaneciéndola despues de aquella temerosa noche el alegría de la gracia. Fué tambien á S. Roque, hizo relacion del caso, confesóse y trocóse, enıdiendo todos del suceso que, cuando Dios quiere, con voces imaginadas usa conversiones verdaderas.

Con este caso frısa otro bien notorio en Lisboa y no ménos milagroso que referido.

Vino de Coimbra á negociar en aquella córte un hombre que tenia muas deudas, y, aunque pensó llevar suficiente caudal para hacer paga á sus reedores, no pudo conseguirlo.

Estuvo algun tiempo en Lisboa, y movido al principio de la fama del P. Igcio Martinez, fué á oirle explicar la doctrina, y quedó tan prendado de su ıena gracia y espíritu, que de allí adelante no le perdia sermon, ni plática, udiendo con mucho tiempo á tomar lugar, porque toda esta diligencia era :cesaria para oirle.

Fuera de esto, trató con el Padre los negocios de su alma, que eran los ás importantes y más fáciles de negociar; que los temporales, y, más de ıcienda, siempre son los más difíciles.

Dióle buenos consejos y volvió consolado á Coimbra, rumiando siempre en ı corazon las buenas pláticas y la santa doctrina que habia oido al P. Igıcio.

No le duró mucho este gozo, porque sus acreedores le apretaron grandeente porque los pagase.

El pobre se vió tan afligido, sin hallar remedio para salir de aquel aprieto ıe, instigado de Satanás, determinó ahorcarse, para dar fin con la muerte á ıntos afanes, sin advertir, como ciego, que la desesperacion le metia en otros ıayores, en que si una vez caia, no podia tener remedio.

Engañado, pues, del demonio, echó un lazo á un olivo para colgarse de él, al tiempo que le ponia al cuello, oyó la voz del P. Ignacio, que á la misma ora estaba en las gradas del hospital de la Misericordia en la plaza de Lisoa, treinta y seis leguas de Coimbra, comenzando la doctrina y diciendo omo solia: *Por la señal de la santa cruz,* etc.

Dardo encendido fué esta voz, que le penetró el corazon; y deteniendo las ıanos en que tenia la soga, quedó como pasmado mirando á todas partes.

Como no viese persona humana, entendió que aquella voz era divina, traida ıilagrosamente para remedio de su alma; y abriéndole Dios los ojos, vió u perdicion, y lloró su pecado, y desistiendo de su intento, volvió al lugar ıeditando lo que habia oido al P. Ignacio Martinez á tan larga distancia.

Contó en nuestro colegio lo que le habia sucedido y se confesó con muıas lágrimas, y corrigió su vida, y confiando en la divina bondad, halló re-

medio y consuelo en sus trabajos, como le da nuestro Señor á todos los que en él confían.

De estos casos pudiéramos referir muchos que se dejan por brevedad, y los dichos declaran la virtud admirable de este predicador de la verdad y las obras milagrosas que obraba Dios por su doctrina.

Era tan cordial el amor que tenia á los niños y el cariño con que los trataba, que no pudiera ser mayor, aunque fueran hijos suyos.

Agasajábalos y regalábalos, y no parece que se hallaba sin ellos, y no permitia que los apartasen de su lado, y siempre traia con qué regalarlos, estampas, medallas, rosarios y cosas de devocion, con que los atraia y estudiaban con grande cuidado la doctrina.

Era en esto tan celoso, que riñó públicamente á un compañero suyo porque, cansado de sus importunidades, los apartó con enfado y con alguna indignacion, repitiendo aquellas palabras de Cristo: *Dejad venir los niños á mí, porque de los tales es el reino de los cielos.*

Conforme á esta benevolencia era la atencion con que les acudia en sus peligros.

Estando una vez haciendo la doctrina en Cuerpo Santo, lugar suyo ordinario, sobre las gradas del templo de nuestra Señora de Gracia; se soltó de repente una mula y partió corriendo al sitio donde estaban los niños de la doctrina, atropellando á uno que quedó casi muerto, y por tal le llevaron á casa de sus padres.

Acabada la doctrina, fué el Padre con gran cuidado á ver el niño á su casa; sube la escalera y halla los padres llorando el hijo por muerto.

Acudió el P. Ignacio con aquellas sus ordinarias palabras: *No es nada, S. Antonio, S. Antonio*, y luego, echando la bendicion á su discípulo, dijo á los padres que no llorasen, que no habia de morir, que presto tornaria á la doctrina.

El Padre lo dijo y Dios lo confirmó, porque mejoró luego, y de allí á dos dias se levantó sano y valiente, y volvió á la doctrina, juzgando todos el caso por maravilloso, y entendiendo que el P. Ignacio autorizaba con obras prodigiosas lo que con palabras santas enseñaba.

Otra vez iba con la doctrina por la Rua nova de Lisboa; pasó un coche y cogió debajo de las ruedas á uno de los niños que le acompañaban: bien se deja ver cuál quedaria una criatura con semejante desgracia.

Gritaron todos los que se hallaron presentes; acudió el Padre á su niño, tomólo en brazos, consoló á los circunstantes diciendo que no era nada, que S. Antonio acudiria.

Y en la verdad, siendo el desastre mortal, no fué nada, porque de los bra-

:os del P. Ignacio salió el muchacho sano, y por sus piés se fué á casa con buena salud, mostrando Dios que ponia los ojos en aquellos en quien tal siervo suyo ponia las manos.

En cada una de estas dos veces socorrió el P. Ignacio á un solo niño, en otras muchas valió á muchos.

Venia con su doctrina de las puertas de Sta. Catalina, y guió por la calzada de Pedenavaes, y sucede que arranca por la misma cuesta abajo un caballo desbocado, sin poderse conocer quién era el caballero, y pasó corriendo por medio de los muchachos, saltando y atropellando cuanto halló delante. Desapareció el caballo y no se vió más el caballero, dándose por satisfecho el comun enemigo con dejar la procesion deshecha, la doctrina perturbada, y muchos de los niños pisados y lastimados.

No pudo resistir el poder infernal contra la caridad y celo de tal varon. Llegó él con su buena gracia, diciendo: «No es nada,» *inimicus homo hoc fecit;* tomó de la mano á cada uno de los que estaban caidos, levantólos en pié, quedando todos sin lesion alguna, cuando se juzgaba que muchos quedarian muertos.

Otra vez estaba con su doctrina en la ribera de Lisboa, y de repente avisó á los niños y demás gente del auditorio que despejasen el lugar donde estaban y se pasasen á otra parte.

Mudóse la gente sin saber el fin que tenia semejante novedad, más por obedecer al Padre que por recelar algun peligro.

Apénas se habian mudado, cuando cae en el mismo lugar una ventana de lo más alto de unas casas, que sin duda con su gran peso ó mataria ó á lo menos trataria muy mal á los que cogiese debajo; juzgando todos que reveló Dios á su siervo este suceso para librar por su medio á sus oyentes, que no era bien peligrasen en semejante ocupacion; manifestando el Señor cuán cuidadoso estaba de aquellos que descuidados de sí, ponian todo su cuidado en asistir á la santa doctrina.

## V

*Refiérense dos notables casos que sucedieron al P. Ignacio con un pecador que convirtió y con unos comediantes que reprendió.*

Con estas obras prodigiosas y con este grande celo con que perpetuamente acudia á las cárceles, á los hospitales y á las galeras que entónces habia en aquel rio, alcanzó tan grande nombre el P. Ignacio, que era tenido por Padre universal de todos los pobres y miserables, buscando limosnas y reme-

diando á todos, y todo con tan buena gracia y con tan amorosas entrañas, que parece tenia la gente por beneficio particular concederle las limosnas que pedia, y que él tenia por gloria alcanzar las conversiones que deseaba.

De muchas pudiera decir mucho, las cuales pretendia, buscaba y alcanzaba; sólo hablaré de una conversion ó mudanza de un pecador que parece alcanzó acaso, aunque de parte de Dios venia muy de pensado.

Salió una vez de la sacristía de S. Roque, llamado del Hermano sacristan para una confesion, y, encontrando con cierto hombre que en la iglesia estaba de rodillas, le preguntó si queria confesar, pareciéndole que aquel era el que le llamaba.

Andaba este hombre tiempo habia muy embarazado y atribulado de la conciencia, y, oyendo la pregunta del P. Ignacio, quedó espantado.

Detúvose así breve espacio sin saber qué responder, y como ordinariamente semejantes conciencias dificultan llegarse á los Sacramentos, la respuesta fué decir: «Padre, yo no me quiero confesar, aunque tengo de ello mucha necesidad.»

«Pues, señor, si la teneis (dijo el Padre con la gracia que solia) fácilmente os daré remedio, que aquí luego os confesaré y se aliviará y consolará esa alma.»

Viendo este pobre pecador la facilidad y voluntad con que se le ofrecia tan grande bien, queria por una parte echar mano de lo que, sin pretenderlo, le traia Dios á su casa; mas por otra la conciencia cargada con el grave peso de los pecados, no le dejaba libre de la lucha interior que el Padre adivinaba, y como buen médico, le iba animando, mediando tambien la gracia divina por medio de las suaves palabras y blandas amonestaciones con que el P. Ignacio le disponia.

«Alto, señor, le decia, confesémonos, que yo para confesaros fuí llamado, y no me he de ir ni tornar de balde.»

Instaba el Padre y resistia el pecador; fué finalmente más poderosa la gracia de Dios que la resistencia de la naturaleza: «Yo, Padre mio, le dijo, no os mandé llamar, mas ya que Dios aquí os trajo, no os volvereis sin dar remedio á esta alma.»

Vase entónces con el P. Ignacio á un confesonario, híncase de rodillas, comienza á deshacerse en lágrimas y á relatar sus pecados; hace una confesion general poniendo delante del confesor toda su vida, dále cuenta de los embarazos de su conciencia con que habia años andaba asombrado.

Queda, finalmente, aliviado, alegre y consolado; que si los hombres supiesen buscar estos alivios, tendrian ménos tristezas y vivirian más contentos.

Saliendo, en fin, de los piés del Padre, pregona por todas partes que aquel

'adre era un ángel del cielo, dando infinitas gracias al Señor que de tal aca-o sacó tan cierto remedio para su salvacion.

Que así, sin pretenderlo, se nos ofrece Dios, y así encontramos con sus di-'inos dones acaso, sin buscarlos de propósito, que por ser ellos de por sí de nfinito precio y dársenos muchas veces tan baratos que sin industria nuestra os hallamos, se comparan en el Evangelio á un tesoro hallado por quien no o buscaba.

Y aquí tomó Dios por instrumento á este su grande siervo el P. Ignacio Martinez, para comunicar tanto bien al que tan mal le merecia.

El caso de esta conversion fué, como vimos, acaso; otras buscaba él muy le propósito, no perdiendo ocasion en que no procurase evitar pecados é in-roducir la virtud, no reparando en las mayores dificultades; porque fué hom-bre de grande ánimo y que sólo ponia delante de los ojos el servicio de Dios, sin hacer caso de inconvenientes humanos. Quiero en prueba de esto contar un notable ejemplo.

Ya dije de la grande guerra que siempre en Lisboa movió contra los co-mediantes, los cuales en aquel tiempo con representaciones indecentes profa-naban la honestidad y estragaban la modestia.

Habian de salir un dia la vez primera con una danza muy lasciva, bien conocida entre deshonestos y enseñada por el mismo demonio, que hasta on bailes les engaña á los hombres.

Tenian los comediantes en los puestos más públicos fijados carteles, con-ocados todos los ociosos de la ciudad (que de estos hay infinitos en Lisboa), ara asistir á aquella su diabólica máscara.

Tuvo noticia de ella el P. Ignacio; manda luego tocar caja; júntase su in-antería, y, puesta toda en órden, marchó al corral de las comedias, que en-ónces estaba en una callejuela sin salida, vecina á la calle de Arcas.

Llega la vanguardia á la puerta que se le rindió sin resistencia; óyese ya dentro la campanilla de la santa doctrina, y aparécese al instante su estan-darte real.

Habia concurrido aquel dia infinita gente por la causa dicha, ocupaba el patio todo, las gradas y aposentos poblados de los más autorizados oyentes, y llegaban los representantes á la jornada inmediata al entremés y sarao.

Al principio hubo gran bullicio en el auditorio cuando oyeron la campani-lla, y mayor aún cuando despues de ella vieron entrar el estandarte de la doc-trina entre muchos niños que venian cantando y abriendo camino por medio de la apretura del pueblo.

A la inquietud de la gente se siguió mayor admiracion cuando vieron que venia en la retaguardia el P. Ignacio, cosa que nada ménos esperaban en

aquel tiempo y en tal lugar, y suspensos con la novedad del caso, unos se es pantabán, otros lo extrañaban.

El Padre, sin perder punto, ganado ya el patio, desde un banco saltó vencedor al propio lugar en que los farsantes empezaban su infernal entremés como si fuera un valiente conquistador que por las picas de los contrarios asalta venturoso la fortaleza enemiga.

Luego que el P. Ignacio apareció sobre el tablado de aquel teatro é hizo frente al pueblo, se siguió un admirable silencio y repentina suspension en todo aquel numeroso auditorio.

Hasta los mismos comediantes, espantados á vista de tan nuevo espectáculo, le dejaron como vencidos el campo, súbitamente asombrados de las voces que le oian diciendo: *Por la señal, de la santa cruz*, etc.

Prosiguió luego con un fervor y espíritu de Elías, afeando aquellos bailes lascivos y moviendo á todos á lágrimas y penitencia, con igual admiracion y contricion de sus pecados.

Púsose término á la doctrina, reprendiendo el Padre con un espíritu de Elías aquella profana y deshonesta accion, y concluyó pidiendo en altas voces á Dios misericordia.

Finalmente, salió victorioso, dejando vencido al infierno, confundidos los farsantes y compungidos los oyentes, que salieron de la comedia contritos habiendo entrado distraidos, hallando la salvacion en el lugar de la perdicion.

Y confesaron todos haber tenido más que ver en solo el P. Ignacio predicando, que en muchos comediantes representando.

## VI

*De la oracion y mortificacion del P. Ignacio Martinez; de la ocasion que tuvo para ir á Coimbra á una Congregacion, cómo quedó predicando en ella, donde adolesció y murió santamente.*

Con este desvelado deseo y vehemente cuidado que tenia de enseñar la doctrina, decia bien la mucha vigilancia de la perfeccion de su alma, y ántes parece que por eso mismo le asistia tanta confianza para doctrinar á los extraños, porque era mucha la costumbre de mortificarse á sí mismo; que en la verdad, conforme moraliza S. Gregorio Magno, entónces mejor se predica la doctrina, cuando primero se ejercita lo que se enseña.

La oracion de este siervo de Dios fué muy continua todo el tiempo que no ocupaba en la doctrina.

Era cosa muy ordinaria pasar la noche casi toda en oracion en la iglesia

y sus capillas, sin querer recogerse al aposento ni recostarse en la cama.

Algunas veces fueron á acecharle á media noche despues de recogidos todos, y le veian en pié delante del Santísimo Sacramento.

Tal vez le acometia el sueño, porque ya de rendido no podia velar más, y su violencia casi le derribaba en el suelo; mas, recobrado de él, se levantaba á proseguir su ejercicio, y así lidiaba luchando con el sueño, ya vencido, ya victorioso, hasta que triunfaba de él y continuaba en pié por muchas horas.

De esta manera los santos se hacen fuerza y pretenden hurtar á la naturaleza aquellas horas de que ella más necesita para descansar; y aunque como hombres flacos no pueden en todo y del todo vencerla, á lo ménos se esfuerzan á sujetarla en parte. Así sucedia al P. Ignacio, que si no podia pasar la noche toda velando en oracion como S. Antonio en Egipto, procuraba imitarle, contentándose con tener la pelea cuando no podia alcanzar la victoria; porque hay algunas cosas en que sólo el pelear es vencer, y el resistir triunfar, y en muy árduas empresas basta para gloria el intentarlas, aunque falte la dicha de conseguirlas.

La mortificacion de este gran siervo del Señor fué admirable, la penitencia muy rigurosa.

Por lo que hizo en el último año de su vida en Coimbra, entenderemos lo que obró todo el tiempo antecedente en Lisboa.

Mas será para eso necesario contar primero la ocasion que hubo para ir á Coimbra, donde en el postrer año de su vida dejó mucho que imitar en sus penitencias y otras cosas de gran servicio de Dios, como sucedió á su devoto S. Antonio en Pádua el año antes de su glorioso tránsito.

El año de 1597 se hizo una Congregacion provincial en el colegio de Coimbra, siendo entónces Provincial el P. Francisco de Gobea, persona muy conocida en aquel reino, para elegir Procurador que fuese á Roma.

Acudió á ella el P. Ignacio Martinez como profeso y de los más antiguos.

Salió de Lisboa con tres novicios caminando á pié y haciendo siempre la doctrina con ellos por los caminos, conforme á su santa costumbre.

En llegando á Coimbra, víspera de la dominica segunda despues de Resurreccion, fué en la ciudad y colegio recibido como si les entrase un hombre santo.

Aquella misma tarde le vino á visitar el Obispo D. Alonso de Castelblanco, hijo de D. Antonio de Castelblanco, Prelado tan celebrado en aquel reino, y le hizo predicar el siguiente dia en la catedral sin más descanso ni aparejo, ó porque su alivio era predicar, ó porque juzgaba el Ilmo. Pastor que bastaba por predicacion la vista sola de tal predicador.

Convocóse la ciudad toda, y el mismo concurso habia todas las veces que salia en público, persuadiéndose la gente que iba á oir á un varon santo.

En el colegio pidió licencia al P. Rector para habitar en el corredor de la tierra (que así llaman aquel lienzo de la casa que queda en el andar de la calle) en el cual están algunas oficinas donde ninguno de los nuestros habitaba.

Pedíalo con tan grande instancia, que parece no era posible negárselo; y el misterio de la peticion era que se queria disciplinar allí á su voluntad sin testigos que lo oyesen.

Y aunque no alcanzó la morada, con todo eso tenia en aquel paraje un cierto lugar donde á deshora se retiraba y se disciplinaba con tanta fuerza y frecuencia, que por más que él queria encubrirse, testificaban algunos que parece sentian temblar la casa con la fuerza de sus disciplinas.

Acabada la Congregacion, fueron tantos los ruegos del colegio, del Obispo y de la ciudad, que hubo de quedarse en Coimbra predicando y haciendo la doctrina.

Llegó la cuaresma siguiente de mil y quinientos y noventa y ocho; predicó el primer viérnes en la capilla de la Universidad.

En el mismo dia adoleció, mas no dejó de predicar el domingo en nuestra iglesia, porque no bastaba la fuerza de la calentura para vencer un ánimo tan valeroso.

Acabado el sermon, se vino á rendir al mal, del cual finalmente murió, para que pudiésemos con verdad decir que moria en su oficio, predicando y doctrinando.

En la dolencia, que es la piedra del toque en que los religiosos muestran la virtud que en salud ejercitaron, mostró bien los preciosos quilates de su admirable virtud.

Pidió que todos los dias le diesen el Santísimo Sacramento, que por veces se le concedió.

Sus pláticas todas eran siempre de cosas del cielo; gastaba el dia casi todo en coloquios con Cristo Señor nuestro y con la Vírgen santísima, de quien era devotísimo.

Y tenemos por tradicion que esta soberana Señora se le apareció á la hora de la muerte, acompañando y ayudando á este su gran devoto en aquel peligroso trance; y no podia dejar de tenerle muy bueno quien en tal tormenta tenia tal estrella.

Estando una vez para recibir el Santísimo Sacramento, despues de hacer la protestacion de la fe, dijo que lo que en aquella hora más le consolaba eran dos cosas.

La primera haber tenido por toda su vida la conciencia clara y mani-

á sus Superiores, y que el Señor, que estaba presente, lo sabia muy bien.

La segunda era que nunca en toda la vida habia trazado lo que habia de hacer, dejándose siempre gobernar por la santa obediencia.

Estas dos cosas de tanta consideracion consolaban á este siervo de Dios; y, en la verdad, no hay camino más seguro que el de la santa obediencia; quien quiere acertar, ha de caminar por esta senda, y quien quisiere echar otra, como dice S. Bernardo, necesariamente ha de errar.

Tambien le era materia de gran consuelo en aquella hora, como él dijo, no tener que dar cuenta á Dios de vidas ajenas, porque, siendo así que fué varon tan santo y vivió tantos años en la Compañía, nunca fué Superior.

Duró la enfermedad toda aquella semana; el lúnes pidió la Santa Uncion, que recibió con grande gozo de su alma.

Agravósele desde allí el mal por instantes con grave malignidad, y cuando le querian despertar y alegrar, le hablaban de la santa doctrina.

Para eso le tenian en un aposento de la enfermería en que estaba su caña de la doctrina y uno de los estandartes.

Una vez le preguntó el P. Rector qué era lo que deseaba de su gusto y consuelo; respondió que ver algunos Hermanos novicios hacer la doctrina, lo cual le fué concedido así para alivio suyo como para ejemplo nuestro.

Vino el novicio, hizo la doctrina, aliviόse y alegróse el enfermo con esta vista; de suerte que esta era la cítara que le elevaba, esta la música y melodía que le recreaba, y más regalaba al P. Ignacio quien más le repetia recuerdos de la santa doctrina.

Diónos entónces ejemplo de lo que en vida muchas veces decia, que cuando consideraba los cuarenta años que en la Compañía ejercitó oficio de predicador, temia ser en la otra vida muy castigado; pero que los diez y siete años en que ejercitó la santa doctrina, no hallaba motivo de miedo, ántes tenia causa de consuelo.

Y para que áun despues de muerto mostrase el amor que tenia á tan santa ocupacion, pidió que le enterrasen con su caña de la doctrina; que esta era la espada de aquel caballero de Cristo, y este el baston de tan insigne general; como queriendo, ya muerto, del modo que pudiese, hacer desde la sepultura la doctrina, pareciéndole que entónces descansarian mejor sus huesos, cuando entre las cenizas de su cuerpo se mezclasen las reliquias de su caña.

Vino, finalmente, á morir este celoso siervo de Dios al seteno de su dolencia, á la una del dia, el último de febrero de mil y quinientos y noventa y ocho, con grande paz de su alma, con tal semblante y exterior compostura, que se dudó mucho espacio de tiempo si estaba muerto; que de verdad por

eso la voz del cielo en el Apocalipsis llama bienaventurados á los que mueren en el Señor, porque tal muerte es señal cierta de mejor vida.

Era de setenta años de edad; tenia de Compañía cincuenta y uno.

Tiénese en su provincia por tradicion que el demonio á la hora de la muerte le quiso perturbar, como hizo á otros grandes santos, y que en aquella misma hora le consoló el Señor con visitas celestiales, animando en tal ocasion á quien en tantas sirvió á tan buen Señor, que acompañó con ángeles á quien doctrinó inocentes.

Cuando reconocieron que estaba muerto, fué extraordinario el sentimiento de todos, llorando la pérdida incomparable de un varon tan provechoso.

Estas lágrimas se renovaron cuando, estando para amortajarle, le hallaron el cuerpo duro y denegrido, como si toda su vida anduviera alrededor del sol.

Por todas partes se descubrian grandes señales de llagas de las disciplinas, que cogian todo el cuerpo, porque habia veinte años que todos los dias se disciplinaba con inhumano rigor.

En la cintura se veia claramente la señal que dejó el cilicio; que así se sabia ceñir y apretar, segun el consejo del Evangelio, este fiel y verdadero siervo del Señor.

Entónces se descubrió un secreto que habia fiado al Hermano que llaman en Coimbra el mandador de la gente, á quien pidió le diese la llave de una covachuela muy excusada y apartada, donde se iba todos los dias á disciplinar rigurosamente, haciendo este ejercicio con gran disimulacion y á tiempo en que le faltasen testigos, porque trataba de buscar la mortificacion y de huir la opinion y aplauso del mundo.

Tal, en fin, fué hallado y visto el cuerpo del P. Ignacio, que los que vieron este raro espectáculo, decian que parecia un *Ecce homo*.

Dichoso Padre y bienaventurado cuerpo, que llegó á parecerse tanto al buen Jesus.

Dichosas penitencias, bien empleadas disciplinas, pues recabaron é hicieron que el P. Ignacio fuese una imágen viva del mismo Cristo llagado; bien se podia comprar á costa de tan penosas señales representacion de llagas tan preciosas.

Ni por salir tan llagado era ménos esforzado, ántes no seria tan valiente en esta pelea del espíritu contra la carne, sino saliese tan herido de la batalla.

Entónces parecia más vencedor, cuando más se divisaban sus heridas; que en la guerra de la mortificacion, quien sale con más golpes, alcanza más victorias; y quien tan bien supo retratar en sí á Cristo llagado, tambien le gozará hoy resucitado en la gloria.



## VII

*Refiérese lo que sucedió despues de la muerte del P. Ignacio Martinez, con el testimonio que dió el Rector de la Universidad de Coimbra y del grande sentimiento que hubo en todo el reino.*

Despues que entre tantas lágrimas fué amortajado el bienaventurado cuer-›, le llevaron á la capilla del colegio de Coimbra, que es una pieza grande :ntro de casa.

Allí en un lugar alto, muy bien aderezado, fué puesto revestido de orna-entos sacerdotales muy ricos.

Luego que se divulgó la nueva de la muerte del P. Ignacio, fué grandísimo sentimiento que mostró toda la gente.

Acudieron luego al colegio todas las personas graves de la ciudad para enerar el cuerpo muerto, pues ya no le podian lograr vivo.

Vino el Obispo D. Alonso de Castelblanco, Prelado de aquella ciudad y ıuy célebre en todo el reino; vino D. Alejandro, hijo de doña Catalina, nieta el rey D. Manuel; vino el Rector de la Universidad, Alonso Hurtado de Men-oza, y con él la Universidad toda.

No habia quien pudiese resistir á la grande multitud de gente que entraba n el colegio y en la capilla á besarle las manos y los piés y á quitarle algu-areliquia, llorando todos la pérdida de varon tan santo, y renovándose en sta ocasion aquel general llanto y universal sentimiento.

De aquí con gran procesion en que iban más de trescientas luces, fué lle-ado á la iglesia; y fué tan notable el concurso, que por instantes venia á re-erenciar el cuerpo, que no fué posible poderle sepultar de dia.

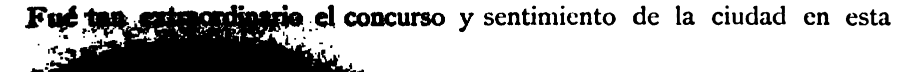
Echaron fama, para engañar la gente, que no habia de ser aquel dia el en-erro, porque desahogasen la iglesia.

Yéndose á sus casas, tornaron el cuerpo á la capilla, adonde le volvieron á ehacer de vestidos, á causa de haberle cortado los otros para reliquias.

En fin, de noche, á puertas cerradas, se entregó á la tierra este venerable epósito, como no queriendo el dia ser testigo de tan grande pérdida y de cion de tanto sentimiento.

El siguiente dia, antes de amanecer concurrió al colegio otro tanto pueblo, :rramando de nuevo un mar de lágrimas por la pena de hallarle ya en-rrado, consolándose con besar la sepultura los que venian á verle se-ında vez.

Fué tan extraordinario el concurso y sentimiento de la ciudad en esta



muerte, que procuraron los Padres, para memoria de los venideros, que tomasen testimonios auténticos de lo que en esta ocasion sucedió.

Y así se pidieron y dieron por el Obispo de Coimbra, D. Alonso de Castelblanco, por D. Alejandro de Braganza (que entónces estudiaba y honraba aquella Universidad) por los Canónigos, Inquisidores y demás personas graves que asistieron á aquel funeral, cuyos autorizados instrumentos están en el archivo del colegio de Coimbra.

Costumbre es de Dios nuestro Señor autorizar muchas veces con milagros las reliquias de sus santos, supuesto que no concede siempre este privilegio á todos los que fueron insignes en santidad, para que, como dice S. Agustin, no juzguen algunos ignorantes que más se estiman en los Santos los milagros que hicieron que las virtudes que ejercitaron.

Admirable fué la vida que hizo este grande siervo del Señor el P. Ignacio Martinez, y este fué el principal milagro que de él podemos contar.

Con todo eso, despues de su muerte sucedieron muchos casos que aquí se podian referir; mas yo siempre voy muy atento en materias semejantes, porque sé los requisitos que son necesarios para publicar un milagro.

Los casos que referiré de esta especie serán muy pocos, fiando así que hay muchos, y estos serán por autoridad ajena, de la suerte que se hallan escritos.

El primer caso maravilloso se contiene en una carta de D. Alejandro, hijo del duque de Braganza, D. Juan, y de doña Catalina, nieta del rey D. Manuel, escrita al P. Juan Correa, de los más graves de aquella provincia.

«A esta hora me llegaron nuevas de Villaviciosa, y una monja hidalga me escribe que hizo un grande milagro una reliquia de aquel santo Maestro Ignacio Martinez.

»Estando el Prior de nuestra Señora de Gracia con una apostema en la garganta, por la cual estaba ya desconfiado de su vida y se habia despedido de sus frailes, ni podia recibir el Santísimo Sacramento por no darle ella lugar.

»Envióle una parienta suya de la cámara de su Alteza una reliquia del santo P. Ignacio Martinez, y, en poniéndola, se reventó la apostema y quedó tan bueno que por su mano escribió á dicha parienta dándole las gracias, y confesando que en el punto que le pusieron la reliquia sanó de la apostema.» Hasta aquí D. Alejandro.

Por el mismo tiempo un ciudadano honrado de Coimbra, llamado Luis Cardoso, tenia una hija enferma de accidentes mortales que la tenian en manifiesto riesgo de la vida.

A instancia de un amigo suyo que se llamaba Antonio de Coimbra Robello, le aplicó una reliquia del vestido del santo Padre, rezándole en su nombre un *Pater noster* y una *Ave María* cuando le entraba el accidente, y hac-

o instantáneamente cesó y quedó sana, sin que en adelante le viniese más n el resto de su vida; y por ser tan manifiesto milagro, se tomó luego por e y testimonio, para que constase en todo tiempo.

No gozó sólo Coimbra de estas maravillas, porque en varias partes del eino adonde llegó la fama del siervo de Dios, obró Su Divina Majestad muchas por su medio, entre las cuales fué muy notoria la que recibió un hijo pequeño de D. Manuel Correa de la Cerda y doña Francisca de Aragon, ilustres caballeros de Lisboa y muy devotos del santo Padre.

Teniendo, pues, á su hijo tan ciego de enfermedad de los ojos que no podia distinguir cosa alguna, y habiendo probado todos los medios humanos para darle salud sin fruto alguno, acudieron á los divinos.

Enviaron luego á la Casa Profesa de S. Roque, de la Compañía de Jesus de Lisboa, por una reliquia del P. Ignacio Martinez.

Trájoles un Padre una oracion escrita de su mano, que traia siempre en el breviario y la rezaba cada dia.

Los buenos caballeros la tomaron con grande reverencia y, derramando copia de lágrimas, suplicaron á nuestro Señor que diese salud á su hijo por los méritos del santo P. Ignacio Martinez, y á él que intercediese con Su Divina Majestad.

Con grande fe y confianza le aplicaron la reliquia á los ojos, y luego los abrió claros y buenos, y, cesando aquel pestilencial corrimiento, quedó del todo bueno y sano con igual gozo y admiracion, así de sus padres como de todos los que se hallaron presentes, que no cesaban de dar gracias á Dios por tan grande maravilla, ensalzando hasta los cielos los méritos y santidad del P. Ignacio.

Y á peticion del P. Provincial y Prepósito y demás Padres de la Casa Profesa de Lisboa, hizo auténtica informacion de este milagro D. Miguel de Castro, Arzobispo de la dicha ciudad, y se puso con las demás informaciones hechas para su canonizacion, que están en el archivo del colegio de Coimbra.

Otros muchos milagros se cuentan que hizo nuestro Señor por su medio, así en vida como en muerte, los cuales más averiguados saldrán en la vida que los Padres de su provincia sacarán en libro aparte; porque con las guerras de estos tiempos entre Portugal y Castilla, no he podido alcanzar cumplidamente sus noticias ni he querido mezclar lo incierto con lo cierto, por no arriesgar el crédito de todo.

Dejó escritos algunos tratados de cosas espirituales muy útiles para las almas, y una *Declaracion de la doctrina cristiana*, copia y ejemplar de la que enseñaba, y una *letanía del Santísimo Sacramento*, que solia rezar por su devocion.

Escriben de este santo varon el P. Felipe Alegambre en su *Biblioteca* u[n] cumplido elogio, que es resúmen de su vida; el P. Pedro de Rivadeneira e[n] el libro de los *Escritores de la Compañía*. El P. Orlandino en su *Histor[ia]*, lib. VII, cap. LXXIII. El P. Juan Eusebio, tomo I de los VARONES ILUSTR[ES] DE LA COMPAÑÍA, fol. 773. *Imago primi saeculi Societ.*, lib. III, cap. VI, fo-lio 352. P. Baltasar Tellez, en la *Historia de la provincia de Portugal*, segun-da parte, lib. IV, cap. XLVIII, de quien se ha sacado lo que aquí se ha referido.

P. ANDRADE.

## P. JERONIMO CARVALLO

EL P. Fr. Elías de Sta. Teresa, Provincial de Flandes, en el primer tomo de *Legatione Ecclesiae Triumphantis*, refiere algunas vidas de varones de la Compañía esclarecidos en virtud y santidad.

Entre ellos es el P. Jerónimo Carvallo, que entró en la Compañía por un modo maravilloso y providencia divina; porque, pasando un dia el rio Tajo (que por Portugal, donde él asistia, va muy crecido y profundo) fiado en los débiles fundamentos de una barca, de repente se levantó una cruel tempestad, que la desbarató su camino, y á él le arrojó en las aguas.

Viéndose, pues, en esta ocasion ya casi ahogado, entre los raudales copiosos del rio, sin poder humanamente escapar con la vida, sintió que invisiblemente le ayudaban á sustentarse en las aguas, y poco á poco le llevaron hasta la misma barca y le metieron dentro, dejándole en salvo.

Luego le pareció que le decian en lo interior de su corazon que la voluntad de Dios era que se entrase en la Compañía en agradecimiento á tan singular beneficio, lo cual el siervo de Dios ejecutó con mucha prontitud y alegría, y en ella dió raros y admirables ejemplos de perfeccion.

Nunca tenia ménos de seis horas de oracion cada dia, si bien toda su vida se puede llamar una continua oracion; tanto era el amor divino que en su pecho ardia.

Cada dia hacia cien genuflexiones, á imitacion de algunos de los Apostóles.

Su penitencia y mortificacion exterior era rara. Traia siempre un cilicio muy áspero y escabroso, que le ceñia todo el cuerpo y llegaba hasta las rodillas.

Tomaba todos los dias por lo ménos dos ó tres disciplinas, y eran tan ri-

urosas, que los religiosos más cercanos á su aposento se movian á compa-
.on, y con humilde envidia se confundian.

Tenia una devotísima familiaridad con la Purísima Vírgen María, á quien ernamente queria y amaba, y esta soberana Señora se lo agradecia con re-íproco amor, tanto que se dignó muchas veces visitarle y hablarle visi-ılemente.

Y aunque era muy humilde, y por eso solícito y cuidadoso en encubrir se-nejantes favores, con todo eso quiso la Majestad Divina, para nuestro pro-echo y edificacion, que su siervo, sin pensar, dijese una vez que hallándose n una ocasion muy triste por las penas del purgatorio que en la otra vida speraba, se le apareció la Vírgen Santísima y le dijo que ella era Madre y Abogada de los pecadores, no sólo en esta vida, sino tambien en la otra, para las penas del purgatorio, lo cual le habia causado muy especial consuelo.

Supo este Padre el dia de su muerte antes que llegase y lo declaró á los que le asistian, y, lo que es más admirable, entre sus papeles se halló uno de su mano escrito el año de 1589, en que decia: *Ahora me quedan quince años de vida,* y entónces tenia cuarenta y cinco de edad.

De allí á cinco años escribió otra cédula, que decia: *De aquí á diez años he de morir,* lo cual sucedió de la misma manera, porque murió de edad de sesenta años.

La Vírgen Santísima, como su Patrona y Madre que es de misericordia, le reveló su último dia, para que se previniese debidamente para tan impor-tante jornada.

Alaba las virtudes de este siervo de Dios el P. Juan de Rho en diversas partes de su *Varia Historia,* lib. III, cap. III y VIII, lib. VII, cap. V.

P. NIEREMBERG.

# P. JUAN CARDIN

AQUELLOS diligentes obreros del Evangelio que vinieron al poner del sol, trabajaron con tan grande fervor y tan escogidamente, que en una hora se igualaron en el mérito y galardon á los que vinieron al amanecer y rabajaron todo el dia.

Uno de los cuales podemos creer que fué el fervoroso P. Juan Cardin, que [illegible] Religion en la flor de su edad de veinte y seis años poco [illegible]

más, fué al poner del sol de su vida, porque no llegó á cuatro años la que tuvo en la Compañía.

En tan poco tiempo, que fué como una hora respecto de los que trabajaron cincuenta, y sesenta, y más años, trabajó tan escogidamente y se adelantó de manera en la perfeccion, que mereció el premio de los más aventajados en ella y ser escrito en el número de los varones ilustres de la Compañía.

Su vida, como ejemplarísima y de grande edificacion, escribió en estilo latino y elegante el P. Felipe Alegambe, y la imprimió en Roma para ejemplo de todos el año de 1645, la cual, reducida á brevedad, es la siguiente:

Fué el P. Juan Cardin portugués de nacion, natural de la Torre de Moncorbo, hijo de Jorge Cardin Eroes, del Consejo real de Portugal y juez de apelaciones criminales, y de doña Catalina de Andrada, ambos nobles por su sangre y no ménos por sus virtudes, porque fueron personas ejemplares, de conocida virtud, la cual mostraron en la educacion de sus hijos.

De diez que les dió nuestro Señor, le ofrecieron los nueve á su servicio en varias Religiones, volviéndole fidelísimamente los dones que les habia dado.

Los primeros fueron cuatro hembras, y, creciendo su deseo de tener un hijo varon, heredero de su casa, hicieron voto á Dios nuestro Señor de edificar una capilla á S. Juan Bautista el dia que se le diese.

Oyó sus plegarias la divina Majestad, y dentro del mismo año les dió un hijo á quien llamaron Juan en reverencia de su devoto Patron S. Juan Bautista, cuya capilla edificaron en la villa de Montemaor, en cumplimiento del voto que habian hecho.

Este fué nuestro Juan Cardin, que nació á dos de junio el año de 1585, para grande gloria de Dios y edificacion de muchos.

Criáronle sus buenos padres con mayor cuidado que á los demás, así por ser hijo de oraciones como por mirarle como á heredero de su casa y varon tan deseado; y parece que nuestro Señor dió muestras desde su tierna edad de haberle escogido para su santo servicio en la inclinacion que mostraba á todas las obras de virtud.

Era admirable su compostura y no menor su devocion, así en rezar como en venerar las imágenes y asistir en los templos á los Oficios divinos.

El natural era blando, dócil, humilde, obediente y muy inclinado á hacer bien, con que cautivaba los corazones de todos.

Siendo tan niño huia de los traviesos y libres, y se juntaba con los quietos y bien acostumbrados.

Apénas supo leer, cuando, haciendo púlpito de una silla, ponia un paño, y, convocando á todos los de su casa, subia en ella y les leia un libro espiri-

al ó la vida de un santo: pronóstico de lo que habia de obrar despues en edad mayor.

Creciendo en edad le envió su padre á Oporto á estudiar la gramática, londe le salteó una grave enfermedad que le puso á las puertas de la muerte. Envió á llamar al P. Antonio Vasconcelos, Rector de nuestro colegio y ıriente suyo, y con más juicio que años, le dijo: «Padre mio, yo creo que toy más cerca de la muerte que de la vida, y por despedida os quiero en›mendar un grande tesoro que tengo escondido: habeísme de dar palabra cuidar de él como de cosa propia.»

«Yo lo ofrezco,» dijo el Padre y el niño: «Pues sabed, que este tesoro es ıi alma, tan preciosa, que dió por ella toda su santre Cristo; esta os enco ıiendo, y pido que mireis por ella como por vos mismo.»

«Así lo haré,» dijo el Rector, y luego dispuso una confesion general de oda su vida, tan corta, que no llegaba á trece años, y tan inculpable y pura, omo si entónces saliera de la pila del bautismo.

Dispúsose para morir con grandes actos de contricion y fervorosos afec:os de caridad y amor de Dios, el cual, como le tenia destinado para cosas de su servicio, dilató su partida por entónces, hasta cumplirlas, como veremos en el discurso de su vida.

Mejoró de la enfermedad, y en breve tiempo alcanzó entera salud y acabó la gramática con mucho aprovechamiento.

Luego le envió su padre á la Universidad de Coimbra á estudiar Cánones, adonde con su buen ingenio y mucha aplicacion se hizo grande lugar entre sus condiscípulos, y alcanzó nombre de aventajado estudiante en Cánones y leyes, y mucho mayor en virtudes.

Era el ejemplo de todos y el que los componia en sus acciones, y los refrenaba en sus vicios, no tanto con palabras como con obras santas y ejemplares virtudes.

Tenia sus tiempos señalados para la oracion mental y para la vocal y para sus devociones. Frecuentaba los Santos Sacramentos á menudo.

Usaba de cilicio y disciplina, y tenia dias señalados para ayunar. Ponia gran cuidado en apartarse de malas compañías y de buscar las buenas, que es grande medio para no distraerse en el estudio.

El recogimiento y la modestia parecian la esfera de su cuidado, porque no e hallaban sino en las iglesias, en las aulas y en su estudio.

Túvole grande en que sus criados fuesen de buenas costumbres; y, finalıente, en la flor de su juventud floreció más en la santidad que en los años, en hábito secular hizo una vida de un perfecto religioso.

Su resplandor ofendió á los ojos legañosos de los estu[illegible]ibres y mal

acostumbrados, que mirando en aquel claro espejo las manchas de sus vicios, procuraron escurecerle y anublarle con sus malas lenguas para no parecer en su comparacion tan malos como eran.

Llamaban á su virtud hipocresía, y á su modestia fingimiento, y á su recogimiento melancolía y sequedad, y avaricia indigna de su sangre y profesion; que si Cristo padeció semejantes y mayores calumnias, no es mucho que las padezcan sus discípulos.

Las que padeció nuestro Juan pasaron tan adelante, que llegaron á frisar con las de Cristo, pues le quisieron apedrear como á él y de hecho, estando en su recogimiento, le tiraron tantas pedradas, que le quebraron la ventana, diciéndole muchas injurias que el siervo de Dios llevó con admirable paciencia, ofreciéndolo todo por su amor.

No permitió que alguno de sus criados ó amigos le defendiese ni hablase palabra contra los ofensores, ántes rogó á Dios por ellos como fiel discípulo de Cristo.

El incendio de caridad que ardia en su pecho era tan vehemente, que no se limitaba á sola su alma, sino que juntamente extendia sus llamas á encender en amor de Dios las de sus prójimos.

Como el espíritu del cielo que recibieron los Apostóles, no se pudo contener sin comunicarse al mundo; así el que encendia en llamas de su amor á este su siervo, no se pudo contener sin comunicarle á los otros.

Con un celo santo procuraba atraer á sus condiscípulos, concurrentes y amigos al servicio de Dios, retirándolos de los vicios, persuadiéndoles las virtudes, llevándolos con suave prudencia á los hospitales á ejercitarse en obras de caridad, á las casas de religiosos á oir sermones y frecuentar los Sacramentos y al ejercicio de la disciplina que se acostumbraba en algunas.

Tenia tanta gracia en persuadir, que no pocas veces llevó á sus propios maestros á estos santos ejercicios.

Como él iba adelante con el ejemplo, hacíales á todos fácil el camino, porque, como enseña Séneca, es el más breve y eficaz para persuadir; y, como le tenian por santo, veneraban sus palabras y las recibian como de amigo favorecido de Dios.

A que ayudó mucho la fama que corrió en aquel tiempo que habia tenido algunas revelaciones de Dios, así de cosas ocultas como de ausentes y futuras, en órden á remediar algunos pecadores, confirmadas con manifiestos sucesos.

A la sazon que acababa sus estudios, vacó una colegiatura en el colegio real de S. Pablo de Coimbra, y, juzgando que le estaria bien para proseguir sus estudios, se opuso á ella; pero, como Dios le tenia para otro colegio

liferente, dispuso las cosas de manera que no salió con esta pretension.

Esta fué la primera aldabada que dió á su corazon para renunciar el munlo, viendo y tocando cuán poco habia de fiar en sus esperanzas, pues la que . su parecer tenia tan fundada le habia salido vana; y cuando pensó quedar ıonrado, salió de la pretension con ménos crédito que habia entrado en ella.

Retiróse á Viana á pasar sus estudios, adonde le dió el Señor otro toque nás recio con un dolor de cuerpo repentino tan fuerte y vehemente, que le rivó de los sentidos del cuerpo por veinte y cuatro horas, pero no de los lel alma, porque en este tiempo le llevó á su tribunal en espíritu como antiguamente á S. Jerónimo.

Allí se vió como reo, y, como tal, acusado de todos los cargos se su vida, y se halló tan atajado, como en semejante juicio cuenta S. Bernardo que se halló otra vez él mismo; que aquel tribunal es tan riguroso y el Juez tan recto y tan sabio que, como dice Job, de mil cargos el más ajustado apénas podrá satisfacer á uno; y si, como dice S. Pedro, el justo con dificultad se salvará, el pecador ¿á dónde irá?

Salió nuestro Juan de este juicio tan espantado y temeroso, que luego sin más dilacion determinó firmemente de pisar las vanidades del mundo, dejar las honras y riquezas y las esperanzas engañosas del siglo, y recogerse en alguna Religion á tratar de las eternas y verdaderas, entregándose todo al servicio de Dios en humildad, mortificacion y obediencia, que es el camino del cielo.

Tenia hecho voto de visitar la imágen de nuestra Señora que está en el convento de la Luz de los religiosos de Cristo y está una legua de Lisboa; y lo primero, en convaleciendo, fué á cumplir este voto para que nuestra Señora le alcanzase luz de su santísimo Hijo para escoger aquella Religion que fuese para mayor gloria suya y provecho de su alma.

Allí se confesó generalmente de todos los pecados y de los cargos que le hicieron en el juicio, el cual tuvo presente en su memoria todos los dias de su vida, que aunque fué tan inculpable, tuvo mucho que llorar y que temer, como el glorioso S. Bernardo lo testifica de sí mismo.

En aquel santuario gastó muchos ratos con Dios, meditando muy despacio lo que le convenia hacer para conseguir su salvacion.

Pidiendo con lágrimas á la Santísima Vírgen que le alumbrase para tomar el estado que pretendia, sintió una voz clara en el interior de su alma que le dijo entrase en la Compañía.

Oyóla como voz de Dios por medio de su Santísima Madre, y luego sin más dilacion se resolvió en abrazar nuestra Religion, y vivir y morir en ella omo ordenacion de Dios y su manifiesta voluntad.

Hallábase á la misma sazon en Lisboa el P. Vasconcelos, su tio, y luego se fué á ver con él y le dió parte de su determinacion, añadiendo que deseaba ser lego para servir en más humildad á Dios, y pidiéndole que le ayudase para salir con su pretension.

Ya era muerto su padre en este tiempo, y su madre viuda y con muchos hijos, que como hijos de Oidor muerto tenian poco valimiento; y así, el Padre le respondió que no le daria la mano para entrar en la Religion sin consentimiento de su madre, porque seria enviudar segunda vez.

Y en cuanto á ser H. Coadjutor mucho ménos, porque no convenia al servicio de Dios; ántes le dijo que, sin dar más plazos ni dilaciones, se ordenase de sacerdote, pues tenia edad y era lo mejor.

A todo obedeció puntualmente, y, venciendo dificultades, negoció con su madre la licencia para entrar en la Compañía y se ordenó de sacerdote.

Y para que tuviese más que dejar por Dios, le ofreció el Obispo de Leyria el deanato de aquella iglesia, que conmutó en el pobre noviciado de la Compañía, en la cual fué recibido en el colegio de Coimbra á 23 de junio el año de 1611, á los veinte y seis de su edad y muchos más de virtud, letras y cordura.

Fué de tanta edificacion su entrada en la Religion, que muchos, movidos por su ejemplo, renunciaron el mundo y se consagraron á Dios en la Religion, llevando con perseverancia la cruz de Cristo en su compañía.

Pero ¿qué lengua podrá decir el fervor con que este nuevo soldado del Señor comenzó á militar en su milicia?

No sólo era el ejemplo de todos los novicios, sino un dechado de perfeccion á todos los antiguos.

Su humildad fué rara, su penitencia rigurosa, su caridad ardiente, su silencio inviolable, su oracion continua, su devocion tan ferviente que siempre estaba templado, modesto, compuesto, con una ternura de corazon admirable.

Las palabras que salian de su boca movian á devocion á todos los que las oian.

Pidió un mes para prepararse á la primera Misa, el cual gastó en recogimiento, silencio, oracion y penitencia, haciendo unos largos y devotos ejercicios, despues de los cuales, vestido interiormente de cilicio, costumbre que guardó siempre, se llegó al altar para decir su Misa el dia de S. Ignacio nuestro Padre, con tan grande temblor, encogimiento y devocion y tanta copia de lágrimas, que las hizo derramar á todos los que le oian.

Esta misma devocion le duró toda la vida, derramando muchas lágrimas siempre que decia Misa, y parecia que salia de sí y se transportaba todo en Dios; de tal suerte, que cuando hacia las genuflexiones, se quedaba como ab-

sorto y era necesario que el ayudante le avivase unas veces de palabra y otras tirándole de la casulla para que prosiguiese la Misa.

La cual acabada, daba gracias muy de espacio, regalándose con aquel divino Señor que tenia en su pecho; y solia decir que no habia tiempo más sazonado para alcanzar mercedes de Dios, que despues de haberle recibido y hospedado en su corazon, como Marta y María le recibieron en su casa.

En dos cosas halló mucha repugnancia: la una en mortificarse en el sueño y la otra en estar de rodillas; y tomó tan á pechos vencerse en ambas, que alcanzó perfecta victoria de ellas.

Porque dormia poquísimo y perseveraba lo más de las noches de rodillas en oracion; que de esta suerte pelean y vencen sus pasiones los alentados de la milicia del Señor.

Ni por tomar con tanto cuidado su propio aprovechamiento se olvidó del de sus prójimos, ayudándolos segun su estado en lo que buenamente podia, en particular á los novicios con quien más conversaba, enseñándoles muchas buenas devociones, dándoles saludables consejos y quietándolos en sus tentaciones.

Fué esto de tanto provecho, que muchos por su medio perseveraron en la Religon, que despues fueron de grande provecho en ella.

Al primero año del noviciado le enviaron con otro Padre á la ciudad de Viseo á mision, la cual hicieron por muchos meses con grande fruto de las almas y crédito de la Compañía.

El P. Juan Cardin se portó de manera, que no sólo edificó, sino que admiró á todos su recogimiento, compostura y modestia, la cual fué tal, que no miró á mujer al rostro en casi un año que las confesó ordinariamente: y lo que más admira es, que ni á la mujer que los tenia en su casa miró jamás al rostro, teniéndola presente y hablándola tantas veces; tan enfrenados tenia sus sentidos, y tanta mortificacion en todas sus acciones.

Sus palabras eran raras, y siempre de cosas del cielo.

Todo el tiempo que le vacaba de los ministerios con los prójimos, gastaba en oracion y en trato familiar con Dios, en quien parece que vivia más que en sí mismo.

Como le miraban tan devoto, humilde y penitente, todos le aclamaban por santo y le amaban y veneraban como á tal, y tenian á gran dicha co municarle y tratar con él los negocios de sus almas; que es piedra imán para los seglares la santidad en los religiosos; y aquel estiman en más, de quien experimentan mayor provecho en sus almas.

Acabada esta mision y antes de concluir el noviciado, le enviaron á Braga para oir Filosofía y comenzar á ser discípulo, de veinte y siete años, con

los de catorce y diez y seis, el que pudiera ser cumplidamente en cualquiera Universidad catedrático de Cánones; que no fué pequeña mortificacion, ni la sabe bien estimar sino quien la ha experimentado.

Sus condiscípulos fueron aquel camino de treinta leguas á caballo, y el P. Juan Cardin, siendo sacerdote y delicado, fué á pié por mortificarse.

Viendo los demás que no podian vencerle sus instancias, tomaron por medio picar á las mulas en que iban, para obligarle, no los pudiendo seguir, á que subiese á caballo; pero salióles mal la traza, porque venció su diligente fervor á la priesa que llevaban, y les iba tan delante, que algunas veces se paraba con los labradores, enseñándoles la doctrina cristiana en el ínterin que llegaban: lo cual visto por los condiscípulos, se fueron poco á poco, porque no se fatigase y dar más lugar á la doctrina que enseñaba.

Comenzó á estudiar la Filosofía en Braga, y parecia que comenzaba tam bien el estudio de la mortificacion, penitencia y humildad, segun se entregaba á ella.

Tomó tan de veras hacerse guerra á sí mismo, que no habia cosa en que no se mortificase, negando todo alivio á su cuerpo y dándole penalidades.

En la comida, en el vestido, en el sueño y en la cama nunca tomó cosa de gusto, destemplando la comida para que le supiese mal, y por esto jamás usó linaje de salsa, ni aceite ó vinagre, ó naranja en las yerbas ó pescado.

No levantó los ojos á ver cosa curiosa, ni para recrear la vista extendiéndola en el campo.

Cuando sus condiscípulos salian á recreacion, él se quedaba en casa y gastaba en oracion con Dios el tiempo que los demás en el campo; que estas eran sus delicias y los jardines en que se recreaba.

Cuando estaba sentado, no se arrimaba al respaldar, por no dar aquel pequeño alivio á su cuerpo.

Su vestido era el más pobre y su cilicio el más áspero: su comida un perpetuo ayuno, tomada por obediencia más para dilatar la muerte que para sustentar la vida.

Para mortificarse más, nunca sacudia las moscas, ni los mosquitos, avispas ó tábanos que le picaban.

Leyendo tal vez en el refectorio, le vieron tan cubierto el rostro de moscas, hasta en los mismos ojos, que con dificultad podia proseguir la lectura, sufriéndolos por mortificarse.

En las penitencias públicas era el más continuo, y muchas veces salia á comer con los pobres á la puerta reglar, y tomaba en una escudilla algo de lo que les daban, y juntándose con el pobre más llagado y asqueroso, comia con él en su hortera, dándole lo mejor, si habia algo en que escoger, y

rocando él el pan blando que le daban por los mendrugos duros que traia.

Por Navidad andaba desabrigado para sentir el frio en reverencia del que Cristo sufrió por nosotros.

Nunca en el invierno se ponia al sol ó á la lumbre para desechar el frio, ni en verano buscaba refrigerios al calor, gozándose de hallar ocasiones en que mortificarse y padecer algo por Dios.

Y, diciéndole algunos que moderase los rigores, porque se acortaba la vida en que pudiera servir mucho á nuestro Señor, respondia que más gloria le dió S. Luis Gonzaga con su santidad y penitencia, aunque acortó su vida, que le diera viviendo muchos años si se regalara; y que él habia venido tarde á la Religion y necesitaba de darse priesa para alcanzar á los que iban delante; que los verdaderos siervos de Dios hallan más razones para mortificarse, que los tibios para regalarse.

Siempre que podia, enseñaba la doctrina á los pobres y salia por los lugares á enseñarla á los labradores.

Y como sus palabras nacian del volcan de amor divino que ardia en su pecho, emprendian fuego de caridad en los oyentes, y todos le oian y miraban como á santo.

Creció esta aclamacion de manera que venian á sólo verle; y cuando pasaba por la calle, se asomaban á las ventanas, convidándose unos á otros á ver el santo.

Traia continua presencia de Dios, obrando todas las cosas como si le viera presente con los ojos corporales.

Mirábale dentro de su corazon, y allí moraba con él, y siempre le pedia licencia para hacer cualquiera obra y para decir cualquiera palabra, aunque fuese respondiendo á lo que le preguntaban, con que todas salian de su boca pensadas y niveladas con la voluntad de Dios.

A este grado de perfeccion llegó el P. Cardin en los dos años de su noviciado, los cuales cumplidos, se preparó para hacer los primeros votos con unos largos y fervorosos ejercicios, en los cuales escribió la fórmula de su profesion con la sangre de sus venas.

Despues de haberla hecho con la solemnidad acostumbrada, la guardó en una bolsica y la trajo siempre al cuello como el toison de su nobleza.

Ordenando el Superior que antes de hacer los votos le dijesen públicamente las faltas, como se usa en la Compañía; no hallaron entre todos otra que decirle más que andaba encorvado con el encogimiento humilde que traia y con la carga de los cilicios; tan inculpable fué su vida, que esta fué la mayor falta que entre todos le notaron.

Oro tan fino y purificado de escoria no pudo dejar de ser de muy subidos

quilates, ni alma tan pura de heróicas virtudes, y así, las tuvo este siervo del Señor en alto grado.

Su caridad para con Dios fué tan ardiente, que se enajenaba de sí por emplearse todo en Él.

No se le conoció aficion á cosa criada, porque todo su amor tenia puesto en Dios, á quien de dia y de noche estaba amando; y, como el corazon se va á quien ama, así no hablaba ni pensaba de otra cosa sino de Dios, ni procuraba sino lo que le agradaba y habia de ser de su servicio.

De aquí le nacia, como la llama del fuego, el ánsia con que vivia de la sal vacion de las almas, y los caminos que hacia á pié cada domingo y cada fiesta á los lugares comarcanos á predicar á los labradores y enseñarles la doctrina cristiana, y el deseo de pasar á las Indias y al Japon á predicar á los gentiles y convertirlos á la fe, hasta derramar su sangre por Cristo, como lo pidió á los Superiores con repetidas cartas.

Para dar algun pasto á sus deseos, juntaba los criados de casa y les hacia pláticas espirituales, exhortándolos á la confesion, y á la penitencia, y frecuencia de los Sacramentos, y á las virtudes convenientes á su estado.

A los huéspedes recibia como á ángeles del cielo, acariciándolos, sirviéndolos, acomodándolos de todo y lavándoles los piés.

Visitaba las cárceles consolando á los presos, y los hospitales curando á los enfermos y exhortando á todos á la paciencia para ganar con los trabajos el cielo.

¿Qué diré de su oracion en que, sin encarecimiento, gastaba la mayor parte de su vida, contando las horas que gastaba en la vocal y mental? Las que tenia de mental retirada cada dia eran siete, sin la que gastaba en la Misa.

Las gracias, y los favores, y regalos que recibia del Señor eran tales, que se forzaba y mortificaba en dejar la oracion, como se cuenta de S. Antonio en su vida y de otros santos.

Muchas veces le hallaron absorto de sus sentidos y el rostro vertiendo luces y rayos de resplandor, y una vez le vieron media vara levantado del suelo, suspenso y elevado en el aire, arrebatado su cuerpo de su espíritu hacia el cielo.

Habiéndole sacado un dia casi por fuerza al campo, se hurtó de los demás y se retiró á una selva, adonde se pasó en alta contemplacion toda la tarde, y como se llegase la noche y el tiempo de volver á casa, partieron á buscarle y le hallaron todo trasportado en Dios al pié de un árbol.

Llamándole y tocándole, le despertaron de aquel dulce éxtasis en que estaba su alma bañada en gozos celestiales, derramando dulces lágrimas de sus ojos, las cuales solia verter tan continuamente en la Misa.

Fué ternísima la devocion que tuvo á la Santísima Vírgen María. Desde sus primeros años le rezó todos los dias su Oficio menor, el Rosario y otras devociones.

Muchas veces al dia la visitaba en su capilla, teniendo ratos de oracion.

Ayunaba los sábados en reverencia suya y los tenia dedicados á contemplar sus misterios y los ejemplos de su vida para imitarlos.

Asistia á sus letanías, que entónces se cantaban, y convidaba á ellas á sus conocidos, y á todos exhortaba que tuviesen cordialísima devocion con esta celestial Señora.

Con nombrarla solamente se derretia en lágrimas y devocion, y era necesario reprimir los ímpetus de amor que nacian de su abrasado corazon. No negó cosa que le pidiesen en su nombre.

Los dias de sus fiestas desplegaba las velas de su oracion al viento del Espíritu Santo, y se enajenaba todo de sí, contemplando sus misterios y deliciándose con su dulce memoria con que regalaba su amartelado corazon.

Dando treguas á su contemplacion, hacia devotísimas pláticas de sus loores, prerrogativas y alabanzas, con más lágrimas que palabras, con que enternecia á los oyentes y les movia á devocion.

No paraba sólo en la devocion de nuestra Señora, porque la tenia á muchos santos, y en sus fiestas leia sus vidas, y estudiaba en imitar sus virtudes, que es la primera devocion; y es averiguado que oraba cien veces al dia y cien veces á la noche, imitando á S. Bartolomé.

Pero su principal estudio y su primera devocion fué la imitacion de Cristo, tomando su cruz y siguiéndole por la perfeccion de los consejos evangélicos.

Fué singular el afecto que tuvo siempre á la santa pobreza y á la humildad y abatimiento propio; buscaba las cosas que otros desechaban por viejas, para usar de ellas, diciendo que le venian muy bien.

Las alhajas de su aposento eran una cruz de palo, una imágen de papel, un banquillo, un candil y una mesilla en que escribir. Su cama era el duro suelo.

Nunca admitió preseas que dar, aunque fueran medallas ó cosas de devocion, por lo que desdecian de la perfeccion de la pobreza.

Su vestido era siempre el más viejo y desechado, sin admitir jamás cosa nueva; y si veia que alguno traia peor manteo que él, se corria de que le llevase ventaja en la pobreza, como solia S. Francisco, y pedia licencia á los Superiores, y le trocaba por el suyo, diciendo que era más ligero y que le hacia más provecho á la salud; y decia una grande verdad entendiendo la del alma, para la cual, como enseña S. Buenaventura, el vestido pobre es antídoto de la soberbia é incentivo de humildad.

Raras veces probaba la carne cuando comia; pero, para disimular su abstinencia, la partia en muchos pedazos, con que no se conocia si habia comido, y granjeaba tambien con esta industria que la diesen á los pobres con las demás sobras de la mesa.

No comia de ordinario el pan de la Comunidad, sino el de los criados ínfimos del colegio, que era de mijo, y tomaba para cenar los pedazos duros y desechados que dejaban á mediodia.

Solia esprimir las naranjas en el pan y luego comia las cáscaras amargas para ahelear el gusto y mortificar el apetito.

Siempre traia pretension con los Superiores de que le ocupasen en los oficios humildes, como eran la cocina, el refectorio, la limpieza de la casa, la enfermería y sacar las inmundicias, aniquilándose en todo cuanto era posible.

Hasta el papel que gastaba era basto, y tal, que con dificultad podia despues leer lo que escribia.

Siempre estaba estudiando cómo humillarse y mortificarse más para seguir más desnudo y más humilde á Cristo; y con este cuidado nunca dijo cosa de sí que pudiese ser de loa ó estimacion propia.

Encubria con grande cuidado los buenos talentos de que Dios le habia dotado y la ciencia que tenia, y en el aula se mostraba simple é ignorante, y en los negocios manuales inútil.

Las cartas que escribia enseñaba primero á un H. Coadjutor para que las enmendase y luego al Superior, conforme á la regla de la Compañía.

La leccion espiritual que se lee en Portugal de Comunidad por la noche para preparar la oracion, oia en pié y descubierto, con tal atencion y reverencia, como si la oyera de la boca del Señor.

Su empleo en los ministerios fué siempre con los pobres, humildes y desvalidos, huyendo los más lustrosos con la gente principal.

Finalmente, no hubo cosa imaginable en que pudiese humillarse y hallar algun desprecio de su persona, que no la bùscase y abrazase con todas las fuerzas de su alma, ni cosa de honra que no huyese por imitar más á Cristo nuestro redentor.

La pureza de su alma fué angelical, y tanto, que comunmente le llamaban el *Angel* y el *Serafin*, por haberle visto resplandecer el rostro en la oracion.

La compostura de su cuerpo era indicio de la pureza de su alma, porque su modestia fué tan rara, que nunca levantaba los ojos del suelo, ni miraba á hombre ni á mujer al rostro, y, por no caer en descortesía, se descubria en viendo la sombra de alguno en el suelo.

Edificaba de manera á los que le miraban, que si alguno padecia alguna tentacion sensual, la vencia con sólo mirarle; porque así como los lascivos

mueven á lujuria, los castos y puros son antídoto del vicio y mueven á honestidad.

Cuando caminaba, tomaba cada dia una sangrienta disciplina en el ínterin que los demás dormian, para recompensar el divertimiento que habia tenido en el camino, no obstante que iba siempre en oracion, alabando á su Criador con ocasion de los campos que miraba.

Su penitencia y mortificacion fué tal, que llegó á tanta flaqueza, que no tenia más que los huesos y la piel, como dice de sí Job; y no era posible echarle unas ventosas, porque no habia carne en que asirlas, ni sangrarle, porque con la demasiada abstinencia tenia tan poca en su cuerpo, que parecia milagro poder vivir.

Y es cosa manifiesta que acortó los plazos de su vida con el mal tratamiento de su cuerpo; y pudiendo llegar á edad anciana con el porte ordinario de los demás, no pasó de treinta años, como luego veremos, sacrificándose á Dios en el fuego de la mortificacion, ganando en este corto tiempo lo que otros con paso lento en larga ancianidad.

Bien se deja entender cuál seria la obediencia de quien tan rendido estaba á la voluntad de Dios, á quien miraba y respetaba en el Superior y obedecia puntualísimamente como á tal, y de la misma manera al cocinero cuando le iba á ayudar, y al enfermero cuando estaba enfermo, y á los oficiales de la casa en sus ministerios, y á cualquiera que tuviese sombra de Superior, sin hacer diferencia de uno á otro, porque en todos miraba á Cristo nuestro Señor.

Ninguno le vió quebrantar regla ni ordenacion alguna, ni replicar, ni interpretar ó discutir sobre alguna obediencia.

A todas obedecia lós ojos ciegos en oyendo que era órden ó voz del Superior, deseando hacer la voluntad de Dios en el suelo como la hacen los ángeles en el cielo.

Tenia tan entregada la suya al Superior, que no sabia hacer cosa sin su obediencia, y así, iba á pedírsela para cualquiera cosa que hubiese de ejecutar.

Y fué esto en tanto grado, que estando en el último trance de la vida, pidió licencia al Superior para partirse á la otra, y no murió hasta que el Superior se la dió, siendo obediente hasta la muerte, como nuestro Redentor.

No hay palabras con que explicar el amor que tuvo á la Compañía, y el alto concepto de su Instituto, y el modo con que hablaba de él, que si en algo pudo exceder, fué en sus alabanzas; pero no excedió, porque dijo lo que sentia y lo que pudo decir con verdad.

Se lo oyó muchas veces repetir que, si le echaran de la Compañía, como lo merecia por sus faltas, se quedaria á la puerta clamando y rogando y sus-

tentándose de la lismona que daban á los pobres, hasta que Dios se apiadase de él y moviese á los Superiores á que le volviesen á recibir.

Tal era el desprecio que tenia de sí, y el amor que tenia á su Religion y la estima de su vocacion, por la cual confesaba que no podia satisfacer á Dios cumplidamente, sino era con alabanzas de la vida eterna.

Con este porte de vida llegó á tan alta perfeccion, que todos le miraban como á un dechado de virtud y santidad.

Era tan grande su opinion en los del siglo, que estaban persuadidos á que Dios hacia merced á toda su ciudad por los merecimientos del P. Juan Cardin que vivia en ella.

Cuando salia por las calles, que era rara vez y á cosas inexcusables del servicio de Dios, se levantaban los oficiales de sus tareas y salian de sus tiendas á porfía para besarle la mano y el manteo y pedirle su bendicion.

Y llegó á ser algunas veces tan grande el tropel de la gente, que no le pudiendo romper, se entraba en alguna casa y les decia algo de Dios, con que los despedia para poderse volver, quedando muy ufanos por haber visto y oido á un santo, que á su parecer verian presto colocado en un altar como á los ya canonizados.

Lo que más admira es que muchos tuvieron tan alto concepto de él, que siempre que oian su nombre, descubrian sus cabezas, venerándole como suelen cuando nombran el Santísimo Sacramento del altar.

Este tan alto concepto tuvieron los hombres de quien le tuvo tan bajo de sí, como dijimos; porque al paso que él se humillaba, le ensalzaba Dios, como lo tiene prometido.

Mas el siervo fiel del Señor toda su mente tenia en la divina Majestad, deseando unirse íntimamente con él en el cielo, adonde vivia más que en la tierra, clamando y gimiendo por su Dios, de quien fué oido y consolado, porque fué fama constante de que tuvo revelacion que presto se le cumpliria su deseo.

Así, viéndose con el Maestro de novicios de S. Francisco, amigo familiar suyo, le dijo que no se verian más hasta el cielo.

Pero como callaba tanto los dones y mercedes de Dios, siempre tuvo este en secreto; pero manifestólo el tiempo, porque le salteó una calentura que los médicos dijeron no era de peligro; pero él con más cierta ciencia la tuvo por mensajero de su muerte.

Preparóse luego para ella y pidió los Santos Sacramentos, que recibió con grandísima devocion.

La calentura creció y los médicos conocieron que habia sabido más que ellos. Preguntáronle si sentia algun dolor y respondió: «Sólo siento que mi

destierro se ha prolongado mucho, pero ya finalmente me ha cabido suerte dichosa, porque me espera una copiosa herencia en el cielo.»

Gastó el tiempo que le quedaba en dulces coloquios con Dios, y, cuando sintió que se llegaba su hora, pidió al Superior licencia para morir en el suelo, y que le enterrasen en un muladar, porque no merecia él estar entre los siervos de Dios.

Luego le pidió la bendicion que arriba dijimos, y, abrazado con un santo Crucifijo, al tiempo de espirar, se desclavó y bajó sobre su pecho, abrazándole y recibiendo su espíritu como el del Sto. Moisés, de quien dice la Escritura que murió en el rostro del Señor.

A la misma hora apareció á su madre, que estaba en Viana, glorioso y resplandeciente, y le dijo que le diese el parabien y se consolase mucho, porque iba á gozar eternamente de Dios.

Su dichosa muerte fué á 18 de febrero el año de mil y seiscientos y quince, á los treinta de su edad, habiendo estado tres y ocho meses en la Compañía.

Con la opinion tan grande que tenian de su santidad, todos los de casa á porfía saquearon su celda, repartiendo sus pobres alhajas y vestidos por reliquias, y, como eran tan pocas, descuadernaron sus papeles y los repartieron entre sí por estar escritos de su mano.

En clamoreando las campanas, acudió el pueblo sediento, así con la estima de su santidad, como con el sentimiento de su pérdida, clamando y llorando, á verle, y venerarle, y besarle las manos y los piés como de santo.

Para satisfacer á tanta gente, le sacaron á la iglesia con guardas porque no le hiciesen pedazos, y le pusieron en alto, repartiéndoles por reliquias algo de lo que habia usado.

Allí tocaban sus rosarios, y coronas, y las medallas que traian; y el cielo le honró con un prodigio extraño, porque vieron todos resplandecer su sepulcro al tiempo que le enterraron, como habian visto muchas veces resplandecer su rostro cuando estaba vivo.

De allí á siete años, abriendo su sepulcro, hallaron su cabeza entera hasta el cuello y exhalando de sí una fragancia celestial, testigo de su bienaventuranza.

Y no fueron menores ni ménos abonados algunos milagros que Dios obró por su medio, de los cuales diremos los más averiguados.

El P. Andrés Palmeiro envió á su madre la cédula en que tenia escritos sus votos con su sangre, la cual aplicó á una monja de Viana, desahuciada de los médicos y luego alcanzó salud, invocando su nombre y su favor para con Dios.

En Agravilla, de la isla Tercera, estaba Antonio Pereira, Canónigo de aquella iglesia, muy fatigado con una penosísima enfermedad.

Acometiéndole una vez con gran violencia sin hallar medicina para su mal, se aplicó una carta que tenia del P. Juan Cardin, escrita de su mano y firmada de su nombre, y luego cesó el accidente, y cobró salud con igual gozo suyo y estimacion de su santidad, y publicó este milagro para crédito del siervo de Dios; y con miedo de que no le volviese, trajo un año la carta consigo, despues del cual la dejó y le volvió á saltear, hasta que la tomó y se la aplicó, mostrando el Señor con evidencia que le daba la salud por los méritos de su siervo.

A este modo se cuentan otros muchos milagros que en varias partes obró Dios por su medio, los cuales, juntos con la universal aclamacion de santo, movió á sus devotos á estampar su imágen y repartirla por la cristiandad, siendo muy estimada en todas partes.

Los Arzobispos de Lisboa, Braga y Evora, y los Obispos de Oporto y Portalegre, han hecho jurídicas informaciones de su santidad y milagros en órden á su canonizacion, con muy fundadas esperanzas de alcanzarla.

El Arzobispo de Braga, D. Sebastian de Mattos y Noroña, el año de mil y seiscientos y cuarenta y cuatro dió un testimonio auténtico de su santidad, con tan subidos elogios, que dice le tiene por digníssimo de ser escrito en el catálogo de los santos canonizados y que le trató familiarmente toda su vida, y siempre le tuvo por santo.

El P. Antonio de Moraes, Rector del colegio de Braga, afirmó que no era inferior en nada á la santidad de S. Luis Gonzaga.

El P. Baptista Fragoso, que fué su confesor muchos años, dió un grande testimonio de la santidad de su vida, y, entre otras cosas, afirmó que le tenia en tanta veneracion, que siempre que venia á confesarse, sentia un vehemente impulso de arrojarse á sus piés y venerarle como á santo.

Y el P. Andrés Pálmerio, que fué su Rector algunos años, en sus pláticas y sermones le ponia por dechado de santidad á todos, y en su informacion dió un grande testimonio de sus heróicas virtudes, rara inocencia de vida y santidad admirable, que es lo que debemos imitar.

Demos á Dios las gracias que en este tiempo nos dió un dechado de perfeccion tan grande, y pidámosle por sus méritos que nos dé gracia para copiarle en nuestras almas.

P. Andrade.

# P. SEBASTIAN DE BARRADAS

El P. Sebastian de Barradas esmaltó sus muchas letras con mucho mayores virtudes, y con unas y otras ilustró á su patria, aunque muy ilustre en el mundo, que es la nobilísima ciudad de Lisboa, donde nació año de 1542, de padres nobles, si bien se podia decir de él con mucha verdad lo que S. Gregorio Niseno celebró de S. Basilio, su hermano, que su linaje y parentesco le tenia con Dios, y su patria era la virtud, porque en ella parece que nació y que en su seno y regazo se crió.

Fué tan virtuoso, aún siendo seglar, que los que le conocian dijeron que con la entrada en Religion no habia hecho más que mudar casa y vestido.

Echábase de ver en él, áun cuando niño, un excelente natural y viveza de ingenio.

Como una vez delante de los reyes de Portugal recitase unos versos juntamente con otros de su edad y de floridos ingenios, sobresalió tanto entre todos nuestro Sebastian, que la reina doña Catalina, mujer del rey Don Juan III, señalándole con el dedo, dijo á los Padres de la Compañía: «Tenedme cuenta con este muchacho y enseñadle con más cuidado que á los demás, que él saldrá un grande hombre y varon excelente.»

No fué vano su pronóstico, porque luego veremos cuán admirable varon fué en todo.

Y verdaderamente lo fué mucho el principio que tuvo para entrarse en la Compañía de Jesus, lo cual sucedió año 1558, siendo él de diez y seis años.

Fué su vocacion á la Religion milagrosa y por órden y boca de la Madre de Dios; porque la Vírgen de la Escala, que está en Lisboa en la iglesia de Sto. Domingo, le habló y le dijo que se entrase en la Compañía de Jesus, como lo refiere el P. Juan Burgesio y otros escritores.

Por lo cual quedó Sebastian por toda su vida muy agradecido á la Reina del cielo, de quien habia recibido tan singular beneficio, y fué particular hijo y devoto suyo, como lo muestran todos sus escritos, y particularmante el primer tomo de la *Concordia Evangélica*.

Lo mismo daba á entender en sus pláticas particulares y sermones públicos, porque hablaba con tal afecto de esta celestial Señora, que penetraban el alma sus razones é imprimian su devocion y afecto en todos los que le oian, y él parecia entónces más ángel que hombre.

Dando á uno que lo habia menester cuenta de aquel raro favor, no aca-

baba de decir cómo la Vírgen le habia mandado que fuese de la Compañía; repetia como saboreándose en esta memoria suavísima: «Hermano mio, la Vírgen me mandó ser de la Compañía de Jesus, la misma Madre de Dios me lo mandó, ella misma me mandó que entrase en esta Religion,» añadiendo muchos elogios y renombres de esta Santísima Señora.

Plantado en el vergel de la Religion, floreció en todas virtudes, y se señalaba tanto entre los demás, que venian muchos á verle como un raro ejemplo de santidad y modestia, para componerse con sola su presencia.

Creció tanto su fama por todo Portugal, que concurrian de partes muy léjanas al olor de su santidad, deseando tocarle, y guardaban por reliquias los cabellos que le quitaba el barbero, teniendo esto por bastante paga del largo camino que por verle habian tomado.

Decian que no les habia de ser de ménos provecho todo lo que pertenecia y tocaba á aquel casto y afligido cuerpo del P. Barradas, que lo que habia tocado á los cuerpos de los santos canonizados.

Cuando salia fuera, no se podia defender de los que le llegaban á besar el vestido, lo cual todo era tanto más molesto al siervo de Dios, cuanto más humilde se reconocia é indigno de toda honra.

Erale cárcel y tormento salir en público, y paraíso el recogimiento y retiro de su aposento, donde pasaba con su Dios y con sus libros.

Leyó Filosofía y despues sagrada Escritura en Evora y Coimbra, en la cual ocupacion procuró guardar tanto recogimiento, que una vez, cuando leia en Evora, le avisó el portero cómo un hombre le llamaba: respondióle el siervo de Dios: «Mire Hermano, no haya errado el nombre y llamen á otro por mí, porque nueve años ha que ninguno me ha llamado.»

Pero este retiro del P. Sebastian, que buscaba por huir la honra, le hacia más venerable y respetado, y aunque lo era mucho por sus sermones excelentes, profundas letras, rara erudicion y escritos tan limados y aprobados del mundo; lo fué mucho más por su vida santa, que dejó atrás todas las demás prendas de este raro varon.

Afligia su cuerpo como verdugo del más facineroso hombre del mundo; á media noche le topaban que se estaba despedazando con recias disciplinas; el descanso de ellas era quedarse luego en oracion, en la cual estaba una hora, luego tornaba á disciplinarse tan desapiadadamente como antes; volvia luego á tener otra hora de oracion, el fin de ella era otra disciplina y repetia luego su oracion.

Mientras se disciplinaba, solia decirse algunos baldones para contrapeso del aplauso que tenia en los sermones.

El mismo rigor tenia en las demás cosas; una vez, viniendo de predicar de

fuera, halló la cama muy bien hecha, pero él se la hizo mejor, por lo ménos más al gusto de su mortificacion, y fué llenarla de ortigas y revolcarse en ellas.

Quiso un Hermano limpiarle las chinches de la cama; estorbóselo el mortificado Padre diciendo: «Déjese de eso, Hermano mio, deje que esos gusanillos busquen á otro gusano; no me matarán, que conocidos somos.»

En lo cual bastantemente significó la mucha mortificacion con que habia sufrido sus molestias, sin matar alguna, por padecer más por Dios.

Su abstinencia era rara, y en ella su mortificacion; nunca esperó á que se enfriase el caldo, ni comida alguna por caliente que se la diesen, ántes tomaba luego la escudilla por quemarse la boca y lengua, y si le daban la comida muy fria, no se holgaba ménos por comerla desazonada: gustaba y pedia comer de lo que á otros sobraba.

Vivia muy enfermo y achacoso; una vez que lo habia estado más, vió que el Ministro tomó lo que á él habia sobrado de su comida y lo juntó con otras sobras de otros enfermos para darlo á los pobres.

Tuvo modo de cogerlas el P. Barradas, y, envueltas en un papel, las guardó para comerlas el otro dia, diciendo: «Si un mendigo se encontrara con esto, sin duda que se holgara; pues á mí, que soy pobre, ¿por qué no me sobrará esto?

No era este siervo de Dios ménos mortificado que pobre. Usaba de una cantarilla de barro muy vieja y maltratada para traer agua; quísosela quitar un Hermano y darle otra nueva; resistióse el P. Barradas, diciendo con grande humildad: «No, mi Hermano, que no hemos llegado aún á la pobreza del Sto. Job, porque yo tengo entera una cantarilla, aunque está vieja y poco limpia, pero él no tenia sino un casco de otra con que raia la podre de sus llagas.»

Su vestido era pobrísimo, y no habia remedio de ponerse cosa nueva; era forzoso que con astucia procurase el ropero hurtarle de noche los vestidos y ponerle otros, y áun esto no le aprovechaba, porque, si lo sentia el Padre, luego lo echaba de allí.

Una vez se le escapó el ropero, y el siervo de Dios iba tras él quejándose y diciendo: «Oh Hermano mio, ¿por qué me hurta todo lo que yo aprecio y estimo, por qué me hurta todas mis delicias?» y era porque las tenia sólamente en la pobreza y cruz de Jesucristo, no de otra manera, que dijo el Nacianceno, que la pobreza era todas sus riquezas.

Respondióle el ropero que porque la obediencia lo habia mandado. Fuése entónces el siervo de Dios al Superior, é hizo tanto porque le restituyesen sus vestidos remendados, que no lo parecian de puro viejos, que se los hu-

bieron de volver, pidiendo encarecidamente al ropero no le diese otra vez la molestia y pesadumbre grande que recibia en usar cosa nueva.

Tomóle en otra ocasion el mismo Hermano un jubon de lienzo que traia hecho pedazos, y viendo que no podia aprovechar de nada, se le dió al hornero para que limpiase con aquel trapo el horno.

Cuando despertó el Padre y se vió sin su andrajo de jubon, derramó muchas lágrimas pidiendo por amor de Dios y de los santos se le volviesen, dando muchas razones por qué le era más á propósito que el nuevo que le daban.

Dijéronle por acallarle quitándole la esperanza de cobrarle, cómo ya estaba en el horno; no hubo menester más el santo varon; voló luego al horno, y aunque halló su jubon atado al barredero del horno y medio quemado, le quitó de allí y se lo tornó á poner muy contento de haber cobrado su andrajo y llorando de gozo.

Tenia algunas cosas del vestido tan remendadas y llenas de diferentes piezas, que no se sabia cuál era la principal.

Las medias que traia estaban hechas pedazos; los zapatos le duraban ocho años. Todo su vestido era tal, que decian los que le veian, no habia mendigo más remendado que este santo varon.

No tenia en su aposento más libro que la *Biblia* y *Concordancias*, porque queria ántes irse á estudiar á la librería que disminuir su pobreza con el color de la necesidad de su estudio.

Era la pieza muy fria y grande y en verano calurosa, pero no habia para él pena ni trabajo que preponderase al faltar á su pobreza evangélica.

Decia con razon el gran Dr. P. Francisco Suarez que era milagro haber escrito el P. Barradas tan doctas y eruditas obras, con tanta falta de libros y tanta incomodidad de su estudio; escribia sus *Comentarios* en las cubiertas y vueltas de cartas.

Sentia mucho vivir de la renta de los colegios por ser profeso de la Compañía, y apénas le podia sosegar el P. Suarez.

No le parecia que sólo por la ocupacion de su lectura, estudio y libros debia ser sustentado de aquellas rentas, y así, pedia le dejasen predicar al pueblo y hacer en él los ministerios de la Compañía.

Vivia siempre con grandes ánsias de andar en misiones, fructificando por por diversos lugares de aquel reino, que áun para su celo era poco, para padecer juntamente las incomodidades que en estas misiones se pasan.

Hablaba muy ordinariamente de la excelencia de aquesta ocupacion apostólica, y persuadíala con una elocuencia y eficacia admirable.

Decia muy de ordinario: «Hermanos, ¿qué grillos nos detienen aquí? ¿Por qué no nos vamos á pié con nuestro báculo y alforja de pueblo en pueblo?»

Y diciéndole algunos que, si eso hiciera, no pudiera escribir tan buenos libros; respondia que él quemaria todos sus libros porque le diesen licencia para irse de aquel modo á predicar á Cristo; tan poca estima hacia de sus cosas y tanta de la salvacion de las almas.

Los libros de la *Concordia evangélica* que compuso y han sido tan bien recibidos, los escribió por obediencia, y, siendo ya de cincuenta años, deseó en ellos predicar en todo el mundo y hacer con su pluma el provecho que hacia con su palabra.

Dió á los predicadores copiosa materia y argumento para tratar con gravedad, acierto y fruto la palabra divina.

Tenia gran deseo de pasar á la India y juntamente tal estimacion de los que en ella se ocupan en la conversion de los gentiles, que no leia cosa con más gusto que las cartas de lo que hacian allá los nuestros; y decia que si cuando tenia ménos años y más salud, no tuviera esperanzas de pasar á la India, que muriera de pena.

En algunas misiones que hizo fué grande el fruto que causó. Iba por las montañas pidiendo limosna y por la mayor parte á pié, y con tan notable provecho y raras conversiones, que ganó nombre del *santo Apóstol;* así le llamaban todos y el cielo aprobó este título.

Un hombre muy envejecido en pecados, oyó una voz que le dijo: «Tal dia vendrá aquel santo, y, si te confesares con él, quedarás limpio de todos tus pecados.»

Dijo esto aquel hombre á todos los de su casa y conocidos; esperaron el dia señalado, y este mismo dia llegó el P. Barradas, con gran consuelo de aquel alma y de otras muchas.

No solo el título de *santo Apóstol* granjeó en estas misiones, sino tambien de Profeta. Persuadia con mucha instancia y celo á un hombre perdido, para que volviese sobre sí y se convirtiese de su mala vida.

No oyó el hombre obstinado al fervoroso Padre, cerrando los oidos al Espíritu Santo, que por su boca le hablaba.

Díjole entónces el siervo de Dios: «Pues no me quereis oir, sabed que vendrá tiempo en que os ha de pesar mucho de ello.» Dentro de muy pocos dias pereció el hombre miserablemente con ruina de toda su casa.

Ni le faltó al P. Barradas ser obrador de maravillas. Estando una vez persuadiendo á una mujer, en presencia de otros muchos que habian venido á oir la doctrina, que dejase un grande odio y enemistad que tenia, y no pudiéndolo recabar con palabras, lo alcanzó de Dios con su oracion.

Bajó de repente fuego del cielo, con que atemorizada la mujer, se redujo á lo que el siervo de Dios queria, reverenciándole todos por tal; pues por sus

oraciones, como ellos decian, habia hecho bajar fuego del cielo como otro Elías.

Este deseo de misiones le duró hasta la muerte; y poco antes de ella, como le dijesen que se le habian hinchado los piés, exclamó muy de lo íntimo del corazon, diciendo: «¡Ay de mí! ¡oh si estuviera yo ahora en una mision con el báculo en la mano y mi alforjilla en las espaldas, andando con los piés buenos por los pueblos de este reino!»

Tenia gran talento de predicar, linda presencia, grave rostro, y con las canas venerable, la voz sonora, y una gracia y donaire sin afectacion alguna, sino muy natural: y sobre tantas dotes naturales, tan grande espíritu, que le llamaban otro Paulo; y cuando predicaba, decian: «El Paulo predica.» El nombre de *Profeta* y Apóstol se le atribuian tambien muy ordinariamente.

El año de mil y quinientos y noventa y dos predicó en Coimbra de la vanidad del mundo con tan gran fervor, que dijo un guardian de S. Francisco: «O los Superiores de la Compañía manden que no predique el P. Barradas, ó recíbanse ellos los que nos vienen á pedir el hábito, porque no hay sustento para tantos.»

Mas de sesenta fueron los que pidieron entrar en sólo S. Francisco, mancebos muy nobles y excelentes estudiantes y pretendientes de cátedra.

Predicando en S. Roque, en Lisboa, fué muy tarde á oir Misa un mancebo desenvuelto que toda la noche habia andado rondando.

Llegó á tiempo que el P. Barradas acababa el sermon, pero con tal fervor, que le rindió á Dios, y mudado de repente por la diestra del Altísimo, en oyendo Misa, se fué á los Capuchinos á pedir le recibiesen.

Dijéronle que trujese el sayal ó saco para el hábito: fué luego á comprarlo, y echándosele al hombro, fué con él por medio de la ciudad, triunfando del mundo y de su honra y fausto.

Era este santo varon una escogida saeta del Señor, que penetraba hasta el alma, no para matarla, sino para darla vida con sus palabras.

Hacia estremecer el auditorio cuando exclamaba: «Eternidad, eternidad;» otras veces decia con igual pavor: «¡Oh momento del cual pende la eternidad!» Repetia muy á menudo y con gran energía: «Vanidad de vanidades, y todo vanidad.»

A los que no convencia dejaba tan amedrentados, que parecia tenian ya sobre sí el juicio de Dios.

Convidaron á un caballero para ir á oir al P. Barradas; respondió que en ninguna manera, porque él no tenia ánimo para dejar el mundo; y así, supuesto que no lo habia de hacer, lo mismo le seria oir al Padre que estarle dando tormento ó echarle la soga al cuello para estarle ahorcando.

Daba grande eficacia á sus palabras su ejemplar vida; decian muchos, que más se movian con sólo ver una vez al P. Barradas, que con muchos sermones de otros.

Pidieron al P. Rector le mandase predicar en la capilla real. Excusólo el Rector, por ser ya muy viejo el Padre y tener quebrada la salud, y que así, no podia llevar el trabajo del púlpito.

Replicaron los de la Universidad, que no habian menester más sermon que verle en el púlpito, y con sólo esto se podia volver sin hablar palabra, porque les seria más provechoso sermon su vista sola, que la elocuencia y persuasion de otros.

Ayudaba mucho para el fruto de su predicacion la oracion tan larga que tenia. En él parece que se cumplió á la letra que oraba sin intermision; siempre estaba en presencia del Señor, fuera de los largos ratos que de propósito daba á la oracion y trato con Dios.

En los últimos años de su vida eran doce horas cada dia: estaba mientras oraba y rezaba tan suspenso y abstracto en su Criador, que no oia el ruido que se hacia, ni advertia quién entraba y salia de su aposento. Quedábase muchas veces arrobado, sin sentido alguno.

Siendo ya muy viejo, le vió estar en oracion un Hermano, y que de repente se puso en medio de la capilla donde estaba, llevado de un grande fervor de espíritu, y puesto los ojos en un crucifijo, dijo: «¡Ay Señor mio Jesus! ¿dónde mereció este pecador, que te pusieses en una cruz y murieses por él?»

Quedó con esto un rato enagenado, y sin sentido cayó en tierra, destituyendo el alma al cuerpo.

Llegó el Hermano á ver si le habia sucedido algo; tiróle de la ropa y de las manos; volvióle de una parte á otra; no por eso se desasió el alma de los dulces abrazos y regalos que estaba gozando con su Redentor.

Al cabo de tiempo volvió en sí muy penado de que le hubiese visto alguien: echó al Hermano de la pieza, cerró la puerta y prosiguió en su oracion sin tener ya quien le estorbase.

Ni sólo en los últimos años, sino desde los primeros de su vida religiosa tenia muchos arrobamientos y éxtasis muy frecuentemente.

Cuando comulgaba, se quedaba arrobado, porque, recogiéndose la fuerza del alma á hacer fiesta á aquel Huésped divino, desamparaba á los sentidos exteriores.

Pensaban al principio que era enfermedad natural; callaba el siervo de Dios, pero descubrió ser enfermedad de amor divino el insigne Dr. Tomás de Vega, escritor excelente de su *Arte médica*, que tomando el pulso al desmayado, al parecer, mandó que no le hiciesen remedios, añadiendo: «¡Ojalá

me vinieran á mí algunos de estos desmayos, que con ellos yo convaleciera de mis males!»

Una vez vió tan vivamente las penas del infierno, que salió muy apresurado de su aposento diciendo al primero que se encontró, que se muriera, si no se desahogara interrumpiendo su consideracion.

Era rara la devocion y suma reverencia que tenia al sacrosanto Sacrificio de la Misa; las más veces gastaba dos horas de oracion, y algunas llegaban á tres, para prepararse para ella.

Duraba la Misa una hora por lo ménos; pasaba de allí buen rato muchas veces; decíala con muchas lágrimas y suspiros; elevábase tanto, que era menester que el ayudante le tirase de la casulla y avisase de muchas cosas.

Despues daba gracias muy largas, hasta que se iba á comer despues de todos ya muy tarde, pero tan embebido con Dios, que no sabia lo que se comia, ni percibia muchas veces gusto alguno, ni áun sabia dónde se estaba; unas veces poniendo los brazos en cruz, otras cruzándolos delante del pecho, conforme á los afectos y sentimientos de su devocion; y para darse mas libremente á ella, decia al Ministro y á los otros oficiales que le pusiesen de una vez la comida y le dejasen solo.

Rezaba el Oficio divino con igual espacio que devocion: tardaba en rezar algunas veces seis horas, otras siete.

Diciéndole el médico una vez que estaba malo que por la enfermedad podia dejar de rezar, rióse el siervo de Dios, diciendo: «Bueno está eso, hablo con los hombres, y no me mandan callar para que tenga salud; no es razon que nadie te persuada que no hables y trates con Dios.»

Cuando estaba malo y le entraba á ver el médico y el Superior, se alentaba notablemente porque no le vedasen el rezar.

Con esta observancia y rigor de vida, llegó á los setenta y tres años de edad este fervoroso Padre, y juntamente al deseado puerto de la eternidad, lleno de virtudes y merecimientos.

La vejez y los achaques le iban consumiendo. Echó de ver estar cerca su hora, y dos dias antes pidió el Viático, con tanta devocion, entereza de sentido y gravedad de rostro, que sólo con mirarle movia á los circunstantes a lágrimas no ménos de devocion que de sentimiento.

Recibió el Viático con sobrepelliz y estola por observar el Cánon antiguo, y por más respeto de aquel divino Sacramento.

Recibida tambien la Extremauncion, le pidió el P. Rector, estando presentes los demás de casa, les dijese alguna cosa de edificacion y provecho para sus almas, que dicha en aquella hora, les quedaria más fija en la memoria.

Entónces el humilde Padre, violentando su humildad por la obediencia y

fortaleciéndole el Señor maravillosamente, porque estaba ya que no podia echar el habla del pecho; entonó con una voz sonora y argentada como la tenia cuanda sano y dijo: «*Humiliamini sub potenti manu Dei, ut vos exaltet in tempore tribulationis*, no me queda otro consejo que dar; seamos todos grandemente humildes, imitando á Cristo Señor nuestro y nuestro Dios, que por toda su vida quiso que aprendiésemos la humildad, y cuando murió, inclinando la cabeza dió su espíritu.»

Inclinósele asimismo al siervo de Dios la cabeza al lado izquierdo, para imitar tambien en esto á su Redentor, faltándole la voz, hasta que puso su espíritu dichosísimo en las manos del que le crió.

Murió en la Semana Santa, á 14 de abril del año 1615 y á las tres de la tarde, la misma hora en que su amado Jesus entregó su espíritu en las manos de su Padre.

Postráronse luego todos los que estaban presentes á reverenciar aquel mortificado cuerpo; derramaban lágrimas de los ojos; besábanle la mano; procuraba cada uno alguna prenda de aquel precioso despojo; cortábanle los cabellos y las uñas; buscaban algun papel ú otra cosa suya para guardarla por reliquia. Concurrió luego la Universidad y otra mucha gente á hacer lo mismo, pasando todos la noche en lágrimas.

A otro dia fué tanto el concurso, que no podian los nuestros meter el cuerpo en la iglesia, aunque les estaba á la puerta esperando el Obispo de Coimbra, y le iban acompañando todos los doctores y colegiales de la Universidad.

Venian olas de gente, unos sobre otros, á tocarle rosarios y besarle los piés: los Oficios no se oian porque vencieron los suspiros y lamentos á las voces de los cantores.

Para sosegar al pueblo y que se contentase con las lágrimas, se señalaron algunos para que fuesen tomando los rosarios y otras prendas que ofrecian, y las tocasen al santo cuerpo.

No bastó esto, porque creciendo por momentos la gente y los suspiros, fué necesario dejarse la mayor parte del Oficio y decir luego la Misa, porque no sucediese alguna desgracia de ahogar alguno ó maltratarle.

Atribuyóse á las oraciones del siervo de Dios no haber sucedido alguna.

Al enterrarle, fueron mayores los llantos; aclamaban todos á voces: *Santo, santo.* Fué tanto el concurso de la gente que queria besarle los piés y gozar algo de su despojo, que no pudieron en mucho tiempo echarle en la sepultura.

Dejó tan buen olor de Cristo despues de su muerte, como en su vida le habia dado. Fué hombre verdaderamente siervo de Dios y tenido de todos por santo.

El P. Francisco Suarez no le llamaba con otro nombre sino el *santo viejo:* maravillábase los muchos tesoros de su gracia que Dios puso en este su siervo fiel. Gustaba de hablar con él de cosas de espíritu, y sentia mucho la sordera que en su vejez padecia el P. Barradas, por impedirle las pláticas celestiales que con él tenia.

Decian todos que, si este admirable varon hubiera muerto en tiempo que por la voz de los pueblos y conspiracion comun se veneraban los santos y ponian en el catálogo de ellos, que ya estuviera canonizado del mundo este dichoso Padre, pues no desdecia nada su vida de la de los grandes confesores y doctores.

Otras muchas cosas y virtudes contiene la vida de este santo varon; aquí no hemos hecho más que resumir una corta suma de algunas de ellas que se refieren en la vida breve que de él publicó el colegio de Coimbra y está al principio de su *Itinerario israelítico.*

Escribió del mismo Padre el P. Juan Burguesio, libro de *Patrocinio Virginis.* El P. Rivadenera en el libro de *Scriptoribus Societatis;* P. Antonio Balinguem en su *Calendario Mariano,* á catorce de abril; Felipe Alegambe en su *Biblioteca.*

P. NIEREMBERG.

---

# P. DIEGO MONTERO

El P. Diego Montero fué de nacion lusitano, su patria Evora.

Siendo de pocos años estudiaba en aquella ciudad, y cansado de las detenciones que se le ofrecian para entrar en la Compañía, yendo una vez fuera de la ciudad á ver á sus padres, se encontró con un hombre que pudo ser ángel, muy parecido á los de la Compañía en el rostro y el traje: este con suaves y blandas palabras encendió más sus deseos en procurar vida religiosa.

Con esto se volvió á la ciudad y contó lo que le habia pasado, con que le recibieron en la Compañía el año de 1588, y á los diez y nueve de su edad.

Allí alcanzó muchas letras con agudeza de ingenio. Enseñando retórica en Coimbra, dió clara muestra de su virtud en un suceso digno de memoria.

Habia compuesto una trágicomedia con estilo y disposicion elegante, y un

dia antes que se representase le mandó el Rector que lo dejase; él obedeciendo al instante no habló palabra ninguna.

Llevaron este precepto muy mal algunos interesados en esta accion, en especial uno de sus discípulos, que era muy noble y poderoso, tomándolo por injuria.

Exhortó al Padre se saliese de la Compañía, porque parecia que le menospreciaban y tenian en poco, y que si no, viviria siempre con mucha mengua; que todo estaba muy llano; que, saliéndose, viviria sin nota; que él le prometia su ayuda.

Entónces el P. Montero con una severa modestia, en primer lugar agradeció la liberalidad del noble mancebo; pero despues le castigó con rigurosas palabras, pues pudo llegar á pensar que amaba tan poco á la Compañía, que se habia de atrever á dejarla por codicia de vana alabanza, y que él no tenia por ignominia, sino por mucha gloria, que todos supiesen que no le habian dejado lograr su gusto.

Con esto, se fué el caballero, y él con licencia del Superior se recogió á tener unos espirituales ejercicios, con los cuales es increible lo que se adelantó en el amor de las cosas divinas.

Desde aquel tiempo floreció en él un cuidadoso deseo de darse á la oracion y contemplacion, cuya ciencia alcanzó felizmente; y además de la hora que todos tienen por la mañana, tenia él dos ó tres cada dia, antes que nadie se levantase.

Muchas veces se le pasaban los dias enteros en oracion delante del Santísimo Sacramento.

En público y en secreto hablaba de la oracion, amonestaba á todos que la tuviesen, diciendo que sin ella era casi imposible llegar á la perfeccion; y finalmente, que con ella se alcanzaba la santidad.

Con el uso de la oracion tuvo una vida muy pura y sencilla, á que añadia un cuotidiano cilicio y áspera disciplina, con que satisfacia por todas sus culpas.

Hacia largos caminos por toda la provincia; y aunque tuviese cargo de Superior, caminaba á pié, y no pocas veces pidiendo la comida de limosna.

Fué Rector en Braga, Prepósito en Lisboa y Provincial de toda Lusitania, y muchos años en la misma ciudad de Lisboa fué Maestro de novicios con singular prudencia y acertada destreza; y, siendo Superior, á todos les daba ejemplo de verdadera humildad.

Anticipábase á los demás en la templanza de la comida y pobreza de los vestidos.

Tenia estudio tan admirable en procurar abatirse, que casi lo tenia á exce-

so. Unas veces iba por la ciudad sin manteo detrás del comprador, cargado con el sustento para la provision de la casa; otras iba á las demás Religiones á comer entre los pobres de la limosna.

Un dia le convidó el Rector del colegio, para que sin falta fuese allá á comer; mas él, acompañado de dos novicios, se fué á la portería donde se da la limosna, y entre los demás pobres que allí acudian tomó su porcion, y conociéndole el portero fué á avisar al P. Rector y decirle el modo que habia buscado para cumplir el convite.

Es fama que conoció por revelacion divina muchas cosas secretas. Un dia antes que muriese, habiendo recibido los Sacramentos, pidió le dejasen un poco solo, al parecer para poder con más desahogo hablar tiernamente con Dios; pero á la verdad, como despues se vió, lo hizo para que solo Dios fuese testigo de su muerte dichosa.

Murió en Coimbra á veinte y siete de mayo del año de mil y seiscientos y treinta y cuatro, lleno de dias y méritos.

Hízose el entierro con gran veneracion de los seglares y de los nuestros.

Dejó mucho sentimiento en los corazones de todos y muy aventajados discípulos de su santa doctrina.

Escribió este siervo de Dios en lengua portuguesa un *Arte de orar*, ocupacion en que él tanto se empleó.

P. NIEREMBERG.

FIN DEL TOMO VI

# ÍNDICE

## ALEMANIA



## AUSTRIA



## POLONIA



## INGLATERRA

## CERDEÑA



## PORTUGAL







# OBRAS

## QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION

---

**Autobiografía de la B. Margarita María Alacoque**, traducida del original francés por el P. Angel Sanchez Teruel, de la Compañía de Jesus.
Esmerada edicion en 8.° de 253 páginas, á dos tintas y en excelente papel.
Lleva ademas un exquisito grabado *al agua fuerte*, copia exacta del retrato de la B. Margarita, segun se venera en Paray-le-Monial.

*Precios:* En rústica, 2 pesetas; en tela, 3

**Tres niños admirables**: José D.***—Alejandro Bercio.—San Pelayo, mártir.—Un tomo en 8.° de 120 páginas.

*Precios:* En rústica, 1 peseta; en tela, 1,50.

**Los Angeles custodios**, por el P. Rafael Perez, de la Compañía de Jesus, con una heliografía del Angel de la Guarda.

*Precios:* En rústica, 1,25 pesetas; en tela, 2.

**Alianza de amor con el Corazon de Jesus**, obra escrita en francés por el P. Enrique Ramière, de la Compañía de Jesus, y traducida por el P. Francisco de P. Maruri, de la misma Compañía.

*Precios:* en rústica, 1,50 pesetas; en tela, 2.

**Mes del Corazon de Jesus**, por el P. Francisco Javier Gautrelet, traducido por el P. Francisco de P. Maruri, ambos de la Compañía de Jesus. Va precedido de la Vida de dicho P. Gautrelet, fundador del Apostolado de la Oracion.

*Precios:* en rústica, 1 peseta; en tela, 1,50.

**Vida del P. Bernardo Francisco de Hoyos**, de la Compañía de Jesus, arreglada y aumentada de como la escribió y dejó inédita el P. Juan de Loyola, por el P. José Eugenio de Uriarte, de la misma Compañía.

*Precio:* en rústica, 4 pesetas. A todos los suscritores de EL MENSAJERO les ofrecemos un ejemplar á 3 pesetas.

**Tesoro escondido en el Corazon de Jesus**, por el P. Juan de Loyola, de la Compañía de Jesus.

*Precios:* en rústica, 0,75 pesetas; en tela, 1,25.

**El País de la Gracia**, cuentos de mil colores, escenas populares y tradiciones cristianas, por el P. José María Castillo, de la Compañía de Jesus.

*Contiene:* La Vírgen de la Vega.—Mala-lengua.—El Farolon.—Doble conquista *(diálogo edificante)*.—La niña penitente.—Corazon de oro *(leyenda)*.—El aprendiz de Santo.—Navarra por Santa María ó Apóstoles y Cruceros *(tradiciones españolas)*.—Pepe bronce *(simple historia)* —La Pascua en Taravilla *(cuento provenzal)*.

*Precio:* en rústica, 1 peseta.

**Reseña histórica de los Mártires ingleses** de la Compañía de Jesus, cuyo culto ha sido recientemente aprobado por el Sumo Pontífice Leon XIII, escrita por el P. Cecilio Gomez Rodeles, de la misma Compañía.

*Precio:* en rústica, 1,50 pesetas.

**Meditaciones del Corazon de Jesus**, obra escrita en francés por el P. Enrique Ramière, de la Compañía de Jesus, y traducida al castellano, por el P. Francisco de P. Maruri, de la misma Compañía.

Contiene esta obra tres novenas de meditaciones, que con otras tres forman un *Mes del Corazon de Jesus*.

*Precio:* en tela, 1,50 pesetas.



